

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
JOSÉ DE LA TORRE

IV

RAFAEL CASTEJÓN Y LA ACADEMIA

JOSÉ COSANO MOYANO
COORDINADOR



2019

RAFAEL CASTEJÓN Y LA ACADEMIA



JOSÉ COSANO MOYANO
COORDINADOR

**REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA**

2019

JOSÉ COSANO MOYANO
Coordinador

RAFAEL CASTEJÓN
Y
LA ACADEMIA

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA

2019

RAFAEL CASTEJÓN Y LA ACADEMIA
(Colección *José de la Torre IV*)

Coordinador de la edición: José Cosano Moyano

© De la edición facsimilar: Real Academia de Córdoba

Portada: Busto de Rafael Castejón, de Juan Polo Velasco

ISBN: 978-84-121240-8-8

Dep. Legal: CO 2053-2019

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba

EDICIÓN FACSIMILAR

MUNDO ISLÁMICO

Boletín de la Real Academia
de
Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba



AÑO II. OCTUBRE A DICIEMBRE NÚM. 6
1923



1923

IMPRENTA «LA COMERCIAL». CÓRDOBA

Las ruinas de Medina Az-Zahra

San sido declaradas monumento nacional las ruinas de Medina Az-Zahra.

Otra vez el venerado polvo de aquellos lugares pasa a ser de la nación española, como lo fué hace ya cerca de mil años, cuando la nación española la personificaba el magnífico Abderramán, tercero de su nombre entre los califas cordobeses, y distinguido entre los cronistas arábigos con el sobrenombre de An Násir.

El espléndido sueño de Medina Az-Zahra, inmenso, febril y breve como un delirio de calentura, tuvo la fugacidad de una flor. En 936 se comenzaban sus cimientos. Se tardó cerca de veinticinco años en terminarlo. En 1010 ya lo saqueaban los berberiscos por primera vez.

De aquellos hermosos alcázares, donde doce mil hombres, «ceñidos con cinturones dorados y llevando espadas bellamente ornamentadas», prestaban guardia a la regia pompa del califa, solo quedaba, al cabo de un siglo, la abandonada majestad de las ruinas.

Allí se refugiaban los sublevados. Allí se aposentaban los mendigos. Y cuando los poetas visitaban los lugares de inmortal fama, sólo acertaban a cantar las mudanzas de los tiempos. «Ya en sus desiertos alcázares, cantaba Abu Násir Alfah, no se escucha otro acento que el siniestro graznido de las aves y el lúgubre silbido de los buhos cuando vienen de noche a visitarlos.»

Cuando Córdoba fué conquistada por Fernando III el Santo, ya se llamaban aquellos lugares «Córdoba la Vieja».

Y su formidable recinto amurallado—que aún vió y midió en el siglo XVI nuestro famoso Ambrosio de Morales—y seguramente alguna porción más situada hacia mediodía, pasó a poder de la Corona de Castilla, con el nombre de la «Dehesa del Rey», para criar caballos.

«Las dehesas do pacen los caballos del Rey Nuestro Señor», como atestiguan muchos antiguos documentos, ven así pasar los siglos, testigos de su mudez y de su escarnio.

Porque la hermosa fábrica de Medina Az-Zahra ha sido casi borrada de la faz de la tierra, por la alevosa mano del hombre.

Durante bastantes siglos, Medina Az-Zahra ha sido la cantera de que se han nutrido todas las obras de Córdoba.

Cuando se construye el hospital mayor de San Sebastián, actual casa de Expósitos, cuando se reconstruyen las murallas, para toda obra de consideración que se ejecuta en Córdoba después de la Reconquista, sólo hay que contratar con los carreteros los cientos de carradas de piedra necesarios para la construcción. Y la piedra viene de las ruinas de Medina Az-Zahra.

Los monjes de San Jerónimo le dan el golpe de gracia. Acaban hasta con el acueducto que traía a Córdoba los raudales de agua que allí sobraban.

Ya no queda ni señal de que aquello fué construcción siquiera. Las piedras sueltas que quedan sobre el suelo se emplean, a mediados del XVIII «en este año de 1754, en los cimientos de las cercas de la Dehesa, que por orden del Rey Nuestro Señor Don Fernando VI, que Dios guarde, se están allí construyendo», como dice Ruano.

Es obra casi de nuestro siglo la exhumación del glorioso cadáver. Perdido el recuerdo de Medina Az-Zahra, el talento erudito de don Pedro Madrazo tuvo que emplear su ingenio para determinar el emplazamiento de la perdida joya de los califas.

Y en 1910, al noveno centenario de su destrucción, el Estado español encarga a don Ricardo Velázquez — nuestro último bien perdido —, que verifique excavaciones.

Ya están otra vez descubiertos los arranques de muro, los bien solados pavimentos, las hundidas atargeas, las alcantarillas ciegas...

El venerando polvo de aquellos lugares ¡cuántos recuerdos suscita! Como el poeta árabe, recordamos y añoramos. «Percieron las mujeres de graciosos hoyuelos en las mejillas, y todo pasó para nunca volver».

Es lo único que perdura. La vieja tradición poética, que cantará, andando los siglos: «Solo un pastor a visitarte viene...»

RAFAEL CASTEJÓN.

Boletín de la Real Academia
de
Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba



AÑO III.

ABRIL A JUNIO

NÚM. 8

1924



1924

IMPRESA «LA COMERCIAL».—CÓRDOBA

Medina Zahira

Una Córdoba desaparecida y misteriosa

Prologuemos

I

Saliendo de Córdoba por la Puerta de Sevilla, o recorriendo la ribera del Guadalquivir por su márgen derecha abajo, se divisan, no lejanos al Cementerio de la Salud, unos restos de murallas y torreones, linderos de la Huerta de Maimón o de Marimón, y que durante bastantes siglos han constituido un problema y un misterio para los cordobeses y para los historiadores de Córdoba.

Toda la construcción es de tapial, sin que se vea obra de mampuesto ni cantería alguna sobre la superficie de la tierra. La muralla debía ser amplia y fortísima, y contiene el desnivel o escarpe que por ese lado presenta el terreno, cercana ya la ribera.

Por esa disposición, y aunque los restos de muralla sean hoy bien escasos, la disposición de la misma ha constituido como un amplia balconada sobre el río y sobre el pago de huertas que se alinean a lo largo de la ribera, que dá motivo a paisages y horizontes entre los más bellos que se pueden disfrutar en los alrededores de Córdoba.

La existencia de estos trozos de murallón y torreones, decimos que ha sido un misterio, que persiste hoy todavía, para cuantos eruditos o indocotos, han tratado de inquirir su fundamento e historia.

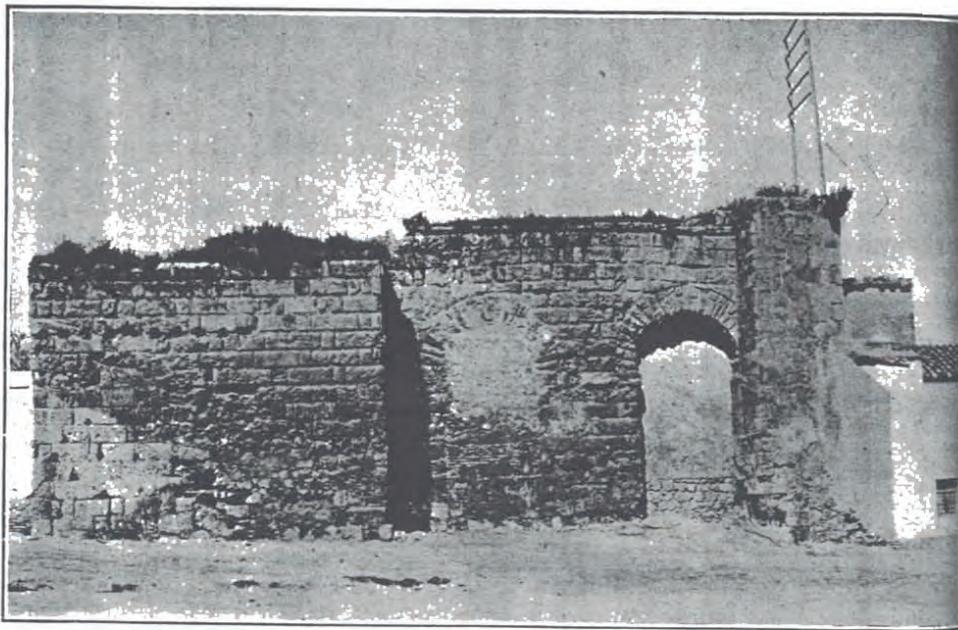
Sobre los mismos, puesto que no se ha tenido una referencia autorizada o documental concluyente, ni aún remota siquiera, se ha fantaseado a más y mejor, y basta leer cualquier escritor o historiador cordobés sobre todo de los siglos XVIII y XIX, para ver cuanta historia vulgar, tradición o conseja tiene su asiento en esos carcomidos restos de murallas de la

Huerta Maimón que el sol y el agua van deshaciendo en polvo con que tejer el inmortal sudario de los siglos.

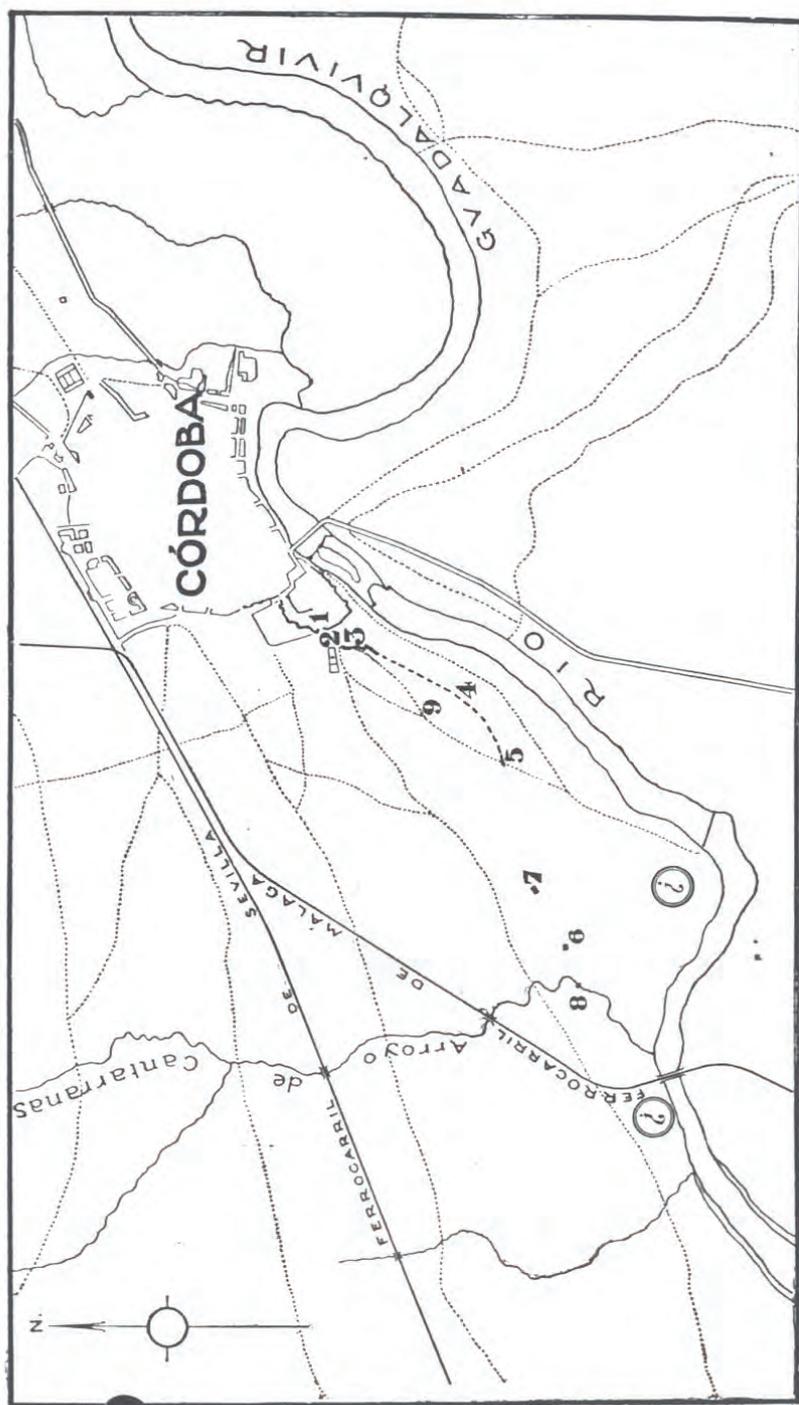
Nuestros escritores de estos últimos siglos, han querido que esos destrozados restos de murallas fueran los de la Córdoba primitiva, anterior a la invasión romana, la Córdoba ibera, sin tener para ello prueba histórica ni arqueológica alguna.

Nosotros mismos recordamos, en nuestras iniciaciones históricas y arqueológicas, oyendo a sesudos varones de la ciudad, que esta opinión ha sido la tenida más en boga, siguiendo aquellas opiniones escritas, y esos restos, de impenetrable mudez, han llegado a nuestros días anónimos y huérfanos, y aún alguna vez hemos pensado, desde cualquier colectividad más o menos arqueológica, verificar alguna excavación en esos cerros que coronan el Cementerio de la Salud, pensando que encontraríamos rediviva y resucitada una Córdoba ibérica con sus idolillos, sepulturas y falcatas que, cual nueva Numancia viniera a contarnos la historia ignorada y viviente de aquellos lejanos antepasados cordobeses.

Pero hemos visitado detenidamente los restos de murallas, en una hermosa e inolvidable tarde de fines de febrero de 1924, en compañía de los



Restos actuales de la Puerta de Sevilla. (La doble arcada, tan discutida por los arqueólogos, sirve según la hipótesis más verisímil, para unión de la muralla con la torre albarrana que aparece desmochada, dejando paso al Arroyo del Moro.



1. Puerta de Sevilla. 2. Avenida del Cementerio de la Salud, donde fué cortada la muralla. 3. Restos aparentes de muralla bien conservada en el trozo de la Huerta Maimón. 4. Indicios de Muralla. 5. Último trozo aparente de muralla al cruzar el camino junto a la Huerta Valladares. 6. Cañito de Mari-Ruiz. 7. Alberca árabe fotografiada. 8. Puente Árabe fotografiado. 9. Hazas llenas de cascote. ¿Probable emplazamiento de Medina Zahira según Velázquez.

notables arqueólogos don José de la Torre y don José María Rey Diaz.

Y ha sido opinión del primero, que ha tiempo viene intrigado por los murallones de la Huerta Maimón, que los mismos son murallones árabes de la decadencia, ya de fines del siglo X o del mismo siglo XI Este distinguido arqueólogo y queridísimo amigo, ha recorrido los restos de murallas que de manera más o menos ostensible, pero indudable para la fina perspicacia de un investigador, continúan hácia poniente, en una extensión de un kilómetro y medio aproximados, hasta llegar a la Huerta de Valladares.

Tambien me decia que por allí existen restos de un puente árabe, de gran pompa arquitectónica, y un gran albercón también de esa época todo ello reconocido por él, y el actual arquitecto municipal interino señor Hernández. Todo ello convidaba al estudio del interesante problema.

Y aunque sólo incipientes balbuceos se puedan proferir en el asunto, ya que tanto sesudo escritor ha fantaseado sobre el mismo, permítase a este novel en letras y aficionado en historias fantasear también sobre los misteriosos murallones de la Huerta Maimón.

II

Viejas opiniones

Sánchez de Feria, en su «Palestra Sagrada», al hablar en un Apéndice al tomo cuarto titulado «Antigua descripción de Córdoba», dice lo siguiente:

«Digo, pues, que se deben distinguir dos Córdobas, Córdoba la antigua, y Córdoba la que fundó Marzelo La primitiva y antiquísima Córdoba, cabeza de los pueblos túrdulos, y habitada por aquellas remotísimas gentes, que poblaron a España, y la que socorrió a Cartago contra Roma, estuvo situada a la parte occidental de la Córdoba existente sobre la orilla del Rio en la parte Occidental del Muro presente, donde está la Huerta del Alcázar Tomaba el muro antiguo por la Huerta de Marimón Rio abaxo, cortando por la Alameda del Obispo hasta el Molino de Casillas. Esto era el muro antiguo meridional Por el Córtiljo, que llaman del Alcaide, y a el Caño de Mari-Ruiz cortaba el muro occidental, buscando los Llanos de la Albaída; pero sin llegar a ella, y desde aquí subía la Muralla cerca de la falda de la Sierra por baxo de la Arrizafa, y detrás de la Huerta de la Reyna, comprendiendo el Campo de la Merced, hasta dar en la Puerta del Rincón, que es el Muro Septentrional antiguo, y a trechos en todo él, se descubren sus cimientos de Almendrilla antiquísima. Desde la Puerta del Rincón estaba el Muro Oriental, en el mismo sitio, que hoy el Occidental por las Puertas del Osario, Gallegos, Almodóvar y Sevilla.

Esta era la famosísima, y antiquísima Córdoba, y en sus cercanias por

la parte del Poniente tenía varios Pueblos, y Aldeas en lo que decimos Córdoba la Vieja, Cortijo de el Castillo, Villa-Rubia, las Cuevas, Aguilarejo, y otros sitios mas donde hoy se ven los rastros de sus Edificios, cimientos, calles y otros innegables fragmentos de estas Poblaciones, que fueron Cuteclara, Seguda, Tasi, Ausinianos, y otros.

Para esta Descripción, no quiero mas pruebas que las que produce la atenta, seria, y diligente inspección, o reconocimiento del sitio, y ambito, que comprehende el Muro delineado.

No hay ciertamente prueba mas concluyente, ni más innegable, que los rastros, que inevitablemente dexan los edificios: estos fragmentos son un testimonio, que no pueden desmentir quantas cavilaciones quieran oponerse: es imposible disimular, ni los siglos pueden destrozarse de tal modo una Ciudad, que esta no se dé a entender en sus cimientos, piedras, calles, empedrados, texas, ladrillos, y todo lo demás, que la misma vejez no pudo ocultar.

Sobre este principio tan irrefragable solo apeteceré yo, que los Curiosos me acompañasen en el reconocimiento de todo el ambito del sitio delineado, que en su extensión es de una grande Ciudad: él sólo prueba quanto puede desearse, sin dexar duda al más escrupuloso.

Primeramente el Muro antiquísimo, fábrica de Fenicios, aun se mantiene en pié en la Huerta del Maimón, arrancando su cimiento con una leve flexión desde la punta de dicha huerta mas baxa casi sobre el rio, y el Muro en que descarga la Huerta del Alcazar: este Muro (que he dicho está en pié en la Huerta Marimón) descubre su cimiento todo aquel Pago de Huertas, hasta la de Valladares, que hoy goza mi hermano Fray Juan de Feria, Trinitario Calzado: y es digno de advertir, que todo él estaba sobre el Rio, que entonces corria mucho mas acá desde el que se dice Molino de las Tripas.

Atrabiesa la Madre Vieja por el sitio, donde están aquellas Hazas, y Huertas, y todo aquel donde están la Alameda, Jardines, y Arboleda del Señor Obispo: de modo, que el lugar que hoy tiene esta deliciosa, y nobilísima Hacienda, que decimos Alameda del Obispo, es la madre antigua del Rio, como lo es también parte de las huertas, que están en frente por donde baxa el Muro.

En este sitio de la Alameda, su Palacio, y parte de las Huertas dichas no se descubren cimientos, ni rastro alguno de edificios, sino que su suelo es de tierra limosa, y arenosa, como Madre antigua del Rio, que caminaba por allí pegado casi a la Ciudad antigua.

Todos estos sitios de las Huertas están llenos de texas, jarros, ladrillos, cimientos, piedras labradas, pozos, edificios subterráneos, cañerías y otros mil géneros de rastros.

En la Huerta de Marimón, y las que le siguen con las hazas, que están

por cima de ellas, es esto muy notable, y jamás se ha profundizado algo, que no se encontrasen algo de estos cimientos, y piedras de edificios, que yo he visto.

En la de Valladares, es esto mucho más notable y en las Hazas por cima se han descubierto ya debaxo de tierra unas piezas, o salas antiquísimas.

Sobre este sitio caen [varios como nacimientos de agua, que son aque- ductos antiguos perdidos.

En los Llanos, que hay desde la Huerta de Valladares hasta Casillas, que son tierras del Obispo, y la Huerta de la Arrizafilla, y demás allí junto: en estos llanos, digo son innumerables los descubrimientos de piedras labradas, que estos años hizo la curiosidad laboriosa de don Gregorio Perez Pavía Presbítero, Beneficiado de Montoro, Mayordomo, y Thesorero del Illmo. Señor Obispo Don Martin de Barcia.

Este cavallero ha hecho cabar en varios sitios por aquei espacio con motivo de obras, que por su dirección se han hecho en la Alameda, su plan- tío, cerca, y construcción del Palacio, y se ha sacado una inmensa multitud de piedras labradas muy grandes, y aún queda sembrado de ellas todo el terreno a poco trecho de profundidad.

Caminan los rastros después cerca del Molino de Casillas por el Corti- jo del Alcayde hasta la Hacienda, que dicen del Higuérón, con tanta abun- dancia de fragmentos, y cimientos, que pareciera increíble si no se huvie- ra examinado, siendo también notable, que a estos sitios baxan muchas Ataxéas, y Cañerías perdidas de la parte de la Sierra, que son claramente las aguas de la antigua Ciudad y de este modo girando azia la Albayda, y torciendo después azia los Olivos que llaman BÓRRACHOS, se encierran en este ambito muchas tierras de labor, Huertas, y otras Posesiones, ocu- pado todo su terreno de texas, ladrillos, pozos, piedras labradas, y otros mil rastros de la Población.

Mas acá en la Huerta de los Cipreses, la de la Marquesa, la de los Cas- tros & todas ellas estan sembradas de estos fragmentos, y sus cercas son innumerables piedras labradas antiquísimas, que manifiestan haver estado poblado aquel sito.

Poco mas abaxo en el camino, que vá a Almodóvar se descubrió este año un grande edificio arruinado con unas piedras muy grandes labradas.

Las Hazas inmediatas a la Salud estan descubriendo cada día multitud innumerable de estas texas, y otros rastros.

En el Naranjal, que llaman de Almagro están muy notables los cimien- tos antiguos, y otros rastros, y acercándose a Córdoba en las Eras de la Salud, cuyo terreno se ha levantado menos, se descubren cada día muchos pozos de las casas de cuya clase es el de la hermita, y en la Haza de la Huerta del Rey he visto este año uno recién hallado, y con muchos frag-

mentos de edificios sepultados.

Pero lo principal es, lo que descubren los arroyos: estos con la excavación, que en su madre van formando las aguas, descubren en sus paredes innumerables texas, cañerías, ladrillos, piedras labradas, cimientos, y otros residuos de la población: con especialidad el Arroyo de la Salud, que ha profundizado su madre mucho, es un espectáculo curiosísimo: es tanta la abundancia de fragmentos, de edificios, ataxas y otros, que causan admiración.

Subiendo, pues desde las Huertas de los Castros por baxo de la Albayda en aquellos Caminos, y Hazas, son innumerables los rastros de la vejez: ha pocos meses vi descubierto un pozo de casas en medio de una Haza de estas más arriba.

Por baxo de la Huerta de la Reina se ven muchos cimientos del Muro antiguo, y todo aquel parage con muchos rastros de edificios.

Esto mismo es más notable en el Barrio de los Texares, y el de la Merced.

He sido prolixo en esta descripción, porque ella es tan eficaz argumento, que hace evidente la existencia de Córdoba en este sitio, y como el pensamiento es nuevo, poco advertido de los nuestros, y que causará novedad, he querido hacer esta individuación, para que quede en la memoria de los hombres.

Sin que se deba omitir el expresar más, lo que obiamente hemos dicho (esto es) los antiquísimos rastros de acueductos, que baxan de la sierra a este sitio: son a la verdad tantos, tan copiosos, y tan raros, que no dexan duda alguna regaban una Ciudad como Córdoba: notándose, que ninguno de ellos dirige su curso a Córdoba la existente: desde las Haciendas, que dicen del Caño de Mari-Ruiz en la punta Occidental de la antigua Ciudad hay muchas Huertas, y Fontanares con aguas conducidas de la parte de la Sierra, que hoy sirven a estos predios: muchas hay perdidas, cuyos acueductos se descubren a cada paso.

Otras hay, que en todos los llanos, que hay por aquella parte, las aguas atascadas, y perdidas, forman en sus quiebras varias lagunas, que estan patentes a todos los que hicieren el reconocimiento, desde la Córdoba presente, hasta una legua de distancia por la parte Occidental, de que hablamos, y el Camino, que vá a Córdoba la Vieja.

Por todas estas razones juntas se hará ver como innegable, que esta fué la población primitiva de Córdoba, la que habitaron los primeros Pobladores de España, e inmediatos a Túbal, la que sin memoria de hombres siempre aparece famosa, ilustre, y magnífica, cuando comienza a nombrarse: la que habitaron tantas naciones, hasta que las dominó Roma, y al fin la que comenzó a ser el objeto de mayor estimación al Pueblo Romano desde que al año de 548 de Roma el Grande Scipión sujetó a la Bética. Y aun que en el de 549 se le revelaron los Reyes Indibilis y Mandonio, Prín

cipes en esta Provincia, volvieron a dominarla los Romanos con muerte del primero, quedando Córdoba como centro de la Provincia, destinada habitación de los Pretores.

Esta antigua Córdoba es la verdadera Córdoba la Vieja, y no la que con este nombre se denomina hoy. De este rastro tan oculto para los más nació la equivocación de los que afirmaron su primitivo asiento en la Dehesa de aquel nombre, que no está lejos de la Córdoba Vieja, y sólo dista de su punta occidental como una milla, de modo, que los Conquistadores de Córdoba sabían, que por aquella parte de el Poniente había estado Córdoba, y a todo aquel parage llamaron Córdoba la Vieja. Desde la conquista se hallan escrituras que nombran a Córdoba la Vieja; pero no debemos creer ser esta la Dehesa así nombrada, sino toda aquella tierra por baxo de Córdoba. Con el tiempo se fué repartiendo, y dividiendo el terreno en varias suertes, y heredades, dándole a cada una sus nombres, efecto de la división: quedó unido aquel largo espacio de tierra de la Dehesa del Rey, y esta se alzó con el nombre, y con él permanece. Es preciso creer que la donación, que cita el Doctor Bravo, y dice *contra Córdoba la Vieja*, no habla de la Dehesa hoy conocida con este nombre, sino de toda la tierra al Poniente de Córdoba, que es propiamente la Vieja: porque estas tierras eran Viña, y Huertas en la misma falda de la Sierra por baxo de la Arrizafa. Confírmase esto con una escritura de los Donadíos, en que el Santo Rey tomó para sí todas las tierras del Ruedo de Córdoba por la Arrizafa, y «toda Córdoba la Vieja cercada hasta la Albaida», que es la tierra del Alcaide linde de la *Alameda*, en lo que se evidencia, que Córdoba la Vieja era la que hemos señalado, y no la que permanece con este nombre.

Esta antiquísima ciudad, en que se hallan tantos rastros de su inmemorial grandeza, ya destrozada a impulsos de la violencia de los siglos, y como otra Troya, se ara, siembra, y está poblada de heredades, tenía su Puente en la punta más oriental de ella sobre el Rio Betis en aquella parte, que están los molinos perdidos por cima de la Alameda poco más abaxo donde entra en el Rio el Arroyo del Moro, y allí mismo desde la punta de la Muralla casi en el camino de la Huerta de Marimón, y esquina de la que vá a la Alameda se vé el cimiento fortísimo del Puente antiguo, y por allí arrimaba más el Rio a la Ciudad, y en cuyo sitio, y sobre estas ruinas edificaron los Molinos, hoy destrozados».

No quiero seguir copiando estas curiosas y prolijas opiniones, porque para nuestro intento es suficiente lo transcrito.

Esta opinión, verdaderamente importante y fundamentada para los conocimientos contemporáneos, es la que todos nuestros escritores del pasado XIX han recogido y aumentado como artículo de fé, sin más averiguaciones.

Recordamos, a este propósito, que entre la colección de originales que la Academia guarda, debidos a la pluma del fecundo escritor Don Rafael de Vida, existe uno que relata esa curiosa tradición, inventada seguramente en el pasado siglo, que, recogiéndole aquellas opiniones que vemos notoriamente expuestas en la obra de Sánchez de Fera, quiere que la etimología de Córdoba, sea *Cor, tubal*, corazón de Tubal.

Si tan graciosos dislates han podido vivir, ¿porqué no seguir fantaseando?

III

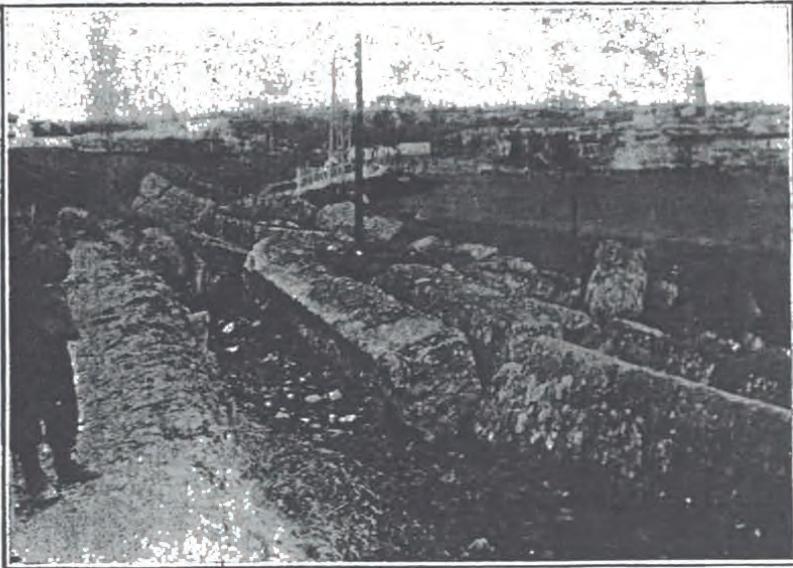
Lo que hoy queda

En el plano de Córdoba formado a expensas del Ayuntamiento en el año de 1884, están señaladas unas «ruinas de muralla vieja» junto al camino que limita la susodicha Huerta Maimón.

Esto es lo que más visiblemente queda hoy. Pero esos restos son grandemente interesantes.

Son restos de una muralla alta y potente, con torreones cuadrados a intervalos regulares, de la que en algunos sitios, bien escasos por cierto, queda seguramente hasta cerca del coronamiento.

A esta muralla y sus torreones existen adosadas dependencias rurales de la dicha Huerta, lo que hace difícil obtener buenas fotografías.



Murallón derrumbado a la entrada de la Huerta Maimón. En segundo término se ve el camino que sube sobre la muralla.

En sus comienzos la muralla va circundando el camino que en otro tiempo se llamó «Camino alto de la Alameda» y también «de Casillas», y aún en algunos trozos sobre la misma muralla monta el camino.

El empuje de las tierras de la meseta ha volcado algunas veces la muralla. Prueba de ello, patente a nuestros ojos, es la fotografía número 2, tomada desde la entrada a la Huerta Maimón, desde la cual se descubre casi todo el camino a partir del Cementerio de la Salud, con los restos del lienzo volcado, y la línea, en suma, que dicha muralla determinaba, que es la del mismo camino.

Los vestigios de dicha muralla se persiguen hacia Córdoba, por los accidentes del terreno, y restos indudables de la construcción bordeando la depresión de las hazas de la Salud. Debía cortar diagonalmente la avenida frontera al Cementerio, por cuanto al alumbrar hace dos años la atarjea del pilar que allí se ha reformado, se cortó la muralla, a leve profundidad, con datos de sus dimensiones que recogió el diligente director de nuestro Museo Arqueológico señor Navascués.

Pero, ¿qué relación tenía esta muralla con la de la ciudad actual? ¿Llegaba a unirse con ella? Por los vestigios descubiertos en la dicha somera excavación parece que se dirige un poco por cima de la Puerta de Sevilla, todavía más arriba de esa doble arcada en que la línea de herradura ha motivado opiniones y discusiones arqueológicas de gran valor para la historia del arte en España.

Pero desconocemos en suma, si había relación de continuidad, o de simple contiguidad, entre la muralla que consideramos, y las de la Puerta de Sevilla y sus inmediaciones. Problema que podrá desentrañarse algún día.

Sigamos la línea de la muralla, desde esos restos aparentes y podríamos decir bien conservados de la Huerta de Maimón hácia abajo, paralelos al río.

Los restos bien pronto dejan de ser aparentes para un ojo inexperto. Pero el arqueólogo, o simplemente el fiel observador, sigue el rastro sin perder huella.

Un asomo de la construcción terriza, unos sillares en aparejo de sogas y tizón que se ven al llegar un olivar, los guijarrillos sueltos del mortero, la hierba que se mustia sobre la línea del firme, somero, y sobre todo, la línea de depresión del terreno, que en el talud hácia la ribera está contenido por esta muralla, son jalones que van marcando el paso de ella, por tan interesantes lugares.

Verdaderamente asombra que las sonadas hazas de la Salud, tan poco conocidas de los cordobeses por estar apartadas de caminos y paseos fáciles, sean tan alegres, tan abiertas, tan a propósito para construir una ciudad en ellas.

Constituyen una amplia colina, aún más hermosa y llana que la colina sobre la cual se asienta Córdoba, que para el ojo y el anhelo de un reformador son verdaderamente el más hermoso solar que se pudiera soñar para construir una Córdoba nueva. (1).

La línea de muralla se sigue bien, paralela a la linde del río, hasta la Huerta de Valladares. Corta el camino que allí baja hacia la Alameda del Obispo, y después se pierde. Ya no quedan rastros. Ya no descubre más, hoy día, el ojo más experto.

Toda la demás descripción de Sánchez de Feria, que muy idealmente recorría el perímetro amurallado de esa misteriosa Córdoba, otra Troya donde hoy se ara y se siembra, no ha dejado la menor traza.

Además, las hazas aldeañas, de ahí en adelante, ya no presentan aquella riqueza de cascote, teja rota y restos múltiples de construcción de que están materialmente llenas las anteriores.

El rastro se ha perdido. La muralla que seguíamos desde un kilómetro y medio próximamente, no aparece hoy por parte alguna.



Veneros de la Huerta Valladares aflorando al pie del murallón de almendrilla.

También será preciso esperar que nuevas investigaciones, casi siempre casuales, digan por donde seguía tal recinto amurallado, si es que alguna vez siguió, y no quedó en los linderos esbozados.

¿Se trataba de una construcción que quedó sin terminar?

¿Es que arando y sembrando las tierras se han destruido

los vestigios del extenso perímetro que describe o adivina Sánchez de Feria?

Si se sigue la línea ideal de la muralla, tal como la describe ese autor, la línea del río abajo, ya no se ve más muralla, pero se descubren otras cosas no menos interesantes.

Detalles de notar son en la extensión que consideramos, limitada al sur

(1). Es curioso señalar el hecho de que, en la noche de San Juan, acuden a estas hazas llenas de cascotes, gentes del pueblo con velas de color verde, a usanza mora para cavar en busca de imaginarios tesoros.

por esa muralla en ruinas, además de la riqueza del terreno en detritus constructivos, la abundancia de conducciones de agua.

Sánchez de Feria ya lo señala de manera estensible. Habla hasta de lagunas que forman los acueductos rotos y aflorados.

Donde hoy se hace más patente esta riqueza de aguas es en las huertas que constituyen ese pago que se alinea al pié de la muralla, entre esta y el río.

Todas ellas están surtidas de manantiales que vienen por viejas conducciones, o que afloran al pié mismo de la muralla, como si fueran veneros perdidos que salen al sitio más declive. Es muy notable a este particular el venero de la Huerta Valladares, del cual adjunto fotografía número 3.

También se descubrió, al hacer las obras de cimentación de la S. E. C. E. M., una espléndida conducción, de piedra, cegada, que abastecería estos lugares.

Llegamos al Cañito de María Ruiz. Es una hermosa huerta, bordeada por bonitas alamedas y abundantísima en aguas, llevadas por largas conducciones.

Y allí, en la misma casa de la Huerta, se ve un viejo torreón no sabemos si de piedra o tapial, que sirve de núcleo constructivo a dicha casa. Y frente a él, un albercón grande, espléndido, embadurnado de aquel cemento rojo que sólo los árabes ponían en sus construcciones hidráulicas.

Poco antes de llegar a esa Huerta, en una suave colina que está a unos quinientos metros de ella, existe otra bonita alberca, inservible y seca, que tiene detalles de la más graciosa construcción árabe. El muro sur de este albercón está construido sobre arcos de medio punto que, entrelazándose, originan unas esbeltas ojivas túmidas, muy elegantes, a cuya liviana sombra podrían encontrar abrigo de los rayos solares del mediodía unos posibles peces de este viejísimo estanque, u otros posibles bañistas de la no menos vieja Córdoba musulmana.

Hay algo más en los alrededores de la dicha Huerta de María Ruiz, tan interesante para el arqueólogo. Un puente de piedra, de clásico aparejo árabe, que cruza ese arroyo de Cantarranas que limita la finca, y cuyo eje está orientado hacia el noroeste. Puestos sobre el puente, y tendiendo la mirada adelante, se ven blanquear, al pié de la sierra, en línea recta, las ruinas de Medina Azahara.

¿Conducía allí el camino que cruzaba por este puente? ¿Qué relaciones había entre estos parajes y Medina Azahara?

El ilustre arquitecto municipal don Félix Hernández, sé que ha estudiado este puente, lo ha fotografiado y medido, y entre otras dimensiones halló la de catorce metros de anchura en el zampeado, lo que demuestra que se trataba de una vía ancha e importante.

No hemos visto más cosas. Si las hay estarán sepultadas.

En definitiva hemos visto. Una ruinoso línea de muralla desde el frente del Cementerio de la Salud, río abajo, hasta poco más allá de la Huerta Valladares, por cima de la Alameda del Obispo. Y más allá, siguiendo esta línea, un albercón, otra graciosa alberca, un puente ruinoso...

Sobre estos detalles sueltos, dejemos que la imaginación construya a su antojo, y reedifique y repueble esa Córdoba desaparecida y misteriosa.

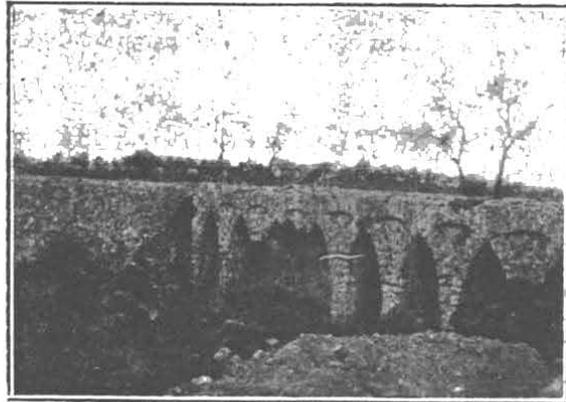
IV

Buscando solución al enigma

Desechemos por hipotética e infundada la opinión de una Córdoba, no romana fenicia como querían los antiguos, sino ibera siquiera, como diríamos hoy. No hay para ello ningún fundamento de ningún orden.

Todos los restos que hemos descrito, muralla desde la Huerta Maimón hasta la Huerta Valladares, y restos del Cañito de María Ruiz, como albercón, alberca, restos de torreón y puente, todo esto es claramente árabe. No lo decimos nosotros. Lo sostienen arqueólogos profesionales.

Nuestro amigo y compañero de Academia señor La Torre, opina que esas murallas misteriosas, hechas de tapial, quizá acaso con fundamento de sillar en sus cimientos, pero in que el mismo sobresalga de la superficie del terreno, pino, repito, que son murallas árabes y la decadencia, del siglo XI posiblemente.



Frente meridional de la alberca árabe en tierras del Cañito de Mari-Ruiz.

En cuanto a los demás restos, su filiación árabe, el más modesto cordobés, que tantos maravillosos ejemplos tiene a la vista de tal arquitectura, no dudaría un momento en descubrirla.

Además, hacia ese Cañito de Mari-Ruiz ya se ha señalado por doctos investigadores que podría radicar la buscada, y hasta hoy perdida Medina Ahira, la potente morada del potente Almanzor, desafío del pueblo cordobés y flor de un día.

Don Ricardo Velázquez, en su obra sobre «Medina Az-Zhara y Alami-

riya», publicada por la Junta de Ampliación de Estudios el año de 1912, señala, en el plano liminar, como posible emplazamiento de Medina Zahira, ese lugar del Cañito aproximadamente. No conocemos mayores datos del mismo.

Nuestros arqueólogos locales, y creo que puedo señalar, sin temor a ser rectificado, la opinión de los señores La Torre y Hernández, también abundan en aquella creencia.

Medina Zahira, en suma, aparte de otras elucubraciones, sin fundamento alguno, pudo estar donde hoy el Cañito de María Ruíz. Todos esos restos allí subsistentes, vendrían a confirmar esa sospecha que necesita, así hay que reconocerlo, más firmes fundamentos para convertirse en realidad.

Pero, ¿y esa muralla que nace en las mismas puertas de Córdoba, y se sigue hasta bien cerca de aquel sitio, y podría seguir hasta aquel mismo lugar? Esta es la incógnita.

Mi opinión es, que esa muralla es la misma de Medina Zahira.

Sé que contra ello existen argumentos, pero allá van razones.

Medina Zahira, residencia del poderoso regente Almanzor, que se hizo proclamar rey, «melic carim», no era sólo un palacio, más o menos grande, como nuestra concepción actual de la construcción se lo imagina.

Medina Zahira era toda una ciudad, como lo fué Medina Az Zhara que tuvo una población de unos veinte mil habitantes.

Oigamos los textos, más o menos originales.

Don Pascual Gayangos, en sus notas a la traducción de Al Makkarí dice: «Ningún resto ha quedado del castillo y ciudad de Azzahira, que Almanzor construyó a imitación de Azzahara. El Edrisí no hace mención de ella porque en la época en que escribía este geógrafo ya no existía.... el único historiador que da algunos detalles es En Noguairi. Por él se sabe que esta ciudad era también llamada Balis (Vélez) (1) y que estaba tan cerca de Córdoba, que habiendo ocurrido a mediodía la rebelión de El Mahdí y el destronamiento de Hixem, era allí conocida el mismo día».

El «Bayan Almogreb» dice que Almanzor eligió como emplazamiento un sitio que adquirió llamado Azzahira, notable por sus espléndidos palacios, en un punto avanzado sobre el río de Córdoba, y que comenzó la edificación el año 368 (978 de J. C.), para lo que hizo venir artistas y obreros y llevar máquinas considerables, decorando su palacio con un lujo deslumbrador. Instaló en él las administraciones y tesoros; estableció graneros dentro de su recinto y molinos en la llanura, y dió en arriendo las tierras próximas a sus ministros, secretarios, oficiales y chambelanes, los que levantaron palacios y casas considerables. Abrió también mercados para las numerosas caravanas, y el pueblo se presuró a establecerse en

(1) Según R. Arellano, probable corrupción de Bellas o Valles.

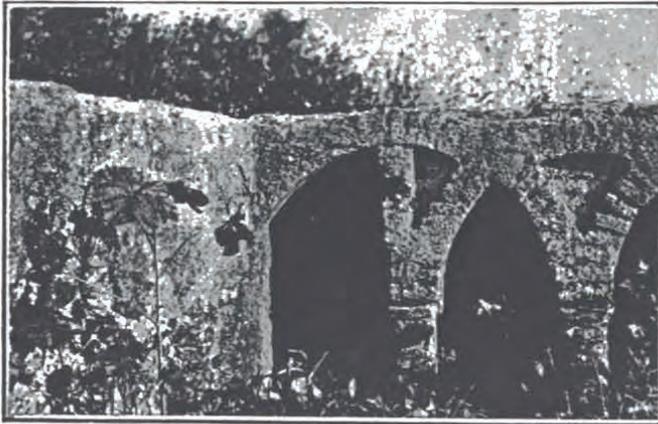
este sitio, cerca del jefe del poder, y los arrabales se unieron con los de Córdoba.

Dozy relata la fundación y destrucción de Medina Azzahira siguiendo a En Noguairi principalmente.

«Medina Azzahira, dice don Ricardo Velázquez en su mencionada obra, era no sólo un palacio, sino una ciudad, compuesta de pabellones, palacios y casas de campo, y sus arrabales llegaban hasta los de Córdoba.

Lo más concreto respecto de la situación de Medina Azzahira, continúa, es que estaba a orilla del Guadalquivir y no lejos de Córdoba, pues sus arrabales llegaban hasta los de esta ciudad y cerca también de Medina Az-Zahara. En cuanto a la distancia a Córdoba, hay completo desacuerdo entre los escritores, lo mismo respecto de Medina Azzahira que de Medina Az Zahra, lo que indudablemente está motivado por los errores que los copistas han ido cometiendo».

Dice El Kartás que en 992 una inundación entró de improviso en Córdoba, destruyó los bazares, y subió hasta Zahira la residencia magnífica del ministro.



Angulo de la alberca en detalle.

Por su parte, hé aquí lo que dice En Noguairi, el que da más detalladas noticias, en la traducción de Gaspar Remiro:

«Y cuando se le presentó la muerte (a Almanzor) recomendó que todo aquel polvo recogido fuese arrojado sobre su cadáver, al ser depositado en el lugar de su enterramiento, que fué Medina Az Zahira próxima a Córdoba».

Y más adelante, en la rebelión de Mohamed el Mahdí:

«Entre tanto la gente de Medina Az Zahira ignoraba toda la verdad del suceso (la conquista del Alcázar de Córdoba por Mohámed), y sospechaba

que se trataba de un asunto que fácilmente podría sofocar el jefe de la Almedina, hasta que supieron con toda certeza, que Mohámed había penetrado en el Alcazar y llegaron a creer que en aquella misma noche serían acometidos en Az Zahira» (Hay que tener presente que Mohámed cita a sus partidarios para la conquista del Alcázar «una hora antes de la puesta del sol»).

Sigue diciendo En Noguairi:

«Hixem escribió el documento de su dimisión y de la proclamación de Mohámed, que pasó aquella noche en el Alcázar. Los de *Bellas*, que era Medina Az Zahira no se movieron ni uno sólo, aunque constituían un numeroso contingente... Se levantó Mohámed en la mañana del miércoles, nombró canciller...

«Envió Mohámed a su primo Ben El Mogueira con una tropa del pueblo, para atacar a los de *Bellas*; pero estos le rechazaron y pusieron en vergonzosa fuga hasta el interior de Córdoba. Más aumentó la tropa de los de Mohámed y rechazaron a aquellos hasta *Bellas*, en la cual penetró el canciller y fué saqueada. En esto los visires y esclavos pidieron la seguridad de sus vidas, y Mohámed accedió a su petición. Marcharon a él y aunque les reprendió duramente, luego les concedió su perdón.

«Ben Ex Xaris vino con el canciller para trasladar los valores, provisiones y armas que hubiese en *Beilas* cuando ya había sido arrebatado de todo ello en cantidad incalculable; pues en la noche del miércoles fueron saqueados los muchos aduares que poseían los Amiries, como así también los de los visires que estaban próximos a *Bellas*. Fué tal el saqueo en Medina Az Zahira que desaparecieron hasta las puertas y maderas, y con esto se trasladó el canciller a Córdoba. Pasados que fueron cuatro días, mandó Mohámed que fuera prohibido el saqueo practicado por la multitud, y se quedó sólo para trasportar lo que quiso. Y se dijo que lo que le llegó todavía de Medina Az Zahira en tres días, importó la suma de 1.500.000 piezas de oro, y 2.100.000 de plata, y aún fueron encontradas después de eso algunas orzas que contenían 200.000 piezas de oro. Por fin Medina Azzahira fué incendiada a diez días que restaban de Chumada II (19 de enero de 1009)»

?No se vé bien a las claras por este relato la contigüidad de Medina Azahira con Córdoba?

Además de esa compenetración en que vivían ambos núcleos de población, que permite a los de *Bellas* estar enterados de que Mohamed ha dado un golpe contra el Alcázar, habiendo sido el suceso al anochecer, están las referencias de todos o la mayoría de los cronistas, que dicen textualmente que los arrabales de Medina Azahira llegaban, o se unían con los de Córdoba.

Y para dar fuerza a todo esto, viene la opinión de Simonet, el sabio

profesor de Granada, quien en su leyenda histórica sobre «Almanzor» fundamenta, apoyado en textos originales, que Zahira estaba al Occidente de Córdoba, en las Eras de la Salud, cuya opinión sañudamente combatida por alguno de nuestros historiadores locales (Rz. Arellano) viene ahora confirmada por toda clase de datos.

Reconstituycamos los hechos, según nuestra opinión:

Almanzor, para dar muestra de su poderío, como finalidad política, y también siguiendo la costumbre de todo magnate árabe, se hace construir en 978 una magnífica residencia de campo, a donde se traslada con su corte, la magnífica Medina Az Zahira, que se puede colocar con gran seguridad en las tierras actuales del Cañito de María Ruiz.



Puente árabe del Cañito de Mari-Ruiz.

A su alrededor, reparte tierras entre sus cortesanos, y pronto surge una ciudad de casas y palacios, cuyos arrabales llegan hasta los de Córdoba. Esta ciudad—Bellas, propiamente dicha—ocupa toda esa alta mesa de las eras de la Salud, de magnífica situación, que llega hasta Córdoba.

Esta ciudad es amurallada. Por el lado sur se pueden hoy ver las ruinas. El resto, si existió, ha desaparecido del todo.

En 988 Almanzor construye un segundo puente sobre el Guadalquivir, en el que gasta 150.000 dinares, emplazado por donde hoy el Molino de las Tripas. Debo recordar que, al reconocer las murallas de la Huerta Maimón con mi amigo el señor La Torre, en el trozo de ellas recién caído, y cuyos lienzos, desmenuzados, he

fotografiado, cree reconocer este competente arqueólogo las señales de, dos torreones casi juntos, que podrían ser de una puerta en esa muralla cuya conjetura la apoya un dato más débil aún que consiste en la observación sobre ese lienzo volcado, de un corte en bisel, que podría ser el apoyo del dovelaje de un gran arco, perteneciente a esa puerta. Pues bien, esta sospechada Puerta cae casi frente al puente que Almanzor construyó, y que también desapareció ha mucho tiempo.

Ya hemos reconstruido Medina Azzahira. Ya hemos repoblado Bellas, la ciudad de adulación y esplendor que nació a su sombra y llegó hasta Córdoba.

De esta manera, el propio palacio de Azzahira quedaría fuera del recinto amurallado de la ciudad de Bellas. ¿Por qué no? El palacio tendría su recinto propio e independiente, como lo tiene el de Medina Az Zahra, como se ve en el mismo Alcázar de Córdoba, con su doble y tal vez triple recinto amurallado.

No olvidemos que, a pesar de todos los cantos de los poetas orientales, eran estos tiempos medioevales, tiempos de sangre y fuerza, en que los tronos se guardaban tras poderosos bastiones amurallados.

Pero todo fué inútil. Sucumbió Zahira a la devastación y al incendio. Y por si era poco, no mucho tiempo después, las revueltas berberiscas, sobre todo cuando en los años 1011 a 1013 próximamente Córdoba está sitiada durante cerca de dos años por las hordas africanas, asolan y destruyen todos los alrededores de la ciudad. Si algo quedaba de Zahira, entonces fué acabado de arrasar.

Es entonces cuando Medina Az Zahra sufre también los horrores del saqueo y el incendio. Todos los núcleos de población cercanos a Córdoba son entonces arrasados, dicen la mayoría de los cronistas.

La misma capital vé de cuando en cuando siniestras luminarias en su propio recinto. En esos incendios se evaporaba para siempre la gloria que sobre Córdoba acumularon los califas Omeyas, de inmortal memoria.

Y de Zahira, de Bellas sólo quedó un suelo de cascote, que, cual nueva Troya se ara y se siembra, y un viejo murallón arruinado que el sol y el viento van deshaciendo en polvo con que tejer el inmortal sudario de los siglos.

VI

Al rumor de unos sonos orientales...

En la espléndida Zahira, muestra vana del poderío de los hombres, Almanzor reunió el lujo, la opulencia, el poder y los tesoros de su época.

Una corte de poetas aduladores y asalariados cantaba sin cesar las magnificencias de Almanzor, de quién recibían ricos presentes por sus bajas cortesanas.

Más de cuarenta parásitos vivían cantando las glorias de Almanzor, y a la cabeza de ellos Said, traído de Bagdad, era el adulador más cumplido. Así cantaba las maravillas de Zahira:

« .. esa fuente que corre sobre mármoles tersos y resplandecientes y que derramándose en el prado lo fecunda y hace florecer. Tú la mandaste brotar, y se levantó lanzando copioso raudal. En derredor plantaste alineada una arboleda frondosa y florida, que ostenta hojas de plata cuando sus frutos son de oro... »

En cierta ocasión, este poeta favorito hizo una petición a Almanzor.

«¿Qué deseas?». «Que entre mi esclavo Cafur». «Pues, bien, que entre si te place», contestó Almanzor.

Cafur era un negro gigantesco que penetró en la estancia con un traje hecho de cuadros de colores, y remendado como el de un mendigo.

«¡Pobre hombre! exclamó Almanzor, ¿por qué le pones esos andrajos?»

«Son las bolsas de dinero que me has regalado, señor, contestó Said, con las cuales he podido vestir a un hombre de la estatura de mi esclavo».

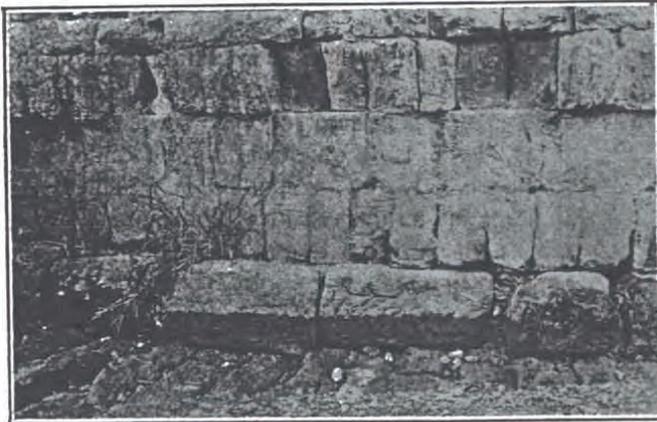
Sonrió Almanzor la adulación y ordenó que se le entregaran nuevos presentes.

Otros poetas cantaban así el esplendor de Zahira:

«Aventaja el palacio en excelsitud al Jawarnac y al Sedir, y su magnificencia es tal que comparándola con la del mismo Iwan nada se hallaría digno de celebrarse.

«Obra de arquitectura tan maravillosa no hubiesen acertado a ejecutarla aquellos antiguos persas tan peritos en levantar fábricas gigantescas cuanto en la traza y ornato.»

«Largos siglos pasaron sobre romanos y griegos, y no fundaron para sus monarcas edificio semejante a este ni siquiera que pueda comparársele.»



Detalle del aparejo del Puente.

«Leones de metal muerden los llamadores de sus puertas y al sonar, parece que sus bocas repiten estas palabras: Alah acbar».

«Los mármoles que pavimentan este Alcázar parecen alfombras de polvo sutilísimo, perfumado con alcanfor».

En Az Zahira hubo escenas contadas por los narradores, que recuerdan el más delicioso ambiente, propio de un Versalles de la Edad Media.

En cierta ocasión (1) bebía Almanzor con el visir Abul Moguira ben

(1) Dozy, *Historia de los musulmanes de España*, tomo III.

Hazan en uno de los soberbios jardines de Zahira; porque, a pesar del respeto que mostraba a la religión, bebió toda su vida, excepto los dos años que precedieron a su muerte.

Era una de esas hermosas tardes que sólo se ven en los privilegiados países del Mediodía.

Una bella cantadora, a quien Almanzor amaba, pero que había concebido una violenta pasión por el huésped del ministro, entonó estos versos

«Huye el día, y ya la luna muestra la mitad de su disco. El sol, que se oculta, semeja una mejilla, y las tinieblas que avanzan, el vello que la cubre; el cristal de las copas, agua helada, y el vino, fuego líquido. Mis miradas me han hecho cometer pecados inexcusables. Ay gentes de mi familia. Amo a un hombre que no está al alcance de mi amor, aunque se halla cerca de mí. ¡Ah, que no pudiera lanzarme hácia él y estrecharle contra mi corazón!»

Abul Moguira comprendió demasiado bien la intención de estos versos, y cometió la imprudencia de responder enseguida con estos otros:

«¡El medio, el medio de aproximarse a esa belleza, rodeada de un vallado de espadas y de lanzas! ¡Ah, si tuviese la convicción de que tu amor es sincero, de buen grado arriesgaría mi vida con tal de poseerte! Un hombre generoso, cuando quiere alcanzar su fin, no teme ningún peligro».

Almanzor no aguantó más. Rugiendo de cólera, desenvainó la espada, y dirigiéndose a la cantadora, exclamó con voz de trueno:

«Dime la verdad, ¿es al visir a quien se dirige tu canto?»

«Una mentira podría salvarme, respondió la valiente joven, pero no mentifé. Sí, su mirada me ha traspasado el corazón; el amor me ha obligado a decirlo; me ha hecho decir lo que quería ocultar. Puedes castigarme, señor; pero ¡eres tan bueno, te complaces en perdonar cuando se confiesan los yerros!»

Y hablando así, se deshizo en lágrimas

Almanzor ya casi la había perdonado. Pero entonces su cólera recayó sobre Abul Moguira, y le abrumó con un torrente de reproches.

El visir le escuchó sin decir palabra, y cuando acabó de hablar Almanzor, exclamó:

«Señor, convengo en que he cometido una gran falta; pero, ¿qué podía hacer?. Cada uno es esclavo de su destino; nadie escoge el suyo, todos lo sufren, y el mío ha querido que amara a la que no debo amar.»

Almanzor guardó unos instantes de silencio

«Pues bien, dijo al fin, os perdono a los dos. Abul Moguira, ¡la que amas es tuya, y soy yo quien te la dá!»

La vida grandiosa de Almanzor se retrata, como en un espejo, en la vida de su creación, la propia Zahira.

Las mejores descripciones que han quedado de Zahira, y las únicas, son los cantos de los poetas.

«Los Leones que reposan magestuosamente en esta regia morada, cantaba un anónimo que recoge Al Makkari, dejan resonar, en vez de rugidos, el murmullo del agua que se derrama de sus bocas.

»Sus cuerpos parecen cubiertos de oro y en sus bocas se liquida el cristal....,

»Ved como del pico de cada ave corre el agua límpida a manera de un caño de plata».

«Aunque mudas estas aves debéis considerarlas elocuentes, pues el agua que vierten modula gorgoros, sones y silbos.

Otro decía de las puertas:

«Los umbrales de estas puertas son de oro purísimo y todas sus hojas se ven adornadas con preciosas labores a cincel.

»Los clavos de oro que sujetan la chapa resaltan graciosos, como los pechos de la huries.....

«Al tornar la vista a los peregrinos dibujos de los techos..... no puedo mirar sin admiración esas golondrinas de oro..... con tal habilidad han acertado los artistas..... que representan hasta la sombra del animal que huye.....»

De estas descripciones se deduce (1) que el palacio de Zahira tenía un gran patio central, rodeado de galerías con arcos y columnas, sobre las cuales se alzaba otro cuerpo de edificio con ventanas y ajimeces. Las puertas de este patio que comunicaban con las habitaciones las guardaban leones de bronce. (¿Nacerían en Zahira los leones de la Alhambra?). Las hojas de las puertas las cubrían planchas de cobre cincelado, que los poetas llaman oro bruñido, y las paredes de los aposentos estaban decoradas con estrellas de plata sobre fondo azul. Los techos, pintados y esculpidos representaban paisajes, con fuentes, flores, aves y escenas de cacerías.

En el centro de este patio había un gran estanque, y en su centro un elegante pabellón con fuente y surtidor. En el pabellón una enramada de naranjos simulada en plata con frutos de oro, y en él, unas aves que derramaban agua por el pico. También había leones de surtidores en otras fuentes.

Pero el mismo Almanzor presagiaba que esta espléndida creación, y el porvenir mismo de su familia no serían de larga duración.

Cuéntase que con lágrimas en los ojos, exclamó cierto día: «¡Ay de tí, Zahira mía, si al menos supiese yo por' manos de que traidor has de ser devastada....!»

Y como uno de los cortesanos tratara de desvanecer aquellos tristes augurios, replicó:

(1) Ramírez de Arellano, Historia de Córdoba, tomo III

-Tan cierto es, que vosotros habréis de ver cumplido mi vaticinio. Parece que veo ya la gala de Zahíra derribada en tierra, su rastro borrado, caídos y destrozados sus edificios, saqueados sus tesoros, y los patios asolados por el fuego de la devastación.»

A los siete años de su muerte, su predicción se había cumplido.

Al Maccari hace el curioso relato siguiente, tomado de un escritor de la época:

«Fué destruída Zahíra, y pasó como el día de ayer, que ya feneció; faltaron de ella los estrados reales y los mimbares y apoderóse el robo de todo su ajuar, tesoros y armas. Su altivo poder vino a parar en vileza, y no quedó para ella esperanza de restauración, sino que fué completamente arruinada, tornándose en días de tristeza sus tiempos de alegría y serenidad. Cuéntase que cierto varon de las edades pasadas se detuvo ante ella, y contemplando su fábrica excelsa a maravilla, y sus edificios altivos y suntuosos, le dirigió este apóstrofe: «Oh, casa maldita, en la que hay algo de todas las casas. Tambien Alah llevará algo de tí a todas ellas...» Y en verdad, apenas pasaron algunos días de la plegaria de aquel varón piadoso, cuando fueron robados los tesoros y alhajas, y todo destruído y saqueado, de suerte que no hubo casa en el Andalus en que no entrase alguna cosa de su despojo, en más o menos cantidad. Así quiso Alah que se cumpliese la invocación de aquel santo varón, que habrá sido glorificado por su Señor. Dénse pues alabanzas a aquel cuyo poderío jamás acaba y cuyo reinado nunca tendrá fin. No hay más Dios que El».

RAFAEL CASTEJÓN.



Boletín de la Real Academia
de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
DE CORDOBA

AÑO IV. ❖ ❖ ENERO A MARZO ❖ ❖ NÚM. 11



DON PABLO GARCÍA FERNÁNDEZ

Nació en Córdoba en 1856.—Murió en Cartagena en 1924,
Médico, publicista, bibliófilo, perteneció como Numerario a esta Real
Academia ejerciendo en ella muchos años el cargo de Secretario con
ejemplarísimo celo digno de todo encomio.

El plano de Medina Azahara



la muerte del Excmo. Sr. D. Ricardo Velázquez Bosco, acaecida el 31 de julio de 1923, y después de breves meses de interinidad, fué designada, para dirigir las excavaciones de Medina Azahara, que desde los comienzos verificados en 1910 había dirigido dicho notable arquitecto, una Comisión delegado-director, integrada por miembros de la Comisión provincial de Monumentos de Córdoba, de la que formaron parte D. Rafael Jiménez Amigo, presidente, D. Ezequiel Ruiz Martínez y D. Rafael Castejón, vocales, D. Félix Hernández, arquitecto, y D. Joaquín M.^a de Navascués, director del Museo Arqueológico de Córdoba.

La primera tarea que se impuso esta Comisión fué la de desarrollar un plan de conjunto respecto a dichas excavaciones, que permitiera excavar sistemáticamente, y dar todo su valor topográfico a los hallazgos sucesivos.

Se necesitaba un plan armónico de adquisición de terrenos; otro plan de excavaciones; designación de un vertedero de tierras y granzas, problema magno hasta ahora sin solución y que ha dificultado grandemente los trabajos. Se comenzó por catalogar todos los objetos existentes.

Y, sobre todo, se proyectó el levantamiento del plano general de las ruínas, que permitiera darse cuenta de su extensión, y formular el plan de excavaciones y adquisición de terrenos. Al fallecimiento de D. Ricardo Velázquez, tenía éste contratada la adquisición de doce fanegas de tierra, en lotes de tres fanegas anuales (por no consentir otra cosa los límites del presupuesto), de los que había adquirido un primer lote. Hoy es ya propiedad del Estado la parcela total de doce fanegas, en las que están enclavadas las excavaciones verificadas hasta el día.

El plano general era una necesidad absoluta, y no se podía dar un paso sin esa guía preliminar y necesaria.

Sobre la extensión de Medina Azahara no se tenían normas seguras, ya

que las más detalladas descripciones, como la de Ambrosio de Morales, no dan las referencias precisas. Don Ricardo Velázquez, en sus trabajos, tampoco dió la extensión o emplazamiento total de las ruínas.

Del levantamiento de dicho plano se encargó nuestro compañero de Comisión el arquitecto D. Félix Hernández, quien aprovechando los elementos que fué encontrando en despaciosas y detalladas inspecciones de la Dehesa de Córdoba la Vieja, donde están emplazadas las ruínas, logró ver terminada su ímproba tarea en el mismo primer año de actuación.

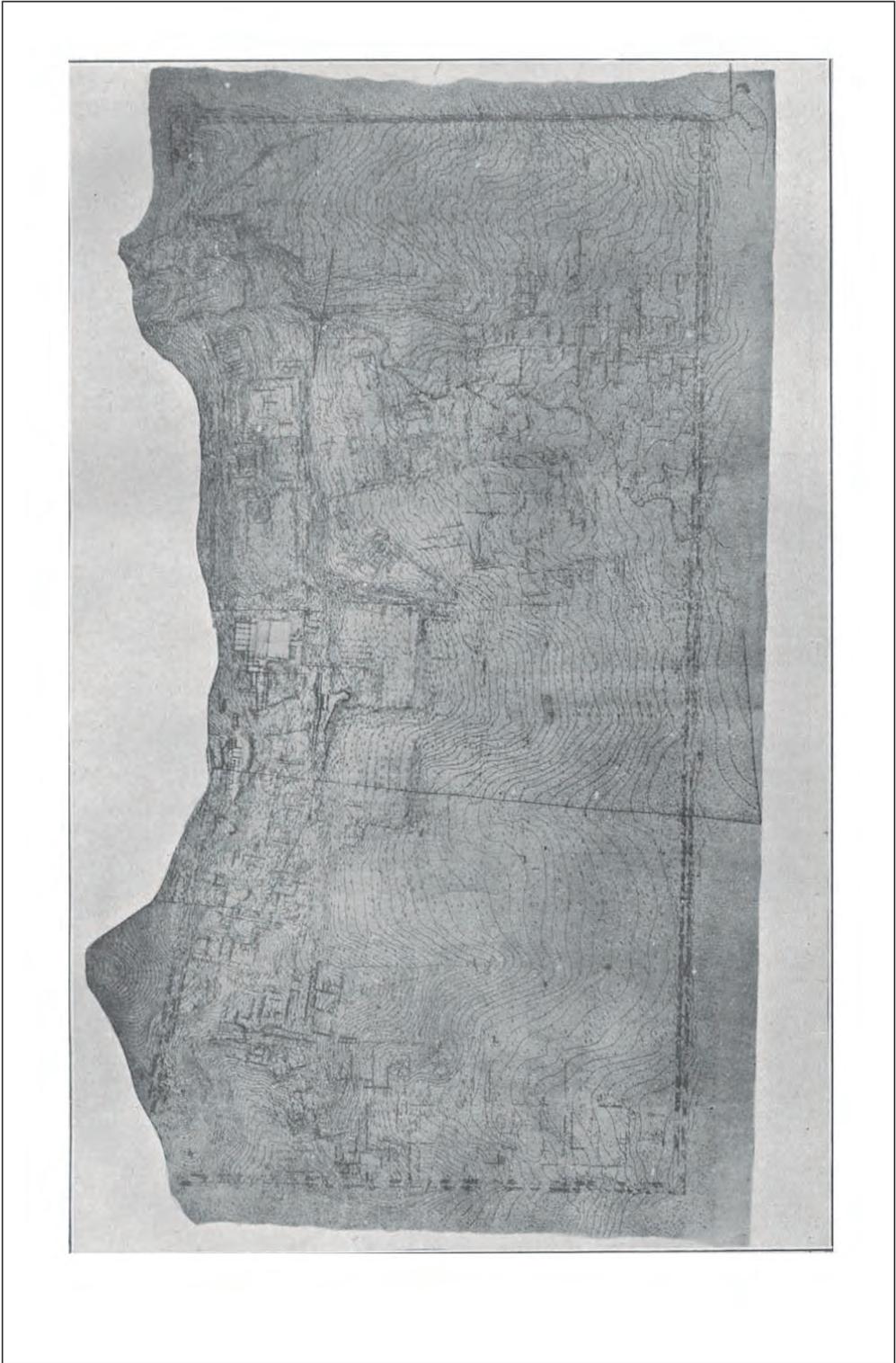
El plano está ejecutado a escala de 1/1.000, con curvas de nivel de metro en metro. En él están señalados con trazo fuerte los restos arquitectónicos hoy excavados y al descubierto, que lo fueron bajo la dirección del señor Velázquez. Las restantes indicaciones han sido verdaderamente descubiertas por la paciente investigación del señor Hernández sobre el terreno, y aún hubieran podido ser más detalladas si la frondosa vegetación que en las épocas primaverales cubre completamente aquellos lugares, no enmascarara completamente los restos de edificación que subsisten a flor de tierra.

El trabajo del señor Hernández (y puesto que es suyo personal, se me permitirán todos los elogios que merece, apesar de tener el honor por mi parte de contarme como compañero suyo de Comisión), aparte de su perfección técnica, es un admirable trabajo arqueológico, que equivale al descubrimiento total de la ciudad y palacios de Azahara.

Ya hemos dicho que no se tenían conocimientos precisos respecto a la extensión que ocuparían las ruínas, ni cuales eran sus límites. Don Ricardo Velázquez en sus excavaciones había comenzado por el sitio donde se descubrían mayores restos de construcciones, habiendo tenido la suerte de empezar por el grupo de habitaciones reservadas del Califa, y encontrando también uno de los grandes salones públicos. Pero se desconocía cuál era el resto y hasta dónde se extendía.

En el plano levantado por el señor Hernández, y del cual ofrecemos una fotografía adjunta, se ha precisado el recinto amurallado total de Medina Azahara, algunos de los recintos interiores, los grandes grupos de edificaciones y su probable destino, todo ello de acuerdo con las descripciones de los cronistas musulmanes, y de los historiadores cristianos, que alcanzaron a ver los palacios en pie.

Medina Azahara, según dicho plano, es una ciudad amurallada de forma rectangular, que mide de N. a S. unos 750 metros, y de E. a O. unos 1.500 metros. El recinto total que la defiende consta de dos poderosas murallas de unos cinco metros de espesor cada una, construídas con sillares de piedra en el clásico aparejo califal de sogá y tizón, que dejan entre ambas un corredor de otros cinco metros de ancho aproximado. Este



EDICIÓN FACSIMILAR. Bibliografía del Dr. D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala en el Boletín de la Real Academia de Córdoba. 49-685.

recinto estaba torreado, sobre todo en los ángulos, sin haberse podido determinar las dimensiones de estas torres.

Dentro de la ciudad (medina, ciudad amurallada) se disponían diversos escalones o mesetas, según las descripciones clásicas.

En la parte alta, y dominando el resto de la ciudad, y todo el llano desde Almodóvar a Córdoba, se levantaba el palacio del Califa, casi todo él excavado, y del que da amplia noticia en su Memoria oficial y póstuma el señor Velázquez.

Hacia occidente, en terreno muy accidentado, se levantaban casas sueltas o grupos de ellas entre jardines, para mujeres y sirvientas, y hasta se descubren restos de bancales de jardinería. En este lugar sólo verificó el señor Velázquez algunas investigaciones aisladas.

En la parte baja del palacio del Califa hay otro gran grupo de edificaciones, que son las señaladas por los historiadores mahometanos como pertenecientes a oficinas públicas, servicios de administración, graneros, etcétera. También están sin excavar.

Por último, hacia oriente, se extienden los grandes palacios o salones, de los que sólo hay excavado el más occidental, al que tal vez erróneamente se ha llamado en estos años «salón del trono». A continuación de éste, en dirección a saliente, y convenientemente espaciados, se aprecian los rastros de otros dos salones, el central, o «del trono», y el oriental, o «de la familiaridad y el solaz», como traducen algunos historiadores, en los cuales se acumulaban las maravillas de todo orden que nos han descrito los contemporáneos, y donde se verificaban los grandes actos de corte, como juras de soberanos, recepciones de embajadas, etc.

Limitando al sur todos estos grupos, y formando uno de los escalones generales, se extiende un potente recinto murado, llamado en estos tiempos «paseo de ronda bajo», que aislaba los grandes grupos descritos del resto de la ciudad, parte baja y jardines, donde estaban además los cuarteles para tropas, servidumbre masculina, casas, etc.

No se ha podido determinar hasta ahora el emplazamiento de la mezquita, tan alabada por todos los cronistas. La sospecha de que estuviera al lado oriental de la gran plataforma central que dominaba los jardines, y donde se levantaba el «pabellón meridional», es una mera suposición.

De todas maneras, los emplazamientos señalados sólo se pueden dar en su mayoría como problemáticos, hasta que las excavaciones los vayan comprobando sucesivamente, si bien explican ya sobre un plano general, levantado estrictamente sobre los rastros que aún quedan sobre el terreno, las descripciones más o menos originales.

Tal fué, además de la correspondiente adquisición de terrenos antes dicha, el resultado de la primera campaña a cargo de la Comisión directora, con otros detalles sobre caminos y acueductos no menos interesantes.

A nuestro juicio, el plano general de Medina Azahara del año 1924 levantado por el arquitecto señor Hernández, es uno de los jalones más firmes en el descubrimiento de la encantadora ciudad, que nosotros establecemos de la siguiente manera: año 1854, en que el fecundo historiador don Pedro de Madrazo señala concretamente el emplazamiento de Medina Azahara; año 1910, en que el señor Velázquez, comisionado por el Estado, inicia felizmente las excavaciones; y año 1924, en que se levanta el plano general, determinando los límites exactos y los grandes detalles constructivos de aquella maravilla creada por los Califas cordobeses en el siglo X, y que fué un compendio legendario y ensoñado de las artes constructivas y suntuarias de la época.

RAFAEL CASTEJÓN

BIBLIOGRAFÍA

- «MEDINA AZZAHRA Y ALAMIRIYA», por don Ricardo Velázquez Bosco. Publicado por la Junta de Ampliación de Estudios: Madrid. 1912.
- «EXCAVACIONES EN MEDINA AZAHARA». Memoria sobre lo descubierto en dichas excavaciones redactada por el Delegado director de las mismas Excmo. Sr. D. Ricardo Velázquez. Madrid. 1923.
- «CÓRDOBA. RECUERDOS Y BELLEZAS DE ESPAÑA», por don Pedro de Madrazo. Madrid 1855. Capítulo quinto «Medina Azzahra».
- «EMBAJADAS DE PRÍNCIPES CRISTIANOS EN CÓRDOBA EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DE ALHAQUEM II», por don Francisco Codera. Boletín de la Academia de la Historia, 1888, pág. 453.
- «EMBAJADORES DE CASTILLA ENCARCELADOS EN CÓRDOBA EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DE ALHAQUEM II», por don Francisco Codera, 1889, pág. 187.
- «LAS ANTIGUEDADES DE LAS CIUDADES DE ESPAÑA», por Ambrosio de Morales, Madrid, 1792, págs. 31 y siguientes.
- «ANTIGUEDADES Y EXCELENCIAS DE CÓRDOBA», por Pedro Díaz de Rivas, Córdoba, 1627.
- «HISTORIA GENERAL DE CÓRDOBA», por el Padre Ruano, Córdoba, 1760.
- «HISTORIA DE LA DOMINACIÓN DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA», por don José Antonio Conde, Madrid, 1820.
- »HISTORIA DE LOS MUSULMANES DE ESPAÑA Y AFRICA», por En-Noguairi, traducido por don Mariano Gaspar Remiro, Granada, 1917, Tomo I, pág. 55.
- «DESCRIPCIÓN DE ESPAÑA», por Abdallah Mohamed el Edrisí. Versión española por don Antonio Blázquez. Madrid, 1901.

La Memoria oficial de la campaña 1924, está en prensa, con el plano a que aquí se alude reproducido en fotograbado a tamaño original, y saldrá en breve.

Boletín de la Real Academia
de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
DE CORDOBA

AÑO IV. ❖ ❖ JULIO A SEPTIEMBRE ❖ ❖ NÚM. 13

GALERÍA DE HOMBRES ILUSTRES QUE PERTENECIERON
A LA REAL ACADEMIA CORDOBESA



DON FRANCISCO MARCHESSI BUTLER

CORONEL DEL EJÉRCITO

Inspirado artista, persona de ejemplar cultura y envidiables dotes
Ingresó en la Academia para ocupar un puesto de numerario
de la Sección de Artes, por acuerdo de 5 de Noviembre de 1904
Desde el año de 1905. hasta su muerte, ejerció con insuperable
celo y probidad el cargo directivo de Depositario.
Honró a la Real Corporación con obras perfectísimas de sus
pinceles, como los retratos al óleo del humanista Pavaon y del
poeta Fernández Ruano.
La Academia sintió el dolor de perderle para siempre el día
4 de Julio de 1925



HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS

LA ORFEBRERÍA DEL CALIFATO DE CÓRDOBA

Hace poco más de un año que, en terrenos próximos a los Olivos Borrachos, cerca de Córdoba, y por donde se está construyendo una nueva barriada vecina a la de la Electro Mecánica, encontró un obrero, dentro de una tosca vasija de barro, la linda botellita de plata repujada que ilustra esta página.

Su filiación musulmana es bien patente por todos los detalles que la ornamentan, característicos del periodo califal más esplendoroso de Córdoba, por su misma forma, por su técnica, y sobre todo, porque con ella, y dentro de la misma vasija de barro que la contenía, se hallaron más de cien monedas de plata, unas enteras y otras recortadas, pertenecientes a los reinados



de Abderrahman III, Alhakem II e Hixem II, y cuyas monedas vienen a filiar tales objetos entre fines del siglo X y principios del XI.

Esta pequeña redomita de plata, cuya altura es de siete centímetros y medio, tiene su tapadera sujeta por una cadenita, y en su interior había una barrita también de plata.

Se trataría de un esénciero, o de una redoma para kohl, con el cual se pintaban las cejas las bellezas musulmanas, sirviendo dicha barrita precisamente para extraer el contenido en pequeña cantidad.

Además del sumo interés que encierra en sí esta linda joya del arte cordobés del Califato, lo tiene en grado máximo por lo que significa en la historia del arte de la orfebrería en España, especialmente de la época musulmana, en la que, aparte la arqueta de Gerona, no hay ejemplares de autenticidad valiosa que nos dieran a conocer el desarrollo de este importantísimo arte industrial que en Córdoba adquirió, en los siglos posteriores, tan noble prestancia, durante los tiempos de la dominación musulmana.

Dado a conocer este hallazgo a la Comisión provincial de Monumentos por el director que era a la sazón del Museo Arqueológico de Córdoba, don Joaquín M. de Navascués, aquella se apresuró a efectuar su adquisición, y hoy puede admirarse entre las colecciones del Museo de Córdoba tan notable ejemplar.

RAFAEL CASTEJÓN.



BOLETÍN

DE LA

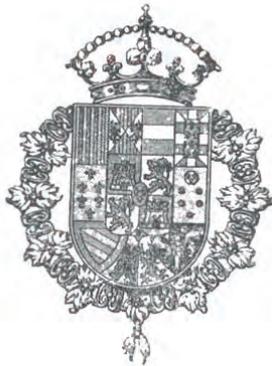
REAL ACADEMIA

DE

CIENCIAS, BELLAS

LETRAS Y NOBLES

ARTES DE CÓRDOBA



AÑO V. ◊ NÚM. 15

ENERO A MARZO

1926

IMPRESA «LA COMERCIAL»,—CÓRDOBA



HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS

Capitel y pebetero del Arte del Califato

A fines del año 1922, y con motivo de excavaciones practicadas en el Cementerio de la Salud, de Córdoba, por obreros municipales, se encontraron restos constructivos de la época musulmana, con las piezas arqueológicas de que damos cuenta en esta nota.

Se recordará que toda esta zona, situada fuera del perímetro actual de la ciudad, si bien casi inmediata a ella, debió pertenecer al barrio occidental que, en plena época del Califato cordobés, fué fundado, verosímilmente por Almanzor, y que en las postrimerias del mismo fué enteramente destruido.

Va hemos dicho en otro trabajo (1) la frecuencia de hallazgos arqueológicos en este sector, y el mismo aspecto de la superficie del suelo, lleno de cascote, que ofrecen abundante muestra de la población que debió existir en este lugar. Visitando no hace mucho los terrenos donde está emplazada la fábrica de la Sociedad Española de Construcciones Electromecánicas, observábamos, en pocos metros cuadrados, varios pozos de

(1). «Medina Zahira. Una Córdoba desaparecida y misteriosa». Núm. 8, abril a junio 1924, año III, de este mismo BOLETÍN.



agua dulce, de indudable construcción musulmana, que vienen a comprobar, a mayor abundamiento, cuán densa debió ser la construcción en este barrio occidental, desaparecido enteramente, de la Córdoba del califato.

El hallazgo de que hoy damos cuenta, verificado al ampliar las excavaciones de la fosa común, del Cementerio, se verificó a una profundidad próximamente de un metro. Los objetos estaban sobre restos de solería de losa de barro rojo, y en una abundante capa de ceniza y carboncillo, señal de un poderoso incendio. Unas losas de piedra o sillares habían quedado encima, resguardándolos.

Se trata de un capitel de pequeño tamaño, y de un pebetero o perfumador de bronce, cuyos objetos, recogidos por el Ayuntamiento, se depositaron en el Archivo municipal, donde hoy se custodian, con vistas a engrasar el Museo municipal en formación.

El capitel es de mármol blanco, estilo corintio, y presenta escasas mutilaciones. Su altura es de 195 mm. su diámetro máximo diagonal de volutas 265 mm. y su diámetro inferior 120 mm.

Es un bello capitel más, en la larga serie de los que, de aquella época, constantemente se están descubriendo en Córdoba, en sinnúmero de excavaciones, siendo unos conservados en los museos o colecciones particulares, pasando otros a formar elemento constructivo en la casa de algún propietario celoso, o bien yendo a parar al chamarilero que les hace emprender sendos viajes de incógnito hacia los museos o colecciones extranjeras.

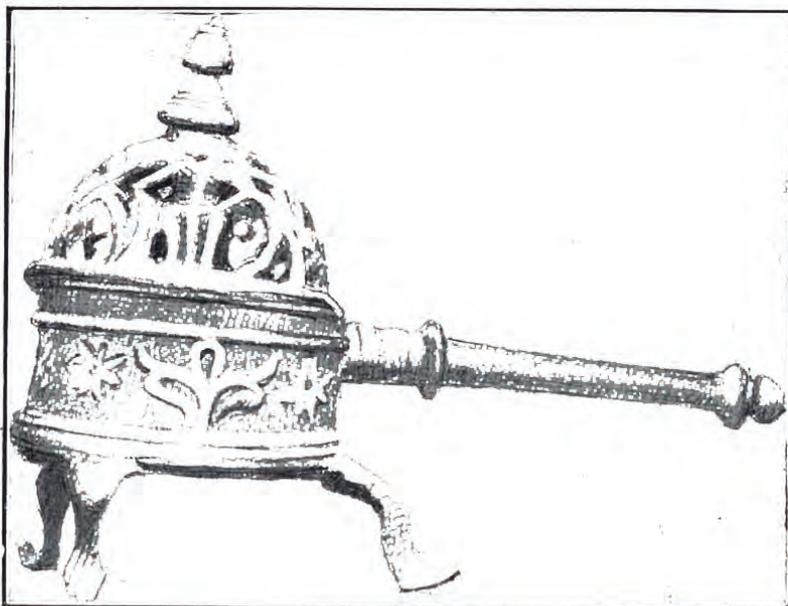


Contribuirá, desde luego, este capitel, a conocer mejor la serie evolutiva que, partiendo del capitel clásico, llega a formar en los mejores tiempos del Califato cordobés, estas piezas, de tan admirable sabor, cuyo estudio ha preocupado tanto a los eruditos (1), y se presta aún a consideraciones interesantísimas.

El pebetero o perfumador, de bronce, tiene forma de brasero, para quemar perfumes. Su alto es de 140 mm. el largo de 240 mm. contando

(1). Una recopilación, bastante útil, de ese estudio, pero hecha hace unos treinta años, es la de don Rafael Ramírez de Arellano, en su «Historia de Córdoba», tomo III, página 232 y siguientes, publicada en 1918, a la cual faltan las ilustraciones y grabados, que no llegó a publicar, apesar de las frecuentes citas y promesas de texto.

la longitud del mango, y el diámetro 91 mm. Por el mango podría hacerse penetrar la corriente de aire para alimentar la combustión. La cubierta, en figura de cúpula semi-ovoidea, gira sobre una charnela.



Pebetero de arte copto, existente en el Museo egipcio de El Cairo, del que dá cuenta Al. Gayet, en su obra *L'art copte*, Paris, 1902.

Este pebetero es una pieza muy interesante en las artes industriales de la época califal cordobesa. Como todo el arte de la época, deriva de las formas bizantinas, con estrecha relación hacia aquellas otras que pertenecen a la misma órbita de influencia artística, cual sucede con las coptas.

Este ramo de las artes suntuarias e industriales de la época califal, que era bastante desconocido, y que dió motivo a confusiones lamentables de los eruditos, se va esclareciendo merced a estos hallazgos, de indudable trascendencia en la historia del arte peninsular.

RAFAEL CASTEJÓN

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA

DE

CIENCIAS, BELLAS

LETRAS Y NOBLES

ARTES DE CÓRDOBA



AÑO V. ◊ NÚM. 17

OCTUBRE A DICIEMBRE

1926

IMPRENTA «LA COMERCIAL».—CÓRDOBA



Las piedras rayadas de Medina Azahara



En la campaña de excavaciones verificada en Medina Azahara en el año 1925 y en la zona aledaña a la puerta que se abre en el lienzo norte de muralla, única puerta de recinto descubierta hasta hoy en la ciudad de los Califas, se hallaron, con el intervalo de unos meses, dos piedras con rayas groseras, a las que no se dió la menor importancia.

Por el mismo tiempo se encontró una placa de piedra, con otras rayas y círculos, (fig 2), que desde su hallazgo, los mismos obreros que la encontraron la consideraron como un tablero del conocido juego popular que hoy se practica todavía, llamado comúnmente «tres en raya».

Este segundo hallazgo, que nunca se pensó relacionar con el primero, fué tomado en consideración, y dicha placa se recogió y colocó en el museo que viene formándose en éstas ruínas con los restos más importantes que de ellas se exhuman.

Respecto a las dos primeras piedras de que hablo (fig. 1, A y B), recuerdo que la señalada en el dibujo adjunto con la letra B fué encontrada en una edificación pequeña que hace saliente perpendicular al lienzo de muralla norte, y que tiene todo el aspecto de una torre albarrana o cosa análoga, porque los orígenes conocidos de esos elementos de defensa están colocados en la historia de la arquitectura militar bastante después del siglo X.

Cuando esa piedra se extrajo entre los escombros, el obrero le dió un golpe para partirla, como se hace con todas las piedras y sillares grandes que allí se encuentran, procedimiento que tiene toda mi repulsa, aunque se me diga que es necesario para poder transportar las piedras así partidas

al vertedero. Pues bien, como ya teníamos la piedra A, que habíamos separado por curiosidad, al encontrar esta otra, que parecía presentar signos y rayas análogos, yo la hice retirar también y conservarla, aunque partida en dos, como puede apreciarse en el dibujo.

No le hubiera yo dado más importancia a esas piedras si en el Boletín de la Sociedad Española de Excursiones (Madrid, diciembre 1926, XXXIV, pág. 271), no hubiera visto, en un artículo publicado por don Manuel González Simancas y titulado «De arqueología numantina. Los estratos en las excavaciones de la Acrópolis», el dibujo de una piedra, en un todo análoga a las que vengo comentando, y a la que se refiere el

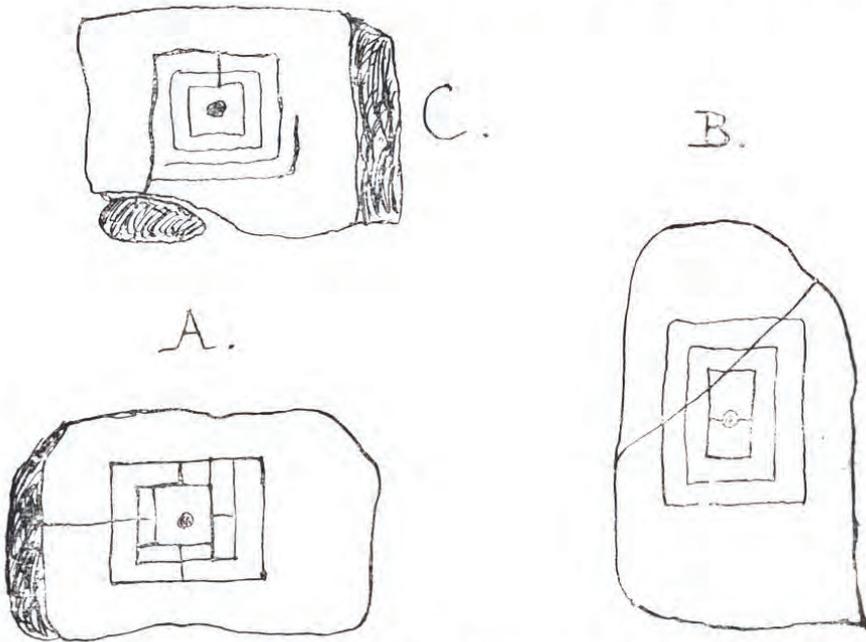


Fig. 1, A. y B., piedras halladas en Medina Azahara. C., piedra numantina (¿estela funeraria?) de Garray.

párrafo siguiente: «¿Puede admitirse que procedan de los tiempos de la dominación céltica las sepulturas por inhumación y sin ajuar funerario que se descubrieron en distintos sitios del cerro? ¿Es un indicio de esto el trozo grande de piedra torpemente labrado en forma prismática, semejante a las estelas de tipo ibérico aragonés y a otras de las necrópolis de Aguilar de Anguita que se encuentra formando parte del cercado del huerto de don Agapito Moreno (vecino de Garray), situado en la falda occidental de la colina?» (He tratado por mi parte de dibujar dicha piedra, que en aquel trabajo está señalada con la signatura fig. 12, lámina II, y es la que aparece

en la fig. 1, letra C, de este artículo, pero lo he conseguido muy medianamente, porque, como puede verse, soy muy mal dibujante).

Ese artículo que comento me llenó de dudas. Para mí hay una absoluta analogía con la piedra que señala el señor González Simancas procedente de Numancia, y las encontradas por nosotros en Medina Azahara. Aquella sería semejante a las estelas funerarias de tipo ibérico aragonés. Estas, sin el menor género de duda, son de filiación árabe y de uso indeterminado.

Las piedras por nosotros encontradas y señaladas con las letras A y B, son de la caliza miocena en que está construida toda esta ciudad y palacios de Medina Azahara, y que se encuentra en extensas canteras a media falda de la Sierra de Córdoba. La A es más cuadrada, y si se quiere más cúbica, en tanto que la B es más rectangular.

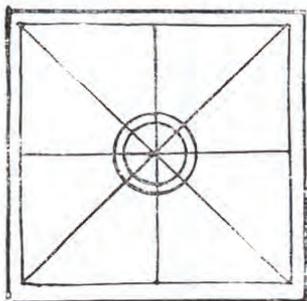


Fig. 2. Placa de piedra de Medina Azahara.

En su centro tienen el rayado que se puede ligeramente apreciar en el dibujo. Es un rayado basto, hecho con una punta grosera, como un clavo o cosa análoga, tanto que la raya se ha corrido muchas veces más de lo necesario, como indudablemente ha pasado en la piedra A, señalando muchas subdivisiones que no fueron hechas deliberadamente y que por otra parte yo no he visto muy claras.

Ambas, y en esto coinciden con las de Garray, tienen en el centro del rayado un hoyo o depresión circular, también groseramente excavado. En la piedra A, parece notarse que el trazado tiene tendencia a cierta forma espiroidea, como en la C, procedente de Numancia, en tanto que en la piedra B, la independencia de los cuadrados rayados es absoluta.

La placa de piedra de la fig. 2, es de otro orden completamente distinto. También de caliza, pero de un grano más fino, su forma es perfectamente cuadrada, de 22'7 centímetros de lado. Su grosor, de unos dos centímetros.

Las rayas que ocupan casi toda su superficie son finas, correctas, trazadas a regla y con un instrumento de filo aguzado. En cuanto a los dos círculos concéntricos, separados por unos 6 mms., el mayor de ellos tiene de diámetro ocho centímetros. Son también correctos, trazados a compás. Para mí, esta plaquita, fácilmente transportable, o tal vez fijada sobre un murete o adarve, servía para el juego de las tres en raya antes mentado, y que, en este supuesto, sería ya conocido por los musulmanes del Califato cordobés.

Hay que tener en cuenta, a mayor abundamiento, que esta zona de recinto amurallado estaría constantemente ocupada por soldados y centinelas, que habrían de buscar juegos en que ocupar su forzada inactividad.

Pero, ¿y las dos piedras A y B de la fig. 1, a qué uso se destinarían? Posiblemente, de algún otro juego parecido al asalto o al antes referido, y que la misma manera grosera conque el rayado está hecho no permite deducir claramente. Seguramente un erudito en juegos de azar nos sacaría fácilmente de dudas.

Esas piedras, que formarían parte de un parapeto, serían indicadas para trazar sobre ellas un rudimentario tablero de juego (1). Lo que desde luego se puede asegurar es que no tienen relación alguna con objetos ibéricos y que su filiación cordobesa y musulmana del siglo X es bien patente.

RAFAEL CASTEJON

(1) En los cortijos de la provincia de Córdoba juegan los campesinos un juego llamado «la reina», y en otros sitios «el carro», que exige un rayado casi igual al de estas piedras que comentamos.



BOLETÍN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

DE CORDOBA



Año VI

Octubre a Diciembre 1927

Núm. 20



1928

Tipografía Artística.- San Alvaro, 17
CORDOBA

Las fuentes Musulmanas

EN LA

Batalla del Campo de la Verdad

(1 3 6 8)

LA batalla del Campo de la Verdad es uno de los sucesos de la historia de Córdoba que más fundamentos han dado a la tradición y la leyenda.

El mismo nombre de aquel arrabal de Córdoba, al otro lado del río, que la tradición hace derivar de la batalla famosa, así como también el del Postigo de la Leche en la Catedral y otros muchos sucesos y anécdotas, han tomado origen (según la leyenda) del acontecimiento señalado.

Todo ello comprueba la ferocidad del combate. Evidentemente, Córdoba temió entonces ser recuperada por el Islam, y luchó con heroica decisión.

No hemos de describir la batalla, ni de recordar los antecedentes que la originaron. Todos nuestros historiadores la describen con singular interés. El Abad de Rute (1), Ruano (2) Moreno Marín (3), Bravo (4), Morales (5), y otros muchos, re-

(1) *Historia de la Casa de Córdoba*, por don Francisco Fernández de Córdoba, Abad de Rute, libro 3.º, capítulo VII.

(2) *Casa de Cabrera en Córdoba*, por el P. Francisco Ruano Girón, página 171.

(3) *Anales eclesiásticos y civiles de la ciudad de Córdoba*, por José Antonio Moreno Marín, en el año 1368.

(4) *Catálogo de los Obispos de Córdoba*, por el doctor don Juan Gómez Bravo, tomo I, página 312.

(5) *Historia de Córdoba*, por el doctor don Andrés de Morales y Padilla, manuscrito en la Biblioteca municipal. Además de lo mucho escrito respecto al autor de esta Historia, véase el artículo titulado *La vida del Gran Capitán*, por don Miguel Angel Orti Belmonte, Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada, 1915, año V, número 3, página 189, en que se adjudica dicha Historia al P. Alonso García de Morales.

latan el acontecimiento a su manera, tildándoles Ramírez de Arellano (1), de poco escrupulosos en los detalles del relato.

Coinciden los modernos historiadores en que el único relato veraz de estos sucesos es la Crónica de Ayala (2), a la que se remiten. Ramírez de Arellano (3) se ciñe exclusivamente a los datos de ésta. Jaén (4), en su breve descripción de la batalla hace lo mismo.

El resumen de sucesos es el siguiente: El rey Don Pedro el Cruel establece pactos de amistad con el sultán de Granada Abulcháchach Yúsuf, y cuando éste es asesinado, en 1354, los renueva con el hijo Mohámed V. Trascurren los años, y aparece la rebelión contra Don Pedro, de sus hermanos los bastardos Don Enrique Conde de Trastamara, y Don Fadrique maestro de Santiago. Córdoba toma el partido de Trastamara, y sufre por ello terribles venganzas de Don Pedro, al someterla, que llenan de horror nuestra historia local. Pero, cuando el de Trastamara, a su vuelta de Francia, convoca Cortes en Burgos, Córdoba se levanta contra Don Pedro y francamente declara su rebeldía a favor de Don Enrique.

Casi toda la nobleza cordobesa que recuerda la venganza de Don Pedro, es partidaria de Trastamara. Los partidarios de Don Pedro son expulsados de la ciudad, prohibiéndoles la vuelta, y se hacen correrías por los lugares de Don Pedro y sus partidarios.

Aprovechando el cerco que el de Trastamara tiene puesto a Toledo, Don Pedro convoca al rey granadino para hacer algaras y venir a la conquista de Córdoba, estimando algunos historiadores que le ofreció la ciudad caso de ganarla.

«Don Pedro, cuenta Ramírez de Arellano, llegó ante los muros de Córdoba, en Mayo de 1368, trayendo consigo 1.500 caballos y 6.000 peones; y el rey de Granada traía 5.000 caballos y hasta 30.000 entre peones y ballesteros. Cuando llegaron al Campo de la Verdad encontraron defendido el Puente, y dentro

(1) *Historia de Córdoba*, por Rafael Ramírez de Arellano, impresa en Ciudad Real, 1920, tomo IV, página 124.

(2) *Crónicas de los Reyes de Castilla don Pedro, don Enrique II, don Juan I, don Enrique III*, por don Pedro López de Ayala... con las enmiendas del Secretario Gerónimo Zurita; y las correcciones y notas añadidas por don Eugenio de Llaguno Amirola, tomo I, Madrid, MDCCLXXIX, página 24.

(3) *Historia...* página 124.

(4) *Historia de Córdoba*, por Antonio Jaén, 1921, página 50.

de Córdoba a don Gonzalo Mexía, Maestre de Santiago (que se había hecho cargo del mando de la ciudad), don Juan Alfonso de Guzmán y don Pedro Muñiz de Godoy, que hacía tiempo que había llegado. Ya amenazada Córdoba, llegó en su ayuda don Alfonso Pérez de Guzmán con la gente que tenía en Hornachuelos, el cual entró en Córdoba sin dificultad, por que venía por la margen derecha del Guadalquivir y don Pedro estaba a la izquierda».

«Los cordobeses, apesar del gran ejército que tenían enfrente, no andaban muy cuidadosos en guardar los muros; así es que a los primeros envites del enemigo, se apoderó de la Calahorra uno de los capitanes mahometanos, a quien la Crónica llama Abenfaluz, y rebasando el Puente, atacó las murallas del Alcázar Viejo, abriendo en ellas seis portillos, y escalando el adarve, pusieron sobre él sus pendones. La noticia corrió por la ciudad llevando el espanto a sus moradores, que creyeron perdida la plaza. Tal fué el pánico, que las mujeres, tanto dueñas como doncellas, de todas gerarquías, se echaron a la calle con los cabellos destrenzados, llorando y pidiendo a los hombres que las amparasen y que no consintieran que el moro se las llevase cautivas. Con esta excitación se enardecieron los ánimos de los hombres y acudieron armados a los portillos, embistiendo a los moros tan reciamente que los arrojaron de ellos cayendo muchos desde el adarve abajo y haciendo buena matanza y tomándoles los pendones que habían clavado. Detrás de los moros atravesaron el Puente, recuperando la Calahorra y haciéndoles retirarse bastante de la ciudad.

»La noche se pasó por la gente pacífica, mujeres, niños y ancianos, en danzas y alegrías, y la gente de guerra, con los maestros, el adelantado y los otros caballeros, la pasaron ocupados en reparar los muros y cerrar los portillos, esperando al día siguiente un empuje mayor, porque el moro seguía considerando a Córdoba como la principal ciudad de Andalucía, por la importancia de su mezquita; y don Pedro, por odio a los caballeros cordobeses que se habían ido de su servicio, había jurado que si la tomaba la destruiría y haría arar su recinto.

»A la mañana siguiente los sitiadores volvieron a la pelea, pero al ver los muros coronados de gente de armas, se volvieron a sus tiendas, donde estuvieron algunos días, después de los cuales don Pedro se volvió a Sevilla y el mahometano

a Granada. Antes, desde el real, don Pedro dió sus pregones, declarando traidora a la ciudad de Córdoba.

«Poco tiempo después volvieron sobre Córdoba los ejércitos reunidos de don Pedro y el granadino, pero hallando la ciudad muy apercebida, no osaron combatirla».

El somero relato de Antonio Jaén (1), es el siguiente: «El pueblo entero de Córdoba, señores y vasallos nobles y ciudadanos, se defendió, y el adelantado mayor, Alfonso Fernández de Córdoba, ganó al frente de ellos la nombrada batalla del Campo de la Verdad, que dió nombre, según la tradición, a este barrio; habiendo el Adelantado, cuando salió al combate contra el rey de Granada y don Pedro, mandado cortar dos arcos del puente, para que el ejército no tuviese más camino que vencer... es legendaria la brillante actuación del pueblo de los barrios bajos, singularmente los del barrio de Santa Marina. De ella también arranca para los nobles la concesión del privilegio de «la Cepa», o sea doble funeral en todas las parroquias de la ciudad cada vez que fallece un descendiente de los nobles que tomaron parte en el combate».

Al dar cuenta de los trabajos de que más adelante hablamos, Gaspar Remiro hace el siguiente extracto de los sucesos, según la Crónica de López de Ayala: «...así que vió don Pedro como su hermano bastardo y rival don Enrique, conde de Trastámara, tenía cercada a Toledo, trató con Mohamed V que viniese a ayudarle y juntarse con él para ir sobre la ciudad de Córdoba. Acude el de Granada con un ejército de 7.000 jinetes y 80.000 peones y unido a la gente de don Pedro, atacan a Córdoba sin lograr tomarla. Pasados algunos días en el real contra Córdoba, se retira el sultán de Granada hacia su tierra y don Pedro hacia Sevilla. Más pronto vuelve a salir Mohamed V con fuerte ejército y esta vez cerca a Jaén, entra en la ciudad por asalto y sus moradores cristianos que pueden escapar de la muerte o del cautiverio, se acogen a la fortaleza. Esta es estrechamente cercada y sus defensores compran a buen precio la retirada de Mohamed y su hueste. Mas la ciudad ha sido saqueada e incendiada, destruidos sus muros y asolados sus campos.

«Otra vez vuelven don Pedro y Mohamed a juntarse contra Córdoba sin poder entrarla. Entonces parte el de Granada para

(1) Loc. cit.

el obispado de Jaén, toma por fuerza de armas a Ubeda y la entrega al saqueo y al incendio. Como en Jaén, los de Ubeda que pueden se refugian y hacen fuertes en su alcazaba. Combate el de Granada a Andújar que no logra tomar. En esos tiempos, con ayuda de don Pedro, entra en las villas de Marchena y Utrera, recogiendo gran botín y muy crecido número de cautivos. Además de esto, agrega López de Ayala, los moros recobraron muchos castillos, como Belmez, Cambil, Alhavar, Turón, Hardales, el Burgo, Cañete y las Cuevas e hicieron mucho daño en tierra de cristianos por la división que había entre ellos».

* * *

Esas son las referencias de la Crónica cristiana, y los relatos de nuestros historiadores locales contemporáneos. Hay en ellos lagunas, contradicciones, y sobre todo hechos inexplicables.

Algo de esto se remedia con algún autor musulmán, que describe los sucesos, y cuya autoridad es irrecusable. Nos referimos al famoso Aben Aljatib, el ilustre literato, historiador y visir del reino granadino, del que nos habla por extenso Gaspar Remiro, al reseñar la correspondencia diplomática del reino mantenida por tan ilustre personaje con ocasión de los sucesos que comentamos (1).

En este interesante trabajo, entre las frases poéticas de rigor, tratándose de musulmanes ilustrados, se describen los sucesos, como es costumbre en los historiadores islámicos, con la mayor exactitud.

En dicha serie de documentos, el ilustre visir de los Alhamares, trasmite a otros soberanos y jefes islámicos las victorias conseguidas por los ejércitos de su reino. Hay por tanto repeticiones de los mismos hechos, trasmitidos a diversas personas, que nosotros transcribiremos también repitiéndolos, siguiendo la pauta seguida por el traductor de los manuscritos del Escorial.

La primera carta (2) que hace referencia a Córdoba, es la

(1) *Correspondencia diplomática entre Granada y Fez. (Siglo XIV)*, por M. Gaspar Remiro. Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, años 1912, 1913, 1914 y 1915.

(2) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 294.

publicada por Gaspar Remiro en el aludido trabajo, dirigida al Jefe de la Meca, en Octubre de 1369, y que es a modo de resumen de todos los sucesos. Dice así lo más esencial: «Y conquistamos la ciudad de Priego divisoria entre las villas musulmes, que constituía un bocado atravesado en la garganta del pueblo del Islam.

»Después cercamos la fortaleza de Iznájar, estribo de las algaras de los infieles y depósito abundante de armas; pues Dios quitó su fardo pesado, siendo perdonador de su caída.

»Luego nos dirigimos a la ciudad de Utrera, capital princesa de los infieles, bosque de los leones vencedores y albergue de las gacelas del desierto. La tomamos por fuerza de armas, siendo entregada al fuego la ciudadela y extirpados sus moradores por muerte o cautiverio. Las villas se llenaron de cautivos de los cuales se contaron millares, y de botín que excedía a toda descripción.

»Pusimos sitio a la ciudad de Jaén, cuya fama en lo que toca a la cultura, permite que se prescindiera de exponer largamente las cosas que posee. Dios nos otorgó su conquista por asalto y la sometió al cautiverio y a sus defensores puso bajo los afilados sables.

»Después de esto atacamos a la ciudad de Ubeda que sirvió de modelo de ruína y destrucción.

»Luego sitiámos a la ciudad de Córdoba, metrópoli de estas ciudades infieles, mansión de abundantes beneficios, y a punto estábamos de destruir su defensa inexpugnable, de dispersar a su multitud congregada, y de añadir la fiesta de su conquista a la religión bienhechora, si no lo hubieran impedido las lluvias y el plazo fijado especialmente en el Destino. Nos retiramos de ella, después que el combate hizo temblar a la elevada montaña, y luego de prometerla nuestra vuelta, contando con la voluntad divina. Y esperamos de parte de Dios poder enviar albricias de su conquista a las ciudades del Islam y ofrecer generosamente el don precioso de esa noticia a los reyes que existan en aquellas.

»Después de Córdoba abrimos las fronteras cuyas puertas estaban cerradas, y conquistamos castillos pegados a las nubes, como el castillo de Rute, el de Havar y el de Campil, cuya vecindad llevó la seguridad al Islam y cuyas comarcas fueron pobladas por los guerreros de la fe.

»El rey de los cristianos en los pactos mutuos que teníamos

aceptados... nos cedió cuatro castillos, en los cuales purificamos las casas de Dios de las profanaciones de los ídolos y sustituimos las campanas por la palabra de la Verdad... Y la más reciente de las ciudades conquistadas ha sido la ciudad de Algeciras...»

En la carta siguiente (1), dirigida al sultán de Fez, Abúfáres Abdelazis, da cuenta con todo detalle de la conquista de Iznájar y la ciudad de Priego.

En la inserta a continuación (2), dirigida al mismo sultán de Fez, le comunica la jornada contra Utrera y su alfoz, después de haber tomado y guarnecido la fortaleza de Iznájar, que debió ser según el traductor, en la primavera de 1367. En otro documento, el visir Abenaljatib da cuenta al pueblo de Granada de la toma de Utrera (3).

Sigue otra (4), comunicando al sultán de Fez la toma de Jaén por asalto, el incendio y saqueo de esta ciudad y el asolamiento de toda su tierra, según parece en Septiembre a Octubre de 1367. Deduce Gaspar Remiro que estas campañas contra diversas ciudades andaluzas debieron comenzar en el año 1366, siguiendo durante el 1367 y 1368. Al final de esta carta, se cuenta: «Al retornar, hicimos alto ante la ciudad de Priego, gabinete de las hijas de aquellos pueblos desgraciados y cima de aquellos árboles talados, y vino a ser objeto de devastación para el torrente, de asolación para el infortunio y lugar de rapiña para peones y jinetes. Encontramos que sus habitantes habían escapado aprovechando toda la noche, y que sus casas estaban llenas de útiles y provisiones y los ganados dispersos. La rapiña se enseñoreó de ella, el goce se extendió por sus bosques de árboles, cuyas razas se entrelazaban, el fuego se pegó a sus olivares, las lenguas de aquél se inspiraban en ella con gran facundia, la ruína le produjo enfermedad en sus ojos, y el incendio la revistió con cadena de hierro».

Una siguiente carta (5), en que se da cuenta de la toma y destrucción de Ubeda, lleva la fecha de Noviembre de 1367, a continuación de la algará de Priego.

(1) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 304.

(2) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 308.

(3) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 316.

(4) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 318.

(5) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 327.

Después (1), se inserta la carta en que Mohamed V comunica al repetido sultán de Fez el resultado de la campaña contra Córdoba, en unión de don Pedro y sus partidarios, a quienes había encontrado en Casariche, para caer juntos todos sobre Córdoba. Gaspar Remiro conviene, del cotejo de fechas, en que esta campaña hubo de ser, como dice la Crónica de López de Ayala, en 1368. Dice lo más esencial de esta carta: «...ya os teníamos comunicado lo que intentábamos sobre emprender una campaña contra la ciudad de Córdoba, capital de las ciudades infieles, asiento de guerreros famosos, abundante en bondades, comarca cuyo tiempo es anterior al conocimiento del Islam y una columna a la que no se hace caer al primer golpe, pues dentro de sus murallas encierra de notables del pueblo de la Cruz, a todo arráez bravo, a todo león impetuoso en el asalto, astuto y vigilante y cuyo carácter y cualidades para estar alerta y para la acechanza son cosa bien probada y conocida, Llamamos en efecto a los musulimes de las ciudades más lejanas, hicimos oír la trompeta de la guerra santa en las partes del reino y nos presentamos ante la gente. Dimos a la harca que los musulimes habían dejado tras sí unida a los infieles de las comarcas y bandas, los aprestos que necesitaban, y derramamos las soldadas, los equipos y monturas de los hombres esforzados y bravos guerreros. Entonces se reunió la gente en el terreno, tomaron todas sus municiones y fué celebrada revista militar en fiesta feliz. La llamada había comprendido a todos, al próximo y al lejano, de grado o por fuerza, y nos pusimos en marcha, y la virtud de Dios abarcando todo y la confianza en él entera y completa, y acampamos afueras de la capital, hasta que quedaron ultimados para la gente sus aprestos y cumplidas todas sus necesidades. Conculcamos las villas cristianas con las multitudes de aquellos. Al hacer un alto de la marcha en la villa de Casariche, encontramos al sultán don Pedro que estaba esperando nuestro socorro y nuestra ayuda, queriendo sacar de los renuevos del Islam su porción de beneficio y demandando rasgar su religión con nuestro auxilio y esfuerzo. Se hallaba acampado al exterior de aquella villa y con él estaban los que habían permanecido bajo su autoridad y mantenídose en su obediencia y unión. Nuestro encuentro con aquél fué en forma tal que llevó el consuelo a los ojos de los

(1) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 335.

muslimes y dió fe del brillo y esplendor de nuestra nación religiosa, de suerte que huelga hacer toda representación, comentario o concepto sobre el particular; pues tanto él como los que le acompañaban vieron de ejércitos de Dios tal abundancia, que se quedaron absortos llegando a dudar de si sus imaginaciones se hallaban o no en estado de vigilia, al contemplar aquellas muchedumbres que con su reunión cerraban la vista de la extensa llanura, aquellos bravos guerreros que disputaban a los leones la muerte, los escuadrones victoriosos, las banderas flotantes al viento, los pueblos congregados, los gritos de la profesión de la fe que salían entre ambos horizontes, y los campamentos que ofrecían un aspecto superior a las exigencias de la vista. Entonces reconocieron lo que no habían calculado, y observaron el poder de Dios que interpretaron mal en sus inteligencias; pues hé aquí que Dios había acrecentado las tropas con gran aumento y multiplicación y había hecho cesar los defectos de aquello de que presenta excusas el que sufre y no se queja. Y a la mañana siguiente se dirigían las miradas para reconocer, y se alzaban los cuellos para observar, y se verificó la formación del centro y de los flancos y quedó el orden de la batalla tan perfecto que la vista no percibía en él defecto ni vicio alguno.

»Se vino a hacer campo a la distancia de una parasanga del río mayor (Guadalquivir) afueras de la ciudad—quiera Dios que se cumpla la promesa de su destrucción y tornarla a su fe jurada y su significación distintiva en el Islam y disipar las tinieblas de la infidelidad en los horizontes de ella por la doctrina musulímica y por sus luces—.

»Ya había avanzado de los defensores de la ciudad, un cuerpo de tropas protegido con mallas muy numeroso que se apoyaba en los muros del puente más grandes con una guardia descubierta que le tenía las espaldas, compuesta de arqueros y bravos soldados en número muy crecido.

»Entonces corrió contra ellos la caballería ligera de los muslimes y los rechazaron y vencieron, los desbarataron y dispersaron, los destrozaron con los sables, hicieron que los visitase la muerte, los dejaron como mieses segadas y les hicieron gustar de fuerte insalubridad. De ellos dejaron echados por tierra una gran multitud, todo un pueblo infiel. Se apoderaron los muslimes de una parte de aquellos muros y en ellos alzaron sus banderas flotantes y sobre ella dominaron sus firmes propósitos verdaderos.

»Los musulimes se precipitaron en el río nadando en su gran masa de agua y despreciando su vida en el sendero de Dios. Atacaron a sus defensores y enemigos situados en su orilla opuesta y los derrotaron. Se colgaron a los primeros muros y montaron sobre ellos. Y si en ese día hubiésemos sostenido firme el ataque, el éxito de las máquinas de batir y el buen orden de los peones, con seguridad hubiera sido tomada la ciudad quedando en nuestro dominio su gente y sus hijos. Más la noche infiel protegió a los impíos, aunque ya habían perecido muchos de ellos, y los musulimes hubieron de retirarse a sus campamentos, auxiliando Dios el viandante y al propósito victorioso.

»A la mañana siguiente nos lanzamos al mar, en el que habíamos puesto como navío nuestra firme resolución y en Dios la confianza segura para conseguir el deseo, y acampamos en la orilla más extrema de un modo tan fuerte y poderoso que las murallas de la ciudad estaban en vecino contacto con las cuerdas de las tiendas, y desde el interior de los campamentos alcanzaban a sus aduares los disparos de las fechas.

»Entonces los defensores de la ciudad, se mostraron ante las fortificaciones de las puertas, ofreciendo a buen precio el mercado de los golpes de lanza y de sable; más se les tornaba en el contrato con la pérdida y la ruína.

»Cuando aceleramos el combate, y teníamos ordenadas diversas embestidas para castigar a la ciudad de una manera ejemplar, sin que hubiesemos contado con el mayor o menor tiempo para hacerla cesar, hizo Dios que descendiese la lluvia, cuyo tiempo estaba prescrito de antemano y se hizo igual por su diluvio el terreno alto con el bajo.

»Fué grande el esfuerzo con este motivo, y sobrevino el quedar arma al brazo y las manos con dificultad para luchar; el tener que permanecer ante ella y procurar su asfixia y enterrarla, durante cinco días en que sus murallas no se libraron de ser embestidas, ni sus puertas de repetidos asaltos. Los combatientes abrieron brecha en los parapetos. Y era esperada verdaderamente la conquista prometida. Se desinflaron entre las gentes sus heridas y su inutilidad manifiesta. Fueron malas para ellos la tarde y la mañana por el poder de Dios. A no haberlo impedido la lluvia, ciertamente que se hubiese cumplido la promesa y la conquista, y Dios después de aquélla, es el conquistador.

»Los rostros se volvieron a destruir los cultivos, a hacer que dominase el fuego, a talar los árboles y a borrar los cimientos.

Por causa de ella fué arruinada la comarca famosa entre las comarcas, quedaron sus sembrados que se balanceaban para servir de lección a las inteligencias. Nos retiramos de ella cuando ya la revestía la ruína por todos sus límites, cuando habían sido derribados de los caballos sus magnates infieles, cuando se había retirado su humillación y despreciado como cosa vil su poderío. Y a punto estuvo de ser conquistada por fuerza de armas, si Dios no hubiera puesto para ella la promesa de otro plazo. Y fueron muertos de los bravos guerreros de ella y de sus varones distinguidos, de aquellos que descendían al combate y al choque cuerpo a cuerpo, de los que acometían por la tarde y por la mañana con bravura, un número tan crecido que su alta importancia es reconocida por los nombres de los muertos y su calidad distintiva es determinada por los varones ilustres de aquéllos. Una multitud de caballeros musulmes mostraron su ventaja en los campos de la lucha en términos casi comunes a todos ellos, así como para entregar el botín y en su habilidad para gobernar los caballos abandonados a rienda suelta en su carrera, que es la habilidad de los vencedores.

»Se verificó el traslado del ejército, cuando ya se habían completado la felicidad y el agrado y era satisfactorio el resultado de la guerra santa, habiendo producido el espanto entre los infieles el poder que resplandecía y la superioridad que era atestiguada por las lanzas y los caballos. Los musulmes pisotearon sembrados del camino por donde cabalgaban, y las mansiones en las cuales penetraron por la fuerza y saquearon, como océanos cuya costa está muy distante, y las tierras laborables cuyos frutos estaban en toda su madurez y en las que hay que excusarse de caminar en ellas, las dejaron como montón de arena y las entregaron resueltamente al dominio del fuego.

«Acamparon al exterior del castillo de Andújar...» y dá cuenta de la devastación de su término.

En la carta siguiente (1) al sultán de Fez, le comunica Mohamed V, por medio de su visir Abenaljatib, entre otras cosas, las nuevas algaras y devastaciones que ha realizado al retirarse del sitio de Córdoba, por los términos de esta capital y de la de Jaén. Esta carta es muy interesante porque en ella se dá cuenta de la segunda venida del rey de Granada sobre Córdoba, aprovechando mejor estación y solo con objeto de saquear y talar los campos, ya sin ayuda de don Pedro.

(1) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 343.

Los fragmentos más principales son: «Ello es que Nos al retirarnos del cerco de Córdoba mirando por las tropas que habían consumido sus municiones y quedado fraccionadas por la excusa de no tener su previsión necesaria a lo cual obligaban las separaciones de sus ciudades, y temiendo que se corrompiesen los víveres con el transcurso de su tiempo, nos pusimos en marcha desde aquella ciudad; pues ya nos impidió asolar por completo aquellas mieses esparcidas el tener que preocuparnos de las camisas y de que nos afligiesen los lechos del cólico; como quiera que la lluvia vino a impedir que la lengua del fuego llegase a incendiarla, a arrasarla, a explorar sus fondos bajos, a arrebatar sus ornamentos y a descubrir sus cosas íntimas.

»Entonces anduvimos ligeros en el sendero de Dios, para volver a emprender incursiones por esas comarcas enemigas en el tiempo del riguroso estío, y hacer sufrir las heridas del hambre intenso a esas bandas, con tal ligereza que no sería bastante a satisfacer la reclamación de la recompensa, y con el vivo deseo de desarraigar sus fajas de tierra. Dispensamos a los peones de continuar la fatiga y aceptamos su agrado en acompañarnos en aquella para volver al ataque.

Nos detuvimos cerca de Córdoba con nuestro campo, a fin de arrasar por completo los montes de los beneficios, extender de un modo general a su tierra los terremotos y hundimientos, para abrasar los surcos de sus sementeras, incendiar sus diversos valles con el grano de sus mieses, entregarla al dominio de las chispas del fuego, de suerte que sus espigas ardientes vengán a ser imagen de la belleza del oro; para extender la muerte y el cautiverio por sus dilatadas alquerías, y hacer que circularsen de improviso entre sus moradores las copas de la perdición completamente llenas.

»Penetramos en las entrañas de la frontera, para hacer general el arrasamiento de todos sus beneficios, la pérdida de las provisiones a sus gentes y el desvanecimiento de las esperanzas a sus moradores. Se admiraron del rápido retorno y quedaron asombrados de que sobreviniese el hambre y la devastación de las colinas. Porque es de los posibles remotos que recupere su florecimiento anterior; pues ya han sido arrancadas las sementeras y desarraigados los árboles, toda existencia ha venido a faltar en ella y ha visto los destelios de las firmes resoluciones del Islam escapando de los cintos que ordinariamente le ceñían, y las maravillas de que se ponía en duda la eviden-

cia; puesto que este año, muy señalado por los beneficios divinos concedidos en él, ha comprendido cuatro expediciones en las cuales han sido destruidas enteramente famosas capitales, sobre sus torres fué elevada poderosa y públicamente la voz llamando a la oración, la sede del reino fué puesta en grave aprieto y hubo de gustar el tormento de la ruína. Los vientos de la victoria, si quiere Dios, comenzarán a soplar con fuerza...

»Invertimos en el interior de aquellos términos florecientes en población y agricultura, tanto que huelgan su referencia y mención, algunas jornadas que empleamos en completar la destrucción de Jaén, hicimos huir a sus gentes de la parte occidental, renovamos su aflicción, la combatimos y arrasamos completamente, pusimos las villas en el collar de la ruína, excitamos a los caballos vencedores en sus ataques y algaras contra aquélla...»

Es también de gran interés la carta siguiente, en la que se comunican los mismos hechos al sultán de Túnez Abuishac (1). Es una carta larga y detallada, en la que se refieren al pormenor todas las conquistas y asolamientos ya mencionados, comenzando por la del castillo de Iznájar, la ciudad de Priego, la expedición de Utrera, la campaña de Jaén, y el saqueo de Ubeda. La carta sigue diciendo:

«Después, nos aprestamos para realizar una incursión contra la madre de las alquerías infieles y de los tesoros asegurados abundantes, la que es sonido de fama entre los viajeros y de buenas nuevas entre los caminantes, la ciudad de Córdoba. ¿De qué informarte? Es por su naturaleza señora de comarcas adornadas y revestidas de montañas de suelo duro y firme, de construcciones que rivalizan en hermosura, de flores lindamente coloreadas y de bellezas inacabables; donde el halo de la luna llena del cielo gira alrededor de la muralla de fuerte construcción, y la corriente de la vía láctea de su río, el que se desborda como sable que se desliza suavemente de su funda, se une a aquella amigablemente, y las ruedas de sus norias equilibradas al girar, ya perduran tiempo a tiempo y repiten los tiernos gemidos, deseando y recordando al primer amado.

»Emprendimos, pues, nuestro viaje de noche y día a Córdoba, hacia la cual se había adelantado ya la gente de caballería llevando anudada la felicidad en los tupés de sus montu-

(1) *Correspondencia...* 1914, IV, página 349.

ras. Y cuando hicimos alto al exterior de aquélla, verdaderamente asombroso y admirable, y nos ordenamos en batalla en sus afueras de un plantío sorprendente, en tanto que ya los corazones aguardaban el auxilio de aquel que es, en verdad, bienhechor y largamente dadivoso, y deseaban que descendiesen los ángeles del Auxiliador y Amparador, y puestas ya las recuas a nuestra retaguardia en un lugar descartado de la acción, comenzamos a recitar unos con otros, las fórmulas del credo musulmán. Mas no habíamos cesado de mencionar al Amado, al que hace descender el auxilio, cuando aparecieron defensores de aquélla, de teas incendiarias, de abundantes restos de espada en actitud de realizar una crecida siega de las mieses, algunos cuerpos como nubes errantes y como olas henchidas de los océanos. Bajo la sombra protectora de los bravos campeones quedaron a cubierto crecidos contingentes de peones y arqueros.

»Salieron a hacer frente en el campo de batalla, de los señores de aquella (Córdoba), los alazanes semejantes a colinas firmes llevando por su parte inferior las protectoras cubiertas de malla, de sus jefes que ofrecieron en rescate de la cruz, para el día de su infortunio, sus almas generosas, y de sus puercos a los cuales apartaron de aceptar las pruebas fidedignas de la verdad de Dios y de su Profeta los opacos velos del error y las rocas de los corazones endurecidos.

»Y hubo entre ambas partes, delante del puente de la ciudad que la separa como un océano y a cuyo río decora con la plata y perlas de su ornato, una batalla que nunca fué trabada de manera tan entretejida, ni las revueltas noches trajeron horrores semejantes, en la cual fué marcado el héroe esforzado, se enrojecieron las blancas espadas cortantes, se encorvaron las partes de las lanzas inmediatas al hierro y el vallado perduraba intacto. Las gentes con rapidez se hacían blanco de los proyectiles de la corcova de la muerte, y las flechas cortas se mostraban a los caballeros. Luego llegaron las lanzas a entrelazarse y mezclarse y a quedar sus puntas aprisionadas entre las cotas de malla, como los peces en las redes. Después se confundieron los jefes con los subordinados, quedaron descartadas de la obra las piedras gruesas y los sables volvieron a estar como coronas sobre los grupos, después que se desbordaron los estanques de los abrevaderos como bahías. Fueron agarrados los riachuelos que forman las cotas de malla, y vinieron a ser un mar, y sobrevi-

no la lucha cuerpo a cuerpo sin que se viese otra cosa que unos cuellos pegados a otros como en abrazo de despedida, al modo como se juntan los que estuvieron divididos y como el responder al que grita y llama a la separación eterna. Las almas afectuosas demandaron obtener el don de la resistencia. De seguida este torrente acudió en auxilio de aquellas ondas henchidas, la reflexión ilustró las inteligencias, recobró la firme resolución toda su pureza más acrisolada y exclamó la lengua de la resistencia: ¡Tomadles la puerta! Saludaron de mañana las hoces cortantes a aquellas bandas de mieses; pues sus cascos de hierro ya estaban satisfechos de ser pisoteados en tierra y sus cabezas quedaban humilladas sin otro remedio que demandar perdón.

»Entonces fueron alzados los estandartes sobre aquellas torres limitrofes con las murallas, y las alas de la perdición se extendieron resonando sobre la ciudad, sino fuera que hay que conformarse con el límite y la medida impuestos por el destino. Después atravesamos su río y con el poder de Dios, la apretamos con violencia, estrechamos su cerco y la angustiamos haciendo que la rodeasen las perlas de las cúpulas blancas.

»Permanecemos en ella algunos días para que revoloteasen con deseo las aves de rapiña de las banderas sobre su presa y fuesen talados sus árboles corpulentos. Y el fuego se enseñoreó de sus comarcas y a no haber sido por las dificultades que ofreció la lluvia, seguramente hubiésemos alcanzado la conquista de esa morada solariega.

»Ante esto juzgamos conveniente domar la ciudad por el estragamiento y tala de sus plantaciones, y procurando que sobre sus llanuras de cultivo, y sus colinas se repitiesen sin cesar los ataques de los vientos asoladores, a fin de que se ablandase para el Islam el duro bocado de aquella y le fuese facilitada su benéfica herencia por virtud de Dios.

»Luego sobrevino el desbordamiento de su campo de batalla tras de los degüellos, cuando ya la sangre arrojó sus piedras contra el enemigo amedrentado, cuando a nuestra espalda se empujaban unos a otros los rebaños extendidos, como se empujan las olas de los mares, y después que insistimos todavía con terquedad firme en asolar sus dilatados huertos y cármenes extensos, haciéndola presentar un aspecto horrible, en lugar del bello que antes ofrecía. Una banda de su Señor había tornado alrededor de ella, que, en efecto, amaneció como un ser muti-

lado. Excitamos en los caballos del fuego el deseo del carbón ardiente y en las concavidades más profundas de los valles de aquella hicimos que descargasen las nubes de la perdición. Enviamos los vientos de las algaras, los cuales no dejaron cosa alguna a la cual llegasen, a no ser como podrida.

»Se nos opuso el río cuya extensión infundía pavor, y cuya espada de filo pulimentado causaba espanto. Dios lo facilitó después de la privación, y las manos quedaron libres para aprovechar la ocasión del pillaje en aquel vergel. Pues preguntamos a su demandante Asad ben Alfarat y nos contestó mostrando el pasaje. Entonces se hicieron generales el pillaje y la destrucción de todos los alfoces. Fué objeto de vituperio lo reservado, y del pillaje las cosas preciosas. Fueron derribados los castillos, arrancados de raíz los árboles y quebradas las ramas.

»Regresamos, y el repliegue de las banderas desconocía ya su desdoblamiento, las arrugas de los rostros de los guerreros de la fe no alteraban su aspecto alegre, las manos fuertemente adheridas a los objetos preciosos del despojo, sueltas las lenguas en agradecimiento a Dios, agitadas las espadas, pulidas las corazas de malla, los nobles corceles sofocados por volver desnudos a las cuadras, angustiados por los resoplidos de la cólera comprimida, nos miraban como mira el que reprocha, y tornaban de los hipódromos del cabalgar soberbio bajo los mantos habituales de las armas, como tornan los pequeñuelos a sus escuelas primarias. Y los tambores redoblaban por la lengua del poder, la firme resolución se ofrecía presta para gritar el retorno laudable, la diversa especie de las lanzas después de esa lucha, era extraordinaria y asombrosos los lotes de cautivos puestos delante en orden perfecto. Y el que descendió a los abrevaderos de las recompensas (divinas) no volvió de vacío, ni exceptuado. Las perspectivas de la estación futura descendiente de su hermana la lluviosa, provendrán según la aspiración venidera. Y Dios es quien tiene poder...»

Estas épicas descripciones hechas por el visir de los Alahmares son de gran interés, por cuanto confirman algunos sucesos tenidos hasta ahora por dudosos, y especialmente porque explica la retirada de los ejércitos coaligados de Don Pedro y Mohamed V.

El suceso dudoso, y aun negado por algunos autores como

Ramírez de Arellano, es la famosa batalla del Campo de la Verdad o batalla de los Visos, asunto principal de la tradición y la leyenda. La Crónica de López de Ayala no habla de ella, y en su consecuencia nuestro historiador cordobés da por supuesto que la batalla no se celebró.

Las referencias musulmanas son bien claras. Las descripciones detalladas de la batalla, algunas hechas por extenso y en los más patéticos tonos, como sucede en la carta dirigida al sultán de Túnez Abuishac antes copiada, no pueden ser más categóricas. Hubo, pues, batalla, como han sostenido todas las fuentes cordobesas y claramente describen también las islámicas.

No podemos entrar en detalles, como el de la toma de la Calahorra, que por entonces era una pequeña fortaleza o coracha, como dice la Crónica, dando motivo estos sucesos a que el siguiente año de 1369, el nuevo rey don Enrique, «pasando por Córdoba, mandó reparar el Puente, y hacer más capaz y fuerte la Fortaleza de la Carrahola» (1).

Si los musulmanes tomaron primero esta coracha, y los de-

(1) Catálogo de los Obispos de Córdoba, por Gómez Bravo, pág. 313.

La Calahorra (etimológicamente, torre defensiva, V. *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*, por don Leopoldo de Egui-laz, Granada, 1886, página 335), tal como hoy la conocemos es claramente una edificación del xiv, seguramente la que mandó edificar Enrique II en 1369 de que dejamos hecho mención. El torreón oriental está rehecho posteriormente, acaso en el xv, y solo conserva de la primera época la hilada de sillares a ras de tierra. La edificación que allí hubiera antes, llamada coracha por la Crónica de Ayala, debió ser más insignificante y pequeña, y tal vez no muy anterior en fecha, aunque algunos relatos de la reconquista de Córdoba hablen de la fortaleza allí existente. Nosotros no hemos encontrado en ningún relato o descripción de los musulmanes, anteriores a la reconquista, noticia alguna de fortaleza en el sitio de la Calahorra. (V. *La Calahorra*, por Mariano Sarazá Murcia, «Boletín de la Sociedad Cordobesa de Arqueología y Excursiones», Enero-Junio 1920 página 7).

Respecto al término «coracha», es interesante la erudita descripción que del mismo hace don Manuel González Simancas, en su obra *Plazas de guerra y castillos medievales de la frontera de Portugal*, Madrid, 1910, extraído de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», página 93 y siguientes; en cuyo trabajo cita la Calahorra de Córdoba como la primera coracha mencionada en nuestras Crónicas castellanas, y señala como ejemplos de corachas la de Málaga, la de Alicante, la de Toledo y otras.

ensores de Córdoba mandados por Alfonso Fernández de Montemayor los desalojaron de ella, dándose seguidamente la batalla, como pretenden los autores locales clásicos; o si, al contrario, se dió primero la batalla, y a consecuencia de ella, aunque fuera terrible su acción, «los musulimes los rechazaron y vencieron, se apoderaron de una parte de aquellos muros», con lo cual parecen referirse a dicha fortaleza, como sostiene las fuentes musulmanas, es cosa poco clara.

Parece que esta segunda tesis fuera la más probable, porque de lo contrario no se hubiera acometido por los musulmanes el asedio de Córdoba durante cinco días, como hicieron a continuación.

La rotura del puente por los cordobeses parece probable puesto que en las cartas de Abenaljatib se habla siempre de que los musulmanes pasaban el río a nado, para venir a combatir las murallas.

Asunto para nosotros también muy dudoso, es el sitio por donde se iniciara el asalto, ya que siendo por el llamado Alcázar Viejo, no sabríamos deducir si este barrio estaba ya amurallado a la sazón, o si lo fué a consecuencia de estos sucesos, puesto que el recinto del mismo es del siglo xiv, por sus evidentes signos arqueológicos (1).

(1) El problema de las murallas de Córdoba exige renovación total en su estudio, porque se han dado constantemente como árabes, murallas que hay que calificar de mudéjares por la época de su construcción. Este es el caso de la muralla que circunda el barrio del Alcázar Viejo, en la que nosotros no vemos otras señales más que de construcción del xiv, y aún hay trozos como el lienzo meridional, ya paralelo al río, con sus torreones de planta peraltada construídos de tapial, y los ochavados de cantería, gemelos de la Calahorra, (Ramírez de Arellano al tratar este asunto denota perspicacia arqueológica estableciendo la hermandad arqueológica de las fortalezas dichas, pero yerra suponiendo que esta última se llamara la torre de Guadacabrilla, sobre el camino de Sevilla, que evidentemente es la que aún se llama Torre de la Cabrilla en el término de Posadas), que podrían ser de los principios del xv. Gómez Moreno, el ilustre arqueólogo español, en su trabajo titulado *Excursión a través del arco de herradura*, también señala estas murallas del Alcázar Viejo como construídas en el siglo xiv. Se impone por tanto la revisión de si el Alcázar Viejo estaba ya cercado a la fecha de esta batalla del Campo de la Verdad, o se cercó posteriormente, habiendo sido el lado flaco por

Pero lo más interesante de los textos que comentamos, y que abre gran luz al esclarecimiento de tan comentados sucesos, es la causa que obligó a don Pedro y a los granadinos a levantar el cerco de Córdoba. Esto era inexplicable en los relatos que se han conocido hasta hace poco. Y para darle explicación a lo que hasta ahora no la tenía, algún autor llegó a suponer que la batalla del Campo de la Verdad se dió al final del asedio y fué la que decidió definitivamente la contienda y obligó a retirarse a los aliados (1), hecho inexacto a todas luces.

Las cartas de la *Raihana* arriba copiadas, son categóricas: «...y a punto estábamos de conquistarla, si no lo hubieran impedido las lluvias...»; «Cuando aceleramos el combate... hizo Dios que descendiese la lluvia... y se hizo igual por su diluvio el terreno alto con el bajo»; «Fué grande el esfuerzo con este motivo y sobrevino quedar arma al brazo»; «A no haberlo impedido la lluvia ciertamente que se hubiese cumplido la promesa y la conquista»; «...y a no haber sido por las dificultades que ofreció la lluvia, seguramente hubiésemos alcanzado la conquista de esa morada solariega»; «Se nos opuso el río cuya extensión infundía pavor, y cuya espada de filo pulimentado causaba espanto.» Hé aquí bien claro, que una fuerte lluvia primaveral paralizó los combates y determinó una crecida del río que, no solo impedía los combates y anegaba los campamentos, sino que hizo imposible el paso del río a nado para venir a combatir las murallas.

Los aliados en vista de ello renuncian al asedio y emprenden la retirada, prometiendo volver pronto para la tala y saqueo de los campos, ahora imposibles por los encharcamientos y las sementeras todavía verdes.

Por esto dicen: «Mirando por las tropas que habían consumido sus municiones... no tener su provisión necesaria... temiendo que se corrompiesen los víveres... tener que preocuparnos de las camisas y de que nos afligiesen los lechos del cólico; como quiera que la lluvia vino a impedir que la lengua del fuego llegase a incendiarla...»

donde la morisma atacó, y exigiendo mayores defensas desde entonces. No hay que olvidar que la construcción del Alcázar cristiano en 1328 habría modificado las defensas de estos lugares de la ciudad. Nosotros tenemos en estudio este problema general de murallas.

(1) *Tradiciones cordobesas*, por varios literatos cordobeses, 1863, en la titulada «El Doble de Cepa», por don Rafael de Vida.

El regreso es rápido, acaso ya sin don Pedro, aun cuando los textos cristianos están dispares, y el objeto del mismo es ya únicamente la desolación y el saqueo, En la segunda carta al sultán de Fez se describe solamente esta expedición de castigo. Ya las sementeras prontas a recolectarse y los campos y caminos secos, era el tiempo propicio para esa expedición de saqueo.

Los hechos del año siguiente, con la batalla de Montiel y muerte de don Pedro, terminaron estos acontecimientos, que pusieron a Córdoba en grave riesgo de volver al Islam, mereciendo por ello sus heroicos defensores, a quienes la Providencia en forma de lluvia, ayudó de manera tan eficaz, el título de «ganadores de la ciudad», que para distinguirlos de los «conquistadores», se les viene otorgando desde entonces, y a los que con sus descendientes, la Iglesia de Córdoba les instituyó el doble funeral llamado «de la Cepa», para que los siglos venideros supieran siempre de donde arraigaba la definitiva consolidación de la cristiandad en Córdoba.

RAFAEL CASTEJÓN.



Boletín de la Real Academia

DE

Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba



AÑO VIII

ENERO A DICIEMBRE 1929

NÚM. 23



1929

Tipografía Artística. - San Alvaro, 17

CORDOBA

Córdoba Califal

Aun cuando Amador de los Ríos se mostrase pesimista respecto a la reconstrucción topográfica de la Córdoba musulmana (1), y nuestro historiador local Ramírez de Arellano dictaminara que «esto es cosa aún no averiguada, ni probablemente lo será» (2), es lo cierto que todo el que registra memorias del califato o añora el esplendor de la Córdoba mahometana, enseguida se pregunta cómo sería aquella magnífica capital tan cantada por los poetas, alabada por los historiadores y ensalzada por doquier, y de la que subsiste con toda la ingente fábrica de su sin par elocuencia, la espléndida Mezquita Aljama.

Recientemente (3), Sánchez Albornoz excita la atención sobre el tema, al evocar la vida en León hace mil años.

Y, ciertamente, que ya se van poseyendo suficientes datos como para intentar una reconstrucción a grandes rasgos, que pueda servir a otros investigadores, para precisar los detalles. Nosotros, apesar de los grandes vacíos, que aún tiene el tema, lo acometemos creyendo con ello prestar un señalado servicio a los estudios musulmanes en España, cuyos principales eruditos constantemente nos excitan a quienes por vivir en Córdoba podemos mejor ubicar algunos de los lugares que repetidamente son señalados en estudios de toda índole.

(1) Rodrigo Amador de los Ríos. *Apuntes para la historia monumental de Córdoba durante la dominación musulmana*. Revista de España, 10 Junio 1885. Pagina 402. «No es, por desdicha, realizable el intento de restablecer a su primitivo ser y estado las memorias de la Córdoba del Califato. Nadie podría hoy designar donde daba comienzo y donde terminaba la *al-medina*, cual era la extensión de cada uno de sus suburbios...»

(2) Rafael Ramírez de Arellano. *Historia de Córdoba*. Tomo III, pág. 125.

(3) *Estampas de la vida en León hace mil años*, por Claudio Sánchez Albornoz. Madrid, 1926: «La verdadera evocación de la vida del siglo x tiene que ser comenzada totalmente de nuevo. ¿Cuándo tendremos la reconstrucción de la ciudad califal? La empresa es muy tentadora; esperemos, que será acometida».

Antes de entrar en la descripción detallada que nos proponemos acometer, queremos recordar dos hechos a cual más interesante, y que siempre han de ser tenidos en cuenta al hablar de la Córdoba del Califato: uno de ellos es la gran relación cultural de Córdoba con Bizancio, el otro la renovación sufrida por el Islám en el siglo XIII, que histórica y culturalmente lo divide en dos mundos tan desiguales como en Europa pudieron ser la Edad Media y la Moderna.

Ambos hechos son de gran interés para nuestro tema, porque, cuando hablamos de la Córdoba califal, el vulgo se esfuerza en recordar una civilización de tipo granadino-mogrebí por sus detallismos, sus monumentos, su arte, su literatura, su localismo, su estrechez, en fin. Olvida que, en la época del Califato cordobés, el mundo estaba lleno de grandes concepciones imperiales, herederas de Roma, de las que el Islám se instituyó heredero a su vez, y que, no habiendo aparecido aún en escena los turcos en Oriente, ni los africanos en Occidente, aún pervivía aquel concepto ecuménico y universalista, que, refugiado en Bizancio, se transmitió a Córdoba con la gran falange de artistas, arquitectos, comerciantes, obras maestras de la literatura, la filosofía y la ciencia, y, cuanto en fin, significaba cultura y expresiones de vida.

Por todo ésto, la Córdoba califal, con gran entronque bizantino, tiene como expresión propia algo de la manera romana, sobre todo, y de modo especialísimo, en las construcciones, cuyos restos y emplazamientos, son los testigos que hemos de consultar en este trabajo. Todo ello operaba sobre el solar de la gran Colonia Patricia que un día fué capital de la Bética, y que a la entrada de los musulmanes en España aún conservaría muchos de sus edificios principales, y además estatuas, sarcófagos, dedicatorias, basamentos, etc., que siempre darían matiz especial a la vida cordobesa. Recuérdese que un hombre tan impregnado de la cultura renacentista como Ambrosio de Morales, tomó por romanas las ruínas de Medina Az Zahra, la más típica construcción califal, sólo por el gran aire imperial de tan soberbia fábrica.

Póngase sobre ello las grandes influencias sirias (1) que los Omeyas personalmente aportaron, recuérdense las relaciones del arte sirio de los siglos VIII y IX con sus circundantes; añádase

(1) Marçais, Georges. *Manuel d'Art musulmán*, 1926. t. I. pág. 206.

además la influencia de los visigodos españoles, y con todo ello se tendrá el cuadro aproximado de la cultura y arte califales, muy alejado de aquel concepto vulgar a que al principio nos referíamos.

L.—Situación y emplazamiento de Córdoba

A orillas del Uad-el-quebir, o del Nahr-el-quebir, Córdoba está emplazada en una espaciosa llanura (*es-Sahla*, el llano, la llanura) y al pie de la Sierra de su nombre, que los musulmanes llamaron *Yebel-al-arús*, el Monte de la Novia o de la Desposada. Este nombre tanto se aplica a la montaña a cuyo pie está edificada Medina Azzahra, o al monte más alto de toda la cordillera visible desde Córdoba, llamado hoy Cerro Muriano, como a toda la Sierra.

Es-Sahla, pues, era para los musulmanes la extensión que hay entre la Sierra y el río (1). Los cordobeses de hoy día, cuando quieren dar idea de una planicie llana, apelan a los «llanos de la Albaida», los «llanos de Turruñuelos» y aún los «llanos de Rabanales», que son predios situados en esta llanura de la margen derecha del Guadalquivir.

Al otro lado del río se extiende la *Campiña*, llamada por los musulmanes con la apelación latina *Al-Campania*, y grafada en árabe *Al-Gambania*. La parte elevada de las primeras ondulaciones de la Campiña o Al-Campania, fronteras a Córdoba, es llamada aun actualmente «las mesas». Los musulmanes cordobeses le llamaban *Al-meida* (la mesa), y el paso del camino a Sevilla y Málaga, que es la actual carretera general, por dicho lugar, es el llamado *Fech Al-meida* (desfiladero o puerto de las mesas), muy citado en los cronistas porque desde él, situado a una legua próximamente de Córdoba, se descubre la ciudad, recostada en la falda de su Sierra, y el viajero saluda emocionado a la capital del imperio omeya (2).

(1) «Ver tu muro, tus torres y tu río—tu llano y sierra, oh patria, oh flor de España», cantaba siglos después el poeta Góngora.

(2) Don Julian Ribera, en la traducción de Abenalcotia, habla de *fech-aiméda*, en la pág. 14 (puerto de Almeida); pero en otro lugar hace una referencia, que nosotros estimamos idéntica, y él traduce por *facho-l-má* (cerro del agua), en este párrafo tan lleno de colorido: Cuando Muza ben Nosair salió de Córdoba, después de haber llegado el mensajero del emir de los creyentes Aigualid.

II.—Topografía general de la ciudad

Córdoba, desde los tiempos ibéricos, a través de sus grandes civilizaciones romana y mahometana, ocupa el mismo emplazamiento. La ciudad, pues, que reedificó Claudio Marcelo, y se amplió considerablemente en la época de Augusto, es la que hallaron los musulmanes y convirtieron en capital de su imperio.

Bajo el suelo actual, siempre que la piqueta del obrero ahonda en el solar cordobés, se hallan los vestigios arqueológicos de sus grandes civilizaciones «a la profundidad variable de tres a seis metros, según las zonas de la ciudad donde se excave, del piso romano; a los dos o tres metros está el piso árabe» (1).

Sobre los vestigios de la gran civilización romana de tipo augustal, hay en el subsuelo cordobés una zona anodina, a veces de dos o tres metros, que la separan del estrato árabe que la cubre. Algunos han creído que el destrozo de la zona romana, cuyos restos aparecen con signos de gran catástrofe, es obra de los vándalos, acaso de los mismos árabes a su llegada. Esto es un error. El gran destrozo de la Córdoba de Augusto es obra de la cristianización, destruyendo templos y edificios paganos, como en todos los demás países del imperio romano. La zona inerte que da el subsuelo hasta la época musulmana es buena prenda de ello, y marca los oscuros siglos transcurridos hasta esta última.

No se puede deducir de ésto que Córdoba estuviera deshabitada o poco poblada al tiempo de la conquista. La historia da de ello suficiente prueba, y la considera, con Toledo, como las

ese cogió las riendas de la cabalgadura que Muza montaba para hacerle salir de España según las órdenes del Califa. Un testigo presencial cuenta: cuando llegamos a las inmediaciones del facho-l-má, a la otra parte de Secunda, Muza picó a la mula blanca que montaba para que se volviera en dirección a Córdoba y subió sobre aquella colina para ver a Córdoba desde la altura: a todo esto los tabies y demás gente principal no le abandonaban: paróse al fin en lo alto y exclamó: ¡Oh, Córdoba, que hermosa y agradable eres! ¡Cuán deliciosas son tus noches! ¡Cuán placenteros tus días! ¡Cuán grata la templanza de tu ambiente! Inmediatamente guió otra vez a su cabalgadura hacia el camino en dirección a Sevilla (pág. 181).

(1) *Anales de la Comisión provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Córdoba*, 1926. Primer volumen. Pág. 9.

dos poblaciones acaso más importantes, al menos desde el punto de vista militar, de su época. El último desdichado Rey visigodo, Rodrigo, nace en Córdoba, y es Duque de la Bética. Aquella fábula que recoge Almacari (1), aún relacionada con tiempos muy anteriores a Rodrigo, de que el Palacio de éste, después Alcázar, hubiera sido un tiempo ruína llena de maleza, descubierta al azar, no es pues de creer.

Córdoba, ciudad importante de España, al tiempo de la conquista estaba amurallada de tiempos romanos, en todo lo que hoy se llama «distrito de la Izquierda», que es «la Villa», como se llamó en la Reconquista, o «la Almedina», como la llamaron los musulmanes.

Su recinto amurallado es todo él de piedra; las puertas de este recinto son las que describen los autores arábigos, como las existentes en épocas califales; su parte más elevada, en fin, es la clásica ciudad romana de estilo castrense, más o menos cuadrada, con dos grandes vías que se orientan en el sentido aproximado de los cuatro puntos cardinales, cruzándose en el centro, donde se habría formado en Córdoba el Foro, o la pretendida Plaza de las Legiones (2).

No es intento nuestro recordar si la Córdoba romana primitiva fué de recinto amurallado cuadrangular, y luego se amplió hasta el río, o si fué este alargado recinto rectangular el que primitivamente se amuralló (3).

Es un hecho cierto que, a la entrada de los musulmanes en el siglo VIII, el recinto amurallado de Córdoba era el que ya tuvo durante todo el tiempo del Califato la llamada Almedina. Todas las referencias así lo acreditan, e incluso la misma voz árabe «medina» lo confirma, ya que sólo son «medinas» las ciudades amuralladas.

A su alrededor, sobre todos los puntos cardinales, Córdoba tenía diversos y numerosos núcleos de población, llamados por los visigodos «vicos» o villas», según su importancia, y luego «arrabales» por los musulmanes.

Los de mediodía, como es lógico, están ya en la otra mar-

(1) *Ajbar machmua* trad. por D. Emilio Lafuente. Madrid, 1867, apéndice página 176.

(2) Maraver y Alfaro, Luis. *Historia de Córdoba*. Córdoba, 1863. Tomo I. página 217.

(3) Sentenach, Narciso. *Las murallas de Córdoba*. «Bol. Acad. Hist.

gen del Betis o Guadalquivir. Los de oriente estaban muy cercanos al núcleo principal de población, condensándose cada vez más hasta constituir población cerrada, y siendo amurallada en época hoy difícil de precisar, pero desde luego posterior al Califato, bien en los últimos tiempos de la dominación musulmana en Córdoba, cosa poco probable, o en los primeros tiempos de la Reconquista, como así parece acreditarlo el carácter arqueológico del recinto. Esta parte oriental es la llamada con voz arábiga *Ajerquia*.

Los arrabales del Norte debieron ir desapareciendo casi en su totalidad por las casas de placer, almunias o muntazahes, que los musulmanes levantaron en las faldas de la Sierra, si bien en la época del Califato quedaban algunos que más adelante mencionaremos.

Por último, los vicos o villas latinos al Poniente de Córdoba, estaban en general alejados de la urbe, y a su vez unos de otros. Fueron las creaciones musulmanas, las que levantaron, primeramente, cercanos a las puertas del Alcázar califal, algunos barrios, que luego se aumentaron prodigiosamente con la fundación por Almanzor de Medina Záhira, en Bellas, llegando a construir la gran barriada de Occidente. En las postrimerías del Califato éste fué el sector más castigado. A la Reconquista era casi un campo de ruínas. A nuestros días ha llegado como tierras de sembradío, sin recuerdo alguno de que en ellas se hubiera levantado en otros siglos una poderosa ciudad.

De esta distribución general se deducen las descripciones de los cronistas. «Comprende en su recinto, dice El Edrisí (1), cinco ciudades contiguas, rodeada cada una de ellas de murallas que las separan entre sí, poseyendo en ellas número suficiente de zocos, fondaks, baños y todo lo necesario para las industrias...» Es difícil situar las cinco ciudades contiguas de que habla Edrisí, y aún más si, como nosotros sugerimos, la Ajerquia no estaba amurallada hasta tiempos cercanos a la Reconquista, o ya des-

(1) Cordoue se compose de cinq villes contigues, entourée chacune de murailles qui la separent des autres et possédant en quantité suffisante des marchés, des caravansérails, des bainis et des edifices pour toutes les professions. La ville s'étend en longueur de l'occident a l'orient sur un espace de 3 milles. Quant a sa largeur, depuis la port du pont jusqu'a celle des juifs, située vers le nord on compte 1 mille». *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, par Edrisi. Texte arabe et trad. por Dozy et Goeje. Leyde, 1866, pág. 257.

pués de ésta. Pero hay que tener en cuenta que dentro de la ciudad propiamente dicha o Almedina, existían divisiones, puesto que el Alcázar califal estaba cercado independientemente del resto, y ésto ya era una división dentro de la Almedina.

Otra prueba la suministra Aben Pascual (1), cuando dice que «sólo el muro que ceñía aquella ciudad, es decir, la parte principal llamada Almedina, pues los arrabales quedaban fuera, medía catorce millas».

«Los mojones del Alcázar del Rey han treinta y dos veces mil cobdos, dice la Crónica del Moro Rasis (2), et en tres mil cobdos ha una cuarta de legua, et assí face dos leguas et tres cuartas de legua».

«El perímetro de Córdoba mide treinta mil codos», señala un autor árabe (3).

En el mismo trabajo se recoge otra cita, cuyo autor tampoco se menciona: «La parte amurallada, sin contar los arrabales, mide mil seiscientos codos de largo de Norte a Sur, y en el tiempo de los Beni Omeyas se extendió la población ocho parasangas a lo largo y dos a lo ancho, o sea veinticuatro millas a lo largo y seis a lo ancho». «El circuito de Córdoba, es decir, de la parte amurallada, sin contar los arrabales, es de treinta y tres mil codos; el del Alcázar de su emirato, es de mil ciento. Sus arrabales son veintiuno; cada uno de ellos con sus mezquitas, zocos y baños en abundancia para su gente, sin que necesite acudir a otro barrio. Y en las afueras hay como tres mil alquerías, cada una con su mimbar y alfaquí».

Otro autor, recogido en los mismos extractos de Almacari, que venimos mencionando (4), dice que Córdoba cuenta con cuatro mil trescientas almenas.

Abulfeda, dice que Córdoba mide treinta mil codos en redondo, bien amurallada de piedra, con siete puertas.

Yacut, dice que según Ben Haucal, que visitó Córdoba el

(1) Citado por *Almacari*, I, pág. 303.

(2) Memoria sobre la autenticidad de la Crónica denominada del Moro Rasis, por don Pascual Gayangos, en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, págs. 35 y 36, tomo VIII.

(3) Notas geográficas de algunos autores árabes sobre Córdoba, por Eustasio Fernández Alvarez, en «Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino», 1912, t. II, pág. 112.

(4) *Crestomatia árabe-española*, por Lerchundi y Simonet, págs. 36 y ss.

350 (972), es comparable a uno de los dos cuarteles de Bagdad. «La ciñe un muro de piedra con dos puertas al camino del río de la Rusafa. Estas son las mansiones más altas de la villa, unidas con las más bajas de su arrabal, y sus edificios están como pegados y enlazados entre sí y cercados por los cuatro puntos cardinales. El río de la Ruzafa desemboca en el de la ciudad, sobre el cual está el arrecife famoso por los zocos y mercados, y las moradas del vulgo en sus arrabales y los habitantes de la ciudad son ricos propietarios» (1).

Estas diversas descripciones, aún sin ordenación cronológica, evidencian que los cronistas, al copiarse unos a otros, tomaron por recinto amurallado lo que no era sino perímetro de toda la población, incluidos sus arrabales extramuros.

La Córdoba califal, pues, era un vasto recinto amurallado de piedra, llamado Almedina, que es la Villa o distrito de la Izquierda, según hoy arbitrariamente es designado, con arrabales o núcleos de población a su alrededor, que iremos describiendo. Varios de estos núcleos, como Secunda, los arrabales de Poniente, y desde luego Medina Azzahra y Medina Azzahira tenían su recinto murado independiente.

Hay, sin embargo, una cita de Almaccari, (2), bien importante a este respecto, en la que después de enumerar los arrabales de Córdoba, dice: «Y en medio de estos arrabales se erguía la alcazaba de Córdoba, la cual se mostraba cercada de murallas, como lo estaban también los arrabales; pero cuando llegaban los días de la discordia era rodeada de fosos que hacían su recinto inaccesible».

III.—La Almedina

La ciudad romana o Almedina de los musulmanes la forma un recinto rectangular, que va desde la ciudad alta hasta el río.

Sus murallas eran todas de piedra, torreadas en breves intervalos (3), como se reconoce hoy en todas las excavaciones del

(1) Yacut, t. IV, pág. 56.

(2) Analectas, I, 304.

(3) El torreado de la muralla, de tiempos netamente califales, se podría parangonar con el de Medina Azzahara, en el que los torreones miden 11 metros de uno a otro, y cada uno tiene un frente de 4,90 metros, por 1,90 de saliente. No hay que olvidar que en la Almedina el recinto es romano, y los musulmanes sólo harían reconstrucciones, que se ajustarían al modelo existente, salvo en grandes recomposiciones. «Excavaciones en Medina Az-Zahara (Córdoba», memoria de 1925-26. pág. 11).

subsuelo, en que sus cimientos se ponen al descubierto, y construidas con el clásico aparejo regular romano de sillares grandes, cuyas dimensiones son 1'20 × 0'60 × 0'60 ms. Hoy no hay sitio alguno en Córdoba en el cual esté aparente la muralla romana, entre otras razones porque la piedra de Córdoba que sirve para estas construcciones, «piedra franca» del país, que suministran abundantes canteras de su inmediata Sierra, es una caliza miocena, muy sabulosa y fosilífera, que se descompone con gran facilidad.

Las recomposiciones que en el transcurso de los siglos ha debido sufrir, aunque no fuera más que por la razón apuntada la muralla de la Almedina, han debido ser numerosas.

Ya en los primeros tiempos del Emirato (1), se dice que cuando As-Samah vino a España el año 100-718, escribió al califa Omar «haciéndole saber que la ciudad de Córdoba estaba derruida por la parte occidental, y que además tenía un puente por el cual se pasaba su río. Hizole una descripción de éste y de sus avenidas, exponiéndole la imposibilidad de vadearle durante todo el invierno, y le pidió su parecer, diciéndole: Si el Emir de los Creyentes me ordena que reconstruya el muro de la ciudad, así lo haré, pues para elio tengo medios con lo que sobra de los impuestos después de pagar el Chund y de proveer a la guerra Santa, pero si el Emir lo prefiere, con la piedra de este muro reconstruiré el puente. Dicese que Omar le mandó levantar el puente con la piedra del muro, y reparar éste con ladrillo si no se encontraba piedra». Nosotros suponemos que la recomendación última sería innecesaria, porque Córdoba tiene abundancia de piedra, y fácil de extraer y trabajar, como ya decíamos.

Abderráhman I debió reconstruir ámpliamente la muralla de Córdoba, ésto es, de la Almedina, porque En-Nugairí (2) dice que en el año 149-766 «ciñó Abderráhman la ciudad de Córdoba con la construcción de una muralla».

Hoy, de los ya escasísimos lugares en que subsisten restos aparentes de la muralla de la Almedina, se ven, o raros restos de época califal, con los sillares dispuestos en el clásico aparejo de «soga y tizon», como pueden ser los muros de la Mez-

(1) *Ajbar Machmua*, pág. 35.

(2) *Historia de los mulsumanes de España y Africa*, traducción por M. Gaspar Remiro, t. I, pág. 9 de la trad. esp.

quita o las murallas de Medina Azzahra, o ya abundantes recomposiciones de épocas cristianas, incluso hasta del siglo pasado, porque en Córdoba, como en otras muchas ciudades españolas, cuando desaparecieron las necesidades militares del amurallamiento, fué muy conveniente a los fines fiscales de percepción de tributos municipales, el sostener enhiestos los muros de cerramiento.

En el trayecto de muralla que queda sobre la Huerta del Rey, en el trozo Occidental, aún subsisten algunos lienzos de construcción califal. Arqueólogo de tanta autoridad como D. José la Torre, me comunica que él ha conocido alguno de estos trozos de muralla aún recubierto de enlucido, y sobre ésta pintada una imitación de sillares, como aparece en los muros también al aire libre de Medina Azzahra.

El aparejo califal se reconoce por la regularidad de su sis-



Torreón de muralla en la Huerta del Rey, cuya mitad inferior es de construcción califal.

tema de «soga y tizón», con un sillar longitudinal y dos o tres trasversales, y porque estos sillares están trabados con yeso. Algunas veces el tamaño de los sillares es incluso del módulo

romano que antes señalábamos, sobre todo en los cimientos y partes bajas de muralla, como se observa aún en ciertos sitios de Medina Azzahra (tiempos de Abderráhman III), o de la Mezquita (ampliación de Alháquem II). Sin embargo la medida más general de los sillares empleados en plena época califal por estos dos señalados soberanos, es de $90 \times 50 \times 40$ cms. Sabido es que poco tiempo más adelante, en época de Almanzor, los sillares suelen ser mucho más pequeños, generalmente de $60 \times 35 \times 20$ cms., como se ve en los muros de la Mezquita o en las ruínas que aparecen por el emplazamiento de Medina Azahíra.

Las reconstrucciones cristianas, que podríamos llamar mudéjares, son de piedra o de tapial. En el primer caso, empleándose generalmente, como consta incluso documentalmente (1), piedra extraída de las ruínas de Medina Azzahra, según se hace durante toda la Edad Media cristiana en Córdoba, en las nuevas construcciones se imitaba el aparejo califal, dando un tipo que podríamos llamar «mudéjar cordobés», pero que se diferencía de aquél en que carece de la regularidad del original, está trabado con mortero de cal y arena, y calzado en los interiores con cantos rodados, que nunca emplean los tiempos omeyas.

En el segundo caso, en las reconstrucciones de tapial, no hay que insistir mucho, después de todo lo dicho, para apreciar su modernidad. En este caso, incluso la anchura de la muralla, es tan escasa que en ocasiones es de apenas un metro. Cuando la muralla salva diferencias de nivel, la parte inferior de ella que forma el escalón, bien exterior o interior, los mudéjares la construyen de piedra siempre, por el sistema antes dicho, y la parte exenta o libre ya de tapial, seguramente para evitar que se deshaga con la humedad del terreno.

Son muchos y diversos los datos que podríamos aducir de diversas épocas, acerca de destrucciones, ocasionales o intencionadas, de la muralla de la Almedina (2), pero ésto no hace a

(1) V. el curioso pleito sostenido por el Cabildo de la ciudad contra malos contratistas, que no empleaban piedra de Medina Azzahra, según lo convenido, para el arreglo del puente y muros, por los principios del siglo xv. y del que da cuenta Ramírez de Arellano en su *Historia de Córdoba*, t. IV, página 173; y otros muchos que harían prolijo este detalle.

(2) V. por ejemplo, T. Ramírez de Arellano, *Paseos por Córdoba*, t. II, página 287.

nuestro objeto, y es más propio de un estudio especial de las murallas de Córdoba, que hace tiempo nos tenemos propuesto.

La muralla de la Almedina la circunvalaba un foso para su mayor defensa, como cuentan diversos autores musulmanes, entre otros Aben Pascual (1). Este foso, por la parte Occidental, lo ocupaba el hoy llamado Arroyo del Moro, Uad-ar-Rusafa o río de la Rusafa de los mahometanos, que venía a verter en el mismo inmediatamente por bajo de la hoy llamada Puerta de Gallegos, y ya seguía por todo este frente Occidental hasta verter en el Guadalquivir. El foso de Oriente lo llenaba «el agua que mana por bajo del muro de la Almedina», a la altura de la iglesia de la Compañía, como rezan tantas escrituras y documentos antiguos, y llegaba hasta el Arquillo de Mercaderes o Puerta de la Pescadería, ya inmediato al río. Este agua es repartida por San Fernando en la Reconquista, a varios conventos (San Pablo y San Pedro el Real), e incluso en el siglo XVIII sirve para abastecer la fuente de la calle de la Feria (2).

En algún trozo del recinto de la Almedina, como el de la Huerta del Rey, se ven restos de barbacana, entre la muralla y el foso, sobre cuya naturaleza no nos atrevemos a juzgar. En principio suponemos que es obra mudéjar.

Dentro, pues, de este recinto amurallado, estaban la Mezquita Aljama, el Alcázar califal, otras numerosas mezquitas, mercados, baños, etc., y las casas de los principales magnates cordobeses, que algunos señalan en número de cuatrocientas treinta y tantas (3). Tratándose de casas de ricos propietarios, con extensos patios y jardines, como es el tipo de casa mediterránea, este número es muy probable. Cuando se hace el Repartimiento de la Reconquista, estas casas pasan a ser habitadas por ricos guerreros, llegando muchas de ellas casi a nuestros días (casas solariegas de los Fernández de Córdoba, del adalid Domingo Muñoz, de los Cabrerías, de los Hoces, etc.), con la capacidad de un barrio casi entero.

En una anterior mención de Yacut hemos señalado que el

(1) V. Almacari, 1,355.

(2) La documentación de todo esto sería larguísima y enojosa para el lector, porque constituye hechos de la vida de Córdoba de muchos siglos, que aún hoy día tienen actualidad incesantemente renovada.

(3) V. extractos de Almacari, en *Crestomatía árabe española*, antes señalada.

aspecto de estas mansiones era el de aparecer muy altas, y en forma de gran ciudadela o castillo. Por ésto algunos cronistas llaman a la Almedina, «la Alcazaba» y aún el Alcázar grande», para diferenciarlo del Alcázar califa. Efectivamente, desde los barrios bajos de la Ajerquía, situada toda ella en un plano inferior (en una terraza cuaternaria más baja, como definen los geólogos, de las formadas por el Guadalquivir), destacan con inusitada elevación los edificios de la Almedina.

El perímetro de la señalada Almedina, como hoy se puede reconstituir sobre el plano, es de unos 3,500 metros aproximadamente. No le encontramos por tanto relación, ni con las catorce millas, ni con los treinta y dos mil codos de que antes hemos hecho mención. Anotemos el dato de que el perímetro amurallado de Córdoba conocido por nuestros padres, o sea el de Almedina y Ajerquía juntas era de 8.769 varas castellanas, o sea de 7.278 metros, según fué escrupulosamente medido en el siglo xvi por el Regidor don Andrés de Moraes y Padilla, y aparece en documentos oficiales del siglo pasado (1), que señalamos a título de curiosidad en este lugar.

Este recinto amurallado ha estado exento, sin adiciones a sus muros, hasta el siglo xiv, en que por la parte Occidental, inmediato al ángulo del Alcázar califa, se le adiciona el recinto amurallado del Alcázar Viejo, casi seguramente en tiempos de Enrique II de Trastámara, que erizó de defensas militares la ciudad de Córdoba para defenderla de las incursiones granadinas; y poco tiempo después se le adiciona un segundo recinto a dicho lugar, el de la Huerta del Alcázar, a principios del siglo xv (2), según todas las apariencias.

(1) *Paseos por Córdoba*, de don T. Ramirez de Arellano, t. II, pág. 299; y *Plano de Córdoba* de 1851.

(2) Plantean estas afirmaciones nuestras, que en otra ocasión analizaremos con más detalle, una revisión a la opinión generalmente admitida hasta hoy, de que tales recintos eran árabes. El primero, que es el llamado de la Torre de Belén, es de tapial, menos esta mencionada Torre que es hueca, con dos pisos, bóvedas de rosca, arcos de herradura apuntados, salida en ángulo y construcción de aparejo mudéjar, todo ello fechable en la primera mitad del xiv. En cuanto al segundo recinto, lo creemos más bien de principios del xv por sus torres de cantería en ochava, huecas desde luego, otras de tapial y planta peraltada en su frente meridional, aunque el occidental, a partir del portillo de los Sacos parezca más antiguo, pero nunca más allá del xiv. Esta misma pa-

Por su costado Oriental, que va por toda la calle de la Feria o de San Fernando, y sigue por la calle Carnicerías hasta la Puerta del Rincón, también estuvo exenta la muralla hasta el siglo xvi, en que ya hay diversos acuerdos capitulares relacionados con las casas que se iban adosando a la muralla y los balcones corridos que ostentaban para presenciar festejos populares y otras diversiones (1), aclarando don T. Ramírez de Arellano: «durante la dominación árabe no existían las calles que hoy recorremos desde la Cruz del Rastro hasta la Puerta del Rincón (que es todo el costado Oriental de la Almedina); en todo este trayecto había un egido o dilatado campo que dejaba escueta la muralla de la ciudad alta o Almedina, cuyos adarves y torreones se prestaban a su defensa..., y a cuyo pie se veían los fosos que llenaban las aguas que hoy surten muchas fuentes de la ciudad baja». Hecha la Reconquista «tratóse de unir la Ajerquía con la Almedina, y fundáronse las calles necesarias, entre ellas la de la Feria, que en un principio constituyó con la de Maese Luis y otras, el llamado Barriónuevo».

La distribución interior de la Almedina no ha debido sufrir grandes transformaciones en el transcurso de los siglos, porque estaba determinada por las puertas de su recinto, que son las que han llegado a nuestros días y están fijadas sobre los antiguos planos de la ciudad (2). Nosotros estimamos que, salvo

rece ser la opinión del erudito arqueólogo don Manuel Gómez Moreno en su trabajo titulado «Excursión a través del arco de herradura», publicado en *Cultura española*, Madrid, 1906, pág. 15. Algo de esto tenemos dado en avance en un trabajo nuestro (Las fuentes musulmanas en la batalla del Campo de la Verdad (1368), publicado en el BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, t. VI, 1927, pág. 552, nota), y aún volveremos sobre el asunto en este mismo trabajo.

(1) *Paseos por Córdoba*, por T. Ramírez de Arellano, t. II, pág. 262.

(2) El primer plano de Córdoba se hace durante la invasión francesa, el año 1811 (V. *Córdoba durante la Guerra de la Independencia*, por Miguel Ángel Ortí Belmonte, publicado en el BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, años 1924 a 1928 y tirada aparte fechada en 1930, pág. 117), conservándose el original en el Ayuntamiento, aunque en mal estado, pero habiéndose podido hacer de él una edición reducida, por la Real Academia de Córdoba, que figura en la mencionada obra. En el año 1851 se hace un plano por Montis y Nolasco, editado por el Ayuntamiento, sobre el plano de los franceses, refor-

pequeños detalles, el plano llamado de los franceses sirve para reconstituir el plano de la Almedina musulmana, y así lo hemos nosotros utilizado. Según los datos de el Edrisí que ya mencionábamos, la Almedina contaba de Norte a Sur, desde la Puerta del Puente a la de los Judíos una milla. Nosotros contamos próximamente 1.250 metros. En cambio dice que de Este a Oeste tenía tres millas, midiendo sobre el plano unos 750 metros. Es que en esta medida ya incluía alguno de los arrabales, los de Oriente o los de Poniente, que lógicamente están excluidos de la Almedina, y sobre cuyo amurallamiento ya hemos adelantado nuestras reservas.

En cuanto a las puertas y edificios públicos dentro de la Almedina, los describiremos más adelante en cuanto sea posible, considerándola en conjunto como mansión de barrios aristocráticos y grandes mansiones.

Respecto a las casas árabes queremos señalar nuestra opinión. La casa musulmana cordobesa creemos que fué la misma casa mediterránea de los romanos, que llega a nuestros días. Su elemento esencial es el patio. La amplitud de la casa está determinada por el número de patios que la casa tiene. Ocho patios, como la casa del Bailío, catorce como la del Marqués de Viana, veintitrés como el convento de Santa Cruz, que se dice es un viejo palacio árabe. Todas tienen al fondo un jardín, a veces muy extenso, con apariencias de huerto en algunas. Juntándose generalmente los jardines (separados por altas tapias), vienen a formar un espacio amplio dentro de cada manzana de casas, que dan un conjunto higiénico y ventilado. Las fachadas no creemos que tuvieran decoración alguna, y según tradición romana y más aún musulmana, carecían casi en absoluto de huecos. La cal blanca y rutilante sería todo su decorado.

Cada casa grande, a juzgar por las casas solariegas que han llegado a nuestros días y que suponemos descienden de las musulmanas, tendía a formar una edificación aislada, entre patios y jardines, y separados éstos de la calle por altas tapias. Así, pues, había calles formadas sólo por altas tapias, y postigos de entrada a las viviendas, que eran interiores.

mándolo al día. En 1885 el Ayuntamiento encarga un plano más definitivo a don Dionisio Casañal, con curvas de nivel, que es el que viene sirviendo generalmente hasta nuestros días, para numerosas reediciones. En estos años 1928-29 parece que se ha levantado otro plano de la ciudad por ingenieros militares, que aún no conocemos.

Serían de dos pisos. El bajo, de alta techumbre, para mantener fresca temperatura en verano, y donde se haría la vida todo el año. El alto de bajos techos, y muy incómodo, servía en todo caso para dormitorios de invierno, atarazanas, servidumbre, etc. Su distribución sería la romana. El tipo de casa oriental, de tradición babilónica y siria es conocido en Córdoba, y de él hay ejemplos en Medina Azzahra, pero no creemos llegara a generalizarse. El dormitorio se procuraba que fuera abovedado (al-cobba). Galerías, corredores y jardines, estarían a veces decorados a la manera romana, porque fuentes, estatuas y sarcófagos con amplia decoración, debieron ser muy comunes todavía en la Córdoba califal, heredadas de la Córdoba romana. «Se conservan, cuenta Aben Pascual, restos de edificios primitivos, monumentos de griegos, romanos y godos, sucesivamente, y de otros antiguos pueblos que no es posible enumerar. Las aguas... son vertidas en los recipientes por estatuas de variadas imágenes hechas de oro cobrizo, plata pura y bronce dorado; de aquí pasaban a lagos y albercas admirables y estanques en tazas de mármol romano maravillosamente trabajado».

Esta debió ser costumbre muy general, puesto que en la misma Medina Azzahra los califas recogieron estatuas romanas y sarcófagos que utilizaban como pilas (1).

Un autor árabe Abenjaldún, dice que los mulsumanes de España tenían en sus moradas incluso cuadros o pinturas en las paredes, como también tuvieron seguramente mosaicos romanos de vieja procedencia.

IV.—Las puertas de la Almedina

Las puertas que se abrían en el recinto que cerraba la Almedina son precisadas en detalle por diversos autores musulmanes, pero no se han localizado hasta tiempos muy recientes, porque se tomaban como puertas del recinto común a Almedina y Ajerquía, que ha llegado a nuestros días.

El primer autor local que las refiere al recinto de la Almedina, es Ramírez de Arellano (2), quien muy acertadamente ya sostiene que la muralla de la Ajerquía no es califal, y por tanto

(1) *Excavaciones en Medina Azzahra (Córdoba)*, memoria oficial de las excavaciones en 1925-26, por Jiménez Amigo, Ruiz Martínez, Castejón y Hernández, pág. 9.

(2) *Historia de Córdoba*, por Rafael Ramírez de Arellano, t. III, pág. 12.

no se pueden referir a ella las puertas mencionadas por los cronistas musulmanes de este periodo.

Según Aben Pascual, dichas puertas eran siete; según Abul-feda también siete (1). El primero las enumera por este orden, contando de S. a E., N. y O:

I.—Puerta del Puente. La principal de la ciudad en tiempos califales, por su proximidad al Alcázar y la Mezquita y lugares principales. Se llamaba en árabe *Bab-alcántara*, y también *Bab-el-guadi* (puerta del río) y *Bab-es-sura* (puerta de la Estátua), por la que tenía sobre la misma puerta, que era un león (2), como en otras puertas romanas de la ciudad (3). En Nuguairi habla de una puerta llamada *Bab-ex-xical*, que es traducida «puerta de los trabas» en las inmediaciones del Alcázar; pero el distinguido arabista de Rabat, Mr. Levy-Provençal, en comunicación personal, y acaso sin conocer aquella versión, nos la traduce «puerta de la figura o de la estatua», con lo cual queda identificada con la del Puente (4). Esta puerta duró hasta el siglo XVI, en que fué sustituida por la que hoy existe, dedicada a Felipe II. Ante ella, y antes de entrar en el Puente, se atravesaba el «arrecife», que se extendía a lo largo de la orilla del río. En su interior, ésto es, dentro ya de la ciudad y adosado a ella, había un cuerpo de guardia.

II.—Puerta de Algeciras. *Bab-alyezira-aljadra*, dicen algunos cronistas que es la misma del Puente (5), en tanto que Aben Pascual la señala como distinta. En la comunicación de Mr. Levy Provençal a que antes me refiero, también me señala Bab-Algeciras como abierta ya en el muro oriental de la Almedina. En este caso, y por el orden que se van reseñando, la Puerta de Algeciras es la *Puerta de la Pescadería*, Puerta Piscatoria de los romanos, puerta de la Piscatería, como se llama en documentos

(1) *Almaccari, Analectes*, I, 303 y 304. Aboul-Féda, edic. Raynaud, 174.

(2) *Fatho-l-andalucí*, pag. 8.

(3) Uno de los caballeros mas animosos del ejército de Omar beu Halsun que habia hecho una incursión con su caballería hasta el desfiladero que domina a Córdoba, pasó el puente y arrojó su lanza contra la estatua que habia sobre la puerta del mismo, volviendo después a reunirse con sus compañeros. *Ajbar Machmua*, pag. 132 de la trad. esp.

(4) Traducción española de M. Gaspar Remiro, t. I, pag. 66.

(5) «Moguitz trasladó su habitación a una casa junto a la puerta de Algeciras, que es la del puente...». *Ajbar Machmua*, pag. 33.

inmediatos a la Reconquista (1). Las atribuciones que de esta puerta hacen los señores Simonet (2), relacionándola con la llamada Puerta del Sol o de Martos, en la Ajerquía, y Ramírez de Arellano (3), que pretende identificarla con el portillo de los Sacos en el Alcázar Viejo, son infundadas.

III.—*Bab Al-hadid* (puerta del Hierro), o *Bab-Saracostha* (puerta de Zaragoza), estaba al final de la calle Zapatería, hoy Alfonso XIII, a su comunicación con la Plaza del Salvador. Ramírez de Arellano (4) recuerda que el nombre de Puerta del Hierro lo ha conservado hasta el año 1821, que fué derribada, conservándose todavía la muralla a uno y a otro lado, y en toda esta línea de la Almedina que vamos siguiendo. Es por tanto infundada la atribución de Simonet (5), suponiendo que fuese la de la Misericordia, en la Ajerquía. Ramírez de Arellano (6) insiste en que esta puerta estuvo cerrada durante la dominación árabe, volviéndose a abrir en la Reconquista. Nosotros lo dudamos, por ser la de principal comunicación con la Ajerquía. Precisamente Ramírez de Arellano (hijo) supone en la calle de San Pablo, continuación de esta puerta, importantes hechos de la toma de Córdoba, porque era la arteria principal de la Ajerquía para comunicarse con la Almedina, y precisamente por esta Puerta (7).

IV.—*Bab-Tolaitola* (puerta de Toledo) o *Bab-ben-Abdelchabbar* (puerta del emir Abdelchabbar), cuyo segundo nombre parece alcanzó después. Estaba en la llamada Cuesta del Bailío, y se llamó desde la Reconquista Portillo de Corbacho, por estar inmediato al solar que hoy ocupa el convento de Capuchinos, que fué morada cedida en el repartimiento por Fernando III a Bartolomé Corbacho (8). Este arco y puerta fué demolido en el año 1711.

(1) En 20 de febrero de 1241 donó el rey San Fernando al convento de San Pablo de la orden de Predicadores el terreno necesario para huerta y el agua que manaba debajo del muro de la Almedina e iba a desaguar en el Guadalquivir por la puerta Piscatería. *Memorias para la vida del santo rey don Fernando*, pág. 452.

(2) *Almanzor*, leyenda histórica por don F. J. Simonet. Madrid, 1858, pág. 192.

(3) *Historia de Córdoba*, III, 130.

(4) Loc. cit.

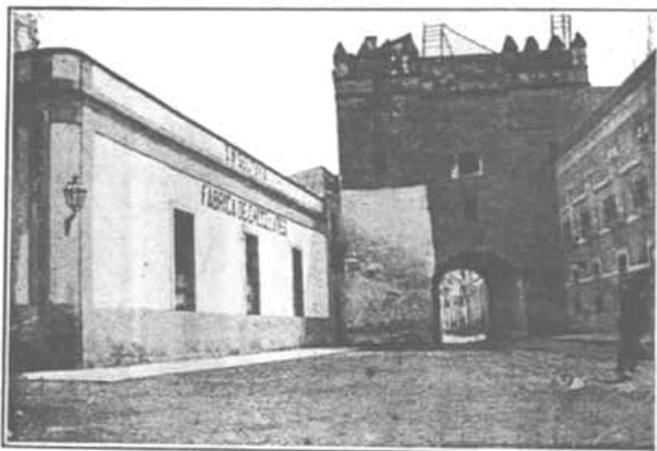
(5) Loc. cit.

(6) *Paseos por Córdoba*, III, 176.

(7) *Historia de Córdoba*, por Ramírez de Arellano, II, 451.

(8) *Paseos por Córdoba*, por T. Ramírez de Arellano, III, 138.

V.—*Bab-arrumia* (Puerta de los Rumies o Cristianos), que se identifica con la Puerta de Osario, al Norte de la Almedina. Esta puerta ha llegado a nuestros días, pues se demolió en 1903. Estaba formada por dos potentes torreones cuadrados, de construcción mudéjar, aunque por su proximidad acaso conservaran la planta califal. También en tiempos mudéjares esta puerta fué defendida con poderosa torre albarrana, a su derecha saliendo. Edrisí llama a esta puerta *Bab-yehud* o puerta de los Judíos, sin que en esto quepa duda, pues la menciona para señalar la longitud de la Almedina de Norte a Sur, desde esta puerta a la del Puente, como ya relacionamos. Acaso a esta situación se deba su otro apelativo de *Bab-el-hodá* o puerta de la rectitud. Es llamada del Osario o del Fonsario, porque se-



La Puerta Osario (Bab Yehud) vista desde el Campo de la Merced, tal como estaba en 1902, poco antes de ser demolida.

gún Ramírez de Arellano (1), todo este campo llamado hoy de la Merced, que tiene delante, y mucho más terreno, en que se comprenden los Tejares, el Pretorio y hasta cerca de las Ollerías, era cementerio de los romanos destinado a gente rica, y el gran número de sepulcros y huesos que constantemente se han encontrado, motiva esta denominación.

(1) *Paseos por Córdoba*, III, 35.

VI.—*Bab-Tahlabira* (Puerta de Talavera, según Simonet) (1), o Bab-Liún (Puerta de León, o mejor puerta del león, acaso porque tuviera la figura de este animal como otras puertas romanas. En época renacentista ya debió ser reconstruida, porque T. Ramírez de Arellano la describe con sillares almohadillados, colosales columnas con capiteles de tipo romano y acróteras, y en el centro las armas de Castilla, aunque dice que la construcción fundamental era árabe (2). En el terremoto de 1775 se arruinó y fué demolida. Como a casi todas las puertas de Córdoba, en tiempos mudéjares se le había adicionado una torre albarrana en su exterior derecha. El nombre de Puerta de Talavera con que se ha traducido el que da Aben Pascual, se ha querido relacionar geográficamente con la población de ese título, y ello ha dado motivo a suposiciones erróneas. Los cronistas musulmanes hablan de un lugar, arrabal o villa situado al NO. de Córdoba, cuyo nombre latino de *Cuteclara* es grafiado por los árabes de las más raras maneras, a saber: *Catalavera* (3); *Catbira* o *Catluira* (4); *Tatlira* (5); *Cutelobera* en Saavedra; *Collera*, en Rasis, y así sucesivamente, siendo todos ellos, como decimos, corrupciones de *Cuteclara*. Pues bien, esta puerta que venimos describiendo, llamada en nuestros días Puerta de Gallegos, debió llamarse en época musulmana *Puerta de Cuteclara*, porque el camino que de ella sale frontero hacia Poniente, se dirigía a esta villa o arrabal. Nosotros hemos reconocido todo este camino, del que se conservan trozos de su empedrado frente al cortijillo de Lubián, y en otros lugares de su recorrido, y ya cerca del cortijo de los Nogales, se bifurca, torciendo una rama hacia el noroeste para *Cuteclara*, y la otra sobre los puentes califales de Los Nogales, hacia Medina Azahra.

VI.—*Puerta de Almodóvar*. Era la llamada Bab-Bathalius (Puerta de Badajoz), *Bal-alchauz* (Puerta del Paso, o mejor Puerta del Nogal) y *Bab-coria*. Con la puerta del Puente, son los úni-

(1) *Almanzor*, leyenda histórica, Madrid, 1858, pag. 193.

(2) *Paseos por Córdoba*, II, 335.

(3) *Ajbar Machmua*, págs. 27 y 250.

(4) *Arib ben Said*, ya se lea en *Historia de las ciencias matemáticas*, Libro, t. I, o bien en *Santoral hispano-mozárabe* publicado por Simonet en *La Ciudad de Dios*. 1871, o en la reedición del mismo hecha por la Real Academia de Córdoba en 1924, a cargo de don Rafael Gálvez.

(5) *Almaccari*. I, 166.

cos testigos de puertas que subsisten en nuestros días. Parece que se ha reformado varias veces, últimamente en 1802 (1), pero acaso conserva la planta califal. No se puede hacer una



La Puerta de Almodóvar (Bab Batalios)

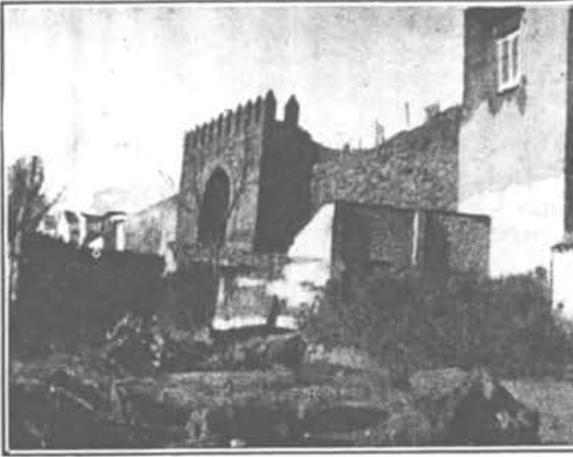
atribución indudable de esta puerta con Bab-Coria, porque esta última acaso fuese Bab-Amer el Coraixi, como induce Simonet (2). En un documento de la Reconquista se hace una donación de ocho aranzadas de viña en el Alfadra, a la Puerta de Almodóvar (3).

(1) *Indicador cordobés*, por Ramírez de las Casas-Deza, 4.^ª edic. 1867, Córdoba, p. 50.

(2) *Almanzor*, p. 193; v. también *Medina Az-Zahra*, también por F. J. Simonet, publicada en *Semanario Pintoresco Español*, 1856, reeditada en *Leyendas históricas árabes*, Madrid, 1858; y en *Córdoba Gráfica*, Córdoba, 1928.

(3) Libro Becerro de la Catedral, mencionado por Ramírez de Arellano, en *Historia de Córdoba*, IV, p. 12).

VII.—*Bab-Amer el Coraixi*. Si esta puerta existió, y no es la anterior, como ya ha sido sospechado, habría de estar en el ángulo NO. del Alcázar califal, único lugar donde es posible. En ese sitio, e inmediato al recinto amurallado, se han visto hace pocos años, con motivo de los cimientos de una casa que empezó a construirse, unos fuertes sillares, que reconocidos por los arqueólogos Schulten y Latorre, consideraron como romanos, y acaso como cimientos de puerta. «A este Amir (1) debe su



La Puerta de Almódovar vista desde la Huerta del Rey

origen el cementerio que hay al Poniente del Muro de Córdoba y lleva su nombre». «En una huerta que tenía al Poniente de Córdoba construyó una fortaleza que se llamó Canat Amir, y rodeó de muralla una gran extensión de terreno, pensando convertirla en una ciudad, y hacer construcciones bastantes para reunir partidarios...» No ha sido ubicado hasta hoy este cementerio, porque a Poniente de Córdoba son numerosos los sitios donde se descubren sepulcros, como el mismo Campo de la Victoria y el lugar en que se está construyendo la nueva Escuela de Veterinaria, pero son romanos, y alguno con lápida. Algo más allá, donde hoy está el paso superior del barrio de la Electro-Mecánica, también se han hallado sepulcros musulmanes, entre cerámica de la época. Los restos de murallas a que hace referencia esta mención tampoco han sido identificados. porque

(1) *Ajbar Machmua*, p. 67.

las murallas de tapial junto al huerto de Maimón son almanzo-reñas (1). También podría referirse a dicha construcción, «un torreón muy antiguo», vulgarmente llamado «caserón de Séneca», que estaba frente a la Puerta de Almodóvar, por donde hoy el tejear de Vista Alegre, derribado en 1823 (2). También en las hazas colindantes subsisten algunos trozos de sólida argamasa de los primeros tiempos de la conquista, que se podrían relacionar con ésto. De todos modos la gran antigüedad de esta construcción por el año 754, hace poco posible su pervivencia. El cementario debía existir en época califal, y daba nombre a una puerta de la Almedina, que acaso fuera, como ya decimos, la anterior Puerta de Almodóvar.

VIII.—*Puerta de Sevilla, Bab-Ixbilia, y también Bab-alatharin* (Puerta de los Perfumistas o Puerta de los Drogueros). La Puerta de Sevilla que conoció la generación pasada, «sin cosa alguna de notable, y que ha sido demolida» (3), viene siendo tenida como la puerta musulmana de igual nombre, de cuya opinión nosotros disentimos, porque está en el segundo recinto del Alcázar, que nosotros suponemos construido en el siglo xiv, y acaso a principios del xv (4). La Bab-Ixbilia estaría sobre el muro de cerramiento de la Almedina, en el ángulo SO. del Alcázar, al entrar en la calle que hoy forma el cuartel de Caballerizas, a cuyo final está el arco irregularmente abierto en el primer recinto adicionado al Alcázar en tiempos mudéjares, o recinto de la torre de Belén. Por su gran proximidad al Alcázar, allí se formaría, para atender las necesidades del harém califal y su numerosa servidumbre femenina, el barrio de los perfumistas y la puerta que lo comunicaba tendría tal nombre. Desaparecida esta puerta en las incontables mutaciones que han sufrido estos lugares, se aplicó el mismo nombre de Puerta de Sevilla, a la que en nuevo recinto amurallado, y en la misma dirección, estaba orientada como la vieja Puerta del mismo nombre (5).

(1) *Una Córdoba desaparecida y misteriosa*, por Rafael Castejón, BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, 1924.

(2) *Paseos por Córdoba*, III, 280.

(3) Ramírez de las Casas-Deza, loc. cit.

(4) V. pág. 267, nota.

(5) Parece innecesario aclarar que son muchas las ciudades que han aplicado el mismo nombre a diferentes lugares de ellas, o a distintas puertas de su

Las siete u ocho descritas puertas son las que tenía la Almedina, y únicas a que se refieren los cronistas musulmanes. Los nombres de las puertas de la muralla de la Ajerquía aparecen por vez primera en traducciones de la «Crónica del Arzobispo Don Rodrigo», que han servido a los historiadores locales para tejer una verdadera novela sobre la Reconquista de Córdoba, que necesita un serio estudio de identificación. Tampoco merece que nos entretengamos en relaciones como la que suministra el señor Contreras (1), el cual cuenta hasta diez y ocho puertas, porque mezcla la relación de puertas de la Almedina con las del Alcázar califal, y aún aquéllas las duplica y triplica, porque cuenta los sinónimos como diferentes.

V.—Interior de la Almedina

Las calles principales de la Almedina, de trazado romano, subsisten en nuestros días. La que va de Norte a Sur, desde la Puerta de Osario (Bab-el-yehud o bab-arrumia), hasta la pretendida Plaza de las Legiones, o mejor hasta el Foro, continuaba por la actual calle de Jesús y María hasta la Puerta del Puente, bajando por la Cuesta de Pedregosa.

De Oeste a Este, la Puerta de Gallegos (Puerta de Cateclara o de Talabira), por las calles Concepción, Gondomar y Alfonso XIII o Zapatería, se comunicaba con la Puerta del Hierro (bab-el-Haíd), o del Salvador. Lo mismo podemos decir de otras puertas, ésto es, que la distribución general de la ciudad y de

recinto, como sucede en este caso concreto. Aquí mismo en Córdoba, el nombre p. ej. de «Puerta de Hierro» lo han tenido, en el transcurso de los siglos, tres puertas distintas: la de la Almedina, que ya tenemos dicho, la que formaba el molino de la Albolafia contra la muralla (como puede verse en el plano de la ciudad de 1851), y la que se abrió en 1861 tras el convento de la Trinidad, y que también se llamó Puerta de Hierro, si bien hace unos quince años le quitaron las grandes cancelas que motivaron esta denominación. En la misma época califal llevaron igual denominación de «Puerta del Hierro» la repetidamente mentada de la Almedina, y otra del Alcázar de los califas, por estar recubiertas de planchas de este mismo metal. No nos parece, pues, obligado fundir en una sola dos distintas puertas, solo porque llevan igual denominación.

(1) *Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba*, p. 84.

sus manzanas, vendría a ser la misma que hoy aproximadamente, y salvo rectificaciones particulares de urbanización, que en todos los tiempos han existido.

Dentro, pues, del plano general, pueden ubicarse:

La Mezquita-Aljama, de la que no haremos mención detallada. Sus arcos de comunicación con el Alcázar quedarían destruídos, el de tiempos del califa Abdala, al hacer Alhâquem su ampliación, y el construído por este último en el siglo xvii.

El Alcázar califal (1), del cual subsisten su muro Norte y parte de su muro Oriental, frontero a la Mezquita, con la que forma ángulo bastante acusado por obedecer su orientación al Aula Condal de los visigodos, que estaría a su vez frontera a la Basílica de San Vicente, cuya orientación se ha perdido; ambos muros torreados a semejanza de la misma Mezquita.

El muro meridional, principal fachada del Alcázar, desapareció del todo en las obras del Obispo Mardones, el año 1622, que tomó parte de la explanada delantera al Alcázar, en la que ya estaba construído el Seminario de San Pelagio, para hacer el gran patio y crujía meridional que hoy ofrece el Palacio Obispaal. En excavaciones hechas por la Sociedad Cordobesa de Arqueología el año 1922 en dicho patio, se apreció un fuerte muro de construcción califal, con la misma línea que la fachada posterior de la Mezquita, lo que nos hace suponer que es el muro meridional del Alcázar. En cuanto al muro de poniente acaso estuviera sólo separado de la muralla general de la Almedina por una calle a manera de Adarve, de la cual se ha visto el empedrado en algunas excavaciones.

Las puertas del Alcázar eran: *bab-es-sodda*, la puerta de la Azudá (acaso porque estuviera frente a las azudes de los molinos que hay en el río, o bien por las acepciones que da Cordera) (2), cuya puerta era la principal, tenía encima un terrado saliente, grandes aldabones tomados en Narbona, y enfrente de ella un fuerte poste de madera clavado en el suelo, a estilo de

(1) V. nuestro informe sobre el mismo, a propósito del hallazgo de gran parte de sus restos en todo el ámbito del impropriadamente llamado «Campo Santo de los Mártires», en *Anales de la Comisión Provincial de Monumentos de Córdoba*, 1927-28, pág. 33.

(2) *Campaña de Gormaz en el año 364 de la hégira (974-75)*, por F. Cordera, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1886, pág. 436, y además nuestro mentado informe para todas las demás informaciones.

rollo, para colgar cabezas de ajusticiados y otras medidas ejemplares; en la misma línea de fachada, *bab-ech-chinán*, la puerta de los jardines, identificada por algunos cronistas con la llamada Puerta del Hierro; en el lado de la Mezquita, *bab-ech-chami*, Puerta de la Aljama, o *bab-el-adel*, Puerta de la Justicia, en la que Abdalá construyó luego su pasadizo con galería de cristales entre ambos edificios; por fin, al Norte, dicen los cronistas, otras dos puertas, *bab-el-guadi*, la puerta del río, y *bab-coria*, Puerta de Coria, acaso porque tuviera relación con la de igual nombre de la Almedina, fuera ésta la de Almodóvar u otra que existiera en el ángulo NO. del Alcázar (1). Otras designaciones, como *bab-es-sibá*, Puerta de los Leones, de que habla En-Noguairí, o «la puerta de la sala del baño», de que habla Dozy, pueden identificarse, la primera con la Puerta de es-sodda, por las figuras de los aldabones, y la segunda con alguna de las puertas del Norte, tal vez con la de Coria, que podría ser secundaria y de escape, puesto que la fachada principal era la meridional.

De la distribución interior del Alcázar no se puede hoy colegir nada, apesar las diversas menciones. Nosotros señalamos los jardines donde están los actuales. Los baños se hallaron en excavaciones casuales de principios de este siglo, frente a la casa de las Pavas. Pero todo ello ha sido muy transformado, y el nivel original del suelo se halla hoy elevado en unos dos metros próximamente en la parte más occidental de Palacio.

El hassá, llamado también «gran terrado» y «azotea» de Palacio, era una amplia explanada que se abría delante del Alcázar y llegaba hasta la muralla, dominando el río y el arrefice o calzada que pasaba a los pies de ella. En sus dos extremos mandó edificar Hixem I sendas Mezquitas u oratorios. Es muy mencionada por los cronistas, por lo cual hacemos omisión de las referencias. Etimológicamente, el hassá, es «el empedrado». El Seminario de San Pelagio se edificó en esta explanada en 1583, y ha tenido numerosas ampliaciones, la última en 1853 (2).

(1) V. pág. 273.

(2) Todavía en el 1867, se hicieron las obras de la Biblioteca o sala más occidental del edificio, de que daba cuenta la *Revista de Bellas Artes*, Madrid, III, 150: «El Obispo de Córdoba don Juan Alonso de Alburquerque ha donado

El *Dar-es-sadaka*, o casa de la limosna, la construyó Alhàquem II frente por frente de la gran puerta Oeste de la Mezquita (1).

La Casa del Puente, que ha llegado a nuestros días con el mismo nombre, entrando por esta puerta a la derecha, que servía para la gente de cierta condición que se guardaba en rehenes (2).

El Palacio de Almanzor, que la tradición supone en la manzana que hoy ocupa el Hospital del Cardenal, siendo sus jardines el llamado Huerto de Pino, que llega hasta la Puerta de Almodóvar, y en cuyo recinto efectivamente se hallan vestigios arqueológicos de tal época, y aún señales de potente muro torreado por la calle que hoy lleva el nombre de «Rey Almanzor».

La Judería, por el barrio que así se sigue hoy llamando, ya que es tradición en las ciudades orientales, que los judíos ricos vivan cerca del Palacio Real, en el que ejercen cargos de importancia como tesoreros, y además como prestamistas al personal palatino. La Sinagoga, fechada en 1314 de la era cristiana, parece que ocupa el lugar que las anteriores de tiempos califales, o al menos la principal (3).

Mezquitas de barrio. Siendo toda la Almedina habitación de

al Museo Arqueológico Nacional cuantos fragmentos de arquitectura han sido encontrados al abrir los cimientos de las obras de ampliación verificadas en el Seminario de San Pelagio, cuyo crecido número de objetos por su extraordinaria importancia constituyen una de las más interesantes adquisiciones de dicho Museo». Al mismo donativo hace referencia Amador de los Rios, en su trabajo varias veces mencionado *Apuntes para la historia...*, pág. 388, nota, en que da cuenta de que uno de los objetos más interesantes es una lápida conmemorativa con el nombre de Abd-el-Karim, háchib de Abderrahman II.

(1) Almacari; *Bayan*, II, 397.

(2) Abenalcotia, trad. *Ribera*, pág. 79.

(3) V. sobre este asunto *La Sinagoga de Córdoba*, por R. Romero Barros, B. A. Hist., 1884, V, 234; *La Sinagoga de Córdoba*, por F. Fita, B. A. Historia 1884, V, 361, y además págs. 201, 267 y 400; Donación de San Fernando al Obispado fechada en Burgos, a 12 de julio 1241, que dice así: «Dono etiam vobis illas domos in Córdoba, que dicuntur de almazra cum platea que est

los magnates musulmanes, en ella no había iglesias cristianas, y en cambio abundaban las mezquitas. Se podría asegurar que donde hoy existen parroquias del tiempo de la Reconquista, como San Nicolás de la Villa, San Miguel, San Juan, etc., había mezquitas en época califal, subsistiendo en algunas de ellas trazas del edificio original. Se pueden señalar sin equivocación, las siguientes:



Alminar de Santa Clara visto desde la calle Rey-Heredía (Paseo Norte).

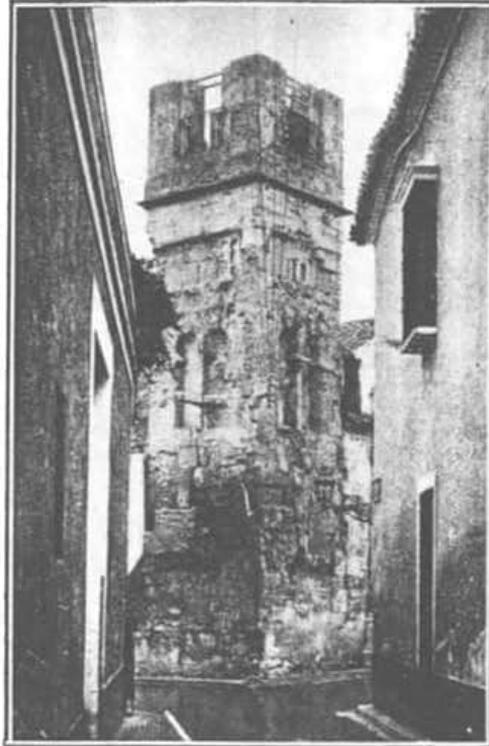
Mezquita de Santa Clara, que es el único alminar que ha llegado a nuestros días casi intacto, aparte la modificación del segundo cuerpo, pero que sus paramentos son lisos, sin adornos ni ventanas, sólo con algunos tragaluces aspillados para dar luz a la escalera; la cual, así como el arco de entrada, se conservan íntegros (1). Acaso se pueda identificar esta mezqui-

iusta portam ecclesie sancte marie, ubi vendunt piscamen, et de dimo iohannes armigeri usque ad viam que descendit de maiburget contra vicum iudeorum. *Libro de las Tablas*, fol. 5, citado sin fecha por Amador de los Ríos, en *Historia de los judíos de Esp. y Port.*, I, 365. En otros documentos se lee «mal burguet». Y en otro «la cal del Rey que entra a la judería», Fita, *ibidem*.

(1) V. *Alminar de Santa Clara*, en «Boletín de la Sociedad cordobesa de Arqueología», junio, 1928.

ta con la llamada de Abu Otmán (1). De ella subsiste, además del minarete, la fachada oriental, que da a la calle de Rey Heredia, torreada como la misma Mezquita-Aljama.

Mezquita de San Juan de los Caballeros, que es el actual Convento de Esclavas del Sagrado Corazón, al final de la calle Sevilla, y en la plazuela de aquel nombre. Ya consta en documentos de la Reconquista que fué cedida una mezquita para iglesia de los Caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalem, y que tenía aspecto como de fortaleza, seguramente por sus muros torreados. Hoy no queda más que su alminar, muy estropeado, pero con bellos ajimeces, unos ornamentales, y vano el del lado de mediodía. Desconocemos el nombre árabe de esta mezquita (2).



Mezquita de San Nicolás de la Villa, de la que subsiste el minarete, adosado a la actual torre, y por cuyo cuerpo se inicia la escalera de esta última. Se desconoce su nombre árabe.

Mezquita de San Miguel, en la que el viejo minarete acaso esté en iguales condiciones que en San Nicolás. También se desconoce su filiación árabe.

La *Mezquita de las Dueñas*, enteramente desaparecida (3); así como las que probablemente existieron donde hoy la iglesia de

(1) *Historia de los jueces de Córdoba*, por Aljoxani, trad. Ribera, pag. 67 y 146.

(2) *Alminar de San Juan*, en *Anales de la Com. de Mon. de Córdoba*, 1927-28, pag. 28, Informe por don Félix Hernández.

(3) *V. Paseos por Córdoba*, de T. Ramírez de Arellano, III, 138.

San Hipólito, y donde estuvo la parroquia de Omnium Sanctorum, y acaso en el convento, hoy parroquia de la Trinidad, por un resto de muro con despiece califal que aún subsiste, pueden indicarse a título informativo.

Abenalcotía cita también la *mezquita* y adarve de *Abenxarrahil*, que se podría ubicar hacia la ermita de la Aurora; y la *mezquita de Tarafa*, que menciona Yacut (1).

Otras mezquitas, fuera de la Almedina, parecen reconocerse en la Axerquía: una que casi todos los escritores locales señalan en la que fué iglesia de San Nicolás de la Ajerquía, en la Ribera (2), y otra en la misma iglesia de Santiago, cuya torre actual es un minarete de traza califal, remontado por sencilla espadaña.

Por su parte, Aben Pascual menciona en Córdoba las mezquitas siguientes:

Mezquita de Aben Tarril, y
 Mezquita Dafis, en el arrabal occidental;
 Mezquita del Paseo de Invierno y verano, o mejor de Primavera (Mayo y Junio),
 Mezquita Metáa,
 Mezquita Fahar,
 Mezquita Es-saída,
 Mezquita de Abi Abidah,
 Mezquita el Gazi,
 Mézquita Jarab,
 Mezquita Mkram,
 Mezquita Sarieh,
 Mezquita Mesrur,
 Mezquita Bengasih,
 Mezquita Al-Iscanderní (del Alejandrino),
 Mezquita Lnhilah,
 Mezquita Nzilan Es-saída, en la Almedina.
 Ninguna de estas mezquitas es mencionada en Almakari (3).
 Al dar cuenta del segundo cuaderno de la *Assilah*, Aben Pas-

(1) *La geografía de la Península Ibérica, según los escritores árabes*, por Alemany Bolufer, *Rev. del Centro de Est. Hist. de Granada*, X, 27.

(2) *Paseos por Córdoba*, II, 203

(3) Contenido de las cien primeras páginas de la *Assilah* de Aben Pascual, por F. Codera. *B. A. Hist.*, 1883, pág. 167.

cual cita trece nuevas mezquitas, cuatro cementerios y cinco plazas (1).

«Entre las mezquitas y cementerios nuevos sólo haremos mención de la *Mezquita de Yusúf Ben Basil*, situada en la plaza de Aben Dirhamain (el hijo de los dos dirhemes): es probable que la mezquita tomase el nombre del fundador, que parece ser el hijo de un renegado: quizá el Basil que figura en monedas de Abderráhman II, y Yusuf ben Basil será el que figura como prefecto a la muerte del mismo Abderráhman» (2).

De los numerosos *mercados* que Córdoba tuviera, no subsiste recuerdo. La *alcaicería*, «mercado de la seda», en recientes siglos, es el único que parece haber llegado con su nombre a nuestros días. La tradición quiere recordar que la plaza del Potro era lugar de venta de caballos, en la Ajerquía, y que el vasto recinto que luego vino a ocupar la Plaza Mayor o de la Constitución, también servía de feria semanal; pero nada de ello está documentado. Aben Pascual cita en su *Assilah*, un pequeño mercado con la curiosa denominación de «mercadillo del Conde».

De los novecientos *baños* citados por los cronistas han llegado a nuestros días: uno en la Almedina, el de la antigua calle del Baño, hoy Céspedes, casi frontero a la Mezquita Aljama, que conserva todas sus dependencias y requiere un buen estudio arqueológico; y el que daba su nombre a la calle del Baño, hoy Carlos Rubio, en el barrio de San Pedro, destruido hace pocos años (3). Aljoxani (4) cita los baños del Astil. El baño de Zariieb, es una evocación novelística de la vida cordobesa (5).

(1) Segundo cuaderno de la *Assilah* de Aben Pascual, por F. Codera, *Boletín Academia Historia*, 1883, t. II, pág. 215.

(2) Codera. *Assilah de Aben Pascual*. *B. A. Hist.*, 1883, t. III, pag. 345. En este trabajo hay datos sobre toma de Córdoba, por Almamún y Motamid; cargos administrativos, y bibliófilos.

(3) V. entre otros, *Guía artística de Córdoba*, por R. Ramirez de Arellano, Córdoba. 1897.

(4) Trad. Ribera, pág. 226.

(5) *El hadiz del baño de Zariieb*, en *Textos Aljamiados*, por Ribera, Gil y Sánchez, Zaragoza, 1888, pag. 97; publicado también en *El mundo ilustrado*, Barcelona, 1884, n.º 88, por E. Saavedra; nuevo texto aljamiado en *Manuscritos árabes y aljamiados*, del que dan noticia Ribera y Asín, pag. 16.

Nombres de *calles* árabes han llegado a nosotros, como «*las Azonáicas*», que se podría traducir «las callejuelas», por que efectivamente forman una red de callejitas, que generalmente se cruzan en ángulo recto; «*la Almagra*», que acaso significa «la plaza de la justa o del torneo»; la calle «*Almonas*», que serían las tiendas o fábricas de jabones. Abenalcutía (1), habla de la calle de *Carniceros*, que no sabemos si poder identificar con la que lleva ese nombre, frente a la puerta oriental del Patio de los Naranjos de la Aljama, a cuya continuación sigue la calle *Alfayatas* (de las sastras). Como es lógico, las calles y plazas tenían nombre, bien por los oficios o gremios que en ellas dominaban, o ya por los personajes influyentes que tenían en ellas su morada, como la calle (derb) de Alfádal ben Cámil, o la plaza de Abdála ben Abderráhman ben Moauiá (2).

«Aben Abil Jisai, encontró su muerte peleando contra los cristianos en uno de los asaltos de que fué objeto la ciudad de Córdoba; y dicese que ésto ocurrió en la *via de los Faraones*, junto a la puerta de Abd-el-Chabar, el 12 de dulhicha del año 540-1145» (3).

Los cronistas hablan de varias *cárceles* o prisiones. Las había en el mismo Alcázar; en Medina Azzahra (4); en Córdoba, cerca del río (5), donde se habla de una torre en el muro de Córdoba con salas altas y bajas, y éstas cerca del río, siendo acaso la torre del ángulo SO. la llamada posiblemente *Borj-es-sbáa* (torre del león); la llamada de la *Adueira* (6); la de *Habs-ed-dem* (7). Es errónea la atribución de Sánchez de Feria pretendiendo situar una prisión musulmana en el torreón mudéjar del recinto del Alcázar, donde estuvo la Ermita de las Imágenes (8).

(1) Trad. Ribera, pág. 55.

(2) *Aljoxani*, trad. Ribera, págs. 50 y 57.

(3) Pons, Ensayo... 165.

(4) «Se dice que fué estrangulado—el visir Moshafi—en la llamada Cámara de las Pulgas que formaba parte de la prisión—en Azzahara—», *Bayán*, II, 449.

(5) Debía ser la misma del Alcázar, según la relación de Conde, *Hist. de la domin. de los árabes*, 1874, pág. 56.

(6) *Benalcotta*, trad. Ribera, pág. 44.

(7) *Benalatir*, trad. Fagnan, pág. 179.

(8) *Palestra Sagrada*, II, 186.

Los hornos de cocer pan tenían mucho interés (1), y servían para designar calles o barrios, cuya costumbre ha llegado a nuestros días. Nosotros hemos visto derribar en 1926 el llamado Horno de San Juan, que daba nombre a esta calle, y era de pura construcción árabe, con la solera de hormigón de yeso, como muchos pavimentos de Medina Azzahra, y pintado de rojo. Aljoxaní habla también (2) de un pleito sobre el agua que había en el horno llamado de Berrel, que daba nombre a un barrio en la Ajerquía.

VI.—Arrabales de Córdoba

Dos documentos de excepcional importancia sirven para relacionar los arrabales que en sus cuatro puntos cardinales tenía Córdoba en la época califal: la relación que de ellos hace Aben Pascual, recogida por Almaccari, que señala veintiuno (otros señalan veintiocho en tiempos de Almanzor); y el Calendario de Recemundo, publicado por Simonet, ya reseñado, y cuyas referencias vienen a completarse mutuamente.

Según ellos, los arrabales eran los siguientes:

En el Sur. *Arrabal de Secunda*, grafiado de distintas maneras por los árabes (Xecunda, Chakonján), llamado hoy Campo de la Verdad (3), y que sufrió incluso durante la dominación musulmana numerosas alternativas, estando unas veces muy poblado, y otras en ruínas. Su denominación es latina, por estar su centro a dos millas aproximadas del centro de la urbe romana, y aún más exactamente de su Foro. Es muy sonado en los primeros tiempos de la dominación musulmana. En una pequeña eminencia que hay donde hoy se levanta la Ermita del Cristo, fué sacrificado uno de los primeros Emires que hubo en Córdoba dependientes de Damasco, Abdelmelic ben Kátan, cuando entraron los sirios en España. «Conjugaronle a la cabeza del puente y le mataron y crucificaron a la izquierda del camino, crucificando a su derecha un cerdo, y un perro a su izquierda. Un día permaneció allí su cadáver, hasta que por la noche vi-

(1) V. *Historia de los jueces de Córdoba* trad. Ribera, pág. 97.

(2) Loc. cit. pág. 111.

(3) Desde la batalla del siglo XIV entre Don Pedro el Cruel y los cordobeses, véase mis *Fuentes musulmanas en la batalla del Campo de la Verdad*, (1368), en el BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, t. VI, 1927.

nieron sus libertos berberiscos de Almodóvar y lo robaron. Tomó aquel paraje el nombre de Máslib (lugar de crucifixión) de Abdelmélic ben Kátan, y lo conservó hasta que Yúsuf fué nombrado gualí y Omeya ben Abdelmélic construyó en aquel sitio una mezquita, perdiendo su antigua denominación y llamándose mezquita de Omeya. Fué destruída el día de la sublevación de los cordobeses contra Alháquem ben Hixem, quedando el sitio abandonado y perdiendo sus dos anteriores nombres de máslib y mezquita, excepto para quienes conocen este suceso (1). En el año 131-748, hubo también sucesos guerreros de gran importancia en la «alquería de Secunda», que por la intervención que en ellos tuvo el pueblo de Córdoba, recuerda la batalla del siglo xiv, en que también intervino el pueblo armado irregularmente, y los cuales son relatados en el *Ajbar Machmua* (2) con gran viveza. Allí se habla del «molino que hay en el paraje donde se vende la leña» (3). En el reinado de Alháquem I se produce la revolución del arrabal, de cuya copiosa bibliografía puede tener idea el lector por el erudito trabajo que en este mismo número publica don Isidro de las Cajigas. A consecuencia del castigo infligido, Secunda quedó en ruínas. En las insurrecciones mozárabes de Omar-ben-Hafsún, en tiempos de Abdalá, «su caballería avanzaba cada día, por tarde y mañana, hasta las ruínas de Secunda y el desfiladero de Almeida (el puerto de las Mesas) (4). Sin embargo, en los siguientes tiempos gloriosos del Califato, debió repoblarse y aún embellecerse grandemente, y en las orillas del río había hermosos palacios de recreo. Era paso obligado para el camino de Granada y el cementerio del Arrabal, hacia el SE., y para el camino de Málaga y Sevilla, pasando por el desfiladero de Almeida, hacia el SO. Aunque Dozy señala que Secunda estaba rodeada de murallas (5), y algunos autores la denominan por ello «Medina Secunda», no se ha hallado vestigio alguno de ellas, salvo un torreón cuadrado y ma-

(1) *Ajbar Machmua*, pág. 52.

(2) Páginas 64 y 65.

(3) Abenalcotia dice que se refugió «en la casa molino de la almunia de Násar», *Historia de la conquista de España de Abenalcotia el Cordobés*, traducción Ribera, pág. 15. V. también Dozy, *Hist. de los musulmanes de España*, edición Calpe, I, 267.

(4) *Ajbar Machmua*, pág. 132.

(5) Loc. cit.

cizo de tapial, que a lo sumo podría referirse a época almanzoreña, y que subsiste donde estuvo la posada del Espíritu Santo.

Abenházam, en su «Libro del Amor», al contar el conocido y tierno episodio del Ramadí (1), habla del arrabal de los Benimeruán, pasado el puente y al otro lado del río, que podría ser la serie de almunias que se extienden a la orilla del río, por bajo del puente, constituyendo deliciosas huertas de recreo.

Arrabal de Tercios. Nombre latino, tomado del tercer miliario sobre la calzada romana (2), y del que no quedan más que abundantes vestigios sobre el suelo de haber habido en todos aquellos lugares gran población, señalados desde ha mucho tiempo por los escritores locales (3). Ocuparía el barrio de Tercios casi todos los llanos del actual cortijo de las Torres o de la Torrecilla (tercis planiciei, de Recemundo), en cuyas abundantes ruínas se halló un trozo de lápida mozárabe, en que se lee la palabra «TERTIAEN» (4), que viene a confirmar estas suposiciones. Es mencionado este arrabal repetidamente en el Calendario de Recemundo, con nombres arabizados: «ecclesia Tarsil», refiriéndose a la iglesia de San Ginés, donde se enterró San Pelagio, al 26 de Junio; «in tercis planiciei», al localizar la iglesia de San Ginés, el 25 de Agosto; «in Tarsil Alcampanie», al señalar la festividad de San Martín el 11 de Noviembre, porque efectivamente está en la Campiña este barrio; «in villa Tarsil», en la festividad de San Andrés, el 30 del mismo mes.

La situación de este barrio también es dada con precisión

(1) *Abenházam de Córdoba*, por Miguel Asín, Madrid, 1927, I, 54.

(2) No comprendemos la dificultad que los historiadores de todos los siglos han tenido para identificar el nombre y ubicación de este arrabal, puesto que es fenómeno general en otras ciudades, que en cada milla o miliario, se colocara en tiempos de la cristianización una ermita o santuario, origen de un poblado que tomaba el nombre del miliario: Secunda, Tercios, Cuarto, Quinto, etcétera. Igual que en Córdoba, se advierte en Sevilla, donde subsiste el cortijo de Cuarto, con su ermita y señales de vico poblado en otros tiempos, Don Eduardo Saavedra ya intuyó esto en su «*Estudio sobre la invasión de los árabes en España*», p. 81.

(3) V. Entre otros, Sánchez de Feria, *Palestra Sagrada*, año 1772, IV, 120. en que habla de los enterramientos del Arroyo de la Miel y señales que allí descubren las aguas.

(4) E. Saavedra. Loc. cit.;

en el *Ajbar Machmua*, al tratar de la conquista de Córdoba por Mogueitz el Rumi: «Moguits caminó hasta llegar a Córdoba y acampó en la alquería de Secunda, en un bosque de alerces (bosquecillo de pinos, que ha durado hasta tiempos de la generación pasada), que había entre las alquerías de Secunda y Tarsail» (1). Moguits no debió perder en adelante sus relaciones con este barrio, puesto que en la última mención de Recemundo antes señalada, dice «in villa Tarsil filii Mughisa», acaso porque allí tuviera su palacio el hijo del conquistador Abderráhman ben Moguits, que fué hágib o primer ministro con el califa Abderráhman I y con su hijo Hixem I (2); en cuyo caso sería en el mismo lugar que aparece la espléndida casa del dicho cortijo de la Torrecilla, emplazamiento que se advierte de muy vieja fundación.

El nombre de «Tercios», ya decimos que aparece muy corrompido en los distintos escritores: Tercios, Tercialis, Tercial, Tarsil, Tarsail, Tassi, y otros análogos. Nuestros escritores locales del siglo XVIII se obstinaron en colocar el barrio de Tercios en la orilla derecha del río, cuya opinión seguida aún en nuestros días da origen a equivocaciones. El mismo Sánchez de Feria, que maneja mucho estas citas (3), influyó tanto con esta opinión cerca de los eruditos de su tiempo, que en la finca de la Alameda del Obispo llegó a fijarse en lápidas esta atribución, y sobre todo en un brocal de pozo que tenía dicha finca, construido en el mencionado siglo XVIII, de traza enteramente barroca, que ofrece larga dedicación a los mártires, y ahora se ha trasladado al cementerio de la Salud.

Arrabal de Cuarto. «In villa Quartus», señala Recemundo la festividad de Servando y Germano, el 23 de Octubre. Su situación habría que buscarla por el cuarto miliario de la misma calzada romana, acaso en la orilla del Guadajoz, por donde subsiste la Casa de Postas y abundantes ruinas, al otro lado del desfiladero de Almeida. Nosotros sospechamos que la festividad de San Vicente, señalada por Recemundo al 22 de Enero, «in quinque», acaso señala el arrabal de Quintos a la distancia de cinco millas.

(1) Loc. cit. p. 32; Saavedra, loc. cit., 81, nota.

(2) Bayán, II, 97.

(3) V. *Palestra Sagrada*, 1772, al hablar de San Ginés, de San Pelagio y de otros mártires.

Arrabal de Almunia Achab. Ya hizo notar Simonet (1), la correspondencia exacta de este arrabal con el «huerto de la maravilla» anotado en dicho Calendario de Recemundo al 10 de Julio, festividad de San Cristóbal, cuya iglesia estaba en dicho arrabal (2). Este barrio merecía tal nombre por su pago de huertas que, al otro lado del Guadalquivir, ofrecía bello paisaje a los paseantes de la Ribera. El río por este lugar se ha desviado tanto que ha destruido casi completamente el arrabal, cuyas ruínas de huertas y albercas han aparecido en algunas crecidas, como relatan Díaz de Rivas (3) y Sánchez de Feria (4), y ha desviado tanto su cauce, que algunos vestigios, como los peñones de San Julián, que nuestros abuelos conocieron en la margen izquierda, se llega hoy a ellos por la derecha. Aljoxani (5) dice que en tiempos de Abderráhman II se adjudicó en virtud de sentencia al eunuco Eidón «el campo conocido vulgarmente por el campo Achai, a la otra parte del río, después de largo pleito».

Arrabales de Oriente. Insistimos en nuestra opinión, ya enunciada por Ramírez de Areliano (6), de que la parte oriental de Córdoba, conocida con el nombre de *Ajerquia* y cercada de muralla de tapial con torreones cuadrados, no estaba amurallada en época califal. Un conjunto de barrios, acaso unidos unos con otros, la formaban, pudiendo ser identificadós algunos de ellos, que damos a continuación. De la Almedina los separaba una cierta extensión, que se impedía repoblar, como sucedió durante algún tiempo después de la Reconquista.

Arrabal de el Borg (barrio de la torre o del baluarte), llamado en el Calendario de Recemundo «vico turrís». Por éste sabemos que era el actual barrio de San Pedro, puesto que al hablar de la festividad de los Tres Santos, menciona su sepulcro en dicho arrabal. La torre que le daba nombre, están contestes todos los autores locales en identificar con la «torrecilla

(1) Prólogo a su edición del «*Santoral Hispano-mozárabe*».

(2) Cristofori... festum ejus est in orto mirabili qui est in alia parte Corduba ultra fluvius ubi sunt infirmi. «*Santoral*, etc.»

(3) Pedro Díaz de Rivas, *Relación de algunos edificios y obras antiguas que descubrió el río Guadalquivir cerca de Córdoba con la gran creciente que trujo en estos días*, Córdoba, 1626.

(4) *Palestra Sagrada*, II, 89.

(5) Trad. Ribera, pág. 193.

(6) *Historia de Córdoba*, III, 129.

iglesia de los Tres Santos estaría en el mismo lugar que hoy la de San Pedro, y la casa frontera es constante tradición en Córdoba considerarla como la que habitaron los Obispos durante la dominación musulmana (1). En este barrio han habitado en nuestros tiempos numerosos artifices, acaso recuerdo de «de los Argotes», de que dan cuenta los escritores locales (2). La los que lo habitaron en otras épocas, sobre todo los plateros, que tanta fama han dado y dan a la ciudad.

Arrabal de los pergamínos. Se identifica con el barrio de Santiago actual, por la iglesia «facientium pergamená», de que habla Recemundo, que se puede ubicar en el que fué convento de los Mártires (3). La actual iglesia de Santiago presenta una torre que a todas luces semeja un alminar de época califal, al que se ha añadido simplemente la espadaña para las campanas, y si ésto es así, habría que indicarla como antigua Mezquita. Este es el barrio de las tenerías, a orillas del río, del que todavía se conserva la tradición y aún muchas de ellas. En el siglo xvi describe Ambrosio de Morales el efecto sorprendente que causaban en las calles de Córdoba, y sobre todo en la mayor de este barrio, los cueros pintados de vivos colores puestos a secar (4).

Medina alática (la ciudad vieja), era otro arrabal de Oriente, hoy sin ubicación fija. Ramírez de Arellano (5), lo supone en el barrio de San Andrés y parte del de San Pedro, «porque sólo en esta parte se encuentran vestigios romanos cuando se abren cimientos». Suponemos que quiere decir que sólo en esta parte de la Ajerquía, es donde se hallan tales vestigios, y no en esta parte de Córdoba, porque los vestigios romanos donde son más seguros es siempre en la Almedina. Pero ni aquéllo es tampoco así, porque vestigios romanos se encuentran en gran parte de casi toda la Ajerquía, y sobre todo a lo largo del gran camino que venía a ser la calle de San Pablo, a cuyos lados en todo el recorrido por Santa María de Gracia y San Lorenzo no cesan de hallarse vestigios de aquella época. Con motivo de las

(1) *Paseos por Córdoba*, T. Ramírez de Arellano, II, 298.

(2) *Paseos por Córdoba*, II, 36.

(3) V. más adelante al hablar de la iglesia de San Acisclo.

(4) *Las antigüedades de las ciudades de España*, por Ambrosio de Morales, Alcalá, 1572.

(5) *Historia de Córdoba*, III, 134.

obras generales de alcantarillado que se han hecho en estos últimos años en toda la ciudad, se ha comprobado esto, y precisamente junto a la iglesia de San Lorenzo han sido halladas diversas piezas arqueológicas de tiempos romanos, como una rostrata y otras. Como hipótesis de trabajo, suponemos que el barrio de «medina alática» pudo ser el de la Magdalena, porque en aquellos lugares, por la calle de Muñices, se han hallado en otros tiempos señales de potentes murallas y torreones (1), y la obra de la alcantarilla ha descubierto tal cantidad de teja romana plana, candiles, etc., de tipo rural y pobre, como en ningún otro sitio. Acaso subsistieran algunas murallas enhiestas al tiempo de la invasión, y por ello mereciera tal nombre de «ciudad antigua» por los musulmanes.

Barrio de los tiraceros (de los sederos, o de los bordadores de *tiraz*). Todos los escritores locales están contestes en que el «vico tiraceorum» o «vic Atirez» de Recemundo, es el barrio central de la Ajerquia, que hoy es el de San Andrés, porque esta iglesia era la basílica de San Zoilo, de tan brillante historia muzárabe.

Otros arrabales de Oriente que menciona Almacari, como el de *Xablar* o *Salar*, el de *forñ Birril* o *Barriel* (horno de Barriel), el de la *Almunia de Abdallah* y el de la *Almunia de Almoquira*, no están ubicados. Se les puede señalar en general los actuales barrios de San Lorenzo, San Agustín y Santa Marina, todos ellos con vestigios de gran antigüedad y viejísima memoria de sus iglesias parroquiales, si no es que se identifican con alguno de las anteriores.

Arrabales del Norte.

Menciona tres Almacari, que son:

Rabdh bab el yehud (arrabal de la puerta de los Judíos), que podría ser el que hoy nuevamente se ha formado detrás del convento de la Merced, porque en todo este lugar se han hallado restos arqueológicos al abrir los cimientos, y bellos mosaicos romanos en distintos lugares, señal de población rica.

Arrabal de la mezquita de Omm Selma, que podría ser el llamado hoy del Matadero Viejo, o acaso alguno que existiera por la antigua Huerta de la Reina, hoy vuelta a poblar, aunque en ésta lo que más se han hallado han sido sepulcros, en estos tiempos.

(1) *Paseos por Córdoba*, I, 28.

Por estos lugares sería preciso colocar la «Villa Careilas», de que habla Recemundo en su Calendario al 10 de Diciembre, por situar en ella la basilica de Santa Eulalia de Mérida, que hoy ya se puede ubicar en la llamada «Casilla de la Gallega», hoy huerta de San Rafael, propiedad y domicilio del extorero Rafael González «Machaquito» (1).

Arrabal de Ar-Rusafa. Por haber conservado la tradición, bajo los nombres de Arrizafa o Arruzafa, la hermosa finca en que construyó Abderráhman I su palacio de recreo, la topografía de este lugar es bien conocida. Había en ella cementerio, tenía alrededor abundante núcleo de población, y estaba rodeada de otras espléndidas almunias, que hoy subsisten, siendo gala y ornato de la Sierra de Córdoba. Una de ellas era la «almunia Almus-hafia», propia del que fué primer visir de Alháquem II, y después perseguido y encarcelado por Almanzor. Las huertas llamadas hoy del Tablero alto y bajo, acaso pertenecieran a la Rusafa, porque circundadas en todo su sector sudeste por el hoy llamado Arroyo del Moro (*Uad-ar-Rusafa* de los musulmanes que después viene a acoplarse al muro de la Almedina), aparece en el cauce de éste obra de sillería califal, como si fueran restos de recinto, o acaso de obras de encauzamiento de esta corriente. En la misma Rusafa no queda hoy vestigio alguno de construcciones musulmanas. Nosotros la hemos recorrido detalladamente, y sólo hemos visto alguna que otra columnilla barroca del convento franciscano (2) que existió en esta hermosa huerta desde 1417 hasta 1835, que fué suprimido y vendidos sus bienes, y cuyo convento tuvo origen en las numerosas cuevas que hay en la terraza de caliza miocena, sobre la cual se asienta, que inspiraron a Larreta bellas páginas literarias (3).

Arrabal de Coto Raso. Seybold localiza el arrabal de Coto Raso (leído por Casiri y Chabás, Cota Rosa), mentado por Aben Pascual en la *As-sila*, «en el lugar de los alfahareros» (alfareros, olleros), que según él, sería el moderno de las Ollerías, que se extiende desde San Cayetano a la Fuensantilla (4).

(1) V. dicha iglesia, más adelante.

(2) *Fundaciones monásticas en la Sierra de Córdoba*, por don Manuel Gutiérrez de los Ríos, Córdoba, 1909, pág. 32.

(3) *La gloria de don Ramiro*, por E. Rodríguez Larreta.

(4) Cristian Federico Seybold, *Hispano-arábica*, I, en *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, III, 27.

Arrabales de Occidente. El problema de los arrabales de Occidente es hoy, en su conjunto, y no digamos en sus detalles, muy difícil de precisar, porque de ellos no subsiste nada, y porque habiendo quedado destruidos casi seguramente al fin del Califato, sus vestigios son tan leves, que no sirven, sopena de determinadas excavaciones, para intentar reconstitución alguna.

Baste señalar que todo el campo del Poniente y Sudoeste de Córdoba, en larga extensión, está cubierto de cascote y evidentes señales de urbanización, todo de tipo musulmán, y que en muchos sitios la más ligera excavación pone al descubierto innumerables pozos de agua, distantes unos de otros apenas tres o cuatro metros, indicando densidad de población (1), así como otras muchas señales que no dejan lugar a dudas de que ésta fué la brillante creación de Almanzor, de los palacios de cuya época hay clara señal más cerca del río por la huerta de Valladares.

Es lógico que estos arrabales tuvieran su creación en época anterior a la almanzoreña, y si hemos de crear lo que cuenta Abenadari (2), ya en el Occidente, y en sitio donde después había de ser edificada Zahira, se iniciaron por Alhâquem II fuertes construcciones, en vista de que los pronósticos, en cuya ciencia era muy versado Aimostânsir, le hicieron saber que en dicho lugar había de fundar un usurpador. «Sus investigaciones le hicieron saber que se trataba de Alech, escrito con e, lugar situado al Oeste de Córdoba, y llamado a ser un día sitio de la realeza. Dió órdenes, en consecuencia, a su hágih Châfar de que se trasladara allí inmediatamente para comenzar la construcción de una ciudad, en el deseo de beneficiarse con la ventaja, unida a tan feliz augurio, y de no dejar escapar de manos de su hijo la suprema autoridad. Incluso fueron gastadas en aquella empresa sumas considerables». Bien es verdad que más tarde supo, por revelaciones de una vieja, que el sitio predestinado estaba al Este de Córdoba, en Manzil Abu Bedr, conocido con el nombre de Aloch, y allí trasladó su empresa, que según los designios del destino, no había de favorecer sino a Ben Abi-Amir.

(1) V. *Anales de la Comisión de Monumentos de Córdoba*, 1926, pág. 10. *Una Córdoba desaparecida y misteriosa*, por Rafael Castejón, 1924, en BOLETÍN REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA; *Capitel y pebetero del arte del Califato*, por R. Castejón, 1926, en igual Boletín.

(2) *Al-Bayano'l-Moghrîb*, trad. Fagnan, Alger, 1904, II, 427.

Aparte del sentido anecdótico de lo referido, nosotros no hemos visto por la parte occidental de Córdoba ruínas que claramente se puedan afiliar a la época de Alháquem II, tan clara para el arqueólogo, y sólo las hemos reconocido de tiempos de Almanzor, salvo alguna almunia aislada que no modifica el conjunto.

En definitiva, los arrabales occidentales de Córdoba se extienden por los campos a Poniente de Córdoba, con restos de muralla de tapial por la huerta de Maimón, que ya pueden filiarse en tiempos de Almanzor, y grandes explanaciones de terrenos por cima de la huerta Valladares, que están de acuerdo con el Bayán (1), cuando dice: «Dió a esta ciudad (de Zahira) grandes proporciones, y se mostró deseoso de verla extenderse ámpliamente en la llanura; dió gran altura a las murallas; no olvidó nada para igualar las eminencias y depresiones del interior». Creemos, pues, que los arrabales de Poniente en Córdoba, llegaban hasta Medina Zahira, y que ésta se levantaba por la huerta Valladares y Cañito de Mari-Ruiz, donde son intensos los vestigios califales, de típica traza almanzoreña, y donde sobre la superficie del suelo se recogen labrados atauriques, basas y capiteles destrozados, mármoles y estucos, y restos, en fin, de grandes palacios, que algún día las excavaciones alumbrarán plenamente; en tanto que los arrabales propiamente dichos se levantaban entre aquélla y Córdoba, por las hazas del ruedo de la Salud, y más arriba hasta la barriada actual de la Electro-Mecánica, toda ella llena de pozos, alcantarillas, cascote y señales de población vulgar.

Los arrabales que Almacari menciona en Occidente, tomados de Aben Pascual, son: Arrabal de *Haguanit ar-raihán*, o de las tiendas de los perfumistas (o de los drogueros); de *Raccáquin* (2); de *Meschid-al-cahf*, o de la Mezquita de la Cueva (del

(1) Loc. cit. II, 458.

(2) Algunos han traducido esta palabra por *esclavos* y otros por *pergamíneros*, y en consecuencia han pretendido identificar tal arrabal con el que los mozárabes llaman «de facientitum pergamena» situado al oriente, acarreado con ello la confusión lógica. Pero, según la siguiente nota del Emir Arslad, Delegado de Siria en la Sociedad de las Naciones, la traducción exacta sería la de «panadero, confitero o tortero»: «Roukac, es una especie de pan muy fino y largo, de mucha blancura, con cuya masa se hacen a veces dulces en Oriente; *rakkac*, es el que hace este pan, y *rakkakin* es el plural».

asilo, traduce Amador de los Ríos) (1); de *Balatz Mogueits*, o del palacio de Mogueits; de *Meschid-axxefá*, o de la Mezquita de los Remedios; de *Hamám-Elbira*, o del baño de Elvira (Hamám-ul-ilbirí, o baño del elbirenses, según Amador de los Ríos); de *Meschid Assorur*, o Mezquita de los Misterios, o de los Placeres (Meschid Masrur, mezquita de la alegría o de las ventanas, según Amador de los Ríos); de la *Ráuda*, o del vergel; y, por último, de *As-segem-al-cádim*, o de la cárcel antigua.

Repetimos que por hoy, y nadie lo ha intentado, es imposible pretender la ubicación de tales barrios. Sólo de alguno de ellos es posible intentarlo, como por ejemplo:

Arrabal de las tiendas de los Perfumistas. No parece muy aventurado pretender localizarlo en el llamado hoy barrio del Alcázar Viejo, inmediato a las puertas del Alcázar califal, donde los servicios de tal gremio habrían de ser muy solicitados; y comunicándose con él por la llamada Puerta de Sevilla, en la Almedina, y por ello, también, Puerta de los Perfumistas. Insistimos en nuestra opinión (2), de que este barrio, extramuros en tiempos califales, sería amurallado por el siglo xiv, formándose el recinto de la llamada Torre de Belén, o actual primer recinto del Alcázar.

Arrabal del Palacio de Mogueits. Muy discutida ha sido la posición del Balázt Moguits, muy citado en las crónicas, sin que a nosotros nos sea dado tampoco poder precisar de manera indubitable. Conocidísimo es el pasaje del *Ajbar Machmua* (3), en que refiriéndose a este palacio dice lo siguiente: «Musa ben Nosair..., al llegar a Córdoba, dijo a Moguits: Este palacio no te corresponde, sino al walí de Córdoba. Y aposentándose en él, Moguits trasladó su habitación a una casa junto a la puerta de Algeciras, que es la del Puente, frontera a la brecha por donde penetraron sus soldados cuando conquistó a Córdoba. Era una casa magnífica, con abundante agua, olivos y otros árboles frutales, y se llamaba Al-Yossena. Había sido propiedad del Rey, a quien hizo cautivo, y tenía un soberbio palacio, que tomó el nombre de *palacio de Moguits*». Es indudable que este palacio estaba extramuros, puesto que dió nombre a un arrabal,

(1) Apuntes para la hist. monumental de Córdoba, *Revista de España*, 1885, página 385.

(2) V. pág. 267, nota, y 277.

(3) Loc. cit. pág. 33.

y así no es verosímil la opinión de Romero Barros (1), ni aún la suposición de Amador de los Ríos (2). Opinamos que al tiempo de la conquista musulmana, los edificios romanos principales debían estar en pie, y entre ellos, como fundamentales, el Palacio Ducal o Palacio de Rodrigo, identificable con el que después fué Alcázar califal, y que acaso es el que llama Amador de los Ríos «Aula Condal»; otro sería la que fué Basílica de los Pretores, donde está el actual Ayuntamiento; y otro, en fin, la Basílica del Procurador Augustal, o Palacio de la Aduana, donde se hospedó Julio César cuando desempeñó este cargo en Córdoba, y que estaba, como es lógico, junto al puerto romano sobre el Betis, por bajo del ángulo SO. de la muralla de la ciudad, y en íntima relación con ella. Suponemos, como hipótesis de trabajo, que esta Aduana, o Basílica del Cuestor, cuyos vestigios arqueológicos aparecen repetidamente bajo este ángulo SO. (3), pudo ser el Palacio de Moguits o Al-Yossena, su hermoso huerto la hoy huerta del Alcázar, y el arrabal de su nombre las casas que se agruparon en sus contornos, y que hoy forman parte, con las del «arrabal de los Perfumistas», del llamado Alcázar Viejo.

El resto de estas barriadas, arriba enumeradas, parece que debió estar amurallado totalmente, de cuyo recinto quedan enhiestos los lienzos que respaldan la huerta de Maimón, sin que subsista vestigio alguno del resto de dicha cerca amurallada.

Parece que en cierta escritura de Donadíos o Repartimiento dada por el Rey Fernando III (4), se dice que el Rey tomó para sí todas las tierras del ruedo de Córdoba por la Arrizafa, y

(1) *Consideraciones históricas acerca de las antiguas Basílicas de San Vicente y de San Acisclo, antes de la erección de la Mezquita-Aljama de Córdoba*, por Rafael Romero Barros. *Revista de España*, Madrid, 1888, pág. 21.

(2) *Apuntes, etc.*, pág. 379, nota.

(3) V. entre otros, Sanchez de Feria, *Palestra Sagrada*, IV, 107; parece que ha sido constante el hallazgo de restos arqueológicos romanos, como capiteles, basas y fustes de columna, basamentos, dedicaciones, estatuas, etc., siempre que se ha removido el lugar que hoy ocupa la Cárcel (antes Tribunal de la Inquisición) en el Alcázar cristiano edificado en el siglo XIV por Alfonso XI. Precisamente en este mismo año de 1929 ha sido recogido en el barrio del Alcázar Viejo y trasladado al Museo Arqueológico un magnífico trozo de cornisamento de la mejor época romana, que debió estar en soberbio edificio.

(4) V. nuestro mentado trabajo *Una Córdoba...*, etc., pág. 10.

toda Córdoba la Vieja cercada hasta la *Alhadra*, que es la tierra del Alcaide, linde de la Alameda, entendiéndose que esta Córdoba la Vieja no es la finca que así denominamos hoy, donde están las ruinas de Medina Azzahra, sino el conjunto de barrios occidentales de Córdoba, que debían estar amurallados al tiempo de la Reconquista, por ruinosos que estuvieran ellos y su muralla. La «alhadra», aunque etimológicamente quiere decir «verde, lugar de verdor», por el mismo sentido se aplica en nuestros países meridionales, a «lugar real, o posesión real», porque estas implican jardines y arboledas siempre verdes. Así, pues, la alhadra de que aquí se habla, linde del Alcaide con la Alameda, es toda aquella parte del Cañito de María Ruiz, lugar donde nosotros localizamos Medina Zahra, y lo que hay entre aquéllo y Córdoba, llanos tan llenos de vestigios arqueológicos, como venimos repitiendo, la «Córdoba la Vieja cercada» de que habla la susodicha escritura.

Esto es cuanto por hoy se puede decir de los barrios occidentales de Córdoba, en los que se están ahora formando núcleos de población nuevamente (barriada de la Electro Mecánica, de los Olivos Borrachos), en cuyas obras de cimentación se descubren incesantemente los vestigios de aquéllos que vió la Córdoba de los Califas y Almanzor.

Parece, por tanto, que a la ruina del Califato, cuando la población de Córdoba se vió reducida y diezmada por toda suerte de calamidades, se refugió en los barrios verdaderamente tradicionales y populares, que eran Almedina y Ajerquia, comenzando Algarbía a ser campo de ruinas cada vez más vermo, hasta volver a su primera condición de campos de cultivo.

Otros arrabales. Se mencionan en los escritos mozárabes con ocasión de citar iglesias o monasterios, otros poblados, villas unas veces y arrabales otras, sobre los que no se da localización alguna, y que algunos podrían ser los ya citados, pero sobre lo que no hay hasta ahora identificación posible. Los enumeramos a continuación:

Ausinianos (Las Cuevas o Villarrubia) (1).

Ananelos (¿El Bañuelo?) (2), a una legua de Córdoba.

Tabanos (¿El Villar o Los Villares?), a ocho millas al lado

(1) Sanchez de Fena, *Palestra*, IV, 366.

(2) Idem, idem, IV, 385.

aquilonar de Córdoba (1). Se supone también que pudo ser la Alcaidía, por donde pasa calzada empedrada, camino de Fahs Armilat, y en cuyo lugar, como en el anterior, las excavaciones han puesto de manifiesto abundancia de cerámica medieval, que podría alcanzar el Califato, numerosos pocillos de lagar y poblado de construcción rural.

Froniano (Villaiobillos), a tres leguas de Córdoba, más allá de Trassierra (2), o la misma aldea de Trassierra.

Rojana, en la Nava del Serrano, cerca de Espiel.

Leyulo, a 25 millas de Córdoba (35 kilómetros), en sitio llamado Fraga, cerca de Espiel.

Ninfiano y *Colubris*, ambos cerca de Córdoba (3).

Keburiene, lugar del monasterio Gerisset, en fiesta del 1.º de Mayo del Calendario de Recemundo.

Villa Jenissen, in monte Corduba, identificado por Simonet con el lugar de Froniano antes citado.

Villa Ibtilibes, citada en el mismo al 23 de Noviembre.

Villám Berillas, cerca de Córdoba, y cerca a su vez de la siguiente villa Cassas Albas. Simonet la identifica con *villa Careilas*, y ambas a su vez con *Fragellas*.

Villa Cassas Albas, cerca de la anterior. Dice Recemundo al 31 de Diciembre de su Santoral: in monte Corduba. Antes ha dicho «prope Cordubam», y por todo ello se impone que ambas estaban cerca de la ciudad.

Vico Cris, donde estaba el sepulcro de San Zoilo antes de trasladarlo a la basilica de su nombre.

VII.—Alrededores de Córdoba

El Río. Aunque parezca ociosa la mención del Guadalquivir a su paso por Córdoba, no lo es en descripciones de tiempos musulmanes, porque en ellos ha sido acaso más solicitado que en ninguna otra etapa de la historia. Bellas almunias en sus riberas, fiestas acuáticas en sus remansos, menciones mil aparecen en los cronistas y poetas islámicos, que hicieron del Río Grande objeto de su particular devoción.

Donde más variación ha experimentado el cauce del río, en

(1) *Idem, idem*, IV, 385.

(2) *Idem, idem*, IV, 386.

(3) *Idem, idem*, IV, 149.

las inmediaciones de Córdoba, es antes de llegar al Campo de la Verdad (Secunda), donde acusa cada vez más su meandro hacia el SO., habiendo destruido en la variación de su cauce el arrabal de Almunia Achab, y tal vez casi todo el Cementerio del Arrabal, o al menos gran parte del mismo. El resto sigue aproximadamente en la misma situación que en tiempos musulmanes.

Por cima del Puente romano, y a causa de la represa que forma el cimiento o solera del mismo, se ha formado una gran extensión de agua, que se llama ahora vulgarmente «Tablazo de las Damas», y al que se refieren algunos cronistas musulmanes.

El río era navegado con barcas de remo y de vela (1), y se venía embarcado desde Sevilla a Córdoba (2).

Sobre las riberas había puerto y dársenas. El primero por bajo del Puente romano y de la azuda de los molinos, sería acaso el mismo puerto romano. Sin embargo, mucho más abajo de Córdoba, pasado el actual puente del Alcaide, hay ruínas de un puerto, acaso la dársena, interpretadas por algunos como estribos de puente, y que estaba en uso aún en tiempos de los Reyes Católicos (3).

Los puentes. Sobre el río Guadalquivir hallaron los musulmanes el *punte romano*, cuyas menciones y bibliografía serían larguísimos (4). Es muy discutida la forma terminal o cabeza del

(1) En el Guadalquivir, único río del mundo donde según el Xecundi sucedía tal cosa, se celebraban partidas fluviales, a la par fiestas báquicas y regatas, donde los barcos de vela eran como halcones que perseguían a las barquitas, liebres que corrían con sus pies de madera. Emilio García Gómez, *Poemas arábigo-andaluces*, Madrid, 1930, pág. 24.

(2) Quien quiera ir por agua desde Sevilla a Córdoba, se embarca en el río, y lo remonta, pasando por los molinos de az-Zarada, por el codo de la estación de Abán, por Cantillana, por Alcolea, por Lora, por el fuerte de al-Djarf, por Chuchabil, por el confluente de la ribera de Melbal, por el fuerte de Almodóvar, por Guad-ar-Román, por los molinos de Nacih, de donde llega a Córdoba. *Edrisi*, edic. Dozy, 1866, pág. 256.

(3) *El puente romano de Córdoba*, por Antonio Blázquez, *B. A. Hist.*, año 1914, t. 65, 457, en que se habla de las construcciones ribereñas del cortijo de la Veguilla, entre Cortijo Rubio y Majaneque.

(4) V. a título de recuerdo, *El puente romano*, por José la Torre, *BOLETÍN REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA*, 1922, 2, pág. 87.

puede en Secunda, en época califal, no citando los cronistas fortaleza alguna. La que hoy existe llamada Calahorra fué construída por Enrique II en 1369 (1).

En 988, Almanzor construyó un segundo *punte* sobre el Guadalquivir, cuyos estribos pueden verse por el llamado molino de las Tripas. Se dice que en años de intensos estiajes, emergen vestigios de los pilares en el centro del río.

Otros puentes sobre arroyos y ríos secundarios, de los que hay numerosas muestras, serían de relación interminable. Por su proximidad a Córdoba baste recordar los dos que hay en Los Nogales sobre el camino califal a Medina Azzahra (2), el del Cañito de María Ruiz (3), los que hay sobre el camino de Alcolea y más allá, etc.; todos ellos de sillares, con el clásico aparejo califal, y que requieren ser estudiados con detalle.

Los molinos. Las aceñas que hay por bajo del puente romano de Córdoba, formando hilera, son acaso anteriores a los árabes. Su construcción es típicamente árabe. «El monarca Alháquem I (4) pretendía tener derecho sobre los molinos del puente de Córdoba; pleito que tuvo que sustanciar en su Juzgado—negándole el derecho—, el Juez Mohamed ben Baxir oyó primero las pruebas testificales que el demandante presentó, y después invitó al monarca a que nombrase procurador en el pleito y respondiese a la demanda. Luego dictó sentencia y la autorizó con los testimonios que tenían que firmar. Tras ésto, una vez adjudicados los molinos a sus legítimos dueños, ya se encargó él de comprar estos molinos por cuenta del monarca, por medio de contrato. Alháquem I solía decir, basadas aquellas circunstancias, lo siguiente: Mohámed ben Baxir se ha portado muy bien haciendo lo que ha hecho; yo poseía esos molinos con títulos muy dudosos; él ha hecho que se convirtieran en títulos legales; en tal forma ha legalizado esa propiedad, que ahora puedo licitamente y con justo título poseerla».

También Edrisí (5) los describe: «Aguas abajo del puente, y

(1) V. mi trabajo *Las fuentes musulmanas...*; y *La Calahorra*, por Mariano Sarazá, *Boletín de la Real Sociedad cordobesa de Arqueología*, enero-junio 1920.

(2) V. *Excavaciones en Medina Azzahra*, Memoria oficial de 1923-24, láminas VI y VII.

(3) V. nuestro repetido trabajo *Una Córdoba desaparecida...*

(4) *Aljoxani*, trad. Ribera, 66.

(5) Edic. y trad. Dozy, pág. 262.



Puente califal, junto al cortijo de Los Nogales, en el camino de Medina Az Zahra.



Baño árabe, cercano a la Mezquita, en las calles Comedias o Céspedes.

atravesando el río, hay un dique construido con piedra de la llamada egipcia, y descansando en fuertes pilares de mármol. Sobre este dique hay tres edificios, conteniendo cada uno cuatro molinos».

La segunda azuda que hay más abajo, del molino de la Alegría, también parece de tiempos califales. Digamos, aunque sea de pasada, que el segundo cuerpo del molino de la Albolafia y la rueda que subía el agua, y por la cual tomaba nombre, son totalmente mudéjares.

Además de los molinos del río, había otras aceñas para moler trigo en los arroyos que bajan de la Sierra, que servían para hacer la molienda en los tiempos de grandes y prolongadas crecidas, y así se han venido utilizando hasta nuestros días. Hoy están todos en ruínas, y son bellos parajes, como el molinillo de Sansueña, el del Majano, etc.

Cementerios. Los cementerios que mencionan los cronistas musulmanes, son:

El cementerio del Alcázar, la ráuda, que verosíblemente estaría dentro del mismo Alcázar califal, pero del que no se ha hallado hasta ahora el menor vestigio. Suponen algunos que el arrabal de la Rauda, que mencionan los cronistas a Occidente de Córdoba, pudiera tener tal nombre, por su relación con el cementerio real, del mismo nombre. Hoy es aventurada esta suposición. Es bien conocido el pasaje en que Ordoño de Galicia, cuando entra en Córdoba, en su vista a Alháquem II, pregunta por la tumba del gran Califa Abderráhman III, y al mostrársela, se postra de rodillas y ora ante ella con el gorro en la mano (1).

El cementerio de la Rusafa, donde también se enterraban personajes principales y algunos califas.

El cementerio del Arrabal, que era el más populoso. Lo fundó el Emir As-Samáh, tomándolo del quinto del Califa, en aquel delicioso valle que está al Sur de Córdoba, al otro lado del río, al uso de los musulmanes (2). Había «un auto o providencia del Juez Elasuar ben Ocha, en el que se señalaban los límites del cementerio del Arrabal y se indicaban los puntos extremos a que por todos lados llegaba. Ahmed ben Baqui, que

(1) Dozy, edc. Calpe, III, 90.

(2) Bayán, II, 35; *Abenalcotía*, trad. Ribera, 9, 176.

era Juez de Córdoba—en ese tiempo de la narración—fué a caballo a ese sitio, acompañado de los faquies; llevaba consigo ese documento a fin de someter a nuevo examen los límites del cementerio, y conformarse con lo que en ese auto se decretó» (1). Este cementerio ha sido destruido en gran parte por las continuas avenidas del Guadalquivir, y la variación de su curso en este fuerte meandro que hace antes de llegar a Secunda, que, siendo cada vez más acusado, ha puesto al descubierto en las fuertes crecientes gran cantidad de sepulcros. Algunas lápidas funerarias que se han recogido en Córdoba, en el Campo de la Verdad, proceden seguramente de este cementerio, tan citado por los cronistas (2).

En el cementerio del Arrabal fueron enterrados hombres ilustres de la Córdoba musulmana, de alguno de los cuales haremos mención:

«Mohamed ben Ahmed ben Yahia murió en récheb del 380; se le dió sepultura en el cementerio del Arrabal, junto al sepulcro de Aben Aunallah, y a su entierro asistió el biógrafo de quien tomamos estas noticias (Aben Alfaradi), con lo más selecto de la gente de letras (3)».

«Omar ben Obaidallah el Zahraui, gran literato y bibliófilo, cuya biblioteca llenó ocho cargas al ser trasladada desde su casa del arrabal de Poniente a un nuevo domicilio; murió, según Abenhayán, en el 454-1062, a los noventa y tres de su edad, y fué enterrado en el Arrabal (4)».

«Mohamed aben Atab, el más conspicuo de los mufties españoles, murió en safar del 462-1069; fué enterrado en el cementerio del Arrabal meridional de Córdoba, orando sobre su tumba su hijo Abderráhman, de quien trataremos luego; asistió a la fúnebre ceremonia el propio Almotamid Ala-Allah, y añade el biógrafo que marchaba de pie, circunstancia que indica el sumo aprecio en que fué tenido este sabio cordobés (5)».

«Abenhayán, el príncipe de los historiadores andaluces, murió en rebia-I del año 469 (1076), y fué sepultado en el cementerio del Arrabal (6).»

(1) Aljoxani, trad. Rihera, 106.

(2) *Historia de Córdoba*, R. Ramírez de Arellano, III, 66 y 67.

(3) Pons Boigues, *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigo españoles*, 52.

(4) Pons, *Ensayo*, 97.

(5) Pons, *Ensayo*, 108.

(6) Pons *Ensayo*, 114.

«Abu Meruan Aben Sirach, de vasta cultura enciclopédica, murió el 489-1095, y fué enterrado en el Arrabal (1)».

«Aben Modair, excelente iterato, murió en Córdoba en ramadán del 495-1101, siendo sepultado en la macbora o cementerio del Arrabal (2)».

También fueron sepultados en el Arrabal otros muchos, como Cháfar ben Mohamed ben Mequí, muerto en 535-1140; Yahia ben Abdallah, muerto en 541-1146; etc. (3).

El cementerio de Amer el Coraix fué fundado por este noble al Poniente del muro de Córdoba (4), acaso aprovechando el recinto que el mismo construyera, con ánimo de fortificarse, poco después de la conquista. Simonet pretende que era un poético cementerio entre jardines, acaso creyéndolo enterramiento particular, pero era cementerio popular, a juzgar por el número de personas en él enterradas, de que dan cuenta las crónicas. Entre otros, se citan:

«Aben Sadán... residió en Córdoba, fué uno de los primeros sabios de su tiempo, y murió en el 347-958, siendo sepultado en el cementerio de Coraix (5)».

Abenalcotía, el historiador cuya crónica ha traducido Ribera, «murió en Córdoba en 367-977, siendo sepultados sus restos en el cementerio de los Coreixitas (6)».

Aben Ath-Thahán, historiador famoso, murió «en sáfar del año 384; fué sepultado en el cementerio Coraix; asistieron a su entierro millares de musulimes y pronunciáronse bellísimos elogios fúnebres sobre su tumba (7)».

Aben al-Bechí, ilustre literato sevillano, murió «en Córdoba, en el año 396, (en el 399 según Dahabí), siendo sepultado en el cementerio de Coraix, y asistiendo a la fúnebre ceremonia un cortejo numeroso y distinguido, del que formaba parte su biógrafo Alfaradí con lo más selecto y granado de la sociedad cordobesa (8)».

(1) Pons, *Ensayo*, 128.

(2) Pons, *Ensayo*, 130.

(3) Pons, *Ensayo...*, 163, 166.

(4) *Ajbar Machmua*, 67; V. también pag. 276 de este trabajo.

(5) Pons, *Ensayo*, 25.

(6) Pons, *Ensayo*, 45.

(7) Pons, *Ensayo...*, 54.

(8) Pons, *Ensayo...*, 62.

Este cementerio de poniente daba nombre, por su proximidad, a una de las puertas de la Almedina, acaso la actual de Almodóvar. Sospechamos si acaso perteneciera al mismo el llamado en siglos pasados, por su antigüedad, «torreón de Séneca», destruído en 1823 (1).

De este cementerio de Coraix, en el que después había de ser enterrado, cuenta Abenalcotia (2) la siguiente anécdota: A Hixem le ocurrió un caso cierto día y fué que al volver del entierro de Talaba ben Obaid hacia la casa del difunto, le acometió un perro de una casa de las inmediaciones del tan conocido cementerio de Coraix, le agarró de la capa de tela doble de Meru que solía vestir y se la rasgó. Hixem ordenó al gobernador de Córdoba que impusiera al dueño de aquella casa la multa de un dirhem por haber soltado un perro en lugar en que se producían molestias a los musulmanes. Pero después, al salir de la casa de Talaba ben Obaid mandó que le levantaran la multa del dirhem, diciendo «seguramente habremos afligido al amo de la casa más de lo que vale el disgusto del rasguño del vestido».

El cementerio de Om Selmah, en el arrabal de este nombre, al norte de Córdoba, por el actual barrio del Matadero o Huerta de la Reina (3).

También en este cementerio fueron enterrados ilustres varones, de los que dan ejemplo las siguientes noticias:

«Fué enterrado Abu Omar ben Mahdi en el cementerio llamado de Om Salmah en la ciudad de Córdoba, el 432-1040» (4).

«Aben Almoshafi, ilustre literato cordobés, fué enterrado en el cementerio de Om Salema el año 481-1088 y asistió a esta fúnebre ceremonia Almamún Alfatáh ben Mohamad ben Abad» (5).

«Aben AlHach, ilustre jurisconsulto, gran cadí de la Aljama de Córdoba, fué asesinado hallándose en oración en la misma Aljama, el viernes cuatro días restantes de safar del año 529; fué sepultado en el cementerio de Om Salema y asistió a su sepelio una multitud inmensa, pronunciándose luego hermosos elogios fúnebres» (6).

(1) *Paseos por Córdoba*. III, 280.

(2) Trad. Ribera, 32.

(3) V. pag. 293

(4) Pons, *Ensayo*, 87.

(5) Pons, *Ensayo*, 121.

(6) Pons, *Ensayo*, 157.

Del cementerio de Alabbás, no poseemos dato alguno sobre su situación, pero es muy citado en las crónicas, como se ve a continuación:

«Murió Aben Al Maxath en 397-1006 y fué sepultado en el cementerio de los Beni Alabbás» (1).

«Aben Abderrábihi, el conocido poeta cortesano, murió en 18 de chumada I del año 328-939, después de haber sufrido una parálisis en sus últimos años, y fué enterrado en el cementerio de los Beni-l-Abbás» (2).

«Yahia ben Abdalá ben Yahia, descendiente de aquel famoso Yahia ben Yahia que introdujo el rito malequita en Andalus contó entre sus discípulos a Hixem II, y murió en el 367, siendo enterrado en el cementerio de los Beni Alabbás» (3).

«Aben Ath-Talé, gran jurisconsulto maliquita, murió en el año 497-1103; fué sepultado en la machora o cementerio de Alabbás, y asistió a su entierro una gran multitud de gente» (4).

«Yunus ben Mohamed ben Moguits, murió en 532-1137, y fué sepultado en el cementerio de Abén Alabbás; asistió a su entierro una multitud inmensa y rezó las preces su hijo Abulgualid» (5).

«Ahmed el Petrochí, murió en el 542-1147 y fué sepultado en el cementerio de Abén Abbás» (6).

«Aben Pascual, el ilustre biógrafo, murió en Córdoba en ramadán del año 578-1182, siendo sepultado en la machora o cementerio de Aben Abbás junto al sepulcro de Yahia ben Yahia» (7).

El *cementerio de Moamara* o Mumerah se menciona también. Fué en él enterrado el célebre biógrafo, autor de la «Historia de los jueces de Córdoba», traducida por Ribera, llamado Mohamed ben Harits Aljoxani, que «murió en Córdoba en sáfar de 361-971 y fué sepultado en la machora Mumerah» (8).

(1) Pons, *Ensayo...*, 63.

(2) Pons, *Ensayo...*, 14. Abenjalicán, copiándolo de Aben Alfaradi y otros biógrafos, dicen que fué enterrado en el cementerio de los Beni Alabbás; pero Wustenfeld creyó que debía leerse Beni Omeya en vez de Beni Alabbás, error notorio puesto que esta última machora aparece citada con frecuencia en los biógrafos.

(3) Pons, *Ensayo...*, 44.

(4) Pons, *Ensayo...*, 132.

(5) Pons, *Ensayo...*, 161.

(6) Pons, *Ensayo...*, 168.

(7) Pons, *Ensayo...*, 200.

(8) Pons, *Ensayo...*, 38.

Aben Pascual, en la *Assiláh*, cita los siguiente cementerios: Macbora Mumerah, junto a la Mezquita del paseo de invierno. Macbora Om Selmah (del barrio de este nombre) al norte de Córdoba.

Macbora Karich.

Macbora de Aben el Abbás.

Macbora de el Abás.

Macbora Dyem, y

Macbora Ar-ruzafa (el cementerio de la Ruzafa).

Codera insiste en este trabajo en el hecho (1) de que los reyes y príncipes asistieran al entierro, generalmente presidiendo el duelo, de los personajes conocidos o célebres.

De Aben Fotaís, el ilustre historiador y literato, que desempeñó honrosos cargos públicos en tiempos del califa Alhacam II y de su hijo Hixen II, se dice que «murió en dulcada del año 402-1011, y fué enterrado en el sitio donde se hallaban los restos de sus antepasados, junto a la puerta de sus casas y cerca de su mezquita» (2).

Almozaras. Lugares despejados, generalmente cercados, que sirven para celebrar paradas militares y otros actos públicos, había dos de este nombre en Córdoba; la *mosala* de Poniente, acaso fundada en el mismo sitio donde estuvo el *estadium* romano, frontero a la Puerta de Gailegos, por donde hoy están los Cuarteles y acaso la nueva Escuela de Veterinaria, ya que en los cimientos de ésta se han hallado fuertes muros romanos y una carátula (3). En esta aimosala se dió la batalla de ese nombre (4).

Parece, sin embargo, que la aimozara más nombrada por los cronistas es la *mosala del arrabal* de Secunda, también difícil de precisar exactamente, pero que fué señalada, como el cementerio del mismo arrabal, por el emir Es-Samáh, entre los bienes pertenecientes al quinto del Califa, al tiempo de la conquista (5). Esta será la gran expianada, del otro lado del río, ci-

(1) Codera, *...Assilah de Aben Pascual*, B. A. Hist. 1883, pág. 167.

(2) Pons, *Ensayo...*, 68.

(3) *De arqueología romana*, Samuel de los Santos, BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, 1927, 525; para la ubicación problemática del *Estadium*, *Palestra Sagrada*, Sanchez de Fera, IV, 106.

(4) Benalatih, trad. Fagnan, 94; Bayan, II, 48; Ajbar Machmua, 54, Abenalcotia, trad. Ribera, 14; Amador de los Rios, loc. cit. 377.

(5) Abenalcotia, loc. cit.

tada por Dozy (1), en que los cordobeses se reunían para divertirse. En ellas se celebraban además numerosos actos públicos. «Un día de gran parada o revista de tropas, en el campo de la Mosala, Almóndir, el monarca, no quiso que el juez Baqui ben Májlad le besara la mano, y le hizo sentar en el propio tapiz en que se sentaba el monarca, en uno de sus lados, junto a los grandes dignatarios de la corte (2)». «En una de las grandes fiestas religiosas que hubo en Córdoba la gente se agolpó para tomar el sitio tan precipitadamente, que cuando llegó el juez a la Mozala, los nobles de Córdoba y los empleados de Palacio ya se habían colocado en su sitio, cerca de la alfombra que el jefe de la oración había de ocupar. Cuando el juez Yahia ben Maamar observó esa precipitación, ordenó a sus servidores que trasladaran más adelante la alfombra. La multitud del pueblo que se agoipaba, aprovechándose de esa maniobra, se pusieron cerca del jefe de la oración, en tal forma, que los que estaban delante ahora quedaban detrás. Inmediatamente el juez comenzó el rezo y predicó el sermón (3)».

No sabemos si se refiere a la misma mosala, la siguiente anécdota: «Mohamed I, hijo de Abderráhman II, hizo entrar un día ante su presencia a Hâxim ben Abdelaxis, y le dijo: Oh, Hâxim hé tenido un ensueño extraordinario o maravilloso, en el que se me ha representado un hombre que no sé quien es. He soñado que me hallaba en la Almozara, donde me encontré con cuatro personajes que iban montados en sus respectivas cabalgaduras. No he visto nunca caras más hermosas en mi vida, ni más espléndidos rostros. Los estuve contemplando maravillado, mientras subían al Aiharaf (4); luego me fui tras ellos, y les vi seguir su camino por la izquierda, hasta que llegaron a una mezquita que tiene una casa enfrente; llamaron a la puerta de la casa y salió de ella un hombre; le dieron la mano, le

(1) Edic. Calpe, II, 115; Bayán, II, 124.

(2) Aljoxani, 19.

(3) Aljoxani, 105.

(4) Aiharaf o aljarafe, es terreno elevado, con vistas a otros que domina. Leopoldo Eguitaz, *Glosario etimológico de palabras españolas de origen oriental*, Granada, 1886. No encontramos ningún otro cronista que hable en Córdoba del Aljarafe. Tanto la supuesta mosala de occidente, como la del arrabal tienen inmediatos terrenos elevados o terrazas más altas, a las que se puede aplicar el vocablo.

saludaron, estuvieron hablando un rato con él, y por fin se marcharon. Entonces pregunté: ¿quiénes son esos? y me contestaron: Son el Profeta Mahoma, Abubéquer, Omar y Otmán, que han venido a visitar a ese hombre que está enfermo. Y dijo el emir a Hâxim: Ya habrás podido reconocer la mezquita y la casa como si te hubiese yo conducido a ella; vé y entérate. La conozco sin necesidad de ir a informarme, contestó Hâxim; es la casa de Ibrahim ben Mohamed ben Baz». Al cual ofreció el cargo de Juez, que no quiso aceptar (1).

Caminos principales

No es nuestro propósito estudiar la red de caminos o de calzadas (balát, calzada, de donde se ha derivado una apelación muy vulgar en Andalucía, de «camino de la plata», que suelen ser las calzadas musulmanas) hechas en Alandalus por los Califas, estudio de gran interés para historiar las campañas guerreras, y por ende sucesos de gran importancia en la historia de España. Nos limitamos a señalar los caminos más inmediatos a Córdoba, citados por los cronistas, que pueden servir para mejor ubicación de algunos lugares. Digamos también, que aprovechando desde luego las calzadas romanas, los musulmanes del Califato, cuando hubieron de reformar o construir por su cuenta, tuvieron presente como modelos las calzadas bizantinas, y procuraron el empleo de grandes losas siempre que les fué oportuno.

El *arrecife* que corre al pie de la muralla meridional de la Almedina, dominado por la terraza o *hassá* del Alcázar, tiene citas muy precisas. «En el mes de xagual Aihâquem II y su hijo se dejaron ver en el terrado del palacio de Córdoba, que da a la carretera, para presenciar el reparto de cuantiosas limosnas que los pajes y servidores de Palacio hacían a los pobres, a manos llenas, allá abajo en la calzada. Estos manifestaban su agradecimiento rezando en altas voces (2).

Los *caminos a Medina Azzahra* son de gran interés, porque su construcción es indudablemente musulmana. El principal parte de la puerta de Ctaibira, Cuteclara o del León (actual paraje ila-

(1) Aljoxani, 16.

(2) Traducción de Abenhayan por Ribera, en *La enseñanza entre los musulmanes españoles*, 3.^ª edic. Córdoba, 1925, 20, nota.

mado Puerta de Gallegos) (1), y recto hacia Poniente sigue por la hoy llamada Avenida de Medina Azzahra, por delante de los Cuarteles, pasa la Esquina de Paradas, y allí tuerce hacia el Noroeste, recto a Medina Azzahra; poco antes de llegar a la casa del cortijo de Los Nogales, se bifurca, dando un ramal a NNO., camino de Cuteclara, los vestigios de cuyo poblado están por todo aquel lugar del Cerro del Cobre y la Casilla del Aire, y siguiendo la calzada califal a su destino, atravesando dos hermosos puentes de la época, el primero de tres arcos de herradura y el segundo de un solo arco. En algunos de estos lugares, y hasta hace poco, frente al cortijillo de Lubián, se advertían restos de la pavimentación de esta calzada, constituida por sillares de piedra franca, formando cuadrados colocados en diagonal y triángulos, y relleno el dibujo que forman con piedra oscura de la Sierra, andesitas sobre todo de los cerros de San Jerónimo y Balcón del Mundo, lo que le daría una original y artística bicromía.

Donde más claramente se conserva esta pavimentación de calzada (y allí ha sido estudiada por el arquitecto municipal señor La Hoz para inspirarse en la pavimentación colocada en las calles circundantes a la Mezquita Aljama), es junto al tinahón del cortijo de Turruñuelos, donde subsiste un largo trozo del camino que iba desde la Rusafa a Medina Azzahra, detentado no hace muchos años por los propietarios colindantes, que pasaba por El Patriarca, Fuente de la Tinajita, Turruñuelos, abrevadero de este nombre, y de aquí a Los Nogales, a empalmar con el anterior. Parece que este camino, en el siglo XVII, fué utilizado por Felipe IV para ir al Monasterio de San Jerónimo, y entonces se llamaba Senda de las Rosas.

Para ir a Medina Azzahra estaba también el camino del llano,

(1) Es interesante una evocación de Simonet, en *Medina Azzahra, leyendas musulmanas*, en la cual describe así la salida de una comitiva califal a la ciudad de la flor: Este vistoso y lucidísimo séquito salió de la ciudad por la puerta llamada Bab Ixbilia o de Sevilla, hasta donde llegan los jardines y huertas del Alcázar. Desde allí, dejando a la izquierda el arrabal nombrado Rbadh Hawanit Arraihán (el arrabal de las tiendas de aromas), enderezaron su camino hacia el norte, atravesando entre las filas de los esclavos y negros, formados en el espacio libre que se dilataba entre el muro y los arrabales de occidente, hasta llegar cerca de la puerta de la ciudad llamada Bab Liún o del León y prosiguiendo después hasta Medina Azzahra.

evocado por Juan de Gorz cuando hablaba de la polvareda de las tropas de caballería, que seguía la actual y tradicional Cañada de la Mesta.

De Medina Azzahra hacia el Norte había otros caminos del ancho romano de nueve pies, que convergían en una explanada que hay por cima de la casa del guarda de las excavaciones, donde paran los coches que van a visitar dichas ruinas, y eran: el que va a la Almiría, hacia Poniente, aún en uso para carretas y caballerías; el que sube a San Jerónimo, que se bifurca pasada la puerta de este Monasterio, con un ramal que bordea las tapias del mismo y sube recto al Norte, al Raso de Mesoneros; y otro que, bordeando las colinas al Noroeste, conduce al camino de Trassierra. Otro camino sale al Nordeste, en dirección de Peñamelaria.

Otros *caminos generales*, son: hacia el Sur, el de Sevilla, por Ecija, y el de Granada (el camino viejo de Granada), que aún subsisten. Hacia el Este, el camino de Alcolea, que seguían los ejércitos para subir por la cuenca del Guadalquivir (Uad-Armilat), y hacer su primera jornada frente al convento Armilatense, donde pasaban la noche. En este sitio (Fahs Armilat, Fahs Armeta), en la mansión de Mancil-Hani, frente a Dar Xaux (acaso San Zoilo, el nombre del convento Armilatense), ocurrieron sucesos tan importantes como la muerte natural de Almudáfar, el primer hijo de Almanzor, y la violenta de Sanchuelo, el segundo. De allí seguían a Toledo. También tomaban esta ruta por el camino que parte tras la Chozza del Cojo, y sube por la Cañada de la Vibora a la Alcalá, que va a enlazar con el anterior, y es el llamado «camino de los Pañeros».

Al Norte, por el Santuario de Linares y Cerro Muriano (por donde la tradición pretende que vino San Fernando a la Reconquista), sube otro camino, de origen romano, que llega al Castillo del Vacar, donde se bifurca, dando un ramal a Calatrava, pasando por el llamado «puerto Calatraveño», que es la entrada al Valle de los Pedroches (Fahs el Balut) (1); y otro

(1) Todavía se sigue discutiendo la localización exacta del Llano de las Bellotas «que cuenta numerosos pueblos habitados por berberiscos», y que no es otro, ante todo, que el Valle de los Pedroches, vasta mancha granítica que ocupa casi todo el norte de la provincia de Córdoba, en comunicación por Santa Eufemia con el Valle de Alcudia. Las renombradas bellotas (la especie de castañas que decía Dozy—pág. 262, nota, de la trad. de Edrisi—), aún dan renombre y riqueza a todo el Valle de los Pedroches, constituyendo base de sus industrias ganaderas y cebo de cerdos.

al Oeste del Vacar (castillo llamado también de Mano de Hierro, en la Cuesta de las Vacas), camino de Fuente Obejuna y de Mérida.

Los caminos de la Sierra de Córdoba conservan su fisonomía general, para servicio de las fincas de ella.

Incidentalmente citan los cronistas el nombre de algunos caminos, como el de *Teliáres* (1), inmediato a Córdoba, y que era



Lienzo de muralla y torreón del Castillo del Vacar.

el de la ronda o arrabal de ese nombre, que aún subsiste con el de «ios Tejares». También se menciona el camino de *er-ram-la*, la rambla, el arenal (2), de Medina Zahira a Córdoba, a orilla del río, que no es otro sino el llamado de Casillas o de la Aiameda actualmente.

Conducciones de agua. Es obligado decir algo acerca de las

(1) Bayan, II, 483, confundido por Fagnan con el desfiladero portugués de ese nombre.

(2) Bayan, II, 485; 124.

obras de saneamiento verificadas por los musulmanes en Córdoba, y de las cuales han llegado las trazas a nuestros días.

Parece que fué Abderráhman II el que, en sus obras generales de embellecimiento de la ciudad (1), trajo grandes cauda-

Fuente del Elefante en el trayecto del gran acueducto.



les de agua por medio de largas conducciones. «Fué el primero que trajo el agua potable hasta Córdoba, introduciéndola en sus alcázares, y construyó para el sobrante de aquella un gran estanque, del cual la tomaba el público cuando salía de los Alcázares» (2). «Embellació los palacios y trajo a ellos las aguas;

(1) Dozy, II, 83. Conde, edic. 1.874, pag. 75.

(2) En-Nuguairí, trad. Gaspar Remiro, pág. 45.

construyó la calzada, en la que levantó estrados y cerca de la cual hizo pasar la conducción de agua» (1). Almacari habla del gran acueducto construido por Abderráhman III, que venía de larga distancia del interior de la Sierra, sobre arcos y puentes atrevidos, y conducido por canales de plomo llegaba hasta el palacio de Annaora, donde vertía por la boca de un león de terrible aspecto, dorado y con brillantes ojos. Este acueducto así descrito, es identificado por casi todos los autores (2), con el



Restos del gran acueducto a su paso por el Arroyo de las Viejas.

gran acueducto musulmán, cuyo nacimiento y gran parte de recorrido pudimos identificar el año 1925 (3), y del que además hablan otros trabajos (4), ya que recoge los veneros llamados del

(1) Bayán, II, 148.

(2) Ambrosio de Morales, Pedro Diaz de Rivas, recogidos por Velázquez Bosco, en *Medina Azzahra y Alamiriya*, Madrid, 1912, pág. 87, con grabados de los acueductos y pozos.

(3) V. nuestro trabajo *Cómo surtieron los musulmanes de agua a la capital del Califato*, en «*Diario de Córdoba*», agosto 1925.

(4) *Excavaciones de Medina Azzahra*, memoria oficial 1925-26; *La minería y la metalurgia entre los musulmanes en España*, por A. Carbonell, en este mismo número del BOLETIN.

Bejarano y Escaravita, que son los más abundantes en el ruedo de Córdoba, en una extensión de muchos kilómetros (1).

Se ha supuesto, sin embargo, que acaso este acueducto y captación de veneros fuera construido por Abderrahmán II, ya que su construcción parece de mayor vetustez que las obras de Anasir, y porque este acueducto que venimos mencionando, poco antes de llegar a la Huerta de Figueroa (actual Granja agrícola), se divide, dando un ramal que parece ir derecho al Alcázar (por estos lugares la conducción es subterránea y muy difícil de identificar), en tanto que el principal sigue, como lo describiera Ambrosio de Morales, dando un rodeo, a entrar en la ciudad por su parte norte, acaso distribuyéndose en el actual Campo de la Merced, cerca de la Puerta Osario, para abastecimiento general de la Almedina. La misma elección de sitio hecha por Abderrahmán III para construir Medina Az-Zahra parece que fuera influida por el hecho de que ya pasaba por allí el acueducto, de construcción anterior.

En cambio, si el palacio de Annaora estaba por la actual y ya destruida Huerta del Rey, como nosotros suponemos, la conducción que viene a este lugar, nacida en los llanos de Turruñuelos, es construcción de tiempos de Anasir, porque está hecha con sillares en despiece de su tiempo, y el agua viene sobre una fuerte canal de plomo, como describen los cronistas, cosa que no sucede con la conducción del Bejarano.

Además de estas conducciones, existen otras diversas enumeradas por el señor Carbonell en el trabajo reseñado, y que evidencian el gran interés de los califas de Córdoba en este ramo.

En cuanto al gran acueducto del Bejarano y Escaravita, debe ser el que trataba de conservar Alfonso el Sabio en su Carta de 1263, que por su gran interés reproducimos (2). «Sepan todos los omens que esta carta vieren e oyeren como nos don Alfonso por la gracia de Dios rey de Castiella, de Toledo, de León, de Galizia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jahen e del algarve: Porque entendemos que es gran pro e grand onra de la villa de Córdoba en que vengan y toda via las aguas por los

(1) A fines de este año 1929, el alcalde de Córdoba don José Sanz Noguera, siguiendo nuestras indicaciones, ha pretendido aprovechar esta conducción, verificando trabajos de limpieza de la misma y comprobando nuestras aseveraciones, sin haber dado cima, no obstante ello, a su intento.

(2) *Libro de las Tablas*, folio 17 r.º

caños, assí como solfen en tiempo de moros, queremos que vengan y las aguas daquí adelante en todos aquellos logares que solien venir. Et por esto que non se podrie mantener, si non oviesse y renda conosciuda cad año de que se adobassen los caños. Tenemos por bien que pues esto es pro comunalmiente de todos los de la villa, que den y este ayuda cada año daquí adelante desta guisa: El Obispo e el Cabildo, treynta maravedís, El Conceio, cient maravedís. El aljama de los judíos, cient maravedís; los moros, treynta maravedís alfonsís.

Et mandamos que estos sobredichos que los den daquí adelante cad año por el sant miguel, assí como sobredicho es. Et aquellos que los non quisieren dar, Mandamos al Alguazil de Córdoba que los prenda e que los faga dar. Fecha la carta en Sevilla por «mandato del Rey, lunes XVII días de diciembre Era de mil e CCC e un año. Yo garcía díz la fiz escribir».

Son fuentes, acaso públicas, citadas por los cronistas: la que había a la salida del Alcázar con las aguas sobrantes del mismo, ya mencionada: la fuente *Ainfarkid*, por haberla construido Farkid ben Aun el Duani, natural de Córdoba, por orden y en agrado de Hixem I (1); *Ain xohda*, la menciona Abenzeidún (2); *Fuente Auria* o Aurea y *Fuente Cobbax*, mencionadas del siguiente modo: Aben Mofarrach fué conocido por el Fontauri, a causa de habitar hacia la parte occidental de Córdoba, cerca de una fuente (llamada fuente *auria* o *áurea*, y el Moafiri fué denominado Al-Kobaxxi por hallarse también su vivienda hacia esta parte, en las cercanías de fuente Cobbax (3).

No estará de más indicar que el *alcantarillado* de Córdoba en la época califal debió ser casi perfecto, a juzgar por los restos que han llegado a nosotros, muchos de ellos en pleno servicio hasta nuestros días. Muestra magnífica de este sistema de desagüe de las residuales es el alcantarillado de Medina Az-Zahra, en el que pueden estudiarse las características del sistema.

Lugares de esparcimiento. Son incontables los señalados por los cronistas musulmanes, y entre ellos casi todos los palacios

(1) Conde, edic. 1.874, pag. 61.

(2) *Un poete árabe de la Andalouste*, Cour, Constantine, 1920.

(4) Pons, *Ensayo*, 43.

que luego describiremos, el *hassá* o terraza del Alcázar, las almunias de la Ribera y de la Sierra, y otros muchos que han pasado a la eternidad del tiempo por los vivos y jugosos relatos que de ellos hicieron los literatos de la época.

Mencionaremos algunos, aparte de los recordados:

Fahs es-sorádik, el campo de las tiendas reales, era unas veces campamento guerrero, otras lugar público de esparcimiento. Lo describen muchos cronistas, entre otros Abenadari: «En 319 (24 enero 931) se sacaron las grandes tiendas reales y las tiendas ordinarias para llevarlas al campamento situado al norte del Guadalquivir y conocido con el nombre de Llano de las tiendas reales (*Fahs-es-sorádik*)» (1). Allí se congregaban los ejércitos antes de salir a campaña, aunque otras veces lo hicieran en el «campamento del arrabal» (2). No podemos localizar hoy todavía el *Fahs es sorádik*, tan evocado por doquier, pero debía estar hacia el Este de Córdoba y Norte del río, acaso por las actuales explanadas del Marrubial y Campo de Madre de Dios, o acaso más al Este todavía, porque cuando las tropas que salían de Medina Zahira marchaban al *Fahs es-sorádik*, pasaban por Córdoba y la gente salía a saludarlas a su paso.

Alhair, cerca de la puerta de los Judíos (*Bab-el-yehudá*), podría ser el actual Campo de la Merced.

Abenzeidún habla en sus obras de lugares de esparcimiento, como *Xarc al-ocab*, *Ain xohda*, *Mosánnat málic*, *Alaquic* y otros, que no son ubicables actualmente.

VIII.—Alcázares y Palacios de recreo

Largamente mencionan los cronistas la belleza de Alcázares, almunias, muntazahes y alquerías, que poblaban los alrededores de Córdoba, embelleciéndola a porfía. He aquí los principalmente mencionados.

Rusafa, llamado actualmente Ar-rizafa, en espléndida situación al pie de la Sierra, y con bellísimos jardines. Fué fundada por Abderráhman I, en recuerdo de la que su abuelo hiciera con el mismo nombre junto a Damasco, y fué siempre sitio real, aunque a la fundación de Medina Az-Zahra quedara más reiegada. Ya hemos hablado del arrabal y cementerio formados a su ai-

(1) Bayan, trad. Fagnan, II, 338, 367.

(2) Bayan, II, 368.



El famoso ciervo de bronce de Medina Az-Zahra, en el Museo Arqueológico de Córdoba



Pila de abluciones y capitel de Medina Az-Zahra, en el Museo Arqueológico de Córdoba

Jarra de Medina Az-Zahra



rededor, y de las vicisitudes principales sufridas hasta nuestros días, que no conservan aparentemente ninguna traza de tiempos musulmanes (1).

Medina Az-Zahra. La fastuosa construcción que comenzara Abderráhman III en 936, gastando en ellas sumas considerables y derrochando prodigios de técnica y arte, tiene ya larga documentación (2), y sólo damos de ella un plano esquemático adjunto, en el que podrán seguirse los relatos de los cronistas, al hablar de las principales dependencias o partes de la ciudad.

Tenía un potente recinto amurallado, que en tres de sus costados parece doble, aunque están sin excavar, con murallas de cinco metros de espesor y pasadizo central de otros cinco, torreado y con más fuertes torreones en los ángulos. Este recinto, en su parte central del lienzo Norte, era sencillo, acaso por la irregularidad de la montaña, pero defendido por fuertes o torres albarranas unidas a la muralla, de los que se ha excavado uno, inmediato a la única puerta hasta ahora descubierta. La puerta principal, según los cronistas, estaba en el centro del lienzo de Mediodía, y era llamada Puerta de las Bóvedas, sobre la cual campeaba la estatua de Az-Zhra, acaso una Venus romana. Si existían otras puertas, no conocemos reseña de ellas, ni datos sobre el terreno.

Pasada la Puerta de las Bóvedas, y atravesando jardines, se llegaba a otro recinto, donde estaba la Puerta de Assuda, de donde se subía a la gran terraza meridional, que dominaba los jardines, en cuyo centro había un pabellón o kiosco. Suponemos que todos estos pabellones eran de naves, a juzgar por los vestigios que ofrece el terreno, aún sin excavar.

Al lado oriental de esta gran terraza central, parece que está la Mezquita, tan celebrada por los cronistas, dada la orientación de las ruinas que hay en dicho lugar.

En un escalón medio, defendido por la gran galería de ron-

(1) V. pag. 294.

(2) V. entre los musulmanes Aben Adari, Noguairi, y sobre todo Almacari. En nuestros días Velazquez Bosco, *Medina Az-Zahra y Alamiyya*, Madrid, 1912, en que da cuenta del principio de las excavaciones, v. *Memoria oficial de la Junta de Excavaciones*, de 1923, de la que hay ejemplares con texto y grabados, y otros solo con grabados; v. las *Memorias oficiales de la Comisión de Excavaciones*, designada posteriormente, reseñadas ya en este trabajo, una de 1924, con el plano general, y otra de los años 1925-26, con texto y grabados.

da, que constaba de dos pisos, y sobre la cual avanzaba la gran azotea, estaban, de un lado, las dependencias administrativas del palacio; y del otro los tres grandes salones de recepción, de los que sólo está excavado el occidental. El central, pabellón de juras y ceremonias, y el oriental, tan celebrado por los cronistas, aún sin excavar, se localizan fácilmente en el plano.

Dominando toda la ciudad, se elevaba el Alcázar de los Califas, que excavó en gran parte el señor Velázquez, en cuyo centro está el *beit-al-menan* o cuarto del sueño, alcoba del Califa con dos cuartos aledaños separados por arcos sustentados en columnitas; y rodeado este conjunto por una galería, al menos en el lado norte, que lo separa del recinto general.

Hacia occidente, parte abrupta del terreno, hay numerosas casas de vivienda, lugar de harem y servidumbre seguramente, sin excavar. Las dos alas laterales de la ciudad, también serían de casas y cuarteles, ya que de aquellas había cuatrocientas, según Almacari.

Otros detalles de localización, como también valor arqueológico de estas ruinas, hallazgos de cerámica y piedra tallada, etcétera, podrán verse en las obras señaladas.

Medina Az-Zahra fué destruida en 1010 por primera vez, y luego saqueada sucesivamente. Las principales depredaciones las hicieron los Almohades, que se llevaron a Sevilla, Rabat y otras ciudades de su mayor dominio las piezas artísticas y arquitectónicas de mayor valor, sobre todo bóvedas, columnas y capiteles. La reconquista cristiana aprovecha ya las ruinas como cantera, y así se ha seguido durante varios siglos, casi hasta nuestros días. Hay que hacer constar que, aparte la equivocación de Ambrosio de Morales, todos los autores cordobeses de los siglos XVI y XVII (Díaz de Rivas, por ejemplo), del XVIII (Gómez Bravo) y del XIX (Ramírez de las Casas Deza en sus varias ediciones de «Indicador cordobés» o guía de Córdoba), siempre han identificado Medina Az-Zahra, como construcción de Abulrahman III. A mediados del siglo pasado se inician excavaciones que no pueden continuarse. Es en 1910 cuando, por fin, el Estado español emprende excavaciones a cargo de don Ricardo Velázquez, que se siguen actualmente con leves interrupciones (1).

(1) En todas las *Guías de Córdoba* de estos años se pueden ver descripciones de Medina Az-Zahra, y abundante documentación gráfica, algunas de ellas de bastante valor, por la relación del estado de las excavaciones.

Medina Az Zahira. Almacari cuenta: «Cuando Almanzor usurpó el califato durante la minoría de Hisham hijo de Alhakem, construyó para su propia seguridad y residencia un palacio a donde trasladó sus tesoros, almacenes y armas. El edificio, que se levantaba a las orillas del Guadalquivir, no lejos de Azzahra, fué empezado en el año 368 de la hégira (978-9 de J. C.), la mayor parte del cual fué completado en el corto intervalo de dos años. Almanzor tomó posesión de él con su familia, sirvientes, guardias y particulares en el año 370-980. Además estableció en él las oficinas del Estado, construyó almacenes para el grano y molinos; también concedió los terrenos colindantes a sus visires, catibes, generales y favoritos que no perdieron el tiempo, construyendo magníficas casas y palacios, y plantando jardines en la vecindad; las gentes de todos rangos y profesiones, deseosos de establecer sus moradas cerca de donde habitaba el que regulaba la vida del Estado, imitó su ejemplo y construyó a su alrededor de tal forma, que en muy poco los arrabales de Azzahrah se unían a los de Córdoba».

Algunos autores, como Dozy tomándolo de Abenhayán, y entre los locales R. Ramírez de Arellano, han pretendido localizar Medina Zahira en el oriente de Córdoba. Craso error, que no abona ningún hallazgo, que está en contra de todas las referencias, y de la concreta de Almacari que acabamos de citar, quien asegura que lo toma de Abenhayán.

Además, hace ya tiempo que Medina Zahira se viene ubicando al occidente de Córdoba, «no lejos de Azzahra», por el Cañito de Mari-Ruiz, como vagamente sospecho Velázquez (1) y nosotros aseveramos (2). Distinguidos arqueólogos que posteriormente vienen visitando tales lugares apoyan estas suposiciones, que ya confirman casi constantemente numerosos hallazgos de piezas arqueológicas, todas de tipo almanzoreño, por la Huerta Vailladares hasta dicho Cañito de Mari-Ruiz. Al hablar de los arrabales occidentales de la Córdoba califal también hablamos de este asunto, que hasta que las excavaciones lo diluciden totalmente, es por hoy la única hipótesis posible.

Las referencias literarias de Medina Az Zahira en los cronistas, son también tan escasas, que ni aún vale la pena aquí re-

(1) En su repetida obra *Medina Azzahra y Almiria*, Madrid, 1912.

(2) En nuestro también repetido trabajo *Medina Zahira. Una Córdoba desaparecida*, etc.

cordarlas, contrastando con la abundancia de datos que se guardan de Medina Azzahra.

Alamiria. «Se hicieron las bodas (del hijo de Almanzor llamado Abdelmélic, con Habiba) en los hermosos jardines de la Almunia llamada Alamería, contiguos a los alcázares de la Zahriya, Almunia que regaló el rey Hixem a su hágib Almanzor cuando le pidió licencia para celebrar en ella estas bodas» (1). La almunia de los Amiríes está dos kilómetros más aliá de Azzahra, y fué excavada en parte por don Ricardo Velázquez (2). Los cronistas la describen con extensión, como uno de los lugares de apartamiento de Almanzor, donde tenía su yeguada y fábrica de armas. Se conserva la espléndida alberca, de original construcción, en la que se hacían juegos náuticos. El actual propietario de la finca, Conde de Artaza, ha destruido parte de estas ruínas, y reconstruído algo de su recinto, habiendo hallado en tales obras una magnífica pila ornamentada (3). Almanzor tuvo también otra almunia cerca de la Rusafa, acaso en su primera carrera política.

Dar An-naora. Abderramán III, dice Abenjaldún, trajo los mejores arquitectos y albañiles de su tiempo, incluso de Bagdad y Constantinopla, y comenzó a construir sus villas y hermosas residencias de recreo. Una de ellas era la de Munia En-naurah, situada por fuera y no muy lejos de sus palacios. Hizo venir de muy gran distancia el agua de la montaña. Almaccari refiere a este palacio la gran conducción de agua hecha por Abderramán III, con el gran león dorado que arrojaba el agua por su boca, y cuyos sobrantes vertían al Guadalquivir. Ya hemos expuesto (4) nuestra opinión acerca de esta conducción, en virtud de cuyo razonamiento localizamos este palacio, señalado al oeste de Córdoba, en la Huerta del Rey. También en Toledo, un Dar-Annaora que existía, se llamó a la reconquista Huerta del Rey. En este Palacio de la Noria se hospedaron algunos de los prin-

(1) V. el detallado relato del acontecimiento, en *Conde*, pág. 128.

(2) *Medina Azzahra y Alamiriya*, Madrid, 1912, editado por la Junta de Ampliación de Estudios, con hermosos grabados.

(3) *Las ruinas de Alamiria*, en *Anales de la Comisión de Monumentos de Córdoba*, 1926, pag. 17, por Samuel de los Santos.

(4) V. pag. 317.

cipes y embajadores que vinieron a Córdoba, entre ellos el rey de Galicia Ordoño IV.

Cuando el califa Annasir, cuenta Abenjaldún, adquirió su extraordinario poder, se dedicó a las construcciones grandiosas. Su antecesor el Emir Mohámed, el padre de este Abderrahmán el Medio, y Alhakan abuelo de aquél, habían ya construido palacios grandiosos (1), entre los cuales figuraban el *Zahir* (el Florido) (2), el *Sahur*, el *Kámil* (el Perfecto), el *Munif*. Abderrahmán III hizo construir al lado del *Zahir*, un gran palacio llamado *Dar Urrobah*, para el que hizo venir las aguas de la montaña.

Ben Zeidún cita entre los palacios de los Omeyas, además de la Rusafa y de Az Zahra, otros dos: «Sjark-ul-Ikab (Xarc al-ocab) donde reposaban en días tempestuosos viendo los relámpagos que atravesaban las nubes; *Mahbes Nasihin* donde cerraban los oídos a los anuncios amenazadores de la desgracia...» (3).

Por su parte, Almacari (4) hace la siguiente relación: Entre los alcázares famosos y entre sus jardines, figuraban el conocido por el *Kámil* o el Perfecto, el *Mochaddad* o el Matizado, el *Casar-al-hair* o alcázar del huerto, el de la *Ráuda* o del Verjel, el de *Zahir* o el Florido, el de *Al-maxuc* o del Enamorado, el de *Al-mobárik* o de la Felicidad, el de *Ar-raxic* o el Magnífico, el *César Assorur* o Alcázar de los Placeres, el de *At-tach* o de la Corona, y finalmente el de *Al-Badie* o de los Prodigios.

También se mencionan: el *César Damaxco*, o Alcázar de Damasco (5); el Alcázar llamado del *Bostan* o del huerto, junto a la puerta de Ixbiia (6); el *Castillo persa*, testigo de los amores de Abenzeidún y de Gualada; el de *Prado florido*, el del *Valle*, donde pasaban sus mejores horas Almotamid y la graciosa Ro-

(1) Amador de los Rios, en su relación de algunos de estos palacios, supone que estaban todos dentro del Alcázar grande o Almedina, error que está patente en otros cronistas, y en la clásica tradición de los señores árabes de construir sus palacios en el campo.

(2) Enunciamos la hipótesis de que este palacio pudiera estar situado al Este de Córdoba, de donde algunos cronistas hubieran suscitado la confusión con la situación de Medina Zahira.

(3) *Schaak*, trad. Valera, III, 83.

(4) *Analectes*, I, 302 y 303.

(5) Dozy, tomándolo de Benhacán, en *Scriptorum loci de Abbadidis*, I, página 29, nota 95.

(6) Simonet, *Almanzor*, leyenda, pág. 195.

maifúfa; y el *Castillo de Abuyahía*, hijo de Yacub, hijo de Abdelmúmen, que estaba fuera de la ciudad, con arcos sobre el río, porque este emir no quería tener íntimo trato con los cordobeses, y que debía ser un interesante palacio almohade. Estos últimos los menciona Almacari en diversos pasajes de sus Analectas. La *Almunia de Zubair*, era de la época almoravide (1).

Las *almunias* pertenecientes a personajes principales son citadas algunas veces, y debían ser muy numerosas, tanto cuanto hoy son las huertas de recreo de la Sierra, que constituyen verdaderos vergeles. Las *almunias de Abdallah* y de *Almoguira*, daban nombre a dos arrabales del Oriente de Córdoba, que nosotros pensamos si podrían referirse a hermosos huertos que aún subsisten en el interior de la Ajerquía, como por ejemplo, el huerto de San Agustín y el huerto de San Pablo, si es que la mudanza de los tiempos ha permitido que lleguen a nuestros días. La *almunia Al-moshafia*, del primer ministro Cháfar el Moshafí, estaba cerca de la Rusafa. Una *almunia de Násar* se menciona en la batalla de Secunda (2), y parece que habría de estar cerca de la *almunia de Elhabib*, según el relato de Aljoxaní (3): «El juez mismo, personalmente, montado en una caballería, fué a derrumbar la cerca de la almunia de Elhabib, para tomar un trozo de terreno de esa almunia y dos hileras de árboles, con el fin de ensanchar la carretera, según el juez creía que debía hacerse, por constar inscrito ese derecho en la curia». Simonet (4) cita la *almunia del generalísimo Gáleb-Annaseri* a la parte Sudoeste de Córdoba, saliendo por Bab Ixbilia, en la orilla derecha del gran río. El palacio del príncipe Mohamed, hijo de Abderráhman II, que después fué Emir coronado, estaba en la margen izquierda del río, según el conocidísimo relato de la muerte de su padre y la conspiración de los eunucos para ofrecerle el trono (5).

(1) *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, Schoak, trad. Valera, III, 75.

(2) V. pág. 290.

(3) Trad. Ribera, páginas 234 y 235.

(4) *Almanzor*, leyenda, pág. 7.

(5) Dozy, edic. Calpe, II, 142 y sgts. Según éste, para llegar a la Puerta del Puente, desde el Alcázar califal, «había que atravesar la casa de Abdala»; pero en el relato de Benalcutia—trad. Ribera, pág. 64 y sgts., que lo da muy detallado—parece que sólo se pasaba ante la puerta de este palacio.

La huerta de Maimón (Chenn-al-Maimón), conserva aún este nombre, al Sudoeste de Córdoba. Maimón era el abuelo de los Beni Házam, los porteros de Palacio (1), que según Asín (2), es otra familia distinta del filósofo cordobés, pero acaso más noble y conocida en Córdoba.

Son numerosos los lugares en los alrededores de Córdoba que aparecen con fuertes construcciones musulmanas de tiempos omeyas, y que, por estar enclavados en hermosos predios, generalmente con bellos jardines o huertos y viejas conducciones de aguas, se pueden considerar como asiento de los magníficos alcázares, cuya enumeración hemos citado, pero en los que no cabe identificación, salvo investigaciones o más bien hallazgos casuales.

De estos lugares existen al Occidente: el *Castillo de la Albaida*, hermosa finca de recreo que lleva este nombre, a cinco kilómetros al Noroeste de Córdoba.

Ruinas de Alcázar, en la casilla de peones camineros del kilómetro 4 de la carretera de la Albaida, antes por consiguiente de llegar al dicho Castillo, que forman un altozano sembrado de sillares, trozos de mármoles y estucos rojos y piedras labradas como las de Medina Azzahra. Se nos ha dicho que cuando se abrió esta nueva carretera, hará acaso unos cincuenta años, se hallaron en este lugar unas columnas que el duque de Hornachuelos llevó al antedicho Castillo, donde las conservan. Parece, sobre el terreno, que el recinto de este Alcázar debió ser de figura rectangular, acaso cerrado con fuerte muro de sillería. Un trozo del camino con artístico empedrado que mencionábamos en Turruñuelos, comunicaba este Alcázar con la caizada de Rusafa a Medina Azzahra.

Ruinas de Alcázar, en terrenos tras el cortijillo de Lubián, de donde se han extraído sillares de módulo musulmán.

Ruinas de Alcázar, en la Huerta Artillera, que fué del Seminario de San Pelagio, algo al Noroeste de la actual casa, e inmediato al ferrocarril de Málaga, también con sillares, estucos, etcétera. Hace poco se sacó una sortija de oro de un pozo cegado inmediato al mismo, que conservaba su dueño.

Ruinas de Alcázar, en la huerta llamada Cañito de Mari-Ruiz, supuesto emplazamiento de Medina Zahira o aledaños (3).

(1) Benalcotia, trad. Ribera, pág. 30.

(2) *Abenházam de Córdoba*, por Miguel Asín, Madrid, 1927, I, 25.

(3) V. mi repetido trabajo «Una Córdoba desaparecida...»

Ruinas de Alcázar, en el cortijo del Higuerón.

Ruinas de Alcázar, en el cortijo de La Barquera, con restos de grandes albercas, sillares, etc.

Ruinas de Alcázar, por cima de la Huerta Valladares, con sillares pequeños de tipo almanzoreño, piedra labrada, basas de columnas, trozos de inscripción cúfica, etc.

Ruinas de Alcázar, en el cortijo llamado Villarrubia. ¿Ausinianos? de los mozárabes.

Al Este de Córdoba, también en la vega, y pasado el puente de Alcolea, *ruinas de Alcázar*, en el cortijo del Chanciller. Y otros muchos, cuya simple enumeración sería enojosa.

IX.—Iglesias y conventos cristianos

Quedaría incompleto este trabajo, si no recordáramos la localización de las numerosas iglesias y monasterios mozárabes que existían en la Córdoba del califato, y cuya principal enumeración, aparte los escritos de San Eulogio y otros mártires del siglo IX, está en el Santoral de Recemundo, que repetidamente venimos citando.

Como ojeada de conjunto conviene recordar que, a los cristianos de Córdoba se les permitió, como a los del resto de la España musulmana, el uso público de su religión, con procesiones, toque de campanas, entierros con cruz alzada, etc. (1), y organización eclesiástica, teniendo a su cabeza un Obispo (almirán), cuyo estado de cosas, con diversas vicisitudes, duró hasta la época de los almohades (siglo XII), que prohiben con plena intransigencia la profesión de religión distinta a la mahometana, lo cual motiva la conversión o el exilio de hebreos y cristianos. En plena época califal, el florecimiento de los cristianos es notorio.

Iglesia de San Acisclo. La basílica dedicada a este mártir y patrono de Córdoba, ha sido objeto de las más largas discusiones (2), suponiendo unos que estuviera a la parte occidental de Córdoba, frente a la Puerta de Sevilla, como quiere el Ajbar

(1) Dozy, II, cap. VI.

(2) *Consideraciones históricas acerca de las antiguas Basílicas de San Vicente y de San Acisclo, antes de la erección de la Mezquita Aljama de Córdoba*, por Rafael Romero Barros, *Revista de España*, 1888, p. 16, núm. 471.

Machmua y otros inúmeros datos obtenidos de los mismos mozárabes, y sosteniendo otros que siempre estuvo en el Convento de los Mártires, en el ángulo sudeste de la Ajerquía, donde ha perdurado muchos siglos este monasterio, hasta que en la exclaustación del siglo pasado fué destruido, dejando como vestigio del mismo una Ermita del mismo nombre, en la cual se ha recogido este año el interesante sarcófago que algunos suponen fuera el mismo sepulcro del Santo cordobés. Otros suponen que pudo haber dos iglesias bajo la misma advocación de San Acisclo, pero los que así han razonado hasta hoy, han tenido la desdichada ocurrencia de considerar la Ermita de los Santos Patronos Acisclo y Victoria, fundada junto a la Puerta de Colodro, como una de ellas, habiendo sido fundada hacia la mitad del siglo xiv. También carecen de exacto fundamento las razones expuestas por Saavedra (1), ya que la iglesia de los Pergamineros no pudo estar nunca junto a la Puerta de los Drogueros. He aquí los hechos, prescindiendo de la copiosísima bibliografía que ya hay sobre el tema.

Dice Recemundo: «18 de noviembre. Fiesta de Acisclo... La sepultura de él está en la Iglesia de los Prisioneros (también Iglesia de los Quemados o Canisat Alasra de los musulmanes) y por él es denominada la iglesia. Y la fiesta de él está en la Iglesia de los Pergamineros en Córdoba (2) y en el monasterio Armilat». De la claaidad de este texto, conforme con todas las descripciones, no cabe dudar. San Acisclo era exactamente la iglesia situada frente a la Puerta de Sevilla (3), y tenía la dedicación del Santo, aunque su fiesta se hiciera en otros lugares, como la Iglesia de los Pergamineros, evidentemente el Convento de los Mártires, en el barrio de las Tenerías o Curtidores, y en el monasterio Armilatense.

(1) *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*, p. 85, nota.

(2) El error principal viene de haber traducido Simonet y otros «rabîh ar-racâquim», como «Arrabai de los Pergamineros», cosa fuera de sentido, seguida por Saavedra y otros, ya que la verdadera traducción es «de los Panaaderos», como vimos oportunamente.

(3) En *Cudía Abí Abda*, como parece que se llamaba la colina o terraza a cuyo pie está el actual cementerio de la Salud, lugar de aquella iglesia. Dozy, II, 251; Romero de Torres, Enrique. *Nuevas antigüedades romanas y visigóticas*, B. A. Hist., 1909, t. 55, pág. 487, en cuyo trabajo da cuenta del hallazgo de sepulcros visigodos, acaso del cementerio de dicha basilica.

Ahora bien, si esto era así en el tiempo de la conquista, y aún duraba tal estado de cosas en el siglo X, posteriormente, y en fecha imprecisa, se puede deducir que habiendo sido destruída la Iglesia de San Acisclo o de los Prisioneros (1), el sepulcro del Santo se trasladó a la Iglesia de los Pergamineros, si dicho sepulcro es el sarcófago del mismo, como se viene sosteniendo. Esto pudo ser: cuando Almanzor amuralla los arrabales occidentales de Córdoba; cuando los almohades declaran su intransigencia; cuando, después de la reconquista, la Ermita es donada en 1297 a los monjes del Cister, y reedifican la iglesia de los Pergamineros, con el nombre de Convento de los Mártires o de San Acisclo.

Iglesia de los Tres Santos. Los tres santos, Fausto, Genaro y Marcial, según Recemundo tenían su sepultura en el barrio de la Torre (in vico turris), y su fiesta en la basilica de Santis Tribus, a ellos dedicada. Todos los autores, como Ambrosio de Morales, Gómez Bravo, Sánchez de Fera, los Ramírez de Arellano, están contestes en que dicha iglesia estaba donde actualmente la de San Pedro, y que hacía el oficio de *Catedral de los mozárabes* señalando una gran casa que hay frente a la puerta principal de la iglesia, como residencia del Obispo mozárabe de Córdoba (2). En San Pedro se encontró en 1575 el famoso cipo leído por Ambrosio de Morales que hace suponer que allí se reunieron los restos de los más gloriosos mártires de la Córdoba cristiana, con motivo de alguna persecución o destierro.

Iglesia de San Zoilo. También están contestes los autores locales y mozarabistas en señalar la actual parroquia de San Andrés, como basilica mozárabe de San Zoilo, iglesia del vico tiraceorum o de los bordadores de tiraces (3). Era de las más importantes de su tiempo, tenía congregación de sacerdotes ad-

(1) En la nota de Dozy, recién comentada, se dice, tomando del Tariq-beu-Habib: «la colina de Abi Abda, donde en otro tiempo se alzaba la iglesia...», referencia de fines del siglo IX, que no sabemos valorar justamente. puesto que Recemundo cita la iglesia un siglo después.

(2) V. también, Simonet, *Historia de los mozárabes*, pag. 327.

(3) V. además de todos los mencionados, *San Eulogio de Córdoba*, por Fr. Justo Pérez de Urbel, edit. Voluntad, Madrid, 1928.

junta, donde estudiaron San Eulogio y el Abad Sansom, y de ella parece que se conservaba una lápida mozárabe que vió Ambrosio de Morales en la actual iglesia, y estaba fechada en 927.

Iglesia de San Cipriano. Iglesia y monasterio muy citados por Recemundo, que parece poder identificarse con el convento que a la reconquista llamó San Fernando de Santa María de las Huertas, y más adelante se llamó de Nuestra Señora de la Victoria, en el campo y jardines de este nombre. Los autores locales describen una capilla que conservaba esta iglesia, al parecer con todos los caracteres de antigüedad mozárabe, y que se estima como restos de aquella basílica. Aquí se acogieron las religiosas del Tabanense, cuando este monasterio fué destruído, y en ella señala fiestas de mártires cordobeses el Santoral de Recemundo en repetidas fechas, señalando el emplazamiento de la iglesia en Córdoba, puesto que estaba frente a la puerta de Cu-teclara, a menos de cien varas de la muralla.

Iglesia de San Gínés. En el barrio de Tercios, en la Campiña, donde se recogió el cuerpo de San Pelagio, mencionada por Recemundo y Raguel.

Iglesia de San Martín. En el mismo barrio de Tercios existía otra iglesia dedicada a San Martín, visitada por el Monje Juan de Gorz, Embajador de Otón en Córdoba, mencionada por él y por Recemundo.

Iglesia de Santa María. Por la descripción de Almaccari, al hablar de iglesias cristianas en Córdoba, había una de este título, que no menciona Florez, ni identifica Gayangos, pero que Gómez Brabo cree es la que se conserva en la ermita de Nuestra Señora del Socorro, en la Plaza Mayor de la Corredera.

Iglesia de San Sebastián, citada por San Eulogio cerca de Córdoba, a la que no sabemos si se podrá referir el hallazgo de la campana del Abad Sansón, donada en 955 a dicha iglesia, ya que la misma fué hallada en el siglo XVI en el campo de Espiel, a 10 millas de Córdoba.

Iglesia de los Santos Cosme y Damián, citada como la anterior por San Eulogio, cerca de Córdoba (1), en el barrio llamado *Colubris* (¿la Fuensanta?).

(1) Gómez Brabo, *Catálogo de los Obispos de Córdoba*, 1778. t. I, pág. 144.

Monasterio de San Cristóbal. En aquel tiempo, al otro lado del río, en Almunia Achab o Huerta de la Maravilla. Sánchez de Feria, después de larga disertación, cree que las ruinas de su iglesia están hoy en el mismo cauce del río, tapadas por las aguas (1).

Monasterio de Santa Eulalia de Barcelona. En la llanura (Assahla), y muy cerca de Córdoba, como dice San Eulogio. Este Monasterio estuvo donde hoy el Convento de la Merced, en la salida de la Puerta de Osario (de los Judíos), en el cual se han hecho descubrimientos arqueológicos de interés en otras épocas, reseñados en los *Paseos por Córdoba*, y en viejos papeles que guarda la Comisión de Monumentos de Córdoba. A la Reconquista, que debía conservarse memoria de este Monasterio, San Fernando fundó un convento bajo la advocación de Santa Eulalia, con monjes de Barcelona, sobre las ruinas de la Santa Eulalia mozárabe (2), de la misma apelación.

Monasterio de Santa Eulalia de Mérida. En la villa Carellas (Berillas, Kerilas, Frageilas, según San Eulogio), cerca de Córdoba, según Recenundo, se levantaba este Monasterio. Indudablemente a él pertenecen las lápidas halladas en 1897 en la casilla de la Gallega (3), una de ellas perteneciente a la fundadora y abadesa Ikilio, año 936 (4), y las otras dos de Justa, año 948, y Rufina, año 977 (5).

Monasterio de Santa Maria de Cuteclara. El poblado de Cuteclara (6) tenía un monasterio dedicado a Santa Maria, muy citado por los mozárabes. Por los lugares ya mencionados se conserva la tradición del mismo, y aún se dice que por la llamada Cañada de la Confiesa, por cima de la Casilla del Aire, al pago de la Albaida, están las ruinas, que nosotros no hemos hallado todavía, contando los campesinos del lugar consejas tradicionales

(1) Sánchez de Feria, *Palestra Sagrada*, II, 83.

(2) Sánchez de Feria, *Palestra Sagrada*, III, 80; IV, 566.

(3) V. pag. 294. 300.

(4) F Fita, *Nuevas inscripciones: Alcaracejos, Adamuz, y Córdoba*, B. A. Hist., 1914, t. 65, p. 557.

(5) Francisco Naval, *Lápidas mozárabes de Córdoba*. B. A. Hist., 1914, t. 65, p. 466.

(6) V. pag. 274.

de vasos de oro enterrados, procedentes de la vieja basílica. Las identificaciones pretendidas en otros tiempos, de que Cateclara estuviese en Córdoba la Vieja (1) o en el sitio de Nuestra Señora de las Huertas (Convento de la Victoria, antiguo San Cipriano), son erróneas.

Monasterio de Peñamelaria. Dedicado a San Salvador, también de larga y piadosa memoria, en la hoy llamada Huerta de las Ventanas, y al pie de la ingente peña, que se divide desde larga distancia, en la que todavía siguen enjambradas las abejas y conserva el nombre de «Peñamelaria». Aunque algunos autores del siglo XVIII pretenden haber visto restos arqueológicos de este monasterio, en nuestras visitas a dicho lugar no hemos recogido nada, salvo vestigios de tejas y cascote al pie de la peña (2).

Monasterio de San Félix Froniano. De abundante mención mozarábiga, este otro monasterio estaba situado en la Sierra de Córdoba, al Occidente y a doce millas de distancia. Se identifica por los autores, con un lugar llamado Los Argamasones, cerca del río Guadiato, en el que hay vestigios de poblado y tradición monacal (3). Recemundo lo coloca «in villa Jenissen in monte Corduba». Por situarlo San Eulogio en «oppidum» (fortificación) Froniano, y Recemundo en «villa» (poblado), y tenida cuenta, además, de su distancia, acaso se podría identificar Froniano con la misma actual aldea de Trassierra, muy poblada en otros tiempos, y con castiello; y dentro de ella estaría el convento. Las señales de Villalobillos, de que hablan algunos autores, se podrían identificar con Goliar, «pobiado al Norte de Aimodóvar, en las montañas de esa región» (4); y en cuanto a los vestigios de Valdelashuertas y ruinas de ermita en el Cerro del Trigo, en la confluencia del Guadiato y Guadiatillo, no creemos se deban identificar con este monasterio, aunque sean señales de vida eremítica.

(1) Sánchez de Feria, *Palestra Sagrada*, II, 58 y siguientes.

(2) Sánchez de Feria, III, 118; «Notizia de los Monasterios de la Sierra de Córdoba...», por don Francisco Baquera de Torquemada, BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, año 1926, t. V., p. 627.

(3) Simonet, 333; Sánchez de Feria, II, 77; Baquera de Torquemada, BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, V, 632; Marqués de las Escalónias, «Fundaciones monásticas en la Sierra de Córdoba», 13.

(4) Aljoxani, tra.j. Ribera, pag. 56.

Monasterio de San Justo y Pastor, Leyulense. Se venía considerando que pudo estar en el sitio llamado Alfayata, media legua de Villaviciosa, donde se halló una lápida mozárabe dedicada a Cisclo, año 967, y hoy se conserva en el Museo Arqueológico de Córdoba, por los tiempos de Ambrosio de Morales (1). Acaso proceda del mismo lugar un trozo de lápida que guarda también el Museo Arqueológico de Córdoba, recogida cerca de Villaviciosa, y en la que se lee: «presbítero» y «era 1018» (año 970).

Parece que hoy se puede mejor localizar este monasterio, en el hallado cerca de Espiel, término de Alcaracejos, en el cerro del Germe, por los años 1908, de que da cuenta el propietario (2) y estudia detalladamente el P. Fita (3), describiendo ruínas y lápida de un templete a Júpiter, sobre cuyas ruínas se construiría este monasterio dúplice, del cual se recogieron sepulcros, joyas y lápidas, entre restos de incendio y ruínas. Las lápidas visigodas están dedicadas: Asper, año 592; Ugnericus, año 615; Eustadia, año 649; Columba, nota, sin año; otra monumental de dedicación, acaso la del batisterio, y otro fragmento final de un dístico.

Monasterio Tabanense. Ya referimos las exploraciones (4) hechas para encontrar este monasterio y poblado, que debió estar en la dehesa de Los Villares, en cuya casa misma, y delante de su puerta, se hallan huesos y esqueletos, o bien en la de La Alcaldía (5).

Monasterio de San Martín de Rojana. Se coloca por los autores en el lugar llamado del Algaravejo, a tres leguas de Córdoba, pago del Monedero, donde se halló el año 1729 una lápida del Obispo de Ecija Martín, que había sido monje en aquel monasterio, muerto el año 931, y hay vestigios arqueológicos (6). Por estos lugares se halló en un pozo una Virgen del Pilar, hoy en Córdoba, que motivó la construcción de una ermita.

(1) Recemundo, 6 Agosto; Simonet, 333; Sánchez de Feria, II, 437; Baquera de Torquemada, 629; Marqués de las Escalonias, 14.

(2) B. A. Hist., 1914, t. 65, pág. 473.

(3) B. A. Hist., 1914, t. 65, pág. 557.

(4) Véase pág. 299.

(5) Simonet, 335; Sánchez de Feria, II, 21; Baquera de Torquemada, 631; Escalonias, 15.

(6) Simonet, 333; Sánchez de Feria, II, 423; Baquera de Torquemada, 633; Escalonias, 17.

Monasterio de San Zoilo Armilatense. Citado por Recemundo el 18 de Noviembre, y señalado por San Eulogio a treinta millas de Córdoba, orilla del Guadalquivir, a la falda de espeso collado. Es muy citado también por los cronistas musulmanes, ya que frente a este monasterio, que llamaban *Dar Xaux* (casa de Zoilo), hacían la primera jornada desde Córdoba los ejércitos que marchaban a Toledo, en una mansión llamada *Mancil Haní*, donde murió Almudáfar y fué asesinado Sanchuelo. Nosotros hemos recorrido detenidamente todos esos lugares, y en la Huerta Minguante, y más arriba en el sitio llamado Los Conventillos, finca del Retamalejo, se hallan escasas señales de haber habido edificios en época califal. En este último lugar se halló una hermosa lápida mozárabe del presbítero y abad Daniel, año 930 (1). También parece que por la misma fecha se halló otra lápida por los mismos lugares, que acaso sea la reseñada por el P. Fita, perteneciente al presbítero Félix, año 638 (2). Otro trozo de lápida mozárabe guarda el propietario de la misma huerta, que estaba tapando el caño del viejo manantial que la surte.

Otros Monasterios muzárabes. Además de los descritos, se citan otros monasterios, que no se sabe si identificar con alguno de los anteriores, ya que no se hace localización alguna de ellos por los distintos autores. Son los siguientes:

Monasterium Jelinas, llamado también *monasterium Album*, en la sierra de Córdoba, citado por Recemundo el 7 de Enero. Simonet pretende identificarlo con el de San Félix Froniano.

Monasterio Gerisset, en el lugar llamado Keburiene, citado por Recemundo el 1 de Mayo, fiesta de San Torcuato y compañeros.

Monasterio Catinas, citado por el mismo el 3 de Mayo, fiesta de la Cruz. Simonet sospecha si será Jelinas o Candis.

Monasterio Lanitus, el 17 de Junio, según Recemundo.

Montaña de San Pablo en Córdoba, festividad de San Ciriaco y Santa Paula, el 18 de Junio.

Monasterio Nubiras, en la fiesta de San Pedro y San Pablo. Simonet sospecha que fuera el del barrio Coiubris, citado por San Eulogio.

(1) F. Fita. *Alcaracejos, Adamuz y Córdoba. Nuevas inscripciones.* «Boletín Academia Historia», 1914, t. 65, pag. 557.

(2) «B. A. Hist.», 1914, t. 65, 470.

Monasterio Auliati, festividad de Justa y Rufina, el 17 de Julio. Simonet sospecha que fuera Aulia, en la Campiña.

Monasterio Anubrarís, fiesta de Sixto, Lorenzo e Hipólito, el 10 de Agosto. Simonet sospecha si podría identificarse también con Colubris, donde estaba la Basílica de los Santos Cosme y Damián.

Candis, «in villa Cassas Albas prope villam Berillas», según Recemundo, era sitio donde se celebraba el día de San Saturnino el 29 de Noviembre. También el día de Santa Columba, el 31 de Diciembre, se celebraba «in casi Albis prope Kerilas in monte Corduba», que evidentemente es el mismo. Este vico estaba, pues, por cima de Fragellas, Kerilas, Careilas, Berillas, esto es, hacia el Norte, por donde hoy numerosas casas de la Sierra (¿Huerta Celina, monasterio Jelinas?), o hacia Occidente, por el Norte del actual barrio de las Margaritas, por donde se hallara una lápida mozárabe, de que da cuenta Romero Barros, en 1892, desapareciendo del Museo Arqueológico de Córdoba posteriormente (1).

Aparte de las reseñadas, en el Museo de Córdoba se conserva otra lápida mozárabe mutilada, de procedencia ignorada, del presbítero Martín.

RAFAEL CASTEJÓN.

Acompañan a este trabajo tres planos:

Uno de los alrededores de Córdoba, con aproximada mención de los lugares más importantes que se mencionan en el texto del artículo, con nombres musulmanes, o ya con nombres actuales, según el caso. Para relacionar lugares, se han indicado los arroyos principales. Las casas están tomadas de publicaciones actuales, para dar idea de la densidad de población, según los lugares. Los caminos son generalmente los antiguos, habiéndose tratado de evitar las nuevas carreteras de reciente trazado.

(1) *Lápida del siglo x, recién hallada en Córdoba*, «B. A. Hist.», año 1892, t. XX, pág. 205.

Otro plano es el de la ciudad. Se ha tomado como base para trazarlo el plano llamado de los franceses, de 1811, ya que carece de las modernas urbanizaciones que tanto han transfigurado la ciudad, así como también hemos evitado las urbanizaciones de que tenemos noticia, como por ejemplo, la apertura de la calle Paraiso o Duque de Hornachuelos en el siglo xvi. La Almedina ha sido trazada según su recinto, fácilmente reconocible, salvo el torreado de sus muros, que no se ajusta a escala, y por ende resulta arbitrario. En cuanto a la Ajerquía, faltos de otros datos, sólo hemos suprimido de ella una zona arbitraria cercana a la muralla de la Almedina, y un espacio mayor por el lugar que luego ocupó la Plaza de la Corredera o de la Constitución, ya que éste siempre parece que haya sido emplazamiento de un anchuroso espacio, acaso heredero del Circo romano. Hemos dejado subsistente el resto, a sabiendas de que no responde acaso al trazado que tuviera la ciudad califal, y en espera de nuevas identificaciones y rectificaciones. Entretanto creemos haber prestado un buen servicio a los arabistas que estudian el isíam occidental, que hasta ahora carecían de guía para orientarse en las laberínticas descripciones de la Córdoba de los Califas.

Por último, el plano de Medina Az-Zahra, tomando como base el hecho por el Arquitecto don Félix Hernández en 1924 (1), es también un avance problemático, para orientación general, que seguramente habrá de ser rectificado ampliamente. Hemos dibujado el recinto general, doble, con su torreado, aunque sólo está excavada una pequeña parte del mismo al Norte, de muralla sencilla. En el interior hemos señalado ligeramente las zonas excavadas, y el resto sin excavar con punteado, haciendo las atribuciones con arreglo a la descripción de Almacari y relatos de recepción de embajadas y sucesos importantes. Algunas denominaciones, como «serrallo» para indicar la parte más escondida y abrupta, seguramente de viviendas de mujeres; y «cuarteles» donde habría no sólo éstos, sino también casas de personajes civiles, son arbitrarias, y las damos sólo para orientación general. En el resto pretendemos haber seguido cierta escrupulosidad docu-

(1) *Memoria oficial de las Excavaciones de Medina Az-Zahra. 1923-24*, con reproducción de dicho plano; noticia del mismo en nuestro trabajo *El plano de Medina Az-Zahra*, en BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, Enero-Marzo de 1925.

mental, que, aunque no conceda a nuestro trabajo el rigor de un cientifismo depurado, será más útil que otras muchas descripciones hechas de la que fué encantadora ciudad califal, aún más fantásticas que la nuestra, como hechas por quienes no conocieron el terreno, único valor que puede tener este intento de orientación reconstructiva.

§

BOLETIN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

- - - - DE CORDOBA - - - -



Año XV

Octubre-Diciembre 1944

Núm. 51



1 9 4 5

Tipografía Artística. - San Alvaro, 17

C O R D O B A

La portada de Mohamed I (Puerta de San Esteban) en la gran Mezquita de Córdoba

por RAFAEL CASTEJON Y MARTINEZ DE ARIZALA
Académico de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando
Comisario-Director de las Excavaciones de Medina Az-zahra.
Córdoba.

El gran erudito de Córdoba del pasado siglo, Ramírez de las Casas Deza (1) decía en 1867: «la decoración de estas puertas (se refiere a las portadas exteriores de la Mezquita) es trabajo tan sólido como delicado, porque expuesta a las injurias del tiempo por tantos siglos, no ha experimentado alteración alguna; pero la mano de los hombres la ha destruído en diversas puertas; y aún en el lado de oriente, que es el mejor conservado, faltan ya algunos ajimeces, arabescos y celosías, y *en el de occidente apenas quedan señales de ella*, pues sus puertas *se han reedificado bárbaramente* en tiempos modernos y cada una de diverso gusto y manera».

Hemos subrayado por nuestra cuenta dos frases que, con relación a la Mezquita de Córdoba, olvidan muchos de los sabios que la estudian, dando filiaciones y atribuciones precipitadas o incorrectas. Si en el interior, a resguardo de intemperies y otras injurias, tantos detalles han sido reformados en el transcurso de los tiempos, lógicamente se deducen las trasformaciones exteriores, especialmente en las fachadas occidentales, no solo las más antiguas, sino las expuestas directamente a los temporales invernales, en Córdoba muy prolongados a veces, que siempre azotan en esta dirección.

A las dos causas anteriores de destrucción se une además la mala calidad de la piedra utilizada. Las canteras de piedra caliza inmediatas a Córdoba, de donde se vienen extrayendo desde su fundación por los romanos hasta nuestros días la piedra de construcción corriente, son de una caliza miocena muy sabulosa o arenosa y además muy rica en fósiles, por cuyas ambas razones apenas les alcanza la humedad, los sillares de tal naturaleza son pasto de microorganismos que correen y destruyen la fábrica que con ellos se componga.

En Medina Az-Zahra, los muros construidos de sillares a soga y tizón, con anchura aproximada de un metro y más, al cabo de algunos años de expuestos a la intemperie, sufriendo la acción dicha, se deshacen los sillares de que están fabricados, y se desmoronan los muros, dejando residuos terrizos.

En la Mezquita se aprecia este efecto destructor hasta en los sillares colocados en las restauraciones recientes.

Apeos hechos por el arquitecto restaurador don Ricardo Velázquez hace cuarenta o cincuenta años, sustituyendo sillares carcomidos por otros nuevos de iguales dimensiones aparecen hoy tan corroidos como si tuvieran centurias. Y otros colocados en fechas más recientes, hace veinte años, también están afectados por igual corrosión, que los hace aparecer falsamente vetustos.

En tiempos, al parecer, de los Reyes Católicos, para remediar este grave defecto de la caliza cordobesa, se aparearon los muros del exterior de la Mezquita con una caliza de grano grueso y color sonrosado, muy consistentes, que no se corroe, y cuya presencia sirve para datar ciertas reparaciones, y además revela determinados datos relativos a las lonjas de la Mezquita-Catedral, de que hablaremos algún día.

Valga esta larga digresión, de una vez para siempre, para rebatir el argumento usado por algunos arqueólogos de que debiera ser imposible que en tantos o cuantos años fuera necesario restaurar fachadas exteriores de la Mezquita, en siglos pasados.

La portada de San Sebastián o de San Esteban, de la Mezquita de Córdoba, tan controvertida en estos últimos años, fué la principal en la primera construcción que levantó Abderramán I. Su principalidad se debía a que en dichos primeros tiempos era la única que se abría directamente al interior del templo musulmán, en el centro de su costado occidental, y, por tanto, por ella penetraba el Emir. Acaso a esto también se debe el guardapolvo o cornisamento que corona el conjunto de esta puerta, señal de puerta principesca, que solo se repite en la portada central de las tres que labró Alhaquem II en este mismo costado de occidente, correspondiente a su ampliación, acaso por iguales razones.

Esta portada debió tener otra simétrica en el costado oriental del templo, que fué demolida por Almanzor en la ampliación oriental de la Mezquita, algunos de cuyos restos han sido recogidos en las ex-

ploraciones de hacia 1929, y hoy aparecen colocados museísticamente en el interior de la Mezquita. Sobre ellos volveremos más adelante.

La portada de San Esteban, por esta situación principal, debió gozar de gran importancia en los tiempos musulmanes, y también en los cristianos, por cuanto su acceso fué respetado, y al parecer siempre



Puerta central de la fachada de Mohamed I (portada de San Esteban o San Sebastián) hacia 1890. Se nota el enclave moderno de una recomposición que afecta todo el recuadro del arco central.

quedó libre de adosamiento de capillas interiores que la hubieran invalidado, como sucede con otras puertas.

Debido a la mala calidad de los sillares que la componen, y debido también a su misma antigüedad, junto con el deseo, vivamente sentido en los siglos XVII y XVIII de tapar la decoración musulmana,

por poco avenida con la consagración católica del edificio, el total conjunto decorativo de esta portada, que ocupaba casi todo el lienzo entre los machones laterales, llegó a la generación pasada, como casi todas las demás portadas exteriores de la Mezquita, tapado y enlucido, a excepción del arco de herradura con su recuadro o arrabá. Es decir, que para tapar la decoración carcomida de los paños laterales y superiores, se taparon con ripiaje y medios ladrillos estos paños decorados, para poderlos encalar o enjalbegar concienzudamente año tras año, según clásica costumbre local, dejando solo a la vista el arco susodicho con su arrabá.

Es en las restauraciones de Don Ricardo Velázquez, a partir de 1890 y tantos, cuando se quita este grosero tapamento y se redescubren las labores laterales y superiores. Esta labor, hecha por Velázquez en todas las portadas exteriores de la Mezquita, que, por regla general habían quedado reducidas al arco de entrada, le permitieron estudiar sus elementos y hacer la restauración de varias de ellas, con notable acierto, eficazmente ayudado por el ilustre escultor cordobés Mateo Inurria.

Consciente de la gran importancia arqueológica de esta portada de San Esteban, acaso también porque los elementos que aparecieron al descubrirla eran discordes y no daban pauta segura para su restauración, Velázquez no se atrevió o no creyó oportuno intentarla. Es más, seguramente para no atacar la integridad de los restos que se descubrieran, en muchos trozos o porciones del conjunto, fué preciso dejar el ripiaje y ladrillos con que en otros tiempos se habían rellenado los sillares corroidos y decoraciones deshechas, los cuales aún aparecen en diversos sitios de este conjunto de fachada.

Pero Velázquez también puso sus manos restauradoras en esta puerta. En las fotografías que acompañan este trabajo, hay una anterior a la restauración de Velázquez, en la cual se ven las jambas apeadas con ladrillos. Velázquez restituye las jambas con sillares de caliza, en 1895. Por mejor decir, en una ausencia de Velázquez, su hombre de confianza y aima de las restauraciones artísticas, Mateo Inurria, hace la restauración, y cuando Velázquez viene de Madrid le riñe por su atrevimiento, pero la reforma queda hecha. Esta reforma, según nota que nos suministra el Conserje de la Mezquita don Rafael Aguilar López, consistió en lo siguiente:

«El 1.º de julio de 1895 se restaura parte de la portada árabe de la puerta de San Sebastián, haciéndole nuevas las dos pilastras o jambas hasta la línea de arranque del arco y arrabá. Se metió el

listel de ladrillo de la faja de inscripción árabe y parte de la misma. Se pusieron varios sillares en el lado izquierdo» (2).

Hemos dicho que «también» Velázquez puso sus manos en esta puerta, porque seguramente ha sido una de las más retocadas de la



Estado de la fachada de Mohamed I, hacia 1925, antes que fueran derruidas las lonjas.
Se advierte la restauración de las jambas hecha por Velázquez en 1895.

Mezquita en todos los tiempos, y a ella principalmente se debía referir Ramírez de las Casas Deza, en la cita con que iniciamos este trabajo.

Terrasse, en sus magníficas descripciones del arte califal, dice de

esta puerta (3): «En el muro oeste del oratorio se ven todavía restos de decoración esculpida. Aquí se abría, sin duda, la principal puerta lateral del oratorio primitivo. Apesar de reformas y restauraciones, se restituye sin dificultad la primitiva estructura...». Y añade en nota: «El arco de la puerta, sus dovelas y su recuadro, han sido restaurados en fecha reciente, en el estilo del Califato. Han sido colocadas celosías de mármol en discordancia sobre la decoración antigua».

El ojo de este buen arqueólogo ha visto claramente lo que irán, seguramente, detallando, con el tiempo, documentaciones que se aporten.

Don Enrique Romero de Torres ha encontrado en las actas capitulares de la Catedral, y pronto verá la luz su trabajo documentado, aún inédito, los datos de una restauración que se hace en la puerta de San Esteban en el siglo XVII.

En tiempos más recientes, hacia 1860, el Arquitecto municipal a la sazón don Rafael de Luque, restaura esta puerta. Por este tiempo estaba cubierto el conjunto de la fachada total entre pilares o machones, como antes hemos recordado, y solo estaba visible el arco central con su arrabá o recuadro, esto es con su alfiz. Por consiguiente, a esta parte central descubierta acaso debió limitarse la restauración de don Rafael de Luque (4).

A nuestro juicio, la restauración de don Rafael de Luque comprende la totalidad del arco de herradura con su alfiz o recuadro, metiendo además el necesario sillarejo cuadrado como fondo total de su restauración. Además, las tres dovelas horizontales del arranque, de dimensiones desusadas e inadecuada radiación, en ambos lados, son también postizas. El fondo del tímpano, las enjutas, y acaso también el vano exterior del recuadro, fueron enlucidos y se les pintó una simulación de sillarejo amarillento con finas rayas rojizas, que aún se advierte. Téngase en cuenta que han transcurrido unos 85 años de esta restauración.

En la moldura que recorre la archivolta, así como en la del alfiz, hay algunos trozos muy corroídos, en contraste con el resto. ¿Son restos primitivos que el restaurador respetó para mayor fidelidad?

Terrasse, al señalar el arco, dovelas y recuadro, como restaurados en fecha reciente, acertó totalmente. Gómez Moreno (5) al referirse a estas labores que suponemos restauradas, dice: «el arco es de herradura francamente acusado; en su dovelaje alternan ladrillo y piedras talladas con adornos bizantinos, pobres y muy esquemáticos...»

También en esta restauración de Luque, si no se hizo en otra anterior, y seguramente por el mal estado en que se hallaban las dovelas del dintel, se suplementaron estas con un dovelaje corto de remiendo, que se vé tanto por el exterior como por el interior, sobre



Estado actual de la portada de Mohamed I, después de quitadas las lonjas en 1928.

todo cuando se ha caído o le ha sido picado el enlucido con que seguramente fué tapada esta reforma.

Realmente, el más ignaro observador que contemple este lienzo de fachada, advierte en su composición, por lo menos, tres elementos totalmente diferentes: 1, el arco central con su recuadro, totalmente

restaurado en tiempos modernos, aunque sus líneas generales hayan sido respetadas, a juzgar por la inscripción árabe que conserva; 2, la decoración lateral de este gran arco central, la más primitiva y de más robusta talla, cuyas líneas generales y elementos decorativos se pueden reconstituir, apesar de su lastimoso estado de corrosión; y 3, el tercio superior del conjunto de fachada, de líneas generales difíciles de reconstituir actualmente, en el que aparecen mezclados diversos elementos por ahora difíciles de filiar, y cuya labor decorativa, más pobre que la anterior señalada bajo epígrafe 2, es por lo menos de más baja época.

Pasaremos revista a las diversas opiniones emitidas sobre la significación arqueológica de esta portada.

Gómez Moreno (6) emitió en 1906 una hipótesis acerca de la portada de San Esteban, que causó sensación, puesto que en ella supone que la anterior iglesia mayor de San Vicente de los visigodos, no debió ser enteramente derribada por Abderrahmán I para construir la primera parte de la Mezquita en 785-786, sino que además de aprovechar sus elementos debió conservar gran parte de ella, «quizá desmontar las naves que corrían de Este a Oeste y rehacerlas al través aprovechando mucho de las paredes», y en conclusión supone que esta fachada, con reformas posteriores, es la fachada primitiva de la catedral visigoda.

Hé aquí algunos de sus argumentos: «El aparejo del muro de occidente, único que se conserva del primitivo edificio, tiene aparejo idéntico al de la puerta de Sevilla, pero enrasado, con sillares de 82 centímetros de largo, 40 de alto y 25 de grueso, trabados en la forma susodicha (dos de tizón y uno por tabla); refuérzanle corpulentos estribos quizá añadidos por Abderrahmán para contener el desplome, y campea en medio una grandiosa decoración esculpida en la arenisca verdosa de todo el edificio. Describirla no es del caso; más su carácter purísimo bizantino, la morbidez y libertad de su talla y lo peregrino de su invención, la asimilan al arte oriental del siglo VI, a tenor que se aleja de todo lo árabe conocido. Por conclusión opino que la tal fachada es un resto de la basílica de San Vicente y que pudo hacerse bajo el dominio de los imperiales a poco de mediar el siglo VI».

La opinión de Gómez Moreno viene siendo difundida por toda una ya larga generación de arqueólogos, con todo el ardor y veneración que merece el maestro.

Como resumen de ellos, véanse sus opiniones concretadas por Camps Cazorla (7) describiendo la portada de San Esteban: «La labra de todos los temas florales que recubren las dos puertas laterales (el arco central se rehizo como se verá), es absolutamente bizantino»:



Parte central del arco principal de la portada de Mohamed I. Al pié de los tres arquillos que sobremontan el arco principal, se advierte la línea de sillares nuevos colocados en una restauración, acaso la de 1860.

Recoge la opinión de Gómez Moreno, de que pudo hacerse bajo el dominio de los imperiales a poco de mediar el siglo VI. Bajo el dominio árabe, en tiempos de Mohamed I, «se reconstruye la parte central de la portada de San Esteban, fijándose en ella y en la ya citada de

Abderrahmán II el tipo del arco de herradura árabe. La curva se prolonga hasta una mitad del radio (más que en lo visigodo) resultando el arco como construido sobre un exágono. Esta es ya la proporción usual invariable en todo el Califato. La puerta lleva dintel dovelado y una faja con inscripción cúfica. Todo ello se cobija con un arco de descarga en herradura de la proporción dicha, enjarjado en sus hombros y cuyo trasdós se enlaza con el alfiz que a él va tocando. Las dovelas irradian desde el centro y son alternadas de piedra y ladrillo, como de costumbre».

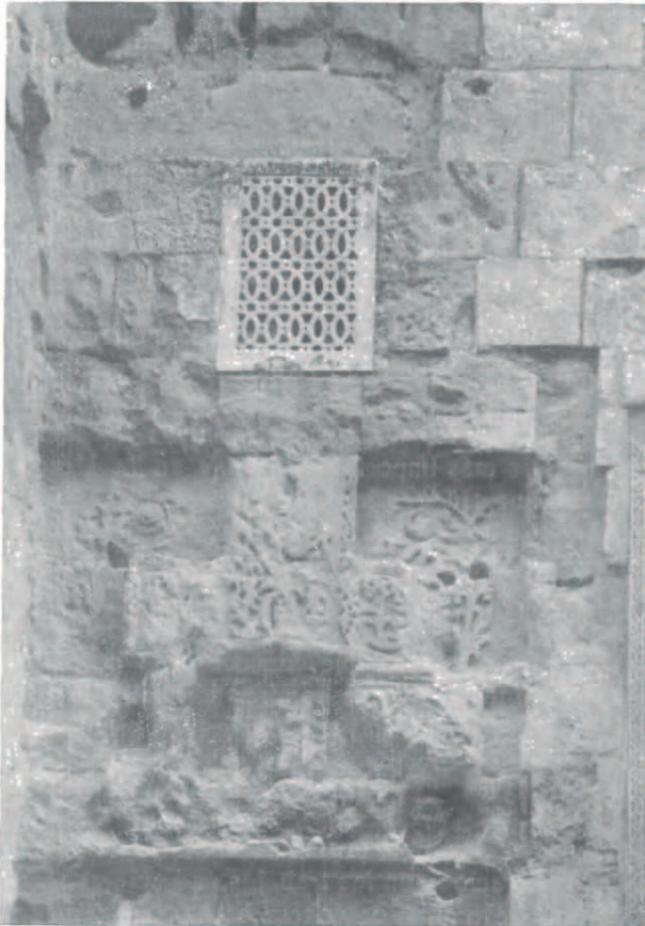
En conclusión, según Gómez Moreno y su escuela, esta portada de San Esteban sería un resto de la catedral visigoda anterior a la invasión musulmana, y sus labores de estilo bizantino del siglo VI. La puerta misma, con su arco de herradura y alfiz de recuadro, serían obra de Mohamed I, datada en la mitad del siglo IX.

Terrasse hace la siguiente descripción y filiación: «Dos arcadas más pequeñas, sin duda ciegas, flanqueaban el arco mismo de la puerta. Este esquema tripartito de la puerta, es igualmente de origen sirio. Se encuentra no sólo en las fachadas principales de las basílicas de tres naves, donde se impone, sino también en sus fachadas laterales, donde se ven con frecuencia tres ventanas; dos pequeñas encuadrando una grande (en Mchabbak), o dos ventanas encuadrando una puerta (en San Simeón). La puerta principal del castillo de Rabbat Amman está flanqueada por dos vanos decorados. Este procedimiento de composición, cuyas aplicaciones fueron variables en Oriente, será aplicado en el arte omeya con un rigor absoluto.

Las arcadas ciegas, sigue diciendo Terrasse, que encuadran la puerta han conservado decoración labrada que data bien del reinado de Abderrahmán I (esta datación, dice en nota, ha sido establecida por don Félix Hernández, apoyándose en la historia de la Mezquita y a la vez por comparación con el estilo de los fragmentos labrados de la época de Abderrahmán II encontrados en sus recientes investigaciones). En el encuadramiento rectangular se perfila, en vez del arco de herradura que se encuentra por doquier, una moldura decorada que desciende en tres escalones. Si la Siria no ofrece ejemplo tan claro de encuadramiento escalonado, Egipto nos ha conservado uno análogo en un friso de estuco de Bahnsa. Esta arcada escalonada y sus tímpanos estaban recubiertos de esculpidos florales. Las hojas de acanto, casi todas divididas o deformadas, están unidas a tallos de inflexiones muy rígidas. Esta decoración vigorosa y algo pesada, es ciertamente de origen helenístico; los temas florales per-

tenecen a aquella decoración bizantina que los monumentos de la Siria omeya no habían hecho más que reproducir, pero la composición y aún más, el modelado, quedan muy desmañados».

Terrasse encuentra mucha analogía entre esta decoración y la de



Decoración de tipo almenado que presenta la portada de Mohamed I, a la izquierda del observador.

un castillo sirio, el Qasr al Abyad. Y también la encuentra en la misma Mezquita de Córdoba, con ciertos capiteles musulmanes primitivos que presentan iguales formas florales y el mismo modelado algo pesado que establecen transición entre las obras visigodas y los

modelos califales que no aparecen hasta la renovación arquitectural del siglo X.

En conclusión, el arqueólogo francés opina que la fachada de San Esteban es de tiempos de Abderrahmán I, aceptando, al parecer, la versión de Hernández. Descubre en ella muchas restauraciones, y no explica la importancia que le concede la inscripción de Mohamed I.

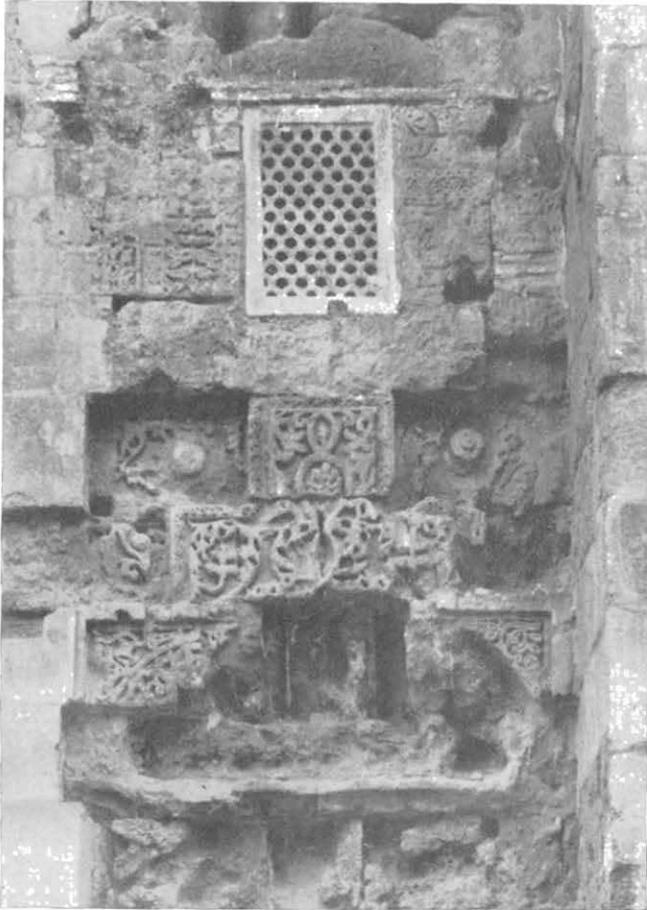
Nuestro historiador local Ramírez de Arellano (8), para compaginar la decoración decadente del arco central y su dovelaje, con el arte primitivo y robusto de los paños laterales de decoración, inventa una teoría, suponiendo que el arco se hizo en la decadencia del Califato, y así compagina a su modo, por arte funambulesco, la arqueología con la historia. Hé aquí sus palabras: «el Postigo de San Esteban luce un arco adintelado circunscrito en otro de herradura, y las enjutas llenas de labores árabe cordobesas del siglo XI. Es una copia mala de las que hizo Hacán II en el mismo muro y que después describiremos. Esta es hija de una restauración que llevó a cabo en la Mezquita Mohamed III llamado Al-Mostakfí y no de Mohamed I como ha supuesto el Sr. Amador de los Ríos, leyendo equivocadamente la inscripción que le decora. A los lados de esta portada y sobre ella, queda lo más importante que hay en la Mezquita o sean dos puertas ornamentales en forma de almenas, de arte puramente persa y que es lo único que queda por donde se pueda formar idea de lo que fué la decoración en los tiempos de Abderrahmán I que las construyó. El coronamiento de la portada obedece a este mismo estilo que sirvió de modelo para las decoraciones siguientes».

Aparte del valor destacado que concede a la decoración lateral de esta fachada, en la opinión de Ramírez de Arellano no hay nada aprovechable. Consignemos en justicia que es el primero que achaca a Abderrahmán I las decoraciones primitivas de la Mezquita.

Las opiniones acerca de la portada de San Esteban han sufrido una notable revaloración con los trabajos de Lambert acerca de las ampliaciones de la Mezquita cordobesa hechas por Abderrahmán II y su hijo Mohamed I (9).

Estas observaciones de Lambert, y el estudio atento de textos conocidos y de otros aclaratorios descubiertos posteriormente (10), hacen que la historia del gran edificio cordobés, que Amador de los Ríos (11) precisó por vez primera de manera admirable, haya de ser rectificadada y precisamente en datos fundamentales referentes a la portada de San Esteban.

Era creencia corriente que Abderrahmán I al construir la Mezquita de Córdoba en 169-179 (785-786) la había dotado de once naves, una central más ancha y cinco a cada lado, con doce arcadas de fondo cada una. La obra habría durado un año. Cerca de media centuria



Decoración almenada al lado derecho de la portada de Mohamed I, que parecía coronar una puerta ciega.

después, Abderrahmán II, en 833, amplía la Mezquita hacia su fondo meridional, con ocho travesías de arcadas nuevas, conservando la misma anchura de once naves. Su hijo Mohamed I, en 855 terminó las obras del padre decorando las puertas laterales (precisamente

esta de San Esteban, una de ellas), con otros detalles que no vienen al caso.

Las rectificaciones modernas modifican algunos de dichos datos. Empecemos por decir que la opinión de que Abderrahmán I hubiera respetado ciertas partes de la anterior basílica visigoda, las cuales hubieran llegado a nuestros días y estarían visibles precisamente en la fachada de San Esteban, es hoy insostenible. El primer emir califal de Córdoba abatió completamente aquel primitivo edificio y sobre su planta construyó otro totalmente nuevo, si bien aprovechando sus elementos, principalmente columnas, con sus basas y capiteles.

Hace un resumen moderno del problema Ocaña Jiménez (12), en cuyo trabajo se resume además el resultado de las exploraciones hechas en el subsuelo de la Mezquita por el actual arquitecto don Félix Hernández en aquella averiguación (13).

Lambert, que ya había supuesto en 1935 (14), que la Mezquita primera de Abderrahmán I solo tenía nueve naves (en vez de las once que se venían admitiendo de aquel tiempo), cuya hipótesis basaba en la distinta conformación de los modillones que apean las pilastras sobre columnas (estas ménsulas o modillones son de rizos en las nueve naves centrales, y atorados o convexos en la fila extrema de columnas, que limita la última nave lateral por ambos costados, exactamente iguales a los que se hacen más tarde en la ampliación de Abderrahmán II) (15), halla después, confirmación documental de su hipótesis, en textos que suministra un hallazgo de Levy-Provençal (16).

Según estos nuevos textos, Abderrahmán II tiene dos períodos de obras en la Mezquita. Uno en 833, en el cual añade dos naves laterales supletorias, una a oriente y otra a poniente, cuya anchura es inferior a las restantes. La nave central tiene 7'70 m. de ancho, las cuatro de cada lado miden 6'90 m., y las dos extremas indicadas 5'50, todas ellas medidas aproximadas.

En una segunda etapa de obras emprendida por el mismo soberano en 847-848, y que viene a terminar su hijo Mohamed I, la Mezquita es prolongada hacia mediodía con las conocidas ocho arcadas o naves transversas, y ya con la anchura total de once naves.

La adición de dos naves laterales a la Mezquita primitiva de Abderrahmán I, venía siendo también sospechada por otro texto anterior, muy conocido, el de Ibn-al-Athir (17), en el que señala concretamente que Abderrahmán II añadió dos pórticos a la Mezquita.

La documentación exacta, dada a luz por Lambert, de la adición

de las dos naves extremas, no parece tener confirmación clara en las investigaciones arqueológicas realizadas para su comprobación por Hernández, y de las que dá detallada cuenta Torres Balbás (18). Los datos contradictorios se basan principalmente en que no existe muro de cimientos cerrando la cuarta nave lateral, como parecía lógico si aquí hubiera existido primitivamente muro de fachada, sino que dichas columnas (las que presentan modillón convexo) descansan sobre pilar aislado de cimientos; y además, que el al-miḥá o pilar de agua construido por Hixem I en el muro exterior oriental de la Mezquita construida por su padre Abderrahmán I (por cierto de exiguas dimensiones y pobre construcción, sin ninguna magnificencia como han pretendido algunos escritores modernos), ha aparecido en las investigaciones arqueológicas a que antes hemos hecho referencia, adosado al exterior del muro de cimiento oriental de la quinta nave (y no de la cuarta, como debía suceder según la hipótesis Lambert, en cuya línea, además, ya hemos dicho que no hay muro, sino pilas-tras de cimentación aislada), indicando que dicho muro, que hoy sustenta la gran arcada divisoria con la ampliación de Almanzor, era ya exterior antes del reinado de Abderrahmán II.

A la hora actual son incompaginables los datos documentales extraídos de los textos recién alumbrados, y los datos arqueológicos determinados por Hernández.

Como hipótesis de trabajo conciliatorio de aquella dualidad, se podría suponer que las dos naves extremas de que venimos haciendo mención, estaban construidas desde tiempos de Abderrahmán I, pero no comunicaban con el resto del oratorio, porque sirvieran de galería de mujeres, por ejemplo, y que Abderrahmán II las habilitara para incorporarlas a la sala de oración, puesto que dispuso de otro modo las galerías de mujeres, muy detallado en los trabajos a que nos venimos refiriendo. Esta hipótesis carece de fundamento formal, y está en contradicción además con algún texto.

Es de interés definitivo determinar con exactitud los hechos anteriores, porque de ellos depende la filiación exacta de la fachada de San Esteban que tenemos en consideración. Si el actual muro de Poniente de la Mezquita donde se abre esta portada, pertenece a la primera construcción de Abderrahmán I, la puerta y su decoración, o al menos parte de ella podrían ser de este soberano. Pero si el muro ha sido construido por Abderrahmán II, sólo pueden ser de este o de sus sucesores la dicha portada y su decoración.

En dicho muro Mohamed I encaja la puerta, y además hace la decoración. La inscripción cúfica que leyó por vez primera Amador de los Ríos, y cuya lectura acepta Levy Provençal (19), es traducida por este último de la siguiente manera:

Ha ordenado el Emir —que Alá le ilustre— Mohamed, hijo de Abderrahmán, la restauración de lo que ha juzgado necesario en esta Mezquita y su consolidación, con la esperanza de la retribución de Alá en su provecho y de su recompensa en la vida futura por esta obra. Y esto fué terminado en el año 241 (855-56) con la bendición de Alá y su ayuda. Masrur y. . .

Repetidas veces se ha dicho que esta fecha que campea en la inscripción cúfica de la puerta de San Esteban, es uno de los datos más seguros en la historia de la Mezquita de Córdoba, porque además está acorde con los textos. Efectivamente, Ibn Adhari, dice: «El emir Mohamed ben Abderrahmán hizo perfeccionar los costados del monumento, *lo adornó con esculturas* y edificó la macsura, a la cual dió tres puertas» (20).

Esta es la primera vez que los textos citan labores decorativas en la Mezquita. ¿Las hubo antes? Creemos que no. Sabemos que en otro lugar (21) también dice el mismo autor: «En el mismo año (241-855) hizo renovar los adornos de la gran Mezquita de Córdoba y perfeccionar las esculturas». Pero, se ha tardado cierto tiempo en hallar la traducción cierta del vocabio árabe que sucesivamente ha sido interpretada por bordados, pinturas y esculturas, y que en lenguaje típico español le llamamos «arabescos». Algún autor, buscando las «pinturas» a que se refería aquella vaga traducción, ha llegado a decir que el oro que se vé en algún que otro capitel de la Mezquita es de tiempos de Mohamed I. Estos dorados que ilustran alguna que otra hoja de acanto, suelen ser cristianos, del siglo XVI en adelante.

No creemos, por consiguiente, que en la Mezquita de Córdoba haya habido arabescos, o sea decoración en piedra tallada de tipo vegetal, antes de Mohamed I. Si el muro de poniente de la Mezquita en el sector que consideramos, es de Abderrahmán II, la decoración de la puerta de San Esteban es de su hijo Mohamed I. Sirven de comprobación los restos de la puerta análoga, abierta en el muro oriental, demolida en la ampliación de Almanzor, hallados en las investigaciones arqueológicas de Hernández, sobre los cuales hablaremos en otra ocasión. Están formados, en general, por los mismos róleos de acanto, con igual talla vigorosa y fuerte. Desde luego aparecen mejor conservados porque han estado bajo tierra cerca de mil

años, en tanto que al exterior lucieron en su lugar próximamente una centuria.

Esta puerta oriental, aunque careciera de inscripción (en los restos hallados no ha sido hallado vestigio alguno de ella), es perfectamente datable, porque se abría en el paño de fachada central correspondiente a la misma ampliación de Abderrahmán II.

Por el contrario, la portada de San Esteban, que se abre en la parte correspondiente a Abderrahmán I ofrece las dudas que antes hemos recogido debidas a la ampliación lateral comentada.

Los elementos decorativos hallados correspondientes a la puerta del muro oriental de Abderrahmán II, son esencialmente tallos vegetales, a base del acanto, y una gran concha, que acaso estuviera en el tímpano del arco central. Su carácter general, marcadamente visigodo, enlaza el arte español preislámico con la plenitud del arte califal del siglo X, en cadena continuada que viene desde la rudeza visigoda, aún advertida en la decoración de Mohamed del siglo IX, hasta la suavidad clásica que presentan muchos modelos califales.

Abderrahmán I pudo decorar la Mezquita de Córdoba a base del arte indígena, como sus sucesores. No hay prueba de que lo hiciera. Acaso la severidad religiosa, o la rapidez con que terminó su obra, en un año, le impidieran hacer decorado.

Hay que tener en cuenta, para pensar en la primera suposición, que en pleno Califato, cuando Alháquem II amplía la Mezquita, y todos los esplendores arquitectónicos y artísticos han sido derrochados en Medina Az Zahra, y hay una escuela numerosa de tallistas, que labran a porfía capiteles de mármol y cantidades enormes de decoración mural, que hay que medir por metros superficiales, cuando se labran los capiteles para la Mezquita, se deja la hoja de acanto seca, para compaginar con la severidad del edificio religioso, y seguir la pauta de las partes anteriores del templo.

En conclusión, estimamos que la decoración más antigua de la portada de San Esteban, que llegó a datarse en período visigodo, es de Mohamed I (855). Su carácter tiene toda la escuela española visigoda (22).

Las líneas generales de ordenación del conjunto de la fachada, pertenecen también al período de Mohamed I, pero la decoración que subsiste en la parte superior es de filiación muy problemática en la hora actual. Parece más decadente que la decoración almenada de las partes laterales.

Ultimamente, el dovelaje del arco y su alfiz, han sido completamente restaurados, acaso hace unos ochenta años. Esperemos nuevas documentaciones.

Esto, sin contar restauraciones y recomposiciones de otros siglos, que han hecho perder tantos elementos, a la portada que bien merece ser llamada por el emir que la decoró «portada de Mohamed I».

(1) **Descripción de la Iglesia Catedral de Córdoba**, por don Luis María Ramírez y de las Casas Deza. 4.ª edición. Córdoba, 1867, p. 17.

(2) La ausencia de publicaciones oficiales relativas a las restauraciones modernas de la Mezquita, es deplorable. El periodo de Velázquez, de unos cuarenta años, tan fértil en restauraciones y en investigaciones arqueológicas, queda mudo literariamente para la posteridad. Al inaugurar su «Crónica arqueológica de la España musulmana», decía la Revista **Al-Andalus** (Madrid-Granada, 1934, II, 338): «Don Ricardo Velázquez se llevó a la tumba su experiencia de bastantes años de obras en la Mezquita de Córdoba». Creemos firmemente que hoy es más fácil rehacer a base de textos literarios la historia de la Mezquita de Córdoba hace mil años, en tiempos del Califato, que conocer la historia moderna de la Mezquita en los últimos cincuenta años.

(3) **L'art hispano-mauresque des origines aux XII siècle**, por Henri Terrasse. Paris, 1932, p. 67.

(4) Este arquitecto, con quien el autor de este trabajo alcanzó lejano parentesco era un autodidacto, de bastante erudición, de la cual era muestra una hermosa biblioteca con abundantes tratados de arte y espléndida colección de aquellas fotografías de Laurent del pasado siglo, de las que han llegado a mi poder algunas de la Alhambra granadina.

(5) **El arte islámico en España y en el Magreb**, por Manuel Gómez Moreno. En **Arte del Islam**, V, Editorial Labor, 1932, p. 66.

(6) **Excursión a través del arco de herradura**, por M. Gómez-Moreno M., publicado en la Revista **Cultura Española**. Madrid, 1906.

(7) **Arquitectura califal y mozárabe**, por E. Camps y Cazorla. Madrid, 1929.

(8) **Guía Artística de Córdoba**, por Rafael Ramírez de Arellano, 1896.

(9) Un excelente resumen de la bibliografía moderna sobre la Mezquita de Córdoba, en **Manuel d'art musulmán**, por Georges Marcais, 1926, I, 213.

(10) **Histoire de la Grande Mosquée de Cordoue aux VIII^e et IX^e siècles d'après des textes inédits**, por E. Lambert. Annales de l'Institut d'Etudes Orientales, Argel, II, 1936.

(11) **Inscripciones árabes de Córdoba**. por Rodrigo Amador de los Ríos, Madrid, 1879.

(12) **La Basílica de San Vicente y la Gran Mezquita de Córdoba**, por M. Ocaña Jiménez. **Al-Andalus**. VII, 347.

(13) Se dan también algunos detalles en el informe sobre **El pavimento de la**

Mezquita de Córdoba, presentado a la Comisión de Monumentos de Córdoba en Diciembre de 1943, por R. Castejón, aún inédito.

(14) **Las tres primeras etapas constructivas de la Mezquita de Córdoba**, por E. Lambert. *Al-Andalus*, 1935, III, 139.

(15) **Los modillones de lóbulos**, por L. Torres Balbás, apud *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 1936, Madrid, 34: 54-55.

(16) **Las ampliaciones en la Mezquita de Córdoba en el siglo IX**. *Al-Andalus*, 1935, III, 391.

(17) Ibn-al-Athir, edic. Tornberg, VII, 46, traduc. Fagnan, 320.

(18) **Nuevos datos documentales sobre la construcción de la Mezquita de Córdoba en el reinado de Abderrahmán II**, por L. Torres Balbás. *Al-Andalus*, 1941, VI, 411.

(19) **Inscriptions arabes d'Espagne**, por E. Levy-Provençal. Leyde-Paris, 1931, texto 1.

(20) Bayan, trad. Fagnan, 1904, II, 380.

(21) Bayan, trad. Fagnan, 1904, II, 156.

(22) **El arte decorativo visigodo**, por H. Schlumk. Boletín Bibliográfico del Instituto Alemán de Cultura, Madrid, 1-2, 1944.



BOLETIN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

- - - - DE CORDOBA - - - -



Año XVI

Abril - Junio 1945

Núm. 53



1946
Tipografía Artística.—San Alvaro, 17
CORDOBA

La nueva pila de Almiría, y las representaciones zoomórficas califales



En el año 1926 apareció la hermosa pila califal tipo almanzoreño, que hoy guarda el Museo arqueológico de Córdoba, al ser destruidas, por su propietario, el Conde de Artaza, las ruínas que excavó oficialmente Don Ricardo Velázquez (1) en la bella finca al



Pila califal hallada el año 1926 en las ruínas de Almiría, el palacio de Almanzor en la Sierra de Córdoba y depositada en el Museo Arqueológico de esta ciudad

occidente de Córdoba, poco más allá de Medina Az-Zahra, que fué propiedad del célebre háchib de Hixen II. (2)

Aquella hermosa pila, descrita y publicada en informe oficial de la Comisión de Monumentos de Córdoba (3), parecía representar el momento pleno del arte escultórico perteneciente a los últimos decenios del siglo X, en que Almanzor es el árbitro del Califato español.

Esta primera pila de Almiría tiene 0'95 mts. de longitud, por 0'68 mts. de anchura, y una altura vertical de 0'26 mts., con una profundidad interior de 0'21 mts. Sus cuatro caras están análogamente decoradas, con vigorosa talla, de una fila inferior de hojas

de acanto lisas, gemelas de los capiteles califales de la mezquita de Córdoba, pero de mayores dimensiones; entre cada dos de ellas se eleva un caulículo que se abre en dos cornezuelos enrollados labrados en estrías; y sobre cada uno de estos tallos, cabezas alternas de leones y cabras. En los ángulos, la cabeza de cabra, por la dirección espiróide de los cuernos, parece más bien de oveja o carnero. Las cabecitas de león, con grandes mostachos, tienen un vago aspecto antropomorfo.



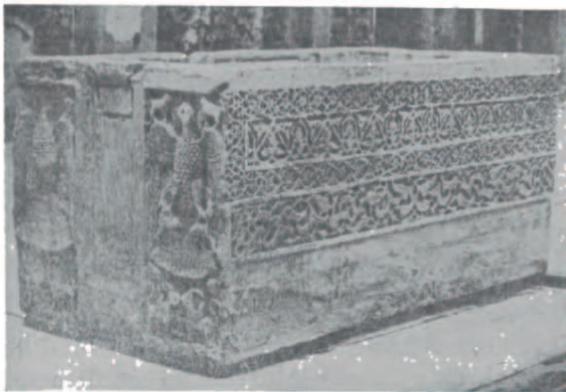
Frete posterior del pilar de la Alhambra, el cual, apesar de aparecer fechado en 704H. (1305 de J.C.), ya sospechó Amador de los Rios, en 1913, y luego han confirmado posteriores epigrafistas y arqueólogos, que es un pilón califal de Córdoba, cuya inscripción original fué relabrada. En su leyenda actual, esta inscripción empieza: «Badis ben Habus el Sanhachi (hizo transportar) todos los mármoles al alcázar de su capital Granada...» y el ilustre arabista francés Levy-Provençal, en sus *Inscriptions arabes d'Espagne*, 1931, p. 199, se pregunta cual sería la ciudad, sin duda Elvira, que dicho soberano mandó desposeer de sus mármoles, para enriquecer con ellos Granada, siendo lo cierto que fueron las dos grandes creaciones califales de Córdoba, Medina Az-Zahra y Medina Zahira, las que sufrieron las devastaciones y saqueos almoravides, según consta de numerosos testimonios. En su articulo sobre *Inscripciones árabes de la Alhambra y del Generalife*, del profesor A. R. Nyckl, publicado en «Al Andalus», IV, 1936, p. 446, se opina que esta pila procede de Medina Az Zahra.

El hallazgo de esta pila, aunque fuera desgraciadamente debido al arrasamiento de las ruínas de Alamiría, a las cuales perteneció (4), marca una etapa decisiva en el arte califal. El arqueólogo francés H. Terrasse (5), dice de ella: «esta escultura, de una vigorosa estilización, está verdaderamente en alto-relieve. El arte del Califato no nos ha revelado todavía nada semejante. Por el contrario, la decoración de esta pila hace pensar en ciertas esculturas visigodas y más todavía en ciertos capiteles de Volubilis. Se puede creer que esta pila es anterior al Islam». Como se demuestra en el trans-



Pilón califal, hallado en Sevilla el año 1888, y hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, cuya inscripción aparece dedicada a Almanzor, en el año 377 H.—987 J.C.

Pilón de la medersa de Ben Yusef, en Marrakech, dedicado a Abdelmólic, el hijo y sucesor de Almanzor, que gobernó los años 392-398 H. (1002-1008 J.C.)



Otros frentes del pilón de Marrakech, muy análogos, como el anterior, a los del pilón de Madrid.

curso de este trabajo, la opinión de Terrasse, como la de otras atribuciones arqueológicas de la Mezquita cordobesa, es equívocada, apesar de la gran autoridad de este maestro del arte hispanomusulmán. (6)

La identificación almanzoreña de la pila de Almiría es incues-



Frente de la pila de Játiva.

tionable. El lugar y circunstancias del hallazgo, el mármol en que está labrada, la composición general, los temas estilísticos, todo ello la sitúa dentro del marco general del arte califal omeya de España. Respecto al vigor y alto-relieve de su talla, a la luz de los recientes hallazgos de Medina Az-Zahra (7), no es sorprendente. Se venía estimando que el arte del Califato de Córdoba era blando y sin relieve, y que su progenio bizantina respecto a la labra plana, había perdurado e incluso dulcificado en Andalucía. Notorio error, que los modernos hallazgos han venido a enmendar, y que no es de este lugar especificar. Se puede ya asegurar, sin temor a engaño, que la reciedumbre española vigoriza el arte califal, en el

Nueva pila, procedente de Almiría, descubierta en 1945, y donada al Museo Arqueológico de Córdoba.



que descuellan individualidades artísticas, que le dieron personalidad fuerte y apasionada.

La figura animal tiene gran representación en el arte califal de Córdoba. «En el arte califal, dice Gómez Moreno en publicaciones del año 1932 (8), aparecen figuras de hombres y de animales

pródigamente. Leones y otras bestias, ya de metal, ya de mármol... suelen citarse abundantemente con relación a Medina Az-Zahra, sigue diciendo el maestro español. Por su parte, el mismo Terrasse



El relieve de los halconeros, del Museo de Argel, que parece trozo de un pilón de mármol, de la serie califal de Córdoba, y con fecha dudosa hacia 340 H.

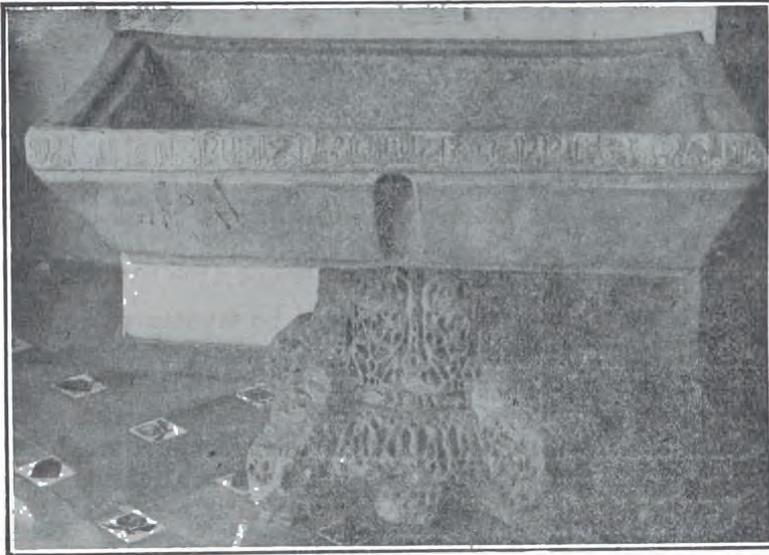
(9) dice: la decoración animal ocupa mucho espacio en los mármoles del tiempo de los Amiridas.

Ahora bien, las pilas más generalmente conocidas de este tiempo, con abundante representación animal (animales fieros acometiendo a otros mansos, leones que muerden a ciervos o cabras, águilas posadas sobre estos mismos, cisnes con peces en su pico,



Detalle de la nueva pila de Almiria, recuperada en 1945

perros persiguiendo liebres, etc... escenas conocidas en el arte jónico, y luego en lo persa, bizantino y árabe, como talismanes protectores, dice en el mismo lugar Gómez Moreno), son las del grupo almanzoreño, la de Madrid, la de Granada y la de Marraquex, datadas por sus inscripciones y dedicatorias. En ellas, efectiva-



Pila de abluciones existente en el Museo de Córdoba desde su fundación, y de la cual ya dá cuenta Amador de los Ríos en sus *Inscripciones árabes de Córdoba, 1879*, suponiéndola procedente de Medina Az Zahra; cuya opinión rebate M. Ocaña Jiménez en su artículo «*La pila de abluciones del Museo de Córdoba*», «*Al-Andalus*», 1941, IV, 446, atribuyéndola a la época almorávide por los caracteres de la inscripción, y poniendo, por consiguiente en fuerte duda su origen de Medina Az Zahra. Efectivamente, la pila y el cervo de bronce que existían en el Monasterio de San Jerónimo, inmediato a la ciudad califal, y que fueron recogidos cuando la exclaustración de 1836, pasando, con otros muchos objetos de análogas procedencias, a formar los primeros fondos del Museo de Córdoba, no se pueden referir a esta de abluciones, porque aquella es un pilón de dimensiones superiores, de piedra blanca, que aún conserva en uno de sus bordes la huella de la planta metálica del referido cervato, y que permanece insitu en dicho Monasterio, en el patio de los legos, que se sigue llamando el «patio del cervato».

mente, las escenas zoomorfas, alternando con decoración floral típicamente cordobesa, parecían conciliarse bien con esta última.

Son ya diferentes, la pila de Játiva, acaso por su atribución más posterior, y la del Museo de Argel. La primera datada al parecer en Siglo XI, por atribución, tiene complicadas escenas humanas y animales. La segunda, ya que al parecer el bajo relieve de

los halconeros parecer pertenecer a una pila, es de una técnica intermedia, por el gran tamaño de las figuras, y parece presentar en la inscripción cufica la fecha del 340 de la hégira.

Recordamos ambos grupos de pilas, para concordar con Terrasse en la opinión de que ambas se apartan totalmente de la pila de Almiria, constituyendo una serie que tendría su lejano entronque, por el tamaño de la pila y la distribución general de composición, con los sarcófagos clásicos, que tan abundantes debieron ser en Córdoba, la antigua Colonia Patricia, y que los musulmanes utilizaron ámpliamente como pilones o tazas de patio (10), tanto en la capital como en Medina Az-Zahra, y de los cuales han



Detalle de la cabeza de león que aparece en el arranque superior de la siguiente voluta.

sido hallados en esta última diversos fragmentos, uno de ellos de época helenística, verdaderamente admirable, con escenas de carcería, que por su motivación sería un testimonio elocuente de lo que antes apuntamos.

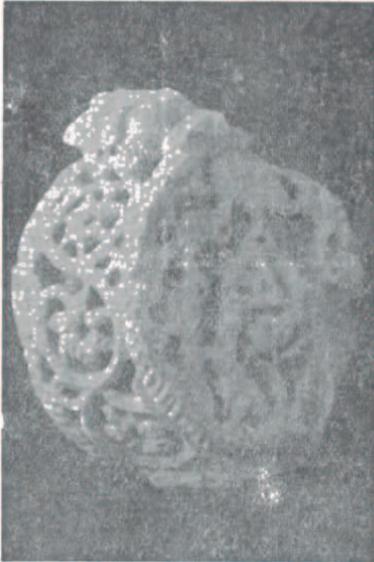
En cambio, la pila de Almiria, por su tamaño, su uso, sus motivos decorativos y su labra, se aparta de los grupos anteriores, siendo un ejemplar, hasta ahora único, cuya filiación explica el error del arqueólogo francés, aclarado ahora plenamente con el hallazgo de otra pila de la misma serie.

En el comercio de antigüedades de Córdoba se ha presentado una nueva pila, procedente seguramente de Almiria o sus inmediaciones, más pequeña que la anterior, pero de análoga factura y composición. (15)

Esta nueva pila de Almiria mide 66 ctm. de longitud, por 52

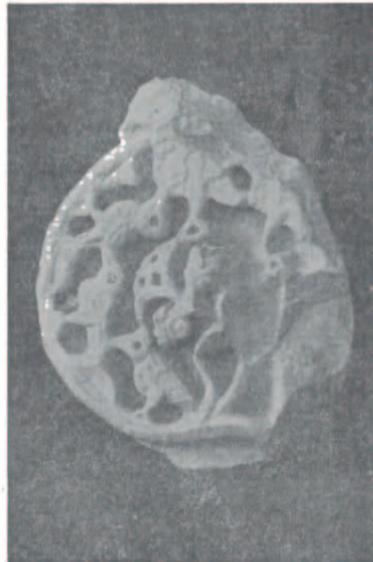


Voluta de capitel de mármol,
hallada en las excavaciones de
Alamiria, verificadas por Ve-
lázquez y donada en 1946, por
el autor de este artículo, al
Museo de Córdoba.



La misma voluta anterior, en la que se
ven la serie de aves que forman el róleo
decorativo de la misma.

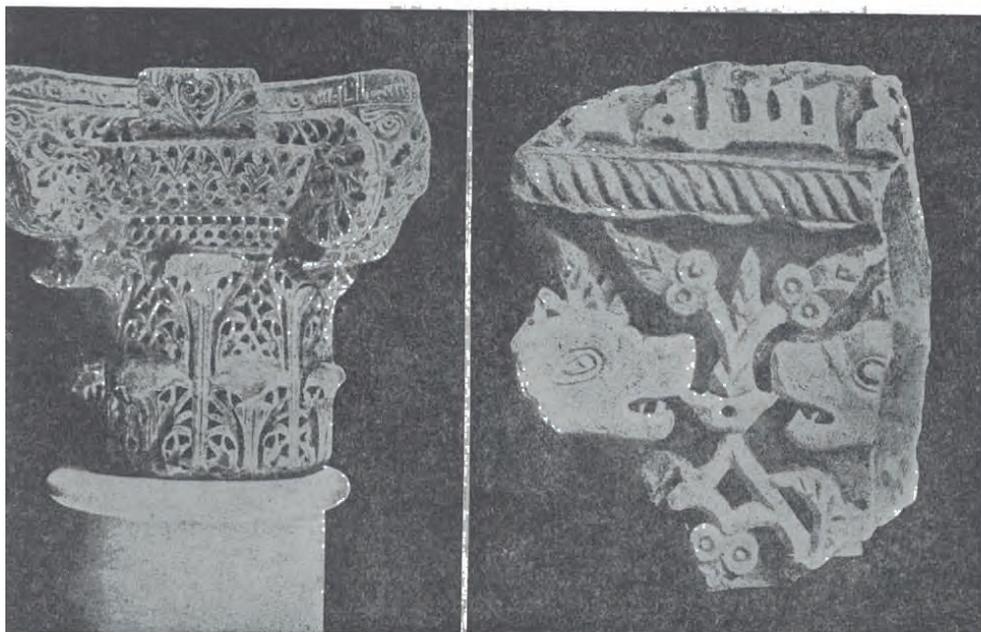
96



Vista de frente del lateral de la voluta anterior,
en la cual puede observarse el ojo de las aves,
formado por un clavillo metálico para implantar
un ojo de vidrio o una gema.

ctm. de anchura y 18 ctm. de altura vertical. La profundidad vertical es de 10 ctm. en su interior.

Su decoración es análoga a la pila anterior hallada en 1926. Ofrece la serie de hojas de acanto lisas, partiendo del borde inferior. Entre cada dos de éstas, un caulículo que se abre en dos róleos, más estilizados que en la pila precedente, pero con igual



Trozo de mármol hallado en Almiria (a la derecha), que representa dos cabezas de fiera, y perteneciente posiblemente a un pilón de fuente

labra estriada, y sobre el tallo del caulículo una cabeza de animal, alternando cabras o antílopes y leones. Las facies de alguno de éstos, con grandes mostachos, es como en la anterior, de evocación antropomorfa.

Ahora bien, sobre esta composición, análoga a la de 1926, existe otra serie de róleos en guirnalda, labrados en estrias, de eje opuesto a la serie inferior, y que forman una especie de friso continuo bajo el robusto borde cuadrado superior de la pila.

Tiene otra novedad interesante. Los ángulos los adornan sendas parejas de fieras, leones o leopardos, con las colas alzadas y

unidas en sus extremos incurvados, recordando la gemelación típica del arte oriental, remedada en el califal cordobés. Solo tiene tres caras labradas, estando la cuarta lisa y adosada.

El conjunto de esta nueva pila de Almiria, más pequeña que la anterior, algo más blanda de talla y con más adorno en su composición, es de una belleza más grácil, más suave, más femenina,



Capitel almanzoreño, procedente de la casa del Gran Capitán, en Córdoba, y actualmente en el Museo Arqueológico Nacional, que tiene cabecitas de león como volutas y aves entre follaje en el cuerpo del mismo.

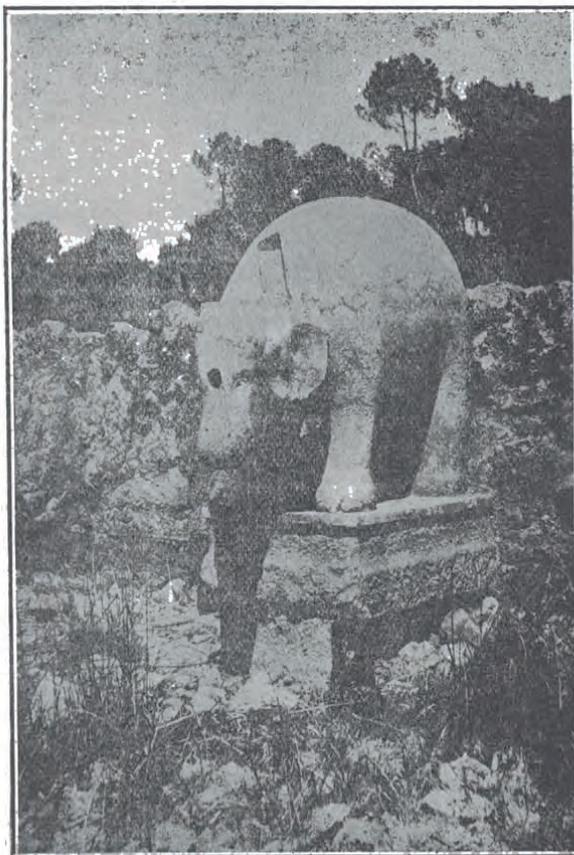
pero obedece al mismo sistema, a la misma inspiración, y acaso a la misma mano.

Ambas, la de 1926 y esta que ahora aparece, forman un conjunto que dá idea de una escuela, o por lo menos de un taller, de plena época califal y tiempos almanzoreños, sobre cuya filiación y datación aproximada en las últimas décadas del siglo X no cabe la menor duda.

En la lámina 10, frontera a la página 30, de la hermosa obra de D. Ricardo Velázquez Bosco, editada en 1912, titulada *Medina Az-zahra y Almiriya. Arte del Califato de Córdoba*, aparece

bajo el número 1, fotografiada de frente y de costado, una voluta de capitel de mármol, con representación zoomorfa.

En el ápice de arranque de la voluta aparece una cabecita de león, análoga en tamaño y factura a las que hay en las dos pilas



Elefante de piedra en el trayecto del gran acueducto que conducía las aguas del Bejarano a Medina Az-Zahra.

que comentamos, y el róleo de la misma está formado por una hilera de aves, cuatro en cada lado, de las cuales hay tres de tamaño semejante, y la cuarta, en la parte más elevada, es más grande, y yergue su cabeza por fuera del círculo de la misma voluta. Hay un detalle curiosísimo en estas aves. El ojo de cada una

es una incrustación metálica, a manera de clavillo, que bien por sí mismo, o acaso para sostener una piedra preciosa, le concede una particular importancia, máxime si se relaciona con clavillos análogos hallados en frutos estilizados que presenta una pilastra de mármol, recientemente hallada en Medina Az-Zahra, en la excavación del salón de Abderramán III, y sobre la cual hemos de hacer un estudio más detallado.

En estas aves, aunque con cierta tosquedad, están labrados el



Bote de marfil de la catedral de Zamora, de arte califal, labrado por orden de Alháquem II, en 353 H. - 964 J.C. y actualmente en el Museo Arqueológico Nacional.

pico, el ala, las plumas, la cola, las patas y otros detalles, dentro de un estilo rudo y primitivo.

Esta pieza, cuyo destino desconocíamos, me ha sido donada reciente e inesperadamente, por los propietarios de Almiría contemporáneos de las excavaciones de 1912, y yo a mi vez la he donado al Museo de Córdoba.

Otra pieza con trozo de inscripción, también procedente de Almiría, que aparece en la lámina XXXV de la misma obra de Velázquez, así como las restantes de igual procedencia, han desaparecido, por lo menos ignoramos su paradero. En esta pieza

hay dos cabezas de fiera, acaso lobos, dispuestas simétricamente y afrontadas a los lados de un tallo floral.

La serie de piezas con representación animal, características del período califal, merecía ya una larga catalogación. Recordar



El famoso ciervo de bronce de Medina Azahara, existente en el Museo Arqueológico de Córdoba

mos los capiteles procedentes de la casa del Gran Capitán, de Córdoba (11), llevados al Museo Arqueológico Nacional, en 1912, con aves, leones, etc.; el gran elefante que hay en Córdoba, en la finca llamada el Caño de Escarabita, en el trayecto del gran acueducto que llevaba el agua a Medina Az-Zahara (12); la serie grabada en los marfiles de los que hay variedad tan extremada; y, por fin, entre otros, el capitel adquirido por el Museo de Gerona (13), con cabezas de elefante por volutas, en composición análoga al

antedicho procedente de Córdoba, que hoy conserva el Museo de Madrid bajo el número 2.118, que presenta cabezas de león en las volutas.

No se comprende, a la vista de tan numerosas y bien filiadas y datadas series zoomorfas (pilas, capiteles, marfiles, figuras aisladas de piedra y bronce, etc.), como puede haber la más ligera duda en una atribución, como la que hace Dubler en el capitel de Gerona, ya que ni las proporciones del capitel siquiera se separan



Magnífica ménsula romana, de mármol blanco, hallada recientemente en el subuelo de Córdoba, muestra como otros tantos ejemplares análogos de la pujanza del arte Clásico en la antigua Colonia Patricia, y que a través del arte visigodo o latino-bizantino, influyó tan poderosamente en el renacimiento orientalizado que representa el arte del califato de Córdoba.

de ciertos ejemplares característicos del periodo almirí, en el cual, alguno de ellos, como el antes enumerado, hasta tiene perdidas las hojas de acanto, cosa que todavía no sucede en el de Gerona.

Por consiguiente, la representación animal en la escultura del Califato de Córdoba, progresa conforme avanza la evolución histórica de aquél, llegando en el periodo de Almanzor a su más destacado desarrollo.

Ella forma la cuna occidental que, traspasada al incipiente arte cristiano, ha de originar la abundantísima representación zoomorfa del capitel románico. (14)

Rafael Castejón

(1) *Medina Az-Zahra y Alamiriya. Arte del Califato de Córdoba*, por D. Ricardo Velázquez Bosco. Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas. Madrid. 1912.

(2) El mismo nombre de Alamiría, o Muniat-Al-Amiría la Almunia de los Amiríes o Amiridas, el patronímico de Almanzor, indica la propiedad de la finca. Es errada la acepción de «El ensueño del emir» que dió a Velázquez un noble egípcio, desconocedor seguramente de la historia del Islam español. La identificación actual de la finca es incuestionable, aunque H. Terrasse dude de su emplazamiento, en razón a que los autores musulmanes hablan de su proximidad a Medina Zahira, lo cual deja de ser razón hasta que se conozca exactamente donde estuvo emplazada esta creación de Almanzor, que según nuestras suposiciones estuvo cerca de Medina Azahara y de Alamiriya.

(3) *Las ruinas de Alamiría*, informe oficial en «Anales de la Comisión provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Córdoba», 1926.

(4) Fué hallada al abrir los cimientos de la moderna villa que se levanta junto al viejo estanque califal, bajo la antigua casa de guarda que aparece en las fotos que ilustran la mentada obra de Velázquez.

Nosotros escribimos por entonces, año 1926, unos artículos elegíacos en el «Diario de Córdoba», condoliéndonos de la mentada demolición de las ruinas de Alamiría.

(5) *L'art hispano-mauresque des origenes aux XII.^e siecle*, por Henri Terrasse. París, MCMXXXII, pág. 166 nota.

(6) Nos referimos a la atribución que hace de ciertas decoraciones en piedra de la Mezquita, a épocas de Abderramán I y II.

(7) *Nuevas excavaciones en Medinat al-Zahra. El salón de Abd al-Rahman III*, por Rafael Castejón. «Al-Andalus», 1945, I, 147.

(8) *El arte islámico en España y en el Magreb*, por Manuel Gómez Moreno, en *Arte del Islam*, editorial Labor, 1932, pág. 73.

(9) *Ibidem*, 167.

(10) En nuestra *Córdoba Califal*, publicada en el «Boletín de la Real Academia de Córdoba», 1929, núm. 25, recogemos, entre otras, la cita de Aben-Pascual, de que las aguas vertían en estanques y «tazas de mármol romano maravillosamente trabajados», hecho comprobado por los hallazgos de Medina-al-Zahra, de algunos de los cuales se dá cuenta en la *Memoria* oficial de dichas excavaciones de 1925-26.

(11) *Arqueología cordobesa. La casa del Gran Capitán*, por Rafael Castejón, en «Boletín de la Real Academia de Córdoba», 1928. De estos capiteles ya dió cuenta E. Romero de Torres en 1897, en artículos de prensa local, y después de trasladados a Madrid, estudiados y descritos por Rodrigo Amador de los Ríos en *Del arte hispano-mahometano. Capiteles de la casa solariega del Gran Capitán en Córdoba*, publicado en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», Madrid 1913, t. XXIX, p. 64. Ambos artículos fueron reinsertos en el número 28 de este BOLETIN, correspondiente a Julio-Septiembre de 1930.

(12) *Córdoba Califal*, p. 314.

(13) *Capitel musulmán del Museo arqueológico de Gerona*, por César E. Dubler. «Al-Andalus», 1945, I, p. 161.

(14) Recordamos con ésto las teorías de Gómez-Moreno, Lambert, Male, Kingsley Porter y otros, harto conocidas.

(15) Por el retraso con que se edita este BOLETIN podemos anunciar que esta nueva pila de Alamiría fué adquirida por don Manuel Gómez Moreno, y donada al Museo Arqueológico de Córdoba, donde hoy se encuentra.

BOLETIN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

- - - - DE CORDOBA



Año XVI

Julio-Diciembre 1945

Núm. 54



1946

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17
CORDOBA

El pavimento de la Mezquita de Córdoba

El problema de la pavimentación original de la Mezquita de Córdoba ha preocupado lógicamente a los arqueólogos, sin que, apesar de las diversas suposiciones emitidas, se hubiera logrado hasta ahora dar la definitiva solución.

En nuestro informe sobre el pavimento de la Mezquita presentado a la Comisión provincial de Monumentos en Diciembre de 1943, todavía inédito, aportamos citas y datos al problema, y recogimos las opiniones de diversos autores, pasando revista al pavimento de mármol, de baldosas o de ladrillos, e incluso apuntando la idea de «si es que no estuvo terriza».

Ya en sus investigaciones documentales sobre el Inca Garcilaso enterrado en la Mezquita-Catedral (1), don José de la Torre, al copiar la escritura otorgada por el Obispo de Córdoba cediendo al Inca un arco y capilla para enterramiento, efectuada en 18 de Septiembre de 1612, hace notar que se le impone la obligación «de hacer solar a su costa de ladrillo junto toda la nave que está desde el dicho arco y capilla hasta el solado de la nave del altar mayor». Esta obligación la acepta el Inca y la ratifica en posteriores documentos.

En la concesión de otras capillas se imponen iguales obligaciones a los concesionarios, pero el problema no aparecía claro, porque en dicha obligación de solar de ladrillo una nave, no se especificaba claramente si con ello se pretendía sustituir un pavimento más viejo u otra reforma análoga.

Pero hé aquí que en sus búsquedas en el Archivo de Protocolos de la ciudad, el mismo don José de la Torre ha hallado una escritura que más adelante transcribo íntegra, según la copia que me proporciona dicho diligente investigador, la cual viene a esclarecer la cuestión.

Se trata de una escritura de concierto que hace un *represe* ante del Cabildo eclesiástico con un particular para la limpie

(1) José de la Torre y del Cerro. *El Inca Garcilaso de la Vega*. Nueva documentación. Biblioteca de historia hispano-americana. Madrid, 1935.

plo, y en ella el contratante se obliga a «barrer y regar toda la iglesia, tanto la parte enladrillada como la terriza», con otros detalles, a costa de cuyo trabajo se le conceden los frutos que rindan los árboles plantados en el patio de los Naranjos. Esta escritura se renueva cada cuatro años, y de ella existen repeticiones en el Archivo de Protocolos, aunque solo demos una de ellas, porque fundamentalmente todas vienen a decir lo mismo.

De estas escrituras se deduce que gran parte de la Mezquita estaba terriza, y que sólo las partes más principales iban siendo soladas paulatinamente, conforme lo iban permitiendo las necesidades económicas.

Las remociones de pavimentos hechas en estos últimos años para rebajar aún más el nivel que en tiempos del restaurador Don Ricardo Velázquez dió éste al pavimento de mármol que empezó a colocar hacia el año 1890, en las partes más viejas del templo, han dado en algunos sitios, al hacer el corte de tierras, unos finos lechos calizos, de unos centímetros nada más, en todo caso alrededor de cinco centímetros de altura los más gruesos, que parece representar líneas de piso de tiempos mulsumanes. Opina el actual arquitecto restaurador Don Félix Hernández, que estas partes más antiguas de la Mezquita, por lo menos, tuvieron pavimento embetunado de rojo, según costumbre califal. Pero estos lechos hallados, algunos de ellos superpuestos, indicando diferentes niveles, y completamente deleznable, o sea de cal suelta y apisonada, constituyen el único vestigio actual de un posible piso original.

Sólo en la gran parte correspondiente a la ampliación de Almanzor, todavía pavimentada de ladrillo en nuestros tiempos, cabe la total suposición de que estuviera ferriza en tiempos califales, y en épocas muy posteriores se fuera enladrillando paulatinamente. Toda la nave que corre desde la capilla del Inca hasta el costado lateral del Evangelio del Altar Mayor de la Catedral, corresponde desde luego, a la ampliación de Almanzor.

En la rebaja de pavimento a que antes aludimos, se ha visto en algún lugar, por ejemplo, en la nave donde está el altar de San Cristóbal, en la cual existían los viejos pavimentos de ladrillo bajo la solería moderna de mármol, que delante de los altares había un recuadro de pavimento de ladrillos, pareciendo más posterior el resto de la pavimentación.

No deja de ser curiosa la obligación que se impone en el contrato

de limpieza, de regar la parte terriza, para tener sentado el firme, y que no se tornara polvoriento.

He aquí la copia de la escritura:

Escritura de Concierto entre Martín Ochoa Cantero y el racionero don Matías Pinelo, obrero de la Santa Iglesia Catedral, sobre la limpieza de la misma.—Córdoba-10 Mayo 1557

(Archivo de Protocolos—Oficio 7, tomo 20, sin foliar)

«Concierto.

Sepan quantos esta carta vieren como en la çibdad de Cordoua diez dias de Mayo, año del nascimiento de Nuestro Salvador Jhesu-christo de mill e quinientos e çinquenta e siete años, otorgo Martin Ochoa, cantero, vezino de Cordoua en la collaçión de Santa María, que es concertado con el muy Reberendo señor liçenciado Matia Pinelo, Racionero y obrero de la Santa Iglesia de Cordoua, absente, en nombre de la dicha obra, por la comision que para ello dio a mi el presente escribano, de se encargar y encargó de barrer y que barrirá, todos los sabados del año, de los arcos adentro de la Iglesia Mayor de Cordoua, lo enladrillado della, y de rregar que rregará la dicha iglesia los sabados, desdel primero sabado de Mayo hasta Nuestra Señora de Setiembre; y asi se obligo de hazer *barrer y rregar toda la yglesia, enladrillado y terrizo*, y clavstros y gradas, la Pasqua de Spiritu Santo, y las fiestas de San Pedro y San Pablo y Santa María de Agosto y Nuestra Señora de Setiembre. Iten se obligo a faser barrer y rregar por donde sale la procesion el dia del Ascendimiento, y el dia de San Juan, y el dia y fiesta de Corpus Christi y los Santos Martires, y el dia de San Marcos y Domingo de Ramos. Iten se obligo de hazer barrer toda la iglesia la Pasqua Florida y la de Navidad y la Candelaria v Todos los Santos; esto se entiende clavstras y terrizo. Y asimismo se obligo a encender el bracero del Cabildo todo el tiempo que el señor obrero lo mandaze, dando le rrecaudos para elio. Y asimismo a de meter los vancos y vancaleras y poner las vancas grandes todas las vezes que el señor *pietro* o mandare. Lo qual a de hazer el dicho Martin Ochoa en tiempo de quatro años, que an de començar a correr desde doze dias del mes de Março primero que versia de mill e quinientos e çinquenta y ocho años hasta que sean cumplidos; por lo qual el señor obrero se ha el fruto de los tres guertos questan en la dicha Iglesia Mayor, de naranjas duçe y agria, y limón y lima y todas las otras frutas que en los dichos guertos estan, para que los aya y lleve para si, libras de azucre y de toda costa, por pago y en satisfaçión del trabajo *que el dicho*

Martin Ochoa a de hazer e tener en lo susodicho.... Testigos: Andres de Cardenas, çapatero de obra prima, y Gonzalo Fernandes, escribano, vecinos de Cordoba; y firmolo de su nombre el otorgante. *Mín Ochoa* (rubricado) — *Ju^o damas esno pu^{co}* (rubricado).

He aquí, pues, esclarecido un problema que ha apasionado a los arqueólogos. La Mezquita de Córdoba estuvo terriza originalmente.

En tiempos musulmanes seguramente tuvo unos lechos de çal, que apisonados y regados proporcionan un buen firme, sobre todo bastante templado para el creyente que ha de postrarse en tierra.

Los cristianos sienten la necesidad de solar el templo, pero todavía en la segunda mitad del siglo XVI, fecha a que se refieren diversas escrituras análogas a la anteriormente trascrita, quedaba terriza gran parte del mismo, y por eso hay que contratar el regado de dicha parte terriza para que no se levantara en polvo.

A principios del siglo XVII, como atestigua la concesión de la capilla del Inca, quedan naves enteras por solar, bien es cierto que perteneciente ésta a la ampliación de Almanzor. Pero se conoce dato análogo respecto a la capilla de la Encarnación, que está en la ampliación de Alháquem II.

Lo mismo que los cristianos empezaron a pavimentar los lugares más importantes e hicieron recuadros de enladrillado delante de los altares; así también habían procedido seguramente los musulmanes en el vasto templo.

Parece que los tres pabellones del vestíbulo del Mihrab pudieron estar pavimentados de mármol, análogamente a como lo está el interior del mismo Mihrab, porque Velázquez sustituyó con su pavimentación moderna de mármol un enlosado anterior que por su despiece rectangular y mala calidad de mármol, pudo ser de tiempos árabes, unido a un deplorable estado de conservación, que impuso su renuevo.

La Mezquita de Córdoba, por tanto, estuvo terriza hasta tiempos bastante modernos, y ello explica la falta de datos y vestigios de pavimento que los arqueólogos vanamente buscaban.

Rafael Castejón

BOLETIN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba — — —



JULIO A DICIEMBRE 1946
AÑO VXII - - NÚM. 56

Tipografía Artística.-San Alvaro, 17.-Teléfono 1040.-Córdoba

Mas sobre el pavimento de la Mezquita

En el número 54 de este Boletín (julio-diciembre 1945) publiqué una nota esclareciendo el problema de la pavimentación original de la Mezquita de Córdoba, muy discutida en nuestros tiempos eruditos.

En ella quedaba sentado que la Mezquita estuvo terriza en tiempos árabes, y que para darle alguna firmeza al pavimento se le echaban unos lechos de cal, que apretados y regados proporcionaban cierta consistencia, pero que apenas abandonados darían una polvareda infernal.

Contra este inconveniente los musulmanes debieron solar alguna parte principal del templo, nosotros suponemos que los tres domos o pabellones del vestíbulo del Mihrab, casi seguramente con losas rectangulares de mármol blanco.

Los cristianos, después de la Reconquista, empezarian igual pavimentación, en este caso con ladrillo o baldosa, en la que, como veremos en las notas adjuntas, llamaban «parte noble» del templo, o sea las naves del altar mayor y otras principales, el sagrario, el circuito de las procesiones y análogos.

Esta pavimentación fué muy lenta, y todavía a principios del siglo XVIII se solaban nuevas naves de la Catedral, que por ser de área tan extensa, exigía que la dicha pavimentación fuera impuesta como obligación inexcusable a los concesionarios de enterramientos, patronos de capillas, etc. De la parte subsistente terriza, el Cabildo eclesiástico contrataba, como vimos en el antedicho artículo, el barrido y regado en todo tiempo, y de modo muy especial en las festividades litúrgicas.

Para confirmación de todo lo dicho, hé aqui nuevas notas que me proporciona el diligente investigador de las actas capitulares Don Rafael Aguilar, las cuales publicamos sin más comentario:

Viernes 5 Septiembre 1455.—Este mesmo dia le pusfero (a Anton Lopes) plaso q faga solar la nave dl sagrario desta egtia. fasta navidades primeras».

Lunes 24 Julio 1480.—«Los señores dea e cabº mandaro q l obrero alvar aº canº, faga barrer e barra e Riegue las naves del cuerpo noble e por donde anda la procesio cada sabado todo el

berano fasta en fin del mes de septiembre, sopena de falta por quanto andando la procesio es tanto el polvo q daña los ornamentos, e q la gente pierde la devocio dha. procesio, e a qualquier beneficiado q propositiere el contrario desto en cab^o o al dcho. obrero q sea penado en myll mrs.».

Jueves 21 Agosto 1580 —«Este dho. día se leyo una peticion de Luis de Monnegro perrero desta Iglia. en q suplica se le de alguna cosa mas por el trabajo q se le ha acrecentado en varrer y regar la Iglia. después q pasaron el sanctissimo Sacramento al sagrario nuevo, y los dhos. señores canonigos cabildo mandaron q Robles el alcaide le de seis fanegas de trigo cada año de mas de lo q se le solia dar por varrer y Regar la igtia., y q el dho. monnegro tenga de aquí adelante la Iglia. bien varrida y Regada a su tiempo y tenga particular quenta conque este siempre muy limpia la entrada del sagrario nuevo».

Miércoles 9 Junio 1593.—«Yten habiendo precedido llamamiento para determinar si las procesiones ordinarias q se hazen en los días de fiesta y domingos yran por las naves que de nuevo están soladas bolbiendo por la nave de sta. Martha a sant Sebastian, y aviendo sobre lo susodho tratado y platicado se acordo y mando que las dhas. procesiones vayan y se hagan por las dhas. naves como dho, es».



Rafael Castejón

BOLETIN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba ~ ~ ~



JULIO A DICIEMBRE 1949
AÑO XX - - NÚM. 62

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17.—Teléfono 1040.—Córdoba

Vestigios de alcazares musulmanes en Córdoba

POR

RAFAEL CASTEJON Y MARTINEZ DE ARIZALA

Comisario Director de las Excavaciones del Plan Nacional en Medina Azzahara
(Córdoba)

El campo de Córdoba ofrece en una gran extensión alrededor del perímetro de la capital una gran riqueza arqueológica. Poblados y villas hispano-romanos, visigodos y mozárabes atestiguan cuánta ha sido la vitalidad de la vieja capital bética a través de los siglos, que el gran esplendor islámico viene a aumentar en intensidad y extensión.

De aquí que todos los historiadores locales, sorprendidos por los continuos hallazgos del subsuelo cordobés, le hayan dedicado numerosas páginas, por las cuales se ha deslizado la fantasía, entre datos ciertos y elocuentes (Ambrosio de Morales, Díaz de Rivas, Ramírez de las Casas Deza). Y no ha dejado de sorprender a los extranjeros que han tenido ocasión de comprobar tal extremo. «Una ciudad entera, pero laminada, hay enterrada al occidente de Córdoba, en una extensión de varios kilómetros...», decía Terrasse, después de recorrer los llanos cordobeses rasgados por largas líneas con motivo de la construcción de los canalillos secundarios de sus modernos regadíos.

Siguiendo esta corriente local impuesta por el medio, nosotros hemos pretendido en diversas ocasiones (1) recordar aquellos hallazgos y aun relacionarlos con construcciones documentadas, pero el estado de destrucción en que aparecen es tan lamentable que impiden una identificación nominal en la mayoría de las ocasiones. Al hablar de ubicación de arrabales, especialmente los de Occidente, y de vestigios de alcázares o palacios de recreo, en nuestros intentos de reconstrucción topográfica de la Córdoba del Califato, hacemos relación de lugares donde subsisten restos de aquéllos.

En esas ocasiones nos hemos referido a los vestigios de la Huerta de Valladares, que en esta nota vamos a describir. Esta huerta está a poniente de Córdoba, a una distancia de dos kilómetros aproximadamente del casco de la población y en la misma ribera del Guadalquivir. Es la más extrema de una serie de cuatro huertas que se extienden desde la Huerta Maimón, primera de ellas, frontera al

ángulo SO de la muralla general de Córdoba (aquí subsistente, en el trozo que circunda la Huerta del Alcázar, donde se abre el llamado Portillo de los Sacos), cuya huerta acaso conserva su nombre de tiempos califales (yen-al-Maimón, la huerta de los Maimón, los porteros de Palacio, de que habla Aben Házam), hasta la nombrada Huerta de Valladares. Estas cuatro huertas deben su existencia a los manantiales que afloran al pie de una terraza cuaternaria, entre cuyo desnivel y el río ellas se extienden. Sobre el borde de esa terraza ha llegado a nuestros días una fuerte muralla de tapial, posiblemente de tiempos de Almanzor. A su vez, la Huerta de Valladares está inmediata a otra hermosa posesión, Alameda del Obispo, en tiempos del Califato, Almunia del generalísimo de los ejércitos califales Gálib Annaseri.

Precisamente en el borde de la terraza cuaternaria, a cuyo pie está situada la Huerta de Valladares, hay restos de un alcázar o palacio musulmán. Los derrumbes naturales del terreno y otras veces la reja del arado ponen al descubierto los muros, pavimentos y objetos de dicha construcción, la cual debió tener aristocrática importancia, a juzgar por sus restos decorativos.

Los muros están contruidos con sillares de piedra caliza bien labrados, cuyas dimensiones son aproximadamente de $60 \times 33 \times 20$, colocados a soga y tizón en la proporción de uno por cuatro o cinco. Estas dimensiones y técnica son típicas de épocas de Almanzor. Los muros están paramentados de estuco blanco a la cal con zócalos rojos, como en Medina Azahara y demás construcciones califales. Los pavimentos son de mortero de cal embetunado en rojo, de baldosa de 42 cm. de lado, o de ladrillo de 33×20 . Sobre los pavimentos hay un gran lecho de cascote de teja. Todas estas referencias las damos sobre observaciones del terreno, en los derrumbes de que antes habíamos, porque estos lugares no han sido objeto de excavación especial alguna.

Los cultivadores de la huerta desde hace muchos años, la familia Dorado, a quienes desde aquí expresamos nuestro reconocimiento, vienen recogiendo los hallazgos arqueológicos que el arado descubre, los cuales constituyen un apreciable lote, que consiste en unos treinta trozos de placa decorativa califal, un candil, una basa de mármol y un trozo de placa epigráfica.

El lote de placas decorativas, recogido casi sobre la superficie del terreno, evidencia que debe ser un rico yacimiento arqueológico.

Recordamos que en Medina Azahara las grandes cantidades de este material han sido recogidas en el conjunto de habitaciones que pertenecen al Alcázar de los Califas y en el gran salón occidental. Es decir, que en aquella creación califal la decoración de placa tallada sólo existía en departamentos de especial suntuosidad u ornato, ya que la gran mayoría de habitaciones comunes sólo presentan paramentos lisos de estuco de cal.

No es raro, por otra parte, el hallazgo de decoración en placa esculpida en alcázares o palacios particulares. Precisamente las ubicaciones de dichos alcázares, de las que damos algunos en nuestros mentados trabajos, las basamos en el hallazgo sobre la superficie del suelo, junto con otros restos arqueológicos, de trozos de esta placa decorativa, que indiscutiblemente denota magnificencia en la construcción, puesto que reproduce la de los propios alcázares califales.

La naturaleza de la piedra caliza sobre la cual está tallada la clásica decoración floral del Califato es igual a la de Medina Azahara. Denota esto similitud de talleres que debieron abundar en Córdoba en dicho periodo. La técnica y los motivos artísticos son también iguales a los clásicos del arte califal.

Examinando el lote de placa decorativa, del que ofrecemos fotografía (pág. 217, núm. 2), se nota bastante diferencia entre el trozo mayor que en él aparece y el resto de los trozos, principalmente por su técnica. Este trozo (pág. 217, núm. 4) está labrado en la misma clase de piedra que el conjunto, y sus temas son los florales típicos del Califato. Formó parte seguramente del remate de una pilastra decorativa de las que flanquean los diversos planos de las jambas de puertas, como algunas se ofrecen «in situ» en Medina Azahara. Decimos que su técnica es distinta porque los relieves lineares, son de sección redonda o acordonada, en tanto que los más típicos de ese arte están tallados en bisei o en canal, a veces en doble y aun triple canal, como sucede con todos los que integran el resto de este lote. Podríamos decir del primero que su talla es de sección convexa, y los demás de sección cóncava, o mejor, en canal.

Plantea esta diferencia de técnica de labra el problema que ya Velázquez Bosco explanó de posibles escuelas o estilos dentro de la gran cantidad de placa decorativa que halló en Medina Azahara. Según dicho primer excavador de la ciudad califal (2), podrían reconocerse hasta cinco escuelas o estilos de decoración floral en pie-

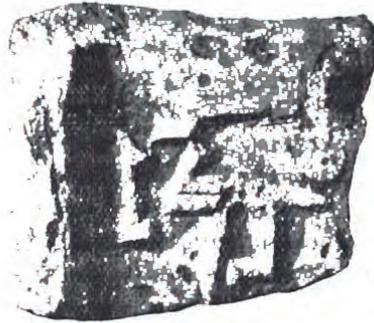
dra: uno de pura tradición bizantina, por lo demás el más abundante; otro de tradición clásica, con derivación directa del romano; otro de fusión de estos dos primeros; otro de extraños barroquismos derivados de los anteriores, y el último con claras influencias orientales.

Terrasse (3) disiente de esta manera de ver y reprocha a Velázquez la supuesta idea de éste de considerar aisladamente diversos estilos en esa decoración floral, cuando según aquél son influencias que previamente existían en el arte de la Cristiandad helenística, recogido por el Islam. Acaso Velázquez quiso decir esto mismo, porque en su discriminación de estilos o tendencias, hecho con admirable perspicacia, aunque con poca claridad de exposición, no habla de talleres, estilos o épocas distintas, sino de influencias que coexisten «simultáneamente», sin dejar de reconocer todos los influjos indígenas y alógenos que el arte del Califato resumió en un deslumbrador florecimiento.

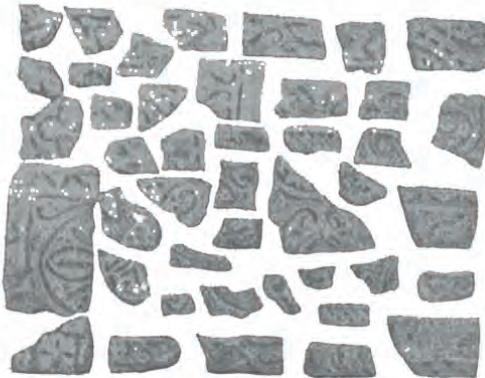
Pero de esta diferencia radical en la técnica del labrado no se han deducido todavía conclusiones generales. Localmente veníamos estimando que la talla que hemos llamado convexa o acordonada representaba típicamente la época de Almanzor, en tanto que la acanalada era clásica de la época de esplendor de Abderrahman III y Alháquem II. Terrasse (4) señala la técnica acordonada en la parte de Mezquita de Córdoba ampliada por Alháquem II, lo cual invalida una franca adjudicación almanzoreña de la misma. No olvidemos el hecho extraño de que gran parte de la decoración floral de dicha parte de la Mezquita está hecha sobre estuco y no sobre piedra, cuando en Medina Azahara, no sucesora, sino francamente coetánea de esta ampliación de la Mezquita, toda la decoración floral está tallada en piedra (5). Bien es cierto que la gran porción de esta decoración floral sobre estuco de la Mezquita está en los vestíbulos del mihrab, porque la que recubre las arquerías de los vestíbulos de ingreso de dicha ampliación (capilla de Villaviciosa) es parte de piedra y parte de estuco. No queremos con esto apuntar la idea de que el estuco solo apareciera en lugares restaurados, ya que el mihrab de la Mezquita y sus delanteras lo han sido intensamente en épocas no muy lejanas, en el siglo XVIII por el francés Draveton (6) y en el XIX por Furriel (7), pero el hecho de que hasta algunas celosías de la cúpula vestibular del mihrab sean de estuco de yeso es extraordinariamente sospechoso.

Pero ni la naturaleza del material, ni la posible diferenciación de estilos en la decoración floral del Califato, invalidan el hecho señalado por Terrasse en la ampliación del Aiháquen, y confirmado en este lote de placa decorativa del alcázar que existiera en la Huerta de Valladares, de que ambas técnicas de labra, la acordonada y la acanalada, ya aparecen en tiempos de aquel califa, son coetáneas:

1



2



3



4



1: Trozo de placa epigráfica hallado en la Huerta Valladares, de Córdoba.

2: Lote de placa decorativa perteneciente al alcázar musulmán de la Huerta Valladares.

3: Base de mármol de filiación almanzoreña.

4: Trozo de placa decorativa califal, remate de una pilastra, hallado en la Huerta Valladares.

aunque tomara más desarrollo en tiempos de Almanzor la técnica acordonada.

Por último, la pieza más importante de estos hallazgos es la basa de mármol (núm. 3), de altura 0,18 m., respondiendo en un todo al tipo califal, y que igualmente encaja en la filiación almanzoreña que venimos dando a todos los restos arqueológicos de este yacimiento.

En esta basa, el plinto y sus ángulos superiores están recorridos por un elegante tallo vegetal, de labor acanalada, de clásica factura

califal. Pero los dos toros, que en algunos bellos ejemplares de la época ofrecen un elegante ensogado como labor decorativa, aquí presentan una serie de cuadrados incisos en presentación diagonal, con otros más pequeños excavados en su centro, y triángulos excavados en ambos bordes de la serie, lo cual equivale a un ensogado esquemático, pero sin el elegante acabado de la época.

Se trataría, por consiguiente, de una pieza sin terminar, o más bien, de una estilización hacia el dibujo geométrico, que pudiera señalar algún momento de decadencia. Como la decadencia del arte hispano-musulmán no deriva hacia la estilización franca, sino hacia la multiplicación y reflorecimiento de los motivos, no se puede tomar esta basa, por ahora, como término de transición, hasta que un mejor conocimiento de la evolución que toma el arte califal en sus derivados del siglo XI encuentre otros ejemplares análogos o continuadores de esta basa.

En conclusión, en la Huerta de Valladares de Córdoba, en zona de abundantes ruinas musulmanas, situada hacia el probable emplazamiento de Medina Zahira, existen los restos de un alcázar musulmán de cierta importancia, merecedor de una excavación formal, en el cual todos los elementos constructivos y decorativos señalan una filiación típica de los tiempos de Almanzor, el fundador de las grandes barriadas de la Córdoba occidental, hoy desaparecida.

N O T A S

(1) Compendiadas en *Córdoba Califal*. Boletín de la Real Academia de Córdoba, núm. 25, año 1929.

(2) RICARDO VELÁZQUEZ BOSCO: *Medina Azzahra y Alamiriya. Arte del Califato de Córdoba*. Madrid, 1912, pág. 56.

(3) HENRI TERRASSE: *L'art hispano-mauresque*. Paris, MCMXXXII, pág. 94.

(4) *Ibidem*, pág. 146.

(5) Aunque en alguna ocasión se ha hablado de yeso en partes constructivas o decorativas de Medina Azahara, tal material es rarísimo en la creación califal. Como material usado en elementos decorativos, sólo ha sido hallado hasta ahora formando una basa de columna existente al Sur del gran salón occidental, y constituyendo el elemento suelto de decoración flóral que aparece en el ángulo izquierdo de la lámina XVII de la citada obra de Velázquez (la composición principal de dicha lámina está tallada en piedra; y todo ello se ha desprendido en años posteriores por la acción de los agentes atmosféricos), y en ambos excepcionales casos como remiendos o composturas de partes muy expuestas al roce o desgaste.

(6) Los trabajos de reconstrucción a fondo de las cúpulas del mihrab, realizados en 1767 por el arquitecto francés Draveton, han sido publicados recientemente por Enrique Romero de Torres, en artículo publicado en *Diario de Córdoba* y reproducido en Boletín de la R. Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, núm. 48, enero-marzo 1944.

(7) De la restauración de los mosaicos del mihrab y alguna celosía, sobre lo cual no se conoce hoy documentación, hay noticias en *Inscripciones árabes de Córdoba*, por RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS. Madrid, 1879, pág. 144.

ADDENDA AL ANTERIOR ARTICULO

Desde que se publicó el anterior artículo en «Homenaje a Julio Martínez Santa-Olalla», Madrid, 1946, publicado incluso con bastante retraso después de escrito, y que ahora reimprimimos por su interés local, se han producido descubrimientos y publicaciones que aclaran definitivamente algunas de las cuestiones que en él se planteaban, y que ya podemos considerar completamente resueltas.

Por ser estas cuestiones de honda trascendencia para el estudio y evolución del arte del califato de Córdoba, y porque es interesante que conste cronológicamente cuando fueron aclaradas, hacemos de ellas aquí especial mención.

Los estilos de labra en la decoración califal.—En el anterior artículo recogíamos las opiniones fundamentales de Velázquez y Terrasse sobre la cuestión.

Al reconocer el primero diversas influencias o estilos en la decoración califal, declaraba que existían simultáneamente. Terrasse confirmaba que estas diversas influencias procedían de la Cristiandad helenística recogidas por el Islam.

Nosotros insistíamos, no ya en la diferenciación de motivos estilísticos, evidentemente simultáneos, sino en la diferente técnica de labra, deslindando claramente la acanalada y la acordonada, por si en ellas hubiera diferencias cronológicas que permitieran atribuciones históricas.

Esta parece que era la opinión de algún autorizado maestro en arqueología, y según ella, la técnica acordonada o de tallo circular denunciaría la época de Almanzor, en tanto que el tallo en bisel acanalado, simple o doble, sería de tiempos anteriores de Abderrahman III y de Alhàquen II.

Pues bien, los hallazgos arqueológicos en las excavaciones de Medina ai-Zahra, a partir de 1944, destruyen totalmente dicha opinión. (1)

En dicho año se inició el descubrimiento del salón que hemos llamado de Abderrahmán III por las repetidas dedicaciones y eulogias a este Califa talladas en basas, frisos y capiteles. Al parecer, y no hay hasta ahora dato alguno que lo contradiga, todo este salón constituye una pieza completa de época, es decir que no se advierten en él recomposiciones ni reformas que hicieran suponer periodos diferentes en su estructura o en su decoración, como claramente se ad-

vierten en otras estancias de la ciudad califal. Se puede asegurar formalmente que la decoración de este salón es de Al-Násir.

La técnica de labra en los grandes paneles decorativos de este suntuoso salón, el más decorado de los que hasta ahora se han excavado en Medina al-Zahra, ofrece indistintamente las dos técnicas que venimos llamando acanalada o en bisel, y acordonada o en tallo circular. Son, por consiguiente «simultáneas», como lo son los motivos estilísticos de dichas decoraciones.

Es más, la estancia donde se iniciaron estos hallazgos, la correspondiente al número 171 del Plano general de las excavaciones, presenta una decoración floral de tallo grueso, en labra «acordonada», la más gruesa y convexa hallada hasta ahora en la ciudad califal, de unos tres centímetros de diámetro, que constituye el ejemplo más demostrativo de lo que venimos explanando.

Nuestra conclusión, por tanto, es la de que los motivos estilísticos que presenta la profusa decoración floral del califato, así como las técnicas de labra o tallado de dicha decoración, que pudieran interpretarse como pertenecientes a épocas distintas, son contemporáneas o simultáneas sin género alguna de duda.

El yeso en la decoración califal.—Uno de los caracteres que dan más soberano vigor a la decoración que embellece los grandes monumentos del Califato de Córdoba, es su talla directa en piedra, mejor diríamos en placa de piedra que se fija sobre los muros con yeso.

La utilización del yeso como material de sostén o fijador ha dado lugar, al llegar la destrucción, a que las placas de piedra que forman los elementos decorativos, se desprendieran con gran facilidad, bien por aprovechamiento de los sillares de los muros, o ya por la acción de elementos atmosféricos, especialmente la lluvia, que puja el yeso y desprende las placas de la decoración. Este contratiempo es particularmente doloroso cuando aparecen en las excavaciones restos de muros con su decoración, y en los primeros años que quedan a la intemperie se les desprende y cae rota al suelo toda la placa que los exornaba.

La placa decorativa, labrada en las canteras de piedra caliza miocena muy sabulosa que abunda en las estribaciones de la sierra de Córdoba, es fácil de trabajar cuando está recién extraída o cuando se humedece, pero expuesta a la desecación se endurece, y sus res-

tos, como los de cerámica, resisten la acción de los siglos y constituyen excelentes testigos de las ruinas califales.

Hacemos estas consideraciones generales para llegar a la conclusión de que, siendo la placa decorativa tallada en piedra uno de los mejores exponentes del arte del Califato de Córdoba, se ha llegado a dudar algunas veces de esta característica exclusiva, por cuanto en algunas partes de monumentos clásicos de los islamitas cordobeses, se han encontrado decoraciones florales talladas en yeso.

Advirtió esto Ramírez de Arellano (2) al describir la Mezquita de Córdoba, señalando las pilastras decorativas «de estuco» que hay en la nave central que conduce al miharab, y lo confirmaron Velázquez, Terrasse, Aguilar y otros, en el mismo interior del miharab, tanto en los arabescos como en la cúpula.

En Medina al-Zahra, dejamos señalados en el artículo anterior, los escasísimos restos hallados de decoración en yeso «tallada», y subrayamos la técnica porque en todos esos lugares, tanto la Mezquita como Medina al-Zahra se advierte el trazo del cincel o gubia tallando el yeso como si fuera piedra. La primera conclusión, por tanto, es que cuando se utilizó el yeso lo fué muy raramente y nunca en molde, sino tallado a cincel como la piedra.

Ya en el artículo que venimos comentando decíamos que era extraordinariamente sospechoso este empleo del yeso como elemento decorativo, y afirmábamos que sólo se encontraba en remiendos o composturas de partes muy expuestas al roce o desgaste.

Esto, que en Medina al-Zahra parecía clarísimo se aclaró también totalmente, después del paciente trabajo de investigación hecho por Aguilar Priego respecto a la restauración del Mihrab de la gran mezquita cordobesa hecha por Furriel en 1815, y del cual solo se tenía hasta ahora el escueto dato histórico (3).

Esta restauración a fondo, sobre todo de partes decorativas (4), revela la gran importancia de ella, el yeso que se gastó, las figuritas que se renovaron, o sea los arabescos o decoración floral, y otros muchos datos que compulsados con el monumento mismo evidencian la conclusión antes dada.

La labor tosca de los arabescos del interior del miharab, es por consiguiente, una restauración en yeso hecha por Furriel en 1815, como lo son las pilastras de estuco de la nave principal, como la misma concha que sirve de bóveda o cúpula al mihrab, recorrida acaso en sus aristas con aplicaciones de yeso sobre la gran piedra

original, acaso desgastada, y en suma, cuantas veces aparece el yeso en la decoración califal, se puede asegurar que es como remiendo o compostura a una decoración en piedra preexistente.

La dignidad del arte del Califato en cuanto al empleo de materiales nobles aparece no solo intachable, sino que viene a confirmar la amplitud de las escuelas y talleres que con tal profusión vinieron a servir en la Córdoba de los Califas las grandes creaciones de los potentados con una numerosa legión de artífices, dibujantes y tallistas, cuyos nombres vienen revelando las inscripciones y que constituyen una legítima gloria del artesanado cordobés de la época.

N O T A S

(1) Rafael Castejón. *Nuevas excavaciones en Madinat al Zahra; el salón de Abd al Rahman III*, «Al-Andalus», 1935, I, p. 147.

(2) Rafael Ramírez de Arellano. *Guía artística de Córdoba*. 1896, p. 19; *Historia de Córdoba*. 1918, tomo III, p. 347.

(3) Rafael Aguilar Priego. *Datos inéditos sobre la restauración del Mihrab de la Mezquita de Córdoba*, «Boletín de la Real Academia de Córdoba», n.º 53, abril 1945, p. 139.

(4) La restauración de las partes formales o constructivas de la capilla del Mihrab parece ser la hecha en 1772, de la que dió cuenta Enrique Romero de Torres, en artículo titulado *La famosa capilla del Mihrab que amenazaba hundirse en la segunda mitad del siglo XVIII fué restaurada por el arquitecto francés don Baltasar Dreveton*, que vió la luz en «Diario de Córdoba» el 9 de noviembre 1935, y se reprodujo en este «Boletín», núm. 48, enero-marzo 1944, p. 83.



BOLETIN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba — — —



JULIO A DICIEMBRE 1949
AÑO XX - - NÚM. 62

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17.—Teléfono 1040.—Córdoba

Nueva pila almanzoreña en Córdoba

El año 1926 y con motivo de obras de destrucción en la casa y ruinas de la Munia Almiría, propiedad entonces del Conde de Artaza, apareció una hermosa pila de mármol blanco, de 0'95 metros de longitud por 0'68 de anchura. Sus cuatro frentes están decorados con hojas de acanto, entre las cuales surge un tallo que se abre en dos róleos sobre aquellas, y en el ángulo de abertura del tallo hay cabecitas de león y cabra, alternadas. La pila fué adquirida por el Estado y hoy se encuentra en el Museo Arqueológico de Córdoba.



La pila de Almiría hallada en 1926

Posteriormente, el año 1945, unos campesinos han traído de los mismos lugares que la anterior aproximadamente, otra pila de mármol, más pequeña, de 0,66 metros de largo por 0,52 de anchura, con decoración análoga, aunque más complicada, porque por cima de la composición que próximamente ofrece la anterior, ésta presenta una serie superior de róleos en guirnalda, y los



La nueva pila de Almiría, hallada en 1945

ángulos están adornados no con cabezas de animal, sino con parejas de leones o leopardos, de cuerpo entero. Esta pila cayó en

manos de anticuarios, quienes la vendieron a Madrid, terminando su odisea, como la anterior, en el Museo de Córdoba.

Ambas son de lo más característico del periodo alamirí dentro del Califato cordobés, y aunque ha habido alguna opinión contraria, el lugar del hallazgo y todos sus caracteres y factores no dejan lugar a dudas de que fueron talladas para el célebre palacio de



Detalle de la pila de Alamiría, de 1926

Almanzor en la sierra de Córdoba. Del hallazgo de ambas tenemos publicada noticia. (1)

Ahora damos cuenta de una tercera pila, de igual tipo y serie que las anteriores, aunque algo más grande. Sus dimensiones son 1'05 de largo por 0'67 de ancha, medida también sobre bordes superiores. Su altura es de 0,30 m. Las primeramente halladas tienen 0,26 y 0,18 respectivamente.



Detalle decorativo de la pila de Alamiría

Su decoración, desarrollada también en los cuatro frentes es del mismo estilo que las anteriores, pero más simple. Presenta

(1) *La nueva pila de Alamiría y las representaciones zoomórficas califales*, por Rafael Castejón, "Boletín de la Real Academia de Córdoba", número 53, abril-junio 1945.

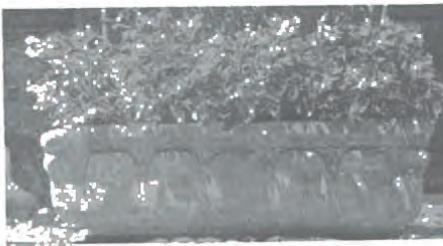
anchas hojas de acanto, entre cuyas divisiones se eleva un tallo o caulículo que se abre en trifolia.

Los frentes estrechos tienen tres acantos, además de las dos mitades de hoja que corresponden a los ángulos, con un ancho máximo de la hoja de 12 a 14 centímetros. Los tallos que están en la separación de las hojas tienen un collarín en forma de ensogado.

De los dos frentes alargados, uno de ellos tiene cinco robustas hojas de acanto, similares a las anteriores, pero más anchas, de 14 a 16 centímetros. El collarín del caulículo es una tetrafolia.

El otro frente tiene sustituida la hoja de acanto central por una cabecita de león en la parte alta, del mismo tipo y factura que las pilas anteriores, pero aquí sirve de rebosadero de la pila, dando salida al agua por la parte inferior de la cabeza. La pila tiene además otra salida de fondo en uno de los ángulos.

El estado de conservación de la pila es mediano, estando desgastados los bordes de las hojas de acanto, como de mucho uso, e incluso uno de los ángulos tiene un grosero remiendo moderno de cemento, seguramente para mejor habilitarla a su destino actual que es el de maceta para sembrar flores.



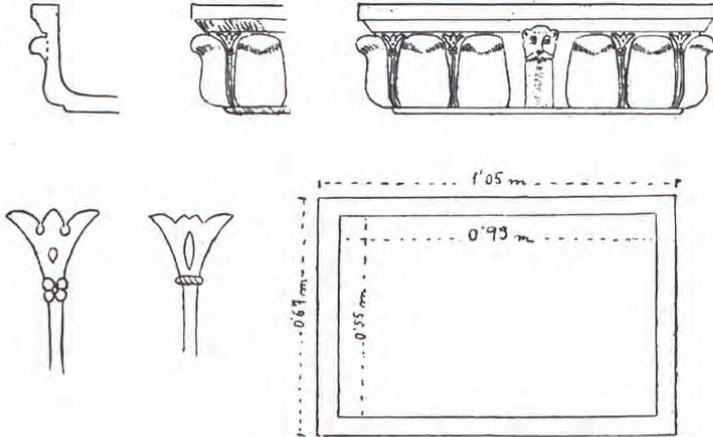
Otro frente de la pila almanzoreña de Córdoba

Esta pila se halla, utilizada según decimos como maceta de flores, en el patio principal de la hermosa mansión solariega que hoy poseen en Córdoba los herederos de don Juan Ginés Sepúlveda, en el número 77, del General Varela, poco más allá de la plaza y parroquia de San Andrés, en el corazón de la urbe,



La pila almanzoreña de Córdoba

Los propietarios creen que esta pila ha existido siempre en la casa y que en ella estaba cuando su antecesor adquirió el inmueble, lo mismo que dos pequeños capiteles, también sueltos, uno de tipo clásico alhaquemi, llamado de panal o de avispero por la



Frente principal, dimensiones y detalles de la pila almazoreña de Córdoba

prolijidad de su labor, y el otro de esa ruda factura que hoy encaja en la clasificación de visigodo, pero que nos hace pensar también si pertenecerá a los primeros siglos del emirato cordobés, en



Capites visigodo y árabe existentes en la misma casa de la pila

los que se debió construir mucho en Córdoba al estilo nacional o indígena, o sea perseverando en el visigodo, antes que llegaran las amplias esquisiteces evolutivas de Medina Azahara.

Sin querer, y puesto que los propietarios actuales desconocen el origen cierto de estas piezas, el espíritu del observador trata de

reunirlas en una procedencia común, no se sabe si de la misma casa, halladas en alguna reforma constructiva, o serán piezas de acarreo.

Esta hermosa casa parece que fué solariega de los Guzmanes de Córdoba, y en la generación pasada la vivió el Marqués de Santa Marta, quien la amplió con hermoso jardín que emplazó en un



Portada principal de la casa de los Herederos de Ginés de Sepúlveda, en San Andrés, de Córdoba

antiguo Hospital de locos y tres casas pequeñas pertenecientes al mismo y colocadas bajo el patronato del marquesado de Alcañices, cuyas propiedades adquirió el primer marqués citado en el siglo pasado.

La gran reforma de esta casa, aparte su ampliación mencionada, se hizo en el siglo XVIII, al cual pertenecen sus construcciones esenciales y especialmente la magnífica escalera principal, una de las mejores de Córdoba, donde las hay tan buenas. Es de un barroco afrancesado, muy elegante en su desarrollo, y en la baranda de hierro tiene el escudo, en colores, de los Fernández de Córdoba. Don Teodomiro Ramírez de Arellano, de quien tomamos estas notas (2), dice que en las rejas bajas están las armas de los Fernández de Córdoba y Guzmán.

En una de las fachadas del patio principal está grabada la fecha 1776, seguramente la de gran reforma del inmueble, y en la

(2) *Paseos por Córdoba*, por don Teodomiro Ramírez de Arellano, tomo I, pág. 305.

que acaso se hallaron las piezas árabes que comentamos, si no es que fueran de acarreo.

Recordemos que este barrio de San Andrés era en el Califato



Vista general de la misma casa, antigua solariega de los Guzmanes

el barrio de los tiraceros o bordadores de tiraces, los celebrados tisúes de seda bordados con hilillo de oro, y no deja de ser curioso que en la mentada obra de Ramírez de Arellano, editada el año 1873, dice que en la esquina de la calle de San Antonio, de este barrio, y casi frontera a la casa que describimos, existe una modesta casa en la que estuvieron los últimos telares de seda que hubo en Córdoba.

Rafael Castejón

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes ~ ~



ENERO A JUNIO 1954
AÑO XXV - NÚM. 70

Tipografía Artística.-San Alvaro, 1.-Teléfono 1040.-Córdoba

MONUMENTOS HISTORICO-ARTÍSTICOS DE CÓRDOBA

ALAMIRÍA

Alamiría fué la residencia campestre del gran dictador Almanzor, en las inmediaciones de Córdoba, a nueve kilómetros de la capital. Está situada al pié de la Sierra, a poniente y más allá de Medina Az-Zahra, de la cual la separan más de dos kilómetros. (1)

El nombre de Alamiría más completo es el de Muniat Al-Amiría, o sea Almunia (huerto vergel) de los Amiríes, puesto que Amir era el patronímico de Almanzor, Mohamed ben Abi Amir. (2)

Según el historiador Conde (3) esta almunia fué regalada a Almanzor por el Califa Hixem II, con motivo de las bodas del hijo de aquél, según el siguiente relato:

«En la primavera del año 367 (=978 de J.C.) se celebraron en Córdoba las bodas de Abdelmelic, el hijo de Almanzor, con Habiba, hija de Abdaláh ben Yahie ben Abi Amer y de Boriha, hija de Almanzor. Hubo con este motivo



Pila de Alamiría hallada en 1926

grandes fiestas y regocijos públicos. Se hicieron las bodas en los hermosos jardines de la almunia llamada Alamiría, contiguos a los alcázares de la Zahriya, almunia que regaló el rey Hixem a su hagib (mayordomo o primer ministro) Almanzor cuando le pidió licencia para celebrar en ella estas bodas. La nobleza toda de Córdoba concurrió a estas alegrías. La linda novia fué conducida en triunfo por las calles principales de la ciudad, acompañada de todas las doncellas amigas de la familia, precedidas y seguidas del Cadí y de los testigos, los señores, xeques y caballeros de la ciudad. Las doncellas todas armadas de bas-

tones de marfil y de oro guardaron la entrada del pabellón de la novia todo el día. El novio, acompañado del gran séquito de los nobles mancebos de su familia, a la venida de la noche, protegido de los estoques dorados de sus amigos, logró la entrada apesar de la bizarra defensa de las doncellas. Todos aquellos jardines estaban iluminados, y en todos sus bosques y fuentes y en los barcos de sus claros lagos resonaban apacibles músicas, y las alabanzas de los desposados eran el asunto de las canciones. Los versos y las músicas duraron toda la noche hasta la hora del alba, y los regocijos continuaron todo el siguiente día. Los más aplaudidos versos que cantaron las doncellas en estas bodas fueron de Abu Hafs ben Ascalecha, y los de Ben Abilhebab y de Abu Tahir el Esturconi. Repartió Almanzor en esta ocasión a sus guardias preciosos vestidos y



Pila de Alamiría dañada en 1945

armas, dió muchas limosnas a los pobres de las zawiya (4), casó y dotó huérfanas pobres de su aljama, y regaló a los buenos ingenios que celebraron a su hija y nieta. No se vieron en Córdoba días más grandes que éstos, ni walimas o convites nupciales más espléndidos».

Don Ricardo Velazquez Bosco, al historiar Alamiría, con motivo de las excavaciones allí realizadas, dice en la hermosa obra titulada «Medina Azzahara y Alamiriya» (5).

«La casa de campo que Almakari llama Muniat-Alamiriya fué construída por Almanzor no lejos de Córdoba y próxima a Medina Azzahra, y estaba rodeada de campos y plantaciones en los que cojía cada año un millar de almudes de cebada para mantenimiento de sus caballos. En ella tenía la cria caballar y una fábrica de armas ofensivas y defensivas, de las que producían mas de doce mil al año, empleando en ella considerable número de obreros, además de los ocupados en las caballerizas y en el servicio de la finca y del palacio. Este era el primero que visitaba cuando volvía de las expediciones militares, no descansando hasta después de haber preguntado al encargado de las caballerizas cuantos potros habían muerto o nacido durante su ausencia, llamando luego al arquitecto para saber si alguna parte del palacio necesitaba reparación. De este palacio partía para la guerra y en él pasaba las epocas mas rigurosas del año,

según se deduce de la obra «Bayan Al-Mogrib», en la que dice: El poeta Amruben-Abul Habbab fué un día a ver al primer ministro Almanzor en uno de sus palacios llamado Alamiría, cuando las flores estaban abiertas en los jardines, los valles y las alturas habían revestido sus contornos, la fortuna sometida reinaba y la dicha sujeta residía en él. Dijo entonces estos versos:

Ninguno de los días que tu has vivido
pueden compararse a los que pasas en Alamiría,
donde se encuentra el agua y la sombra,
y donde la temperatura aún en las estaciones extremas
es siempre moderada.
Esta villa no deja de estar hermosa
y ligada siempre a la dicha
de ser sin interrupción visitada por la victoria,
de ver llegar enemigos vencidos,
de no ver alejarse los estandartes sino en pos del triunfo
de no tomar decisiones sino coronadas por feliz resultado».

También es legendario que cuando Almanzor sintió aproximarse la vejez y cayó enfermo, pasaba largos meses en Alamiría, vagando por sus montes para recuperar la salud y buscando yerbas medicinales para sus dolencias.

En la Edad Media, mucho después de la Reconquista de Córdoba, esta finca debió pertenecer a los Fernández de Córdoba, señores de Aguilar, y por ello tomó el nombre de Aguilarejo, acaso a lo cual se deba que en la casa solariega de estos en Córdoba, la llamada «casa del Aguilarejo», se encontrasen restos arqueológicos como capiteles almazoreños, seguramente extraídos de aquellas ruinas. (6)



Pila almanzoreña, descubierta en Córdoba en 1949

El año 1910 decidió el Estado español hacer excavaciones en Medina Azahara, a instigaciones del arquitecto conservador de la Mezquita don Ricardo Velázquez, y demorándose la obtención del permiso para empezar los trabajos en la finca Córdoba la Vieja donde aquellas radican, se decidió excavar en esta finca del Aguilarejo, en la cual se discutía cual fuere la fundación musulmana allí existente. (7)

Los trabajos, de los cuales dá cuenta la hermosa obra de Velázquez antes citada, describen el hallazgo de esta manera:

Ocupaba este palacio de Alamiriya una extensión de cerca de cuatro hectáreas, al pie de la Sierra y unos nueve kilómetros de Córdoba, y tres más distante de ésta que Córdoba la Vieja o Medina Azahara. Para su construcción

comenzaron por nivelar y allanar el terreno dividiéndolo en cuatro mesetas horizontales escalonadas y cercándolo con fuerte muro que en parte se conserva, compuesto de un zócalo de tres o cuatro hiladas de cantería sobre el cual se levantan pilares de sillería alternando con tapiales de hormigón. Gruesos muros también de cantería sirven para contener las mesetas o plataformas, sobre la última de las cuales se levantaba el palacio, que se componía de uno o más patios rodeados de estrechas crujías.

El cuerpo central del palacio, de gran regularidad, lo componen tres crujías



Voluta de capitel con cabeza de león y pájaros, hallada en Alamiría en 1910



La misma voluta de costado, para ver mejor los pájaros de su róleo.

paralelas, de igual anchura, cruzadas por dos paredes de travesía, que lo dividen en habitaciones cuadradas en sus extremos unidas por tres rectangulares, y cubiertas probablemente con bóvedas baídas aquellas y de cañón seguido estas últimas. Este cuerpo central está flanqueado por otros dos próximamente de igual extensión. Delante hubo terraza o calle, pavimentada con gruesas losas de piedra que desembocaban en las escaleras o rampas de bajada a los jardines o edificios de otras mesetas. A uno y otro lado de este cuerpo central se extienden largas y estrechas crujías que parecen las caballerizas, estando aisladas las de Oriente, con bancos de piedra alrededor, pavimentadas con sillería gruesa, en vez de mármol como las centrales. Por el noroeste hay una serie de pequeñas habitaciones lindantes con el estanque.

El estanque o gran alberca es casi rectangular, con 49'70 metros de largo por

una anchura media de 28, lo que dá una superficie total de 1.380 metros cuadrados, construído todo de sillería, con grandes contrafuertes y ménsulas de cantería, sobre las cuales voltean arcos también de cantería, que sustentan un paseo volado sobre el estanque, dándole aspecto de lugar recreativo como el de muchos palacios persas y otros del mundo musulmán como el del patio de los Arrayanes o el de la Torre de las Damas en la Alhambra, y en el cual seguramente se celebraban las fiestas náuticas.



Trozo de pila o friso con dos cabezas de dragones e inscripción cúfica, hallada en Almiria en 1910

El estudio de estas ruínas, afirma Velázquez, hace suponer que la parte central es anterior al resto, seguramente palacio existente cuando fué regalado a Almanzor por el califa Hixen II, y el resto es construcción de la época del célebre político y caudillo. La cantería es toda del sistema a soga y tizón con espesor de muros de 0'70 y 1 metro, y las paredes de cerramiento de 1 a 1'15 y hasta de 2 metros. Este autor hace en su obra extensas consideraciones sobre este sistema de construcción.

Las paredes estaban recubiertas de estuco blanco y un zócalo pintado en rojo de 50 cmts. de altura y banda superior como en Medina Azzahara y otros

palacios contemporáneos, y en algunos con decoración pintada y restos de inscripciones. De igual estuco rojo estaba guarnecido el estanque. Los pavimentos eran de mármol rojo o blanco en losas rectangulares.

De trozos ornamentales se hallaron solo cinco, todos de mármol, en estas excavaciones: un trozo de columna y capitel corintio con leyenda en el ábaco en caracteres cúficos; dos trozos reducidos de fajas decorativas; una voluta de capitel compuesto decorada con pájaros y cabeza de león; y un trozo de pila o friso con cabezas de dragones enfrentadas, que es de lo más finamente labrado de lo encontrado hasta ahora.

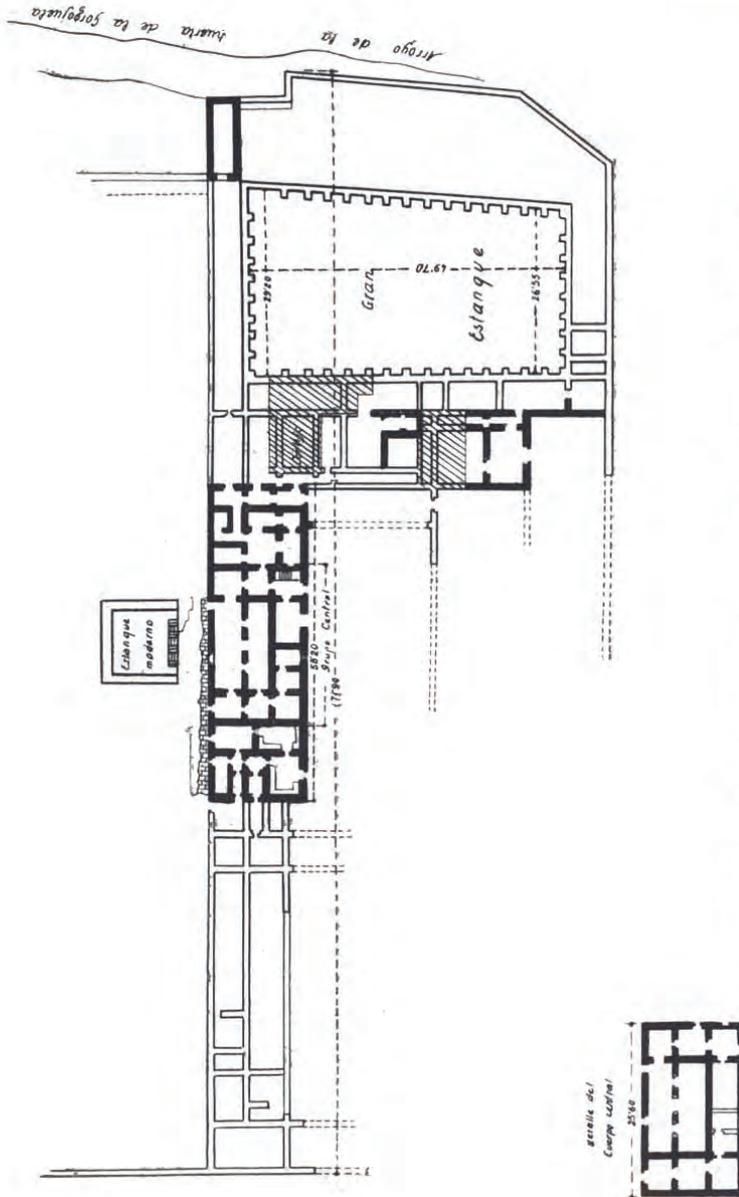
Estas excavaciones hechas por Velázquez el año 1910, quedaron al descubierto hasta el año 1926, en que un cambio de propietario destruyó parte de ellas para levantar una casa de recreo moderna, al borde del gran estanque. Con motivo de esta construcción, y en una antigua casa de guarda que allí existía, apareció una hermosa pila de mármol (8) de 0'95 por 0'68 mts., en cuyos cuatro frentes hay una decoración de hojas de acanto entre las cuales surge un tallo que se abre en dos róleos o cornezuelos en cuyo ángulo de abertura hay cabecitas alternadas de león y de cabra.

Posteriormente, el año 1945, unos campesinos han traído de aquellos lugares, sin precisar la situación exacta, otra pila de mármol, mas pequeña, de 0'66 por 0'52 mts, con decoración análoga aunque más complicada, porque por encima de una composición semejante a la anterior, esta presenta una serie superior de róleos en guirnalda y los ángulos están adornados con parejas de leones o leopardos de cuerpo entero. (9)

Ambas pilas, que guarda el Museo Arqueológico de Córdoba, son de lo más representativo del arte califal en la época almanzoreña, precisamente por la frondosidad y prolijidad de su decoración vegetal, y la abundancia entre ella de la figura animal, cuya presencia es tan trascendente en las postrimerías del arte del Califato de Córdoba y en sus influencias posteriores en otros estilos, y sobre ellas se han vertido las más diversas opiniones (10), que ha venido a centrar el hallazgo de otra pila más modesta en una casa de Córdoba (11), de la misma filiación estilística.

Las ruinas de Alamiría fueron declaradas oficialmente Monumento histórico-artístico, por Orden ministerial de 3 de junio de 1931.

Rafael Castejón.



Planta principal del palacio de Almirante, excavado por Velázquez Bosco en 1910

El grupo central de habitaciones, con sus departamentos o alcobas laterales es clásico en las construcciones andaluzas de la época. La gran alberca o estanque es de proporciones destacadas y su construcción de magníficos sillares hace de ella una de los mejores ejemplares de la época.

NOTAS

(1) La finca donde radican estas ruinas ha sido llamada en nuestros tiempos con nombres diversos, como Aguilarejo, Moroquil, Fontanar de la Gorgoja y Gorgojuela. Se llega a ella por la carretera de Córdoba a Palma, de cuyo kilómetro 10 arranca a su derecha el carril que conduce a la finca, al pié de la Sierra.

(2) La etimología de «Alamiriya, el ensueño del emir», dada por Velázquez es errónea.

(3) «Historia de la dominación de los árabes en España, por José Antonio Conde, Madrid, 1874.

(4) Zawiyas eran hospicios para pobres de profesión; cada casa de estas tenía su wakil o mayordomo, que cuidaba de la conservación y policía de ella.

(5) «Medina Azzahra y Alamiriya», por D. Ricardo Velázquez Bosco, Madrid, 1912.

(6) «La Casa del Gran Capitán, por Rafael Castejón, en «Boletín de la Real Academia de Córdoba», julio-septiembre 1928.

(7) En la obra citada Velázquez Bosco discute, hasta dejar bien sentada la situación de Alamiría y la de Medina Zahira. Sin embargo, no todas las opiniones están concordes, y gran número de arabistas actuales no se atreven a confirmar el emplazamiento de Alamiría en este lugar, y la llevan a la orilla del Guadalquivir, donde evidentemente están los restos de Medina Zahira, colocando ésta a su vez al oriente de Córdoba. Sobre esto último, muy discutido, solo las excavaciones dirán la última palabra. Estas opiniones, a nuestro juicio erróneas, las sitúa en un plano de los alrededores de Córdoba el eminente profesor de la Sorbona Mr. Levi Provençal, en su magnífica obra «Histoire de l'Espagne musulmane», tome III, Le Siécle du Califat de Cordoue», París, 1953.

(8) «Las ruinas de Alamiría», en «Anales de la Comisión provincial de Monumentos históricos y artísticos de Córdoba», 1926, pág. 27; y «La pila de Alamiría», por Samuel de los Santos Jener, en Boletín de la Real Academia de Córdoba», abril-septiembre 1926.

(9) «La nueva pila de Alamiría y las representaciones zoomórficas califales», por Rafael Castejón, en «Bol. de la R. Acad. de Córdoba», núm. 53, abril-junio 1945.

(10) El notable arqueólogo francés Henri Terrasse, en «L'art hispano-mauresque des origines aux XII siècle». París 1932, opina que esta primera pila de Alamiría es anterior al Islam, cuya opinión refutamos en nuestro artículo señalado en la nota anterior y hallazgos posteriores.

(11) «Nueva pila almanzoreña en Córdoba», por Rafael Castejón, en «Bol. de la R. Acad. de Córdoba», núm. 62, julio-diciembre 1949.



Capitel almazoreño de la casa de Aguila, en Córdoba, con pájaros en la decoración y cabezas de animal en las volutas, hoy en el Museo Nacional Arqueológico.

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes — —



ENERO A JUNIO 1954
AÑO XXV - NÚM. 70

Tipografía Artística.-San Alvaro, 1.-Teléfono 1040.-Córdoba

NOTAS DE TOPOGRAFIA CALIFAL

Racáquim y el arrabal de los Pergamineros

Basados en «racq», la raíz árabe de «racáquim», que equivale a adelgazar, afinar, manufacturar láminas, hojas o materias planas, los historiadores y arabistas del siglo pasado tradujeron el Ar-Rabd ar-racáquim, de la Córdoba califal, que aparece repetidamente citado en las crónicas de esa época, como «arrabal de los pergamineros» (1).

La cuestión se complicaba, habida cuenta de que muchos autores cordobeses de tiempos pasados, señalaban la iglesia de San Acisclo, patrono de la ciudad y martir de la época romana, como radicante en el arrabal de los pergamineros y no había manera de conciliar un arrabal racáquim o de los pergamineros (según esa primera traducción árabe) al sudoeste de Córdoba, frente a la puerta de Sevilla, con una iglesia de San Acisclo en el ángulo sudeste de la ciudad, donde estuvo la hermosa iglesia y convento de los Mártires, y hoy subsiste la ermita de dicho nombre en la ronda que aún lleva esa titulación.

Nosotros creimos dejar sentado el problema, hace años, en nuestro trabajo sobre la topografía de la Córdoba del califato, publicado en 1929 (2), señalando de una parte la cita exacta del Calendario de Recemundo (3), y de otra, aprontando una más exacta traducción de «racáquim», que nos suministró el Emir Chekib Arslan, con ocasión de su viaje por España, del que escribió una hermosa obra (4), y cuya versión ya dimos en aquel trabajo.

Ambas cuestiones, el emplazamiento de San Acisclo, y la traducción exacta de la voz árabe «racáquim», y por ende su localización, han vuelto a tener actualidad en estos últimos meses, y por ello redactamos esta nota.

Al especificar Recemundo que la sepultura de San Acisclo estaba en la iglesia de los Prisioneros, llamada también iglesia de los Quemados y Canisat Alasra por los musulmanes, que fué la iglesia donde se refugiaron las autoridades y los últimos defensores de la Córdoba cristiana que conquistaron los árabes, pero que su fiesta se hacía en otra iglesia, llamada de los Pergamineros, quedaba clara la dualidad de templos.

El primero, que ostentaba el nombre del titular, es decir que llevaba el nombre de San Acisclo porque guardaba el sepulcro del Santo, estaba al sudoeste de Córdoba, y la constante tradición piadosa de esta ciudad a través de los siglos (5) recogida modernamente en los trabajos de Romero Barros (6) y Romero de Torres (7), así lo han confirmado. El hecho de que se acogieran a su recinto los últimos defensores de la Córdoba visigoda, donde resistieron seis meses el asedio árabe, dando lugar a una heroica gesta que ha tenido su leyenda de la que se hacen eco los autores musulmanes, indica que su emplazamiento debía ser estratégico y que su fábrica equivaliera a una fortaleza cuando fué elegida como último refugio defensivo.

La actualidad a que hemos aludido consiste (y de ello hemos dado alguna nota en la prensa local), en que, con motivo de las considerables obras a que ha dado lugar la construcción de un nuevo puente sobre el Guadalquivir, terminado en este año, toda esta zona ha sido removida, dando ocasión a nuevos hallazgos confirmatorios.

Estos se han realizado al desmontar hasta su raíz, parte de la gran colina que hay a espaldas del cementerio de Nuestra Señora de la Salud, para sacar tierras y gravas con las cuales rellenar los terraplenes del nuevo puente y elaborar los morteros de la ingente obra.

Esa gran colina, o mejor dicho el borde de una gran terraza cuaternaria, es de hermosa vista sobre la ciudad, como todo el llano que sobre ella se extiende hacia poniente, asiento de los arrabales occidentales del califato, y fértiles en restos arqueológicos, lo cual ha dado lugar a repetidas descripciones de autores locales desde hace siglos, que nosotros recogimos en nuestro trabajo sobre pretendida localización de Medina Zahira y sus barrios circundantes, que le valieron el contemporáneo nombre de «Bellas» por sus hermosos horizontes (8).

Tales hallazgos recientes no han dado nada terminante, pero vienen a confirmar todo lo supuesto sobre ese lugar que ha tiempo nosotros identificamos con la colina de Abi Abda (cudia Abi Abda) que llevó el nombre de la conocida familia de generales y personajes del califato y en la cual estuvo la iglesia de los Quemados, o sea San Acisclo.

El Delegado local de Excavaciones y director del Museo Arqueológico D. Samuel de los Santos ha registrado dichos hallazgos, que han variado desde abundante cerámica musulmana, y restos de

construcciones y pozos, entre aquellas el cimientto de una magnífica muralla de aparejo árabe en todo lo alto de la colina, cortada de través, hasta sepulcros romanos de plomo en el estrato más bajo, seguramente relacionables con los hallazgos que hizo Romero de Torres en 1909

Lo más interesante, a nuestro intento, ha sido el hallazgo de una capa o lecho de cenizas, de gran extensión, y en trechos, de más de medio metro de espesor, por bajo del estrato árabe, lo cual viene a ser un dato más para la identificación del lugar donde estuvo emplazada la iglesia de los Quemados; y además, un resto inferior de una jamba, que el referido arqueólogo, por comunicación verbal, emite la hipótesis de que podría haber pertenecido a la mencionada basilica de San Acisclo. Los hallazgos cerámicos y de todo orden serán publicados por el mismo.

A nosotros nos ha llamado mucho la atención, en dicho gran desmonte, el hallazgo de grandes bloques de piedra caliza, de un duro conglomerado brechoso amarillento, que sólo se utilizó en Córdoba hasta época romana, y que procede de unas canteras cercanas al pueblo de Posadas, a unos treinta kilómetros de Córdoba, según repetidamente nos informó, a la vista de otros ejemplares no raros en la ciudad, el llorado ingeniero y excelente geólogo y arqueólogo D. Antonio Carbonell y Trillo-Figueroa.

Estos grandes bloques o informes losas, de casi un metro cuadrado de superficie, y cerca de medio metro de grosor, debieron servir de fundamento a una fortaleza de época ibero-romana, o al mismo templo de San Acisclo, si la fundación de este fué contemporánea.

En definitiva, estos vagos hallazgos vienen a reforzar la tesis, cada vez más irrefutable, de que frente a la actual puerta de Sevilla, y tal vez, más que en el mismo emplazamiento del actual cementerio de la Salud, en la eminencia o colina (cudia Abi Abda) que está inmediata, se levantó en otros tiempos la basilica de San Acisclo, que guardó, hasta fecha imprecisa, el sepulcro del Santo patrono de la ciudad.

El segundo problema que evocábamos, la identificación exacta del arrabal «ar-racáquim», la han venido a confirmar dos textos árabes, por lo demás bien conocidos, pero que no habían sido traídos a colación.

Recordemos que ya el Emir Arslan, en 1929, nos había dado una nota que decía textualmente. «*Rukak* es una especie de pan, muy

fino y largo, de mucha blancura, con cuya masa se hacen a veces dulces en Oriente. *Rakkak*, es el que hace este pan, y *rakkakin* es el plural».

Con esta traducción, hecha por un árabe nativo, de fina estirpe literaria, quedaba desvirtuada la errónea traducción de «pergamineros» que había sembrado la confusión en la topografía histórica de Córdoba, porque los pergamineros o curtidores siempre estuvieron en los arrabales orientales, junto al lugar del río Guadalquivir que aún sigue llamando «las pelambres» el buen pueblo de Córdoba. De ahí que la iglesia de aquel barrio, fuera «la iglesia de los pergamineros» (ecclesia fatientiam pergamena, dice Recemundo), y por hacerse en ella la fiesta de San Acisclo el día 18 de noviembre, pudo confundir a algunos autores con la verdadera basílica de San Acisclo, de la que antes hemos hablado.

Por tanto, la verdadera traducción de «racáquim», como veníamos diciendo, sería la de «panaderos, torteros o confiteros, acaso hojaladros», con toda exactitud.

Ha venido a confirmar esta traducción unos de los textos a que antes hemos aludido, que es nada menos que el III tomo del *Muqtabis*, de Aben Hayán, cuyo texto árabe editó el malogrado Padre Melchor Antuña, víctima de la ferocidad roja en la guerra civil española (9) cuyo texto viene traduciendo en números sucesivos la revista de historia medieval española que se publica en Buenos-Aires bajo la dirección del eminente profesor Sánchez Albornoz (10).

He aquí el párrafo: «Otra anécdota que de él (el Emir Abdalah) nos relata su nieto Abderrahman es la siguiente: su abuelo le había ordenado le redactara una carta a uno de sus ámeles en la cual el Emir le pedía algo muy intrincado. La redacción de esa carta no era en realidad más que una prueba a la cual sometía al joven príncipe, cuya inteligencia y amor al estudio advertía. Abderrahman empleó todos sus recursos y habilidad en la redacción de dicha pieza epistolar, acertando en la interpretación de los deseos de su abuelo, quién, al pasar la vista por ella, se complació muchísimo, felicitó al amanuense y luego le dijo: levántate, Abderrahman, y saca de ese arca una gallina con todo lo que tiene de pan «ruqaq», que me habían preparado para desayuno, te la cedo por tu merecimiento».

Aunque con el párrafo transcrito queda confirmada la elaboración en Córdoba del pan «ruqaq», no resistimos la tentación de terminar la anécdota que nos ha legado Aben Hayán: «Corrí hacia la alacena, comentó Abderrahman, y cuando la hube sacado, me mostré agra-

decido y contento, pero no sin quedar asombrado de su economía hasta conmigo, en un presente como este, sabiendo él que yo comía a menudo carne de pollo. Era una gallina muy bien adobada y de una fragancia que invitaba al festín. La cogí con la diestra, y alzándola en alto, repetí mis gracias, notando en ese instante que en su rostro se dibujaba una profunda alegría».

«Son muchas, sigue diciendo Aben Hayán, las noticias que se conocen de su avaricia (del emir Abdallah), defecto que le hizo aborrecible a su nieto y heredero Abderrahman, aborrecimiento que éste disimuló hasta que entró en contacto con la vida real, dando desde entonces con todo desprendimiento y a manos llenas. Y tanto los poetas como los oradores que venían con sus panegíricos para su abuelo, como asimismo los huéspedes que acudían con la misión de pedir ayuda al palacio del Emir, eran tratados con deferencia y eran motivo de obsequios particulares, que costeaba el joven infante con lo que le entraba de sus beneficios paternos y de la asignación que tenía en palacio, cuya magnanimidad le valió la simpatía del pueblo y un buen concepto general, y que dió pie, después de la muerte de su abuelo, a su triunfo y a la conquista del respeto y de la admiración de todo el mundo».

Queda, pues, sentado, que el «pan ruqaq» se elaboraba en Córdoba, y que su consumo en el alcázar y seguramente por clases elevadas, daba lugar a que muy cerca del alcázar radicara el arrabal de los panaderos (ar-racáquim). Este arrabal, junto con el de los Perfumistas, estaba en el ángulo sudoccidental de la muralla de la Almedina, (11) ocupando próximamente lo que hoy llamamos barrio del Alcázar Viejo, y que todavía en tiempos califales ambos debieron ser encerrados en recinto amurallado anejo a dicho ángulo, porque los restos de su muralla, de sillares y aparejo netamente califal aparecieron en las obras de alcantarillado de esa barriada, aunque en tiempos que hoy no podemos precisar fueran demolidas tales defensas, que en el siglo XIV, después de la célebre batalla del Campo de la Verdad, volvieron a ser levantadas, sobre distinta línea, acaso por Enrique II, o más bien por Alfonso XI, cuando este construye el Alcázar Nuevo, nivela el Campillo del Rey, y urbaniza en fin con distinta planta esos interesantes lugares de Córdoba (12).

Para terminar, queremos recoger otra cita terminante, tomada de la *Assila* de Aben Pascual (13). En su biografía número 1276, de los extranjeros, cita a Maki ben Abi Tálib, cuyo nombre completo es Hammus ben Muthammad ben Mujtar al-Gaisi al-Moqri, cuya cunía

es Abu Muhammad, natural de Cairuán. Vivió en Córdoba, estudió en la Meca... en Egipto y Cairuán, diversas disciplinas. Vino a Al-Andalus el año 393. Luego se sentó en la mezquita de Córdoba a explicar y sacaron provecho por su mediación muchas gentes. «He dicho, afirma textualmente el biógrafo, que habitó Abu Muhammad Maki ben Abi Tálib en su primera llegada a Córdoba, en la mezquita de Najaila, en ar-Racáquim, en Bab-al-atarin, donde explicó. Luego lo trasladó Al-Mudafar Abdelmálik ben Abi Amir, a la mezquita aljama de Al-Zahira, y explicó en ella hasta que se terminó la dinastía de los amiries. Luego lo trasladó Mohammad ben Hixam a la mezquita aljama de Córdoba...» Debió ser gran aljatib o predicador, por que al fin del califato, en la llamada por algunos autores «república de Córdoba», el primer consejero Abul Hacen ben Yahwar, le encargó de la oración y predicación después de la muerte del cadí Yunus ben Abdallah. Murió en 438, en muharram, y fué enterrado en el arrabal.

Esta es una de tantas precisiones sobre la situación de ar-racáquim, o sea en Bab-al-atarin, en la puerta de Sevilla, habiéndonos complacido en tomar esta, por la importancia del personaje biografiado, cuya fama y predicamento resistió las sangrientas y continuas subversiones políticas del fin del califato.

Resumimos esta nota: la iglesia de los Pergamineros, donde se hacía la fiesta de San Acisclo, estuvo en el barrio de los Pergamineros, en el ángulo sudoriental de Córdoba, fuera de murallas en la época califal, en el emplazamiento que luego ocupó la iglesia y convento llamados de los Mártires, en la Ribera; el arrabal de Racáquim, significa en árabe el barrio de los Panaderos o pasteleros, y estaba al poniente de Córdoba, junto a Bab al-atarin o Puerta de Sevilla, y frente a estos lugares, hacia el actual emplazamiento del cementerio de la Salud, estaba la basílica de San Acisclo, donde se guardaba el sepulcro de este Santo.



Rafael Castejón

N O T A S

(1) Simonet. *Historia de los Mozárabes*, 1897, p. 329, nota 4 y 5; Saavedra, *Estudio de la invasión de los árabes en España*, 85, nota 1; Ajbar Machmua, traduc. Lafuente Alcántara, pg. 25, nota 1; «Moguits se dirigió al palacio del rey (o gobernador de Córdoba), mas este, al saber la entrada de los musulmanes, había salido por la puerta occidental de la ciudad, llamada Puerta de Sevilla, con sus 400 o 500 soldados y algunos otros, y se había guarecido en una iglesia dedicada a San Acisclo que estaba situada en esta parte occidental, y era firme, sólida y fuerte». Almakkari (t. i, p. 165) dice que la iglesia en que se refugió el gobernador de Córdoba estaba al poniente de la ciudad, que tenía al lado huertas con mucha arboleda y que el agua venía a ella desde la falda del monte por una cañería subterránea.

(2) Córdoba califal, por Rafael Castejón «Boletín de la Real Academia de Córdoba», 1929, pg. 329.

(3) Santoral hispano-mozárabe escrito en 961 por Rabi ben Zaid, Obispo de Iliberts. Publicado y anotado por don Francisco Javier Simonet. Reeditado por la Real Academia de Córdoba en 1924, con prólogo de don Rafael Gálvez.

(4) Al-Hulal al-sundusiyat fi al-ajbar wa al-atar al-andalusiyat (La túnica de seda fina, o noticias y recuerdos españoles. Itinerario español alrededor de todo lo que hay en aquel paraíso perdido), por el Emir Chekib Arslan, Parte primera 1355-1936. Primera edición. Los derechos de esta edición reservados para el que publica Muhammad al-Mahdi al-Hababi, dueño de la gran librería comercial, en Fez.

(5) Gómez Bravo, en su *Catálogo de los Obispos de Córdoba*, 1778, dedica largas páginas (tomo I, pg. 123) para compaginar la clara cita de San Eulogio relativa al encuentro de las santas mártires Flora y María, de que había dos iglesias a San Acisclo en la Córdoba califal, con lo que él pudo conocer en su siglo XVIII, porque de ninguna manera, como es lógico, podía tomar como otra iglesia de San Acisclo la ermita del Colodro, fundada en el siglo XIV, y por consiguiente deduce que solo hubo una, pero identificándola siempre con la de la Ribera, extrañándose, por otra parte, de que esta iglesia fuera la importante basílica del Santo, puesto que al tiempo de la Reconquista debió ser muy pequeña, y con este motivo (I, 29), evoca la casi fundación de ella en el año 1299, con motivo de la carta de Fernando IV, de 27 de julio, Era 1335, en la cual dona «para la obra de esta casa tres mil maravedís», y la otra carta del siguiente día 18 julio Era 1335 facultando para comprar casas, unas entre las cuatro torres, dos dentro del Monasterio y otras dos cerca de la Torre de las Siete Esquinas o de la otra torre pequeña que está cerca. También recuerda la gran renovación hecha en esa iglesia de los Mártires en 1570, con ayuda de Felipe II. Todo esto parece indicar que después de la Reconquista estaba completamente perdido el recuerdo de la auténtica Basílica de San Acisclo, a poniente de Córdoba, y toda la tradición piadosa se adjudicó a esta iglesia oriental que fué la iglesia de los Pergamineros (I, pg. 126). Con relación a la extinción total de la religión católica en Córdoba, la señala Gómez Bravo, con otros autores, el año 1125, con motivo de la entrada de Alfonso de Aragón por Andalucía, debiendo entonces ocultarse las reliquias ante la cruel persecución, lo que duró hasta la Reconquista ciento doce años, en cuyo período se debieron perder casi todas las tradiciones religiosas de Córdoba. No hay que decir que análoga opinión sostiene Sánchez de Feria en su *Palestra Sagrada*, 1782, al hablar, el 17 de noviembre, de San Acisclo y Santa Victoria.

(6) Consideraciones históricas acerca de las antiguas basílicas de San Vicente y de San Acisclo antes de la erección de la Mezquita Aljama de Córdoba, por Rafael Romero Barros. *Revista de España*, 1888, núm. 471, pg. 16.

(7) Nuevas antigüedades romanas y visigóticas, por Enrique Romero de Torres. «Boletín de la Real Academia de la Historia», 1909, t. 55, pg. 487.

(8) Una Córdoba desaparecida y misteriosa, por Rafael Castejón «Boletín de la Real Academia de Córdoba», 1924.

(9) Ibn Hayyan, *Al-Muqtabis*, tomo III. *Chronique du regne du Caliphe Umayyade Abd Allah a Cordoue*. Texto árabe publicado por primera vez según un manuscrito de la Bodleienne, con una introducción por el P. Melchor M. de Antuña, O. S. A. XXII pgs. de texto francés y 175 pgs. de texto árabe. 1937. París.

(10) *Al-Muqtabis*, de Ibn Hayyan, traducción por José E. Guráieb. Cuadernos de Historia de España. Buenos Aires, 1951, XVI, pág. 148.

(11) Como el ángulo sudoccidental de Córdoba, dentro de la medina amurallada, lo ocupa ampliamente el viejo alcázar califal, es indudable que la puerta de dicho recinto amurallado (puerta de Sevilla o bab-al-atarin o puerta de los drogueros), que estaba sobre la línea de la muralla general, o sea a la entrada de la llamada hoy calle de Caballerizas Reales, empezó a ser densamente poblada, ya en el exterior del recinto, por su proximidad al alcázar, formándose núcleos urbanos o arrabales, por lo menos dos: el arrabal de los perfumistas o de las tiendas de los perfumistas (rabad hawanit ar raihani), y el rabad ar-rakakin o arrabal de los pasteleros, cuyos conjuntos urbanos, en fecha adelantada del califato, acaso en tiempos de Alhaquem II, a juzgar por la fábrica del aparejo de sillería, debieron ser abrazados con un nuevo recinto amurallado, quedando por consiguiente, según el testimonio de Aben Pascual (Siia, pág. 573) la bab-al-atarin dentro de la medina, sobre el arrabal de los pasteleros (rakakin), y tomando, acaso, el nombre de puerta de Sevilla, por repetición, la nueva puerta de este segundo recinto, abierta al camino de Sevilla. Con motivo de los grandes destrozos de la fitna (revolución del siglo XI) en Córdoba, y sucesos posteriores, estos arrabales que vivían del ambiente cortesano, debieron quedar arrasados, y de su propio recinto amurallado, que nosotros solo hemos visto en los cimientos, no subsistió nada. El recinto actual llamado de la Torre de Belén, construido de tapial y almenas de chapitel, es mudéjar del siglo XIV, contemporáneo acaso del Alcázar nuevo que construyó Alfonso XI, y de perímetro más restringido que el califal. Otro nuevo y tercer recinto amurallado se construye, tal vez hacia el siglo XV, rodeando toda la huerta y jardines del Alcázar nuevo y la barriada del ya llamado «barrio del Alcázar viejo», que es el que corre paralelo al río por toda la Alameda del Corregidor, hasta el actual puente nuevo, y dobla en el ángulo de la Puerta de los Sacos (trasladada en este año de 1954 más de un centenar de metros más arriba), y cuyo lienzo occidental se está restaurando ampliamente, sobre todo en su almenado y cubos de muralla, hasta el emplazamiento de la que fué modernamente, hasta su destrucción, la llamada Puerta de Sevilla, sobre cuya filiación ha habido distintos criterios arqueológicos.

(12) La gran transformación urbana que ha sufrido Córdoba en estos últimos dos años, con motivo de la construcción del puente nuevo sobre el Guadalquivir, junto con el erudito deseo de conservar en lo posible la traza y recuerdos arqueológicos y monumentales de esos lugares al sudoeste de la ciudad, ha remozado la preocupación y estudio de todo ello. El Campillo del Rey, impropia-mente llamado Campo de los Mártires por Ambrosio de Morales y así denominado desde su tiempo, ha sido rebajado en la parte aledaña al Alcázar nuevo, donde había acumulado tierra, ceniza y escombros, de tiempos modernos, que ocultaban la interesante puerta descubierta en el Torreón de los Leones. Y, sobre todo, la construcción del puente nuevo, con la remoción de tierras, apertura de la carretera de enlace a través de la huerta del Alcázar, liberación y limpieza de éste, con hallazgos tan interesantes como los baños del mismo y diversos aposentos y piezas arqueológicas, ha permitido renovar el estudio de esta interesante zona de Córdoba, tan debatida en el terreno arqueológico. De ello se ocupan con interés los arqueólogos locales.

(13) *Assila*, Ibn Pascual, II volumen, pág. 574.

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes — —



JULIO A DICIEMBRE 1954
AÑO XXV - - - NÚM. 71

Tipografía Artística.-San Alvaro, 1.-Teléfono 1040.-Córdoba

Un primer centenario de excavaciones en Medina al-Zahra

(Nota leída en sesión de la Real Academia de Córdoba, por D. Rafael Castejón)

No puede terminar este año de 1954 sin que hablemos de una efeméride interesante para el pasado cordobés, cual es la del primer centenario de las primeras excavaciones realizadas en Medina al-Zahra.

Fué en el año 1854 cuando consiguió don Pedro de Madrazo que el Gobierno hiciera excavaciones en Medina al-Zahra. Catorce años antes se había publicado en Londres, por la Real Sociedad Asiática, la traducción de la gran compilación histórica *Naft al-tib*, de Almacari, vertida al inglés por el exilado D. Pascual de Gayangos (1840), y aún no traducida al español, por vergüenza para la cultura patria, apesar de haberse hecho repetidas ediciones del texto árabe, magníficamente depuradas, una por el gran Dozy (1855-60) y otra por el gran maestro actual del arabismo francés Levy Provençal (1938)

Aquella traducción, aunque en lengua inglesa, conmovió al mundo erudito español, y la creación califal, conocida en más detalles por las descripciones que el compilador árabe tomó de Aben Hayán, contemporáneo, el príncipe de los historiadores españoles, avivó el interés por el pasado hispano-árabe y concretamente por el pasado esplendor de la Córdoba califal.

Es por entonces, hace ahora un siglo, cuando entre la colección de *Recuerdos y bellezas de España*, iniciada por Parcerisa, se publica el tomo de «Córdoba», cuyo primer capítulo escribe don Francisco Pi y Margall, y lo continúa don Pedro de Madrazo, quien desde entonces se encariña con la historia de Córdoba, y bucea en la traducción de Gayangos para enriquecerla, dando lugar a esa hermosa obra en la que aprendió a amar a Córdoba toda la generación pasada, y de la que se hizo una segunda edición en 1886.

Es también por entonces cuando nuestro Duque de Rivas acaba de escribir su *Moro Expósito*, publicado en 1834, para cuya documentación histórica solo conoció la *Historia de los Arabes en*

España, de Conde, por cuya razón, al describir Medina al-Zahra según este compilador, dice don Angel de Saavedra, en la nota 23 del romance segundo: «por muy exagerada que se suponga esta descripción, no parece que pueda revocarse en duda la existencia de la ciudad llamada Medina Azahra, ni es fácil explicar como ha desaparecido tan completamente. El sitio que ocupó es hoy una dehesa entre los llanos de la Albaida y los de las Cuevas, en la que no se descubren ruinas, ni cimientos, ni vestigio alguno, y que solo tiene una cerca moderna con establos para la cria de potros. El recinto lleva el nombre de Córdoba la Vieja».

En ese ambiente histórico, perfumado por el romanticismo literario de la época, don Pedro de Madrazo, estudiando el pasado cordobés para la redacción de su obra, y prendado en el hechizo de ese pasado, se dedica a buscar Medina al-Zahra, y presta-mente, guiado por la erudición cordobesa, visita Córdoba la Vieja, y siente la necesidad de hacer excavaciones. Oigamos lo que él mismo dice: «¿Quién había de imaginarse que las reliquias de los palacios más sorprendentes que vió la España musulmana ya estaban sepultadas en una dehesa de un mayorazgo?». Aquí anota al pie Madrazo «es esta dehesa propiedad de los marqueses de Guadalcazar, no sabemos desde cuando», pero le hubiera sido fácil averiguar que este mismo marqués, dueño de cien dehesas entre Córdoba y Sevilla, había comprado Córdoba la Vieja de manos reales, en las cuales estaba desde hacia siglos, por estar ahí establecidas las Reales Yegüadas de Castilla que producian caballos para la Corte, al menos desde tiempos de Felipe II.

Pero, sigamos con Madrazo: «No está, no, la triste y dolorosa ruina de la más bella creación arábigo-bizantina, donde la buscan todavía muchos apasionados de aquel arte. No busquéis el grandioso rastro de Azzahra, ni en las orillas del Guadalquivir (cinco millas río abajo de Córdoba, había dicho Conde), ni en lo recóndito de la Sierra. Hélo ahí, a tres millas de Córdoba, entre Norte y Poniente, donde todos los escritores árabes de más autoridad situaron siempre la hermosa joya».

Sigue luego con bellos párrafos sobre la hermosura e importancia del arte califal, y la descripción de la dehesa de Córdoba la Vieja en la parte que ocupan las ruinas, señalando como muy importante la gran explanada central que los campesinos venían llamando «la plaza de armas», y adivinando más que señalando la posible existencia de puertas en los recintos murados, como en

ese hito informe de piedra y argamasa, que aún hoy día perdura como único vestigio vivo de lo que fueron ingentes construcciones, y también el acueducto, y los abundantes trozos de piedra decorada que por todo el vasto recinto de la dehesa siempre, y aún ahora mismo, se recojen entre la hierba.

«Con mala estrella, dice, hemos comenzado nosotros esta obra. Esperemos, sin embargo, que otros la proseguirán con mejor fortuna».

¿Qué había pasado? Lo cuenta, decepcionado, el propio Madrazo: «Siendo esta, la excavación, superior a mis medios como particular, tuve el honor de excitar al Gobierno en diciembre de 1853, a que hiciese una exploración arqueológica en la referida dehesa de Córdoba la Vieja, reservándose el emprender excavaciones en regla, si aquel reconocimiento prometía algún resultado útil a la historia del arte. No puedo quejarme de haber sido recibido con indiferencia, antes al contrario, mis indicaciones, el relato fiel de lo que en aquel campo había yo visto, y la mera inspección de los fragmentos por mí recogidos, despertaron en el señor don Agustín Esteban Collantes, a la sazón Ministro de Fomento, el más plausible entusiasmo. Nombró inmediatamente en Córdoba una comisión que entendiese en los trabajos de exploración y facilitó el pequeño fondo que se creyó suficiente para llevarlos a cabo. Confiósenos al señor Gayangos y a mí el cargo de dirigir a los comisionados de Córdoba, los cuales por su parte, animados del mejor celo, dieron, desde luego, señales de actividad. Los señores don Ramón Aguilar Fernández de Córdoba, don Francisco de Borja Pavón y don José Saló, fueron los comisionados; hicieron de su parte cuanto era de esperar para el logro del objeto principal de las instrucciones que les fueron remitidas, que era cerciorarse de si había o no edificación soterrada en aquella planicie o plaza elevada rectangular de que he hecho mérito. Por causas imprevistas no pudieron comenzar los trabajos hasta mediados de mayo de 1854, pero en cuanto los principiaron, aparecieron, al abrir una zanja en la planicie referida, vestigios de muros y un enlosado con una canal que forma ángulo recto, dispuesta al parecer para conducir agua. Desgraciadamente el señor Marqués de Guadalcazar, dueño de la dehesa, al otorgar su consentimiento para dicha exploración, había impuesto a los comisionados de Córdoba dos condiciones que ignorábamos en Madrid, y que imposibilitaban la continuación de la tarea comen-

zada, a saber, que la excavación había de suspenderse a fin de mayo, y que no había de poderse cortar ni quemar, árbol, arbusto ni mata de ninguna especie. Cabalmente, el desmonte de la gran mata silvestre que obstruye el hueco o caverna del declive meridional de la plaza alta (este gran espino silvestre dura y persiste ahora como hace un siglo), era una de las primeras instrucciones que habíamos dirigido a la comisión de Córdoba, y por otra parte, el vaciado de la excavación practicada no podía ampliarse últimamente en siete días que faltaban hasta el fin de mayo no cortando matas o arbustos. Es, pues, excusado añadir que la exploración quedó desde entonces paralizada».

Este fracaso excavatorio debió tener en Córdoba bastante resonancia. Conocemos lo que dice don Feliciano Ramírez de Arellano en un trabajo titulado «Almanzor», leído en una sesión de nuestra Academia, y publicado, como «Trabajos inéditos» de la misma en un anejo al Boletín que entonces publicaba la Sociedad Económica Cordobesa de Amigos del País, el año 1877. Tras una breve descripción de Medina al-Zahra, dice «Estaba situada Az-Zahra en la dehesa conocida hoy con el nombre de Córdoba la Vieja, y es de lamentar que su dueño no destinase una pequeñísima parte de lo que gasta en construir en Madrid palacios de yeso, a hacer excavaciones, en las que ganaría mucho la historia y las ciencias: en unas que se empezaron a excitación del Sr. Madrazo, aunque suspendidas al poco tiempo, se encontró una lápida con el nombre del Arquitecto que dirigió parte de los trabajos allí ejecutados».

De este hallazgo no tenemos otra mas fidedigna noticia, pero seguramente en la prensa local de aquellos tiempos se podrán recoger noticias pertinentes, dado que en la citada comisión figuraban tan notables publicistas como don Ramón Fernández de Córdoba, que fué director del Instituto de Segunda Enseñanza, y el notable humanista don Francisco de Borja Pavón, ambos directores de nuestra Academia.

Las diatribas que contra el Marqués de Guadalcazar se dirigieron en esta ocasión, me recuerdan las que durante mi adolescencia oí repetidamente, con análogo motivo, cuando comenzaron las excavaciones, ya relativamente definitivas, que en 1910 se confiaron a don Ricardo Velazquez Bosco, inteligentemente asesorado por el ilustre artista cordobés Mateo Inurria. En este tiempo eran dueños de Córdoba la Vieja los herederos del gran

torero Lagartijo, el cual había comprado la dehesa a los herederos de Guadalcazar y le había construido la casa de campo que ocupa el centro del predio en una eminencia estratégica, sobre la cual suponía Ambrosio de Morales, en sus lucubraciones renacentistas que debió haber un templo u otra hermosa construcción. Pero, volvamos a las dificultades que también Velázquez e Inurria tuvieron para empezar las excavaciones, por cuanto aquella era una dehesa «muy caliente de pastos», y los pastos se iban a estropear si el terreno se removía y otras zarandajas que obstaculizaron los trabajos y dieron lugar, dada la buena disposición del Gobierno, y amparadas las pretensiones de excavación en el abogado de todo asunto cordobés en las alturas, el Diputado a Cortes don Antonio Barroso, dieron lugar, iba diciendo, a que se iniciaran excavaciones más allá de Córdoba la Vieja, en la dehesa El Aguilarejo, propiedad a la sazón del Jefe de Intendencia Militar don Gonzalo Fernández de Córdoba, quien dió facilidades para los trabajos, los cuales condujeron al hallazgo de las ruinas de la célebre almunia de Almanzor llamada Alamiría

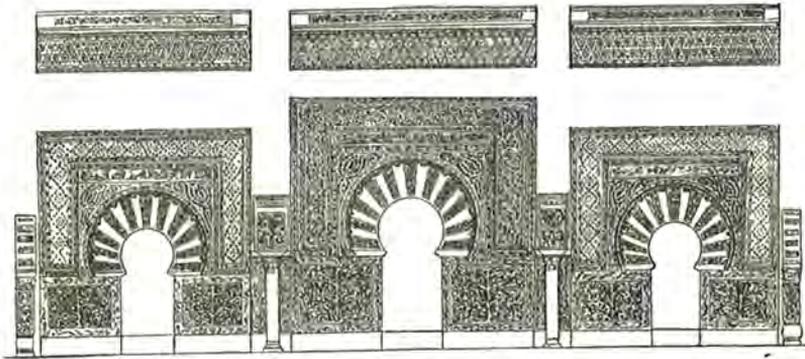
Entre tanto, la buena labia de Inurria, mezclada con algún que otro «medio», y la buena amistad que tenía con la familia de Lagartijo, condujeron a la delimitación, por arrendamiento, de doce fanegas de terreno, en los lugares que se creyeron mas oportunos, cuyo terreno fué luego adquirido por compra por el Estado, con el importe de las consignaciones anuales, y que constituye hoy todavía la propiedad del Estado en esos lugares.

Desde aquella generación que en el siglo pasado inició unas fracasadas excavaciones en Medina al-Zahra, ya no se interrumpió, la buena tradición de erudición arqueológica respecto a dichos lugares.

Localmente, odas y leyendas, temas en Juegos Florales, trabajos periodísticos y eruditos, no han cesado de cultivar el tema, Don Narciso Sentenach publicando un croquis de lo que se advertía sobre el terreno antes de comenzar estas excavaciones del año 10. Los primeros resonantes descubrimientos, que trascendieron a la prensa mundial, al extremo de que el *Times*, de Londres, hablara de que se estaba descubriendo una Pompeya mora, cuyo concepto glosó en la prensa local el periodista Nielfa, y don Angel Delgado llevó a una conferencia en el Círculo. Todo Córdoba quedó ya prendida en el intento descubridor.

Nacionalmente, las nuevas excavaciones, emprendidas con mas éxito por otros mas felices continuadores, como deseó don Pedro de Madrazo, ya han dado al mundo artistico y arqueológico bellísimas páginas, con los sucesivos, si bien interrumpidos hallazgos en la medina califal.

Pero el hecho cierto es que, con saltos y baches en las consignaciones, a veces de ocho años, y ahora de siete, las excavaciones van logrando que renazca la cantada ciudad de Abderrahman III, y ya, desde la feliz aportación del legado Lázaro Galdiano, continuada por el Estado, al periodo de las excavaciones ha sucedido el de las restauraciones, con el cual queda asegurada, en cuanto los tiempos lo permitan, la supervivencia de aquella joya del arte español que bajo la dominación árabe cuajó, como la blanca flor de los almendros, en las risueñas vertientes de la Sierra de Córdoba.



**DISCURSOS DE CONTESTACIÓN EN SU
INGRESO COMO ACADÉMICOS
NUMERARIOS**

BOLETÍN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

— — DE CORDOBA — —



Año VI

Julio a Septiembre 1927

Núm. 19



1928

Tipografía Artística.-San Alvaro, 17

CORDOBA

Contestación de Don Rafael Castejón

POR vez primera, y acogiéndose a reciente precepto estatutario de nuestra secular Academia, don Victoriano Chicote, ingresado en la sección de Bellas Artes, ha querido que su entrada en nuestra corporación, tuviera todos los pronunciamientos favorables, por su solemnidad, y por su justicia.

Solemne, porque en vez de querer definir ideas estéticas o desarrollar conceptos artísticos sobre el papel, al viejo uso, ha dejado que sea el mismo arte, honrosamente auxiliado por una vasta erudición, el que explique el discurso de su entrada en este solar que pudiéramos diputar como clásico en la cultura cordobesa de nuestros tiempos. Y justo, porque huyendo de enrevesadas explicaciones, y manifestándose en forma plástica para que todos lo observen y lo comprendan, deja sentado de manera rotunda que entra por derecho propio en esta mansión, en la que todos nos hemos apresurado a recibirlo, sabedores del honor que con ello nos hace.

Don Victoriano Chicote y Recio, a quien me cabe la honra de presentar en este acto, podría definírsele como un ejemplar representativo de la España grande, de esa España, confusa mezcla de sangres y de razas a través de los siglos, que se depura luego y se alambica, dando como productos refinados de su alquitaramiento, héroes, sabios y artistas.

De rancio españolismo castellano, puesto que su abuelo fué madrileño, y su padre y él mismo nacieron en Valladolid, nuestro nuevo compañero nació y vivió en pleno ambiente artístico, y su vida toda, como la de su familia, viene consagrada al arte.

Un compañero suyo de profesión docente, y nuestro de Academia, don Vicente Orti, en un trabajo biográfico, relata así estos pormenores, tan interesantes siempre en la formación de un artista:

«Allá por los tiempos napoleónicos, fué a tomar hacienda y mujer al mismo riñón castellano, a la provincia de Valladolid, el fundador de esta familia de tallistas, el madrileño Vicente Chicote.»

«La tradición de la escultura en madera se mantenía perenne en esa región. No en balde, allí habían dejado sus obras maestra Ordóñez, Berruguete, Becerra, Juni y Hernández; no en balde, el pino, el nogal y el castaño de la parda llanura, habían sufrido durante varias generaciones el trabajo de la gubia que los convertía en obras maestras de belleza y expresión.»

«Esta clase de escultura religiosa de sabor francamente popular en algunos casos, como el de Hernández, o de formas italianas en otros, como Berruguete, siempre llena de intensa pasión, de gritos de dolor y de tragedias de sangre, dá en la historia de la escultura religiosa europea, la nota más sentida o más dramática.»

«Una de las familias que han cultivado este arte de generación en generación, con el espíritu tradicional y hereditario de taller, ha sido la familia Chicote. Del abuelo, de Vicente Chicote, existen en las iglesias de Valladolid varias esculturas, y en la llamada de la Cruz, el retablo del altar mayor, en el entonces imperante estilo neoclásico, y el templete de la Virgen de Juni, en las Angustías, con los dos magníficos angeles que lo decoran.»

«A la muerte del abuelo, pasa el taller a manos de sus hijos, de Elías, y no porque hubiese mediado propósito de ello, puesto que Elías se consagró en principio a la vida religiosa en el Convento del Prado; pero los azares políticos de entonces, las luchas políticas de aquel siglo, le obligaron en un asalto que sufrió el convento, a descolgarse por un tejado hasta el cementerio del convento, donde se refugió.»

Vuelto a la vida familiar, se dedicó a la cultura, casó dos veces, y del segundo matrimonio tuvo varios hijos, Mariano, Darío, Ignacio y Victoriano, que continuaron la tradición de la familia; conservándose del padre numerosas tallas y retablos en iglesias castellanas; y de los hijos, diversos monumentos decorativos en aquella misma comarca castellana.

Nuestro nuevo compañero, don Victoriano, se dedicó a la enseñanza, y el año ocho de este siglo ganó por oposición la cátedra de Metalistería en la Escuela de Artes e Industrias de Cádiz, y el año catorce, la de Modelado y Vaciado en la de nuestra capital, en la que continúa enseñando a las nuevas generaciones cordobesas, sus métodos de trabajo, sus técnicas refinadas, su espíritu de fuerte severidad artística y de honda raigambre española.

Sería difícil definir la rama artística en que don Victoriano

Chicote ha destacado más su personalidad. Lo mismo veis su mano segura en el dibujo, que su amplitud de composición en la decoración. Así talla el marfil, como repuja la plata. Y si ante el lienzo sabe dar calor, línea, expresión y animada vida a las creaciones de su pincel, también anima la piedra con su cincel vigoroso y creador.

Este artista, este maestro de artistas, dibujante, pintor, escultor, tallista, orfebre, decorador, une a su espíritu enamorado de las formas plásticas, una erudición y una cultura poco comunes en Historia y en Arqueología.

Le permite ello, como le sucedió a los grandes artistas del Renacimiento, llevar su intuición creadora encauzada en normas clásicas, y así diríamos que en su multiformes creaciones artísticas, el corazón late vigorosamente, pero domeñado por el ritmo riguroso de la inteligencia. No se desborda imaginativa ni locamente, sino que vá pulsando serena y seguramente las fibras que hacen vibrar las más puras y refinadas emociones artísticas.

De su polimorfa obra artística, que pasma y confunde a muy sesudos críticos de arte, y que necesita conocimientos nada comunes para ser analizada, de los que yo carezco en absoluto, quiero sólo hacer destacar dos aspectos, que a mi ignaro juicio en cuestiones artísticas le llaman la atención poderosamente en la obra de don Victoriano Chicote.

Son ellos, su afición por los primitivos, que imita en la talla y la pintura con raro don de perfección; y su maravillosa especialidad en el detalle, en el miniaturismo, ya pinte, esculpa o repuje.

Del primero, de lo que podríamos llamar su impulso goticista, no sabría decirnos más, sino que ante sus obras de este género, como la maravillosa y prolija talla en alabastro del entierro de Cristo, su portapaz de plata repujada, o alguno de sus escasos pero maravillosos cuadros, que tal vez se tenga en algún gran museo europeo como primitivo de la más buena escuela, no parecen sino salidos de la mano de los grandes artistas del cuatrocientos.

Para ello se necesita un dominio de la técnica riguroso, pero también un estudio del ambiente y de la época, que constituye un verdadero secreto. Y además de todo eso, técnica y estudio, mano y cerebro, arte y sabiduría, tal vez haya algo más todavía, un quid especial que sólo podríamos definir llamándolo

temperamento, o intuición, o predestinación tal vez, o suma y compendio de algo que es producto de muchas civilizaciones y muchas generaciones, y que por un raro don, por un excepcional ejemplo de herencia resumida, se concreta en un individuo, como floración genial de toda una estirpe.

Sabido es que, como expresiones espirituales que son las manifestaciones artísticas, a través de ellas se descubre el gusto de una época, la historia de una civilización, completada con el sello personal del artista. Y que el arte ponderado, ecuánime, sereno, es el clasicista, que, en grandes etapas históricas de la humanidad se rehace, renovándose, como un ave fénix gloriosa, que siempre resurgiera briosamente de su olvido cine-rario.

Pero, frente a esa manifestación razonada de las artes clásicas, el impulso vital, que es lucha, ardor y fiebre, se deforma a veces, siguiendo esas diversas modalidades del espíritu. Y, ya se eleva, y purifica, y se hace místico y supraterráneo, como es en su esencia el arte gótico; o bien se reconcentra, y se tortura, como aquel que se recrea en sus propias llagas, o exprime su corazón en un sadismo realista y apasionado, como sucede cuando surge el barroquismo.

Son ambos impulsos, espiritualistas, pero, cuán diferentes. El uno es renunciación, éxtasis; el otro es pasión y arrebato. El goticismo es una llama de fe. El barroquismo es un delirio torturante.

Por eso, en los impulsos goticistas de don Victoriano Chichote, hay todo aquel candor sereno y sencillo de los primitivos, temperamental si se quiere, ingenuo tal vez, pero dominado en el conjunto y en el detalle por una elevación espiritual que dignifica y ennoblece.

Tal vez arranque de la misma raíz de honradez artística su interés por el detalle, que le hace un formidable miniaturista, tal vez el mejor miniaturista de la España actual. Sus trabajos, dice, el profesor de la Historia del Arte en Córdoba, a quien antes aludíamos, permiten ser examinados con lupa, y este es el mayor elogio que puede hacerse de este virtuoso de las artes plásticas que sólo teniendo un dominio tan absoluto del dibujo, puede permitirse esa técnica suya tan personal.

Sería preciso remontarnos a Fortuny para encontrar un pintor español que cultivara con acierto esa especialidad, para que le diera vida al detalle, para que al pintar, le diera a cada

cabello en la cabeza, a cada hilo en las telas, una existencia individual y destacada.

Como el malogrado pintor español antes aludido, nuestro compañero ha sentido un vivo interés por recojer aspectos y estudios de la vida hebrea y musulmana, y son numerosas sus obras de este género, bien conocidas por los cordobeses, por las exposiciones primaverales que algunas veces, atendiendo a persistentes ruegos de sus buenos amigos, se ha decidido a ofrecer en los concursos de Arte organizados por la Sociedad de Arqueología.

Esas exposiciones han sido una revelación, para quien no conocía a Chicote. Su manera de pintar las joyas, los damasquinados, las ataugías, los bordados, son de un detalle pasmoso. Sobre todo las telas moriscas, las alfombras y tapices, al ser llevadas al lienzo por don Victoriano Chicote, no admiten comparación con ninguna otra labor contemporánea.

Esta es la relación que encontraba entre aquellas tendencias artísticas antes señaladas, y esta técnica depurada, en la que se ven aliados el temperamento y la maestría, la inspiración y la erudición.

Don Victoriano Chicote, en sus aptitudes manuales, podríamos definirle llamándole un maestro de todas las técnicas. En sus conocimientos eruditos es una verdadera autoridad en historia del arte. Por último, es un profesor modelo, un hombre virtuoso, prudente y mesurado.

Nuestra Academia lo acoje con todo orgullo, y lo contará como uno de sus más ilustres miembros.

* * *

No han podido concretarse las aptitudes artísticas y eruditas de don Victoriano Chicote, en obra de mayor empeño que la que teneis ante vosotros, y que ha compuesto como discurso de entrada.

Por las dificultades técnicas de perspectiva y de iluminación, por las investigaciones que ha sido preciso que lleve a cabo para poder reconstituir con visos de verosimilitud histórica y arqueológica la parte más importante del primer monumento cordobés, y por haber ideado obra tan cordobesista y necesaria en su doble aspecto científico y vulgarizador, el señor Chicote merece los más ardientes elogios.

Una reconstitución del interior de la mezquita de Córdoba en los tiempos del Califato, es el tema acometido. Y lo ha querido llevar a tan escrupuloso término, haciendo una obra de armónico conjunto, que hasta el marco lo ha decorado con motivos ornamentales de la época.

Pero vamos a lo principal. He aquí una vista de la nave principal de la gran aljama de Córdoba, cercana ya al miharab, en día corriente de oración, en que los buenos musulmanes del Califato cordobés acuden al grandioso oratorio levantado por las piadosas manos de los Califas omeyas, para dirigir sus preces al Dios único y misericordioso.

Es seguramente la oración de adohar o la de mediodía, por el gran raudal de luz natural que entra por las celosías que hay en la cúpula del vestíbulo del miharab, cuya viva luz compete con la profusa iluminación de los millares de luces esparcidos por la mezquita.

Mirando a la kibláh, la dirección de la Meca, a la cual está orientado el nicho del miharab, los musulmanes, en las diferentes posturas del rezo o mejor dicho de la plegaria, son presentados por nuestro artista en agrupación pintoresca, unos sobre el pavimento, y otros en su lebda, que parsimoniosamente el buen muslim lleva enrollada bajo el brazo cuando va a la mezquita, como nuestras viejas su catrecillo.

Unos están en pie, con las manos levantadas en la postura ritual de adoración, magnificando a su Dios con la frase, Aláh ua acbar, Aláh es el más grande. Otros se prosternan, en el rucuz o incurvación, siguiendo exactamente las reglas prescritas y pronunciando las palabras prefijadas, hasta postrarse del todo en el súchud o adoración, en el que procurará con todo esmero que toquen en el suelo, la frente, la nariz, los codos, las manos abiertas, las rodillas y los dedos de los pies. Por fin se sienta, con no menos precauciones litúrgicas (1).

Todas estas posturas están fielmente interpretadas en esta obra, y han sido tomadas del natural, en las mezquitas marroquíes, apesar de la gran dificultad que existe para un cristiano de observar estas prácticas de rezo, ni aun de entrar en el templo musulmán, que sólo han podido ser superadas por una voluntad férrea y constante como la de nuestro compañero.

(1) *Islamismo*, por D. S. Margoliouth; trad. Carlos Riba, edic. Labor, 1926; y *Córdoba*, por don Pedro de Madrazo; edic. de 1886, pág. 171.

Por fin, sobre el muro de la kibláh, y a la derecha del miharab, el púlpito o mimbar. Cirios y pebeteros ante la hornacina sagrada, solo accesible al imán o sacerdote supremo. A manera de zócalo, un haití, que llega hasta los hermosos tableros de mármol que sirven de jambas a toda la composición del arco del miharab, y en los que está representado con magnífica profusión el símbolo oriental del árbol de la vida, suma y compendio en estas piezas del arte califal de la talla en piedra.

Este es, descrito en breves líneas, el asunto de la obra pictórica que el señor Chicote ofrece a la Academia como muestra de su valer. Pero no basta esa impresión de conjunto. Hay que ir a los detalles, tanto pictóricos como arqueológicos, en ambos de los cuales es maestro el que hoy recibimos entre nosotros.

Voy a tratar de analizar estos detalles.

Está colocado el observador en la nave central de la mezquita correspondiente a las primeras ampliaciones, en esa arquería que corta dicha nave bajo la cúpula de lo que se llama la capilla de Villaviciosa. Este es posiblemente el sitio por donde se entraría a la macsura o recinto reservado a la corte y altos dignatarios del Califato. La otra macsura, la correspondiente a las primeras construcciones de la mezquita, y que el gran califa Alháquem mandó desmontar, y colocar luego en esta su ampliación que observamos en la obra del señor Chicote, esta segunda macsura, digo (primera por el tiempo en que fué hecha), limitaba con su valla de madera ricamente pintada y decorada un espacio menor, que era sólo el del vestíbulo del miharab, quedando así encerrada dentro de la macsura nueva, que terminaba en graciosas almenillas de madera (1).

Nuestro autor no ha querido representar las macsuras en su cuadro, porque ello, seguramente, le hubiera quitado al mismo su efecto grandioso, y no hubiera permitido señalar otros muchos detalles más interesantes que ese.

Desde el mencionado lugar, el observador admira, entre los diversos haces y cambiantes de las luces, todos y cada uno de los detalles de este singular monumento, que siendo musulmán, es tal vez el más español de toda la península (2).

(1) *Inscripciones árabes de Córdoba*, por Rodrigo Amador de los Ríos; Madrid, 1879, pág. 66. *Al Bayano'l Mogrib*, edic. Fagnan; Alger, 1904, pág. 393.

(2) M. Gómez Moreno. *Excursión a través del arco de herradura*, y conferencias pronunciadas por el mismo en la Residencia de Estudiantes en Noviembre de 1926, Madrid, reseñadas en la prensa diaria.

Las columnas, sin basa en este lugar, ofrecen sus bellos fustes alternando los colores azul (de las bellas calizas azules que alternan con las pizarras en los terrenos cambrianos de las primeras estribaciones de nuestra sierra, bien cercanas a la capital, como son los yacimientos del arroyo de Pedroches, del Santuario de Linares, etc.), con el rojo (de los mármoles brechosos de la sierra de Cabra al que los musulmanes llamaban color amanzanado), (1) fustes arrogantes, hermosos, pregoneros de la grandeza del Califa que los mandó labrar, con su collarino típico de los buenos tiempos cordobeses. El roce de las personas los mantiene lustrosos, descubriendo su fino pulimento, que según Almaccari se diría que está hecho con una máquina de bruñir.

El capitel que los corona, corintio en los fustes azules y compuesto en los rosados, tiene esa robusta hoja de acanto, característica del período califal, que no es labrada ni picada aquí porque la severidad de la fe no permite que el lujo despliegue su fantasía, como sucede con esos afiligranados capiteles de Medina Az-Zahra que parecen espuma de los mares cuajada en la piedra.

La pilastra que se levanta sobre el capitel, y que apeando los arcos bajos, de herradura, sustenta los arcos de medio punto que constituyen la serie superior, está revestida en esta nave de una ornamentación en estuco, que Ramírez de Arellano (2), supone hecho en los tiempos de Almanzor.

Sobre un primer fondo, se levanta airosa la arquería que limita el vestíbulo del miharab, con su gracioso entrelazamiento de arcos, tan típico del Califato, y de cuyas múltiples combi-

(1) *Extraits inédits relatifs au Maghreb*. Traducidos del árabe y anotados por E. Fagnan. Argel, 1924, pág. 29. Llama, según Edrisi, amanzanadas, por su color, a dos de las columnas del arco del miharab, según una palabra árabe, que otros traducen por azul. En realidad de las cuatro columnas, que apareadas, sostienen dicho arco, existía contradicción entre la realidad y lo relatado por los cronistas contemporáneos. Dos son de azul intenso, y otras dos de mármol brechoso de tono amarillento, que se podría tomar como amanzanado. Lo que no concuerda con la realidad es describirlas como dos azules y dos verdes (?). De análoga constitución, pero de color más rosado, son los fustes que existen en la ampliación alhakemí.

(2) *Historia de Córdoba*, por don Rafael Ramírez de Arellano, tomo III, pág. 347.

naciones hicieron los artistas de aquella época las variaciones más diversas y sugestivas (1).

Dentro de la misma mezquita aljama estos entrecruzamientos de arcadas se combinan de muy ingeniosos y distintos modos. Es en esta ampliación donde esas combinaciones alcanzan su mayor juego. Es que, para esta época, ya los alarifes cordobeses tenían levantada aquella maravilla miliunochesca que fué Medina Az-Zahra, en cuyos amplios aposentos, tarbeas y cobbas, y en cuyos magníficos salones o megleses, la vista no se daba punto de reposo en la contemplación de los intrincados y laberínticos entrecruzamientos de arcadas y lacerías.

El efecto cromático de estas arquerías, en este lugar de la aljama está original, al desnudo, esto es, producido por la alternancia en el dovelaje del arco, de la piedra franca amarillenta, y del ladrillo rojizo. Es un efecto, de pro genie constructiva fundamentalmente española, y que la mezquita cordobesa generalizó tan ámpliamente, que en el mundo musulmán llega hasta los monumentos de Túnez y de Egipto, y en el mundo cristiano de la época, por «la ruta de Santiago» llega a infiltrarse en algunas iglesias románicas de Francia (2).

La techumbre es uno de los elementos más ricos, interesantes y vistosos de esta construcción. En España, el artesonado de la mezquita de Córdoba es el punto de partida de donde arranca todo lo que en techumbres y artesonados caracteriza el gusto español del mudejarismo, que llega hasta el siglo xvi y xvii haciendo estos portentosos trabajos de ricas maderas labradas y pintadas.

En el artesonado de la aljama, es donde don Victoriano Chicote ha tenido que poner más estudio y atención, para resolver un problema arqueológico, hoy todavía por terminar, y del cual ofrece una solución bastante interesante y atinada nuestro compañero, en este cuadro.

(1) M. Gómez Moreno. *L'entrecroisement des arcades dans l'architecture arabe*, ap. Actes du Congrès d'histoire de l'Art, Paris, 1921, I. p. 318.

(2) Recuérdense todas las teorías nacidas hace ya tiempo (M. E. Male, *La Mosquée de Cordoue et les églises D'Auvergne et du Velay*, en *Revue de l'art. ancien et moderne*, 1911, t. II, pág. 81, expuestas más recientemente por el mismo en *Les influences arabes dans l'art roman*, *Revue de Deux mondes*, nov. 1923), apropósito de los orígenes del románico, puestas a luz modernamente por E. Male, G. Marcais, E. Lambert, A. Kingsley Porter y otros, en ya numerosas publicaciones.

Sabido es que, cuando a fines del siglo xvii una mano torpe o codiciosa quita de los tejados de la aljama aquellas canales de plomo (1) que describe con admiración Ambrosio de Morales, porque eran tan anchas que cabían holgadamente en ellas dos hombres acostados, las ricas techumbres de madera, ya seguramente en bastante mal estado, y recompuestas en bastantes sitios, se pudren rápidamente, y no hay más remedio que sustituirlas en masa. Es entonces, a principios del siglo xviii, cuando se quitan esos ricos artesonados, y las naves de la mezquita se cubren con unas sencillas bóvedas de cañas y yeso. En este año de 1731, dice el Ldo. Tomás Moreno, Capellán perpetuo de la Catedral, en su Descripción de la Sta. Iglesia Catedral de Córdoba, se ha comenzado a cubrir la nave del Punto (2).

Precisamente, dice este autor, que al voltear la bóveda en esta nave, sobre ella se dejaron las puertas de la catedral de Santiago que Almanzor había hecho traer a hombros de cautivos cristianos en el siglo x, y que estuvieron colgadas del artesonado hasta este mismo año, que ya vemos donde se dejan.

La mezquita ha llegado a nuestros días con esas bóvedas de yeso, dándole ese aspecto, que un escritor bilioso como Pío Baroja ha comparado con una bodega.

Pero comienzan las restauraciones de la sin par aljama, por el ilustre director de la escuela de Arquitectura don Ricardo Velázquez, y se plantea el problema de la restauración de la techumbre. ¿Con qué elementos se contaba para ello? (3).

(1) Ambrosio de Morales. *Antigüedades de las ciudades de España*; edic. MDLXXV, fol. 123.

(2) *Catálogo biográfico de escritores de la provincia de Córdoba*, por don Rafael Ramírez de Arellano; tomo I, pág. 407.

(3) Remitimos al lector a lo dicho por R. Amador de los Ríos en sus *Inscripciones...* pág. 139 y nota, en que refuta la opinión equivocada de Girault de Prangey. V. También *Historia de Córdoba*, de Ramírez de Arellano, tomo III, pág. 314. *Indicador cordobés*, por don Luís María Ramírez y de las Casas Deza; Córdoba, 1867, pág. 87; y *Descripción de la Iglesia Catedral de Córdoba*, por el mismo, pág. 23. *Guía Artística de Córdoba, 1926*, bajo la dirección de don Antonio Carbonell y T-F, pág. 55, cuyo capítulo está redactado por el autor de estas líneas. *La Capilla de Villaviciosa en la Mezquita Catedral de Córdoba*. Revista «España», 1887, por Rodrigo Amador de los Ríos. *La Mezquita-Catedral de Córdoba y su Capilla de Villaviciosa*, por Rafael Romero Barros; Bol. Aca. de S. Fernando, 1884. *La Mezquita Aljama de Córdoba*, conferencia dada en el Ateneo de Madrid por el Sr. D. Narciso Sente-nach el 12 Mayo 1901. Madrid. 1902.

Parece que algunas vigas quedaban en su sitio, como raros ejemplos de lo que había sido este sin igual artesanado, alabado por todos los autores islámicos y cristianos que lo vieron y admiraron. En la capilla de San Pedro y San Lorenzo dice Ramírez de Arellano (1) que subsistía allí únicamente el trozo de artesanado que la cubre, y cuyo trozo de artesanado sería el mismo que existe en hoy dicho lugar con leve restauración. Por referencias del actual conserje de la mezquita don Rafael Aguilar, sabemos también que inmediata a la capilla Real o de San Fernando, por su lado sur, había también una viga del artesanado, adosada al muro, que sirvió mucho al mencionado restaurador para obtener datos interesantes respecto a la disposición general del mismo.

Porque no hay que olvidar que algún avisado arqueólogo ha llegado incluso a suponer que el artesanado de la aljama de Córdoba no habría sido horizontal, sino de planos inclinados lateralmente, como sucede en casi todas las mezquitas marroquíes, y en los típicos artesanados españoles de los siglos xv y xvi. No vale la pena que nos detengamos siquiera a refutar esa equivocada hipótesis. Las descripciones de los techos de la mezquita de Córdoba más autorizadas, como son las del Edrisi entre los musulmanes, y la de Ambrosio de Morales entre los cristianos, no dejan lugar a dudas. Se tiene además el antecedente de las mezquitas sirias contemporáneas de la de Córdoba, como por ejemplo la famosa mezquita de los Omeyas de Damasco. Y no hay que olvidar que los califas omeyas de Córdoba, que durante varias generaciones no olvidaron la patria de sus abuelos e incluso soñaron en reconquistarla algún día del poder de los abásidas, tomaban los monumentos y las artes de aquella región islámica como el modelo más autorizado, por cuya razón de todas las influencias exóticas que intervienen en el arte del Califato, la mencionada es la que obra con más positivo influjo (2).

Y por si esto fuera poco, se tienen además los tableros viejos del artesanado, que fueron aprovechados posteriormente para falderos en los tejados, que soportasen las tejas, utilizándolos ya como material viejo, cuyos tableros han servido en las restauraciones, unas veces, para volverlos a colocar, con leves

(1) *Guía artística de Córdoba*, por Ramírez de Arellano, 1896, pág. 23.

(2) *Manuel d'art. musulman*, por G. Marcais; París, 1926, tomo I, página 206.

remiendos, repintándolos con los mismos colores que las perdidas pinturas dejaban sin embargo mostrar claramente, y otras veces, cuando el tablero estaba tan apolillado o astillado que prácticamente era inservible, para copiarlo fielmente, y obtener así esa maravillosa serie de tableros que dan al artesonado de la aljama, una variedad, una riqueza y una decoración prodigiosa, que por sí solos bastan para honrar a toda una civilización, y al pueblo que la llevó a tan alto grado.

Pero no quiero invadir terrenos reservados a quien más capacidad tiene para ello. Esos problemas los tiene también estudiados, con singular competencia el notable arqueólogo don Félix Hernández, en un trabajo que espero verá pronto la luz, en el que han sido reproducidos todos los modelos de tableros distintos que hay en la mezquita, de los que creo han podido ser reconocidos hasta hoy, en número de unos sesenta y tantos próximamente.

De estos techos de la mezquita son de los que cantaba Mohamed el Baluní: «Mirad el oro, cual encendido fuego, sobre sus techumbres, brillar a semejanza del rayo que atraviesa los cielos». (1) No exageraba el poeta, dice don Pedro de Madrazo en su admirable descripción de Córdoba y su mezquita, contenida en la serie de *Recuerdos y bellezas de España*, porque realmente, a la luz de las lámparas y candelabros, velada por la neblina de los aromas, debía parecer aquella rica techumbre, lo que en enérgico lenguaje vulgar llamamos *un ascua de oro* (2).

Pues bien, de estos techos, que en general han sido tan admirable y concienzudamente restaurados por el señor Velázquez, como que muchas veces ya hemos dicho que lo han sido con los mismos tableros originales, quedan algunos detalles por definir, que el señor Chicote acomete con una originalidad y acierto magistrales.

Digamos ante todo que esta nave central en que estamos colocados es no sólo más ancha que las restantes, sino que según dicen los autores, era también más alta, esto es que el artesonado, estaba en ella colocado más alto que en las restantes naves. Digamos también que por ser más ancha, los tableros a ella pertenecientes, de mayor longitud como es consiguiente han podido ser colocados sin equivocación.

(1) Al-maccari, tomo I, pág. 369.

(2) *Córdoba*, por P. de Madrazo.

Parece sin embargo que a estos techos le falta algo. Así lo entendió su restaurador señor Velazquez, y así parece deducirse del examen de ellos en la actualidad. Antes de llegar al muro, la viga y el tablero pierden su decoración, y esto no produce efecto agradable a la vista. Se resiste la imaginación a creer que el artesonado fuera de este modo, que dá la impresión de faltarle algo.

Don Victoriano Chicote dá la solución armoniosa del problema. Desde la zona que falta la decoración, tanto en la viga como en el tablero, bajaría un faldón diagonal, también de madera, hasta recibirse en el muro, cuyo faldón tenía decoración labrada y pintada haciendo juego con el resto de la techumbre. Tal vez se refiera a ello el Edrisí, cuando dice: «por debajo de los techos, hay tabicas de madera, conteniendo inscripciones con versículos del Corán».

Este faldón será el gérmen de los grandes faldones diagonales que en siglos posteriores son tan típicos de los artesonados españoles y moros.

El señor Chicote resuelve además otros detalles, señalando que las caras de las vigas fronterizas han de ser iguales, para que así la decoración sea la misma dentro de un mismo artesón. Y este artesón, por la parte del muro, queda cerrado con una tabiquilla de madera, que viene al borde del faldón general de la nave. Tal vez, por ello diga El Edrisí: «las pinturas no son iguales las unas a las otras, pero cada techo forma un todo completo desde el punto de vista de los ornamentos, que son del mejor gusto y de los colores más brillantes».

Esta contribución de nuestro compañero a problema tan interesante cual el de los artesonados de la aljama, denota con cuanto amor y prolijidad ha estudiado tan arduas cuestiones.

Pero vengamos a otro de no menor interés: la iluminación de la mezquita.

Aunque la aljama no se pudiera considerar como edificio, de mucha luz natural, con las celosas de mármol que hay en sus portadas laterales, las que había al final de las naves en el muro meridional o de la kibláh, y la que entraba por las portadas que dan al patio de los Naranjos (¿cómo le llamaban los musulmanes a este Patio que nosotros designamos de los Naranjos, ya que ellos no tenían naranjos, al menos en los buenos tiempos del califato, porque ese árbol no se había traído todavía de la remota Asia, y a cuyo patio los tratadistas

islámicos llaman solamente el Sahn? Un autor, dice que Abde-rrahmán III lo plantó de cipreses, arrayanes o mirtos y rosales), podía considerarse bien alumbrada de día. Las bóvedas de la capilla de Villaviciosa y aledañas y las del vestíbulo del miharab con sus gemelas, eran otros audales de luz diurna. Y tal vez alguna otra bóveda hoy desaparecida.

La iluminación artificial, en contra de lo que algunos creen solo se usaba de noche, aparte de la lamparilla que algún piadoso musulmita quisiera sostener perennemente en la gran aljama.

El Edrisí, dice: el número de lámparas destinadas a la iluminación, es de ciento trece. Las más grandes soportan mil lamparillas o mecheros y las más pequeñas, doce.

Otros escritores musulmanes citados por Almacari, dan cifras distintas, y dicen que en tiempos de Almanzor las lámparas eran 280. Otros hablan de 224. Hay que contar con que la ampliación de la aljama por Almanzor, haría necesario casi duplicar el número de lámparas. El número de mecheros o vasillos era 7.425, o 10.805 según otros. En lo que todos coinciden, es en que estos vasillos o mecheros estaban pintados de colores, y que la gran lámpara del vestíbulo del miharab tenía 1.080 vasillos dorados y de otros colores admirables.

Los autores islámicos, más aficionados a la estadística que cualquier economista alemán de nuestros días, señalan el peso del metal que debían reunir entre todas las lámparas, el aceite que consumían, especialmente en el fastuoso mes del Ramadán con otros muchos datos pertinentes al caso, cuya enumeración es fastidiosa, pero, que da idea del fausto y la grandiosidad que se desplegaba en el alumbrado.

Mucho se ha discutido acerca de la forma de estas lámparas, y de su colocación en la mezquita, sin que hasta la fecha, en que don Victoriano Chicote apunta una solución al problema, nadie se hubiera atrevido a dar referencia siquiera aproximada.

Guiado por los datos recogidos por él mismo en Marruecos, en mezquitas y sinagogas, suspende las lámparas de unos travesaños o barras apoyados en los arranques de los archivoltas, por su intradós; y respecto a la forma misma de las lámparas, se atiene no sólo a los mismos apuntes recogidos por él, como antes digo, en los tradicionales templos marroquíes, donde todavía no ha penetrado la luz eléctrica, como en muchas mezquitas del Oriente, y conservan el mismo alumbrado que tenían

hace muchos siglos, sino que se ha guiado por el dato arqueológico de las únicas lámparas de época califal, que se conocen en España, procedentes de la mezquita de Elvira, junto a Granada, y que concuerdan en todo con las descripciones contemporáneas (1).

Estas descripciones establecen la diferencia entre lo que llaman lámparas o candelabros, y lo que denominan coronas de luz. Las primeras, como las de Elvira, son una especie de plato calado y plano, colgado de unas cadenitas, y en cuyos calados se introducen los vasillos del aceite. Las grandes lámparas o coronas de luz (2), como la que todavía se conserva colgando de la gran cúpula de la mezquita de Kairuán, están formadas por una serie de aros colgando unos de otros horizontalmente y de diámetro cada vez mayor, cuanto más inferiores, cuyos aros tienen por su circunferencia exterior unos aretes o soportes, donde se colocan los vasillos o mecheros. Por esto, para dar idea del grandor que tenía la gran lámpara del vestíbulo del miharab en la aljama cordobesa, la que tenía 1.080 vasillos, un autor musulmán, menciona el diámetro del círculo o corona media, que por error de algún copista se señala de cincuenta palmos, pero que bien a las claras dá a entender el propósito que guiaba a tan escrupuloso narrador, dando el término medio de los aros o coronas de luz que formaban aquel gran lampadario (3).

Los vasillos o mecheros que se colocaban tanto en los candelabros como en las coronas de luz, eran iguales, variando sólo el material de que fueran fabricados, ya de barro cocido, al natural o pintado, como antes decíamos, bien de vidrio de variados colores, blanco, azul o verde. Son todos ellos como unas copitas de forma cónica, de las que en Medina Azahara se las encuentra rotas formando montones que a veces llenan habitaciones enteras (4).

Los cronistas musulmanes dan otros muchos detalles como son que había cuatro lámparas de plata pura en el miharab, que

(1) M. Gómez Moreno, *Iglesias mozárabes de España*, tomo II de Láminas.

(2) Atanor, parece que le llaman nuestros clásicos.

(3) Almacari, tomo I, pág. 363.

(4) *Excavaciones en Medina Az-zahra*, memoria oficial de 1926, por Hernández, Castejón, Jiménez y Ruiz, pág. 22, lámina VI.

los candelabros o lámparas corrientes eran todos de bronce, y otras referencias iluminatorias, como las de los enormes cirios que en las noches del Ramadán se colocaban delante del miharab, de cera verde, en número de nueve, y cada uno de los cuales pesaba de cincuenta a sesenta libras.

Todo ello, producía ese efecto fantástico y sorprendente, que reflejándose ya en las vistosas techumbres antes reseñadas, o bien en los espléndidos mosaicos que ornamentaban las fachadas decorativas de la kibláh, tanto sorprendían a quienes lo observaron, y tanto motivo presta a los artistas para dejar errar su imaginación, como lo ha hecho con insuperable acierto el señor Chicote.

Ya cuida de advertir este autor que no todos los modelos de lámparas o candelabros por él pintados en esta obra, han de tomarse por modelos legítimos del Califato, puesto que él, sólo ha pretendido dar una idea general del alumbrado original de la mezquita, habiendo puesto, lámparas que, aunque musulmanas, son de tiempos más modernos, propias de las mezquitas influidas por el estilo turco, como son las lámparas de cúpula o aquellas que tienen una media luna en sus colgantes, o bien la gran corona de luz del vestíbulo del miharab, que ha figurado ser de la forma del sello de Salomón, en tanto que su descripción exacta ya hemos visto cual era según todas las referencias (1).

Aún hemos de dedicar algunas palabras al mimbar, o sea el púlpito que se usa en la jotba u oración del viernes o achuma, el día festivo de los musulmanes, para que sobre él, el imán que preside la oración, dirija la palabra a los fieles, ya sólo con invocaciones religiosas, o bien con motivos políticos, ya para comunicar al pueblo noticias interesantes, como resultado de las campañas guerreras o sucesos análogos.

El mimbar sólo se colocaba en el sitio que se observa en el cuadro del señor Chicote, el señalado día, y los restantes se conducía a la cobba, cúpula o capilla colocada a la izquierda del miharab, que por esa razón se llamaba beit-al-mimbar, o sea estancia del mimbar, en la que se abre la linda puertecita

(1) Nosotros suponemos que tal vez las pequeñas lámparas o candelabros estuvieron suspendidas de los techos de madera, para dar la iluminación en el centro de las naves, y por esta razón han desaparecido en absoluto los colgantes de dichas lámparas.

de mosaico, restaurada totalmente en nuestros tiempos (1), que daba ingreso a la cámara del tesoro y estancia de los servidores del templo.

El mimbar de Córdoba, construido por orden del gran Alhaquen II, para que fuera digno de la maravillosa ampliación que llevó a cabo en esta aljama sin par, es descrito y alabado sin tasa por todos los cronistas musulmanes. Era una obra de marquetería, cuyas piezas de ébano, sándalo rojo y amarillo, cedro y otras maderas finas y olorosas, en número de 36.000, cada una de las cuales valía siete dirhemes, con incrustaciones de oro, plata, marfil y piedras preciosas, y en cuya construcción se emplearon nueve años, costó exactamente 35.705 dinares de oro (2).

Este mimbar tenía nueve gradas o escalones, en el último de los cuales se sentaba el predicador. No mucho tiempo después (3), se introduce la costumbre de que el predicador se sienta en los primeros escalones, y entonces se pueden unir ya con un arquito, y en las mezquitas de Oriente hasta con un cupulino, los dos montantes o pilares de la entrada, que en estos tiempos, sólo sirven para sostener el pasamanos.

El último autor que nos habla del mimbar cordobés, es Ambrosio de Morales (4), que lo denomina «silla del rey Almanzor», y nos dice que en su tiempo fué destruido. Lo describe como especie de carro con cuatro ruedas, lo que indica que fué utilizado como pulpito móvil a estilo de ambón por los reconquistadores, quienes al añadirle las ruedas lo recortarían por abajo, ya que Morales lo describe con siete gradas, en vez de nueve.

(1) Nos dice D. Rafael Aguilar que su padre, antiguo conserje de la mezquita, vió hace largos años restos del mosaico original. En nuestros tiempos bajo el cuadro de Céspedes, «La Cena», que allí había, apareció un enlucido moderno.

(2) Aben Adhari, II, pág. 266; Almacari, I, pág. 362.

(3) *Sanctuaires et forteresses almohades; la chaire de la Kutubiya*, por H. Terrase y H. Basset, Hésperis, 1926, pág. 172.

(4) *Ibidem*.

Relación de la planta de la capilla Real y de su estado temporal y espiritual. Córdoba, 1637. (Inserta en *Catálogo de escritores...*, de Ramirez de Arellano, tomo II, pág. 51). Su autor el Canónigo Bernardo José de Alderete, dice: «...i al lado izquierdo la silla dorada con sus gradas del Rei Almanzor, que su Abuelo de V. Mag., mandó quitar de allí».

La fama del mimbar cordobés se extendió por todo el mundo musulmán, y casi llega a nuestros días en sus historiadores. Aben Marzuq, historiador del siglo xiv, dice: «los maestros artesanos están contestes en que el mimbar de la mezquita de Córdoba y el de la mezquita de los libreros en Marraquex, han sido los más notablemente trabajados; pues si se juzga por sus construcciones, los orientales no saben trabajar la madera con elegancia» (1).

Eran, pues, los maestros cordobeses de tal pericia en los trabajos de ebanistería y marquetería, que sus trabajos eran los más apreciados, y cuando se quería fabricar un mimbar rico y espléndido, se encargaba en Córdoba. Parece que en la ciudad de Fez hubo en la mezquita del Kairauín, otro espléndido mimbar, construido en tiempos del hijo de Almanzor, Abdelmélíc, primer ministro o háchib del desgraciado Hixem II (2), cuyo mimbar desapareció en los últimos años de la dinastía almorávide, y que seguramente sería copia casi exacta del de Córdoba, donde fué trabajado.

Pero hay otro, posterior, que hoy existe aún, y es el anteriormente citado de la Kutubía de Marraquex o mezquita de los libreros, que fué construido en Córdoba, en tiempos de Abdelmumen, el gran conquistador de los almohades, y que algunos autores y críticos europeos (3), estiman como el más bello de todo el Islam.

A pesar de que en tales tiempos, en el siglo xii, ya había perdido Córdoba la capitalidad política y estaba en plena decadencia, la tradición de sus maestros y artistas se debía conservar incólume, pues en ella se fabrica esta magnífica pieza por orden del Comendador de los Creyentes. Los textos musulmanes (4) así lo afirman, y precisamente ello acaba de ser confirmado en un espléndido trabajo de investigación arqueológica que, con abundantes fotografías acaban de publicar los señores Henri Basset y Henri Terrasse (5) y en el cual se comprueba todo lo que ya decimos. Este mimbar marrecoxí tiene una ins-

(1) *Mosnad*, de Ibn Marzouq; traduc. por Mr. Levy-Provencal, en Hésperis, 1925, pág. 65.

(2) *Zahrat el As*, Trad. y pub. por A. Bel, Argel, 1923, pág. 99.

(3) H. Terrasse y H. Basset, *ibidem*, pág. 169.

(4) *Mosnad*, por Ibn Marzouq, trad. Levy-Provencal. *ibid.*

(5) *Ibidem*, Hésperis, 1926.

cripción cúfica, mutilada, en la que puede leerse: «Este mimbar fué fabricado en la ciudad de Córdoba—Alláh la guarde—para esta mezquita noble—pueda Alláh eternizar la duración en ella con la palabra del Islam—y fué terminado...»

Y este mimbar, de grandes dimensiones, con nueve escalones según la forma clásica, y construído con una riqueza inaudita de maderas labradas y mosaico, es para nosotros muy interesante porque es el descendiente directo de aquel maravilloso mimbar cordobés, del que, aun separado por una distancia de más de siglo y medio, aún conservaba sus formas generales y muestra bien a las claras la evolución del arte cordobés, con sus cambiantes decorativos que caminan ya hacia el preciosismo que culmina en el arte granadino o merinida, y que por ello encierra tan gran interés para el arte español.

No nos queda, pues, del mimbar cordobés, tanpreciado y alabado, más que las descripciones literarias y las comparaciones que se puedan establecer con algún otro como este de Marraquex de que hablamos, su próximo pariente. La fama de la que Morales llamaba silla del Rey Almanzor era tan grande en el mundo islámico, que aquel autor musulmán antes mencionado, Aben Marzuq, dice que en su tiempo hay en el Magreb (Argelia o Magreb central, y Marruecos o Magreb extremo), muchos trocitos del mimbar cordobés, que los piadosos muslemitas guardan como reliquias u objetos sagrados (1).

Ese es el mimbar que tras prolijo estudio, y sólo en sus líneas generales, pues otra cosa sería imposible, se representa en esta obra-discurso con la mayor escurpulosidad arqueológica.

Pero, dejemos ya los detalles, con cuya enumeración empalagosa estoy seguramente enojando a tan ilustre auditorio, porque ello sería cosa de nunca acabar. Basta con que contempleis el cuadro. Y si en éste no se representó alguno como el dikké o atril donde se colocaba aquel ejemplar peregrino y santo del Corán, cuatro de cuyas páginas estaban escritas por el piadoso califa, de Oriente Otman y manchado con su sangre cuando fué asesinado, y cuya historia la podeis encontrar, tomada de León el Africano, en las páginas del Boletín de nuestra Academia (2); o las plataformas de madera en que se co-

(1) *Mosnad* ibid, pág. 65.

(2) Traducido por don Félix Hernández, BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, 1925, pág. 300.

locaban los almuédanos o cantores en el interior del templo, frente al imán, para repetir las fórmulas invocatorias del mismo, que se repetían de unos en otros dentro de la aljama, para que todo el pueblo congregado las conociese; o algún otro que el observador avisado pudiera notar, no olvide que la escena representada lo es de día corriente de oración, en que todas esas ceremonias y objetos no se usan.

Bástele recibir la impresión general de ambiente y colorido que la obra tiene aprisionado. Esa luz diurna que entra a raudales por las celosías de la cúpula del miharab, dando la tonalidad blanquecina (1) y de solemne misticismo con que hoy se observa, y que cuando nos aproximamos se va caldeando en los vivos colores del mosaico que orna el sin par arco del miharab, que sólo podría encontrar su justa comparación en la multicolora rueda del pavón, o en los alegres y joyantes caireles de un torero; ese juego encontrado y difícil de sombras producidas por luces artificiales y naturales, y en el que se revela una maestría estudiada y segura; esa perspectiva de la nave que se alarga y se enfonda, sin perder su cuadratura ni la armonicidad de sus líneas arquitectónicas; esa composición de figuras, tan natural, sin forzamiento alguno, y de las que cada una tiene un estudio diferente en líneas, en movimiento, en colorido, en sombras...

Si la obra pictórica, para encuadrarse legítimamente en el concepto artístico, ha de tener asunto y composición adecuada,

(1) La impresión de fría blancura que hoy da el vestibulo del miharab y cobbas laterales, aparte del frente de mosaico, no existía originalmente, porque, al menos las arquerías, estaban pintadas, seguramente con tonos imitando el mosaico, como también lo estaban las cúpulas del comienzo de la ampliación alhakemí. Como el color estaría dado al fresco, o temple, se han borrado con el tiempo, pero examinando muy de cerca los enlucidos que recubren dichos sitios, se ve claramente la composición y aun el colorido. Parece que don Ricardo Velázquez, en sus obras de restauración de la capilla de Villaviçosa, hizo repintar escrupulosamente el cupulino central de la bóveda, pero discutida esta actuación suya, lo mandó borrar. En la arquería que separa el vestibulo del miharab de la cobba derecha (de ingreso al sabbath o pasadizo) hay también repintado, sobre los vestigios originales, parte del dovelaje de un intradós. El efecto buscado por los artistas musulmanes debió ser la imitación del mosaico, con vivos colores, para que se obtuviera una impresión armónica en los recintos de esta cobbas o cimborrios.

perspectiva y colorido, la obra de la que hace don a la Academia cordobesa el señor Chicote, lo llena cumplida y anchamente.

El ha querido que su lección, como las de los más celebrados maestros del Califato, tan admirablemente evocadas por don Julián Ribera en su estudio sobre «La enseñanza entre los musulmanes españoles» (1), tuviera por marco el monumental y soberbio de la magnífica aljama cordobesa.

HE DICHO.



(1) Edición de la Real Academia de Córdoba, 1925, Córdoba, pág. 76.

BOLETIN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

- - - - DE CORDOBA - - - -



Año XV

Abril a Junio 1944

Núm. 49



1 9 4 4

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17

C O R D O B A

Contestación al anterior discurso que, en nombre de la Academia, leyó el Numerario D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

SEÑORES:

La Real Academia de Córdoba me señala para que salga a recibir, dé entrada en su instituto y conteste a su discurso, al nuevo académico don Pascual Santacruz y Revuelta.

Hace más de doce años que don Pascual Santacruz vive continuamente entre nosotros, al calor de su familia cordobesa, y desde el día que llegó, su espíritu inquieto, erudito, bibliófilo, impregnado todo de noble fogosidad patriótica, le daba derecho a un asiento en nuestra Academia. Hoy, ilegado el día en que justamente lo alcanza, sólo podemos vanagloriarnos de haber hecho un acto de justicia, y de que este buen español—figura y tipo representativos— honre un sillón de la Academia secular cuya nómina enjoraron tantos cordobeses ilustres.

Más de una docena de libros tiene publicados nuestro nuevo compañero, unos de crítica literaria, otros novelísticos, algunos filosóficos. En todos ellos campea un estilo castizo, una intención generosa, una claridad de pensamiento, un anhelo—anhelo eterno— de buscar la Verdad. Pero su gran obra, su ingentemente minúscula labor literaria, ha sido la obra diaria y afanosa del crítico periodístico, que debe aliar lo ágil con lo profundo, lo rápido con lo minucioso, lo vulgarizador con lo sabio. En más de seis millares de artículos diseminados en la prensa española, don Pascual Santacruz fué dejando su erudición, su ciencia, su retrato, su juventud, su vida. Fué un sembrador, en este mundo al que todos venimos a cosechar la siembra ajena. Tiene méritos, por derecho propio, para alcanzar el sillón de la Academia.

Nació nuestro nuevo compañero en Barcelona, el año 1871...

Pero mejor que una biografía detallada, que parece poco apropiada a quienes todavía andamos por el mundo, los rasgos más salientes de la vida del nuevo académico me parece que cuadraría hallarlos en aquella descripción novelística que titula «Gaspar el Temerario», acaso su novela más sentida.

Aquel niño melancólico, enfermizo de cuerpo y vehemente de

espíritu que don Pascual Santacruz retrata en su novela, está hecho con todo el amor paternal y con toda la piedad filial que los hombres sentimentales ponen en la evocación de su infancia. Si, como quieren los exégetas de la lectura, cada autor pone en las páginas que escribe retazos de su propia existencia y en boca de sus principales personajes su propia manera de pensar, la evocación llega a su colmo cuando se recuerda la juventud.

Con qué hondo deleite, con qué sentimental ternura, evocamos los risueños días infantiles. Cómo desmenuzamos en lo más íntimo de nuestro corazón las alegrías de la puerilidad, y cómo abrigamos dentro del pecho aquellas primeras desgracias que desgarraron la pristina ingenuidad del alma.

Leyendo las páginas de «Gaspar el Temerario» se adivina el autorretrato, y en esas confesiones aparece el alma quiijotesca, generosa, ensoñadora, de honda esencia española, que en obras análogas de nuestro país delinean el alma nacional. Hay en ese libro, que es también a modo de un diario de hondos acontecimientos nacionales, un remoto parecido con «Las ilusiones del doctor Faustino», del gran novelista cordobés, y con otras obras delicadamente pesimistas de la época del desastre. A los puntos de la pluma viene el recuerdo a la generación del 98, no en lo que tiene de formalmente activa y externa, sino en lo que encierra de triste y melancólica.

Santacruz, tal vez por su celibato, acaso por delicadeza espiritual, cultiva en sí propio la vida estudiantil. En el transcurso de los años, sigue siendo el estudiante perpétuo. De la vida escolar, que parece perdurar en él, cumplidos los sesenta y ocho años, hay un vivo retrato en uno de sus prologuistas:

«En aquella época Santacruz hablaba y escribía ya de todo, con una lucidez y una fogosidad que revelaban su fuerza imaginativa y su carácter impetuoso. Era el orador obligado en los corros de estudiantes formados a la puerta y en los patios de la Universidad; en ellos se le oía con silencio religioso y se rendía ferviente tributo de admiración a su facundia y a su elocuencia. En la prensa granadina, cuyos órganos principales solicitaban su cooperación, publicaba sus artículos exuberantes de doctrinas y tendencias radicales, que más de una vez levantaron verdaderas borrascas en las compactas filas de los pusilánimes y los mogigatos; y al propio tiempo obtenía en la cátedra, como alumno de la Facultad de Derecho, triunfos y laureles repetidos. En su hoja de estudios hay treinta notas de sobresaliente y catorce premios. Y en demostración de la alta estima

que el claustro de profesores le dispensaba, he de citar el hecho honrosísimo para él de haberle librado de los rudos deberes de la milicia la Universidad de Granada, justo galardón y recompensa legítima de sus merecimientos que pocos escolares habrán alcanzado.»

Una vez formado espiritualmente, Santacruz, a pesar de su título de Abogado, elige la profesión más romántica, despreñida y generosa de nuestro siglo, la más difícil de todas; precisamente por los escollos de que está sembrada, la del periodismo. Escribe con asombrosa facilidad y facundia.

El mismo prologuista a que antes he aludido, dice de nuestro compañero como escritor:

«He visto escribir a Santacruz algunos de sus trabajos y me he maravillado de la extensión de sus conocimientos, de la fecundidad de su imaginación y de la espontaneidad de sus producciones. Sin consultar un libro, sin hacer uso de una sola nota, con una facilidad pasmosa, con un dominio perfecto de todas las cuestiones objeto del debate, ha vertido uno y otro día sobre las cuartillas un verdadero torrente de erudición inagotable; ha impugnado brillantemente las tesis mantenidas y las doctrinas sustentadas por su adversario; y ha dado relieve a todo ello con los donaires y agudezas de su satírica vena y con la magia y la gallardía de su estilo, como pocos, selecto y vibrante».

Nuestro escritor hace libros y artículos. En todos ellos, sobre su estilo fogoso y meridional, campea siempre un encendido patriotismo, que culmina en su obra «España sobre todo Páginas patrióticas», que fué premiado en concurso de lecturas escolares por el gobierno de la Dictadura primorriverista. Allí alienta el amor a la patria, el respeto a las figuras preeminentes, la admiración a las personas cumbres de nuestra historia, la descripción de los hechos gloriosos de nuestras armas, las páginas sublimes de nuestras letras.

Su novelita corta titulada «Nobieza obliga», publicada en aquella linda colección de «La Novela Semanal», con una fina caricatura de Santacruz en la portada, dibujada por Tovar, en la que describe un episodio de la revolución francesa, en el cual un joven teniente muere defendiendo la familia aristocrática que le salvó la vida, en contra de sus tropas revolucionarias, es de una gran belleza y magnanimidad.

Tienen el carácter de ensayos filosóficos, con vistas a la revisión de problemas nacionales, estilo ganivetiano, sus «Clínicas de la Historia», primera de sus obras, en las que apuntan claros juicios

senequistas, sus «Piagas contemporáneas. Ensayos de crítica y sátira», sus «Relámpagos de Pensamiento», su ardorosa en el estilo pero de prudente contención en la forma polémica filosófica sobre «Ciencia antigua y nueva», que tiene su continuación natural «En busca del reinado de Cristo».

Don Pascual Santacruz lleva dentro de sí, como todos los mortales, de cuya imagen es trasunto la gran obra cervantina, un filósofo y un satírico, un iluminado y un escéptico. Todos llevamos dentro, ha dicho nuestro Benavente, un noble y un plebeyo, y todo el talento del vivir consiste, cuando cometemos una acción censurable, en poder decir a tiempo: eso lo ha dicho mi criado.

Porque, junto a la noble elevación de casi todas sus obras, sin que descienda un punto la meta final de su pensamiento noble, Santacruz escribe para el vulgo, en sencillo lenguaje. «Los desengaños de un comunista», escrito con profética visión histórica de los terribles y pasados sucesos españoles, es un relato novelístico que se lee con agrado. Sus «Cuentos de Guerra y de Amor» pertenecen al mismo género, como sus «Estampas de la Guerra», que vieron la luz no ha mucho en el folletín del fenecido «Defensor de Córdoba».

*
**

De buena crítica literaria es su trabajo sobre «El Teatro de los Quinteros», galardonado en Juegos Florales, por el Excelentísimo Ayuntamiento de Córdoba.

Estos trabajos de crítica literaria son aquellos en que la sazónada madurez de don Pascual Santacruz ha encontrado su más firme escabel. Constituyen el trabajo de seis años de crítica en la revista «Nuestro tiempo», de Madrid, cuya sección bibliográfica cuidaba con singular esmero.

En ellos destacan particularidades curiosas, que creo interesante anotar. Una de ellas es la destacada situación personal que siempre toma Santacruz ante los hombres, ante las cosas, ante los hechos. Por ejemplo, y como muestra de honradez cordial, ante Blasco Ibáñez, dice: «Si alguna vez lo combatí, nunca he dejado de admirarle».

Ante los monarcas y personajes influyentes del gobierno de la nación, no solo destaca su respeto y alabanzas, sino el patriótico ardor con que los defiende, y el flagelo que usa para sus denostadores.

Con motivo de memorias oficiales, de discursos parlamentarios, o de programas de gobierno impresos, su crítica le lleva a analizar honda y rectamente, con alto espíritu de patriotismo, todos los problemas nacionales. Las forestas, los teléfonos, la albufera, el crédito nacional, la hacienda pública, la reorganización del Ejército, los problemas del campo, la sindicación, los problemas sociales, la mendicidad, toda cuestión pública, de carácter político o social merece su comentario personal y su aportación ampliificativa. En ocasiones, tiene trenos patrióticos, a lo Costa, o pinta, con singular deleite, muy a estilo de su época, ese confuso panorama de arribistas y logreros, sobre los cuales hace recaer los males públicos, como los niños en las películas de hoy presienten la llegada de «los malos» para descargar en ellos sus siibidos y denuestos.

Como antes digo, este buen español se sitúa personalmente ante todos los problemas. Ante el feminismo, comenta: «Yo creo, con nuestro inmortal Lope, que con hombres buenos no hay mujeres malas, y sospecho que el 99 por 100 de nuestras adorables solteras, puestas a elegir entre la concesión del sufragio activo y pasivo y un buen mozo, se abrazarían resueltamente al último. Y no continúo, porque desgraciadamente soy feo y desgarbado, y disfruto de poca salud y no puedo, por tanto, robustecer con un personal ejemplo la enunciada sospecha».

Es, por otra parte, de un interesante valor, para la historia política, social y literaria de España, leer la serie de estos artículos, en los cuales hay un comentario de altísimo valor histórico para cada hecho, para cada fecha. Quien dijo que la historia contemporánea se escribe a diario en las páginas de los periódicos, no pudo aplicar mejor su dicho que a la serie de artículos de don Pascual Santacruz.

Qué deliciosos y finos comentarios le sugieren las «Chácharas de café», de Cajal. Cuánto respeto le inspira la figura de Silvela, de quien comenta una obra. Con qué devota unción refiere la gesta del almirante Cervera. Llega a Anual y al general Primo de Rivera con la admiración que le inspiran el gobernante y el patriota. No hay más rendido homenaje ni más fiel vasallo que al tratar de Don Alfonso XIII. Por cierto que habiendo pertenecido durante la pasada guerra europea al grupo de los germanófilos, canta las glorias de la gran Alemania, su renacer científico, su aportación a la cultura mundial.

Su fibra patriótica halla coyuntura literaria cuando habla de cualquier escritor provinciano, de modesta estirpe, para exaltar el medio en que trabaja, sirviéndole ello de motivo para enaltecer los diversos solares nacionales. En este camino, tiene páginas, como la referente al espíritu de Aimería, la bella y humilde capital andaluza, que recuerdan otras brillantes que hace siglos le dedicara el cordobés El Secundi, al hacer su «Elogio de Al Andalus».

Defiende enérgicamente el anhelo unitarista si trata del problema catalán. Aborda la cuestión polaca y las incidencias derivadas de la gran guerra. Y cuando llega a tratar, en sus críticas literarias, de libros o publicaciones que estudian la conquista de América, sale al paso de los detractores de la obra española y exalta en su justo valor aquella gran epopeya de la raza.

Tienen alto valor los libros de Santacruz, pero acaso en los artículos, como ya dije antes, esté la obra más ponderada, más sazónada, más útil, que la pluma del nuevo académico ha aportado a la cultura patria.

No pudo nuestro nuevo compañero, al entrar en nuestra corporación, escoger otro tema más acorde con el espíritu de su instituto que el tema senequista. Si la Real Academia de Córdoba quiere ser un archivo viviente, un rescoldo inextinto, un constante cultivo del saber cordobés, en el senequismo tiene este anhelo su más concreta expresión. No ya en el senequismo como escuela—si es que la voz de la tierra no es inevitable—, sino en el cultivo de la cultura senequista.

Renascetur quae iam cecidere, renacerá aquello que muere, reza con frase clásica el lema de nuestra Academia, orlando la efigie del padre Séneca. Y un año tras otro, el tema senequista oreo nuestras frentes y pone en la mente la dulzura de sus máximas morales.

No era, dicen todos los comentaristas de Séneca, el estoicismo del filósofo cordobés un frío razonamiento de escuela sofista. Los discípulos de Zenón, los estoicos, desviaban hacia la comicidad del gesto y la caricatura del alma. Séneca era estoico por temperamento, por raza. Hablaba por él la reciedumbre hispana, austera y modesta, pero fuerte y brava. Sobre todo, su estoicismo era humano, profundamente humano. No era de escuela, era de corazón.

Desarrollaba Séneca el tema estoico de «la vida conforme a la naturaleza», pero la vida humana, cordial, efusiva. Séneca era estoico, pero no se avergonzaba de verter lágrimas ante los conflictos sentimentales, propios o ajenos. Era un filósofo estoico, pero sobre

todo un español de gran corazón. Yo recuerdo la esencia senequista, en el dicho de un gran cordobés, desaparecido no ha mucho del mundo de los vivos, que ante los grandes problemas que algunos días pudieran conmover las fibras de su alma, repetía con explicativa convicción: «es que yo tengo corazón, y lo uso».

Nos plantearía este recuerdo, una vez más, el dicho de Ganivet, tan comentado, de que Séneca representaba fielmente el espíritu cordobés. Cuantas y cuantas veces, ante la serenidad del alma de Córdoba, se ha repetido hasta la saciedad que Séneca no fué más que una voz viva de la tierra cordobesa, un exponente antropogeográfico específico, como se diría en lenguaje científico de nuestros días.

Como mayor aportación a este ya rico venero de citas, aduciré una que no sé si es inédita. Cuéntase que cuando Rudolf Stamler, el gran historiador alemán de historia de Derecho, visitó España con ocasión de un congreso científico, estuvo en Córdoba, y desde la altura de las Ermitas, acaso desde el típico sillón del Obispo, dijo a sus acompañantes: «Jamás, en mis setenta años, he sentido un momento de plenitud de vida intenso como el que ahora mismo siento. Aquí comprendo como nunca a Séneca».

Recuerdan una vez más los biógrafos de Lucio Anneo que en los dos espíritus que parecía llevar dentro de sí el filósofo cordobés, en uno, en el de su estoicismo natural y afectivo, en el de sus máximas morales, en el de su austeridad, estaba su verdadero carácter, su tradición racial, la fibra más representativa de su moral. En cambio, el Séneca abogado, triunfador del foro, halagador de muchedumbres, prefecto, millonario, poseedor de una fortuna fabulosa pocas veces alcanzada en Roma, de más de quinientos millones de sextercios, con quintas de campo en casi todas las provincias de Italia, con suntuosos banquetes servidos en vagilla de oro y mesas de cedro valoradas en más de un millón de sextercios, que hacían palidecer de envidia al fausto imperial, estaba el Séneca romano, ciudadano de un imperio que se corrompía entre la paganía y la injuria, y que hacía posible que desde el solio de los emperadores se vertiera el parricidio de un Nerón o las extravagancias de un Calígula. El alma de Séneca era española y cordobesa, su cuerpo era romano.

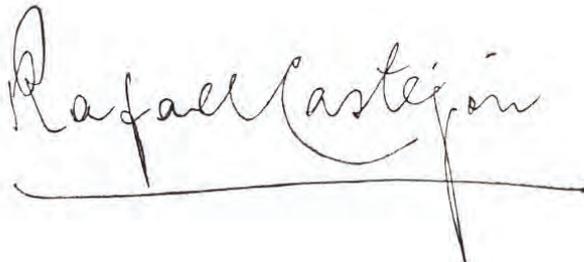
De todo le purificó su muerte. Para él parece que se había de escribir, siglos más tarde, aquel «un bel morir, tutta una vita onora». Pasados los años, cuando de Séneca no quedan más que sus obras, es cuando adquiere más fuerza que nunca ese testamento popular del filósofo de Córdoba, que sus imagineros han grabado al pie de su figura: Os lego el ejemplo de mi vida.

Es el ejemplo que está en sus libros, no sólo en los de filosofía, sino en los de viajes, en los de física, en los de historia natural. Séneca estuvo en Egipto, acaso en la India, visitó casi todo el mundo conocido de su época. Supo que había tierra más allá de Thule, y que también hay siempre un más allá detrás de las tierras del espíritu. Tras este descubrimiento sus apologistas buscan con afán la pretendida correspondencia con San Pablo. Aunque para rezar a diario, como él mismo afirmaba, y creer en un más allá, donde el bien encuentra una inmanente justicia divina, basta leer las obras de Séneca, como anuncio también, en inspiración supraterrena, de que otro mundo, otra civilización, otros cauces, se abrieron a la humanidad en aquellos tiempos en que no parecía haber otro derecho que la fuerza, ni otra razón de existir que la materialista. Comenzaba la era cristiana.

Evocar en nuestra Academia el tema senequista, en cualquiera de sus manifestaciones, es ahondar en la entraña misma de nuestro ser. Muchas veces se ha hablado entre nosotros de sostener en el seno de nuestro instituto, en las páginas de nuestro BOLETÍN, una sección permanente de senequismo. Ya es suficiente, que cada académico, al entrar bajo los pórticos, clásicos por académicos, de nuestra corporación, tenga para el padre Séneca el recuerdo que su cumbre merece.

Parece que don Pascual Santacruz, al escoger al azar, entre la pléyade de comentadores de Séneca, ha buscado, como en los autos representativos, uno por la patria universal—Schopenhauer—, otro por la gran patria española—oh, con cuanto gusto derivaríamos el fino escepticismo de Quevedo, de la reciedumbre estoica de Séneca—, y otro por fin de la patria chica—Ganivet—, que si en este caso representa la adoptiva patria granadina del beneficiario, también representa la cordobesa, por ser el primer glosador antropogeográfico del estoico de Córdoba.

Bien hayan los manes de Lucio Anneo, que han permitido que bajo su custodia penetre en nuestro recinto, modesto por su austeridad y recio por su españolismo, un nuevo académico. Al darle el Salve ritual pensamos que con él lleve un hálito de la serena estirpe senequista que un día, como el rayo de sol de Averroes, quisimos enterrar entre nosotros.



Rafael Castejón

BOLETIN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

- - - - DE CORDOBA - - - -



Año XV

Julio a Septiembre 1944

Núm. 50



1944

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17
CORDOBA

Discurso de contestación que, en nombre de la Academia, dirigió el numerario Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

La Real Academia de Córdoba recibe hoy como Académico de número a Don Antonio González Soriano, cordobés ilustre, perito en Ciencias, versado en Letras, discreto en sociedad, virtuoso en el hogar y piadoso en religión.

Hace unos veinte años que pertenece a nuestra Corporación y su constante asistencia, su colaboración asidua, su consejo oportuno y aún su trabajo personal en el arreglo de nuestra Biblioteca, le han hecho más que acreedor a ocupar un sillón de número entre nosotros. Por mi boca, la Academia le expresa la más afectuosa bienvenida.

Acrece nuestro contento al dar la investidura académica a este laborioso paisano, la consideración de que en su persona exaltamos unos apellidos familiares con los que Córdoba y la cultura cordobesa tienen contraída deuda imperecedera de gratitud. Voy a recordarlo para que, remachándolo en público, se estimule con ello el secreto afán cordial del estimado agradecimiento.

Don Antonio González Soriano hereda por ambas ramas, paterna y materna, su amor a las letras patrias, su fervoroso catolicismo y su voluntad infatigable de trabajo.

Por la rama paterna, su abuelo, Don Juan Gualberto González Soriano, que, por curiosa coincidencia, tenía iguales apellidos que sus nietos, aunque de distinto origen genealógico en cuanto al segundo, era natural de Cuenca, donde murió prematuramente, dejando tres hijos, Manuel, Aureliano y Saturio, cada uno de los cuales descolló en su respectivo estudio y profesión.

El primero, de imperecedera memoria en Córdoba, fué el Magistral González Francés, cuyo nombre, así evocado, ostenta una de las calles de nuestra ciudad. Hace más de cuarenta años que murió en Córdoba (nació en Cuenca hace justamente un siglo en este año de 1942), y su recuerdo perdura vivo en la memoria de las gentes. Su ardiente y culta oratoria, sus conocimientos profundos, la ganancia de su pluma en el periódico y en el libro, su fecundísima actividad en el sagrado ministerio y en toda clase de obras sociales, piadosas y propagandísticas, le dieron justa fama y le hicieron acreedor a que

en la primera calle de nuestra urbe luzca perpetuamente en mármol, sobre la fachada de las Escuelas-Asilo de la Infancia, de las que puede decirse que fué el verdadero padre y creador, orlando su nombre, la leyenda «Honor y gloria a la caridad y al genio», suscribiéndole el mote: «La ciudad agradecida le tributa este recuerdo». Sería profanar un intento biográfico que tanto se merece aquel ilustre varón, si yo quisiera seguir esbozando los rasgos personales de quien, si no bastaran los mármoles a perpetuarlo, tiene su monumento eterno en las almas infantiles de quienes frecuentan las Escuelas de la calle de Gondomar. Fué académico de número de nuestra Corporación.

Otro tío paterno de nuestro nuevo compañero, Saturio, que murió muy joven, a los veintitrés años, terminadas las carreras de Teología y de Derecho, tuvo tiempo de hacer notables estudios arqueológicos y entre ellos colaboró en la obra del sabio historiador Don Pascual de Gayangos en la búsqueda y primeros intentos de escavaciones en Medina Azahara, hizo la biografía de Alderete, cuyo sepulcro localizó en la Mezquita-Catedral y hubiera sido notable investigador si la muerte no lo hubiera arrebatado en plena juventud.

El padre de nuestro compañero, D. Aureliano González Francés, siguió la carrera de las Leyes y ejerció la profesión de Notario, siendo literato notable y varón virtuoso y caritativo, tanto, que un día, siendo Notario en Chiclana, recibió la inesperada visita del Obispo a la sazón de la diócesis de Cádiz, el sabio y virtuoso Fray Félix María de Arrieta, que deseaba estrechar en sus brazos a quien la fama del pueblo consideraba como un verdadero padre de los pobres; cuando vino a ocupar una Notaría en Córdoba fomentó las tertulias literarias de la ciudad, siendo asiduo concurrente a la del Conde de Torres-Cabrera, cultivando diversos géneros literarios de los que dió buena muestra en su Romance dedicado «A Pura», imitación del siglo XIII, que fué premiado con el título de Socio de Mérito y Cruz de Oro por la Academia de Mont-Real de Toulouse, en su leyenda «Az-Zahara» premiada en el Certamen de la Juventud Católica de Córdoba en 1871; en su poema «La Batalla de Munda» laureado en los Juegos Florales de 1872; en su leyenda histórica «Almanzor» premiado en el Certamen organizado por la Sociedad Económica de Amigos del País, en 1883; en su otra leyenda poética sobre «La Aparición de la Virgen de la Fuensanta» impresa en 1888, y en otros trabajos literarios relacionados todos con las perfumadas leyendas y tradiciones de nuestra ciudad, que como nimbo de oro ornan la historia del viejo imperio

califal. Don Aureliano murió joven, a los cuarenta y cuatro años, dejando huérfana una larga prole entre la que se contaba nuestro nuevo compañero.

Mucho contribuyó a la formación de éste su tío materno Don Antonio Soriano Barragán.

Procedía este señor de una hidaiga familia descendiente de un noble solar de los Cameros, de la que heredó un carácter enérgico y firme en cuanto se relacionaba con el cumplimiento del deber. Aunque nacido en Alanis, provincia de Sevilla, vivió en Córdoba desde muy niño, cursando en este Instituto los estudios del Bachillerato en Artes y después en el Seminario de San Pelagio los de Filosofía y Teología, recibiendo en él el grado de Bachiller en Derecho canónico y los de Bachiller, Licenciado y Doctor en Teología en el Central de San Cecilio de Granada, ostentando en todos estos títulos la máxima calificación de «nèmeine discrepante». Ordenado de Presbítero en 1866, fué nombrado a los pocos días coadjutor de la parroquia de Santiago y más tarde Ecónomo de la misma, hasta que, en 1879, previa oposición, pasó a ocupar el cargo de Rector y Cura propio de la de San Miguel que desempeñó hasta su muerte. Fué durante muchos años Catedrático del Seminario cordobés, donde explicó diversas asignaturas, especialmente las de Religión y Lugares Teológicos.

A raíz de la Revolución de 1868 y alentado por sus superiores los ilustres Prelados Don Juan Alfonso de Alburquerque, Fr. Zeferino González y Don Sebastián Herrero, escribió y publicó a su costa varias hojas sueltas contra los errores protestantes y masónicos. Fué él quien llevó el peso de aquella polémica que se hizo tan apasionada y popular en Córdoba con el ingeniero inglés Mr. Duncan Shaw, a quien el buen pueblo cordobés llamó «Don Duncan», quien en diversos opúsculos defendía los principios del protestantismo valientemente refutados por Don Antonio Soriano.

Conocidas sus especiales aptitudes de publicista y polemista, fué invitado para escribir en los periódicos católicos de esta capital, colaborando en la revista «La Tradición», fundada en 1869 por el inolvidable Magistral González Francés y el insigne Catedrático de la Universidad Central Don Rafael Conde y Luque, siendo también redactor del periódico religioso-político «El Mediodía», en compañía del ilustre Don Rafael Aguilar y Medina y de Don Aureliano y Don Saturio González Francés, estudiantes a la sazón de la Facultad de Derecho.

Más tarde fundó, en unión del Prelado de Córdoba y del Canónigo

Don Ricardo Miguez, la revista semanal «El Antídoto», redactándola sin otra ayuda casi que la de Aguilar y Medina; fué, asimismo, asiduo colaborador de la revista «El Amigo Católico», fundada por el repetido Magistral y de cuya dirección se hizo cargo, por ausencia de éste, desde Octubre de 1873 hasta el año 1875, en cuya fecha hubo precisión de suspender el periódico por razones políticas. «El Diario de Córdoba» y «El Noticiero Cordobés» cuentan en sus colecciones con numerosos y notables trabajos del señor Soriano, firmados algunos de ellos con el pseudónimo «Un observador». Era el señor Soriano socio correspondiente de esta Academia.

En este ambiente de cultura, trabajo y religiosidad, se formó nuestro compañero. Eligió la carrera de Farmacia en cuya Facultad se licenció en 1910, especializándose en estudios de Química y de Botánica. Por sus trabajos en estas disciplinas fué designado correspondiente de nuestra Academia en Marzo de 1923; Observador de Meteorología en Septiembre del mismo año; Auxiliar del Laboratorio de Minas en 1929; numerario de la Sociedad Española de Historia Natural, con otros nombramientos y cargos a los que se ha hecho más que acreedor.

En el Boletín de nuestra Academia tiene publicados diversos estudios sobre «Fitoquímica»; «Flora de Córdoba»; «Antecedentes químicos del Azul de metileno» y otros análogos en diversas publicaciones. Por encargo del Colegio de Farmacéuticos de Córdoba, redactó un «Informe sobre el cultivo de plantas medicinales», tan acertado y oportuno, que ha debido redactar otro sobre el mismo tema para el Sindicato Nacional de Industrias Químicas que tanto se preocupa de este importante problema de enorme importancia para los intereses patrios.

Para acabar de bosquejar la personalidad de nuestro nuevo compañero, diré que ha sido también laureado en varios certámenes literarios y que es conferenciante ameno y erudito sobre diversos temas culturales.

La Botánica ha constituido tema predilecto de sus trabajos y ha herborizado la flora cordobesa con la delicadeza, diría casi amorosa, que ponen en esta tarea sus cultivadores. Su herbario, en el que llegó a reunir más de dos mil especies, y del que las incidencias de nuestra guerra de liberación extraviaron una parte considerable en Cerro Muriano, hubiera venido a aumentar, mejorándolos, los que a principios del pasado siglo formaron el Padre Muñoz Capilla, ilustre botánico y escritor, su discípulo el competente aficionado Don Rafael

Entrenas y el catedrático Amor y Mayor, y que constituyen los fondos herborísticos con que cuenta la flora cordobesa.

Por este dominio de la Botánica y de su historia fué para mí un precioso colaborador, cuando, con el concurso de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, acometé la edición de los magníficos grabados que guardaba inéditos la Universidad de Lieja en un manuscrito del siglo XV, de preciosas láminas que acaso contenga una Higiene del célebre Albucasis. Don Antonio González Soriano, botánico y latinista, tradujo, salvando dificultades al parecer irresolubles, el pie de dichos grabados que han venido a darnos cuenta del concepto que los antiguos tuvieron sobre los principales alimentos, condimentos y medicamentos de origen vegetal, y de cuyo manuscrito ya han tomado abundante referencia cuantos se ocupan del estudio de la medicina y farmacología de los musulmanes españoles, habiendo sido uno de los últimos comentaristas el ilustre médico granadino, recientemente fallecido, Don Fidel Fernández, que tanto ha trabajado en la vulgarización de dichos conocimientos históricos.

De aquí que el trabajo erudito y brillante que acabais de oír y que dá ingreso en nuestra Academia a Don Antonio González Soriano, haya recaído sobre este tema tan sugestivo e inagotable: «Botánicos y Farmacéuticos cordobeses del período musulmán».

Todas las colecciones biográficas, a que tan aficionados son los musulmanes, y las numerosas historias de la Medicina, tanto generales como nacionales que existen, han sido buceadas por el nuevo académico para traer esa linda colección de datos históricos y sugerencias sobre ellos que acabais de oír. La paciencia benedictina de un Al-Faradi, con su diccionario biográfico y la sapiencia de un Colmeiro en historia botánica, han sido emuladas en este resumen sobre los botánicos y farmacéuticos del período musulmán de Córdoba, sobre los que tanto queda aún por descubrir en crónicas intraductas y en archivos inexplorados.

Era, como acaba de decirnos Don Antonio González Soriano, en su bello trabajo, en los tiempos medievales, como reflejo aún del clasicismo pagano, la Terapéutica corriente de base principalmente vegetal. Y tampoco, como sucede en nuestros días, el principio curativo de la planta se basaba en su alcaloide o en su glucósido, en su constitución física o en su preparado oficial. En nuestros tiempos, en los que se llega por deducción analítica al más fino secreto de la complejidad molecular o de la estructura atómica, o se descubre con el microscopio la más delicada entraña de la materia viva, estamos en el concepto antípoda del criterio medieval.

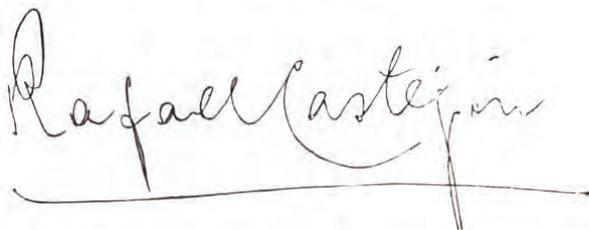
La planta, en aquellos siglos, como cualquier otro medicamento de otra naturaleza, no obraba solo por sí, sino en un armonioso compendio sintético del Universo. Por eso había que sembrarla en tal época, bajo tal o cual signo, con la influencia astral de la luna o de cualquier constelación apropiada, soplando viento determinado, etc., y su cuidado y recolección había de seguir iguales fórmulas semimágicas, dependiendo su virtud curativa de que en el momento de la floración hubiera cantado un ave o titilado una estrella. Era el armónico conjunto de las fuerzas cósmicas el que daba eficacia a la planta o a la flor.

Con esta herencia cultural, los musulmanes harto hicieron rechazando la dedicación pagana de las plantas, con preparar el camino al terreno experimental por el que había de entrar francamente la cultura del Renacimiento, sobre todo a partir del siglo XVII.

Nombres ilustres son los de aquellos hombres de ciencia de nuestra historia califal que figuran en el cuadro de honor de la Universidad y de la Ciencia, y que inauguraron disciplinas científicas. Así Albucasis, padre de la cirugía; Averroes, padre de la Filosofía médica; Azarquiel, el astrónomo; Al-Gafequi, el oculista y tantos otros.

La enorme variedad de la flora española fué campo excelente de estudio para los musulmanes y desde el hecho fundamental de la adquisición del Dioscórides, en tiempos de Abderramán III, de la cual ha dado los datos en su discurso el Sr González Soriano, entraron estos estudios en terreno científico y no dejaron de enriquecerse con notables aportaciones de médicos, farmacéuticos y naturalistas cordobeses y andaluces en general. Albucasis en el siglo XI, Abenzoar en el XII, y poco después, en el mismo siglo, el famoso malagueño Ben Albeitar y el Nabati o el Botánico, son los principales nombres que escalonan el desarrollo del estudio de la farmacología y terapéutica de los vegetales.

Aún ciñéndose solamente al estudio de los cordobeses, el tema es amplio y lo ha desarrollado de manera magistral el recipiendario. Como aportación a la historia de los estudios médicos y farmacéuticos y como homenaje a las inmortales glorias de nuestra patria chica, el autor merece toda clase de plácemes que la Academia se apresura a concederle.

A handwritten signature in cursive script, reading "Rafael Castejón". The signature is written in dark ink on a white background. Below the signature, there is a horizontal line that starts under the first letter and extends to the right, ending under the last letter.

BOLETIN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

- - - - DE CORDOBA - - - -



Año XV

Julio a Septiembre 1944

Núm. 50



1944

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17
CORDOBA

Contestación al discurso de ingreso en la Real Academia de Córdoba por Don Antonio Arévalo y García, el día 22 de Mayo de 1943, redactado por el Académico de número Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

SEÑORES ACADÉMICOS:

El discurso de ingreso que acaba de leer el poeta cordobés Don Antonio Arévalo y García, para ocupar un sillón de número de nuestra vieja Corporación, ha salido de su pluma, recogiendo en sus páginas, vivos sentimientos del alma del autor; pero el tema, y perdonadme la revelación, es fruto del aliento de muchos amigos, y cosecha del espíritu de nuestro pueblo.

Me consta que nuestro compañero, modelo de cordobés sensato, tradicional y castizo, hubiera querido traer hoy un tema más pulido, más erudito, más empolvado, más dieciochesco, más académico en una palabra. Le seducía, entre otras, la biografía de su paisano bujalanceño el gran pintor e historiador de la pintura española Don Acisclo Antonio Palomino y Velasco, gran tema académico. Pero los amigos, como las brujas a Macbeth, le aconsejaban al oído: la copla andaluza, el cante jondo. ... Y Don Antonio Arévalo vacilaba. Ha estado a punto de ser una víctima más del cancionero andaluz, que tantas víctimas viene produciendo desde hace siglos, hasta el punto de que fué llamado por los eruditos medioevales «diabolus in musica».

Pero este diablo no ha podido con Don Antonio Arévalo, maestro en el cancionero andaluz, maestro de coplas andaluzas, que ha dominado al diablo, y lo ha cautivado, como a tantos otros, al compás de su guitarra morisca, que tañe con emoción de virtuoso.

Hoy, la Academia, ha dejado la peluca, la casaca bordada y el tacón de oro, y, como las majas de Goya, muy aristocráticas, pero muy castizas, la Academia viste mantilla de madroños, chaquetilla de seda y falda de faralaes, y entre repiques de castañuelas y rasgueos de guitarra, ha oído pasar, por el arroyo, la serenata popular que deja en el aire la emoción melódica que ya hace siglos, por no poderla aprisionar, se tuvo como expresión diabólica.

... Pero no hemos roto el ánfora del clasicismo. Hace unos veinte

años, las Academias de Madrid, oyeron, entre embelesadas y absortas, los discursos del gran maestro del arabismo y la historia de la música Don Julián Ribera y Tarragó. La Real Academia Española conoció la interpretación admirable que el maestro dió a La Música de las Cantigas del Rey Sabio, cerrada a la notación moderna hasta entonces. Y la música regional española, las coplas andaluzas, que, en nuestros días, como en el siglo XII, eran desdeñadas por los eruditos, que las calificaban de música ficta, de música falsa, por la dificultad de llevarlas a la notación reglada, esas coplas andaluzas, decíamos, han sido unguidas con todos los rigores del más estrecho clasicismo. Se les ha encontrado una gloriosa paternidad, confirmada por el rigorismo histórico, se ha determinado su difusión en el mundo clásico, su florecimiento en Andalucía, su dispersión después por el mundo culto subsiguiente... no se podía pedir más para este canto popular que había llegado a nuestros días como pillete de arroyo, en la más indigente orfandad, y que de pronto, como en los cuentos orientales, se averigua que es hijo de sultanes o califas, y llueven sobre él toda suerte de honores y bienandanzas.

El artifice de este hallazgo, vuelvo a repetirlo, ha sido Don Julián Ribera. La iniciación que dió el año 1912 en su discurso de ingreso en la Real Academia Española (1) suponiendo que las estrofas análogas halladas entre la versificación coplera española y la musulmana de España y de Oriente, debían corresponder a una música o melodía también análoga, tuvo espléndida ampliación y confirmación en la monumental obra que diez años después publicara sobre la Música de las Cantigas (2) en la que descifró el notabilísimo cancionero que el Rey Sabio dedicó a loar a la Virgen María, con música musulmana, notada en signos que, hasta los trabajos de Don Julián Ribera permanecieron herméticos a todas las interpretaciones intentadas, y que, para él fueron la llave misteriosa que le condujo a traducir en notación moderna lo que hasta entonces había permanecido indescifrable.

Estos jugosísimos hallazgos le llevaron primero a rehacer totalmente la historia de la música medieval, concluyendo, como era lógico, en que la civilización árabe solo fué la transmisora, y precisamente por intermedio de España, de la música clásica, que recogiera de Grecia, Roma y Persia, la cual aumentó caudalosamente para transmitirla a Europa, ya con un sello castizamente español o mejor dicho andaluz. Si la Filosofía, la Astronomía, la Medicina y tantos otros conocimientos científicos y artísticos, que constituyen un torrente pleno de cultura, fueron conservados y transmitidos por los

musulmanes españoles, culminando este proceso de transmisión en la escuela de Toledo, los trabajos de Ribera confirman que la Música no escapó a esta ley general, y que el gran caudal clásico, encauzado por la invasión musulmana a España, halló en la Península, y especialmente en el medio andaluz, el ambiente más propicio para su conservación y abundoso crecimiento.

Sería una ofensa a vuestra cultura, que tampoco ha querido inferir el nuevo académico, insistir en estos conceptos y recordar el momento crítico en que se produce la transmisión a España de la Música clásica, bizantina y persa, heredera de Grecia y Roma, con la venida a Córdoba, en la mitad del siglo IX de nuestra era, del gran músico oriental Ziriab, a quien el pueblo llamaba «el Pájaro Negro», y cuya influencia en las costumbres de la corte califal fué tan notoria; así como de las tres cantoras de Medina, Fádal, Álam y Cálam, alguna de las cuales era española y pensionada en Oriente para el estudio de la Música; y de tantos otros personajes que aportan el sistema lírico y melódico del mundo clásico, y hace el papel de «la golondrina viajera» que va recorriendo países, dejando en todos sus trinos y sus cantos.

Pero ya, en aquel espléndido renacer musical andaluz, a los ritmos melódicos que aportan los musulmanes, y que los enciclopedistas árabes llaman Hézech, rámel, táquil primero y segundo, y acaso majurí, con sus variantes de lentos y allegros, cuyos ritmos o géneros se pueden reconocer en las canciones andaluzas diseminadas por toda la península, hay que añadir los cantos indígenas que dan una gama rica y variada cual ninguna otra.

Sin necesidad de acudir a citas eruditas, no debe olvidarse el gran influjo en toda la España meridional y levantina de la cultura de Bizancio, anteriormente a la llegada de los árabes, y, consiguientemente, su pervivencia hasta entroncar con las nuevas corrientes que trajo la invasión musulmana. Pero las citas históricas son también definitivas. Los zéjeles y moaxahas son cantos populares, del bajo pueblo andaluz, que los hombres cultos de la época desdeñaban por zafios y burdos, como los virtuosos de hoy desdeñan el cante jondo, entre otras cosas, porque se cantaban en aquel primitivo lenguaje castellano que parece tuvo su nacimiento en Andalucía, como también inició Don Julián Ribera (3), y del que, sin embargo, despectivamente los eruditos nos transmiten algunos datos, como el de que fué su creador, o por lo menos su gran cultivador, Mocádem el Ciego, de Cabra.

Gran figura nacionalista la de este ciego cabreño que canta sus épicas estrofas en aquel siglo IX que llena con sus hazañas asombrosas Omer ben Hafsun, el Pelayo del Sur, que desde su nido de Bobastro, en la serranía de Ronda, es el terror de los califas cordobeses, y representa el gran levantamiento nacionalista contra el extranjerismo árabe, señorial y rapaz. En su libro póstumo dedicado a nuestra Academia (4), el sabio médico granadino don Fidel Fernández, recientemente fallecido, estudia con sabor novelesco la vida y hazañas de este gran héroe nacionalista andaluz que rescató del poder califal toda la Andalucía del Sur, desde Sevilla hasta Elbira y los montes de Jaén, desde las mismas puertas de Córdoba y su Campo de la Verdad, el viejo arrabal de Secunda, hasta las playas de Cádiz, de Tarifa y de Málaga, poniendo en grave apuro la dominación musulmana en la península, cuyo fin anunciaban desde sus púlpitos los alfaquies en las mezquitas y aljamas.

¿No cantaría el ciego Mocadem de Cabra, uno de los nidos más ardientes de la rebelión nacionalista andaluza, en acento popular tan querido a nuestros cantores, las épicas hazañas de sus caudillos indígenas? Cuando ya en el siglo XI, terminado el califato y bajo la dominación almoravide, el coplero Aben Guzmán (5), cínico y calavera, en lenguaje irreverente y tabernario muchas veces, pero en delicadas inspiraciones otras, canta el amor, la juerga, el vino, los placeres, y se burla de las admoniciones religiosas, también dedica algunas estrofas de sabor épico, a las batallas de los almoravides en España, como hoy mismo nuestros cantaores flamencos, que principalmente glosan los lances del amor, los avatares de la vida y la muerte y en general temas líricos, también dedican alguna que otra canción a temas patrióticos, de alabanza a las bellezas regionales, al valor de nuestros soldados, etc., porque en definitiva estos cantos populares, tanto los zéjeles andaluces de la época califal, como la copla flamenca de nuestros días son expresión del alma popular que canta ingenuamente sus preocupaciones sean amorosas, fúnebres, toreras o marciales, en conclusión, de tema tanto lírico como épico.

Este cancionero de Aben Guzmán, el monumento más insigne que la antigüedad puede ofrecer a la copla andaluza, tiene en sus temas dos conceptos que perduran radicalmente en la copla andaluza, cuales son la fatalidad y la improvisación. El buen zejelerero, como el buen cantaor de nuestros días, cultiva todos sus temas, eróticos, báquicos, criminales, carcelarios, pasionales, o de cualquier otra índole, a través

siempre de la fatalidad. Aben Guzmán canta con frases como estas, que recuerdan exactamente a nuestros cantaores de hoy:

Pena de mi alma, ¿por qué me abandonas?

El orgullo con que los cantaores andaluces de todos los tiempos se alaban de improvisar las más bellas canciones, y aun de introducir en cada momento notables variantes, tanto estróficas como melódicas, está ya plenamente desarrollado en el cancionero de Aben Guzmán, el zejeler de apellido tan cordobés. Sabido es que durante todo el siglo XIX la clásica juerga andaluza se desenvolvía en un verdadero torneo de canciones improvisadas, en el que se ponía a prueba el ingenio poético y la expresividad lírica de los competidores, y en esta competición de canciones se resolvían muchos pleitos de amor o de celos y aun se convertían en carteles de desafío entre amantes rivales.

Nuestro nuevo compañero inicia en su discurso la comparación entre las viejas canciones de los españoles musulmanes y la copla flamenca de nuestros días. ¡Cuán sugestivo tema! El ambiente, la inspiración, los temas, la métrica, ¿dejará de ser simple coincidencia que siga siendo Córdoba a través de los siglos la patria del romance?, y sobre todo la melodía, la música. Cuando Ribera rompe lanzas contra la vieja creencia de que los cantares populares salen del pueblo, es acaso cuando adquiere su trabajo mayor esplendor. La masa anónima no crea nada. La canción, aun de lo que más popular se crea, es siempre el fruto de esa llama semidivina que es el genio. El pueblo sirve, esto sí, de gran receptáculo que conserva y trasmite anónimamente las creaciones selectas, como las más nobles stirpes humanas algún día decaen y se pierden en el anonimato de la muchedumbre, pero conservando siempre algún destello físico o moral por el cual se reconoce la excelsitud de su origen.

Hay sin embargo en esta comparación una notable diferencia, fruto de los tiempos, que conviene destacar. El cantor medieval es pedigüño y parásito. Vive de sus canciones. El tema pedigüño abunda en sus estrofas. En cambio, el cantor flamenco de nuestros días no pide jamás. El espíritu de la raza ha ennoblecido la canción. Acaso pinte su estrechez, acaso alabe la pobreza, pero es siempre con una noble dignidad que aleja la petición limosnera.

Diez céntimos le dí a un pobre,
y me bendijo a mi madre,
vaya una limosna chica
y recompensa tan grande.

La melodía de la copla andaluza es más difícil de identificar, porque el pueblo andaluz ha introducido, lo mismo que en la letra, diversísimas variantes, que, como sucede en muchas otras manifestaciones artísticas o científicas de nuestro país, se diversifican tanto que llegan a la individualización, y los melismas introducidos son tan diversos, que cada localidad andaluza cree tener su canción propia (fandanguillos de Lucena, de Hueiva, de Alosno, malagueñas, granadinas, rondeñas, etc.).

Para mejor fijar este concepto acaso sea preciso acudir a las fuentes históricas, las cuales, después de hablar de la escuela de Ziriab en Córdoba, de sus discípulos y descendientes, del influjo que en el alcázar califal alcanzó este músico y cantor singular, y de reseñar los nombres y características de otros muchos cantores cordobeses, señalan que llegó a implantarse la moda de poseer esclavas bien educadas en canto y música, que eran el ornato de las casas nobles y palaciegas.

Numerosas son las anécdotas que a este respecto se cuentan, en las que siempre aparece la preocupación islámica por la mala consideración en que los primeros musulmanes tuvieron a la música, hasta que se impuso arrolladoramente.

En la propia familia califal, es ya bien conocida la anécdota del albogón de Alháquem. Este califa, segundo de su nombre, que bien puede llamarse el Rey sabio de los musulmanes españoles, se aficionó de niño a tocar el albogón, y como acaso cundiera entre el pueblo la incompetencia del príncipe heredero para más altos menesteres, éste quiso, el mismo día que murió su padre el gran Abderrahmán III An Nasir, que se reuniera el consejo de ministros, a quienes planteó el problema de ampliación de la gran Mezquita de Córdoba, tanto por las necesidades del culto, cuanto para dejar a la posteridad obra tal que perdurara su fama. Y se dice que el propio interesado comentó algo jocosamente, apesar de la solemnidad del día: Así sabrán las gentes que sé algo más que poner un parche al albogón. (6).

Este califa tuvo un hermano, Abulasbag Abdelaziz, que, siendo aficionado al canto y a la bebida, abandonó esta última tal vez por escrúpulos religiosos. Al enterarse de esto, su hermano el califa, dió gracias a Dios por ello y añadió: Si dejara también el cante acabaría por ser un hombre justo y cabal. Pero el hermano, al saber lo que había dicho Alháquem, replicó: No, yo no dejaré el cante mientras la providencia permita que los pájaros gorjeen.

Según costumbre oriental, tanto los cantadores como las capillas

de música, los califas y personajes notables las solían hacer ejecutar en salones ocultos tras una cortina o asitara, de donde el nombre de estas orquestas y cantores de cámara, se llamó la asitara por antonomasia.

A la caída del califato, tanto en los tiempos de Almanzor y sus hijos, como en las taifas que después sobrevivieron, tan caracterizados por la gran afluencia de militares venidos de países europeos, que luego dieron origen al caudillaje decadente que caracteriza este período histórico, casi todos los reyezuelos andaluces tuvieron su orquesta o asitara y se disputaban por altos precios las cantoras afamadas. Ribera trae de esto en sus obras numerosísimos relatos que comprueban el favor de los cantores en las cortes andaluzas, y su trascendencia al ambiente popular.

Abenbassam echa en cara a los taifas el vicio de ser grandes bebedores de vino, reclutadores de cantoras y amigos de oír tañer laudes, cuando no de tañerlos ellos mismos, lo que censuraba el Cid como austero castellano.

En las cortes de Toledo, de Zaragoza, de Málaga, de Sevilla, el ambiente palatino lo regía la asitara de músicos, eunucos y cantoras. Descollaba en esto la corte sevillana de Almotamid, gran poeta y músico, que enseñó a cantar y tañer sus propias hijas, y sostenía una gran orquesta de cámara. En sus días de desgracia, tras los barrotes de su cárcel, en Agmat, junto a la capital del bajo Marruecos, acudían los moros a oír sus cantos y endechas, que después se popularizaron por el Mogreb.

Se cuenta que en la juventud de este rey sevillano, una vez que se organizó un ejército para ir a luchar contra el rey de Granada Badis ben Habus, se disolvieron las huestes por el camino, porque al final de cada jornada los oficiales se disgregaban con cantoras y todos acabaron por marcharse.

De Valencia, de Albarracin, de otros muchos taifas se cuentan los excesos a que se entregaban en la bebida, el baile y el canto. En este ambiente muelle sucumbían los extranjeros que pronto se adaptaban a la vida morisca, en las casas frescas y floridas, incluso vistiendo a usanza oriental. Conocida es la anécdota del conde normando que en la toma de Barbastro, en Aragón, tomó en botín la casa de un musulmán rico, con todo su menaje y familia, de la que no quiso desprenderse por fuertes sumas que le ofrecieron en rescate. Cuando el judío que ofrecía el rescate pujaba sus sumas, el conde normando, vestido a lo musulmán, le decía a una de las muchachas de la casa:

Toma tu laúd y canta a este señor algunas canciones. El judío se fué sin alcanzar su propósito.

Del ambiente andaluz de aquella época, que con sus cantos y serenatas diríamos que pertenece a la Andalucía eterna que entonces y en todos los siglos posteriores hasta nuestros días, ha motivado tantas páginas literarias, copiamos al azar una descripción hecha por un literato oriental Ahmed ben Mohamed el Yemeni: (7).

«Estuve en Málaga, ciudad española, en el año 406 de la Hegira (1.015 de JC.) y allí enfermé una larga temporada, durante la cual no podía salir de mi domicilio, y dos amigos me cuidaban, atentos a moderar mis desvaríos (acaso estuvo neurasténico). Cuando llegaba la noche me desvelaba, y oía la incesante serenata de laudes, tomburries y lirás, mezclada con cantos que nunca cesaban, los cuales me producían gran molestia y desasosiego y agravaban mi enfermedad. Toda mi preocupación era encontrar una casa en Málaga, porque la gente de esta tierra está enteramente dominada por esa afición y está muy generalizado ese gusto.

«Una noche me desperté y noté que aquel tumulto molesto se había calmado y cesado las tocatas turbulentas, y en cambio se oía una música leve, suave y bonita. Sentí como si mi alma estuviera familiarizada con esa música y como si en ella reposara, sin experimentar la repugnancia que hacia las otras sentía, pero no era voz humana sino música instrumental muy suave. Luego comenzó a oirse tocar un poco más fuerte subiendo lenta y gradualmente en intensidad mayor. Mi alma se sintió atraída y mi oído dispuesto a escuchar hasta que la música llegó a tocar en el más vivo tono. Me puse alegre y olvidé mi mal, y de tal modo me sentí gozoso y emocionado, que llegué a imaginar que todo me daba vueltas y la habitación se levantaba conmigo.

«A todo esto no se había oído voz humana y me decía: en cuanto a concierto instrumental no cabe más perfección, pero ¿cómo será la voz del músico que toca? ¿en qué parará esta música?

«Apenas me había dicho esto cuando comenzó a cantar una mujer una copla con voz clarísima y dulce. Ya no pude contenerme. Me levanté de la cama dejando a mis dos compañeros durmiendo. Abrí la puerta de mi cuarto y siguiendo la dirección de la voz que ya sentía cerca, llegué a un punto central de la casa desde el cual podía atalayarse la vecina, muy espaciosa, y contemplé en medio de ella un gran jardín y en medio del jardín una reunión de veinte personas aproximadamente allí congregadas para beber. Estaban todas en fila,

teniendo delante licores, frutas o dulces. En ese círculo había varias esclavas tañedoras de laudes y tambores y otros instrumentos tales como fiautas, pero esas no tocaban. La esclava cantora estaba sentada aparte y tenía el laúd en el seno y todos los presentes la miraban embelesados escuchándola atentamente. Ella tocaba y cantaba, y yo, de pie desde un punto desde el cual los miraba sin que me viesan. Cuando cantaba una copla yo la aprendía de memoria hasta que cantó un cierto número de ellas.

«Me retiré de allí para volver a mi habitación, dando gracias a Dios, como si hubiera salido de un gran embarazo y no tuviese sufrimiento ni enfermedad alguna. Después, a la mañana siguiente fui a ver a un amigo, ulema de Córdoba, que vivía en Málaga y le conté lo ocurrido. Le recité las coplas, le describí la casa, se sonrió, me miró y dijo: Es la casa del ministro fulano y la esclava es zutana la de Bagdad, una de las mejores cantoras de Almanzor Benabiámir. Esa esclava vino a poder de aquel ministro después de la muerte de Almanzor, y las coplas son de Mohamed ben Carloman, poeta español».

Descripciones análogas podrían hacerse de la España musulmana de aquella época, aunque acaso entonces como hoy, el foco de la música y de la copla andaluza estuvieran en Sevilla. Conocidísima es la anécdota, según la cual delante del califa almohade Yacub Almansur discutieron el célebre médico sevillano Avenzoar y el célebre filósofo cordobés Averroes acerca de las excelencias de sus respectivas patrias (8). Para acabar la discusión Averroes dijo a Avenzoar: Yo no sé por qué será, pero el hecho cierto es que si muere un sabio en Sevilla llevan los libros a Córdoba para venderlos, pero si en Córdoba muere un músico sus instrumentos se llevan a vender a Sevilla.

Este ambiente musical de la Andalucía musulmana, que podríamos esmaltar con muchas más citas históricas tomadas de las obras que comentamos, evidencia aquella afirmación nuestra de que ya en los tiempos de los taifas la copla popular estaba diversificada y cada localidad andaluza se jactaba de tener la suya propia. Llegaba a tal extremo este verdadero furor popular por la música, que hasta los pregones callejeros y la llamada de los almuédanos a la oración eran motivo de competencia. Gil Benumeya recoge la peregrina tradición del origen de la saeta, la copla religiosa que canta el pueblo andaluz durante la Semana Santa (9). Rivalizando las mezquitas andaluzas de Córdoba y demás capitales andaluzas, por tener almuédanos con

hermosa voz, les pagaban altos sueldos, y estos muezzines, en vez del canto lúgubre y monótono con que en Oriente hacen la llamada a los fieles, empezaron a introducir en su canto variantes musicales cada vez más ricas, que caracterizaron el canto de los almuédanos de cada una de esas capitales, dentro de la triste melancolía propia de un canto religioso. Con la reconquista, esos cantos parecieron acabarse, pero un día que en Sevilla la Inquisición llevaba un morisco preso, al pasar frente a su casa, la madre, transida de dolor, cantó la canción de los almuédanos, y aquello hizo tanta impresión en el alma del pueblo, que en ocasiones análogas se siguió repitiendo, hasta que arraigó y se transformó en la actual saeta.

Don Julián Ribera que dedicó la mayor parte de su tarea de investigador a la historia de la música andaluza, ha probado en otras publicaciones el entronque directo con la canción árabe y su diversificación a partir de una raíz común. En su estudio sobre el origen de la jota aragonesa (10), después de pasar revista a las equivocadas opiniones que se venían sustentando acerca del origen de la jota, halla la timología árabe del vocablo (*xotha*, canto para bailar o danzar, *choutera* en Galicia), analiza sus elementos musicales y sostiene las conclusiones siguientes:

«Antes de introducir esta meloda andaluza en Aragón, se había disfrazado ya a la jota en Andalucía, de tal forma, que casi nadie la reconoce; solo algunos técnicos se han parado a mirarla (Ocon, Laparra, Mitjana, Pedrell y muchos otros afirman el parentesco del fandango con las malagueñas, rondeñas, murcianas, etc.) sospechando que podía ser de la familia de la jota. Me refiero a las jotas que en Andalucía se cantan con el apellido de las ciudades andaluzas, malagueñas, granadinas y rondeñas, pertenecientes a la familia del fandango.

«¿Como, dirá el lector, la malagueña es una jota?

«No hay que sorprenderse. Recordemos que el mismo Maestro Bretón percibió el olor del disfraz y al considerar casi probable que la jota fuese una consecuencia del fandango. Y creo que podremos estar conformes en cuanto comencemos a descubrir el disfraz andaluz con que se ha cubierto a la jota, al despojarla de los perifollos con que la han envuelto.

«La malagueña no es más que una jota disfrazada... la malagueña es una baturra disfrazada de maja andaluza. Si a una canción de jota en modo mayor, en vez de ponerle un preludeo en modo mayor, cual corresponde a su consonancia tonal y armónica, se le pone un

preludio en modo menor **T** de los corrientes entre músicos andaluces, arpegiando... o escalando... ya recibe el oyente la impresión de que luego ha de venir un canto de los regionales de Andalucía».

Sigue Ribera analizando la canción en todos sus elementos, aclarándola con numerosos ejemplos musicales, que evidencian su aserto. «La malagueña no está sola, tiene numerosa parentela, varias hermanas, la granadina, la rondeña, en una palabra, todas las del género fandango, el cual se podría decir que es el padre de toda la familia».

Reconoce luego la jota en otras de Salamanca, de Santander, en las chulas de Portugal y en otras canciones peninsulares, y bucea su origen histórico en el Cancionero de Palacio, editado por Barbieri, en Las Cantigas del Rey Sabio y en las canciones de trovadores provenzales, de troveros y de minnesinger alemanes, que universalizaron esta canción, introduciendo cada cual su variante al tronco primitivo, derivado del ritmo árabe llamado hézech.

«El regionalismo musical, concluye Ribera, tal vez haya producido un bien: el de haberse encariñado cada región con determinadas melodías, las cuales, por ese cariño, se han conservado; pero seguramente resulta dañoso si se extrema, por exclusivo.

«De ese exclusivismo extremoso ha llegado a impregnarse la propia madre de la música popular de la península: Andalucía. Ella, que fué el foco de composición de todos los géneros, de los que aún se observan huellas evidentes en la rica variedad de sus cantos actuales, se va quedando dedicada especialmente a los cantos tristes, *cante jondo, cante flamenco, etc.*, que son casi los únicos que le adjudican como peculiares suyos. Hasta ha ido alterando, por el prurito de repetir sus ejecutantes, venga o no al caso, los tópicos del modo menor, que es su preferido, muchas piezas y aun géneros que se han empobrecido por la monotonía, desconcertó las melodías de la jota convirtiéndolas en las composiciones híbridas del fandango, malagueñas, etc., multitud de melodías antiguas las va olvidando, por dejar la exclusiva a las provincias del Norte de España. A estas, que de aquella aprendieron, les repugna ahora confesar la influencia que hasta en la Edad Contemporánea han recibido de la música andaluza. A vascos, castellanos, gallegos, catalanes y aragoneses, se me figura que les causa vergüenza confesar que sus cantos populares proceden de Andalucía. Y no es porque odien a los andaluces, sino que tras lo andaluz divisan un espectro odioso, el fantasma islámico».

La erudición, y aun el sentimiento popular, se resistían hasta ahora a conceder a la época árabe la decisiva influencia que Ribera

ha encontrado en la creación del canto andaluz; y este rechaza con los más vivos tonos las sugerencias sobre influencias gitanas y de otras índoles, que son totalmente erróneas.

A propósito de la muñeira gallega o la Molinera, Ribera hace un estudio análogo (11) para Hermanarla con las soleares andaluzas. «El tipo de esa melodía, por el tono menor, por la línea melódica, por la marcha armónica, por el ritmo, por las notas iniciales y cadenciales, etc., es el clásico de las soleares andaluzas. «La Molinera» es como una alegre parodia de esas tristes canciones andaluzas». Y aduce numerosos ejemplos musicales.

«La alegre Molinera no es popular en Andalucía, porque los cantadores de ésta prefieren la forma triste de las antiguas soleares. Pero hay una particularidad digna de ser notada: la melodía de la Molinera, asturiana o castellana, ha conservado mejor la sobriedad melódica y el ritmo primitivo de las antiguas soleares andaluzas, mientras que en la muñeira gallega y en las soleares andaluzas actuales se ha alterado con melismas y cambios de ritmo que la separan del tipo clásico, en Andalucía por el virtuosismo de los cantantes, en Galicia por influencia instrumental de la gaita. No debe sorprender este fenómeno porque así como el Cristo de la Luz de Toledo y la Aljafería de Zaragoza son obras de arte musulmán más arcaicas que el de la Alhambra, del mismo modo pueden aparecer en Castilla y en Asturias piezas musicales más arcaicas que en la propia Andalucía, aun siendo aquellas de primitivo origen andaluz».

«En España, dice más adelante, se ha conservado la pureza melódica primitiva con mucha pulcritud. Ahora bien, lo que dentro de la península ha ido variando de un modo fundamental, han sido los caracteres expresivos; una melodía lenta tristísima, elegiaca, que en lo antiguo se cantaba en las provincias meridionales, al pasar luego a Castilla se convierte en virilmente alegre y bailable, y en Galicia en suave y risueña».

«En la Andalucía actual se mantiene todavía su originaria expresión triste y dolorida, pero el añadido de notas y trinos y el cambio de ritmo (ahora le ponen ritmo râmél y no el táquil 1.º antiguo), cosas introducidas por el virtuosismo andaluz, le dan un carácter de tristeza fingida un poco convencional».

Su extensión y diversificación en España, y su dispersión por Europa hasta los más lejanos países nortños, como Dinamarca y Noruega, así como su investigación histórica en las fuentes musicales españolas, como el Cancionero y las Cantigas, y en las extranjeras

de trovadores y minnesinger, adornan la investigación del maestro Ribera con una luz clarísima y evidente.

El conjunto de sus publicaciones, que no podemos seguir paso a paso, sopena de hacer interminable este discurso, demuestran además, como venimos diciendo la difusión de la canción andaluza no sólo por toda la península, sino también por el extranjero. El renacer lírico de la Provenza en el siglo XII no es un florecimiento autóctono, sino una imitación o trasplante de las canciones de Andalucía. La composición métrica, del tipo del zéjel andaluz, el nombre de los cantores (los séglíer o zejelier, o sea los zejeleros), los motivos (las luchas contra los sarracenos, los duelos caballerescos, las referencias a reyes raros difíciles de identificar, como el Amustant de Cordres, que es Almustansir de Córdoba) y otros numerosos detalles, y, sobre todo, la identidad de los ritmos y composiciones musicales que Ribera ha interpretado y notado (12), y que encuentran su más fiel expresión en el simil de «la golondrina viajera» que al prender su nido va dejando sus trinos en los países que recorre, hacen de su sistema un rico florón en la historia de la música, prendido sobre el inmortal espíritu de Andalucía.

Los trovadores provenzales, los troveros ingleses y normandos, los minnesinger alemanes, en definitiva, todos los cantores populares y juglares de la Edad Media, fueron las golondrinas que diseminaron por el mundo culto de la época la música y la canción andaluza. Hasta las cautivas que los normandos piratas hacían en las costas andaluzas, enseñarían a sus hijos, en lejanas tierras, las dulces canciones de la añorada Andalucía.

El sistema lírico, métrico y musical de los andaluces se hizo universal por entonces, como lo fueron también la Filosofía, la Medicina, y tantos otros conocimientos y ramas del saber.

Nosotros hemos supuesto (13) que este trasplante de lo andaluz por el mundo, y su arraigo en las dulces tierras de Provenza en el siglo XII ha podido ser además el origen de los Jocs Florals, de los Juegos Florales, que tienen su antecedente remoto en las tertulias literarias de la Córdoba califal, en las riberas del Guadalquivir y en los palacios de Medina Azahara, en las cuales, damas de noble alcurnia, como la poetisa Ualada, cuyos amores cantaba elegiacamente Aben Zeidún en los abandonados palacios de Medina Azahara, y cuyo ejemplo se repetía hasta la saciedad con las abundantes esclavas catalanas, de tierras de Afranch, que también es la misma Provenza, que tan abundante relación y comercio tuvieron con Córdoba durante todo el califato de los Omeyas.

Por si faltaba algo, queda el concepto de música falsa o música ficta que tanto ha preocupado a los eruditos de todos los tiempos. Este «diabolus in música», difícil de aprisionar, lo sigue siendo también hoy día. Lo que despectivamente se llama «el jipío» o «los gorgoritos» de los cantadores andaluces, casi imposibles de aprisionar, ni aun en la rica notación moderna, subía de punto imposible en la Edad Media de notación musical precaria y simple. Hasta el comentado y despreciado «ya, ya, yai» de los cantaores, es la pura repetición del vocablo árabe admirativo *joh!* con el cual inician sus canciones los musulmanes.

Como dice Ribera, el horror al fantasma islámico, ha cegado a los historiadores de la música. El recuerdo de nuestra secular lucha contra el moro, ponía una muralla infranqueable en la investigación de los orígenes de la canción andaluza, olvidando que el moro no trajo nada, sino que fué el jugoso espíritu andaluz el que amamantó y nutrió la música y canciones de los viejos países clásicos, saltando incluso por encima de la invasión islámica.

Este horror al recuerdo de lo musulmán llega a su colmo durante los siglos renacentistas, en los cuales, hay una frase consagrada para referirse al arte califal que esplende en la Mezquita aljama de Córdoba: la inmundicia musulmana. Toda la obsesión era tapar las piedras decoradas, los artesonados, el recuerdo de lo árabe, para que esplendiera solo lo renacentista, lo europeo.

Se olvidaba que el Arte, sea arquitectural, sea músico, como las más ricas manifestaciones del espíritu, no tiene patria, porque todas las patrias le han dado algo y de todas conserva huellas, aunque las más ricas de espíritu (Grecia, Roma, Andalucía) le hallan dejado mejor herencia.

Nuestra misma Mezquita de Córdoba es un vivo ejemplo de lo que comentamos. En sus entrañas, bajo la tierra, hay elementos griegos, romanos, bizantinos. Allí hubo un templo al Sol, un santuario ibérico, el templo de la diáspora griega, la basílica de San Vicente. Con los elementos aprovechables, columnas, capiteles, el arco de herradura, la bicromía del dovelaje, los musulmanes construyen su aljama, en la que injertan la extensión hipóstila oriental, el artesonado sirio-persa, la celosía labrada, el ajimez. Y cuando otra vez la reconquistan los cristianos, y el mudéjarismo y lo gótico y todos los siguientes estilos renacentistas y neoclásicos hasta nuestros días, hacen de ella un museo vivo de Historia del Arte, que multiplican las pinturas y esculturas, la herrería artística, los azulejos, las vidrieras, los libros y las

joyas, cuando todo este amasijo produce la brillante confusión de sus diversos estilos y normas, es cuando nos parece que la Mezquita Catedral de Córdoba es más pura y más alquitarada que nunca.

Y si esto pasa con la inmutable y eterna piedra, qué no pasará con la copla, que un día la fragua el genio, y luego la repite el profesional y la canta la moza y la siiba el pillete, y rueda por el arroyo y escala el palacio, y como el aire sutil se filtra por todos los países y atraviesa todas las fronteras sin etiqueta ni aduanas.

Hoy, que tanto se habla de imperios, debemos hermanar junto al gran imperio de nuestra lengua, el imperio mundial de la copla andaluza. Ya en la Edad Media conquistaba, sobre el laúd de los trovadores, países sin cuento. Cuando, a consecuencia de la Reconquista, vertíamos sobre el norte africano, con las emigraciones y expulsiones moriscas, grandes trozos de la raza, desde Rabat hasta Túnez y aun más allá, desde Ceuta hasta el Sahara, la música andaluza que se había polarizado en Granada como *ala* o música cortesana, saltó al otro lado del Estrecho, y al cabo de los siglos allí se conserva, recogéndola en nuestros días los franceses MM. Ricard y Chopín, los españoles P. Patrocinio García y el Maestro Busteio (14) y un selecto grupo de musulmanes. Cuando España se ampliaba al otro lado del Océano con el descubrimiento de América, nuestros conquistadores llevaron el gran caudal del andalucismo, y la canción andaluza señoreó el nuevo continente y dió de sí nuevos frutos. Gran imperio el de la copla andaluza, que sigue conquistando siempre, países y continentes, al son de las castañuelas y la guitarra.

Hoy también, como hace siglos con el cancionero de Aben Guzmán, se editan libros continuamente, glosando cada cual a su manera el tema, sobre la canción andaluza. En las manos tengo, fresca aún la tinta de las imprentas sevillanas, el «Poema de la Danza y la Copla» del Maestro Realito, que, semejante al discurso de nuestro nuevo compañero es una bella colección de cantos populares de nuestra región (15), como los que él mismo, a semejanza de los hermanos Quintero, de Narciso Díaz de Escovar y de otros muchos poetas andaluces, han compuesto, según la tesis del maestro Ribera, para que el pueblo los cante, y sean luego, andando los años, perdiéndose la filiación del autor, cantares anónimos y populares. (16)

Por esto, al terminar esta intervención mía, que ha sido más larga de la cuenta por deseo expreso del recipiendario, quiero insistir en lo que al principio apuntaba: que don Antonio Arévalo debía entrar en nuestra vieja Academia, bajo el signo de la copla andaluza, porque

él mismo es uno de los eslabones que el correr de los siglos vá forjando en la cadena dorada y brillante de la canción clásica, que en lejanos tiempos resonó bajo los cielos de Grecia y Roma, la adornaron luego Bizancio y Persia, Arabia la llenó de ardiente fuego y por fin vino a darle el aroma de su riente perfume la gracia eterna de Andaluía.

Como golondrina viajera, según el similitud del maestro, en muchos países colgó su nido, para reanudar luego su vuelo errante, pero en Andalucía la canción clásica anidó para siempre, y más que un nido, construyó un magnífico alcázar del que salieron embajadores brillantes y fastuosos para todo el orbe. Don Antonio Arévalo, maestro de coplas andaluzas, interviene en muchas de estas embajadas que en otro continente y más allá de los océanos, repiten hasta la excelsitud, arrasando los ojos en lágrimas emotivas, el nombre de España.

¿No iba a venir a nuestra Academia este artífice de coplas andaluzas que, en los atardeceres perfumados, en las claras noches lunares, bajo la verde parra o en la fresca bodega, juntaba su fraternidad castiza con el que dió a la copla vida corporal en sus lienzos, con el maestro Julio Romero (17), y en artística cofradía con otros cordobeses, bebedores de silencio, ébrios de aromas, enamorados del alma de la ciudad y cultivadores exquisitos del espíritu de su pueblo, fraguaban con el pincel o con la pluma el pomo donde se encierra el alma eterna de la raza?

Sea bienvenido el nuevo académico que ha traído a nuestra vieja Academia, de Bellas Letras y Nobles Artes, una de las más bellas letras, la de la copla andaluza, y una de las más nobles artes, la de la música que la vivifica y exalta.

He dicho. (18)



(1) «Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Julián Ribera y Tarragó, el día 26 de Mayo de 1912», sobre el Cancionero de Abencuzman. Madrid, Maestre, 1912. Reeditado en «Disertaciones y Opúsculos»,

de D. Julián Ribera, edición colectiva que en su jubilación del profesorado le ofrecen sus discípulos y amigos. Madrid, Maestre, 1928. Dos tomos.

(2) «La Música de las Cantigas». Estudio sobre su origen y naturaleza con reproducciones fotográficas del texto y transcripción moderna, por Julián Ribera. Madrid, 1922. Edición popular en «La música árabe y su influencia en la española». Madrid, Colección Hispania, 1927, y posteriores.

(3) «Epica andaluza romanceada». Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Sr. D. Julián Ribera y Tarragó, el día 6 de Junio de 1915. Madrid, Maestre, 1915. Contestación de D. Francisco Codera. Recogido en «Disertaciones y Opúsculos», vide supra.

(4) «Omar ben Hafsun». Un reino cristiano andaluz en pleno imperio islámico español, 854-97, por Fidel Fernández. 1942.

(5) «El Cancionero de Aben Guzmán», por A. R. Nikl. Edición de Escuelas de Estudios árabes de Madrid y Granada, 1933.

(6) «El Conde Lucanor».

(7) Ribera. «La música árabe», etc. V. supra, p. 199.

(8) " " " " p. 204.

(9) Gil Benumeya. «Ni Oriente ni Occidente».

(10) «La música de la jota aragonesa», por Julián Ribera y Tarragó. Ensayo histórico publicado por el Instituto de Valencia de Don Juan. Madrid, 1928.

(11) «De música y métrica gallegas», por Don Julián Ribera. Publicado en «Homenaje a D. Ramón Menéndez Pidal», III, 1925; y en «Disertaciones y Opúsculos».

(12) «La música andaluza medieval en las canciones de Trovadores. Troveros y Minnesinger», por Don Julián Ribera, tres fascículos. Madrid, 1923-1925. Fragmentos reproducidos en «Disertaciones y Opúsculos».

(13) Discurso pronunciado en los Juegos Florales de Córdoba de 1932. Recensión en Boletín de la Real Academia de Córdoba, Abril-Septiembre, 1932.

(14) Sobre el estudio de la música norteafricana, derivada de la andaluza se han hecho notabilísimos estudios en tiempos recientes. Hace un resumen de la cuestión, sin referencias eruditas, Rodolfo Gil Benumeya, en «Marruecos Andalusí», edición de la Vicesecretaría de Educación Popular. Madrid, 1942. Por su relación con una entidad musical cordobesa, citamos la excursión que hizo en 1928 al Marruecos español el Centro Filarmónico Eduardo Lucena, de la cual se publicaron referencias en los diarios contemporáneos («A B C», de Madrid, 3 Mayo 1928) y recientemente por el presidente a la sazón de dicho Centro don Antonio Ramírez López, «Estampas Románticas», Córdoba, 1942.

Como resumen general del tema musical andaluz africano véase el hermoso libro del P. Patrocinio García, «La música hispano-musulmana en Marruecos». Publicaciones del Instituto General Franco, de Tetuán, Larache, 1941.

(15) «Poema de la Danza y la Copla. Estampas, Realito», compilador Angel Zapata. Sevilla, 1943.

Son muchos los libros escritos para recopilar y para inventar coplas flamencas. Recordamos, entre otros muchos, los siguientes, algunos escritos por eruditos y maestros, otros sin erudición alguna, y aún con absurdas afirmaciones pseudocastísticas:

«Colección de cantes flamencos recogidos y anotados por Demófilo» (Don Antonio Machado y Alvarez), Sevilla, 1881.

«Cantos populares españoles», por Francisco Rodríguez Marin, Sevilla, 1882-83.

- «La pereza», por Augusto Ferrán, Madrid, 1871.
 «Primer cancionero de coplas flamencas», por Manuel Balmaseda y González, Sevilla, 1881, imprenta de Hidalgo, 4 reales.
 «Melancolía», por Luis Montoto, Sevilla, 1902.
 «Guitarra andaluza», por Narciso Díaz de Escovar, Barcelona, sin año de edición.
 «Cante flamenco», sin autor ni año, editor Bauzá, Barcelona.
 «Cante hondo», por Manuel Machado, Madrid, 1912.
 «Impresiones: cantares», por Enrique Paradas, Madrid, 1913.
 «Las cuerdas de mi guitarra», por Gloria de la Prada, Madrid, 1913.
 «Con la guitarra», por Ricardo Fernández Blanco, Madrid, 1909.
 «Mil y un cantares», por don Estanislao Alberola, Valencia, 1916.
 «De cante grande y cante chico», por José Carlos de Luna, Madrid, 1916.
 «El alma de Andalucía en sus mejores coplas amorosas escogidas entre más de 22 000», por Francisco Rodríguez Marín, Madrid, 1929.

Esta larga producción tiene su reflejo en la investigación extranjera, por ejemplo: Schuchart, «Die Cantos Flamencos», Zeitschrift für Rom. Phil., V.

(16) Don Antonio Arévalo García, es natural de Bujalance (Córdoba), donde nació el 15 de Septiembre de 1876. Fué Redactor del «Diario de Córdoba» y uno de los fundadores del «Diario de Avisos», colaboró en todos los periódicos cordobeses y en varias revistas literarias de Madrid. Fué corresponsal literario de la Revista Gráfica de París, de Literatura y Arte.

Publicó «Mis Canciones», un tomo de versos, prólogo de Francisco Villaespesa, y unas notas de Ricardo de Montis. Ha escrito «La Fuga», (zarzuela en prosa y en verso, música del Maestro Zamora); «El Rosal del Sentimiento» (zarzuela en colaboración con Emilio Santiago, música de Francisco Romero); «Ave Errante» (zarzuela en colaboración con su hermano Francisco); «Trabajar por lo contrario» (sainete).

Tiene para publicar: «Musa del pueblo (cantares)», «De mi vida y de mi alma» (versos).

Es Socio de Honor y de Mérito del Real Centro Filarmónico E. Lucena.

Socio de Honor del Ateneo Gaditano.

Socio de Honor del Centro Escolar Gaditano.

Académico Correspondiente de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias y Artes de Cádiz.

Laureado, entre otras ocasiones, en los Juegos Florales de Córdoba del año 1915, por una Colección de Cantares.

(17) Más de una vez Julio Romero de Torres ha llevado a sus lienzos el simbolismo de la copla andaluza, «la consagración de la copla» es un ejemplo. El tema que domina casi toda la obra de este maestro cordobés, «las dos sendas» de la vida femenina, el «amor divino y el amor profano», lo podríamos también considerar como el más simbólico tema de la copla andaluza. De la numerosísima bibliografía con que cuenta ya la obra pictórica de Julio Romero, citaremos uno de los últimos libros «Julio Romero de Torres en su Museo de Córdoba», por el Marqués de Casa Vargas Machuca, Cádiz, 1943, en el que se abordan temas análogos a los que sugerimos.

En nuestros tiempos, de hondas valoraciones estéticas, hallamos la siguiente, en el prólogo que el eminente hispanista Maurice Legendre ha puesto en la magnífica obra que la Sra. Alicia Hartmann, accidentalmente nuestra convecina, ha dedicado

al Greco («Domenico Theotocopouli dit El Greco», por M. Legendre & A. Hartmann, París, editor Hyperion 1937): «Barrés gusta de imaginar que el artista tenía debilidad... por las canciones secas y tristes que nacen de un suelo pedregoso al bordoneo de la guitarra. Por nuestra parte creemos que el Greco ha amado el «cante jondo», y que sus cuadros son en la pintura lo que aquel en la música; aclarando después esta semejanza por una armonía monotónica, por salirse del plan de la naturaleza, por acompañarse de armónicas menores, y otras consideraciones desarrolladas in extenso, con una viva descripción del cantor, que hacen del juicio de M. Legendre una ardorosa exaltación.

(18) Posteriormente a estos trabajos, han sido publicados en España otros varios sobre la música de las Cantigas, en los cuales, en general, abandonando la tesis musulmana que sustenta Don Julián Ribera, se buscan los orígenes de aquella en fuentes europeas, especialmente germánicas. Sirva de ejemplo «La música en la España de Fernando el Santo y de Alfonso el Sabio», discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en 28 de Junio de 1943, por el Presbítero Don Higinio Anglés, y contestación por el R. P. Nemesio Otaño. En estos trabajos se moteja la tesis riberista de «intento... que no ha tenido aceptación». Lo anotamos a título de orientación.

El Estado español ha creado un Instituto de Musicología por Decreto de 27 de Septiembre de 1943.



BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes — —



JULIO A DICIEMBRE 1961
AÑO XXXII - NÚM. 82

DEPÓSITO LEGAL
CO-27-1959

Tipografía Artística, - San Alvaro, 1. - Teléfono 221040. - Córdoba

Discurso de contestación a don José Valverde Madrid, en la recepción de este Académico Numerario el día 15 de Diciembre de 1961, escrito por don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

SRAS. Y SRES.

Se ha dicho con frase algo irónica que los académicos pasan a la inmortalidad porque ya su nombre no será olvidado en tanto que subsista la memoria de la cultura a la cual pertenecemos.

Cierto que los académicos son inmortales, porque el espíritu nunca muere, y todos ellos, cuando llegan a ocupar una sede académica han hecho méritos del espíritu tales que su nombre ya nunca perecerá, aunque en vez de ser grabado en mármoles ni bronces, sean las volanderas hojas de papel las que se encarguen de transmitirlo a las generaciones venideras.

En esta inmortalidad de los espíritus cultivados se inscribe hoy a don José Valverde Madrid, quien, como aquellos otros que alcanzaron tal rango, sólo toma en esta efeméride académica la investidura que logró y mereció en anteriores lides, como los héroes que, tras expediente contradictorio, ven prendida en su pecho algún día, la medalla patria, que ganaron antes en franca lid a campo abierto.

Recuerdo y valga la anécdota personal aún a trueque de inmodestia, el afán con que un día busqué en Fuente Obejuna a don José Valverde, que ejercía a la sazón su profesión de notario en aquella histórica y ejemplar villa, porque ya me había ganado su fama de investigador y crítico en cuestiones de arte, que yo había leído en su magnífico trabajo de pintores hispalenses de la primera mitad del siglo XVI, en el cual se desvelaba casi completamente la gran figura de Antón Pérez, al maestro que por antonomasia lleva el apellido de aquella villa cordobesa, y es autor del monumental retablo que adorna el altar mayor de su parroquia.

Ya me anticipaba mi instinto de buscador de glorias cordobesas y aún de quienes las exaltan, que el autor de tan interesante trabajo llevaba dentro muchas enjundias que espoleaban mi interés hacia él. Porque en tal estudio, publicado en Archivo Hispalense, se trataba a Antón Pérez en toda su dimensión artística y cordobesa, y se le

atribuían magníficos retablos, hasta entonces inéditos, de la comarca sevillana; y además se nos devolvía plenamente a la filiación cordobesa ese otro magnífico pintor de la Virgen de la Rosa, patrona de los Navegantes, que señoreó en el San Telmo sevillano la escuela de náutica que creara el genio de la raza para descubrir mundos, el célebre Alejo Fernández, de naturaleza indudablemente cordobesa, si bien sus últimos biógrafos habían sufrido pequeños despistes, que rectificó plenamente nuestro nuevo compañero; y por fin, y además, junto con muchos pintores sevillanos, aparecen en ese trabajo otros cordobeses, u otros artistas que trabajaron en Córdoba en aquel magnífico período de la historia patria, en el que juega nuestra ciudad el interesante papel de ser la preparadora de la definitiva reconquista nacional con la expulsión de los moros granadinos, y los Reyes Católicos, tomando a Córdoba como cuartel general contra aquellos, fijan aquí largas temporadas su andariega y castreñe corte, y tras de ellos vienen magnates, artistas, aventureros, hombres célebres e ilustres de todo orden y condición.

Diríase que Córdoba, fiel a su destino, recoge los reflejos de la última cultura islámica de Occidente, y prepara la expansión al nuevo mundo americano, gestando en lugares de tanta prosapia cordobesa como el Alcázar cristiano, el Convento de la Merced, la Posada del Sol, la plaza de El Salvador, la aldea de Trassierra y tantos otros, la magna empresa colombina, en cuya iniciación descubridora y en cuya continuación colonizadora tantos cordobeses de pro pusieron su empeño y aún su vida, haciendo buena la frase de Marcos Rafael Blanco Belmonte, de que allí donde hay un noble empeño en el mundo, aparece siempre un cordobés.

En esta lid espiritual que es la prueba de sangre para ingresar en una Academia, se liga en este caso, como mejoría mental de rango en su calidad de amor filial, el recorrido que nuestro flamante académico ha venido haciendo por el haz de nuestra provincia, recogiendo en ella glorias, aventuras y bellezas.

Así, su estancia profesional de pocos años en Fuente Obejuna, además lo ya aludido del pintor Antón Pérez, le sirve para estudiar las repercusiones de la muerte del Comendador, suceso que tan fértil viene siendo a la literatura española, y sobre ello estudia las fuentes del drama de Lope de Vega, y trabaja en sus estudios favoritos sobre las tablas de Bartolomé Ruiz y la pasión —la étnica pasional española— en los retablos de Fuente Obejuna; y más allá en Belmez

estudia su castillo, y la vida económica del pueblo hace dos siglos; y en Espiel estudia el castillo de El Vacar, y la campana mozárabe del Abad Sanson que se halló en su término, y los trabajos de Rodríguez Marín en el archivo espeleño, y la presencia del aventurero Casanova —el célebre Caballero Casanova— en la colonización de Sierra Morena que fraguó Carlos III, y la delimitación de su ambicioso término que llegaba casi hasta las lindes de Córdoba; y en Valsequillo recuerda datos históricos de la localidad, y describe la batalla de ese nombre; y en Fernán Núñez nos habla de cómo salvó a Cádiz contra los ingleses el Conde de ese título; y en El Carpio nos cuenta la azarosa juventud del VII Marqués del Carpio y episodios diversos de su vida, y cómo se creó en este pueblo archicordobés, ahí al lado nuestro, la famosa Venus del Espejo, que pintó Velázquez, y que ahora y siempre ha sido pasmo, admiración y absorto escándalo de quienes la contemplan...

Alto aquí. En nuestro recorrido provinciano, de la mano de don José Valverde, hemos llegado al Carpio, en cuyo palacio marquesal, acaso recién construido por aquel tiempo, a estilo de casona labrante, lejanos ya los tiempos medievales que requerían el castillo y la defensa contra el moro, en esa casona donde el turbulento marquesito hace sus juegos y burlas de señorito andaluz, lejos de la vigilancia paterna que allá en la Corte madrileña sirve e interpreta los deseos de la Real Majestad, en esa casona vuelvo a repetir, para un día, camino de Málaga donde ha de embarcar para su segundo viaje a Roma, el gran pintor español don Diego de Silva y Velázquez, y ahí pinta a la famosa cómica Damiana, alegre musa de la crónica escandalosa de aquellos tiempos, con el más natural de los trajes, y surge la Venus del Espejo, andaluza y cordobesa por la gracia de Dios, que ha de necesitar dos siglos más para que el pincel de Goya le encuentre una digna émula, y aún otro siglo largo encima, para que Julio Romero vuelva a revivir en el lienzo las más gentiles y estéticas gracias del desnudo femenino.

Gran revuelo ha producido en el mundo de la crítica, y nada menos que en el Centenario de Velázquez, el certero descubrimiento. Todo el andamiaje de las suposiciones sobre la Venus velazqueña, que tanto intrigaba a los críticos se han venido al suelo. El mismo recato con que la casa del Carpio y su heredera la de Alba, tuvieron el cuadro en su colección particular hasta que salió de nuestra patria, todo han sido motivos de discusión y crítica, aun no del todo

acallados. Pero la Academia de Bellas Artes de Sevilla, tanto por aquel primer trabajo que dije, y sobre todo por esta magnífica aportación a la obra del sevillano Velázquez, ha nombrado Académico también a don José Valverde, convalidando por la tácita, como se diría en lenguaje jurista, el punto de vista de nuestro nuevo académico.

Sería largo seguir reseñando, aun a grandes rasgos, la labor de Valverde Madrid en este terreno histórico artístico, porque aun no hemos hablado de Priego, su patria. Sí, aunque nace casualmente en Madrid, Valverde es de Priego. Lo pregonan sus apellidos, allí nacieron sus padres, es pariente de los Valverdes que en estos últimos años han destacado públicamente más en Priego, como el famoso poeta y novelista don Carlos Valverde, que fué miembro de nuestra Academia y de su hijo recientemente fallecido que nos ha dejado en las Memorias de un alcalde la fe pública de su actuación política, y es también pariente de ese adalid de la cultura priegueña don José Luis Gámiz Valverde, que desde el Adarve priegueño, y desde los festivales de la Fuente del Rey, y desde la sección del casino, y de su conversación y actividades amenas y arrolladoras de simpatía es el mejor embajador de la sal y gracia de su tierra, y que por ello también esta Academia cordobesa lo acaba de designar miembro correspondiente en su ciudad; y por fin, Valverde Madrid ha casado con una priegueña, a cuya fina inteligencia me apresuro a rendir desde aquí mi respetuoso homenaje, y que además es hija de aquel catedrático de la Universidad sevillana, nacido y fincado en Priego, don Francisco Candil, al que tantas generaciones de andaluces deben su cultura jurídica, y al que también nuestra Academia rindió el tributo de su admiración inscribiéndole en su nómina para dorar con su nombre la lista de los elegidos.

Priegueño, pues, por los cuatro costados, hijo de aquella fina tierra en que el agua brota, canta y ríe, y es real y majestuosa, y labra y esculpe, y afiligra y platea, no digamos si Valverde Madrid había de olvidar a sus paisanos ilustres, al escultor Alvarez Cubero, al Obispo Caballero Góngora, al Marqués de Priego y al Duque de Feria, y a cuantos priegueños, en fin, ennoblecieron aquel bello solar, envidia de Córdoba y Granada, con su valor, su inteligencia, su arte y su patriotismo.

Pero, no puedo seguir adelante, sin pedir perdón a Valverde Madrid, cuya principal característica personal es la modestia, con el

pormenorizado relato de sus trabajos. Diré finalmente, con la justa y mesurada reseña de una descripción notarial que los trabajos profesionales de Valverde Madrid, publicados casi todos ellos en la revista notarial, de Madrid, son numerosos, abarcan cuestiones jurídicas y económicas en general y durante varios años tiene a su cargo en dicha revista la redacción de una sección fija de comentarios de jurisprudencia. Quédese la relación biográfica y bibliográfica de todo ello, para la nota que en su día se publicará como apéndice a estos discursos académicos en el Boletín de nuestra corporación.

Don José Valverde Madrid nos ha traído en su discurso de entrada académica un verdadero regalo a los cordobeses, la vida y obra del pintor Antonio del Castillo y Saavedra.

De Castillo están llenos nuestros templos y aún casas particulares. Aunque Castillo murió joven, fué prolífico en su pincel. Los hijos que no tuvo de su sangre, los prodigó a centenares en el lienzo. Dice Ramírez de Arellano en su Diccionario de artistas cordobeses, que desde la mezquita catedral hasta la más humilde ermita cordobesa, en todas partes se hallan Castillos.

Nuestro nuevo compañero ha identificado más Castillos aún, y sigue coleccionando fotografías para empezar a confeccionar el repertorio gráfico de la obra del pintor cordobés acaso más representativo de todos los tiempos. Porque pesa sobre aquel lejano paisano, como sobre tantos otros ilustrísimos, el terrible sino del anonimato que tiene en la penumbra a tantos coterráneos nuestros. Muchos de sus cuadros no están firmados, los que tienen las iniciales A. C. han sido atribuidos unas veces a Alonso Cano el granadino, o a otros semejantes, y él mismo, firmando con burlesca gracia «Non pinxit Alfarus» de nuestro Museo cordobés, ridiculizó ab eternum a uno de sus engreídos discípulos.

Esta gran tarea en una vida relativamente breve, puesto que muere a los 41 años, nos recuerda la gran producción de nuestro Julio Romeró, y es signo de una vocación artística que se ha de traducir en aplicación, en celo, en maestría, que ha de alcanzar aquella meta en la cual el artista, más que su mensaje personal, como se dice hoy de la pintura moderna o abstracta, transmite su mensaje étnico, y por él habla el espíritu de la raza, con la cual señorea y ratifica las cimas artísticas en lo espiritual y en lo estético.

De aquí que, cuando en la generación pasada se pretendía clasificar estilos, y no hallando donde colocar espiritualmente, más que estéticamente, a Castillo, se empezó a hablar de «escuela de pintura cordobesa», algunos se irritaban. Dice Ramírez de Arellano en la obra que antes cité, «la mal llamada escuela cordobesa». Y es, porque en esa altura cimera en que ya se colocan los verdaderos maestros, cuando sólo se alcanza el dominio estético, la escuela es uniforme y característica, como la escuela sevillana, o la castellana; pero cuando hay que aliar ambos conceptos, y el aliento de la raza es multiforme y casi ecuménico, la amplitud del concepto estilístico es igualmente grandiosa y difícil de encajar en los amplios lazos que la relacionan.

De los siglos pasados en que Córdoba tiene magníficas expresiones pictóricas, tenemos en el XV un Bartolomé Bermejo, soberbio, magnífico, el más recio pintor de España como ha dicho Tormo, porque en sus personajes —recordad su Santo Domingo de Silos— en sus atuendos, sus brocados, sus joyas, sus gestos, hay albor de imperio; tenemos en el XVI un Céspedes renacentista, de amplia cultura —pintor, poeta, arquitecto, escultor—; tenemos en el XVII a nuestro Castillo, todavía algo poeta y erudito, pero pintor muy doméstico, de una España hogareña que empieza a recogerse y limitarse en el que asoma lo íntimo y familiar —recordad la serie de sus vírgenes con pañuelito anudado al cuello como humilde menestrala—; y por fin nuestro Romero de Torres, que muestra en la desnuda gracia de sus mujeres, en un ambiente de lejana tradición y misticismo, evocadores de valores históricos, el espíritu demótico de la raza, asomado a los ojos infinitos de sus modelos.

Y nos preguntamos lo que hay de comun entre estos pintores que hemos escogido como símbolos de los últimos cuatro siglos de nuestro arte pictórico. Podemos contestar; en lo espiritual, el alma universal del cordobés, en lo estético la seria y esmerada corrección del dibujo. «Correctísimas de dibujo, dice el autor que aludimos antes, como compendio de otras opiniones y algunas de hermoso color —recordad el bellissimo colorido del martirio de San Pelagio, en el trascoro de la Catedral, que acaso ha podido guardar mejor la viveza de sus colores por la semipenumbra en que se halla—, si bien otras pálidas y desabridas».

En el Cristo de la Inquisición, el Cristo de la Cárcel, recogido por Romero Barros para el Museo, hermosa y trágica pintura de

Calvario, una de las mejores y más representativas de Castillo, digna de su maestro Zurbarán, hay un vago tono gris que domina el colorido de toda la composición. Pero ¿no es esto mismo un dominio estético para regular la escena misma que representa y el ambiente en que iba a ser situada?

No hemos sin embargo, de defender el colorido en los pintores cordobeses, sobre todo desde que la crítica nos arrebató a Valdés Leal, discípulo de Castillo, pero de colorido y movimiento sevillanista. Nos basta con la serena maestría de su dibujo para que fijemos las características estéticas de una «escuela cordobesa», que desde el profesor Mayer en su gran historia de la pintura española, está identificada y proclama a Castillo como su gran epígono.

Viene ahora, como anillo al dedo, el recuerdo de un criterio que para diferenciar, dentro de las escuelas andaluzas, la cordobesa y la sevillana, sin cometer el gran error de meterlas en el mismo saco, las compara a las italianas en sus diferencias florentina y veneciana. La primera es seria y casi fría, pero correcta, de gran finura de dibujo, de gran elegancia en la composición —recordad al Giotto o a Sandro Boticelli—. La escuela veneciana, en cambio, como la sevillana, es movida, alegre, colorista —recordad a Tintoretto, a Tiziano—. Los cordobeses, como los florentinos, son hijos de una ciudad señorial y elegante, callada y casi triste, y sus campos, la campiña toscana y los campos cordobeses, son idénticos y de dulce voluptuosidad. Los venecianos, como los sevillanos, viven en ciudades ruidosas y alegres, coloristas y sensuales —el diablo anda suelto por Sevilla, decía Santa Teresa—, y sus afueras se festejan con las movedizas olas del Adriático o con el apresurado rizo del Guadalquivir.

Ved por qué llamamos a Castillo, desde su época, muy nuestro y muy cordobés, como desde hoy llamamos muy cordobés y muy nuestro a Romero de Torres, como en tiempo de los Reyes Católicos fué también muy nuestro, con su aire de gesta y reconquista, con sus lujos de botín y de guerra, a Bartolomé Bermejo

La gratitud que no ya la Academia, sino la Córdoba tradicional y culta debe desde hoy a don José Valverde Madrid, por habernos traído el tema de Castillo es extraordinaria, no solo porque actualiza un tema que podríamos llamar vernáculo, sino porque con sus dotes de investigador y de crítico ha enriquecido la vida y la obra de Castillo de increíble manera.

La biografía de Antonio del Castillo la podríamos calificar de

misteriosa hasta que se ha compuesto este trabajo que acabais de oír. Como el gran Daza de Valdés, el padre de la óptica moderna; como el gran Albucasis, padre de la cirugía; como el mismo Bermejo de que antes hacía yo referencia; como el gran Osio; como tantos y tantos cordobeses de universal altura, apenas si sabemos de ellos algo más sino que fueron cordobeses. Pero, cuando nacieron o murieron, cuales fueron sus avatares vitales, en muchas ocasiones donde reposan sus restos, son misterios históricos, para cuya resolución hay que fiar en la ventura de los tiempos.

Fuera de las tres o cuatro anécdotas sobre la vida de Antonio del Castillo, contadas por Palomino o desprendidas de su propia obra, y que el señor Valverde ha tenido buen cuidado en recordarnos, casi nada se sabía documentalmente del gran pintor cordobés del XVII.

Pero ahora, acaso por la sagacidad notarial de nuestro ya compañero de Academia, sabemos que se casó tres veces, que no tuvo hijos, las casas donde vivió y los apuros económicos que, a pesar de su gran laboriosidad, le acosaron alguna vez, todo aquello, en fin, que la prolija documentación escribanil de aquellos tiempos ha transmitido a la posteridad en los polvorientos archivos de la ciudad. Y aún después del discurso que acabais de oír, todavía sigue encontrando más documentación sobre la vida particular y profesional —los contratos y precios de sus cuadros— del ilustre paisano.

Se necesitaba esta labor paciente y sabia para atreverse a tratar de Antonio del Castillo. Había sido este un tema deseado para las modernas generaciones de investigadores, pero hasta que don José Valverde no lo ha hecho, ahí quedaba la tarea virginal e intocable. Gracias, señor y amigo Valverde Madrid, porque desde ahora, Castillo es mucho más maestro, más conocido, más íntimo para nosotros, sus paisanos; y para los forasteros, para los críticos que hayan de estudiarle desde ahora en adelante y valorarlo en sí, en su medida, en su ambiente, en su circunstancia, que tanta importancia tiene en la producción de cualquier obra, el camino está diáfano y expedito.

No es lo mismo que un artista pinte joven o viejo, que su niñez haya sido alegre y juguetona o huérfana y triste, que su economía sea desahogada o apretada, que su salud sea sana y longeva como la de los viejos dioses paganos, o precaria y minada por una afección incurable, como el mal gálico que llevó a Castillo a la tumba, a los 51 años de su vida (1616-1667); cada uno de esos factores im-

primen un sello en el carácter, en la vida, en la impronta espiritual de cada persona.

Y hasta que no se analizan esos factores, como lo ha hecho Valverde Madrid con apurada investigación y fino celo, no se puede acometer con fruto el estudio de la obra de un artista.

Y qué diremos de la obra de Castillo catalogada por Valverde. Sabíamos, lo dicen todos sus críticos, que había sido fecunda y que no sólo todo Córdoba está lleno de sus cuadros, como antes decíamos, sino en muchos pueblos de la provincia —un Castillo en Belmez, Castillos en Bujalance, espléndidos Castillos de batallas en el palacio de los Condes-Duques de Fernán Núñez y muchos otros—, y en muchos museos del extranjero, donde han ido a parar por rapacidades bélicas o por comercio de chamarilería.

Pero ahora la lista se ha agrandado con la labor escrutadora de Valverde Madrid, y se ha enriquecido con la fotografía de todos sus cuadros conocidos o identificados, tan extensa, que pone en verdadero apuro económico a nuestra Academia, si ha de reproducirlos todos en fotograbado, como es nuestro deseo, cuando se haga la publicación de este interesantísimo discurso de recepción académica.

No en balde, los más finos investigadores y conservadores de la riqueza artística de Córdoba, en lo que ya podemos llamar la generación pasada, y me refiero a la familia Romero, sin excepción, en todos sus elementos, tuvieron siempre a Castillo casi como uno de sus ídolos.

Don Rafael Romero Barros, recogió, limpió, restauró y copió a Castillo cuanto pudo. Esto último, para dejar generosamente, como en el Cristo de la Cárcel, la copia en lugar del original, que había de ser ya guardado y reverenciado condignamente en el Museo de Bellas Artes por él creado. Enrique Romero de Torres, dándole a Castillo el lugar preferente en el Museo que ha reformado, ampliado y embellecido, evocando su obra, analizando su arte.

Enrique Romero de Torres tuvo toda su vida una verdadera pasión exaltadora por Castillo, e investigó casi toda su biografía, quedando incumplido su verdadero deseo, que le oímos sus amigos muchas veces, de hacer el libro de Castillo, en el que se recogiera toda su vida y su obra, reivindicando así para las generaciones actuales la gloria del mejor pintor cordobés del XVII. De todos modos, nuestra Academia oyó el día 17 de enero de 1928 (número 21 de este «Boletín») una conferencia de Romero de Torres, en la que descu-

bría la biografía casi íntegra del notable pintor Castillo, y esperamos que entre sus papeles se encuentre la conferencia íntegra o al menos un extracto que publicaríamos con júbilo. De la obra de Castillo ya hemos dicho que Romero fué un infatigable investigador, que identificó muchos de sus cuadros y aumentó grandemente la lista de ellos.

Nuestra generación ha tributado ya a Antonio del Castillo, con los trabajos que compendia el discurso de Valverde Madrid, la deuda que la patria, en cada uno de sus momentos, tiene con los hijos que le han dado lustre y fama. Y de este saldo, los amigos y compañeros del vencedor en la tarea, nos sentimos igualmente satisfechos y contentos.

Gracias por todo ello, don José Valverde, en nombre de la Academia, y en nombre de la Córdoba culta, porque habéis venido a dorar y abrillantar con vuestro discurso de entrada en esta centenaria Corporación el viejo lema cordobés que tiene por mote ser casa de guerrera gente y de sabiduría ilustre fuente.

Nota de las publicaciones que don José Valverde Madrid tiene en esta fecha:

Trabajos jurídicos: Artículos sobre «El Crédito refaccionario», «Garantías del contrato de renta vitalicia», «El derecho de tanteo por pisos», «Sobre la Reforma Hipotecaria», «El carácter temporal del comisario», «La falta de licencia marital», «Los parafernales confesados», «Recordando a Hinojosa», «Efectos de los parafernales confesados», «Un libro del profesor Ossorio Morales», «La reversión censal», «La inscripción del heredero voluntario», «El derecho del aparcerero a convertirse en arrendatario», «El Registro de Actos de Última Voluntad», «El Registro de Tutelas» y «Comentarios de Jurisprudencia» en las Revistas de Derecho Notarial y Nuestra Revista.

Trabajos históricos: Artículos sobre «Repercusiones de la muerte del comendador de Fuente Obejuna», «Fuentes del drama Fuenteovejuna», «La pasión en los retablos de F. Obejuna», «Antón Pérez, el pintor», «Sobre el Castillo de Belmez», «Las tablas de Bartolomé Ruiz», «La vida económica belmezana en el siglo XVIII», «El Castillo del Vacar», «Rodríguez Marín y el archivo de protocolos de Espiel», «La campana del Abad Sansón»,

«Notas históricas de Valsequillo», «La batalla de Valsequillo», «Un episodio del VII Marqués del Carpio», «El aventurero Casanova», «La primera delimitación de Espiel», «La juventud del VII Marqués del Carpio», «Cronistas cordobeses de Carlos V», «La venus del Espejo», «El retablo del adelantado Montemayor», «El retrato de Bayeu del Obispo Caballero», «Una escultura de Alvarez Cubero», «Cómo salvó a Cádiz el Conde de Fernán Núñez», «Paralelo del Marqués de Priego y el duque de Feria», «Pedrajas, el escultor del rococó», «Un cuadro de Castillo en Bélmez», «La pintura sevillana en el siglo XVI», «Un cuadro de Murillo», «Dos retratos cordobeses de Murillo», «Los retratos de Dal Borro y del Marqués de Leganés», «El maestro platero García de los Reyes», «Cuatro personajes en Ecija en 1588», «El último jefe de las galeras de España», «El VII Marqués del Carpio virrey de Nápoles».

Conferencias en la R. Academia de Córdoba: sobre «Don Martín de Córdoba», «Un San Eulogio del pintor Agustín Grande», «La flota del primer califa» y «El escultor Gómez de Sandoval» y en Priego sobre «Priego durante el reinado de los Reyes Católicos».



Alegoría de la Pintura,
por Mateo Inurria.

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes — —



ENERO A JUNIO 1962
AÑO XXXIII - NÚM. 83

DEPÓSITO LEGAL
CO-27-1959

Tipografía Artística. - San Alvaro, 1. - Teléfono 221040. - Córdoba

*Discurso de contestación al ingreso de don Víctor
Escribano Ucelay, redactado por el director de la Aca-
demia, don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.*

Me depara la suerte recibir en nombre de nuestra centenaria Academia a don Víctor Escribano Ucelay, quien desde hace veinte años es arquitecto municipal en la ciudad.

Y es suerte recibirlo no en el sentido numérico o de azar, sino en el peyorativo, porque en lo personal y en lo profesional, en el "yo" y la circunstancia del filósofo, el señor Escribano es una verdadera adquisición para la Academia, como lo fuera para Córdoba.

Ello radica en que don Víctor Escribano es una mente lúcida y despierta, abierta a todas las inquietudes intelectuales, es de temperamento dinámico y trabajador y su radicación en tierra cordobesa, donde ha formado hogar virtuoso y prolífico, le han dado pleno derecho de ciudadanía entre nosotros, que lleva camino de convertirse en patriciado.

En tierras granadinas se ha formado la prosapia de los Escribanos, con su padre, un ilustre médico militar y su tío, profesor y decano de aquella Facultad de Medicina en la que destacó, aparte su cientifismo y su técnica clínica, en esa rama del saber, que en nuestros días ha formado toda una escuela española, integrada por Marañón, Blanco Soler, López Ibor y análogos, caracterizada por una entrañable ligazón entre la ciencia médica y el humanismo más puro y biológico, cuya rama clasifica a quienes la cultivan en verdaderos sacerdotes o arúspices del humano saber.

Nuestro nuevo académico nace en Madrid y en los centros docentes de la Corte hace su formación cultural; y la guerra, la trágica y salvadora guerra española del 36 forja su juventud y sus primeros pasos profesionales.

Con estos perfiles queda enmarcada la figura de Escribano Ucelay, que en el año 1940 viene a Córdoba y aquí se queda.

La faceta profesional del recipiendario, la Arquitectura, le coloca junto a uno de los corazones más sensibles de la ciudad, porque en su historia urbana Córdoba sigue dando la pulsación de los siglos, y en las cimentaciones de nuevos edificios, en las modernas edificaciones de carácter universal que hoy se plasman, casi a diario, el arquitecto muni-

cipal revisa y repasa la vida pasada de la urbe cordobesa, alumbra piezas arqueológicas sepultadas, atisba y descubre el vivir de las generaciones pasadas, y conforma y renace el devenir urbano que se le tiene confiado.

Para un espíritu ávido de conocer, el desempeño de la tarea profesional que Escribano Ucelay tiene encomendada no es la fría tramitación técnica de obras y proyectos o la vigilancia policiaca de las construcciones urbanas, sino la percepción diaria y viva, de aquel pulsar de los siglos que he dejado reseñado y que viene a dar la síntesis de lo que Córdoba y los cordobeses han sido en la Historia y pueden llegar a ser en el porvenir.

Porque no es el azar quien determinó el emplazamiento de Córdoba, ni su creación y desarrollo sucesivos, ni sus momentos cumbres en la historia, ni su patriciado solemne, ni su maternidad jugosa y fértil, sino que todo ello es producto de factores geográficos y climáticos, de influjos telúricos que aún no precisamos bien, de condensaciones humanas y sociales, de complejos cuya casualidad y consecuencias dan como resultado una floración urbana y una fructificación individual características y precisas.

Recordemos el clásico ejemplo del modelo de hogar que el hombre fragua según viva en país norteño y frío, o en país meridional y cálido. En el primer caso hará una casa de fuego, o sea todo girará alrededor del hogar, y el fuego de la chimenea será el núcleo que cristalice todas las actividades de la casa. En el sur, el núcleo es el patio que dá sombra y frescura y en cuyo centro una fuente o surtidor constituye el eje ideal a cuyo alrededor gira la existencia de la familia.

Cualquier consideración general de este tipo va imprimiendo carácter a la vivienda y a la ciudad como conjunto de ellas, de donde procede la facies particular de las viejas ciudades, cada una con su aspecto típico e individual.

Al estudiar la urbanización de la Córdoba medieval, Escribano Ucelay, que ha calado hondo en la estructura de la urbe vieja, sienta la declaración fundamental de la romanidad de sus líneas generales.

Ciertamente, los cimientos de Córdoba son romanos, tanto en lo material como en lo espiritual. El legado preromano se esfuma en la solidez de la creación de la Colonia Patricia, y para siempre esta será el molde del futuro urbano cordobés.

Cuando el arado romano del fundador trazó el perímetro de la urbs quadrata, y sobre esa línea se levantaron las poderosas murallas de su cerca, y dentro se señaló el clásico trazado viario de la Vía Decumana

y el Cardo Máximo, había sido creada una ciudad que después de dos mil años sigue aquellas directrices fundamentales.

Otros momentos cruciales de la urbe cordobesa podrían aumentar y aún modificar ligeramente aquel trazado, pero la perennidad romana seguiría indemne. Todavía, hoy, a los veinte siglos de la creación, cuando los medios modernos de construcción exigen profundas excavaciones del subsuelo cordobés, lo que aparece siempre, sistemáticamente, como una obsesión, es el estrato romano, la construcción romana, los restos romanos. Capiteles y columnas, mosaicos, lápidas y estatuas, siguen alumbrando los excavadores de la tierra urbana de Córdoba, con gran predominio sobre cualquier otra época.

Cuando la dominación árabe se enseñorea de Córdoba, son los conquistadores quienes se adaptan a la forma y modo de la ciudad. Las murallas y sus torres, el puente y los molinos, los mercados y baños, las casas particulares, todo es romano, porque lo que llamamos visigodo, aquí tan romano como el más legítimo de los herederos, sigue la línea clásica, que es la que caracteriza las artes de los nuevos habitantes de la urbe, por lejanos que sean, y la que ha de marcar indeleblemente sus producciones nuevas.

Los viajeros orientales se extrañan de las maneras y modos urbanos de Córdoba. Los califas, dice uno, son muy aficionados a las piezas de los paganos; y en cada patio de Medina al Zahra aparece un magnífico sarcófago romano como pila de fuente, y entronizada en su puerta principal colocan una estatua femenina, seguramente una Venus romana. Los baños públicos tienen estatuas y pintura, porque son los mismos romanos. Las casas particulares, con su patio bético o impluvium, su jardín interior o viridarium, sus habitaciones pintadas en estilo pompeyano, son la sorpresa del visitante. La misma Mezquita, lección viva de la evolución urbana cordobesa, se construye primitivamente con elementos romanos y postromanos. Roma, dice simbólicamente Torres Balbás, llega en Córdoba hasta el fin del Califato. Los renacentistas, Ambrosio de Morales entre nosotros, sostienen enfáticamente, que las ruinas de Medina al Zahra, por su gran aire imperial y la solidez de sus construcciones, son obra de Claudio Marcelo, justificando así su nombre popular de Córdoba la Vieja.

Sobre la creación madre, los grandes momentos de Córdoba muerden y trasforman. Nuestro nuevo compañero va señalando sagazmente las nuevas técnicas urbanas del Califato, que la historia local va anotando cuidadosamente. El puente se reconstruye, los recintos amurallados se amplían, aparecen lujosos alcázares y arrabales populosos, y para las

apremiantes necesidades de la capital de un vasto imperio que es la Córdoba del siglo X, se imponen exigencias urbanísticas necesarias.

Las conducciones de agua para abastecer la urbe, que aún perduran, son obra de ingeniería hidráulica de alta técnica. El acueducto que trae a la ciudad las aguas del Bejarano y Escaravita, tras dejar bien abastecida Medina al Zahra, como el que aporta a los barrios orientales las aguas del Guadalbarbo, por cima de Alcolea y la captación de los manantiales serranos y las norias y molinos innumerables sobre todo cauce y posible corriente, dan materia arqueológica de estudio y consideración y demuestran la gran preocupación de los habitantes de Córdoba medieval por abastecerse de agua abundante.

En otras ocasiones hemos señalado la actual preocupación de los labriegos cordobeses que irrigan los campos a poniente de la ciudad, porque constantemente se les va el agua de sus regueras y almatriches a coladeros en la tierra, que son los viejos pozos de los arrabales occidentales o las antiguas conducciones de aguas o las cloacas y alcantarillados de las barriadas musulmanas de otros siglos, que luego volvieron a ser tierras labrantías, pero cuyos vestigios afloran por doquier.

Los avances de urbanística que la técnica de los tiempos califales empleó en su capital, al aparecer otra vez ante nuestros ojos mueven a sorpresa y esto lo recoge nuestro nuevo compañero señor Escribano, que con tanta ocasión puede admirarlos.

Antes he citado los restos de acueductos y abastecimiento de aguas potables en general, que para la gran ciudad califal debió ser principal problema público, como lo sigue siendo en nuestros tiempos, con mucho menor número de habitantes. Pero, la red de alcantarillado para expulsión de los residuales, es no menos admirable y siempre ha llamado la atención de los técnicos.

En los últimos siglos, en que el hediondo sistema del pozo negro sustituyó la perdida red de alcantarillado, los maestros de obras buscaban siempre un caño viejo, "una madre vieja", donde echar la residual, porque por allí se tragaba todo. Ciertamente el espléndido alcantarillado árabe de Córdoba, que debió suceder a viejas cloacas romanas, de amplias galerías de más de un metro de altas, perfectamente visitables, constituye un alarde de técnica. Cuando en los tiempos de la Dictadura, por la década del veinte de nuestro siglo, se acometió en Córdoba ampliamente la construcción de una red higiénica y nueva de alcantarillado, fueron muchos los sectores de la ciudad en que se rompieron las viejas conducciones de sillares para colocar los nuevos tubos de cemento impermeables. Nosotros vimos en algunas calles del barrio de la Ju-

dería colocar simplemente el tubo de cemento en el lecho del viejo alcantarillado musulmán. En Medina al Zahra la red de alcantarillado es admirable. También es visitable, y en ella hemos recojido algunas veces, al limpiar las conducciones, restos arqueológicos, como cerámicas, vestigios de cota de malla, etc. Todo ello son los viejos “caños de los moros” de que hablan los viejos y que salen a relucir en documentaciones de pasados tiempos.

La perfección urbanística de la Córdoba medieval que ha estudiado Escribano Ucelay la dan además las pavimentaciones, en las que se buscaba el efecto artístico en la combinación de piedras de diverso colorido, lo que ha motivado imitaciones modernas y constituye el dato histórico, corriente en las historias generales, de que habiendo pavimentado toda la ciudad Abderrahman II en la mitad del siglo IX, Córdoba gozó esta mejora urbana mucho tiempo antes que París, que no lo tuvo hasta el siglo XIII.

Refinamientos de urbanización, como la vigilancia nocturna —los clásicos serenos—, la iluminación artificial, los toldos para mitigar los ardores del sol estival, y otras muchas perfecciones, se utilizaban largamente en la Córdoba califal.

Hay autores árabes que citan la iluminación artificial de las grandes avenidas que iban de Medina Záhira al oriente hasta Medina al Zahra al occidente, en un trayecto de diez millas, que hacían relucir la ciudad de noche como un ascua de oro. En “El Conde Lucanor”, que recoge algunas leyendas o tradiciones históricas de tiempos moros, se recoge ésta en un sueño que vuelve a ver Córdoba brillantemente iluminada como en tiempos islámicos.

Los toldos o velas como dicen en Andalucía baja, en algunos lugares públicos llegaron a adquirir proporciones colosales. Recientemente ha estudiado técnicamente el arquitecto don Félix Hernández el toldo o *zul-la* que hubo en el gran patio de la Mezquita Aljama, con motivo de los soportes o agarres que debió tener su gran extensión. Hay cronistas que describe el toldo que se tendía a todo lo largo del camino de Córdoba a Medina al Zahra, que es aproximadamente una legua o cinco kilómetros, que era de seda roja cuando pasaba el Califa y de seda rosa cuando iban solo sus mujeres.

Los abundantes retretes en Medina al Zahra, su abastecimiento constante de agua corriente, los baños personales, aparte los establecimientos públicos y otros detalles de indumentaria y cosmética dan idea del culto a la higiene que tuvo la Córdoba medieval, tan sagazmente evocada por Escribano en su discurso de ingreso.

Aquella gran ciudad que fué Córdoba, como capital de un vasto imperio, provista de mezquitas y baños en cada barrio, de iglesias cristianas también en la mayoría de ellos, así como de numerosos monasterios en sus alrededores y en la Sierra, es lógico que fuera el pasmo de sus visitantes y que se le dedicaran los más soberbios elogios.

Como resumen de su emporio, tuvo dos aspectos que se deben recalcar: el militar y el artístico.

Cierto que el sistema medieval de reclutamiento no exigía el mantenimiento constante de grandes efectivos militares, puesto que cada cora o provincia, cada gobernador o cada aliado, tenían presto el suyo que muchas veces se incorporaba al grueso del ejército por el camino de la campaña. Pero de todos modos, la reunión de efectivos bélicos en grandes campamentos sentó la necesidad de crearlos con carácter de permanencia y fué bien conocido el Fahs alsurádik o campamento de las tiendas reales, que debió estar por el Marrubial, el más famoso en tiempos califales. Almanzor estableció otro en Rabanales, que conservaba este nombre latino, y del que se ha podido ubicar incluso su cementerio especial. Las dos grandes alas de Medina al Zahra, respaldadas por los lienzos de muralla oriental y occidental, eran alojamientos militares para infantería y caballería respectivamente, porque es bien conocido que el chund del Califa lo constituían doce mil hombres de servicio permanente. Desde los primeros tiempos de la dinastía omeya, Alhaquem I, en la primera mitad del siglo IX, construyó a las puertas del Alcázar de Córdoba unas grandes cuadras donde constantemente tenía dos mil caballos dispuestos a salir de campaña al menor aviso.

Las construcciones que esto requería, incluso el almacenaje de la intendencia, debieron ser extraordinarios. Nosotros hemos visto, invitados por el entonces jefe de Estado Mayor de la Plaza, don Vicente García Figueras, en lo que ahora son grandes depósitos de material de Intendencia e Ingeniería militar, en la estación férrea del Higuerón, inmediata a Córdoba, la cimentación de unos grandes muros de sillería califal, formando largas naves de más de cien metros de longitud, que verosimilmente fueron almacenes militares de aquella época. También hemos visto análoga construcción a la izquierda de la carretera de la Albaida, donde tuvimos nuestro laboratorio biológico, y siempre supimos igual destino a los restos hallados.

Pero debemos terminar nuestro comentario al bello discurso sobre urbanización de la Córdoba califal que acabáis de oír, recordando los primores artísticos en trabajos de artesanía de los metales, de la cerámica, de la madera, del cuero, de la joyería y de tantas otras manipu-

laciones de técnica artística que produjeron joyas que guardan los museos mundiales como únicas y geniales. Recordemos las series de los marfiles, de los tiraces, de los guadameciles, de los bronces, de los manuscritos. Arrabales enteros caracterizaban estas manufacturas, que exportaba la capital del Califato a lejanos países.

A nuestros días llegó casi intacta en sus líneas generales, para orgullo de la Córdoba de todos los tiempos, la gran Mezquita Aljama y si las grandes creaciones palaciegas solo nos han legado la ingente mole de sus ruinas, es porque ellos mismos las arruinaron y asolaron, y cuando San Fernando reconquistó la ciudad eran ya un recuerdo del pasado aquellos palacios que fueron lo mejor que se hizo en el mundo árabe por la feliz conjunción de la fantasía oriental al creador espíritu de Occidente.

El hecho de que todo ese arte fuese formado aquí en Córdoba, como herencia del arte clásico y aportaciones del mundo de su tiempo, ya fué señalado por los mejores tratadistas del siglo pasado. No habrá que recordar la generación de los Amador de los Ríos, de Lampérez, del gran maestro Gómez Moreno, afortunadamente vivo aún entre nosotros, para saber que la herencia, por lo demás rica y suntuosa, del arte latino-bizantino, hoy mal llamado visigodo, no hizo sino continuar evolucionando para transformarse en el árabe-bizantino como su hijo más natural, al que hoy llamamos "arte del Califato". Es posible que el autor de este bautizo fuera el gran arquitecto don Ricardo Velázquez Bosco, afortunado y genial restaurador de nuestra gran Mezquita desde el año 1890 hasta su fallecimiento en 1923. La obra de Velázquez Bosco acaso no ha sido todavía suficientemente alabada. Las líneas generales de nuestro primer monumento, la paciente y maravillosa labor de las portadas exteriores, los artesonados y tantos otros detalles de restauración de la Mezquita Aljama, a él se deben, auxiliado por la generación de artistas cordobeses de su tiempo, especialmente por Inurria, que tanto trabajó en la talla de los atauriques y los Romero de Torres y tantos otros. Hasta hace poco que hemos tenido ocasión de conocer el discurso de contestación académica que hizo don Ricardo a la recepción del Excmo. Sr. D. Guillermo de Osma, Conde de Valencia de Don Juan, en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en mayo de 1909, no hemos conocido íntegramente el concepto del que fué director de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, sobre los orígenes del arte califal, como evolución del arte clásico. No se necesitaban las opiniones de los extranjeros Mále, Migeon, Lambert, Kingsley Porter y otros, por lo demás tan luminosas y eruditas, para que aquí en España se tuviera por

cierto que el arte del siglo X en Córdoba, con tanta repercusión de una parte hacia los países islámicos, y de otra sobre el mundo cristiano, con reflejos brillantes sobre el románico y el gótico, tuviera sus más ilustres antepasados en el arte clásico de Grecia y Roma. Alarifes y artistas bizantinos, alejandrinos, sirios, vinieron a España a colaborar con los maestros españoles que conservaban, desarrollaban y abrillantaban la tradición artística y por modo superlativo la arquitectural de siglos anteriores. Pero digamos además que en esta aportación moderna de españoles y extranjeros en general, al mejor esclarecimiento del origen de nuestro arte califal, nadie mejor que los mismos hispano-árabes sus contemporáneos, para definirlo. Idrisi, recogiendo opiniones más antiguas, dice que los arcos de la Mezquita están inspirados en una tradición local antigua, y que la construcción típica es a la manera de los godos, y en otros lugares dicen otros, a la manera de los rumíes, de los romanos, es decir de los cristianos. Desde entonces acá sigue descubriéndose la teoría renovadamente, y en esas etapas Velázquez Bosco tiene un papel esencial, que fué el que le llevó a gestionar con insistencia cerca del Gobierno, que se hicieran excavaciones en Medina al Zahra, hasta que lo consiguió en 1910. Valga este recuerdo a un arquitecto ilustre, hoy que la Academia cordobesa se honra con la recepción de otro profesional del mismo arte científico.

El académico recibido hoy nos ha planteado el problema del número de habitantes que llegó a contar la Córdoba califal, discutido problema de nuestros días en el que nuestra pluma discurre con frecuencia. Los términos son los siguientes. Según los cronistas árabes, y en otros lugares aportamos la necesaria bibliografía, la Córdoba de Abderrahman III, en la primera mitad del siglo X llegó a contar medio millón de habitantes y la Córdoba de la segunda mitad de esa centuria, en tiempos de Almanzor, alcanzó el millón, citándose especialmente el censo que hizo el gran regente, el número de casas, barriadas y habitantes totales de la gran urbe. Modernamente, y con el recelo lógico hacia las cifras de lejanos historiadores, se ha creído fantástica la cifra. Carande sostuvo que la Córdoba califal alcanzaría los 160.000 habitantes, "menos que la Sevilla contemporánea". Torres Balbás, que ha estudiado mucho este factor aplicado en general a las ciudades hispano musulmanas y tomando como base el índice de habitantes por unidad de superficie, ha medido la Córdoba de nuestros días y ha deducido que en los tiempos califales alcanzaría los cien mil habitantes. Y así otros autores. Estos cálculos fallan por su base. La Córdoba de nuestros días ciertamente podría albergar dentro de su perímetro el número dicho, refiriéndonos a la Cór-

do de la primera mitad de nuestro siglo. Pero ya decimos que el cálculo no es lógico. La Córdoba califal tuvo una extensión de la que hoy empezamos a darnos idea aproximada. Las diez millas que antes recordábamos, desde Medina Záhira a Medina al Zahra, con todos sus intermedios poblados, es ciertamente diez veces superior a la Córdoba de principios del siglo XX. Las doscientas mil y pico de casas que contó el censo de Almanzor, no son las cinco mil de la urbe decimonónica. Los índices aplicados nos dan la cifra correcta.

Nuestro nuevo compañero, al rozar el problema, comparte esta opinión moderna de su sabio colega Torres Balbás con duda, y luego hace un recorrido de las barriadas que él conoce de población arruinada, cuyos vestigios ha visto en el subsuelo y tiene sus dudas.

Ciertamente, como tantas otras noticias calificadas de fantasías, como lo fueron, por ejemplo, las descripciones de Medina al Zahra, antes de iniciarse su excavación, posteriormente se ha comprobado su exactitud. Si nuestra gran Mezquita no estuviera en pie, también se creerían fantásticas sus dimensiones y descripciones. Nosotros sostenemos la veracidad de los datos originales y emplazamos al tiempo que irá demostrando su certeza.

El discurso de don Víctor Escribano Ucelay tiene una segunda parte, actual y jugosa, en la que su saber y técnica de profesional joven le llevan a terrenos en que se combinan felizmente las realidades urbanísticas actuales y las posibilidades que el mundo moderno emprende y ensueña en urbanizaciones futuras.

El concepto ideal de urbe, el número adecuado de sus habitantes, su distribución armoniosa, sus servicios públicos, las necesidades domésticas, las zonas de una ciudad moderna, residenciales, industriales, comerciales, el vertiginoso problema del tráfico, todo lo pasa en su discurso ante la vista y oídos del espectador, con sugerencias gráciles y luminosas.

Nos dejamos llevar como niños ilusionados por ese desfile de conceptos y posibilidades técnicas, muchas de las cuales ya las vemos plasmadas, como la higienización urbana que ha desterrado tantas endemias, la iluminación artificial que hace tantas maravillas, la comodidad del apartamento moderno que dá a cada persona, y en España por admirable obra de gobierno, el derecho a vivienda sana y alegre que nuestra generación disfruta, y tantos otros aspectos del problema urbanístico, que tiende a transformar cada población moderna en una ensoñada ciudad de las mil y una noches.

Sólo tenemos aplauso y estímulo para todo avance en ese sentido,

que Escribano Ucelay en su discurso, estudia y muestra con la maestría del profesional celoso de su cometido y lleno de amor a sus semejantes, porque en este aspecto urbanístico, el técnico necesita tener también un mucho de apóstol y de poeta.

Y, por dichoso azar, que no es sino fruto de una reflexión continuada en el desempeño de su arte bella, nuestro nuevo compañero combina en su discurso dos temas al parecer tan dispares, como el estudio histórico de la vieja ciudad cordobesa, y los modernos estudios urbanísticos, que tantas veces parecen entrar en colisión con la vejez. Es la eterna lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre la abuela y la nieta, entre lo que muere y lo que nace.

Pero, aquí de la comprensión y del respeto. Lo viejo y lo nuevo tienen su derecho respectivo y ambos derechos hay que respetar. Ya todos los que han estudiado el problema y aún todas las legislaciones urbanísticas de los viejos países, han proclamado el respeto a lo viejo. Aquel criterio secular de que el príncipe nuevo había de derribar lo del anterior, aunque fuere su padre mismo, para que no se eclipsara su incipiente obra ha sido rebasado. Hoy lo viejo se conserva con delicadeza y primor, y ello no empece para que amemos lo nuevo y deseemos el progreso. La ley vital del progreso no hay quien la pare, no debe ser parada de ninguna manera.

En urbanística, esto se consigue, respetando las viejas ciudades, conservando y aún acrecentando su fisonomía y levantando más o menos a su lado, las nuevas y progresivas barriadas, en las que toda modernidad tenga asiento y desarrollo.

Como viejo habitante de ciudad vieja, yo tenía cierta prevención hacia las nuevas construcciones. Las bellas casas solariegas, los rigores del clima, el silencio, la casa unipersonal con jardín y patio, paraíso de todo andaluz, nos atraían y cautivaban. Confesamos que los primeros intentos de casas-colmenas que conocíamos, las rechazábamos in toto. Nos hemos reconciliado desde que vimos las reconstrucciones maravillosas de las ciudades alemanas arrasadas por la última guerra. Los inmensos edificios de cemento y cristal, alegres jaulas de día, espléndidas luciérnagas de noche, nos cautivaron. A nuestro lado mismo, Sevilla, Jerez, Ferrol, Huelva, tanta y tanta ciudad española que en las últimas décadas ha entrado en urbanismo moderno, con barriadas higiénicas y alegres, son atractivo y admiración de cualquiera, por el despliegue de posibilidades técnicas que en ellas se aplican.

Aquí mismo en Córdoba, el Sector Sur es ya una espléndida realidad, y sus modernidades, timbre de gloria para la ciudad, para las auto-

ridades que lo planearon y para los intérpretes de la realización. Córdoba, además, y lo hemos proclamado en muchas ocasiones, tiene abiertos a su desarrollo urbano los cuatro puntos cardinales, y por ellos debe derramarse su población creciente, que en nuestra misma generación ha visto triplicar su censo (nosotros nacimos en una Córdoba de 60.000 habitantes y hoy tiene los 200.000) y ha visto transformar la vieja casona en el alegre piso dotado de todas las comodidades imaginables.

Pero ello no quiere decir que deba ser arrasada la ciudad vieja y sobre su ruina hacer el milagro urbanístico, como ingenuamente opinó el criterio concejil del pasado siglo, y aún opinan espíritus fósiles. No. La ciudad vieja hay que cuidarla y mimarla, como se cuida la abuela, como se veneran sus sedas y sus joyas, como se escucha su consejo y se atiende su ruego. La ciudad vieja, que afortunadamente tiene su legislación protectora, tenemos el sagrado deber de entregarla a las generaciones venideras más arreglada, más cuidada y más respetada que nosotros la recibimos.

En este aspecto el señor Escribano ocupa un puesto oficial que es clave del problema y, efectivamente, cuando ha restaurado o proyectado la renovación de las viejas plazuelas y jardines, ha hecho verdaderos primores. El jardín de las Dueñas, el vasto recinto del Campo de la Merced, la restauración del Alcázar cristiano y tantas otras afortunadas reformas nos muestran que ha sentido el alma de la vieja ciudad y la ha incorporado a su programa de técnico adelantado y fino.

Cuando tuvo que hacer de prisa y corriendo el año 1946, aquel pueblo moro en que se instaló la Exposición de Arte Marroquí, inspiración feliz de un cordobés añorante de su patria, don Víctor Escribano hizo un canto urbano, una joya histórica, una preciosidad para propios y extraños, que debió perdurar y constituir núcleo de expansión turística y comercial para la Córdoba del porvenir. Pero la obra de Escribano fue encantadora, aunque el hado quiso que fuese efímera.

En sus realizaciones, Escribano Ucelay no es solo un arquitecto ejemplar por su laboriosidad, sus conocimientos y su inspiración artística. Es también, y seguramente para toda su vida, un cordobés más, de adopción primero y de conquista después de afectos y corazones, y con tantos y entrañables lazos, públicos y privados, familiares y amicales, sociales y culturales, la Academia adquiere un cofrade, porque más que compañero es hermano, en el querer actual y en el devenir ensoñado de los afanes cordobeses.

He dicho.

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes — —



DEPÓSITO LEGAL
CO-27-1959

ENERO A DICIEMBRE 1964
AÑO XXXV - NÚM. 86

Tipografía Artística. - San Alvaro, 1. - Teléfono 221040. - Córdoba

Discurso de contestación a Don José Cobos Jiménez, en su recepción académica el día 6 de febrero de 1965, por Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala

Señores Académicos:

Señoras y Señores:

La recepción que como académica podríamos calificar de inmortal, de don José Cobos en la Academia cordobesa, en cuyas listas figura desde hace quince años, tiene caracteres aurorales; porque ingresa sin sucesión de sillón académico, ya que nuestra reforma estatutaria última al aumentar nuestros sitios le reserva el que ya tenía ganado por derecho de conquista; porque una disposición gubernamental que alcanza a todas las academias de la Nación, permite que sean numerarios los residentes en localidad distinta; y, porque en su cualidad de escritor, es auténticamente de la nueva generación, ya que nació en Montilla el año 1921, era un estudiante y escritor incipiente en la gran convulsión patria del Movimiento Nacional, y cuando vuela, con título de piloto el año 1941, a los veinte de su edad, los deberes patrios y hogareños le atraen ineludiblemente a la vinculación vernácula de la tierra montillana.

Qué escenario más universal y más recóndito el de la tierra montillana. Es fuerza que antes de hablar de cualquier montillano, hablemos de la tierra montillana, de la que fué confin de Europa en otras edades geológicas, y luego en la historia de Occidente, presencié el duelo de las ideas políticas más universales tremoladas al amparo de las águilas imperiales de Roma.

El escenario montillano por donde desfilan Césares y Pompeyos, el Beato Juan de Avila y San Francisco Solano, los Córdoba y sus banderías, el Inca y las Camachas, es un escenario popular por lo conocido, como son populares el Cristo de Velázquez o la Piedad de Miguel-Angel a fuerza de conocimiento y vulgarización, sin que ello le reste un ápice de grandiosidad, antes al contrario, conforme se extiende y amplifica, la ola cultural de su impacto, alcanza cenmociones oceánicas.

En tal escenario, crisol de razas, forjador de hombres, vivificador de almas, un escritor como Cobos, abiertas todas las ventanas de su

espíritu, no podía quedar adscrito a un estilo, una época o una generación, sino que se ha enterado de todo, ha escrito de todo, ha sido muy tradicional y muy moderno, y apenas su erudita curiosidad le alumbró el escenario de su propia patria chica, dedicó todo el noble esfuerzo de su pluma a forjar un eslabón de oro más en la cadena áurea del pasado glorioso de su tierra.

En alguna ocasión me he permitido clasificar a este nuevo académico que hoy se sienta entre nosotros como escritor ensayista. Aquella cultura general que a través de los siglos exigía que el hombre estudioso, por medio del trivium y el quadrivium alcanzara todos los conocimientos de su época, desde la filosofía a la música, y que acaso se cerró en el siglo XVIII de los enciclopedistas, ha producido en nuestros tiempos, bajo el modesto título de ensayista, que más bien equivaldría al de humanista, como quiso Ortega y Gasset, ese admirable tipo de enjuiciador del mundo y de los hombres que lo pueblan, para analizarlo, someterlo a la alquitara de su espíritu, sacarlo de su redoma mental más puro, más sano y más bueno.

La firma de José Cobos aparece en esa revista estudiantil que todo espíritu ágil fragua apenas pisa la pubertad ("Realidad", Montilla, 1937), efímeras y amorfas como flores juveniles, y poco después se va curtiendo en prensa local y provinciana (El Defensor, Azul, Córdoba, Ayer de Jerez, la hoja cordobesa de Informaciones), en las revistas Ecos, Remanso, Veritas, Vida y Comercio, y en diarios y revistas nacionales. Parte de esa labor periodística, frágil y caediza como pétalos de primavera, la recoge en libros, como el titulado "Recortes de prensa", donde al coleccionarlos se aprecia mejor el carácter de ensayista que hemos aplicado a su autor, por la variedad de temas, por la sutileza del comentario, por el ensarte erudito y coloquial al mismo tiempo que caracteriza ese género literario.

Más de una docena de libros lleva publicados don José Cobos. Son del género mentado "El escritor y su anécdota", 1954; "Al correr del tiempo", 1959; "Corazón plural", 1963. De Montilla, sus hombres ilustres, su paisaje y sus vinos ha escrito con donosura y erudición. Y en esas publicaciones librescas hay serie de dedicaciones especiales, como las referentes a San Francisco Solano, Patrono de Montilla y Apostol de Hispanoamérica, o los que ultimamente compone sobre el Inca Garcilaso, de los que es galana muestra el discurso que acabais de oír, verdadera joya de literatura histórica.

Y porque además su pluma, su ágil, inquieta, dorada y erudita y

bien cortada pluma, es pluma bética de la mejor estirpe, de la estirpe que vió nacer al idioma castellano, lo enriqueció con joyas orientales, lo adornó con galas de poesía, lo ennobleció con imperiales barroquismos estallantes de exhuberancia, lo popularizó con inimitables gracejos, le dió empujes voladores de águila, que al tocar en otros continentes se convirtieron en cóndores del idioma. Por eso sois tan bien entendido en ambos continentes. Por eso, por la riqueza de vuestro númen literario, sois un humanista de nuestros días, de la mejor estirpe española.

Del flujo y reflujo cultural entre España y América a través del Océano, es Montilla uno de los más destacados faros. Nuestro nuevo académico lo recoge a través de la biografía del Inca. Aquel niño mestizo que nace de los amores del capitán español Suárez de Figueroa con la princesa peruana del linaje de los Incas, nace nuestro personaje, el Gomecillo que recorre entre soldados y misioneros la gran casa colonial del padre, preparado a la cultura occidental por buenos maestros y preceptores, pero que al quedar huérfano a los veinte años su vida sufre un cambio total, y los avatares familiares le traen primero a Montilla, y después a Córdoba.

Cuando el gran buceador de nuestros archivos Don José de la Torre, rehace documentalmente la vida del Inca, el mestizo era todavía un personaje casi mítico, por lo ignorado. Sus mismos compatriotas peruanos, los mejores historiadores de Lima sabían bien poco del jovenzuelo que se vino a España. Pero en nuestra generación y después de la Torre, se ha completado totalmente la biografía del gran peruano, por don Rafael Aguilar y don José Cobos entre los nuestros, y sus coterráneos De la Riva Aguiar, Miró Quesada y el Embajador Porras Barrenechea.

Y no ha sido sólo la gran biografía del hijo del conquistador y la princesa y del traductor de los "Diálogos" de León Hebreo, la composición literaria de "La Florida" y la histórica de esos "Comentarios Reales", única relación auténtica del imperio de los Incas, que queda de la América anterior a la llegada de los españoles, porque la aprendió de labios de su madre en años infantiles, y la trasladó al papel en su retiro montillano. Ha sido igualmente la pequeña biografía, la vida íntima y silenciosa, tarada acaso por el complejo de inferioridad de su pura genealogía, que dejaba en la penumbra a este mestizo moreno solitario y taciturno, que en Montilla cuida el caudal heredado de su tío, y en Córdoba vive seguramente con fama de indiano rico, y

funda la capilla de las Animas, en la Catedral, en la que autoriza sea enterrado todo aquel que quiera honrarle haciéndole compañía en el otro mundo, descubriendo Aguilar dieciocho y más compañeros de ultratumba, desde el hijo carnal de la criada, hasta nuestro Obispo Fray Albino; y La Torre publica el testamento, en el que hay mandas hasta para los canarios del patio de su casa, la que ya marca una lápida reciente en la calle de los Deanes, frontera a esas callejas de la Hoguera en las que, a su tiempo, aún resonaba el eco de las pisadas de Juan de Mena; y se halla en Viena el rastro de aquel cáliz de oro labrado acaso con oro peruano que donó a su capilla y se llevaron los franceses; y se descubren, al cabo de cuatro siglos, los amores que endulzaron su vida, románticos con una dama montillana, carnales con la fiel sirvienta; y todos esos menudos detalles que matizan la vida y parece que se entierran con la persona, pero que los historiadores modernos persiguen y descubren con sagacidad policiaca.

Todavía, cuando Miró Quesada escribe sobre el Inca, se pregunta con pena si pudo conocer a Góngora, a nuestro gran Don Luis. Claro que sí, podemos contestar hoy. Fueron compañeros de Cabildo, vivieron en el mismo barrio, y hasta nuestro La Torre ha descubierto que el lírico clérigo a medias, de nariz aquilina, que simboliza toda la gloria poética de esta magnífica tierra de poetas que es Córdoba, también acudió, acaso más de una vez, al bolso bien perchado del indiano, porque es bien sabido que aquel númen de la poesía, entre sus andanzas y sus azares, anduvo siempre tan corto en moneda, como abundante en la pavónica riqueza de sus oros literarios.

Aquí quedó el Inca, enterrado en la Catedral-Mezquita, deshecho su corazón peruano entre las occidentales cenizas multiespirituales del gran templo cordobés, dejándonos a todos los conciudadanos el deber y el cuidado de velar su tumba, sobre la que había de arder por siempre, eternamente, la votiva lámpara del aceite que su cuido testamentario le asignó. Aún recuerdo el día que el Embajador peruano Don Raúl Porras, y nuestro Obispo Fray Albino, intentando tal vez difíciles trueques fúnebres, entre el santo evangelizador y el mestizo literato, precedieron un descenso a la cripta, en la que yace, al parecer, la momia del Inca, sobre el poyo de la derecha, en lujoso ataúd que aún conserva restos de los negros terciopelos y del agre-mán dorado que contornea el féretro, depositado allí hace cuatro

siglos y del que todos los cordobeses somos celosos vigilantes y respetuosos albaceas.

Todo este recuerdo del Inca viene a cuento no solo por el bello discurso que acaba de leer el nuevo académico, verdadero ramillete histórico ofrecido a la memoria del Inca Garcilaso, sino porque su autor, don José Cobos, ha sido el propulsor de la mayoría de estos actos y evocaciones. La rehabilitación de la casa donde vivió el Inca en Montilla los mejores treinta años de su vida, donada al bien público por el Conde de la Cortina, su restauración, el montaje de la biblioteca pública que en ella funciona, las conferencias, conciertos y actos culturales de toda índole que en ella se organizan, todo emana de la voluntad y entusiasmo de Cobos. Era forzoso recordarlo, para exaltar la fecunda hermandad de ambas acciones, literaria y ciudadana, en la obra de nuestro nuevo compañero.

Gracias, en fin, señor Cobos, por haber venido a honrar esta vieja Academia cordobesa con el empuje de vuestro talento y vuestra pluma, con la evocación de las mejores glorias cordobesas, y con la exaltación de aquel perfume de cordobesía que emana de toda vuestra obra.

Sois vos, señor académico, quien nos ha recordado, que en aquella remota tierra peruana, nuestra Córdoba tuvo reflejos que revirtieron al solar nativo. Si de allí vino el Inca a vivir y morir entre nosotros, allí se fué San Francisco Solano, acaso por consejo del mismo Inca, nos habeis dicho a evangelizar la indiada huérfana entre susurros de oraciones, balsámicas manos de curandero y angélicas sonatas de su andariego violín. Si el capitán aventurero mezcló su sangre a la imperial de los Incas, dió luego al hijo mestizo la maternidad legal de una dama criolla, doña Luisa Martel de los Ríos, en honor de cuyo linaje cordobés, un segundo esposo de esta, de infausta suerte, el sevillano Jerónimo Luis de Cabrera, fundó la Córdoba del Tucumán, la Córdoba argentina, dúplica de la nuestra en geografía física y en geografía humana, discreta y sabia, la que vió nacer en manos de humildes frailecitos franciscanos la primera Universidad del país del Plata, trasunto de aquella primera del todo universidad americana que fundara el cordobés Fray Tomás de San Martín, en la capital peruana, la Ciudad de los Reyes, en el centenario del cual nuestro Don José de la Torre sobrevoló el oceano, contrariado su hogareño apego, para rendir homenaje, en calidad de huésped de ho-

nor al hombre que sembró semilla universitaria en aquella misma tierra que el propio La Torre había dictaminado pericialmente en el famoso pleito histórico de Tacna y Arica.

No podía hacer menos el Gobierno del Perú señor, amigo y cofrade, que nombraros Cónsul de su nación en Montilla y Córdoba, para tensar este lazo que viene uniendo los lejanos territorios que la imaginación popular con sus dichos hace aún mas remoto, entre el Perú y España, y que vuestra pluma y vuestros hechos renueva y refuerza sin cesar, seguramente porque de vuestra tierra montillana, sobre los óleos sagrados flotan espiritualmente esencias, que perfuman, dignifican y ennoblecen los nombres y las cosas.

Es que del seno del tarrazgo montillano, permitidme otra vez una evocación muy cara a mis sentidos, en los estios caniculares y en los claros plenilunios, surgen por doquier una legión de gnomos invisibles, cargados de dorados presentes, que, fuera del alcance de los humanos, los van colgando como lámparas doradas de aquel vegetal que el Oriente fabuloso y mítico adoró como árbol de la vida y condenó como árbol de muerte, y de su flamíneo jugo beben los amorcillos y danzan las bacantes, el ingenio del torpe se aguza y la luz del sabio resplandece, y para alcanzar el fin condigno de su mitológico linaje pagano, se purifica en la consumación del sacrificio del Justo.

Por vos y por vuestra tierra de la que sois magnífico heraldo, Don José Cobos Jiménez, sed bien venido a la Real Academia de Córdoba.



BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes



ENERO 1965 - DICIEMBRE 1967

AÑO XXXVI - NÚM. 87

DEPÓSITO LEGAL
00-27-1969

Discurso de contestación de DON RAFAEL CASTEJON Y MARTINEZ DE ARIZALA al de Don Rafael Fernández González, con motivo de la recepción pública de éste, como Académico Numerario de la Real Academia de Córdoba, el día 9 de Noviembre de 1968.

Señores Académicos:

Podríamos decir, parodiando a Benavente: hé aquí el estrado de la antigua Academia: unos respetables y venerables señores sabios, un coro femenino de ilustres damas, un público erudito, un amparo gubernamental y autoritario.

Desde hace dos siglos, cuando los Borbones trajeron a España la renovación académica; desde hace más siglos, en los renacimientos sucesivos del siglo XVI que entronca la cultura europea con el clasicismo; desde el siglo XIII que asiste al nacimiento de las Universidades; desde nuestro siglo X, que inicia el trasvase de la cultura oriental a Occidente; desde San Isidoro; desde las escuelas grecolatinas; desde Platón en su Academia; desde que existe una cultura organizada en el mundo, la Humanidad trasmite sus conocimientos de generación en generación.

La escuela es seminario de cultura para el niño, la universidad es molde formativo para el joven, la academia es el ánfora donde el sabio recoje los extractos del saber. En aquellos dos grados primeros, los maestros son formativos. En la Academia, los sabios aristotélicos, con intuición platónica, a estilo oriental, o con metódico raciocinio, a estilo occidental, guardan, como los antiguos sacerdotes del simbólico templo de Minerva, las esencias mismas del saber y procuran aumentarlas con sus estudios.

Y como los atletasetrasmiten la antorcha olímpica, también los sabios se transmiten de una generación a otra, antiguamente en el secreto del arúspice y luego en la clara publicidad del ágora, sus investigaciones y sus trabajos.

A nuestra vieja Academia, arca sagrada para nosotros del saber cordobés, llega hoy simbólicamente un nuevo sabio. Desde el año 1963, en que fue llamado a nuestro cenáculo académico don Rafael Fernández y González, hasta el pasado curso, en que es elegido Numerario, estos cinco

años cortos de trabajo en el seno de la corporación, han sido fructíferos para la arqueología y la historia de Córdoba, han constituido una verdadera recuperación de un hijo pródigo que iba derramando los frutos de su clara inteligencia por donde pasaba, y que hoy ya se reintegra al vernáculo hogar.

Casi fatalmente, con la fatalidad de las leyes biológicas, había de ser así. Numerosos familiares del nuevo académico, dedicados al estudio y profesionales del saber, ya habían honrado nuestra nómina académica.

Don Rafael Fernández González es hijo de Don Agilio, el director muchos años de nuestro Instituto de Enseñanza Media. Es nieto, por rama materna de Don Aureliano González, prestigioso notario cordobés, hermano del célebre Magistral de nuestra Catedral González Francés y notable publicista él mismo. Es sobrino de Don Antonio González Soriano, académico nuestro desde el año 1923 hasta su fallecimiento. Es hermano de Don Aureliano, catedrático de Instituto y también académico. Todos ellos vinculados a nuestra corporación, marcaban al nuevo compañero una indeclinable trayectoria.

Y ciertamente, antes hubiera llegado a nosotros, al ámbito tranquilo de la Academia, si no le hubiera cojido en su juventud el torbellino trágico de nuestra guerra civil, la del 36 al 39, que enmarcándole en las lides castrenses, hizo del novel Licenciado en Ciencias Químicas del año 1935 y doctor en 1936, un flamante Teniente Provisional, el cual después de las primeras graves vicisitudes guerreras del Movimiento Nacional, pasa a Segovia, donde cursa rápidamente los estudios de Artillería y sigue ya las incidencias patrias que lo marca su escalafón.

He recordado rápidamente, en esbozo biográfico, la silueta humana de don Rafael Fernández, para no fatigaros acaso con la lectura detallada de una biografía entera y de un curriculum de sus actividades que irán luego impresas en las páginas de nuestro Boletín.

Pero ni puedo ni debo hacer os gracia de repasar la biografía de Don Agilio, Don Agilio a secas, que para los cordobeses ya es bastante, el padre de nuestro nuevo cofrade, porque Don Agilio, que vino de catedrático del Instituto a Córdoba, fue maestro de treinta generaciones cordobesas, la mía una de las primeras, y vivió en nuestra ciudad hasta su muerte casi cuarenta años. Y he de léerosla, en homenaje al celoso y trabajador maestro, al que fue director de nuestro Instituto más de veinte años, y al virtuoso ciudadano que compartió la vida pública con los cordobeses desde variados y significados puestos.

Don José Fernández García, era mayorazgo de una antigua familia de

hidalgos leoneses, que de tiempo inmemorial residían en el lugar de la Omañuela, enclavado en la rica y pintoresca comarca del valle de Omaña. Contrajo matrimonio el 21 de Abril de 1858, con Doña María García Suárez hija única de un acaudalado hidalgo de la comarca; de este matrimonio nacieron siete hijos, siendo el tercero (y por fallecimiento de los mayores sin sucesión fue el primero) Don Agilio, que nació en Corullón el 9 de Octubre de 1864. La abolición de mayorazgos por un lado y el deseo de educar a los hijos por otro, hizo que la familia se trasladase a Ponferrada, en cuyos Centros de enseñanza primaria y secundaria cursan brillantemente sus estudios, y posteriormente marchan los hermanos a Madrid, para completar su formación en enseñanzas superiores.

Don Ezequiel y Don Agilio hacen la licenciatura y doctorado en Ciencias Exactas, y el pequeño Don Pedro cursa los estudios en la Escuela Normal Superior, todos ellos opositan a Cátedras, que alcanzan tras brillantes ejercicios, y especialmente Don Agilio que obtiene el número uno (el dos lo obtuvo Suárez Somonte).

Mientras Don Agilio preparaba sus oposiciones, ejerció el profesorado en el Instituto de 2.^a Enseñanza de Ponferrada, siendo uno de sus primeros discípulos el inolvidable Teniente General Don Gonzalo Quijapo de Llano, que hasta su muerte le guardó un gran cariño, consideración y respeto.

Por R.O. de 9 de Marzo de 1898 es nombrado catedrático del Instituto General y Técnico de Baeza, y por R. O. de 10 de Marzo del año siguiente se le confía la dirección del Centro, hasta que por R. O. de 5 de Mayo de 1902, se le destina en concurso de traslado a Córdoba. Aunque su estancia en Baeza es corta, su labor pedagógica y de organización fue inmensa, y en recuerdo de ella toma el acuerdo el Cabildo Municipal de asignarle a una calle el nombre de Agilio Fernández, y a su vez el Gobierno por Real Decreto de 9 de Julio de 1902 le concede la Medalla de Plata de Alfonso XIII.

Incorporado a su nuevo destino ocupa la cátedra de Matemáticas de nuestro Instituto de 2.^a Enseñanza, que en esta primera década del siglo actual tuvo un cuadro de Catedráticos de gran prestigio nacional, formando esa élite de intelectuales que se llamó generación del 98.

El 16 de Octubre de 1905 contrae matrimonio con Doña Ana González Soriano, dama de grandes virtudes y simpatías, y de ilustre familia.

El 28 de Diciembre de 1908 se le nombra vocal de la Comisión Técnica de la Junta Provincial de Instrucción Pública.

Por R. O. de 23 de Septiembre de 1911, se le nombra Director del

Instituto y del Real Colegio de Nuestra Señora de la Asunción, cargo que había quedado vacante por fallecimiento de Don Ramón Cobos Sampedro.

El 9 de Febrero de 1912 le nombran Presidente honorario de la Federación Nacional Escolar.

El 28 de Marzo de 1912, se le designa socio de número de la Real Sociedad Cordobesa de Amigos del País, y el 21 de Diciembre miembro numerario de esta Real Academia.

En el año 1923 es proclamada la Dictadura Militar, y con este motivo se reorganiza el Ayuntamiento bajo la Presidencia de Don José Cruz Conde, y es nombrado Concejal del mismo Don Agilio Fernández, y pocos años después fue primer Teniente de Alcalde.

En el año 1931 y con motivo de la proclamación de la República, hubo un relevo total de cargos directivos en la Nación, por lo que presentó la dimisión de la Dirección del Instituto, que había desempeñado ininterrumpidamente durante veinte años.

El 9 de Noviembre y por concurso de méritos es designado profesor de Matemáticas y Física de la Escuela Superior de Veterinaria, y el 9 de Octubre de 1934 pasa a la situación de retirado por cumplir la edad reglamentaria, falleciendo en Córdoba el 6 de Noviembre de 1941.

Fue abuelo materno de nuestro beneficiario Don Aureliano González Francés, nacido en Cuenca el 16 de Junio de 1844, hermano segundogénito del ilustre e inolvidable Magistral Don Manuel González Francés. Cursó la primera y segunda enseñanza con brillantes notas en aquella ciudad, trasladándose a Granada al lado de su hermano Manuel que en aquel entonces era Rector del Sacromonte, y donde cursó los estudios de la carrera de Derecho Civil y Canónico, que continuó en Córdoba donde su hermano, en brillantes oposiciones, acababa de ganar la canongía Magistral.

Por aquel entonces comenzaba a fraguarse la insurrección carlista, y el Brigadier Don Manuel López y Caracuel, fue designado por Don Carlos, Comandante General de la Provincia de Córdoba, fundando en el año 1869 un periódico titulado EL MEDIODIA, y entre sus cuatro redactores figuraba Don Aureliano. El 21 de Junio de 1871 obtuvo el grado de licenciado en Derecho Civil y Canónico por unanimidad de votos en la Universidad de Sevilla, e inmediatamente le nombraron vocal secretario de la Junta Provincial secreta de Guerra en Córdoba, constituyéndose en abogado defensor de todos los carlistas presos por sus ideas políticas.

Aficionado a la literatura, fueron muchas y de gran valía, las muestras que dió de su fecundidad como poeta, y sobre todo como poeta lírico, admirador de las glorias de la religión y de la patria. En sus innumerables composiciones inéditas y en las improvisaciones sin cuento, distinguióse siempre, por la oportunidad de los conceptos, lo galano de la dición y la fluidez de la frase. Frecuentaba las reuniones literarias del Barón de Fuente de Quinto donde cierto día, que hicieron sobre tema elegido una improvisación poética, venció a nuestro gran poeta Fernández Grilo. En esta primera época tuvo un accesit en el certamen literario de 1871 de la Juventud Católica por su leyenda Azzahara y al año siguiente mención honorífica por su poesía LA BATALLA DE MUNDA en los Juegos Florales.

Comenzada la Guerra Carlista, marcha con su hermano Don Manuel a Navarra, incorporándose seguidamente al Ejército de Operaciones, donde llegó a obtener el empleo de Teniente Coronel, siendo distinguido con la Cruz del Mérito Militar, y las Medallas de Montejurra, Somorrostro y Bilbao. Su hermano Don Manuel incorporado el clero castrense, llegó a desempeñar la Vicaría General del Ejército cuando dimitió el Obispo Manterola.

Terminada la campaña en 1876, marchan los dos hermanos exilados a Bayona, donde se acojen al indulto general y regresan a Córdoba. En Diciembre de este año oposita a Notarías, y en brillantes ejercicios consigue la plaza vacante en Chiclana. El 28 de Enero de 1878 contrae matrimonio con Doña Purificación Soriano Barragán, dama de noble familia de Alanis (Sevilla), y que residía en Córdoba desde hacía pocos años. Fue la hija mayor de este matrimonio Doña Ana González Soriano, nacida en Chiclana el 26 de Agosto de 1880. En el año 1883 y por concurso de traslado es designado Notario de Córdoba.

En esta fase de su vida, compaginó sus deberes forenses con sus aficiones literarias. Obtiene Mención Honorífica por su leyenda ALMANZOR en el certamen que en el año 1883 celebró la Sociedad Económica de Amigos del País, y al siguiente año fue premiado con el título de Socio de Mérito y Cruz de Oro por la Academia de Montreal de Tolouse, por su ROMANCE IMITACION DEL SIGLO XIII. Pocos años después y a los 44 de edad el 21 de Mayo de 1889, fallece en Córdoba. El 19 de Julio de 1897 es nombrado académico numerario de la Real de Córdoba el Magistral Don Manuel González Francés.

Dos hechos me vais a permitir que recalque en estas dignísimas biografías familiares. Uno de ellos es de carácter demográfico. Ved cómo,

de dos troncos castellanos, uno de las montañas de León, y otro de Cuenca, viene a formarse en Córdoba una familia que consideramos como netamente cordobesa. Una vez más se ha repetido el fenómeno racial, tan importante en la Historia Universal, con relejo cierto en la peninsular, de que la población tiende a marchar de las tierras duras y pobres, a las ricas y feraces. Allí se han conservado los troncos puros, acaso por siglos. El país rico los asimila, los digiere, los hace suyos y los disuelve en la vida fácil y mollar de la riqueza y el galano vivir.

El otro hecho que quiero destacar es de personal sentimentalismo. El hoy Teniente Coronel del Regimiento de Artillería de la plaza, ya maduro y erudito, dedicado entre sus quehaceres oficiales, al estudio de los castillos de la provincia, de los que está haciendo detallada descripción y brillante historia, siente el remordimiento de que allá en la juventud, en los avatares de la guerra que ensangrentaba el suelo patrio, hubo de ordenar un mal día que se enfilaran los cañones de su batería contra la grandiosa torre del castillo de Belalcázar, en la cual se escondía el pérfido enemigo, y teme que le hubiera podido causar algún desperfecto al berroqueño y fortísimo monumento. Y aunque en días de paz y sosiego lo hemos visitado juntos muchos años después, y ciertamente no hemos podido comprobar en sus recios muros de granito, ofensa manifiesta de aquella acción artillera, le hubieran servido en todo caso a la imponente fortaleza, para aumentar en su hoja de servicios a la Patria, las cicatrices que, unidas a las inferidas por ingleses y franceses en anteriores duelos bélicos, llenarían su cuerpo de honrosas condecoraciones, como las que se prende en el pecho de los héroes tras ineludibles batallas redentoras.

Pero hoy, el erudito Teniente Coronel de Artillería viene en defensa de los castillos, que no están combatidos por fiero enemigo, sino por aquellos otros solapados y traidores, que son el tiempo, los meteoros, la barbarie de las gentes, la incultura ambiente, la destrucción sistemática a veces por aquellos mismos a quienes la vecindad o la ley creyó que podrían ser fieles guardadores y se convierten en depredadores letales.

De este mismo Castillo de Aguilar que estudia el académico novel, se nos escapan ayes de dolor, recapacitando que de su estructura mudéjar, llegada al pasado siglo XIX casi íntegra, un falso sentido de la renovación de los pueblos, por desgracia todavía compartido por muchas gentes, motivó su demolición completa para aprovechar sus materiales en el enlosado de las calles, en la construcción de una plaza pública ochavada, por cierto bellísima, en la de una torre de reloj y en otras renovaciones de la villa. Luego ya en nuestros días, apesar de legislación protectora y

terminante, como en otros de la provincia, se ha excavado su plaza de armas para construir el depósito de aguas de abasto a la población, continuando la obra desoladora.

Pero no hemos venido a llorar sobre ruinas. Queremos entonar hoy el himno triunfal de la resurrección de los castillos, solares de la raza, cimiento de nuestra historia, asentamiento de los más gloriosos avatares patrios.

Porque no he de recordaros que esa hermosa teoría de castillos que señorean las cumbres de nuestra provincia, en la Sierra y en la Campiña y que son tantos como poblaciones de importancia tiene este antiguo Reino de Córdoba, muchos más del medio centenar, de poco tiempo a esta parte parece que empiezan a ser atendidos, algo cuidados, y sobre todo con muchas esperanzas de defenderlos y reconstruirlos, en cuya campaña no es poco la que viene ejerciendo en toda España la Asociación de Amigos de los Castillos dirigida aquí en Córdoba por el prestigioso médico, honor de la ciudad y compañero de Academia Don Enrique Luque y Ruíz.

El dato más reciente a señalar es el del castillo de Belmez, del cual hizo el Estado una reparación de sostén no hace muchos años, pero al que el alcalde actual de aquella villa, el conocido popularmente en toda España como "el alcalde del millón", ha dedicado veinte mil duros del logrado premio, con ánimo de proseguir la obra hasta restauración completa.

La habilitación para vivienda del castillo de Montemayor por su propietario el Duque de Frias, en cuanto descendiente de los Condes de Alcaudete, la restauración del castillo de Espejo por la Duquesa de Osuna, que ha celebrado en él sonadas fiestas familiares; y la reciente obra necesaria de conservación en el de Iznájar por los propietarios Condes de Luque; la cuidada restauración que desde principios de siglo acometió el Conde de Torralba en el castillo de Almodóvar seguida por su descendiente el Marqués de la Motilla, y muy últimamente la adquisición del castillo de Bujalance por el propio Ayuntamiento de aquella ciudad, hacen concebir fundadas esperanzas de que ha comenzado para los castillos cordobeses la reivindicatoria obra de su salvación.

Tarea previa para la defensa material es la de recoger cuantos antecedentes históricos y artísticos se puedan alcanzar para cada castillo, y esta tarea la ha acometido con denuedo casi castrense el académico que hoy recibe la medalla.

Ha iniciado sus trabajos de esta índole, cuando, paseándose, como

buen estratega, sobre el plano de los alrededores de Córdoba hecho con fotografía aérea, descubrió en los llanos de la Albaida un recinto murado, en total ruina, más pequeño que Medina Azahara pero de análogas proporciones. No puedo seguir paso a paso sus trabajos ya extensos sobre este yacimiento en el cual ha iniciado trabajos de excavación la Diputación Provincial, extrayendo capiteles califales de subidísimo valor. Pero el iniciador, señor Fernández y González, y quienes le seguimos de cerca, estamos seguros de que ha sido descubierto el palacio visigodo construido por el Duque Teudéfredo y en el que nació el famoso Rey de España, Don Rodrigo, Duque de Córdoba hasta alcanzar la corona, y sobre cuyo efímero reinado de un año escaso han volcado todas sus injusticias los cronicones y leyendas patrios.

Luego estudió el castillo de Almenara, cercano a Palma del Río, en el límite de nuestra provincia con la sevillana, después hizo la monografía del esbelto castillo de Luque, y ahora ha tomado por asalto los restos del castillo de Aguilar.

Ya lo habeis oído. En medio de feraces campos y en privilegiada situación estratégica, la población que se llama Aguilar desde el siglo XIII, ha pasado por todos los avatares de la historia peninsular, desde su lejanísima creación prehistórica.

Utillaje lítico de los primeros tiempos de la humanidad, cerámicas de todas las épocas posteriores, fundaciones ciclópeas tartésicas, restos fenicios y griegos, murallas romanas y árabes, señoriales mansiones mudéjares, todo ha sido aventado por el paso de los siglos y las luchas de los hombres en el castillo de Aguilar.

Y con el mismo torbellino cronológico que apenas ilustran los estratos que estudia la arqueología, una mezcla de apelativos. En los primeros tiempos del bronce, que otros llaman eneolítico, hacia 2.500 años antes de Cristo, cuando se puede empezar a hablar de verdaderos núcleos urbanos, parece se llamó Arialduna o Arialduno, por los tiempos turdetanos. Con influencias fenicias unos mil años antes de Cristo, en pleno imperio tartésico, pudo llamarse Ipagro, que los griegos vocalizaron Epagro. Y al llegar la dominación romana, 206 años antes de Cristo, la dulzura latina convierte el nombre en Hispalim o Hispalis y así es nombrada hasta que los árabes hacen del Hispalim un Hisn-Balay, porque desconocen la letra P. Por eso en la reconquista cristiana es denominada Poley, recuperando el sonido borrado por la lengua árabe. Se llama al fin Aguilar, lo habeis oído en el discurso de mi adalid, cuando el rey de Castilla Alfonso X el Sabio lo fortifica y repuebla. Y aunque en las luchas

fratricidas de Pedro el Cruel con su hermano Enrique de Trastámara, casi un siglo después, quiere mudarle otra vez el nombre de Montereal, ya perdura el de Aguilar, que pasa a ser el cognomen de los Fernández de Córdoba, definitivos señores de la villa.

Dice muy bien Fernández y González que en este altivo monte donde se yergue Aguilar se asientan fundamentales hechos de la historia patria. Yo evoco dos, que han hecho fuerte impacto en mi memoria, cada vez que me enfrento al trágico picacho de argamasa que pregona todavía la altivez del castillo morisco, conservando como impronta de su hechura un arranque de bóveda gótica del siglo XIV. Permitidme que por su importancia los repita.

Uno de esos recuerdos históricos es de época árabe. Abdaláh un viejo emir cordobés, en la segunda mitad del siglo IX se ve acosado dentro de los muros de la capital por ejércitos coaligados de antiguos españoles, más o menos islamizados. Son los muladies que acaudilla el terrible Omar ben Hafsun, el Pelayo del sur, que vienen a clavar de noche sus venablos en la Puerta del Puente, en arrogante desafío al poder central. Desde Córdoba hasta el mar, ese rebelde es dueño de toda Andalucía meridional y marinera, y tiene su nido de águilas en un castrejón de los montes de Málaga, que todavía llama el vulgo el Castillo del Rey.

Abdaláh se decide al fin a dar la batalla al rebelde, quien le espera en Aguilar con fanfarrona valentía. Separados por ese río salado de Aguilar, cuyas salinas todavía se explotan, el emir cordobés, sentado dentro de su tienda de campaña, la clásica tienda de lona blanca con merlones azules que señala la realeza, pasa y repasa entre sus dedos las oraciones de su rosario (porque rosario han tenido casi todas las religiones del mundo, para regla nemotécnica de sus rezos, aunque de factura distinta al que fundara nuestro Santo Domingo). Y cuando vienen los generales sudorosos a rogar al soberano que se muestre ante sus soldados para infundirles ánimos con supresencia, Abdaláh inmutable, sigue pasando cuentas entre sus dedos, y musita: El único vencedor es Aláh, y si él nos ayuda venceremos. Vence al fin. El rebelde huye afrentosamente.

Pero es más emocionante a nuestro corazón de españoles la rebeldía de Alonso Fernández Coronel, noble castellano a quien Pedro el Cruel entrega el castillo de Aguilar en uno de tantos avatares de las luchas nobiliarias de nuestra Edad Media. Pero en otro vaivén de la fortuna, el vasallo se rebela, por causas muy distintas. ¿No será una de ellas la que recoge la leyenda sevillana de Doña María Coronel estuprada por Don Pedro? Y cuando viene el rey ante Aguilar, y tras un sitio denonado asalta el castillo, el

noble castellano que recoge la espada del vencido Don Alonso, le dice: Cuánto me pesa la porfía que tomásteis. Y sale entonces de labios del castellano vencido aquella frase que supera todos los decires históricos de nuestro país: Esta es Castilla, que así hace los hombres y los deshace. Porque Aguilar, ese entrañable pedazo de tierra cordobesa, era entonces sillar de castellanía, a rancio estilo. Y aún queda otra frase lapidaria: Ahora solo queda morir apuestamente como corresponde a un caballero. E inmediatamente es degollado ante el rey.

Estos ligeros datos, que yo esbozo, y que Fernández y González nos ha leído casi en extracto, constituyen el resumen del discurso que tenía preparado, con amplia descripción, y sobre todo con documentación original interesantísima, de todo lo cual hace gracia al atento auditorio para no fatigarlo. Pero las luchas nobiliarias de la baja Edad Media, de las cuales son juguete muchas veces los propios reyes de León y Castilla, las cesiones, ventas, donativos, cambios y quites de castillos, villas y ciudades, constituyen para cada lugar una maraña histórica que hay que perseguirla a través de documentación original, la cual en este caso ha sido lograda por el nuevo académico, constituyendo un grueso libro que verá la luz en no lejano día, y del que os ha ofrecido solamente un antológico ramillete.

Piedras venerables del castillo de Aguilar, que en la sangre española que infiltró vuestros poros, tenéis incrustadas todas las epopeyas de la raza. Este buen caballero, español por cordobés, que hoy entra en nuestra Academia, y del cual me ha cabido la honra de darle el espaldarazo de la erudición solariega en nombre de la vieja corporación, ha recogido en su discurso todas las glorias y desventuras que sufrísteis, en la espera de un alborozador resurrexit. Sed bienvenido, Ilmo. señor.

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes



DEPÓSITO LEGAL
CO-27-1969

ENERO - DICIEMBRE 1972
AÑO XLI - NÚMERO 92

Tipografía Artística. - San Alvaro, 1. - Teléfono 221040. - Córdoba

Discurso de contestación al Dr. D. Enrique Luque y Ruiz, en su ingreso como Numerario en la Real Academia de Córdoba el 12 de abril de 1973.

Señores Académicos:

Discreto y sesudo es indiscutiblemente el dictamen y proceder de los organismos académicos porque en ellos se alían el saber y el tiempo, como sucede en nuestra más que centenaria corporación. Pero si ésta es la ley, también hay excepciones en ella, como nos acreditan desde los viejos dichos y refranes hasta las infalibles ordenadoras electrónicas, en sus casi infalibles juicios.

Estad seguros que nos encontramos en una de las excepciones señaladas al haberme designado nuestra anciana y querida Real Academia de Córdoba para contestar el discurso de ingreso que acabáis de oír, leído por el prestigiosísimo Doctor en Medicina y expertísimo cirujano don Enrique Luque y Ruiz.

Porque es cierto que, siendo yo también médico pudiera apreciar su valía en ese terreno científico con cualidad profesional; porque habiendo elegido el nuevo académico un tema histórico, desarrollado con sin igual maestría, también yo he incursionado los campos de la Historia y acaso podría irle a los alcances siguiendo el hilo de Ariadna; porque habiendo ambos nacido en esta ciudad y seguido los avatares sociales de ella, conocidas y amistosas ambas familias de generaciones atrás, hubiera calibrado su personalidad también en ese terreno. Y así con consideraciones análogas.

Pero las apariencias engañan. Y con la distancia casi astronómica que va de su ciencia médica a la mía insignificante, colocado yo en cuanto a quehacer científico entre la prestigiosa figura de don Emilio Luque, a quien tanto respeté y quise, y la de este sobrino suyo, que me trata con afecto fraternal y efusivo, yo no

daré pié con bola, como canta el pueblo, y mal podré hilvanar unas líneas de contestación. Por si faltara algo, en uno de esos avatares de la vida que jamás pueden pagarse ni olvidarse, estuve bajo sus hábiles manos de operador quirúrgico, inerte bajo la anestesia en una decisiva operación, y me salvó la vida. Ya supondréis que no hay en mí posible juicio sereno y académico, para contestar adecuadamente, si de ello fuera capaz, la pieza literaria que el Doctor Luque Ruiz os acaba de regalar.

* * *

Enrique Luque y Ruiz, nace en Córdoba el 3 de mayo de 1899. De conocidísima y excelente familia cordobesa, aquí hace sus primeras letras y bachillerato.

Guiado por la prestigiosa figura de su tío don Emilio, inicia en Cádiz sus primeros estudios médicos durante los tres primeros cursos de la carrera seguidos por libre, para continuar en Madrid la otra mitad en las clínicas de San Carlos, junto a las más ilustres figuras de la medicina española contemporánea, para los que tiene recuerdos de veneración. Durante las vacaciones y aún desde el bachillerato, era asiduo asistente, en el vetusto Hospital del Cardenal, que todavía conservaba el prestigio de la efímera Facultad cordobesa de Medicina, de aquél equipo admirable de cirujanos, que elevaron a gran nivel la clínica quirúrgica del Hospital de Agudos, realizando operaciones de alta técnica, inusitadas entonces en los hospitales provinciales, y cuyo equipo lo formaron don Emilio Luque Morata, don Manuel Villegas Montesinos y don Joaquín Altolaguirre Reja, de quienes yo también alcancé notables lecciones prácticas de Cirugía.

Pero en el mismo año 21 en que termina su carrera Enrique Luque, se produce el desastre africano de Anual, y el joven médico tiene que marchar en la movilización del Regimiento de Infantería de la Reina, Número 2, que estaba de guarnición en Córdoba, a defender la bandera de España en tierras africanas.

En esa campaña fue incorporado al equipo quirúrgico del Dr. Fidel Pagés, con el que estuvo durante un año, publicando en su colaboración trabajos sobre heridas bipolares del cerebro, neuromotorax hipertensivo, heridas de vientre por armas de fuego y otros, presenciando las primeras anestésias por vía metamérica

epidural, original de Pagés y difundida posteriormente por Dogliotti.

En 1927 se gradúa de Doctor. Había entrado por oposición desde 1923 en nuestra Beneficencia Provincial con el número uno de Cirugía y en las salas y quirófanos del viejo Hospital de Agudos empieza una tarea médico-quirúrgica que ha de durarle toda su vida oficial, de cuya dedicación, trabajo y dureza sólo pueden tener idea quienes hayan conocido, siquiera una vez en su vida, las tareas hospitalarias, mezcla de ciencia y sacerdocio, en las que se salvan vidas, se remiendan los cuerpos rotos y se curan las almas desgarradas por el dolor y la tragedia familiar.

Quienes hablan de trabajos fatigantes en cualquiera de los sectores humanos, sean obreros o castrenses, sean dirigentes o subalternos, no tienen idea de lo que obliga estar a la puerta del Hospital a las ocho de la mañana, en invierno y en verano, operar un paciente tras otro, recorrer las salas, preparar las operaciones subsiguientes, estar así hasta las dos y las tres de la tarde, un día tras otro, sin fatiga aparente, sin desmayo espiritual, dando ánimo a todos y manteniendo enhiesto el propio, porque el médico y aún más el cirujano, también tiene su alma en su armario y sufre con el que padece y se abate ante el infortunio, aunque no lo aparente. En este soneto se lo dijo su amigo el inspirado poeta Goy de Silva:

*Ciencia Dios te dió, la más humana
y luz de inteligencia, luz divina
para librar la rosa de la espina
y segar el dolor cada mañana.
Y segar el dolor cada mañana,
a la vuelta del tiempo, en cada esquina,
ya en carne de hospital, flor de ruina,
ya en cuidada materia, que malsana.
Le ofrece al bisturí, que por tu mano,
dócil a tu sapiencia en cirugía
defiende del peligro al cuerpo humano.
Y es tu misión tan santa y prodigiosa
que merece del mundo pleitesía,
tu ciencia taumaturga ¡Milagrosa!*

Cerca del medio siglo ha desempeñado el Doctor Luque sus tareas en el primer hospital cordobés, del que ha sido decano

muchos años también, para lograr cercana ya su jubilación, la dicha de inaugurar un nuevo hospital, sueño de muchas generaciones, con servicios modernos, con actividades y especialidades dignas de cualquier hospital modelo, y al fin, hasta con una Facultad de Medicina aneja.

Pero la gloria y tarea del Doctor Luque no se ceñía a esta faceta pública. La dirección y trabajos en el sanatorio particular que fundara su tío don Emilio, de amplia fama comarcal, que también le obligaba a seguir trabajando el resto del día y aún de la noche y de las altas horas de la madrugada, en vigilante guardia para atender con diligencia al herido, al traumatizado, al de la violenta afección que necesita sin tardanza la intervención del cirujano, ha sido otra de sus obligaciones profesionales, acaso la más agotante.

Y además la clínica diaria en su domicilio, y las salidas generalmente urgentes a los pueblos de la provincia y de las aldeñas, para salvar a un casi moribundo, para operar un niño o un anciano en mal trance. Esta vida profesional intensa y sin descanso, propia de los médicos famosos, la tiene recogida gráficamente en su tesis doctoral sobre Maimónides el tío de nuestro nuevo compañero, el no menos famoso don Emilio, que tuvo una vida análoga, al recoger de aquel gran cordobés y judío de hace ocho siglos la descripción que hace de su clínica, desde el alba hasta la noche, apenas interrumpida por las rápidas y necesarias comidas, pero alcanzando la media noche y más con la interminable fila de clientes que llenaban la casa en busca de la ciencia y de la fama de las que tanto necesita quien tiene la salud perdida.

La sociedad, sus conciudadanos, sabedores de este verdadero sacerdocio científico han reconocido y premiado en el Dr. Luque, en la medida humana posible, esta vida de sacrificio y dedicación al prójimo. Las academias de Medicina de Córdoba, de Sevilla, la Sociedad Internacional de Cirugía y otras muchas nacionales y extranjeras le tienen nombrado miembro preeminente. Las asociaciones profesionales y Colegios médicos le han nombrado colegiado de honor. Los estamentos oficiales le han otorgado sus condecoraciones, como la Encomienda de Sanidad con Placa el año 1955, la Gran Cruz de Sanidad, con el tratamiento anejo de Excelentísimo señor en 1969, la Cruz del Aguila del gobierno Alemán de Hitler en 1939, por sus trabajos durante nuestra guerra civil, en

la que fue jefe de equipos quirúrgicos y director de hospitales de campaña.

La ciudad nativa le otorgó la Medalla de Plata el año 1970. Dos años antes, el 68, había recibido el homenaje popular del Záhira de Oro. No digamos más, porque tal vez por encima de todo eso, la aureola popular de sabio, de bueno, de afectuoso, de amor al prójimo que le acompaña por doquier, sea la recompensa más apreciada por nuestro querido compañero.

No debo desgranar más datos biográficos sobre el Doctor Luque, reservados más bien a las academias profesionales, que empiezan con el anecdotario de sus maestros prestigiosos y de sus viajes al extranjero, visitando anualmente las más famosas clínicas facultativas de París, Berlín, Londres, Bostón, Nueva Orleans, Dublín y Nueva York, y asistiendo a congresos médicos y de cirugía que le han mantenido en primera fila entre los profesionales españoles. No debo seguir. En las academias médicas es donde se desarrolla cada uno de estos puntos, así como sus comunicaciones y trabajos escritos que han resumido y recogido los más brillantes aspectos de su gloriosa vida profesional.

* * *

Grandes médicos humanistas, como Ramón y Cajal, como Marañón, como Laín Entralgo, como López Ibor, nos explican cómo los hombres geniales tienen una evasión, un hobby, una distracción lejana a su quehacer habitual que les orea la mente y refresca el cerebro. Luque Ruiz, al componer este discurso de ingreso ha incurrido en ese ejercicio mental.

Su gran conocimiento de la medicina y sus dilatados años de ejercicio cirujano le hubieran permitido traernos un gran tema de tan difíciles arte y ciencia. Sus viajes al extranjero para conocer y estudiar al lado de prestigiosas figuras del ramo, nos hubiera traído modernas concepciones biológicas de aplicación médica y modernísimas técnicas de Cirugía. Su finura espiritual, su savoir faire, la delicadeza de su trato y las amistades particulares y profesionales que ha ido adquiriendo en el desempeño de la profesión, nos hubiera proporcionado cuadros sociales o de historia contemporánea, o de anecdotario costumbrista, que nos hubieran deleitado

a través de su prosa fina y cuidada y de su relatar grácil y cautivante.

Pero él mismo nos ha explicado que por influjo del sabio colega Blanco Soler, quien hubiera querido venir algún día a Córdoba, donde venía con ilusión de neófito y fervor de peregrino, para hablarnos de la batalla de Poitiers, tema que le cautivaba, y no habiendo logrado realizar tal deseo, por el aciago azar de la vida, nuestro nuevo compañero, Enrique Luque ha tenido la finura espiritual de recoger ese tema de herencia abintestato, y como hace el traperero o aljabibe, según frase de Marañón, ha ido recogiendo con su agudo gancho pingajos del tiempo, componiendo a la manera de buen cordobés una página plenamente histórica que ofrenda a la memoria del magistral amigo fallecido.

Porque ese amplio tema de la Historia Universal, la batalla de Poitiers, que los grandes historiadores, especialmente los franceses, dicen que salvó la civilización occidental de la barbarie sarracena, dando un golpe de timón a la historia, como lo diera Munda en nuestros campos o cualquiera otra batalla de rango ecuménico, está lleno de factores cordobeses.

Ved como nuestro nuevo compañero de Academia, ha ido desgranando los factores de la famosa batalla, incluso aquél que señala la nocturna retirada silenciosa de los ejércitos cordobeses, dejando el campo abandonado ante la estupefacción del enemigo. Porque aquél ejército de enseña musulmana, que bajo el mando de Abderramán el Gafequi estaba asolando los campos aquitanos, se había formado en Córdoba, de donde era Emir o caudillo el señalado general, y con toda la multitud de gentes y factores que en aquellos tiempos formaban una masa de ejército, se había adueñado de toda la Península, había traspasado los Pirineos y en avance arrollador asolaba los campos de Francia y consternaba a su pueblo y sus caudillos. Para el Islám era el sueño de volver a su cuna arábica por la orilla norte del Mediterráneo. Para Europa era el terror de una aniquilación sin esperanza.

Pero no debemos seguir el hilo histórico, tan estudiado y tan explotado por nuestros vecinos franceses. Dejemos a ellos y a los historiadores de la estrategia la descripción de la famosa batalla. Y ciñámonos a unos pequeños cuadros, que tan certeramente ha apuntado la pluma genial del Doctor Luque Ruiz: Poitiers, el Gafequi, Carlos Martel. Los hombres y campos de aquél momento.

Yo hablo siempre de Poitiers con emoción. En felices momentos de mi vida, he parado en la provinciana y dulce ciudad francesa y siempre he sentido el hechizo de sus templos, silenciosos y desiertos. Aquella iglesia de Santa Radegunda, la santa esposa de Clodoveo, construida por los visigodos en el siglo VI y que es un puro ejemplar del bizantinismo, donde se guarda entera la Cruz de Nuestro Señor, traída de Oriente en embajada especial de aquella reina santa, y de la que al parecer han salido tantas astillas de idealización reliquial. Aquella catedral del siglo XII donde mis ojos vieron traducidos a un templo de las primicias del gótico, todos los motivos decorativos de Medina Azahara, orlas, frisos, follajes, arabescos, como vuelan las pavesas de un incendio, cual fue para Córdoba el siglo XI, que se mecen en el aire y el viento las empuja y las posa por doquier. Ciudad quieta y tranquila, aquella de Poitiers, que vive de sus vinos y sus curtidos, de sus granos y sus artesanías, de la tranquila paz provinciana, mecida en sus campos prósperos y alimentada de sus recuerdos históricos que decidieron más de una vez la suerte de la patria. A grandes rasgos recuerda mucho mi ciudad patricia.

Cuando llegaron allá, el año 732 las huestes cordobesas bajo el estandarte verde del Profeta, Eudes o Eudon, el señor de aquella tierra, el Duque de Aquitania era aliado de los musulmanes y estaba en querrela contra otros señores franceses, al frente de ellos el famoso Carlos Martel, martillo del enemigo en la guerra.

Carlos Martel era hijo concubinario del gran Pipino de Héristal, que se llamaba a sí mismo rey de los francos, casi el último en la serie merovingia. Su madre se llamaba Albaida (la blanca en árabe) o Alpaida, acaso esclava árabe o andaluza. Como otros tantos bastardos (recordamos a Enrique de Trastámara, hijo de nuestro Alfonso XI y doña Leonor de Guzmán, nacido en Cabra), el fogoso príncipe, que habría de dar origen a la dinastía carolingia con el gran Carlomagno, pudo ser un franco-árabe, hipótesis que no agrada a los europeístas, pero que a nosotros los andaluces nos parece perfectamente natural.

Pero aún quiero dedicar unas palabras, modesto colofón a las que acabais de oír proferidas por el Doctor Luque, a la figura de Abderramán el Gafaquí, emir o caudillo por segunda vez de los árabes conquistadores de España en nombre del califa omeya de Damasco. Por joven que fuere en aquellos tiempos de caudillos

con veintitantos años, (como Carlos Martel en Francia, como nuestro Abderramán I en España y tantos otros) parece que era indudable yemenita, árabe de origen y de la tribu de Gáfeq, en la península de Arabia. Los cronistas de ambos bandos, cristiano y árabe coinciden en reconocer que era justo para todos, caballero y bondadoso. Se ha emitido la hipótesis de que pudo ser un español, apóstata del cristianismo, nacido en nuestro Gáet o Gahete, que más adelante los árabes le llamarían Gáfeq, por homofonía con el arábigo, y que muchos más siglos después sería apellidado Belalcázar, al norte de nuestra provincia cordobesa. La tesis es grata y no rara para aquellos tiempos, aunque poco verosímil, por joven que fuere. Con su muerte acabó la gran lucha entre cristianos y sarracenos en los campos de Francia, pero no del todo, porque hubieron luego de seguir limpiando los francos sus campos y ciudades del enemigo mahometano. Marsella no se tomó hasta bastantes años después de la batalla de Poitiers, y el mediodía francés, con los árabes dueños de Narbona como capital, las puertas de cuya fortaleza fueron traídas a Córdoba para colocarlas como puerta principal de nuestro Alcázar, no se vió libre de los invasores del Islám hasta un cuarto de siglo después.

Parecerá nuevo y hasta escandaloso a las tesis historicistas de los europeos, esta transposición de personajes entre religiones y sistemas políticos diversos, que nos ha expuesto en amplio panorama el Doctor Luque Ruiz, y que yo parvamente comento. Pero no debe extrañarnos en tiempos de primera invasión en que el aliado de hoy es el enemigo de mañana y viceversa.

Cuando sostenemos que el célebre don Rodrigo, último rey de los godos hispánicos, había nacido en Córdoba, del desterrado Duque Teudefredo y de Ricilo o Ricilona, rica dama cordobesa, y que levantaron un magnífico palacio donde hoy se asienta el cortijo de Turruñuelos, camino de la Albaida. Y que el no menos famoso don Pelayo, primo hermano de Rodrigo, a quien acompañaba en la batalla de Guadalete, acaso también había nacido en Córdoba, o en la cercana villa de Aguilar, de cuya fortaleza llamada por los árabes Híns Poley o Castillo de Pelayo, era su padre el señor feudal, habiendo estado Pelayo en Córdoba cuatro años más entre los árabes antes de marchar a Covadonga. Y cuando se recuerda que los ejércitos hispano-godos del sur los reunió otro primo de ambos llamado Bencio en la llanada del Campo de la Verdad,

antes de marchar al desastre del Guadalete; todos esos recuerdos históricos y muchos más nos hacen pensar que la Historia, entre muchas verdades, tiene el matiz que le presta la pluma del historiador que la escribe.

Valgan estos desahogos pueblerinos si se quiere, pero con grandes fundamentos de certeza, para traer a nuestro solar grandes momentos de la Historia con sus no menos grandes actores. Nos llena de gozo pensar que las grandes poblaciones cordobesas del sur fueron cuna de Pelayo y el Gran Capitán, que en la nómina ingente de cordobeses de todos los tiempos hay que inscribir al desgraciado Rey don Rodrigo, muerto en la flor de la edad, víctima de una traición, cuando en él se depositaban todas las esperanzas de la patria. Y que poco más allá, en la paradisíaca tierra cabreña, nació el doncel que habría de dar más reyes a la corona de España. Los fulgores de Munda, a pocos pasos de esos escenarios, removían sus cenizas aún calientes al paso de los siglos.

Bienvenido a nuestra aula académica el Doctor don Enrique Luque y Ruiz, que fiel a su estirpe, como cuentan los abuelos las hazañas familiares al calor de la lumbre, olvidando por un momento las suyas propias, nos ha hecho soñar con las inextintas glorias de la raza.

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes



DEPÓSITO LEGAL:
CO - 27 - 1959

ENERO - DICIEMBRE 1975
AÑO XLIV - NUMERO 95

Tipografía Artística. - San Alvaro, 1. - Teléfono 221040 - Córdoba

Discurso de contestación al de ingreso de Don Francisco Zueras, en la Real Academia de Córdoba, redactado por Don Rafael Castejón.

Señores Académicos.

Señoras y Señores:

Desde la llegada a Córdoba de Don Francisco Zueras, en noviembre de 1956, para desempeñar la cátedra de Dibujo en la Universidad Laboral el magnífico centro de enseñanza del que se enorgullece nuestra capital, el nuevo profesor se incorporó plenamente a la vida intelectual de la ciudad.

Seguramente influyó en ello su desbordante humanismo, típico de un hijo del Alto Aragón, para perforar sin más este carácter cordobés, reservado y silente que Baroja llamó "feria de los discretos" y Antonio Jaén definió con afecto como "la faceta embozada de la ciudad", que a muchos recién llegados les cuesta trabajo superar.

Pero además de sus prendas personales, plenas de generosidad y simpatía, teñidas de un leve dejo de ingenuidad, propio de las almas nobles, ha sido, sobre todo, su gran bagaje artístico y ampliamente cultural, lo que ha hecho de Zueras un cordobés más, inscribiéndose en la nómina de ciudadanos ilustres, que son los que reparten todo lo que tienen sin esperar otra recompensa

Su ámbito profesoral, su amplia prédica en la generosa tribuna de la prensa y su colaboración sin tasa en todos los asuntos públicos atañentes a sus actividades profesionales, hicieron todo lo demás. Nuestra Academia no tenía opción para llamarle a su seno. Y con su característica de plena dedicación, hoy alcanza el puesto de los "inmortales", al que ha llegado por pleno y legítimo derecho, con un algo de rubor en nuestra conciencia, por no haberlo traído mucho antes.

x x x

Francisco Zueras Torrén nació en Barbastro, ciudad de la provincia de Huesca, en 1918. Dotado de una precoz vocación, inició su formación artística en la niñez, teniendo como maestro a su padre —excelente pintor y escenógrafo—, hasta que pasó a consolidarla en 1933 en la Escuela Superior de Bellas Artes de Barcelona. Decidido a ejercer el profesorado de Dibujo completó posteriormente su especialización docente en la Institución de Formación del Profesorado de Enseñanza Laboral, de Madrid. En los años de la postguerra se fue apasionando también por la investigación artística y la literatura, colaborando en importantes publicaciones de su tierra, tales como los diarios "Heraldo de Aragón" y "Amanecer", y la revista "Argensola", del Instituto de Estudios Oscenses

En 1950 obtuvo por concurso-oposición la cátedra de Dibujo del Instituto de Enseñanza Media y Profesional de Barbastro. Y simultaneó la docencia con la creación artística, celebrando exposiciones individuales de sus pinturas y dibujos en Zaragoza, Barcelona, Lérida y Huesca, y participando en diversas colectivas de nivel nacional y regional con obras de distinto signo. Ejemplo del acierto de tal polifaceticismo, fruto de su inquietud, puede ser el hecho de que en el mismo año de 1951 en que obtenía el Primer Premio del IX Salón de Artistas Aragoneses con un brioso paisaje, se le otorgaba, por un dibujo crítico de corte surrealista, la Medalla de Honor del II Salón de Humoristas, celebrado en Zaragoza. Polifaceticismo plástico que ratificaría con la realización de grandes pinturas murales en templos y centros oficiales, escenografía teatral e ilustraciones en numerosas publicaciones. Todo bajo el denominador común de un estilo personal tajante, que el poeta y crítico Manuel Augusto García Viñolas definiría diciendo que "todas sus composiciones responden a una visión mural de la pintura y envuelven en su elegancia a figuras y emblemas que se van ensamblando en una total armonía de dibujo macizo y grave".

En noviembre de 1956 vino a Córdoba, tras haber sido nombrado mediante concurso-oposición nacional, Profesor Titular de Dibujo de la Universidad Laboral que en aquel mes y año se inauguraba. Desde aquel momento se integró totalmente en la vida cultural cordobesa, a través de la triple vertiente de la creación artística, la literaria y la actividad docente.

En el primero de estos aspectos, mientras exponía sus obras en Toulouse, Grenoble, Estoril, Huelva y Zaragoza, participaba en todas las exposiciones colectivas representativas de nuestra ciudad, como las denominadas "Homenaje a Córdoba", "Salón Córdoba" y "Pintores actuales de Córdoba", en buena parte de las cuales fue organizador también. En lo literario, aquella eficaz labor en su tierra natal —que fue reconocida con el nombramiento de miembro de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes

de San Luis, de Zaragoza— se dirigió plenamente hacia su tierra cordobesa de adopción, haciendo la crítica de arte del diario “Informaciones” en su edición para nuestra ciudad, y posteriormente en el diario “Córdoba”, su-
mando varios centenares los publicados, no sólo sobre artes plásticas sino también sobre problemas de la cultura de Córdoba. La valoración de esta labor —que junto a la artística fue reconocida por esta Corporación nombrándole Académico Correspondiente, el día 3 de Junio de 1967—, le llevaría a ser numerario de la Asociación Española de Críticos de Arte.

Como simbiosis de esta noble inquietud literaria y pictórica —que es la que ha originado el tema de su discurso—, en los últimos siete años ha realizado dibujos inspirados en textos de los más importantes poetas contemporáneos andaluces, exponiéndolos en Córdoba —salas “Céspedes”, “Altamira” y “Mateo Inurria”— y en importantes galerías de Valladolid, Sevilla, Madrid, Zaragoza y Huesca. Dibujos éstos que han despertado el mayor interés de la crítica, coleccionistas y público, y que han hecho que don Francisco Zuera haya sido seleccionado para la exposición “El Arte de la Ilustración”, que se ha celebrado recientemente en la Academia de Bellas Artes de Roma.

Su labor en el campo de la cultura también se ha diversificado en la tribuna de conferenciante, tanto en nuestra ciudad y provincia como en varias localidades españolas, participando anualmente en los Cursos de Arte de la Universidad Internacional “Menéndez Pelayo”, de Santander. Faceta ésta que también ha cultivado en nuestra Academia, a lo largo de su período de Correspondiente, con las disertaciones: “El arte moderno, tránsito de lo eterno a lo efímero”, “Goya muralista”, “El escultor Mateo Inurria”, “Antoniodel Castillo dibujante”, “El arte ante una nueva década” y “Problemática actual de los Museos”. E igualmente se ha derivado hacia la literatura de creación e investigación, siendo finalista del Premio Tartessos con la narración “Encrucijada de arena”, y publicando diversos ensayos como los titulados “El arte zoomorfo en la historia y en el mito”, “El Altoaragón a través del arte y la literatura” y “Algo más sobre Velázquez”. Siendo sus últimos trabajos literarios los titulados “Interés popular por el arte”, publicado por la aragonesa Institución Fernando el Católico, y “El pintor López Soldado”, aparecido en la colección Cuadernos de Arte “De Luis”, de Madrid.

Volviendo a la obra plástica, se hace necesario destacar que su difusión ha sido grande. Importantes colecciones nacionales y extranjeras poseen pinturas suyas, y célebres figuras del teatro y el cine son propietarias de dibujos que glosan obras que les dieron fama. Y grandiosos muros de localidades del Norte y Sur de España —Salón de Sesiones del Ayunta-

miento de Barbastro, Seminario Diocesano de esta ciudad, Iglesia de San Sebastián y Seminario de Huelva— son soportes de monumentales pinturas suyas. Personalidad y labor pictórica que ha sido comentada en muchas publicaciones, siendo las más recientes los libros “Balance del Arte Joven en España”, “Pintores españoles contemporáneos” y “30 años de Arte Español”.

Peregrino es el tema que el nuevo académico trae a nuestra consideración, porque al destacar el tipo intelectual del pintor-literato o del literato-pintor, en cuya categoría destaca como arquetipo a nuestro gran Pablo de Céspedes, no sólo aporta mayores argumentos psicológicos para delimitar o definir el tipo biológico, conocido en los países cultos del mundo y entre ellos magistralmente el nuestro, como “artista nato”, sino también para averiguar muy lejanamente en las raíces ontogénicas de la especie humana, el origen de las facultades artísticas.

El mundo del arte es el mundo de lo bello y hasta que el hombre no es capaz, a través de sus sentidos, de percibir la belleza que puede haber en cuanto le rodea, naturaleza, seres y cosas, no surge en él el deseo de aprisionar, de producir, de crear esa belleza, en cuya secreta instancia nace el artista.

Miles de años pasaron, los quinientos siglos aproximados del paleolítico superior, durante los cuales el hombre reproducía en sus cavernas la figura de los animales que intentaba cazar, pero con un fin mágico, por lo que el artista era el hechicero o sacerdote de la tribu y seguramente se sometía a tratamientos que hoy llamaríamos de doping, para alcanzar así una más segura inspiración, igual que un artista moderno no puede trabajar muchas veces si deja de fumar el cigarrillo o tomar una taza de café o una copa de licor como pequeños excitantes cerebrales.

Nos sugieren estas pristinas consideraciones sobre la creación del mundo artístico, la lectura de un novísimo libro titulado “El contexto social del arte” en el que su editor Jean Creedy reúne una serie de artículos de profesores y críticos conspicuos actuales para demostrar la intencionalidad social del artista, lo mismo en las cinco bellas artes clásicas y en las no menos clásicas artesanías, que en las manifestaciones más modernas de arte industrial, arte fílmico, kinetic art o el arte como remedio terapéutico para los enfermos mentales

Siempre, quiéralo o no, el hombre, en cuanto artista, recoge las sensaciones que le proporciona el medio en que vive, su habitat, el contexto social de su época, y tan social es el arte del hechicero paleolítico cuando trata de alimentar su tribu cazadora, la gran preocupación social de su época, como todas las estilizaciones de pop-art, arte abstracto, cubismo y

dadismo, naif y análogos, cuando irrumpió en la escena social en la segunda mitad del siglo pasado, el fenómeno que registró nuestro Ortega y Gasset con el título de "La Rebelión de las Masas", en el que éstas rompieron normas y leyes alzándose contra los maestros en una abstrusa e incoherente algarabía de estériles consecuencias. En conclusión, el arte actual, representativo de la sociedad actual, quiéranlo o no los mixtificadores y amplificadores de "lo social", sigue la eterna ley de producción artística, es reflejo del momento y como la masa es anodina, incierta, incoherente y versátil, así es el arte que produce.

Pero debemos dejar las consecuencias sociales y políticas que este predominio ode las masas, en relación con el influjo casi total que en la juventud determinan concretamente en la producción artística, para volver al tipo clásico del artista nato, como es el verdadero artista, y reconocer en él unas aptitudes, también innatas que se acercan mucho al concepto filosófico de la creación inmanente o intuitiva, que forma el cimiento del mundo platónico, contrario al concepto aristotédico de la razón y la experiencia, propio del mundo científico.

Hay, pues, en el verdadero artista una creación intuitiva, que la técnica deberá moldear y perfeccionar, pero **construyendo sobre algo preexistente**. A los poetas se les llama vates o sea adivinos, porque en sus elucubraciones predicen acontecimientos del futuro y la historia literaria está llena de ejemplos confirmatorios de su adivinación de ese futuro. Diríamos con Julián Marías que el arte es futurible.

Sea cual fuere la clase de arte que se cultiva, el vaticinio, el "mensaje" de que se habla hoy en el mundo artístico, revela lo que hay dentro de cada cual, cuyo mensaje, según la categoría mental del artista podrá ser meramente personal, que llamaríamos de primer grado, alcanzará alturas magistrales o de orden superior, o llegará a la cima de la expresión adivinatoria, como sucede a los que llamamos geniales, en los cuales, su arte, más que un timbre personal, nos revela toda una raza o un sector privilegiado de la Humanidad.

En esa situación cimera, el artista domina todos los horizontes, como sucede en el arte universal a un Leonardo de Vinci, pongamos por ejemplo clásico, de cuya formación renacentista participa en gran escala nuestro Pablo de Céspedes, pintor, escultor, poeta y también arquitecto, para que la técnica no se le resistiera, y cuya compleja personalidad nos la acaba de desvelar nuestro nuevo académico en el discurso relevante que acabais de oír.

Dos veces estuvo Céspedes en Roma, la gran capital entonces del arte, de la cultura y de la política. En la primera aprendió las diversas artes y

se formó intelectualmente muy cerca del inmenso Miguel-Angel. En la segunda, que se prolongó bastantes años, tuvo sus implicaciones políticas, porque Céspedes se vió envuelto en aquel misterioso proceso al Arzobispo Carranza, proceso lleno de secretos de Estado, en cuya urdimbre estuvo también a punto de quedar preso nuestro cordobés. Que siempre son los intelectuales la más apetecible presa de los tiranos de la política.

Pero aquí lo tenemos en Córdoba —Córdoba para morir ha dicho el poeta—, llenando de obras de arte nuestra Catedral, entre las que bastaría la arrogantisima escultura de San Pablo y la Cena solemnísima de la capilla a que dió ese nombre, para hacer inmortales al Racionero artista que los engendró y al medio social, al cuadro ciudadano donde se formaron. Era ya una de las águilas del Renacimiento español, como ha difundido el maestro Gómez Moreno.

Don Francisco Zueras, gran crítico de arte nacional, cuyas enseñanzas en la cátedra, en el periódico y en la conferencia nos ilustran a diario en los incesantes avatares del devenir artístico, podría habernos definido, con su maestría habitual alguna de las innumerables facetas creadoras del ilustre Racionero, pero se ha ceñido, con sentido reverencial a la escena cordobesa en que nos movemos, al aspecto literario de Céspedes, en el que descolló como astro de primera magnitud.

Porque cualquier otro artista-literato hubiera cantado los temas universales que atraen a los vates —el amor, la naturaleza, la descripción de las cosas bellas—, pero su gran poema didáctico a la Pintura, acaso el mejor que se ha escrito en el mundo sobre ese tema, le retratan como cordobés de alma entera, en esa conjunción que nos hemos atrevido a definir como “magistralfía cordobesa”, en la cual el maestro de una disciplina no se limita a tener discípulos o seguidores, —y bien sabido es que Céspedes tuvo toda una escuela de continuadores de su arte—, sino que el maestro además escribe un libro sobre la materia de su doctorado para que su magisterio pase a la posteridad y ya por siempre sea maestro de toda la Humanidad, porque las enseñanzas de los libros son como las ondas del agua en los estanques al originar círculos cada vez más grandes y expansionables con el tiempo.

En el tema principal de su discurso, nos recuerda el nuevo académico que han sido muchos los pintores cordobeses que en más o menos latitud han manejado alternativamente el pincel o la pluma. Y valga como ejemplo definitivo nuestro Don Acisclo Antonio Palomino y Velasco que ha legado a la posteridad, al par que sus magníficas pinturas, ese fabuloso y magnífico libro titulado “Museo Pictórico y escala plástica”, verdadera historia viva del arte pictórico en España, al cual acuden y acudirán siem-

pre cuantos quieran bucear en el pasado del arte de la forma y el color. Y como ejemplo más cercano, recordemos al conjunto de los Romero de Torres que hicieron del hogar un templo al arte pictórico pero que escribieron sobre historia, sobre arqueología, sobre crítica y hasta sobre problemas urbanos de la ciudad, manejando la pluma con tanta soltura como el pincel y la paleta.

La maestría del propio Don Francisco Zueras es también elevada en el arte y en la literatura. Su arte de maestro, normativo, reposado y energético acaso se centre en sus dibujos simbólicos, que recuerdan las tallas en madera por su fortaleza y honda dignidad, por su traza y sus sombras. Pero nuestro nuevo compañero es también literato y él mismo recuerda que este trabajo que su elección de tema tiene mucho de afinidad electiva por paralelismo de aficiones con Céspedes, y hemos de felicitarnos de que la gloria cordobesa de hace cuatro siglos tenga hoy su reflejo en este aragonés hondo y recio que al templar su pluma en las aguas de nuestro dulce Betis al tiempo que ha hecho crítica de altura, también ha sabido aplicar suaves acentos paternales, cuando enjuicia con su crítica pública, a tantos pseudo artistas que confían más en el fenómeno de la rebelión de la masa que en la propia fidelidad al arte.

Bienvenido seáis a esta Academia cordobesa, buen profesor, ilustre artista, crítico erudito y justo, honrado y claro en la amistad, cortés y amable en el trato social. Perteneceís a la rara categoría de “profesor completo”, porque no sólo en la cátedra derramais cultura, sino que allá donde vais, en la sala de conferencias, en el sillón académico, en la sala de exposiciones y hasta en la corriente conversación callejera, vuestra palabra y vuestros criterios son magistrales y luminosos.

En nuestros bellos jardines del Alcázar, donde surgen entre las flores las columnas romanas y el el ataurique ajaracado de los moros, aquel poeta aragonés que hace dos mil años cantó el árbol que allí plantara Julio César, sembró también el germen de esa conjunción aragonesa y andaluza, que de vez en cuando, al conjuro de la lira de Marcial, nos da frutos tan sazonados y deliciosos como el que vuestro discurso encierra y que sirven para perfumar nuestros íntimos contextos mentales como dorada hesperide mitológicas con que nuestras abuelas perfumaban sus prendas más íntimas.

La Academia os abre sus puertas señor Zueras, y os recibe con la más afectuosa de las bienvenidas.

He dicho.

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes



DEPÓSITO LEGAL:
CO - 27 - 1959

ENERO - DICIEMBRE 1975
AÑO XLIV - NUMERO 95

Tipografía Artística. - San Alvaro, 1. - Teléfono 221040 - Córdoba

Discurso de contestación, en la recepción de Académico Numerario del Ilmo. Sr. Don Manuel Mendoza Carreño (el día 28 de Febrero de 1974), a cargo del Director de la Corporación Ilmo. Sr. Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

Señores Académicos:

Don Manuel Mendoza Carreño, Maestro Nacional nacido en Puente-Genil e hijo adoptivo de Priego, ha entrado hoy en nuestro recinto académico por su obra lírica, la cual es producto de su total naturaleza lírica.

Hago en principio estas afirmaciones porque además de conocerlo hace bastantes años y seguir su obra literaria, en prosa y verso, siempre se ha descubierto en él un lírico temperamento del que lógicamente son fiel reflejo las producciones de su pluma.

Bastaría recordar los títulos de ellas: "Flor de Ilusiones", "Voces Intimas", "Lírica dedicada a los niños", "Mensaje de un poeta", que fué su discurso de presentación en esta Academia el año 1968, y además conferencias, críticas, artículos y cualquiera otra de sus expresiones exteriores, en todas las cuales aparece esa finura de espíritu, esa delicadeza sentimental, esa situación suprasensible del alma, que caracteriza al poeta y aún más todavía al lírico.

Mi modesta erudición en temas literarios no podría proseguir en la descripción del tema del lirismo, si no evocara la figura de aquel profesor de Literatura que pasó por nuestro Instituto a principios de siglo y que impresionaba a sus alumnos con el arrebató poético de sus explicaciones, como también extasiaba a los lectores de nuestra prensa local en sus bellísimos artículos y en sus fraternos diálogos públicos con que el gran poeta cordobés Benigno Iñiguez, y aun encendía el alma popular de las muchedumbres en algún rápido raptó de imprecaciones políticas. Claramente me refiero a Don Manuel de Sandoval

Al explicarnos en su inolvidable clase los tres grandes géneros literarios, ratificaba: el género épico se caracteriza porque el autor, en prosa

o en verso, cuenta lo que apreheden sus sentidos, la Naturaleza y sus múltiples aspectos y varianzas, el hombre y sus luchas o avatares, todo lo que es exterior a él; en el género lírico, el autor describe lo que le pasa a él mismo, sus pasiones, sus ilusiones, sus alegrías y sus desgracias; en el género dramático, el autor se esconde y hace hablar a otros, los personajes más o menos ficticios, por él creados. Y para mejor explicar esto, nuestro profesor Sandoval hacía símil de esconder bajo la mesa en cuyo borde asomaba unos dedos antagónicos que agitaba en un imaginario retablo de Maese Pedro.

Y por el sendero de la lírica, con ejemplos pertinentes de los grandes maestros de la Literatura, Sandoval nos transportaba a las regiones elevadas de la Poesía sentimental. Porque dentro de aquella clasificación elemental que hemos evocado, al relatar las intimidades de su ánimo, el poeta podrá reír o llorar, anhelar o suspirar, cantar victorias o desgracias de su espíritu, pero nunca alcanzará el lirismo sus expresiones más sublimes que cuando canta el Amor.

Si por muchos se ha dicho que el Amor es la gran palanca que mueve a la Humanidad, y desde luego es la base de las tres más grandes y difundidas religiones que en el mundo existen, las religiones del libro como dicen los orientales, recordando el Talmud de los hebreos, la Biblia de los cristianos y el Corán de los árabes, basándose todas ellas en el amor y la paz entre los hombres, no hay duda que el más lírico amor es el de los amantes y el más puro el familiar.

Decía San Agustín: ama, **port facta vis**, es decir con amor puedes hacer lo que quieras. Y ciertamente el amor es la gran licencia para caminar por el mundo alumbrando sus senderos, sea con el espíritu mitológico de los dioses paganos, sea con la humildad franciscana del Santo de Asís.

Nuestro destinatario, sea por la fuerza profesional de su magisterio, sea por nativa inclinación del alma, dedica mucha lírica amorosa al trato con los niños. El mundo infantil le sugiere ternuras, imágenes, reflexiones, que sólo caben en quien tiene un sentido hondamente paternal de la vida modelado en un alma lírica. En las producciones de Mendoza, en prosa o verso, el tema del niño adquiere matices de inefable irisación, y acaso en la infinitud del espíritu, el poeta, que como asegura el refrán popular tiene algo de loco, encuentra grandes afinidades con los niños, que son también, como asegura el poeta inglés "esos locos bajitos que andan por el mundo".

El libro en prosa que tituló "Lírica", está todo dedicado a los niños. Su discurso de presentación en nuestra Academia, tiene amplias dedicaciones al mundo infantil. Diríamos que Mendoza Carreño, que ha tratado

mucho a los hombres, porque es de la "generación de la guerra", la cual sirvió como Alférez Provisional, y luego ha sido once años Alcalde en su patria adoptiva, siguiendo después las incidencias de nuestros devenires políticos, y que por ello, repito, ha tratado mucho a los hombres, tiene su refugio en el mundo inocente, tierno y pleno de esperanza de los niños, donde no hay traiciones alevosas ni sempiternos rencores.

Recuerdo ahora que en la tierra nativa de nuestro nuevo compañero, en el Puente-Genil lírico de Manuel Reina y otros muchos poetas, nació el que fué ilustre abogado Don José Contreras Carmona, poeta en su juventud, creador de esas revistas literarias que por obra de juventud son fugaces como el tiempo y evanescentes como una flor, y en su madurez fué Diputado a Cortes y Jefe del Partido conservador de nuestra provincia, y con todo ello dedicó mucha producción literaria a los niños.

Pienso que las riberas del Genil, el más lírico de los ríos de nuestra tierra, recibe en sus orillas, entre los cañaverales y membrilleros de sus huertas, las humildes cestitas de mimbre donde vienen los niños elegidos, como Moisés lo fué en las del Nilo, donde los recogen las Musas, como aquél fué recogido por las princesas faraónicas, y, creciendo entre amores y flores llegan un día a ser los vates o adivinos de los mejores ensueños líricos.

No es baldío tampoco pensar que los poetas crecen, como los lirios y las violetas, como las rosas y las azucenas, cerca del agua, sea la corriente y mansa del Genil, el hijo de las Nieves y desposado luego con la Fertilidad, sea la misteriosa y entrañable que surge del seno de la Tierra, en fecundo manantial, como en Priego la segunda patria de Mendoza Carreño. Feliz tu, poeta, que de ambas nos traes la linfa pura de la creación.

Y nos la traes a quienes vivimos en las márgenes del olivífero Betis, del que cantaron todos los pueblos y religiones que se asomaron a sus orillas, fueren los griegos que lo bautizaron, los romanos que lo ensalzaron, los finos cantores de Sión o los árabes que nos alcanzaron en sus galopadas para anidar en sus riberas, los renacentistas con Mena, los barrocos con Góngora o los románticos con el Duque-Poeta. Hoy mismo, entre la generación madura que va arrinconando la lira "del salón en el ángulo oscuro", y la generación que llega, transida todavía de negruras de posguerra, pero con esperanzador aliento en sus corazones, seguimos siendo señalados como el país de los cien poetas.

El alma lírica de Andalucía sigue exportando poetas al mundo entero, como lo hizo sobre Europa, a través de la lírica provenzal, impregnando de residuos dorados de nuestro Califato hasta las canciones de los minnesinger alemanes y las sagas nórdicas, transmitiendo a continentes enteros

el alma lírica y cantora de nuestro pueblo, trasfundida en la ardiente melodía de las canciones criollas y llevando el espíritu andaluz a los más apartados rincones del mundo.

No habrá en la tierra espíritu más lírico que el de nuestro Ben Suhaid, el cordobés que se mandó enterrar en nuestro Campo de la Merced, para que todos los años florecieran los rosales con algo de su alma escondida, y el lirismo llegó a su colmo con aquellos seguidores de Aben Udra, los udríes, que al casarse, se juraban amor casto, lejos del sexy impuro de nuestros tiempos y de todos los tiempos, para dedicar su vida al más lírico amor conyugal y al más encendido amor divino.

Sed bienvenido, poeta Mendoza Carreño, a esta Academia que por cordobesa tiene alquitarado el lirismo de innumerables gentes que aquí vivieron entre las cuales teneis el merecido puesto que ha ganado la pluma guiada por vuestro lírico espíritu.

BOLETIN de la Real

Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes



ENERO - DICIEMBRE 1980

AÑO L - NUMERO 101

**Contestación al discurso de ingreso de
Don Antonio Arjona Castro en la Real Aca-
demia de Córdoba.**

Por Rafael CASTEJON Y MARTINEZ DE ARIZALA

Excemos. Sres., Ilmos. Sres. académicos, Sras. y Sres.:

Poco puedo añadir al análisis que el Dr. Arjona Castro ha realizado de la obra pediátrica del médico cordobés 'Arib ben Sa'id, que fue además visir de los califas 'Abd al-Rahman III y al-Hakam II.

Tiene el nuevo académico D. Antonio Arjona Castro sobrados méritos para ocupar el sillón vacante que en su día ocupara el prestigioso médico D. José Navarro Moreno, cuyo hijo nos honra con su presencia. Lo mismo que el Dr. Navarro, el Dr. Arjona además de ser buen médico ha sabido cultivar el estudio de la medicina de la Córdoba musulmana.

El nuevo académico nació en Priego en 1938, viviendo su infancia en Zuheros donde su madre ejercía como Maestra Nacional. Por eso desde un primer momento el Dr. Arjona estudia estas comarcas tanto arqueológica como historicamente. Fruto de este amor por su tierra, Priego y Zuheros, son sus obras tituladas **Zuheros: estudio geográfico e histórico de un municipio cordobés** e **Historia de la villa de Luque**. También el estudio arqueológico del castillo del Jardín del Moro cerca de la Tiñosa, el punto más alto de nuestra provincia.

Don Antonio Arjona estudió en su día la comarca de Priego en época musulmana, así como las diversas Coras de al-Andalus según comunicaciones al I Congreso de Historia de Andalucía. Descubrió también el origen del nombre de Zuheros que deriva, según sus investigaciones, de la voz Sujayra, en el sentido de peñuela. Del mismo modo el origen del nombre de Luque, que deriva de la voz Lucca a través del nombre árabe Lukk, nombre que llevan las piedras que sirven de cimientos al alminar de la mezquita de 'Abd al-Rahman III según nos señaló el viajero musulmán al-Idrisi allá por el siglo XII.

El nuevo académico comparte desde su estancia en Córdoba, su dedicación profesional a la pediatría con la investigación de temas médicos e históricos, preferentemente de la época musulmana. Destacan entre ellos el dedicado a la vida y muerte de 'Abd Al-Rahman II que en octubre del año pasado le publicó la gran revista de Medicina y Humanidades **Jano**.

Es doctor en Medicina y Cirugía por la Universidad de Sevilla y pediatra por la Escuela Profesional de la misma Facultad, especialidad que ejerce en la Seguridad Social previo concurso-oposición ganado con un buen número.

Es también Profesor colaborador de la cátedra de Historia de la Medicina de la Facultad de Córdoba y desde recientes elecciones, ocupa el cargo de secretario general del Ilustre Colegio de Médicos de Córdoba.

Sus publicaciones son tan numerosas como variadas. A las antes aludidas, sumamos su tesis doctoral, titulada **La población de Córdoba en el siglo XIX; sanidad y crisis demográficas en la Córdoba decimonónica** publicada por Instituto de H.^a de Andalucía, y la más reciente **Andalucía musulmana: Estructura político-administrativa**.

Sus artículos históricos o científicos en congresos, revistas especializadas y diarios, así como sus conferencias innumerables, denotan siempre la doble preocupación por la investigación médica e histórica y la de divulgación de temas propios de su especialidad pediátrica.

Ha sido total y metódico el análisis que ha hecho de la obra de 'Arib ben Sa'id, el autor del Calendario de Racemundo, junto con Rabi ben Sa'id.

No obstante debemos aclarar que existen dudas sobre si trata de un solo autor o de dos autores, por eso la duda en saber si su verdadero nombre era 'Arib ben Sa'id o 'Arib ben Sa'd. De esta obra ya nos dio cuenta hace unos años el Dr. Sarnelli en la reunión de Orientalistas celebrada en Córdoba, obra que el Dr. Arjona ha traducido del árabe y que en breve publicará en castellano.

Deseamos toda clase de venturas al nuevo académico Dr. Arjona y que como el pediatra 'Arib, llegue a conseguir las metas más altas de nuestra Córdoba, tanto en el campo de la pediatría como en el de las letras y de la cultura.

BOLETIN de la Real

Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes



ENERO - DICIEMBRE 1981

AÑO LI - NUMERO 102

**Discurso de contestación al de ingreso de
D. Juan Ocaña Torrejón en la Real Academia de
Córdoba.**

Por Rafael CASTEJON Y MARTINEZ DE ARIZALA

Respectables autoridades, señores académicos, dignísimo auditorio:

Debo contestar, en nombre de la Real Academia de Córdoba, al discurso que don Juan Ocaña Torrejón ha escrito para su ingreso en categoría de Numerario de esta Corporación. Y procuraré hacerlo con palabras escuetas y conceptos precisos, para que no me traicione el caudal de afectos que tengo a toda la familia Ocaña, de Villanueva de Córdoba, derivado de la admiración y cariño que tuve a su sin igual padre.

Mis primeras palabras son de sincera felicitación al recipiendario, no sólo por el discurso, sino por toda su vida de fecunda dedicación a la cultura, por la honesta, digna, laboriosa y admirable familia a que pertenece, por su amor nunca desmentido a las tierras del Valle, del singularísimo Valle de los Pedroches, al que en estos momentos habéis tenido bajo vuestra atención y vuestra pupila.

Pero hablemos primero de don Juan. Nació en ese hermoso y sereno pueblo del norte de nuestra provincia, tranquilo y rico entre sus encinares y sus ganados que, como su gemelo Pozoblanco, nacieron en días de paz, de ansia laboriosa y progresiva, de europeísmo, en fin.

Es hijo, con cuatro hermanos, de aquel hombre bueno, fundamentalmente bueno, paternal y jovial, en el mejor concepto de alegre y optimista, que vino a Villanueva a fines del pasado siglo, a desempeñar la secretaría municipal, asentando fundamentos literarios en el campesino lugar, desde los que irradiaba luz a toda la provincia. No resisto a leerlos lo que escribí hace muy pocos meses en ese anuario de feria y fiestas que Villanueva publica, como la mayoría de nuestras hermosas poblaciones cordobesas, en cuyas líneas he resumido mi admiración al padre de don Juan:

«Me congratula mucho escribir estas líneas de admirativo recuerdo amistoso a don Juan Ocaña, padre. Evoca en mi memoria fechas ya lejanas en que comencé a recorrer y amar la tierra cordobesa, y renueva el afecto y admiración que tuve a la persona y el culto que conservo en su recuerdo.

Queramos o no, la valía de un hombre se mide en nuestro espíritu por la amistad que le profesamos, la hermandad en que se hayan movido nuestras vidas, la admiración que sus hechos u obras nos hayan producido.

Yo conocí a don Juan Ocaña Prados en mi infancia, a través de sus saladísimos «Mosquetazos» que publicaba en el veterano **Diario de Córdoba**, y que fueron uno de mis predilectos pastos espirituales.

Apenas era repartido el **Diario**, mis ojos buscaban ávidamente aquella fina sátira poética en la que desfilaban personajes, sucesos y accidentes de toda índole del vivir nacional. Era seguramente la sección más sabrosa del serio y casi adusto periódico cordobés de principios de siglo.

Cuando lo conocí personalmente, en mis andanzas regionalistas por la provincia, en su cargo de Secretario del Ayuntamiento de Villanueva de Córdoba, mi admiración aumentó con un entrañable afecto que su corazón abierto y generoso desbordaba hasta el contagio. De Móstoles, su tierra nativa, procedía casi seguramente aquella formación cortesana tan cercana a Madrid, que le dio amenidad, gracejo, salero y espíritu selecto y cultivado.

Yo mantuve en mi juventud, y por ahí anda publicado, una teoría sobre el espíritu madrileño, tan separado de la severidad castellana, que me parece más bien un producto de andalucismo trasplantado a la Villa y Corte durante los últimos siglos, y que ha moldeado el Madrid chispero y alegre, aristocrático y jocundo. Y en esa dinámica alegría del vivir, mi ingenua juventud tenía calificado a don Juan Ocaña.

Cuál no sería mi sorpresa cuando hojeando un día ese panteón nacional que es la **Enciclopedia Espasa**, hallé la biografía de Ocaña Prados, en la cual se le define como autor dramático, porque, aparte sus artículos periodísticos en **Heraldo de Madrid** y **Diario de Córdoba**, escribió en su juventud los juguetes cómicos **Fingir para agradar**, el año 1.879, **Quién es el juez**, el año 1.891, el monólogo infantil **Amor al arte**, y el drama en tres actos **El grito de Independencia o Móstoles en 1.808**.

La vida burocrática de don Juan Ocaña supongo que le apartó de las lides escénicas, y yo no conozco ya otras obras serias suyas que las **Historia de la villa de Móstoles**, publicada el año 1.908 y la **Historia de la Villa de Villanueva de Córdoba**, editada en 1.911, en cuyo epílogo pide a

Dios que los restos de su pequeño cuerpo se consuman en esta bendita tierra que fue su segunda patria.

El cariño con que están escritas estas obras de historia declara mucho más que cualquier otro juramento el amor de don Juan a sus tierras natal y adoptiva, transmitido tan fielmente a sus hijos, pero la documentación y fondo erudito que la adorna, le da una superior categoría. En 1.915 nuestra Academia le nombra Correspondiente.

Villanueva, como Pozoblanco, y otras del Valle, son villas renacentistas, poblaciones abiertas, lograda ya la paz de España, cuando las gentes no han de guarecerse tras murallas y bastiones, y salen a trabajar a campo abierto y ensayar los avatares industriales de la época.

Por esta razón, Ocaña Prados no tiene terreno donde ahondar en la historia lejana de Villanueva, ya que no existe y está sumida en la de sus comarcas, especialmente Pedroche. Pero la historia que tiene, en tiempos imperiales y documentados, la expone con acierto y criterio insuperables».

Pero volvamos otra vez al hijo, a este otro don Juan Ocaña, que nace en Villanueva el último día del año 1.894, poco más de un año después que quien estas líneas escribe y lee.

Como los muchos hijos son característica de los hogares virtuosos y plenos de digna laboriosidad, todos los hermanos, y en especial el nuevo académico, han sido buenos estudiantes.

Cursa los estudios del Magisterio en la Escuela Normal de Maestros de Córdoba, obteniendo el título de Maestro Superior en 31 de mayo de 1.913.

Sirve con carácter interino Escuelas Nacionales en su pueblo y durante estos años es miembro fundador de la Asociación de Cultura «Peña Escolar», en la que ejerció casi permanentemente el cargo de Bibliotecario. Intervino activamente en conferencias y certámenes literarios organizados por esta Asociación de estudiantes, así como formó parte del cuadro teatral de la sociedad «La Filantrópica».

Es destinado, ya en propiedad, a la Escuela Nacional de Mirandilla (Badajoz), y en 1.922 fue clausurada aquella por no reunir el local las más elementales condiciones para ello, lo que le dio posibilidad de asistir, de su peculio particular, al Cursillo de Psicología experimental organizado por el Museo Pedagógico de Madrid.

Resultado de aquellas enseñanzas fueron la publicación de un folleto titulado **Ensayo sobre revisión española de los «tests» Claparede (Escala de Villanueva de Córdoba)**, publicación que no sólo mereció que fuese

acogida por el Museo Pedagógico Provincial de Córdoba y prologado por el Inspector don Alfredo Gil Muñiz, sino que recibió comentarios laudatorios de la prensa nacional y provincial, como también de **El Educador de Ginebra** y felicitaciones de Claparede, Doctor Simón y otros.

Ello le animó para hacer encuestas sobre el pensamiento infantil referentes a «Trabajo, Riqueza y Pobreza», las que aunque don Lorenzo Luzziaga quiso publicarlas en su **Revista de Pedagogía**, se opuso el autor por considerar que las conclusiones no reflejaban pareceres de los niños y sí mostraban el ambiente familiar. En 1.928 es galardonado en un Certamen en Don Benito (Badajoz) por su trabajo «La orientación profesional en las Escuelas Primarias. Labor encomendada al Maestro y medios prácticos para diagnosticar las aptitudes de los escolares».

En 1.923 se traslada a la Escuela graduada de su pueblo natal, la que dirigió hasta su jubilación forzosa en 1.964. En ella organizó bibliotecas infantiles, cursos de conferencias, de divulgación científica, sobresaliendo los de los años 1.957 al 1.961, y una Exposición escolar y de Artesanía en 1.959, creando en dicho año la Asociación de Antiguos Alumnos de esta Escuela. Todas estas actividades fueron premiadas por la Superioridad con numerosos Votos de gracias, Vocal-Secretario de las oposiciones para ingreso en el Magisterio en 1.923; Cruz de Alfonso X el Sabio, en 1.961, y un premio de 10.000 pesetas en 1.962.

En periodismo colaboró en el semanario de Villanueva titulado **Escuela y Despensa** (años 1.913 al 1.916). En 1.919 lanzó la idea de crear en la Asociación Peña Escolar el semanario **Patria** que tuvo vida desde 1.919 al 1.921. En 1.929 da comienzo la publicación del semanario **Villanueva**, sostenido económicamente y bajo su dirección hasta 1.935. Además publicó trabajos en otros periódicos, tales como **El Diario de Córdoba**, **El Cronista del Valle**, **Omeya**, **Boletín de la R. A. C.** y otros locales.

Sus publicaciones: en 1.924 el ya citado sobre tests de Claparede; en el 1.947, **La dehesa de La Jara**; en 1.962, **Historia de la villa de Pedroche y su comarca**, en el mismo año, **La Virgen de Luna** y en 1.968 **Moreno de Pedrajas y el Hospital de Jesús Nazareno de Villanueva**. Tiene en preparación la **Historia de la villa de Conquista**.

Este es el hombre y su obra, de la que quiero destacar su amor a la cultura y más aún su afán por difundirla, que le lleva a crear revistas y periódicos, en los que pone toda su fe de pedagogo y todo su amor a la tierra nativa.

No es pura casualidad que haya sucedido en el sillón académico a don José Luis Gámiz, de Priego, quien fue para su lugar nativo como

don Juan Ocaña lo está siendo para el suyo, el intelectual que bucea, recoge, estudia, analiza y divulga, cuanto de interés erudito, literario y científico atañe al vernáculo solar.

Son muchos los aspectos que Ocaña Torrejón tiene estudiados y publicados sobre Villanueva y su comarca. Las páginas de nuestro boletín académico son buena prueba de ello; la **Historia de Pedroche**, que en unos inolvidables Juegos Florales le fue premiada y editada en 1.962 lo confirma, y lo que aún guarda y promete, junto con la lista bibliográfica antes dada, es la garantía definitiva de su labor.

Pero además, don Juan Ocaña es archivo viviente y grácil de conocimientos y decires. Sabe buscar el dato histórico y tiene un radar especial para todos los hallazgos arqueológicos de la comarca. Inscripciones, tumbas, lápidas, monedas y ruinas, las somete enseguida a su saber y las lanza al mundo oficial y culto. No ha mucho, con las inscripciones fenicias de La Posadilla, cercana a Villanueva, ha puesto en un aprieto a los sabios especialistas del ramo. No ha mucho me lo confirmaba, en reciente visita a Córdoba, el Padre Jean Ferron, director del Museo de Cartago y uno de los mejores especialistas del mundo en lengua fenicia.

Y además, antes lo he dicho, es grácil y jovial en su decir y su hacer, es grata su conversación, es ameno su trato, es digno heredero, en fin, de aquel padre que también derrochó versos chispeantes y joviales decires, en loor de sus pueblos y su patria.

El tema que ha escogido para discurso de entrada en la Academia y acabáis de oír, tiene su impronta de amor erudito a su tierra y una suficiencia histórica terminante. Mezcla de ciencia y folklore, el estudio de los viejos caminos, de sus posadas y ventas —las viejas mansiones de los romanos, heredadas en el manzil árabe y en la venta quijotesca y castellana— es un despliegue del vivir español a través de los siglos, y por eso hay que evocar los geógrafos de todas las épocas y los historiadores de todos los siglos, para recorrer la cinta panorámica de las rutas por donde han desfilaro conquistadores y reyes, campesinos y mendigos, traficantes y aventureros.

Los viejos caminos de Los Pedroches conocieron la planta del ibero y del celta, trazaron en el mapa de la ancestral Beturia su configuración histórica, vieron cruzar de sur a norte berberiscos y árabes, y de norte a sur los cristianos reconquistadores, y por doquier, en rosas de los vientos que la tradición conserva en muchos de sus pueblos, colonias de judíos, industriales y proféticos. Evocar estos viejos caminos es vivir la historia española de muchos siglos y muchas culturas, como acaba de hacerlo

don Juan Ocaña.

Por ellos salió desterrado aquel Ahmed el Baluti —el Belloto diríamos hoy sin intención peyorativa alguna—, que había de fundar un reino en Creta que duró cerca de dos siglos. En otro de sus lares nació uno de los más famosos astrónomos de la Edad Media, el Alpetragius o pedrocheño que conocieron las universidades europeas y fue el orientador de la marinería del medioevo y dinastías enteras de geógrafos, poetas y médicos, como la familia de los Gafequis, uno de los cuales está conmemorado en efigie en una de nuestras plazas públicas frontero a la fachada del viejo Hospital del Cardenal. La evocación de los hombres ilustres que recorrieron los caminos viejos de Los Pedroches es infinita.

Podríamos decir, parodiando al poeta, que todos ellos, los guerreros con sus mesnadas, los sabios con el libro bajo el brazo, los mercaderes con su bolsa, los histriones con su farándula, todos ellos, altos y bajos, cercanos y lejanos, mezclaron su sudor, sangre y lágrimas, al polvo y al barro de esos viejos caminos en los que están escritos los avatares de la raza y los destinos de la patria.



BOLETIN de la Real

Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes



ENERO - DICIEMBRE 1981

AÑO LI - NUMERO 102

**Discurso de contestación al de Ingreso de
Don Manuel Ocaña Jiménez en la Real Academia
de Córdoba.**

Por Rafael CASTEJON Y MARTINEZ DE ARIZALA

Señores Académicos: Las contestaciones académicas, como ésta para la que me habéis designado, que tienen mucho de frialdad reglamentaria, se caldean muchas veces con la amistad, el afecto o la vocación. He aquí mi caso con relación al hoy ilustrísimo señor don Manuel Ocaña Jiménez.

Le llevo veinte años de edad, pero han sido tantas las coincidencias y muchas más las devociones culturales, que en nuestras vidas ha habido un paralelismo vital que ya dura casi medio siglo.

Porque fui gran amigo de su padre y colaboramos juntos en algunas dedicaciones, porque conocí a este recipiendario desde niño y contribuí a guiar sus primeros pasos y sobre todo porque ambos tuvimos el mismo «hobby», como ahora se dice a la inglesa, es decir el mismo gusto o afición a las cuestiones arábicas de la Córdoba pasada, a través de las cuales hemos amado intensamente a nuestra patria chica.

Manuel Ocaña nació en Córdoba el 21 de febrero de 1914. Su padre, Don Manuel Ocaña del Pozo, había nacido en Baena, y por el apellido Pozo se entroncaba con familias muy conocidas, los Mantero del Pozo, entre los cuales hubo sacerdotes, alguno profesor en nuestro Seminario, y también tiene entronque con los Ríos, de tan esclarecida prosapia cordobesa. Su madre, doña María de los Angeles Jiménez Soto era cordobesa, pero sus progenitores fueron ambos montillanos, de donde les viene el parentesco con los Cobos Jiménez y otras familias montillanas.

En nota autobiográfica que conservará nuestra Academia en el archivo de sus componentes, Ocaña Jiménez proporciona más datos familiares, así como sus primeras letras y su ingreso en nuestra Escuela de Artes y Oficios, donde el Dibujo aprendido con don Rafael Bernier y la

Historia del Arte con don Vicente Orti, modelaron para siempre su formación cultural.

Porque una de las primeras aptitudes de Manuel Ocaña es su destreza magistral en el dibujo, por la cual le viene su principal dedicación profesional que tanto le ha servido en su destino de la gran empresa CENEMESA de nuestra capital, como en sus aplicaciones culturales y aplicaciones científicas, de que son testigo las revistas arabistas de España.

No debo perderme en disquisiciones generales sobre la aptitud para el Dibujo de los cordobeses de todos los tiempos. Las reliquias artísticas que nos han llegado de las grandes épocas de nuestra historia tanto de la romana y visigoda, como del gran apogeo árabe de Córdoba, lo testimonian de manera irrefutable. Hasta la escuela pictórica cordobesa, maestra en el dibujo y floja en el colorido, a comparanza análoga entre las pinturas florentina y veneciana y contrariamente a la sevillana, muestra esa constante que podríamos considerar racial. Recuerdo anecdóticamente que discutiendo un día con un célebre arqueólogo sobre las primeras restauraciones hechas en nuestra mezquita-catedral el siglo pasado, anteriores a las de Velázquez Bosco, y extrañándose de que en nuestra capital se pudiera dibujar y diseñar tan magistralmente en época que él consideraba gris y atrasada, tuve que recordarle la fundación de las escuelas de bellas artes en Córdoba, tanto por el Arzobispo Caballero Góngora a finales del siglo XVIII, como la de Romero Barros en el XIX, y las nutridas generaciones de pintores, plateros y otras muchas profesiones y oficios en los que constantemente ha descollado nuestra capital, y las cuales tienen por base fundamental el Dibujo. En esa serie secular de maestros está inscrito, por lo pronto, Manuel Ocaña.

Su otra gran dedicación en la historia del arte le llevó en su precoz juventud al estudio del arquitecto don Félix Hernández, y recaló en Medina Azahara en la decena del veinte, donde pronto se distinguió por sus trabajos en restauraciones cerámicas. Sabido es que entre otras muchas novedades, las excavaciones de Medina Azahara han dado un caudal inmenso a la historia de la cerámica en España. El estudio y clasificación de este inmenso caudal, lo han intentado excelentes investigadores y profesores, como el mismo Velázquez Bosco en su libro sobre las primeras excavaciones en Medina Azahara, y luego Gómez Moreno, Torres Balbás, Kuhnel, Lluviá, Ettinghausen, ahora mismo Pavón Maldonado, mi hija Rosario y otros muchos; pero quien se destacó en desbravar los montones de tiestos que en las puertas mismas de aquellas excavaciones se ofrecían llenos de tierra y escombros a la voracidad de los visitantes, y quien lim-

pió, clasificó, estableció módulos de clases de barro, de barnices, de engobes, de decoraciones y categoría en las piezas, y quien preparó, estudió y dibujó la masa cerámica califal, fue Manuel Ocaña. Su trabajo fue tan excelente, cuando todavía era un **tenager** como dicen los yanquis, que cuando conoció tal trabajo el conservador de la Alhambra granadina, se lo llevó para que hiciera análoga tarea con otros montones informes de cerámica que allá en los fosos de la fortaleza nazarita, esperaban una mano redentora que los sacara del anónimo y los situara en el plano científico de la investigación.

Esta etapa granadina fue decisiva para Manuel Ocaña. En la etapa del treinta había en Granada aquel magnífico grupo de intelectuales que formaban Torres Balbás, el arquitecto conservador de la Alhambra, el profesor de árabe de la Universidad inmarcesible García Gómez, el magnífico pintor Rodríguez Acosta en su carmen de ensueño, el dramático poeta en todos sus términos, García Lorca y otros análogos. Allí cayó el joven cordobés, en un ambiente, que a poca masa propicia que tuviera el ya recipiendario, y valga la palabreja, había de producir jugoso fruto.

Manuel Ocaña terminó el bachillerato en Granada, y se hubiera licenciado en semíticas, si no hubiera llegado el espantoso dragón de la guerra, de nuestra guerra civil del 36 al 39, que entre otros muchos desastres, propios de toda guerra, trastornó y perdió muchas vocaciones. Y Manuel Ocaña estuvo en la guerra, recorrió sus frentes, gozó y penó en los avatares patrios, y cuando llegó la paz era un hombrecito cara al destino que había de buscarse un porvenir. Medina Azahara estuvo cerrada a la investigación, por el trastorno guerrero, casi ocho años.

Pero, digamos con vulgar frase árabe, **kan maktub**, estaba escrito. El arabismo español, con todas sus facetas, había prendido en sus redes a Manuel Ocaña y las mariposas de su mente se habían de quemar en los irisados destellos de sus luminarias. Aquí, en Granada, en Madrid, en cuya Escuela de Estudios Arabes ingresó y desde entonces es becario por derecho propio, no cesó de perfeccionar su cultura general, sus conocimientos históricos, y su dominio cada vez más preciso de la lengua árabe, en la que ya hace años es un certero maestro, la base de cuyos conocimientos la cimentó García Gómez, lumbrero universal del arabismo español.

Porque no debemos olvidar que Manuel Ocaña es ante todo un autodidacta, pero con toda la magnífica audacia de los autodidactas españoles, solitario y erguido como un risco de nuestras montañas, sólido y fuerte como los ibéricos picos de nuestras independientes cordilleras. En el último

libro que ha publicado nuestro nuevo compañero, editado el año pasado por el Instituto Hispano-Árabe de Cultura y prologado por el profesor Pedro Chalmeta, éste insiste en el autodidactismo de Ocaña, y sin olvidar lo que todos debemos en la vida a nuestros antecesores de todo orden (el tema de la autoctonía está muy desacreditado, también en todos los órdenes), él se ha formado casi solo, como esas grandes rocas de la naturaleza que van adquiriendo formas y perfiles por la acción de los vientos, las aguas y los meteoros, hasta conseguir morfología realista.

Su perfeccionamiento propio en la lengua árabe lo ha conseguido plenamente al extremo de ser un verdadero profesor de dicha lengua, cuyos alumnos destacan inexcusablemente en las pruebas universitarias. Y dentro de ese profesorado, donde ha llegado a ser autoridad casi universal (también está muy desacreditado el **best the world**, lo mejor del mundo) ha sido en la epigrafía árabe, donde los mejores arabistas del mundo lo reconocen como autoridad suprema. Por eso ha podido decir el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en la presentación del libro de Ocaña **Repertorio de inscripciones árabes de Almería**, publicado en 1964, que Ocaña es el mejor epigrafista árabe de Europa.

Digamos, a propósito de publicaciones, que uniendo su profesión material de dibujante y proyectista, manipulador de matemáticas y cálculos, con la de arabista, publicó otro denso libro en 1946, también por el C.S.I.C., titulado **Tablas de conversión de datas islámicas a cristianas y viceversa**, que es hoy herramienta imprescindible para todos los historiadores que traten de conciliar el tiempo que medimos los cristianos desde el nacimiento de Jesús, con los 622 años transcurridos hasta que el profeta Mahoma realizó su célebre huida o hégira para interponer a sus presuntos asesinos los doscientos kilómetros que separan Medina de La Meca.

Dentro del epigrafismo o inscripciones lapidarias de lengua árabe, todavía tiene Ocaña mayor especialización y autoridad en las cúficas, aquellas letras que iniciadas en la ciudad de Kufa, en Irak, alcanzaron suprema categoría para que sirvieran exclusivamente en las escrituras coránicas y otros textos superiores, y de las que está llena nuestra gran mezquita y en general nuestra historia califal, de cuyo alfabeto cúfico ha extraído Ocaña la historia, la evolución y la significación historiográfica de su desarrollo, todo lo cual le ha llevado a publicar un libro, antes evocado, bajo el título de **El cúfico hispano y su evolución**.

En este orden de trabajos, y en revistas o comunicaciones, Ocaña ha publicado las inscripciones de los capiteles de Medina Azahara, las de aquella mezquita, muy incompletas, las de nuestro Museo Arqueológico

y todas las que se vienen hallando tanto en nuestra capital y comarca, como en muchos otros lugares de donde vienen en consulta al maestro.

Ello nos ha llevado a descubrimientos históricos y anecdóticos sabrosos (y hablo en plural porque los resultados los hemos disfrutado los amigos en unión con él), como la lápida fundacional de la mezquita que hubo en la actual iglesia de San Lorenzo, dedicada por la madre de un príncipe omeya degollado por Almanzor en una conspiración, y la cual dio nombre a todo el barrio que entonces se llamó de Muniat al-Moguira. O aquella otra hallada en Espejo, rota por la mitad, en la que parece se declara la utilidad pública de aquel magnífico manantial «El Borbollón», que ahora ha vuelto a abastecer la villa ducal y cesariana. O la de aquella portada de nuestra mezquita que entre el ataurique moderno que la decora, puso el restaurador el siguiente letrero en letras cúficas, que para el visitador ignorante parece del más puro sabor califal: «se restauró en tiempos del sultán Alfonso (entiéndase Alfonso XIII), hijo del sultán Alfonso (entiéndase Alfonso XII), siendo su visir (entiéndase ministro, entonces de Instrucción Pública) Faustino Rudríguez Sanbidru».

Pero basta de citas bibliográficas incompletas, y digamos en conclusión que la dedicación de toda una vida al tema arabista, ha producido en Ocaña los mejores frutos. Uno de ellos es el resumen de historia de nuestra mezquita sin par, que acabais de oír, hecho singularmente para averiguar quienes fueron los alarifes entre sapientes y misteriosos, que labraron el singular templo y las manos artesanas que lo construyeron, hasta ahora anónimas, pero cuyo anonimato persigue Ocaña con ánimo de desvelarlo.

Por lo pronto se intuye a lo largo de su trabajo que esos constructores anónimos hasta hoy, fueron cordobeses de la mejor estirpe, tal vez de lejana estirpe cristiana y bética, a quienes la situación política les obligó a vestirse de moros y usar la lengua y religión oficiales. Porque incluso a través de sus nombres arábigos se adivina el indigenato y por lo demás es bien sabido que grandes personajes de la época usaban dos nombres, el arábigo para salir a la calle y el latino para usarlo en casa. El Obispo Recemundo se llamaba Rabi ben Zaid, el pavón del Museo del Louvre ostenta por un lado la inscripción de «Salomonis Opus», y en otro costado «Obra de Abdelmelik el cristiano», y el mismo Omar ben Hafsun, el gran caudillo rebelde del Sur, émulo de Pelayo en Covadonga casi dos siglos más tarde, se bautizó con el nombre de Samuel, para recuperar después su nombre árabe.

La última conclusión del discurso de Ocaña es clarividente: los obre-

ros cristianos que trabajaron en la Mezquita y dejaron su firma humilde grabada en el mármol, y se llamaban Mubarak o Nasar, por ejemplo, eran el Benito o Víctor cristianos y para mejor identificar su estirpe adjuntaban algún signo o letra griega de índole religiosa cristiana. La conclusión es admirable. Y no dudemos que por este hilo saldrá el nombre de los constructores de la Mezquita, como tenemos el de los alarifes de Medina Azahara.

Y entretanto, recorriendo las etapas cronológicas de la mezquita, el planteamiento de los grandes problemas que plantea el grandioso monumento.

Por ejemplo, en el discutido problema de si subsiste en la mezquita árabe algún resto de la catedral de San Vicente anterior a la invasión musulmana, Ocaña dice terminantemente que Abderrahmán I «demolió todo el conjunto», en tanto que el maestro Gómez Moreno, en frase enrevesadamente teutona como diría Ortega Gasset, dice que aquí en Córdoba los estudiosos locales aún mantienen tal teoría en contra de la suya de que se aprovechó la fachada y otros elementos. Intrigante problema, del que subsisten los elementos, las columnas sobre todo, las de esa magnífica nave central de la primera mezquita, con soberbios fustes de mármol de Cabra tan querido por los constructores de la época visigoda, que en Córdoba tuvo su gran llamarada final, pero colocadas de otra manera y orientación, como corresponde a una edificación nueva.

Cuando habla del Alcázar, recuerda que ese mismo Abderrahmán I, de los treinta y dos años de su reinado sólo vivió en la capital los dos últimos de su vida, porque «fundó la Rusafa en la sierra cordobesa a poco de hacerse con el emirato», cuando en realidad, creemos nosotros, más que fundar, adaptó el antiguo palacio de los gobernadores visigodos, que el Ajbar Machmua llama Qala'a Todmir o castillo de Teodomiro, una milla al norte de la capital.

Cuando cita la muerte de este primer omeya, a los dos años de haber comenzado la mezquita que había de terminar su hijo Hixem, y muere apenas con cincuenta y siete años de edad seguramente de paludismo crónico, como han muerto tantos otros caudillos, nuestro mismo Gran Capitán, destrozados sus órganos por ese terrible azote de los campamentos militares, que sólo ha sido dominado en nuestros días.

Cuando plantea ese otro gran problema de la primera ampliación de la mezquita por Abderrahmán II, un medio siglo después de aquella construcción primera y se discute si ésta fue de nueve o de once naves, y se declara que fue Mohamed I, hijo del Ausat, el de enmedio, el que «ordenó

realizar todo el decorado de la parte ampliada, renovando el de la vieja», siendo así que el Bayán declara que el primero que hizo decorados en la mezquita fue este Mohamed, con lo cual se invalida la tesis de decorados en tiempos de Abderrahmán I, que hizo una mezquita austera semirreligiosa semimilitar, sin decoración alguna.

Y así, otros tantos problemas que la gran mezquita de Córdoba encierra, que son estímulo para los sabios y misterio para los ignorantes, que algunas veces lanzan criterios despectivos, que es el lenguaje de la ignorancia.

Pero Ocaña, que está entre los primeros, estudia e investiga el monumento sin par, y como de tantos otros problemas que planteó la civilización española del período árabe, nos trae luces y conocimientos que hacen admirar y amar, aún más, a propios y extraños cuanto de genio occidental hay en ese primer monumento cordobés, también uno de los primeros del mundo.

Ilustrísimo señor Don Manuel Ocaña Jiménez, por vuestro trabajo, por vuestra inteligencia, por vuestro amor a la tierra nativa, recibid la calurosa bienvenida de esta vieja Academia que hoy os acoge en su seno.



**APORTACIONES BIOGRÁFICAS,
LITERARIAS Y CIENTÍFICAS**

BOLETÍN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba ~ ~ ~



AÑO VI.-NÚM. 18
ENERO A JUNIO
- - 1927 - -

Tipografía Artística.-San Álvaro, 17.-Córdoba

Los personajes de Góngora

DE todos los aspectos de la obra gongorina, en este año de su tricentenario, ya tan afanosamente empezada a desentrañar, existe uno, el estudio de los personajes vivos que Góngora llevó a sus poesías, que seguramente ha de dar en lo porvenir sazonados frutos para la historia de aquellas épocas y curiosos hallazgos para los eruditos e investigadores.

La senda que para los personajes de Cervantes ha trabajado con tan bellos frutos don Francisco Rodríguez Marín, será seguramente más grata para quienes investiguen los personajes de Góngora, ya que este vivió con más asiduidad su ciudad natal, y forzosamente hubo de referirse a personajes conocidos de su época.

Por otra parte, en Córdoba, sus hijos escritores han tratado en casi todas las épocas de dejar huellas escritas del ambiente social, de los personajes y personajillos más salientes, populares o conocidos, y es fácil identificar con presteza, por una simple alusión o rasgo descriptivo la persona de quien se trate. La época de Góngora es fecunda en esta clase de escritos.

No es mi intento — Dios me valga — acometer el sugestivo tema de los personajes vivos de Góngora. Me limito sólo a enunciarlo, para que en sucesivos trabajos y tiempos, los escritores gongoristas tengan ya rotulado el camino que ellos han de trazar y desbrozar.

Y era conveniente dejar ya por sentado que la mayoría de los personajes de Góngora son reales, y no pocas veces le valieron sus agudas y satíricas poesías hartos disgustos, y aun tal vez algo más grave, como sospechan sus biógrafos cuando creen atisbar que don Luís estuvo en la cárcel por culpa de su musa picante y atrevida.

Habrá que descontar de esta lista aquellos personajes mitológicos, o bucólicos, o eglógicos, que ya el mismo asunto, ya

la época en que Góngora escribía, los imponían irremediablemente. Pero aparte de ellos, los personajes vivos de don Luís no han de ser difíciles de identificar, ni mucho menos, porque de ellos hace cada retrato, en ocasiones, que los fija indeleblemente en el tiempo.

¿Habrà que recordar como muestra de ello a la «hermana Marica», la traviesa hermana de cuya vida ha quedado harto escrito, ya en papeles judiciales, ya en escritos meramente anecdóticos, como en el conocido manuscrito de «Casos raros de Córdoba», cuando relata el suceso con los pajes del Obispo en las albercas de la Huerta del Alcázar?

Barbola, la hija de la panadera, es otro personaje vivo de la niñez de don Luís. El nombre de Barbola no era raro en el siglo xvi y xvii por estas tierras andaluzas. Don José de la Torre nos dice que lo ha visto varias veces en partidas de nacimiento o defunción. Nosotros, en alguna parroquia sevillana hemos topado también con otras Barbolas. La Barbola gongorina, la que dió a don Luís en su infancia tortas con manteca por hacer alguna que otra vez las cochinerías detrás de la puerta, vivió seguramente. Su evocación en el conocido romance es tan precisa que se resiste el lector a creer que sea hija de la imaginación. La lejanía del tiempo en que su evocación poética se hace, no es ya obstáculo para que pueda figurar con su mismo nombre.

Barbola tenía que ser hija de una panadera, porque entre muchachos de su edad no se puede permitir el lujo de regalar tortas de manteca. Tenía que vivir cerca de la plazuela donde jugaban los chicos del barrio. «Yo y otros del barrio que son más de treinta». Y esta plazuela, como han averiguado los cordobeses gongoristas de hoy, era la actual plazuela de las Bulas.

Pues, bien, allí al lado, en lo que hoy es calleja de Ave-roes, a espaldas del Hospital y cerca de la capilla de San Bartolomé, vivió una viuda hornera a fines del xvi, con una hija Barbola, como ha investigado la diligencia de don José de la Torre, cuya Barbola se casa años después. Todavía se conserva allí la casa del horno.

Los médicos contemporáneos de Góngora, han salido mal parados de su pluma. «Buena orina y buen color, y tres higas al doctor». Las alusiones personales son certeras. «Doctor barbado y cruel». «El doctor mal entendido, de guantes no muy

estrechos». «Hace un doctor dos de claro, de San Andrés a la Puente». Y así muchos otros. Las biografías gongorinas de los médicos cordobeses contemporáneos, son breves, pero contundentes.

¿Y aquellos otros desgraciados a quienes el Amor no fué propicio, han podido encontrar burla más cruel que en Góngora? Pobre Gil. «No vayas, Gil, al Sotillo...». Gil bien pudo ser un arrendatario de la huerta de Góngora, como sospecha don José de la Torre. El sotillo es aquella recatada alameda que hay en la Huerta a orillas del arroyo Pedroches, «el golfo de mi lagar».

¿Pues y cuando arremete con el señor del Rincón, en el que cualquiera se meara, si no le viera la cruz? ¿No podía ser el susodicho otro sino un señor eclesiástico coetáneo del poeta, cuyo nombre sale a colación en ciertos documentos cordobeses catedralicios?

Y así, en otros muchos personajes, cuyo desentrañamiento y resurrección queda para investigadores que sepan darles vida real y propia, como el Bachiller de Osuna la ha dado a los cervantinos.

No se concibe que se pueda poner tan apasionado encono como Góngora pone en muchas de sus composiciones, si no conllevaran el menudo odio pueblerino, al que Góngora ni pudo, ni quiso sustraerse. El mismo lo decía, en una de sus cartas. Nadie se fué al otro mundo dejándome a deber nada, viene a decir. De todos me cobré con usura. Era temible don Luís con la pluma en la mano.

En estos días del centenario en que la sabia erudición de mis amigos gongorinos ha dado tanta vida al tema de los personajes de Góngora, y en los mismos lugares que Góngora pasó los más largos días de su existencia, hemos rememorado su vida, y entre los detalles anecdóticos de que está salpimentada, se ha hablado tanto de los personajes que con él convivían en Córdoba, he creído que el tema — el tema sólo —, bien merecía quedar enunciado en estas páginas que han pretendido recopilar la labor del tricentenario.

RAFAEL CASTEJÓN.



Boletín de la
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba ♡ ♡ ♡ ♡



Enero a Abril 1932
Año XI, Número 34

Tipografía Artística. • San Alvaro, 17. • Teléfono 1040. • Córdoba

Carlos Rubio, historiador

En la fogosidad de su vida inquieta y bohemia, el periodista por antonomasia, el cordobés Carlos Rubio, que habló, escribió, conspiró, y dedicó todos sus fervores al rescate de la libertad para la patria oprimida, dejó una voluminosa historia escrita: la «Historia filosófica de la Revolución española de 1868».

Este libro, cuyo recuerdo me toca hacer en la conmemoración académica al cordobés ilustre, es más hijo de su época que de Carlos Rubio. Es una obra que, por su título, por el cierto deslavazamiento de sus páginas, hilvanadas periódicamente con retazos y atropellos, por la fogosidad de su texto, por el desenfado de su redacción, no podía ser más que de un político bohemio y romántico del XIX español.

Campea al frente de la obra el retrato del autor, según costumbre de la época. Cabellos crespos, barba hirsuta, aguda la mirada del ojo sano, gran solapa romántica. Para un estudio ampliamente biológico del autor, este retrato, como todos sus análogos, ayuda mucho a comprender la obra, y con ella toda su materia y el sentido de la época que describe.

Después, largas páginas de filosofía política y revolucionaria. Hace hincapié sobre todo, sin dejar de recorrer todos los movimientos revolucionarios que registra la historia, sobre todo en tiempos clásicos, en el sentido revolucionario del cristianismo. Para demostrar este aserto acarrea largas citas de los santos padres, en las que se condena la riqueza, la desigualdad social, la tiranía de los poderosos.

Cuando ya va llegando a los momentos revolucionarios de la edad contemporánea, el tono filosófico va desapareciendo para ir alcanzando tonos tremantes de la indignación. No digamos cuando describe la familia de los Borbones, cuyos estigmas degenerativos y aún criminosos, describe a grandes rasgos. Cuando llega a Fernando VII la indignación le ahoga, y sólo exhala una frase despectiva.

Como escritor liberal, de corazón ardiente y generoso, Carlos Rubio no se ceba en el caído. Pudo en su obra, habiendo sido perseguido y proscrito por los Borbones, haber volcado los tonos infamantes sobre la familia dinástica, cuando la soberana traspuso la frontera, y acaso se creyó que no volvería ella ni representante alguno de su estirpe. Pero generosamente se contiene, y esa dádiva liberal, no comprendida temperamentalmente por los espíritus reaccionarios, desvía con un altivo desdén, a veces con un caritativo perdón, la injuria recibida.

En la historia de la Revolución del 68, escrita por Carlos Rubio, hay entre otros muchos, un episodio que demuestra totalmente lo que decimos. Es el relato del fusilamiento, con honores de asesinato, de Fernández Vallín, en Montoro.

Leo los párrafos breves en que Carlos Rubio relata el episodio, porque demuestran la magnanimidad de su corazón de pura estirpe liberal. El bohemio y aristócrata periodista que era gran amigo de Carlos Rubio, juntos habían conspirado, los cenáculos y radaciones de la corte les eran fraternales, y el alevoso asesinato, de otra manera no se puede llamar, de que fué víctima Fernández Vallín, parece que debía despertar en la pluma de Carlos Rubio las más acerbas recriminaciones contra aquel general, cuyo nombre debemos dejar en el anónimo, que mató a Vallín.

Y sin embargo, este triste episodio, que en nuestros días ha narrado aún gentilmente la pluma de Valle Inclán, después de ser descrita sobriamente por Carlos Rubio, tiene en su obra esta magnánima explicación: aquello fué un acto de locura física, porque aquel general, muy poco tiempo después, murió en el manicomio.

Merece que nos detengamos aún en otro suceso cordobés de aquellos tiempos de definitivas repercusiones nacionales, desenlace de la historia y de la obra que los narra: la batalla de Alcolea.

Carlos Rubio no quiere describirla personalmente, con su sola visión objetiva, y seguro de que la posteridad buceará en tal suceso para extraer de él todas sus esencias históricas, inserta variadas narraciones, tomadas de diversas fuentes, todas presenciales, unas publicadas, otras inéditas, tomadas de esos manuscritos que para propio solaz y desahogo escriben tantos hombres, y cuyos papeles van luego a perderse en el desaliño del hogar.

Carlos Rubio, de esta manera se coloca imparcialmente frente a la batalla de Alcolea, esa batalla que también ha de describir con visión más localista otro escritor cordobés, y cuya batalla, en fin, acaso fué un esfuerzo más perdido en la historia de España.

De las consecuencias de ella acaso el mismo Carlos Rubio hubiera podido seguir escribiendo, si son ciertas aquellas maquinaciones de que se le acusa en otros sucesos no menos memorables, pero sí luctuosos que la siguieron y que también fueron trascendentales para la historia de nuestro país.

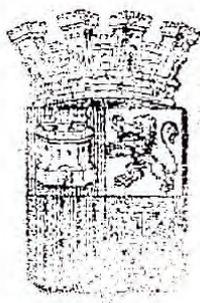
Fué, en suma, Carlos Rubio, un historiador, que hace la historia, que la vive y que la anima. Su papel de narrador es secundario, porque es bien sabido que actor y espectador no se puede ser al mismo tiempo, y para Carlos Rubio la acción histórica fué papel principal, como compete a quien fué adalid del periodismo español, y de su pluma hizo espada defensora de la libertad para la patria oprimida.

RAFAEL CASTEJÓN.



BOLETIN

de la Academia de
Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes de Córdoba



Boletín Extraordinario
Mayo a Septiembre 1932
Año XI - Núm. 35

Tipografía Artística. - San Alvaro, 17. - Teléfono 1040. - Córdoba

El acto literario

Fué el salón de Fiestas del Círculo de la Amistad, retablo sin par de toda solemnidad cordobesa, el lugar de la celebración del último acontecimiento de este Certamen de 1932.

A la hora de las once de la noche del día primero de Junio, todo respiraba en la Casa del Liceo Artístico y Literario aire de entusiasmo. Las músicas, las voces de incontables muchachas primorosamente ataviadas, el pueblo pletórico de su buen sentido estético, admirando el esplendor de luz de la sala y el abigarramiento de los trajes; todo el atruendo de las grandes solemnidades.

La Banda Municipal que interpreta el Himno de Riego anunciando la llegada de la bellísima muchacha en quien en estos Juegos Florales ha encarnado la Realeza. Entra la señorita María Luisa Pérez Hens, encantadora, plena de gracia y de majestad, llevada del brazo del Mantenedor don Rafael Castejón y Martínez de Arizala. Dos heraldos infantiles la preceden y la acompañan hasta el sitio de la Presidencia del estrado y una corte de señoritas de bello rostro, deslumbrante indumento y lindo tocado, la siguen y la escoltan: Son Rafaelita Mesa, Magdalena y Remedios Martínez, Manola Páez, Rafi Pérez Hens, Conchita Hilaria Mateos, Laurita Amo, Isabelita Alonso Cano, Carmelita y Pepita Peinado, Conchita Ezqueta y Paquita Cordón, gentilmente llevadas del brazo por el Gobernador civil, el Alcalde, El Presidente de la Comisión Gestora de la Diputación, el Coronel Fernández Burriel y los señores Amo Ramos, Sánchez Aroca, Moya, Camacho Padilla, Salinas Diéguez, Merino Castejón, Aumente Barazal y Guerrero García del Busto. También subió al escenario presidencial, el Secretario del Certamen señor Villa y Ruiz de Bustamante.

La voz del Alcalde de la Ciudad, don Francisco de la Cruz Ceballos, se dejó escuchar de modo elocuente para abrir el acto. Expresó con frase cordial su agradecimiento por tanto y tan distinguido concurso de pueblo al festejo de cultura, aludiendo a la preocupación que siente el Ayuntamiento de su Presidencia por el bienestar de Córdoba en todos sus aspectos y como él, el primer magistrado de la ciudad, había deseado vivamente la celebración de estos Juegos Florales de 1932, como medio de público

enaltecimiento de la excelsitud física de la mujer cordobesa. En nombre de la Ciudad rindió pleito homenaje a la Reina del Certamen, único reinado que los republicanos reconocen: el de la belleza. Expresó su gratitud a las damas de honor, estudiantes, prensa, señores que actuaron en los Jurados, miembros de la docta y vieja Academia y a todos, en fin, cuantos cooperaron a la mayor brillantez de este singular acontecimiento. Por último dedicó caluroso elogio al Mantenedor señor Castejón y acabó con los más fervientes votos porque, en adelante, esta Fiesta de los Juegos Florales sea cada año el exponente del progreso y la cultura de la Ciudad.

Larga ovación subrayó las palabras del señor Cruz Ceballos.

Seguidamente el Secretario don Buenaventura Villa y Ruiz de Bustamante, entregó a la señorita Pérez Hens, el sobre que contenía el nombre del poeta premiado, para que por la Reina fuese proclamado, como de costumbre. La bella Presidenta del acto, leyó la tarjeta de don Lope Mateo, laureado poeta y abogado de Madrid, y como se hallaba el señor Mateo ausente, la Reina entregó la flor natural al Alcalde, que le representaba. Coronamiento de esta proclamación fué la lectura hecha de modo insuperable de la poesía premiada, por el señor Villa y Ruiz de Bustamante.

Después, se escuchó la designación de don José Vicente Orti Muro, poeta también de Madrid y también ausente del acto, para recoger el accésit que en el tema 1.º habíale correspondido.

Aseguida ocupó la tribuna el gran poeta cordobés Francisco Arévalo, a quien se le galardonaba con premio extraordinario por su maravillosa poesía «Cuadro flamenco» que magistralmente leída por su genial autor, mereció calurosísimo aplauso de la concurrencia entusiasmada.

Continuó la fiesta con la lectura por el Secretario de los Temas concursados y con la subsiguiente proclamación por las Damas de Honor de la Reina, de los nombres de los autores premiados. Cada enunciación iba seguida de una salva de aplausos, que se repetían al adelantarse el galardonado hasta la Presidencia a recibir su premio.

Cerró el acto, el verbo cálido y vibrante de don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, con una pieza oratoria de subido valor, cuya síntesis va más adelante para que mejor pueda ser saboreada.

El fin de fiesta fué un baile iniciado con el desfile de la Reina del brazo del Mantenedor, a los acordes del Himno Nacional y en medio de un entusiasmo clamoroso.

Bien entrada la madrugada, salieron los concurrentes de la sala máxi-

ma del Círculo de la Amistad, luego de haber afianzado para Córdoba el dictado legendario: «Clara fuente de sabiduría».

EL DISCURSO
DEL MANTENEDOR

La Academia de Córdoba deseosa de que los Juegos Florales tuvieran el colofón digno al éxito alcanzado, encomendó a don Rafael Castejón el discurso de Mantenedor.

De todos es conocida la brillante oratoria del señor Castejón y no seremos nosotros los que pretendamos decir aquello que todos los que han escuchado su palabra florida conocen y aprecian. Hubiéramos querido reproducir íntegra la hermosa oración; pero nos ha sido imposible, pues fruto de la inspiración del momento, nuestro compañero no guardó notas que hubieran podido servirnos que guión. Por eso reproducimos lo que al día siguiente de la celebración del hermoso acto apareció en los periódicos de a localidad, lamentando el tener que privar a nuestros lectores de las galas de las bellas canciones que a la mujer, al amor y a la poesía, entonó el señor Castejón.

REINA Y SEÑORAS MIAS:

Cuentan las viejas y doradas historias de nuestra ciudad que, un día entre los días, el Califa de Córdoba recibió en los magníficos aposentos de aquella Medina Az-Zahra, que nos describen como un cuento de las «Mil y una Noches», a una embajada de los príncipes cristianos, sus feudatarios, y que, para darles la bienvenida, comisionó a uno de los hombres más ilustres y orador más florido de su imperio; pero éste, al ir a tomar la palabra, enmudeció, presa del amarillo azoramiento de la emoción. El Califa, contrariado, ordenó que hiciera el saludo otro ilustre orador de su corte, quien también se excusó con frase entrecortada. Y entonces, el Juez de Córdoba, hombre sapiente, pero lleno de modestia, se adelantó y dijo: Señor, para cantar tu gloria, mi pobre pecho encontrará alientos jubilosos, para ensalzar tu poderío mi humilde mente hallará la imagen necesaria, y para reverenciar los dones con que Dios premió tu reino, me bastará pedir ayuda a los fértiles sembradíos, a los vivos colores de los campos, al ganjeo de los pájaros y al sonoro murmurar de las fuentes.

Y yo también, reina y señoras, el último a quien la suerte señaló con su venturoso dedo, para que viniera a loar vuestra belleza, a cantar vuestras virtudes, y a glosar vuestra discreción y donosura, no habré de esforzarme en ello un punto, porque todos a coro, como los pájaros en los

campos saludando al alba, o como las humildes florecillas de los prados al inclinarse al soplo de la brisa, somos rendidos esclavos de todas aquellas prendas que el Criador depositó en vosotras.

No creáis que el elogio que os dedico es encendido ni extremo. Es que sé que la fiesta que hoy celebramos después de otras muchas en que se premiaron y exhibieron el trabajo de los hombres fecundando los productos de la Naturaleza, es Fiesta de Poesía, y para empezar a comprender la Poesía, como para sentir sus encantos, no hay sino inspirarse en las musas, de las cuales sois vosotras el más fiel y redivivo trasunto.

La poesía nació al cantar los encantos femeninos, y sin la Mujer, la Poesía no existe. Por eso, esta fiesta de literatos y poetas es para vosotras, que en vuestros virginales encantos tenéis, como el aroma las flores, el escondido secreto rimado de la armonía que enciende el númen en cálidas y versificadas endechas.

Aceptad la ofrenda, reina y señoras mías, y sean una vez más los Juegos Florales, la fiesta que, para cantar la Poesía, la simboliza en la Mujer, de la que sois vosotras fragantes capullos.

Sólo por ésto, los Juegos Florales tienen entre nosotros cumplida carta de naturaleza. ¿Quién fué el que dijo que fuera de la vieja Provenza los Juegos Florales eran cosa exótica? No sería ciertamente por la belleza de las damas, ni por la inspiración de los poetas, ni por la abundancia de literatos, ni por el sentimiento estético del pueblo, ni por alguna otra condición de la que ciertamente no sabríamos encontrar causa de envidia los que nacimos en este valle bético, y aún contamos en la hermandad del paisaje a un Lucano, a un Mena, a un Góngora o a un Rivas, todos ellos claro ejemplo y efecto cierto de los factores apuntados.

Los Juegos Florales se hacen siempre en honor y en alabanza de las damas. Recogemos el premio al talento, a la sabiduría y a la bondad para ponerlo a los pies de vosotras.

Hizo historia de los Juegos Florales. En el siglo XII, en el país provenzal se le ocurrió a una ilustre dama dar una violeta de oro al poeta más inspirado, y para distribuir el premio nació la fiesta poética por excelencia. A principios del siglo pasado se estableció en España la costumbre de celebrar Juegos Florales, pero ello no era sino un remedo de lo que se había hecho en Córdoba. La fiesta tiene raigambre cordobesa, porque Clementina Isaura, que tal era la dama que en la Provenza instituyó el premio de la violeta de oro, era hija de uno de los últimos Abderramanes.

Los Juegos Florales tienen tradición andaluza y de Andalucía se extendieron por todo el mundo.

Fué aquí en Córdoba donde por primera vez se cantó a la patria, a la Fe y al amor.

Fué de aquí, de donde salieron los poetas de la vieja Roma. De aquí fueron a la patria de los Césares, y los romanos vinieron a Córdoba a inspirarse en la belleza de nuestro suelo.

Continuó hablando de la tradición poética de Córdoba. En la lengua de Cervantes—agregó—escribieron sus poesías Góngora, el Cisne de oro y el duque de Rivas, el duque romántico, que hasta en su destierro lloraba al recordar a Córdoba y la enaltecía con su métrica y con su inspiración, haciendo que el nombre de nuestra ciudad se esparciera por todos los continentes.

¡Cuánta tradición poética hay en este viejo solar! Esta patria cantada en los Juegos Florales es una patria para alentarla con el númen del poeta que ni reconoce límites ni tiene fronteras, sino que se extiende por todos los ámbitos del mundo.

Los mantenedores de los Juegos Florales cantaron siempre a la Fe y lo seguirán cantando porque la fe es la que inspira, la fe es la que alienta, la fe es la que sostiene.

Hay que tener fe en la virtud y vosotras la representais como nadie. Hay que tener fe en la verdad, en el trabajo, en las ilusiones y en la espera. La fe alienta a los hombres y por la fe se atreven a las mayores empresas. Por la fe España descubrió un mundo nuevo y se extendió por todo el Universo.

Había que cantar al Amor, y para ello nadie mejor que los poetas. La poesía es un sentimiento amoroso. El que no ama no puede ser poeta. Los poetas sienten el amor en todas sus manifestaciones y lo expresan en sus versos. Ahora más que nunca hay que hablar del amor.

Lo mismo que en el verano se agotan las flores y luego en la primavera vuelven a salir brindando sus aromas, así también en el alma del hombre nace el amor, unas veces hacia la madre, otras hacia la esposa. En los Juegos Florales es la reina la madre del poeta. El amor viene siempre a la mujer, que es la que llena la vida de consuelo.

Saludo esta noche aquí a la gran aristocracia porque de las tres aristocracias que hay, la de la sangre, la del dinero y la del talento, esta es la más suprema. (Gran ovación que dura largo rato).

Todo esto—dijo, dirigiéndose a la reina y a su corte de de honor—lo pongo a vuestros pies.

Vosotras sois la patria, la fe y el amor.

Cuando los hombres dan su vida por la patria las últimas palabras que pronuncian van dirigidas a la mujer amada. Cuando el escultor quiere tallar una obra de arte pone su fe en vosotras.

Vosotras, bellas mujeres, sois la flor del contento de la vida.

En las fiestas nos ilumináis como antorchas. Para vosotras rendidamente nuestro corazón y nuestro cerebro. A vuestras plantas reina y señora mía

El bellissimo discurso del señor Castejón fué premiado con una larga y clamorosa ovación y recibió muchas felicitaciones, a las que muy cordialmente sumamos la nuestra.



Por causas ajenas a la voluntad de la Academia, no podemos publicar el trabajo que obtuvo el primer premio correspondiente al tema núm. 15.

BOLETIN de la
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba ~ ~ ~



JULIO A SEPTIEMBRE 1955
AÑO XIV - - - NÚM. 46

Tipografía Artística.-San Alvaro, 17.-Teléfono 1040.-Córdoba

Crónica del VIII Centenario de Maimónides

I EL CENTENARIO EN ESPAÑA

La Academia de Córdoba, firme en sus propósitos de honrar a los hombres que, nacidos en nuestra ciudad, han contribuido a que se pueda decir de ella «de sabiduría clara fuente», comprendió que al llegar el año 1935, fecha en que se cumplió el VIII centenario del nacimiento de uno de sus hijos más ilustres, había necesidad de organizar una serie de actos que pusieran de relieve estas dos cosas: el valor efectivo de Maimónides en la ciencia española, no menguado, sino antes bien aumentado al pasar del tiempo, y la vigilancia de esta casa, atenta siempre a los problemas de cualquier índole, de la cultura.

Al igual que en otras ocasiones,—y habían sido las más recientes las de la celebración en el 1927 del Centenario de Góngora, que llevó a todos los horizontes de España la figura del egregio poeta, y singularmente a los pueblos de nuestra provincia, en los que resonaron las pulquérrimas estrofas con toda su armonía, y en el 1929, del Milenario del Califato, de resonancia mundial, pues aun, pasados casi veinte años, se suelen recibir peticiones de aquel Boletín, editado con fortuna, y del que hace más de diez años se agotaron todos los números—al igual que en otras ocasiones, repetimos, quisimos celebrar la fecha con unas fiestas especiales.

Al efecto, nombrada una comisión del seno de la Academia y puestos al habla con las autoridades cordobesas y con las *fuerzas vivas intelectuales*, y después de algunas sesiones en las que se debatió sobre el asunto largamente, se llegó a las siguientes conclusiones: Solicitar del Gobierno de la República la colaboración y lanzar un manifiesto a la opinión pública.

He aquí el manifiesto, que fué editado en español, francés e inglés:

ועידה המטפלת לחוג את
חג מלאת 800 שנה ללידת
1135 הרמ"בם [שיחול ביום 30/3/35] 1935
בעיר מולדתו קורדובה
(ספרד)

La ciudad de Córdoba, en relación con otros organismos de España y del extranjero, desea conmemorar el VIII centenario del nacimiento de uno de sus más ilustres hijos, el gran filósofo Rabí Moisés ben Maimón, a quien el mundo culto conoce generalmente por Maimónides.

El 30 de Marzo de 1135 nació este gran sabio, luminar del pensamiento religioso hebraico, que con su obra cumbre «Guía de los Descarriados», así como la llamada «La mano fuerte», y otros escritos, al mismo tiempo que marcó una profunda estela en la historia de su credo religioso («la más grande de las estrellas fijas», le llaman sus biógrafos e historiadores), acreditó la fecundidad del suelo andaluz en la producción de hijos inmortales que han hecho imperecedero el nombre de la madre España.

La vida ejemplar de Maimónides, que en su destierro a Egipto, motivado por la invasión almohade en España, y ejerciendo el cargo de médico cerca del sultán Saladino, dió siempre muestra de su sabiduría y de la alteza de su vivir, hasta que le sorprendió la muerte el año 1204, siendo enterrado en Tiberiades, es también feliz expresión de una existencia genial y excelsa.

Córdoba, su ciudad natal, que en todo tiempo se mostró orgullosa de contarle entre sus más preclaros hijos, al par de Séneca, de Osio, de Averroes, filósofos y definidores de credos religiosos, aprovecha la ocasión que le ofrece el VIII Centenario de la fecha de su nacimiento para exaltar su recuerdo y su gloria y para mostrarlo con amor de madre a la admiración de la humanidad y de las generaciones presentes y venideras.

Festividades literarias que glorien la fecha, publicaciones que la recuerden, conmemoraciones en piedra que sirvan de perenne mues-

tra de exaltación popular, fundación de instituciones culturales y actos análogos que se realizarán al par de otros que se lleven a cabo en Madrid, en Egipto y en otros lugares del mundo que glorifican la fama universal de Maimónides, serán el homenaje que Córdoba, la cuna del gran filósofo judío medieval, dedique a la memoria del que es por derecho propio un luminar de la cultura y del pensamiento.

Córdoba, Agosto 1934.

Bernardo Garrido, Alcalde de Córdoba; Pablo Troyano, Presidente de la Diputación Provincial; Antonio Jaén, Director del Instituto Nacional de 2.^a Enseñanza; Antonio Gil Muñiz, Director de la Escuela Normal de Maestros; José Amo, Director de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes; Rodrigo Barasona, Decano del Colegio de Abogados; Leandro González Soriano, Presidente del Colegio de Médicos; Victoriano Chicote, Director de la Escuela de Artes y Oficios; Rafael Castejón y Martínez de Arizala, Director de la Escuela de Veterinaria; Perfecto García Conejero, Catedrático del Instituto; José Manuel Camacho Padilla, Catedrático del Instituto.

El Gobierno de la República acudió a nuestro llamamiento con el siguiente Decreto:

«Presidencia del Consejo de Ministros.—Orden Circular.

Éxcmo. Sr.: El día 30 de Marzo próximo se cumplirá el VIII Centenario del nacimiento del gran humanista judío Moisés Ben Maimón, conocido generalmente en la Historia por el nombre de Maimónides, cuya influencia en la cultura medieval es timbre de gloria para España, y singularmente para Córdoba, patria del ilustre rabino.

Sería ocioso recordar la importancia de la obra de este insigne erudito, que destacó, no solo en la concepción filosófica de la religión hebrea, sino en la misma filosofía humanística de la Edad Media, abriendo horizontes nuevos al pensamiento en los campos de la medicina, la astronomía, las matemáticas y las lenguas orientales, especialmente en el estudio del hebreo.

La República, atenta siempre a tributar homenaje de admiración a la memoria de aquellos hijos de España que engrandecieron su nombre y lo llevaron más allá de sus dominios, quiere rendirle asociándose a la idea del Comité organizador del VIII Centenario de Maimónides, de exaltar la figura del filósofo, cuyo nacimiento se conmemorará en aquella fecha.

Y con tal motivo, esta Presidencia, de acuerdo con el Consejo de Ministros, ha tenido a bien disponer lo siguiente:

1.º Se concede carácter oficial a todos los actos que organice el Comité residente en Córdoba, encargado de la conmemoración del VIII Centenario del nacimiento de Maimónides.

2.º El Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes entenderá en todo lo relacionado con la celebración de dicho Certamen, a cuyo mejor éxito cooperará asimismo el Patronato Nacional de Turismo.

Madrid, 8 de Diciembre de 1934.—Alejandro Lerroux.

«Gaceta de Madrid», n.º 349, 15 Diciembre 1934»

En vista de ésto, se nombró el siguiente Comité de Córdoba, en el cual se adelantó un Programa Oficial, de lo que pudieran ser las Sesiones del homenaje:

«VIII Centenario de Maimónides, 1935-30 Marzo-1935, Comité de Córdoba (Declarado Oficial por Orden del Gobierno de la República de 8 de Diciembre 1934 «Gaceta» del 15).—Patronato de Honor: S. E. el Presidente de la República, Excmo. Sr. D. Niceto Alcalá Zamora; Presidente del Consejo de Ministros, Excmo. Sr. D. Alejandro Lerroux; Presidente de las Cortes, Excmo. Sr. D. Santiago Alba; Ministro de Estado, Excmo. Sr. D. José Rocha; Ministro de la Gobernación, Excmo. Sr. D. Eloy Vaquero; Ministro de Instrucción Pública, Excmo. Sr. D. Joaquín Dualde; Subsecretario de la Presidencia, Excelentísimo Sr. D. Guillermo Moreno Calvo; Subsecretario de Gobernación, Excmo. Sr. D. Joaquín de Pablo Blanco; Comisario de España en Marruecos, Excmo. Sr. D. Manuel Rico Avello; Rector de la Universidad de Madrid; Decanos de las facultades de Filosofía de Madrid, Sevilla y Granada; Directores de las Academias Nacionales de Ciencias Morales y Políticas, de Legislación y Jurisprudencia, de Medicina, de Historia y de Bellas Artes; Director general de Seguridad; Secretario general del Patronato Nacional de Turismo; Presidente del Tribunal Rabínico de Tetuán, Dr. León Jaifón; D. José Ortega y Gasset; D. Gregorio Marañón; D. Miguel de Unamuno; Director de la Biblioteca Nacional, D. Miguel Artigas, Presidente del Comité de Madrid, D. Cristóbal de Castro; Gobernador civil de Córdoba, Excelentísimo Sr. D. José de Gardóqui.

Programa Oficial de los actos que se celebrarán en Córdoba; 25 de Marzo, Lunes. Al mediodía, recepción oficial de Delegados e invitados por el Excmo. Ayuntamiento de la ciudad y apertura de los

actos del Centenario Por la tarde, solemne sesión conmemorativa, organizada por la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.—26 de Marzo, Martes. Conferencia sobre Córdoba contemporánea de Maimónides, por el Director de la Escuela de Estudios Arabes de Granada, don Emilio García Gómez. Inauguración del Museo-biblioteca de Maimónides.—27 de Marzo, Miércoles. Conferencia sobre la filosofía de Maimónides, por el Catedrático don José Gaos, de la Facultad de Filosofía de Madrid. Excursión a Medina Az-Zahara.—28 de Marzo, Jueves. Conferencia sobre la Medicina de Maimónides, por el Dr. D. José Goyanes, organizada por la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba. Festividad literaria poética en la Sierra de Córdoba, por los alumnos de Literatura del Liceo Séneca.—29 de Marzo, Viernes. Conferencia a cargo del Dr. David Baumgardt, Profesor de Filosofía en la Universidad de Berlín, organizada por la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Sesión conmemorativa en el Conservatorio de Música.—30 de Marzo, Sábado. Acto de clausura del Centenario, con sesión, a la que está invitado S. E. el Presidente de la República y miembros del Patronato de Honor.—En honor a los asistentes a las fiestas del Centenario, la ciudad organiza diversos festejos populares.

Comité organizador de Córdoba: Alcalde de Córdoba, D. Bernardo Garrido de los Reyes; Presidente de la Diputación Provincial, D. Pablo Troyano; Director de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, Dr. D. José Amo Serrano; Director de la Escuela Superior de Veterinaria, D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala; Director del Liceo Séneca, D. Antonio Jaén Morente; Director de la Escuela del Magisterio, D. Antonio Gil Muñiz; Decano del Colegio de Abogados, D. Rodrigo Barasona; Presidente del Colegio de Médicos, D. Leandro González Soriano; Director de la Escuela de Artes y Oficios, D. Vicente Orti Belmonte; Director del Hospital Provincial, Dr. D. Emilio Luque; Catedrático de Filosofía, D. Perfecto García Conejero; Catedrático de Literatura y Hebreo, D. José Manuel Camacho; Catedrático de Arte, D. Victoriano Chicote; Delegado de Bellas Artes, D. Enrique Romero de Torres; Director de la Academia de Ciencias Médicas, Dr. D. José Navarro; Director del Conservatorio de Música, D. Rafael Vidaurreta; Delegado de la Junta Provincial del Turismo, D. Antonio Sarazá».

Al mismo tiempo se establece en Madrid una Junta Central en la forma siguiente:

Presidente: Cristóbal de Castro.—Vocales: Eduardo Barriobero, Pedro de Répide, Olga Briceño, César Juarros, General Castro Girona, Concha Espina, Ignacio Bauer, Ramón Gómez de la Serna, Manuel L. Ortega, Antonio de Hoyos y Vinent, Moisés H. Azarcot, Francisco Pérez Asencio, Manuel Hilario Ayuso.

En la primera Junta se tomaron los acuerdos siguientes;

«La conmemoración del IV centenario de Maimónides.—La Junta Central de la conmemoración del IV Centenario de Maimónides ha celebrado sesión, bajo la presidencia de don Cristóbal de Castro, asistiendo los señores don Dionisio Pérez, doña Olga Briceño, don César Juarros, general Castro Girona, don Manuel L. Ortega, don Antonio de Hoyos y Vinent, don Francisco Pérez Asencio, don Manuel Hilario Ayuso y don Eduardo Barriobero.

Adoptaron los siguientes acuerdos:

Primero.—Iniciar las conferencias sobre Maimónides. Día 2 de febrero, doctor César Juarros; día 12 de febrero, doña Olga Briceño, día 22 de febrero, don Pedro de Répide; día 1 de marzo, don Francisco Vera; día 15 de marzo, doctor García del Real.

Segundo.—Celebrar el día 27 de marzo, un solemne acto, al que serán invitados el Gobierno, las Academias de la Historia, Ciencias Morales y Políticas y Medicina, el Ayuntamiento y la Diputación de Córdoba, patria de Maimónides, los representantes de la Junta del homenaje en Córdoba y las Comunidades de Marruecos.

Tercero.—Designar a don Manuel Hilario Ayuso para que dé en Córdoba una conferencia sobre Maimónides.

Cuarto.—Asistir todos los miembros de la Junta Central que lo deseen a los actos que se celebrarán en Córdoba.

Quedaron enterados los reunidos de varias comunicaciones recibidas, de Comunidades de todo el mundo sefardí; del Consejo Comunal Israelita de Tetuán; de la Junta del homenaje constituida en Tánger; de la Legación de España en Sofía (Bulgaria), participando que en aquella capital la representación diplomática de España, en unión de la colonia sefardí, rendirán homenaje al insigne cordobés; de don Abraham Elmaleh, miembro del Ejecutivo del Consejo Nacional de Palestina, adhiriéndose al homenaje y prometiendo su asistencia en los actos que han de celebrarse; de don Miguel Alvarez Salamanca y del miembro de la Junta Central don Moisés H. Azarcot, que se halla en Marruecos, donde ha desarrollado una meritoria labor.

Y en Córdoba, como cuestión previa, la Academia convocó un Concurso Literario, en estos términos:

«VIII Centenario de Maimónides 1135-30 Marzo 1935.—Comité de Córdoba.—Concurso Literario.—El Comité organizador en Córdoba de los actos conmemorativos del Centenario del nacimiento de Maimónides, abre concurso público entre todos los escritores de lengua española, para premiar tres trabajos literarios, sobre los temas siguientes: «Maimónides, filósofo; Maimónides, médico; Bibliografía de Maimónides».

Cada uno de estos trabajos o memorias podrá ser premiado con quinientas pesetas, ofrecidas respectivamente por la Academia de Córdoba, por entidades médicas y por los centros de enseñanza de la capital.

Los trabajos que han de acompañar en sobre cerrado el nombre y señas del autor, serán dirigidos, antes del 1.º de Marzo de 1935, a la Cátedra de Hebreo del Instituto Nacional de segunda Enseñanza de Córdoba, y serán apreciados por un jurado de Catedráticos españoles.

El Comité organizador reserva a la Academia de Córdoba el derecho de publicación de los trabajos premiados.

Este concurso literario constituye uno de los varios puntos del programa conmemorativo del VIII Centenario de Maimónides, el ilustre hijo de Córdoba. Para más detalles del mismo, puede dirigirse correspondencia a la mencionada Cátedra de Hebreo del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Córdoba.

Por el Comité organizador: José Manuel Camacho Padilla, Rafael Castejón.

Córdoba y Noviembre de 1934.

Al mismo tiempo, en muchos lugares del mundo, nace el deseo de honrar al filósofo judío-español. De todas partes recibimos palabras de aliento y felicitación.

En Tiberiades se publica un encendido llamamiento al pueblo judío, para pedirle colaboración en las honras que se han de ofrecer a Rambam, escrito en el cual se incluyen una profecía de la tumba de Rambam, tal como estaba en 1927; otra, después de esa fecha, en que el ilustrísimo Sr. D. Ignacio Bauer, Presidente de la Comunidad judía de Madrid, y sus amigos, ofrendaron un magnífico monumento en honor al sabio español, y un plano del Barrio «Maimonia», en

Tiberiades, con la señal del sitio en donde está la tumba del filósofo, dijo el

«Diario de Córdoba, núm. 28939.—En memoria del gran Maimónides (Rambam).—Cálido llamamiento lanzado por la Comunidad sefardí de Tiberiades.—La ilustre ciudad de Córdoba, cuna del preexcelso varón, debe atender generosamente la llamada.—El señor Alcalde y los jefes de la Comunidad sefardí de Tiberiades (Palestina), en cuyo término se encuentra la tumba del gran Maimónides, nos ruegan la inserción de un llamamiento, del cual solo publicamos los párrafos principales, por sernos imposible, por su gran extensión, el publicarlo íntegro.

Con los títulos que anteceden publica el siguiente interesante escrito la revista hispano-sefardí titulada «Renacimiento de Israel», que ve la luz en Tánger

Dice así el documento:

A TODOS NUESTROS HERMANOS:

El nombre preclaro de nuestro excelso maestro, el Rambam o Maimónides, lumbrera de Israel, es tan conocido que sería superfluo enumerar sus cualidades y méritos para hacer su elogio. Sería lo mismo que si intentáramos hacer el panegírico del Sol brillante del medio día. El conocido adagio usado por los sabios de su época, que decía: «de Moisés hasta Moisés (Maimónides) no hubo otro, como Moisés», es suficiente para darnos una idea de la magnitud del respeto que el pueblo le profesaba, al compararle con Moisés, nuestro divino legislador.

Y no solamente el pueblo hebreo venera la memoria de aquel coloso de la ciencia y de la sabiduría, sino también lo veneran otros pueblos, particularmente el pueblo español, el cual le coloca en el número de sus legítimas glorias nacionales. La ciudad de Córdoba—según nuestras noticias—ha erigido, hace algunos años, un monumento conmemorativo en honor de su glorioso hijo y el Gobierno de España se propone traducir al castellano sus numerosas obras.

El célebre escritor español Gómez Carrillo, que visitó Tiberiades el año 1912, escribió en la Prensa lo que sigue:

«¡Maimónides! No hay en los países orientales quien no pronuncie este nombre con la más augusta emoción. Cristianos, judíos y musulmanes tienen conocimiento de ese varón sublime.

Solamente nosotros, los españoles, casi no sabemos nada de él, apesar de haber intervenido tan intensamente en los acontecimientos de la Edad Media. Sabemos que era un insigne filósofo y teólogo, un gran legislador, pensador, médico, etc., etc.; pero no basta. Para tener una idea exacta de su inmenso valor moral, hay que visitar su tumba en la Tierra Santa, en la que están concentradas todas las esperanzas del pueblo israelita y donde el nombre de Maimónides resplandece como el de Moisés, hijo de Amram. Los judíos sefardíes acuden de todos los rincones del país a postrarse y a orar junto a esa santa tumba como junto a la tumba de un profeta de Dios. Los pobres de Tiberiades no cambiarían nunca esta santa piedra por todos los tesoros de Jerusalén. Sin embargo, no debe creerse que el nombre de Maimónides es venerado en estos lugares solamente, puesto que todos los historiadores hebreos lo colocan a la cabeza de las grandes lumbreras del pueblo judío y todas las Comunidades hebreas admiran y respetan las obras del Rambam como a la Ley de Moisés.

«Cuando a la edad de treinta años fué obligado a emigrar de España a causa del fanatismo religioso de los árabes, encontró a sus correligionarios en todas partes en una situación horrible. Ninguna conexión moral existía entre ellos. En cada Sinagoga y Yeshibá interpretaban la Mishná y el Talmud a su manera, predominando, además, la superstición entre las masas del pueblo. Entonces se levantó Maimónides, como Moisés, el primero, y unió todos los espíritus, ideas y pensamientos, creando su obra monumental, «Guía de los extraviados» que hasta hoy sirve de base a la filosofía religiosa y judía.

«Este es nuestro salvador», dicen los hebreos que se arrodillan ante su tumba. Y, en efecto, tienen razón, por que él les salvó de la descomposición moral.

«Pero España, que no guarda sus restos, debía al menos honrar la memoria de uno de sus hijos más ilustres y eminentes.

«En la cumbre de nuestro Parnaso, por encima de todos nuestros filósofos y poetas, hay que colocar a Maimónides, y en nombre de toda España yo me arrodillo y digo:

«Tú, el más grande de los investigadores, perdónanos por haberte olvidado durante ochocientos años; pero ya ha llegado la hora en que tu memoria comienza a brillar de nuevo en Córdo-

ba, que hoy te llama y mañana te venerará como al mejor y más eminente de sus hijos esclarecidos, cuyo número no es pequeño».

A continuación, y después de lamentarse amargamente los firmantes del estado de abandono en que todavía se encuentran los lugares próximos del sagrado recinto donde yacen los restos del Ramban y del santo «Tanná» Rabí Yohanán ben Zaccai, enumeran las obras que el Comité Maimónides tiene ya ejecutadas en los últimos diez años y las obras y adquisiciones que quedan todavía por ejecutar.

Entre las obras ya realizadas se citan especialmente el magnífico mausoleo construido hace unos tres años sobre la tumba del Maestro a expensas del ilustre patricio madrileño don Ignacio Baüer y de varios amigos suyos.

Las obras que el Comité Maimónides se propone realizar, y para ello solicita el generoso concurso de todos, son:

Primera.—Construir un magnífico templo junto al recinto de las tumbas.

Segunda.—Edificar, anejo a la Sinagoga, un Instituto (Yeshibá) de estudios talmúdicos superiores; y

Tercera.—Adquirir los terrenos y antiguas construcciones colindantes con el pequeño cementerio que aún pertenecen a personas extrañas para convertirlos en jardines y alamedas.

(En un pequeño mapa unido al documento que nos ocupa, se señalan, entre otros desplazamientos, las tres parcelas de terreno que hay que rescatar).

El presupuesto para las obras y adquisiciones mencionadas, se calcula que ascenderá a 17.000 libras esterlinas.

Firman el llamamiento el Rabí Jacob Hai Zrihen, Gran Rabino de Tiberiades; el señor Zaccai Elhadef, alcalde de la ciudad; los notables de la Comunidad sefardí y los miembros del Comité Maimónides.

Observaciones: Los nombres de los donantes serán publicados periódicamente en la prensa.

Los nombres de los que contribuyan con una suma mayor de veinte libras esterlinas serán grabados en placas de mármol dentro de la Sinagoga, para recuerdo eterno.

Dirección para la remesa de fondos: Mr. X. Elhadef, Mayor o Rabbi B. Toledano.

for Moimónides Memorial.

Tiberias, (Palestina).

N. de la R.—Abrigamos la firme esperanza de que la Excelentísima Corporación municipal y las instituciones culturales de Córdoba se apresurarán a contribuir con largueza a la obra nobilísima de glorificar la memoria de uno de los más insignes hijos de esta ilustre e histórica ciudad.

Igualmente esperamos que nuestros correligionarios de la Zona española, Tánger, Gibraltar y Lisboa contribuirán generosamente a la obra de honrar el recuerdo del gran Zadik, Meor ha-golá Rabenu Moshé bar Maimón, Viyehi ratsón she-tishrá chekkiná bemaasé yadenu, que-birkhat Mohsé Rabenu. Amén».

Pasado el plazo reglamentario, se reunieron los señores del Jurado para dictaminar sobre el Concurso literario.

He aquí el fallo:

«Concurso literario.—Reunidos los señores que forman los Jurados para calificar los trabajos presentados al Concurso literario que se convocó con el fin de premiar algunos trabajos relativos a la gran figura de Maimónides, y después de detenido estudio y amplia deliberación, como todos ellos anuncian en las Actas en donde constan el fallo recaído, determinan:

1.º Que el premio relativo al tema «Maimónides filósofo» quede desierto. Firman este Acta D. Perfecto García Conejero, D. Félix Romero y D. José Manuel Camacho.

2.º Que el premio ofrecido al tema «Maimónides médico» queda también desierto. Firman el Acta D. José Navarro, D. Emilio Luque y D. Leandro González Soriano.

3.º Conceder el premio ofrecido al tema «Bibliografía de Maimónides» al trabajo presentado con el lema «Aleph». Abierta la plica resultó ser el autor D. Francisco González Quijano, domiciliado en Madrid, Serrano, 57 moderno. Firman el Acta D. Antonio Gil Muñoz, D. José de la Torre y del Cerro y D. Samuel de los Santos Gener.

Córdoba, 27 Marzo de 1935.-El Comité de Córdoba».

Llegada la época de la celebración del Centenario, las sesiones se celebraron definitivamente con arreglo al siguiente Programa:

«Comité organizador del VIII Centenario de Maimónides.—

Córdoba, Marzo 1935.—Tarjeta de Invitación.

25 Marzo.—Doce mañana. Salón Capitular del Excmo. Ayuntamiento: Recepción oficial.—Siete tarde. Círculo de la Amistad: Sesión de la Academia de Córdoba y conferencia de D. Antonio Jaén.

26 Marzo.—Once mañana. Círculo de la Amistad: Conferencia de D. Emilio García Gómez.—Doce y media mañana. Sinagoga: Descubrimiento de la lápida.—Diez noche. Diputación: Cantos populares en honor de los asistentes.

27 Marzo.—Once mañana. Círculo de la Amistad: Conferencia de D. José Gaos.—Cuatro tarde: Excursión a Medina Azahara.

28 Marzo.—Once mañana. Círculo de la Amistad: Conferencia de D. José Goyanes.—Cuatro tarde. Huerta de los Arcos: Festividad literaria.—Diez noche: Velada en el Conservatorio de Música.

29 Marzo.—Once mañana. Círculo de la Amistad: Conferencia del Dr. David Baumgardt.—Cuatro tarde. Fiesta campera en honor de los asistentes, en Córdoba la Vieja

30 Marzo.—Al medio día, en el Círculo de la Amistad, sesión de clausura.—Diez noche: Verbena ofrecida en el Círculo de la Amistad, en honor de los asistentes.

Esta tarjeta será precisa para asistir a cualquiera de los actos señalados, salvo las indicaciones que se hagan especialmente para cada uno de ellos*.

Algunas de ellas tuvieron esta extensión:

«Fiesta literaria en la Huerta de los Arcos.—Recital de Poesías.—Programa.—a) Presentación y saludo, por Pedro Palop.—b) Rafael Castejón. Marcha triunfal, de Ruben Dario.—Rafael Castejón. «Írme quero», del Romancero judeo-español.—c) Laura Amo. Las fuentes de Granada, de Francisco Villaespesa.—Laura Amo. Romancé del Cid, del Romancero judeo-español.—d) José Barrera. Compuerta, de Luis Chamizo.—José Barrera. Ven aquí, del Romancero judeo-español.—e) Carmen Fz. Noá. La Buena-ventura, de Muñoz y Pavón.—f) José Pacios. Dicho me han dicho, del Romancero judeo-español.—José Pacios. El embargo, de J. M. Gabriel y Calán.—g) G. García Gill. En delantera de gracia, de Cristóbal de Castro.—G. García Gill. La colmeneruela, de Luis de Góngora.—h) Consuelo Muela. Er Piyáyo, de Carlos de Luna.—h) Consuelo Muela. Andalucía, de Agustín González. En Andalucía intervienen también Matuja Sagrado, Juan Moreno,

canto y Luis Merino, guitarra.—Todos los que toman parte en este Recital, son alumnos del Instituto Nacional y del Colegio de la Asunción, de Córdoba.

Fiesta Musical en el Conservatorio de Música.—Programa.—Primera Parte.—1.º Andante, Ditterdoff, para instrumentos de cuerda, viento, madera y piano, por la clase de conjunto instrumental.—2.º Primer solo del concierto para clarinete, Romero, por don Federico Timoteo, acompañado al Piano por la señorita Carmen Flores.—3.º Nocturno en mi bemol, para Violoncello, Chopin, por don Victoriano Linarejos, acompañado al Piano por don Rafael Báez.—4.º Etincelles, para Piano, Moszkowuski, por la señorita María del Pilar Arboledas.—5.º Primavera, Romanza para tenor, Tirindelli, por don Fernando Linares, acompañado al Piano por la señorita Carmen Flores.

Segunda Parte.—1.º Gran solo núm. 15, para Flauta, Tulou, por don José Timoteo, acompañado al Piano por la señorita Carmen Flores.—2.º Primer tiempo del concierto para Violín, Mendelssohn, por don José Báez, acompañado al Piano por don Rafael Báez.—3.º Celeste Aida, Aria, para tenor, Verdi, por don Rafael Reyes, acompañado al Piano por la señorita Carmen Flores.—4.º Movimiento perpetuo, para Piano, Weber, por la señorita Carmen Flores.—5.º Nabucodonosor, Coro di chiavi Ebrei, Verdi, por las clases de Conjunto Vocal e Instrumental».

He aquí la historia de esos actos, tal como la contaron los periódicos cordobeses:

El Diario «La Voz» del 26 de Marzo, dijo:

«Esta mañana y con una recepción verificada en el Ayuntamiento, se inauguraron los actos de la semana destinada a honrar la memoria del glorioso filósofo y médico cordobés Maimónides.

Para asistir a estos actos han llegado a Córdoba el Doctor Well, gran rabino de Basilea (Suiza); doctor Mauricio Levi, gran rabino de Sarajevo (Yugoeslavia); Don Rafael Tolentino, de Sarajevo; Doctor Kaaminka, director del Instituto Maimón, desde Viena; don Jacobo Fischman; de Nueva York, por American Jewish Congress y por la Zionist-Organisation; don Rafael Corle por la Comunidad de la Isla de Rodas, por las de Sefarditas de Berlín y las Portuglesion Judiche de Hamburgo; doctor Ignacio Bauer por el Colegio de Doctores de Madrid; doctor José Chapi-

ro, por la *Rass e gra Mensile* de Israel, Roma; doctor Jaime Rebinovich y señora Adriana Chapiro, fotógrafa de *Jwisk Chronicle*.

Todos ellos fueron a las doce recibidos por el Ayuntamiento, cuyo vestíbulo se encontraba adornado con plantas y flores, por el alcalde y autoridades de la capital.

La banda de Música interpretó a la llegada de los extranjeros varias composiciones musicales.

En el Salón Capitular tomaron asiento nuestros huéspedes, figurando en la presidencia el alcalde señor Garrido de los Reyes; Gobernador civil, señor Gardoqui; general de la guardia civil, señor Santiago; presidente de la Audiencia, señor Escribano Codina; comandante militar, señor Cascajo, y por la Diputación el señor Fernández Vergara.

En los escaños tomaron asiento los diputados a Cortes señores Salinas y Navajas; el exdiputado señor Carreras Pons; don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, por la Comisión del Homenaje; el coronel de la Guardia civil, señor Peñalver; comisario superior de policía señor Herrera; los señores Sarazá, Orti Belmonte y señores y señoritas de la localidad.

Concurrieron también al acto de la recepción numerosos invitados.

El alcalde, señor Garrido de los Reyes, hizo uso de la palabra, para en un sencillo y elocuente discurso, dar la bienvenida a los asistentes al Centenario.

A continuación el señor Castejón fué presentando a los oradores don Rafael Corik, Doctor Kaaminka, Doctor Mauricio Levi, Doctor Weil, don Jacobo Fischman, don José Chapiro y don Ignacio Bauer.

Todos dedicaron saludos afectuosos a Córdoba y a España.

Finalmente el Gobernador civil dió a todos la bienvenida en nombre del Gobierno español y les deseó que su estancia en Córdoba les sea grata.

El Diario «La Voz» del día 26 de Marzo de 1935, dijo:

*En el Círculo de la Amistad.—En honor del filósofo Maimónides.—Principio de la semana del Centenario.

Ayer tarde, a las siete, se inauguró la Semana de Maimónides en los salones del Círculo de la Amistad.

El elegante y hermoso local presentaba un brillante aspecto

con la presencia de los representantes Sefarditas que han venido de diversos países a sumarse al homenaje del gran polígrafo cordobés.

También concurrieron numerosos catedráticos, médicos y representantes de corporaciones culturales.

En el vestíbulo del Circulo se inauguró la sesión bibliográfica que se ha instalado con las diferentes ediciones de las obras más importantes de Maimónides.

Ocuparon la presidencia don José Amo, de la Academia de Ciencias y Bellas Artes de Córdoba; el Gobernador civil señor Gardoqui; comandante militar de la plaza señor Cascajo; don Antonio Jaén Morente; don Rafael Castejón y Martínez de Arizala y don José Manuel Camacho Padilla.

Comenzó el acto dando cuenta don Rafael Castejón y Martínez de Arizala de las adhesiones recibidas de las más destacadas entidades culturales del mundo.

Señaló la significación de este acto y dijo que en estos momentos se celebran otros análogos en Jerusalén, Egipto, El Cairo, en la Universidad de la Sorbone, etc. etc.

Destacó la adhesión de don Ignacio Bauer, del Colegio de Doctores de Madrid, al que se debe la restauración artística de la tumba de Maimónides. Fué muy aplaudido.

Se levanta a hablar la señorita Ana Plata.

Hace una reseña de la memoria que presentaron para alcanzar el grado de Doctor los señores Caravaca y Luque Morata.

Después, don Pedro Palop comienza su brillante disertación sobre Maimónides, estudiándolo bajo varios aspectos, como filósofo, médico, metafísico, etc., etc. Dice que los sabios han sido discutidos en todas las épocas y en todos los tiempos. Habla de la deducción que hizo Maimónides de la unidad de Dios, diciendo: «Dios es uno y definirlo, para mí, es un insulto, y el mejor medio de hablar de Dios es el silencio. Define la característica del Profeta en estas dos condiciones: «Pureza de alma y de costumbres y fuerza de voluntad».

Sigue haciendo un estudio sobre Maimónides, Spinoza y Descartes, diciendo que los dos primeros tienen analogía, pero Spinoza y Descartes tienen diferencias.

Termina finalmente haciendo una alabanza digna del gran español judío y sobre todo cordobés.

Acto seguido se levanta a hablar D. Antonio Jaén.

Comienza diciendo que este acto es una de las más honrosas actuaciones en que se presenta en nombre de España y sobre todo de Córdoba.

Antes de empezar su conferencia recoge el acto de esta mañana, en que una porción de gentes de todas las partes del mundo, han venido a nuestra ciudad para celebrar la fiesta de Maimónides.

Dá comienzo su conferencia: «Otra vez ante la historia».

Parémonos un momento, dice, ante la historia de Córdoba y veremos que ante el mundo, es universal, por la fama de sus grandes hijos, tales como Séneca, Averroes, Maimónides y Osio. Relata brevemente la celebración de la Semana Califal hace varios años, relatando sus apoteósicos triunfos. Dirige un recuerdo a la Academia de Córdoba, al escultor cordobés Juan de Mesa, a Hernán Ruiz y a otros grandes cordobeses.

Así mismo, hace recordar, lo que la cultura cordobesa y el pensamiento cordobés, era en el siglo XII; quedan todavía destellos de luz universal. Pues aunque decae el Imperio, la cultura cordobesa no decae. Hace referencia de los pueblos de Córdoba que el siglo XIV y XV fueron los más grandes baluartes de la libertad, enfrentándose con los mismos reyes absolutistas. Menciona que los agustinos cordobeses son los comuneros de esta época, pues acogen y ocultan en el convento a un tal Juan Bravo, revolucionario político. En este mismo siglo ahorcan a dos nobles por ser amantes de la libertad y de los fueros liberales. Dice después que no cree en el senequismo, considerándolo un tópico, atestiguando que si el senequismo es el conocimiento de Séneca, éste estuvo muy poco tiempo en nuestra ciudad. Sigue refiriendo más anotaciones de la historia de Córdoba.

Referente al Duque de Rivas, cuyo centenario celebramos este año, afirma que él no aprendió en la escuela del romanticismo francés, no; porque en el siglo XVIII existía ya en Córdoba una gran oleada de romanticismo, principalmente en el pueblo de Hinojosa. También afirma que los mejores romances son los romances cordobeses. Menciona a los sefarditas expatriados, enalteciendo el amor que ellos sienten por España. Cita su proposición de ley que presentó en las Constituyentes para que se entregase la Sinagoga de Córdoba a los judíos. Habla de que

Africa, de igual modo que la América española, adquirirá su independencia, y prevee que Córdoba tiene que ser el centro de estudios orientalistas.

Lee unos párrafos pidiendo que sea Córdoba el centro de la cultura hispano-americana, porque, arguye, que hay que ser cabeza de stirpe, esto es, que no se contenta Córdoba con solo conmemorar los centenarios de sus grandes hombres. Refiere una anécdota del Campo de la Verdad, sobre los bereberes. Continúa, finalmente, saludando a la vieja Academia cordobesa y a todos los asistentes de otros países, comentando brevemente un pasaje de la Biblia, haciendo un canto a la tradición española, que no pertenece a ningún partido político, sino todos los españoles, y que al decir España, dice ¡República!

Sus últimas palabras fueron coronadas por una estruendosa ovación.

El diario «La Voz», del 27 de Marzo de 1935, dice:

*Maimónides.-Su Centenario.-Un sabio de España; por Pedro de Répice.

En el momento de una fase de la filosofía española es cuando aparece Moisés ben Maimón. Maimónides, también llamado por el anagrama de Rambam, de las iniciales de Rabi. Moisés ben Maimón y Moisés el egipcio, porque fué a morir allí donde había nacido y hubo de ser salvado de las aguas el otro Moisés conductor de su pueblo.

Su padre, Maimón ben Josef, descendía de una antigua familia de doctores que decía remontar su abolengo hasta el propio rey David. Era él mismo un sabio talmudista, al tiempo que hábil matemático y astrónomo, y tuvo por maestro a Josef ibn Migasen de Lucena.

Sabido es que cuando los almohades invadieron España y conquistaron Córdoba, solo dejaron a sus habitantes judíos elegir entre la conversión y la emigración. Las sinagogas fueron arrasadas y cerradas las escuelas. Millares de hebreos se refugiaron en el norte de España, bajo la dominación de los cristianos. Otros, a ejemplo de sus hermanos de Africa, pasaron por las apariencias de una conversión al islamismo. Maimón abandonó Córdoba con su familia, que se componía de dos hijos y una hija. Dícese que por de pronto se instalaron en Almería. Durante ocho o nueve años se pierde el rastro a esta familia,

que si permaneció en la península debió cambiar frecuentemente de residencia.

El joven Maimónides no abandonó sus estudios. Antes de redactar sus notas acerca del Tamud, publicó a los veintitres años un corto trabajo sobre el calendario hebreo. Poco después daba a luz un libro sobre lógica.

Después de haber conocido todas las fatigas y todas las privaciones de una existencia nómada durante más de doce años, Maimón se decidió a abandonar España. Pasó a Africa y establecióse en Fez. No era esta ciudad la más cómoda para el fugitivo. Fez tenía que ser para ellos tan peligrosa como Córdoba; ya que era allí donde la secta de los almohades había nacido y de donde se había propagado hacia el norte con victoriosa violencia. La familia de Maimón se vió obligada a ocultar sus creencias.

Las condiciones en que vivían los judíos de Mogreb no eran las más adecuadas para el desarrollo de su religión. Insensiblemente la masa se separaba de la fe de sus mayores. Muchos, a fuerza de simular el islamismo, estaban a punto de convertirse en buenos musulmanes. Acaban por imaginarse que verdaderamente Dios había reemplazado el judaísmo por el islamismo y que Mahoma estaba destinado a sustituir a Moisés. El padre de Maimón dirigió una carta a sus hermanos de religión para levantar sus espíritus y encaminarlos de nuevo a la confianza en el Dios de Israel.

Pronto Maimónides tuvo ocasión de secundar los esfuerzos de su padre para despertar en los judíos el amor a sus creencias. Un ortodoxo intransigente había dicho que quienes hacían profesión exterior de fe de islamismo, aunque permanecieran cordialmente ligados al culto de sus padres y por más que continuasen practicando en secreto las tradicionales observancias, eran idólatras y apóstatas. La muerte debiera ser para ellos preferible al ejercicio aparente del islamismo. Llenos de espanto por esa declaración, la mayor parte de los judíos africanos se preguntaban si no era preferible abrazar francamente la religión mahometana. Maimónides se consagró entonces a calmar la agitación de aquellas conciencias y publicó su *Carta sobre la apostasía*, llamada también ensayo sobre la santificación de

Dios». Y escribió en árabe esta obra para ponerla al alcance de todos.

Establecía en ella Maimónides que la transgresión de una parte de las leyes religiosas no constituye apostasía. En tiempo de los Profetas, los judíos, aun adorando a los ídolos, no dejaban por ello de ser considerados como representantes del pueblo de Dios. «Nosotros, añadía, no cometemos ningún acto idolátrico. Pronunciamos una vaga fórmula, a la que no concedemos ninguna importancia, y recitamos, a sabiendas de los musulmanes mismos para engañar a un amo fanático». Es cierto que el Talmud manda morir antes que creer en idolatría; hasta prescribe sufrir en ciertas circunstancias el martirio antes que transgredir la ley. Pero quienes no se hallan asistidos de valor para afrontar la muerte en defensa de su fe, no merecen castigo ni dejan de ningún modo de ser judíos. He aquí un caso de causismo y una defensa de la reserva mental que enaltece a Maimónides más como diplomático que como filósofo. Pero también que es necesario reconocer que no se les exige a los judíos la adjuración absoluta, sino solamente que confiesen que Mahoma es su profeta. Realmente no pedía mucho la ferocidad almohade, y bien valía la pena de vivir a cambio de proporcionar una satisfacción un tanto ingenua a los dominadores que eran de una simplicidad infantil.

Maimónides, que poseía sobre los brutos de los almohades la superioridad, siempre triunfante, de las inteligencias, no se limitó ya a las exhortaciones escritas y predicó de palabra el amor al judaísmo. Lo hizo con tal éxito que la autoridad musulmana comenzó a inquietarse. Momento hubo en que el filósofo hebreo se vió ante la amenaza de pagar con la vida su celo por su fe. Sin la intervención del teólogo y poeta árabe Ibu Moicha, se hubiera hallado al borde del suplicio.

Pero la situación no era sostenible, y Maimón y sus hijos se decidieron a abandonar Fez. El 18 de Abril de 1165 embarcaron con rumbo a Palestina. Al séptimo día el navío afrontaba la tempestad. El naufragio parecía inminente. Maimónides, que como todo hombre inteligente que se encuentra en las grandes crisis y en los peligros decisivos de la vida, no se entregó al raciocinio sino a la fe. Entonces hizo voto de que si él y los suyos se salvaban, consagraría anualmente la conmemoración del día de la

partida y del de la tempestad al ayuno y a las buenas obras. El viento se calmó y el 16 de Mayo llegaban a San Jaan de Acre.

Los judíos de la ciudad festejaron a los recién llegados, cuya reputación se había extendido entre ellos. Después de algunos meses de permanencia en San Juan de Acre, Maimónides y los suyos acudieron a Jerusalén. Allí estuvieron tres días y pasaron a Ebrón para peregrinar a la tumba de los patriarcas. Habían pensado morar de asiento en Palestina, pero la miseria que reinaba en el país, miseria tanto material como intelectual, les hizo voiver sobre su intento y dirigirse a Egipto.

A la hora en que Maimónides desembarcaba en Alejandría, el último de los fatimitas se sentaba en el trono de Egipto. La población judía era numerosa en el país. Alejandría contaba tres mil familias israelitas. Los judíos, nueva prueba de la tolerancia musulmana, gozaban de una gran libertad, y bajo el gobierno de su príncipe (naghid) constituían una comunidad autónoma para cuanto concernía a sus asuntos interiores. Maimón y su familia se establecieron definitivamente en Fostat cerca del Cairo, y apenas acababan de encontrar aquel refugio que parecía seguro y tranquilo, murió el viejo Maimón.

David, el hermano menor de Maimónides, era mercader de piedras preciosas, como un personaje de las mil y una noches, hacía largos y frecuentes viajes que a veces llegaban hasta la India. Mientras que David proveía las necesidades de la casa, Maimónides se consagraba a sus trabajos, pero una prueba terrible debía apartarle durante algún tiempo de sus estudios. David pereció en un naufragio, llevándose al abismo no solo toda la hacienda de su familia, sino sumas importantes que otras personas le habían confiado. El infortunio quebrantó tan vivamente a Maimónides, que cayó enfermo y durante años continuó sin consuelo. Para asegurar la existencia de los suyos comenzó entonces a practicar la medicina.

Sin embargo, ni sus peregrinaciones, ni sus ocupaciones, ni las vicisitudes de toda clase que había encontrado en su camino, podían apartar a Maimónides de la obra en que trabajaba desde la edad de veintitres años. Es decir, su «Luminar», que acabó en 1168. Este comentario estaba destinado a poner el estudio de la tradición al alcance del público. Revela un espíritu sistemático que se apodera del tema, prescindiendo de todo detalle inútil; y

condensa la mayor cantidad de pensamiento en la menor suma de palabras posible».

El diario «La Voz» del día 27 de Marzo de 1935, dijo:

«La semana de Maimónides.—La excursión a Medina Azahara.—A las cuatro y media de la tarde salió hoy de Córdoba para Medina Azahara, una gran caravana de automóviles, en los que iban entre otras personalidades, el gobernador civil señor Gardoqui; el alcalde don Bernardo Garrido de los Reyes, don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, don José Ortega Gasset, don Antonio Jaén y representantes de los centros culturales de la capital y otras provincias.

A las cinco llegaron los excursionistas a Medina Azahara.

Estuvieron visitando las ruinas del gran palacio y pabellones, donde se exhiben trozos de cerámica, vidrios y otros objetos artísticos encontrados en las excavaciones.

Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, fué explicando brillantemente a los excursionistas lo relativo al descubrimiento de las ruinas. Glosó parte de la historia de Abderramán III, y otras destacadas figuras de aquella época.

A las siete de la tarde los excursionistas regresaron a Córdoba».

El Diario «La Voz» del 27 de Marzo de 1935, dijo:

«El VIII Centenario de Maimónides.—Se efectuó con asistencia de las autoridades el descubrimiento de una lápida en la Sinagoga.—Llegada de alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.

Esta mañana, con objeto de asistir a los actos organizados en honor de Maimónides, llegaron a Córdoba en autocar, treinta alumnos de ambos sexos, pertenecientes a la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Les acompañan dos profesores.

La conferencia del señor García Gómez: A las once de la mañana y en el Círculo de la Amistad, ha tenido lugar la conferencia a cargo de don Emilio García Gómez, Catedrático de estudios árabes, de la Universidad de Granada.

El Salón de Actos del Círculo de la Amistad se encontraba completamente abarrotado de público.

La presidencia fué ocupada por el Gobernador Civil señor Gardoqui, don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, don José

Amo, don Enrique Romero de Torres y don Vicente Orti Belmonte.

El conferenciante inició su disertación con unas frases de saludo a la concurrencia. Su conferencia versó sobre la Córdoba Musulmana y la dividió en tres partes: su historia externa; su ambiente literario y su vida científica.

Con gran elocuencia y erudición recorrió la historia de Córdoba durante la dominación de los almoravides. Destacó las aficiones literarias de los caudillos árabes, en pugna con su fanatismo religioso, recrudescido durante el dominio de los alfaquíes.

Sigue paso a paso la historia de Córdoba, hasta que el abuelo de Averroes provoca la expulsión de los almoravides, y a poco el caudillo Yancia Ben Gavia, origina el éxodo de los contrarios en religión, una de cuyas víctimas fué Maimónides.

Recorre a grandes rasgos, pero con profusión de fechas y personas las luchas de los almoravides contra los cristianos, contra los municipios y contra los mismos almohades, que invadieron Sevilla y se apoderaron de ella, para después extender su dominación a Córdoba.

Se ocupa luego el orador del ambiente literario, destacando la figura del Cancionero Ben Homar, al que calificó de «una voz en la calle». Su cancionero es la única pieza literaria que puede destacarse en la literatura medieval.

Examina luego el aspecto científico de Córdoba. En el siglo XII fué la edad de oro de las ciencias. Da cuenta de las evoluciones de la vida científica en aquella época.

Alude a Maimónides y dice que se ha encontrado un manuscrito de éste en el que explica los nombres de las drogas.

Hace destacar el acusado amor de Maimónides a su pueblo, como lo prueba que en todas sus obras o en sus controversias dice: «nosotros los de occidente». El señor García Gómez al terminar su admirable disertación fué muy felicitado.

* *
*

Se descubre la lápida dedicada a Maimónides, en la Sinagoga.

A las doce y media se verificó el acto del descubrimiento de la lápida dedicada a la memoria del gran filósofo y médico cordobés en la Sinagoga.

Concurrieron al acto el Gobernador Civil, el Alcalde de la ciu-

dad, el Sr. Fernández Vergara por la Diputación, el Sr. Castejón y numerosos invitados.

En el patio, frente a la puerta de entrada a la Sinagoga, ha sido colocada la lápida que dice: España, por el Gobierno de la Nación, expresa su homenaje al inmortal genio del judaísmo.— Córdoba, su patria, le ofrenda la veneración de su recuerdo.— El alcalde señor Garrido de los Reyes, al correr la cortina que cubre la lápida, muestra su emoción al legar a la posteridad este símbolo de entusiasmo y amor a la cultura de la ciudad que dirige.

Córdoba—dice—entrega a la humanidad esta lápida destinada a glorificar a un hombre. Y en este día, agrega, es Córdoba en estos tiempos de odios, la meta de la paz, del entusiasmo y del amor, que desea se irradie por el mundo entero. (Grandes aplausos).

Habla a continuación el Sr. Corie, que pronuncia un discurso en francés, agradeciendo al Gobierno español, a su representante en Córdoba y al digno alcalde de la ciudad, cuanto han hecho en este centenario.

El representante americano lee un versículo de la Biblia en inglés. El gran rabino Levi dice que el momento es de gran emoción e histórico para los hebreos. Dedicar un recuerdo a los judíos cordobeses que lucharon por la paz y se sacrificaron a sus ideales.

Hace un canto a España y testimonia su gratitud al gobernador, al alcalde y a todos. Termina dando un viva a España, por cuyo porvenir glorioso hace votos. Es muy aplaudido.

El señor Jaén Morente agradece al señor Castejón que le haya designado para intervenir en este momento de emoción espiritual. Recuerda los días de su niñez en este barrio de los judíos y destaca la hondura de este caso particular.

Hace ver la magna lección de tolerancia que en este momento da el pueblo de Córdoba, al honrar a un ilustre cordobés, levantando un altar en el corazón a un cerebro privilegiado. Hoy se habla de Maimónides como mañana se hablará de Séneca o de Osio. Dice que los cordobeses serán sacerdotes del genio de Maimónides. Agrega que España ha demostrado al mundo entero que es libre, y que su libertad se abre a las cuatro partes del mundo.

Continúa diciendo que España se extiende donde quiera que haya quien hable español y quien sienta en castellano. Córdoba, agrega, es un paraíso espiritual que abre su alma a todos.

Dedica un sentido elogio al señor Castejón, que es alma de este homenaje, como de tantos otros movimientos culturales.

Interviene el gobernador señor Gardoqui para saludar a todos. Dice que en nombre del gobierno se une una vez más a este homenaje a Maimónides, homenaje que quedará eternamente grabado en la lápida. En ella quedará por siempre patente ante la humanidad este testimonio, llama viva y eterna de cultura, de progreso y de comprensión.

Desea que en el corazón de los extranjeros que asisten a estos actos brille siempre la llama del recuerdo, a España y a Maimónides, y la llama de este sol andaluz, de este sol cordobés. Es muy aplaudido.

Con este breve discurso del señor Gardoqui se dió por terminado el acto, del que se rodaron unos metros de película.

El diario «La voz», del 27 de Marzo de 1935, dice:

«En la Diputación Provincial.—Un festival de cantos populares en honor de los concurrentes a la semana de Maimónides.

Anoche a las diez, en el patio principal de la Diputación, tuvo lugar el festival de cante «jondo» organizado en honor de los concurrentes al centenario de Maimónides.

Asistieron las autoridades y personal de centros culturales de la capital y de los diversos países que hoy están representados en Córdoba.

En el patio se alzaba un tablado en forma de escenario, donde los ases del cante flamenco y del baile tuvieron ocasión de lucirse. Hubo tangos, fandanguillos, soleares, seguidillas y saetas y muchos aplausos para los artistas.

La fiesta se mantuvo animadísima en todo momento. Los «tocadores» también cosecharon muchos aplausos.

Terminó el festival a las doce y media de la noche».

Los alumnos de Filosofía y Letras de Madrid. Su llegada a Córdoba.

Como ya hemos dicho, llegaron a Córdoba anoche, con motivo del Centenario de Maimónides, una comisión de alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. La forman treinta alumnos, de ellos quince señoritas.

Les acompañan el Secretario de la Facultad don José Ferrán y los profesores don Justo Martínez Santolaya y don Niriarte Almagro.

Además de asistir a los actos del Centenario, visitarán los principales monumentos de la ciudad.

El próximo domingo 31 de Marzo regresarán a Madrid. «La Voz» les dá su más afectuosa bienvenida.

El Diario «La Voz» del 28 de Marzo de 1935 dice:

«El VIII Centenario de Maimónides. Conferencia del Sr: Gaos en el Círculo de la Amistad.

A las once de la mañana se ha celebrado la anunciada conferencia de D. José Gaos, profesor de la Universidad Central, en el Círculo de la Amistad. Concurrió numeroso público.

El señor Gaos, en una exposición magnífica y plena de erudición, desarrolló su tesis sobre «La filosofía de Maimón». Examinó juicios del gran Filósofo cordobés sobre la Sagrada Escritura y Moisés.

Hizo destacar la defensa que ante sectas y sectarios hizo siempre del Judaismo el mencionado filósofo, al que se dedica este homenaje. Se ocupó de la filosofía de Aristóteles, consignando la acogida entusiasta que por parte de Maimónides tuvo esa filosofía.

Examinó el disertante con certero juicio la labor filosófica de Maimónides, y al terminar la exposición fué muy aplaudido.

Figuraron en la presidencia del acto los señores Castejón, Orti Belmonte y Amo.

A Sevilla.—Esta tarde marcharon en autocar a Sevilla los extranjeros invitados a los actos del Centenario de Maimónides, así como los alumnos de Filosofía de Madrid, que permanecerán unas horas en la capital vecina visitando sus monumentos. Regresarán a Córdoba esta noche.»

El diario «La Voz» del día 28 de Marzo de 1935, dá cuenta del fallo del Concurso Literario del Centenario de Maimónides.

El diario «La Voz», del 29 de Marzo de 1935, dice:

«El VIII Centenario de Maimónides. Conferencia del señor Goyanes.

Esta mañana a las once han proseguido los actos culturales organizados con motivo del Centenario de Maimónides.

En el Círculo de la Amistad, y ante una concurrencia tan nu-

merosa como distinguida, entre la que figuraban numerosos académicos de la localidad, pronunció su anunciada conferencia el señor Goyanes.

Ante el Gobernador civil, miembros del Comité de Homenaje, académicos y público, el señor Goyanes explanó su disertación sobre el tema «La Medicina de Maimónides».

Fueron cerca de dos horas de conferencia, en las que el disertante puso de manifiesto sus grandes conocimientos de la obra médica de Maimónides, relatando los textos originales del ilustre médico cordobés que se conservan en todo el mundo.

La exposición admirable corrió parejas con los acertados juicios del disertante sobre la medicina de Maimónides.

El orador fué muy aplaudido al terminar su disertación, verdadera joya de erudición.

Un almuerzo íntimo.—Al terminar el doctor Goyanes su conferencia en el Círculo de la Amistad, fué obsequiado con un almuerzo íntimo, que se celebró en «Peña Campera».

Concurrieron al almuerzo el Gobernador civil, el Alcalde, el presidente de la Audiencia, los doctores Bergillos, Villegas, Saldaña, Castejón y Martínez de Arizala y otros.

Don Antonio Sarazá, señor Orti Belmonte y señora y don Rafael de la Hoz.

*
* *

El diario «La Voz» del 29 de Marzo de 1935, dá cuenta de la Fiesta Literaria en la Huerta de los Arcos, con arreglo al programa anunciado.

«Esta tarde a las cuatro, dió comienzo en la hermosa Huerta de los Arcos, la Fiesta Literaria con motivo del VIII Centenario de Maimónides.

Asistieron las autoridades, representaciones de centros culturales sefarditas y numeroso público.

La fiesta resultó brillantísima, poniendo todos los que actuaron en ella el mayor entusiasmo.

Al final, el delegado de los sefarditas de París, dirigió la palabra a los asistentes, agradeciéndoles en nombre de su raza todas las atenciones que les vienen dispensando al concurrir a estos festejos, donde se ponen de manifiesto el cariño y afecto que por ellos sienten.

La Fiesta Literaria ha dejado un gratísimo recuerdo en todos sus asistentes. Terminó a las seis de la tarde.

El mismo día en el Conservatorio Oficial de Música. Anoche, en el Conservatorio Oficial de Música, tuvo lugar el anunciado concierto en honor de los asistentes a los actos del Centenario de Maimónides.

Asistieron además de las autoridades, el Gran Rabino de París doctor Weli, el de Checoslovaquia doctor Atreni; abogado de París doctor Saicedo, doctor Vejel, gran rabino de Basilea doctor Weli; el de Yugoslavia doctor Mauricio Levi; doctor Ortega y Gasset, el corresponsal de «Pevi» señor Chapiron y señora; el redactor de «New-York Times» señor Salomón Jazahi.

Se destacaron en el piano, la señorita Carmen Flores, en el violoncello Victoriano Linarejos, Fernando Linares en el canto y la clase de conjunto vocal e instrumental.

Algunos numeros fueron repetidos a petición del numeroso público».

*

**

El diario «La Voz» del 30 de Marzo de 1935 dice:

En el Círculo de la Amistad.—Un banquete a los asistentes a la semana de Maimónides.

Esta tarde a las dos, en el salón de «Peña Campera» del Círculo de la Amistad, fueron obsequiados con un banquete los representantes del sefardismo mundial que asisten al Centenario de Maimónides.

Ocuparon la presidencia el Gobernador Civil de la provincia señor Gardoqui; Alcalde, señor Garrido de los Reyes; señores Sarazá Murcia, Castejón y Martínez de Arizala y grandes rabinos de París, Belgrado, Sarajevo y otras capitales del mundo.

Asistieron gran número de sefarditas y miembros del comité local del centenario del gran polígrafo cordobés.

A los postres ofreció el banquete el señor Castejón y Martínez de Arizala. Dice que este banquete significa la intimidad y afecto que sienten por los que aquí representan la cultura mundial.

Aconseja lleven a los corazones de sus hermanos de raza, el recuerdo de este homenaje que le ofrendan a Maimónides. Agrega que para ellos es un orgullo ver reunidos aquí a los sefarói-

tas de todo el mundo. Termina diciendo que Córdoba solo trata de ser un viejo hogar para todos sus hijos expatriados. Fué muy aplaudido.

A continuación habla el gran rabino de Belgrado, quien expresa su más profunda gratitud a los representantes del gobierno y miembros del Comité del Centenario de Maimónides, por las atenciones que les vienen dispensando estos días.

Dice que no solo trae el saludo de sus hermanos de religión, sino también del senado de Belgrado.

Canta a Córdoba por su nobleza e hidalguía y a la cultura española. Manifiesta que llevará las impresiones más hondas al seno de su raza, y donde quiera que haya un pueblo judío, hará llegar las emociones recibidas propagándolas. Una entusiasta ovación impide oír las últimas palabras del orador.

Habla el gran rabino de París. Dice que él que conoce a España no tiene más remedio que amarla como a una madre querida.

Le encanta el trato que se le dispensa y la franqueza de la amistad. Declara que representa a más de un millón de judíos a los cuales harán partícipes del entusiasmo del homenaje a Maimónides.

Agrega que el pueblo judío no puede nunca olvidar a España, el país donde vivió más de XV siglos. Brinda por los representantes de España y por todos los asistentes.

El Alcalde señor Garrido de los Reyes, hace uso de la palabra agradeciendo a los huéspedes ilustres las frases de encomio que les dedican y a su vez expresa su simpatía y entusiasmo que por ellos siente el pueblo de Córdoba.

Añade que no pueden recibir otros aprecio más íntimos que los que merecen.

El gran rabino de New York, doctor Jacobo Fismard, pronuncia un discurso en inglés.

El delegado de Roma, señor Chapiro, también en nombre de los judíos que representa, da las gracias a las autoridades y miembros del Comité organizador de los festejos, significando que España es espiritual y sublime. Agradece a su buen amigo D. Ignacio Bäuerli, todo cuanto ha hecho en honor de Maimónides.

El gran rabino de Sarajevo, doctor Maurice Levi, saluda a los

asistentes en nombre de los sefarditas que representa. Dice que tiene que dar una vez más las gracias a todos.

El Gobernador Civil, señor Gardoqui, da por terminado el acto con unas frases elocuentes. Agradece las palabras cariñosas de todos y dice que en nombre del Gobierno de España, saluda a los judíos, cuyo saludo quiere que hagan extensivo a los demás.

El acto resultó cordialísimo».

*
**

El diario «La Voz», del 30 de Marzo de 1935, dice:

«La semana de Maimónides.—Conferencia del Dr. Julián Wei. Ayer estaba anunciada la conferencia del profesor David Baumgart, que no pudo celebrarse por no haber recibido la autorización necesaria de su gobierno.

El Comité organizó en su lugar una conferencia a cargo del gran rabino de París, Dr. Julián Wei.

Disertó acerca de las impresiones que los grandes rabinos han recibido a su paso por España y después desarrolló muchos aspectos de la vida y obra de Maimónides. Fué muy aplaudido al finalizar su disertación».

La fiesta campera en Córdoba la Vieja.

«Esta tarde se ha celebrado la fiesta campera en Córdoba la Vieja, en honor de los asistentes a los actos del Centenario de Maimónides. La concurrencia a tan simpática fiesta ha sido numerosísima.

Se ha efectuado el acoso y derribo de más de veinte becerras, faena que ha corrido a cargo de destacados jinetes, sobresaliendo Cañero y Algabeño en las operaciones. Han acompañado a estos artistas otros jinetes, entre los que recordamos a los señores Sotomayor (don Francisco), Montijano, así como bellisimas amazonas, que actuaron con lucimiento.

En la faena taurina, a más de Cañero y Algabeño, han actuado con mucho lucimiento Platerito y Paz Domínguez, que torearon y bregaron admirablemente.

Surgieron unas aspirantas señoritas toreras, y solo una sobresalió, que por cierto es vendedora de «La Voz» y se llama Martina Ortigón, la cual lanceó bien y toreó de muleta con bastante

estilo, ayudada por el pepueño Paz Domínguez; el público los ovacionó.

Ya al anochecer y tras tirar el fotógrafo Santos unas placas de interesantes momentos de la fiesta, se emprendió el regreso a la capital, viniendo todos los concurrentes satisfechísimos de esta fiesta andaluza de tanto colorido».

El rezo en la Sinagoga.

A las diez y media del día de ayer empezaron los rezos en la Sinagoga de Córdoba. Concurrieron todos los representantes judíos que se encuentran en nuestra población.

Hoy, a las ocho y media de la mañana, proseguirán los rezos en la Sinagoga».

E. A. J.-24.—Una sesión infantil sobre Maimónides.

«La sesión del jueves, dedicada a los pequeños, versó sobre Maimónides. He aquí un resumen de la misma:

«Palabras sobre Maimónides en su octavo centenario», por su animador señor Olivares Figueroa.

«Coloquios», a) Vida y sucesos de Maimónides; b) Maimónides teólogo; c) Maimónides filósofo; d) Maimónides médico; e) Maimónides astrónomo, moralista y jurisconsulto.

Tres canciones infantiles: «Romancillo del corro», «Alta estaba la peña», «Romancillo de la risa fresca», del Maestro Serrano (don Luis), acompañados al piano por Carmen Flores.

«Varios pensamientos de Maimónides».

Disertación pueril sobre la «Guía de los Descarriados».

Colofón oratorio: «Gloria a Maimónides».

El acto resultó muy ameno, constituyendo una información adecuada para los niños, de acuerdo con las sugerencias del Ministerio de Instrucción Pública.

BOLETIN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba ~ ~ ~



ENERO A MARZO 1944
AÑO XV. — NÚM. 48

Tipografía Artística.-San Alvaro, 17.-Teléfono 1040.-Córdoba

La Busca de la Felicidad

El planteamiento, en la Real Academia de Córdoba, por su director, del problema de la felicidad, al comenzar el año, tan preñado de incognitas, de 1943, acaso no pudo tener, entre las numerosas ocasiones grandes o pequeñas en que la humanidad se ha planteado este problema, mejor escenario en el espacio y en el tiempo.

¿No es Córdoba, tierra de la serenidad, la patria de Séneca, el estoico, la sede de Osio, el gran obispo cristianizador, la cuna de Maimonides reformador del mosaísmo, autor de «La Higiene del Alma», la madre de Averroes el racionalista y de Abenházam el gran historiador de la filosofía, autor del bello tratado de moral estoica titulado «Los caracteres y la conducta»?

No es casual, sino antes al contrario, producto cierto de la antropogeografía, que en las orillas del viejo Betis, en un medio rico y muelle, con claro cielo y deliciosos aromas—es Córdoba una de las ciudades que mejor huelen en el mundo, y por esto yo procuro venir todos los años a Córdoba, a oler, a aspirar el delicioso perfume de sus calles y de sus campos, nos ha dicho el pensador español Ortega y Gasset—, los hombres sean graves, profundos y sentenciosos, y que, como flor exquisita de su espiritualidad, entre sus hijos, en todos los tiempos y civilizaciones, hayan descollado insignes filósofos, no ya de fama universal, sino también ampliamente reformadores del pensamiento ecuménico.

Que esto surge, como se ha dicho con tropismo retórico, del limo sagrado, de una influencia ampliamente mesológica, lo comprueban aquellos que, más que estudiando el fenómeno esotericamente, vienen a la tierra cordobesa, a enfrentarse con sus horizontes, su suelo, su clima. Cuando hace proximamente un decenio, en ese tiempo tan cercano y tan remoto, en que los hombres viajaban, se trasmitían libremente sus impresiones e idearios, había paz y libertad en suma, vino a Córdoba, el profesor de Historia de la Universidad de Roma Sig. Ettore Pais, mostró deseos de visitar también los alrededores de la ciudad para abarcar de una ojeada el panorama, y ya desde un ligero alcor serrano, tendiendo su vista octogenaria por el valle bético declaró: Así había de ser la patria de Séneca.

Fué también por ese tiempo, cuando Rudolf Stammler, el gran alemán historiador de la filosofía del Derecho, igualmente en visita a Córdoba, desde los pies de la sierra, abarcando la ciudad, decía: En mis setenta años largos de vida jamás he sentido una plenitud

igual a la que ahora disfruto. Esta sensación física de bienestar y de plenitud espiritual es la gran base de la serenidad estoica.

Antonios Antoniades, profesor de Historia en la Universidad de Atenas, me declaraba: Vengo de recorrer Europa, con sus sombríos campos dramatizados por el comunismo, y al llegar a las claridades mediterraneas, encuentro que Córdoba es como de diáfanas esencias ambientales...

Estos juicios forasteros, que se podrían repetir hasta la saciedad tienen su equivalente en el propio espíritu de la ciudad y de sus habitantes, contribuyendo a formar el alma de Córdoba, que en el Arte y en la Historia está ya expresivamente definida.

Y, si del espacio, pasamos al tiempo, y aunque todo escritor, historiador o ensayista que haya existido en el mundo, ha creído siempre que su época y al momento en que escribía eran los más críticos de la humanidad, no creo sea también vana pretensión la de suponer que en este primer semestre de 1943, y aún dentro de la crisis histórica que esta espantosa guerra mundial signifique, estos días, en que la guerra hace balance, sean propicios, como ya lo hacen incluso sendas y dilatadas comisiones de especialistas, para buscar a los hombres días mejores y en definitiva más felices, para preocuparse, también una vez más de la busca de la felicidad.

Si, como dice el viejo adagio, no se sabe lo que vale la salud hasta que se pierde, tampoco la felicidad se valora hasta que llegan los negros momentos de la desgracia. Ahora, que tantos millones de seres sufren por la pérdida o incertidumbre de sus afectos corporales, familiares, sociales y patrióticos más queridos; ahora, cuando tantos seres viven la vida infrahumana del refugio, del enloquecedor bombardeo, del hambre, de la desnudez, de la persecución, del fusilamiento, de la pérdida de la familia entera, de la patria invadida y deshecha, y de tantas otras espantosas desgracias, es cuando más se acuerda el hombre de la felicidad y se propone buscarla y gozarla el anhelado mañana.

Esta angustia por la busca de la felicidad, en estos tiempos, es acaso más grave si del sentimiento instintivo de procurarse la felicidad, se pasa a la lectura de los tratadistas de la cuestión contemporáneos. Las sombras del mañana, ¿adónde vamos?, las masas se rebelan, el comunismo criminal se organiza y extiende y alcanza sectores sociales y religiosos insospechados, etc., etc.

Cuando tantos millones de seres viven hoy, como el conejo en el monte, temeroso de que la astuta garduña, el lazo traidor o el escopetazo certero terminen con su existencia de un momento a otro,

con todas las incidencias a que la conservación de este fundamental instinto da motivo, es lógico, repetimos una vez más, que la felicidad sea añorada más fuertemente que nunca.

El planteador del tema en esta ocasión, después de pasar revista en tono de Academia menor, a las que podríamos llamar opiniones clásicas sobre el tema, concluía en un cuadro de felicidad burguesa: hogar confortable, bienestar económico, dulce compañera, hijos sanos y estudiosos(1). Y el cónclave académico, siguió durante varias sesiones, todavía los sentidos vibrantes de los horrores de la guerra civil española, exponiendo sus puntos de vista. Cual la felicidad cristiana, otro la moral virtuosa...

Esta descripción de factores de la felicidad, que, con un criterio pedagógico habría que agrupar inmeditamente en intrínsecos y extrínsecos, o bien higiénicos, económicos, políticos, sociales, etc., (2) conduce por todas las vías a la descripción de las felicidades profesionales, que todas son muy relativas, y muchas veces de signo contrario.

La felicidad del anacoreta, hambriento, semidesnudo, autoflagelado, sin hogar, familia ni sociedad, es la negación de los que se nos antojan factores de felicidad más elementales, en el sentido burgués; y, sin embargo habrá que conceder que hay anacoretas felices, o, al menos, que tienen su especial concepto de una felicidad que buscan por tan mortificante camino. La felicidad del guerrero, matando enemigos y asolando países, o sea sembrando la infelicidad de otros, es también otra felicidad profesional. La felicidad del hogar confortable y la compañera dulce será acaso la felicidad profesional del hombre casado, pero no la del niño, ni del anciano, ni del célibe, que serán felices por otros caminos, o sea utilizando otros factores.

El pillete y el indigente son felices en el arroyo, y cuando una persona o institución caritativa los recoge y les proporciona buen

(1) No deja de ser curioso, entre otros numerosos casos, que fué también en una Academia provinciana, la de Lyon, donde el que más tarde había de ser el gran Napoleón, disertó en una Memoria sobre el tema de la felicidad, pintando el cuadro felicidad «pequeño burguesa», como cuenta el Conde de les Cases en el **Memorial de Santa Helena**

(2) Casi todos los autores que se enfrentan con el problema de la felicidad, pasan revista a los diversos factores que parecen integrarla y los van desmenuzando analíticamente, como hace, por ejemplo Bertrand Russell, en **La Conquista de la Felicidad**, al igual que vienen haciendo todos los tratadistas del asunto desde la más remota época, como Séneca y otros.

No deja de ser curiosa la insistencia con que antiguos y modernos estudian el placer y la envidia como factores, positivos o negativos, de estados de felicidad.

lecho, comida abundante y sana, ropas limpias, terminan por huir en busca de su felicidad profesional. Es indudable que existe el tipo del criminal feliz, y de la prostituta feliz, y de otros muchos seres felices, aunque sumidos en ambientes abyectos a la luz moral.

¿Que es, pues, la felicidad? (1)

Los sábios, los filósofos, cuando han considerado el concepto, lo han visto también a su manera profesional (2). Un alma inteligente y cuidada, espíritu sereno y ecuánime, incluso adopción de una postura espiritual estudiada, estoica, cínica, esceptica o de cualquier otro marchamo filosófico, religioso o ético. Pero ésto, ya lo decimos, es también una felicidad profesional. Empieza por suponer egoístamente que solo el sabio, el sofo, es capaz de comprender y gozar ese estado superior que sería la felicidad, la beatitud, el nirvana. El resto de la humanidad no sabia, el hombre gregario, no sería capaz de ser feliz. Y caeríamos en el viejo error patristico de discutir si las mujeres, por ejemplo, tienen inteligencia. O sea, que se negaría a grandes sectores de la humanidad (mujeres, niños, ancianos, desvalidos, míseros, etc.) el derecho a ser felices, por el hecho de no haber estudiado eruditamente en qué consiste la felicidad.

Nosotros plantearíamos la cuestión en el terreno biológico, y no en el metafísico. La Metafísica es el residuo ignorante de la Ciencia, especialmente de la Psicología. Los hombres sabios se han conformado con vanos juegos de palabras que, por otra parte son atisbos geniales de verdades científicas, para pretender explicar hechos psicológicos. Y esta misma ciencia, la Psicología, nacida hace poco en cuanto ciencia positiva o experimental, en cuanto verdadera ciencia biológica, soltando el lastre metafísico con el que también se nutrió durante muchos siglos, es una ciencia de ayer mismo, mejor diríamos de hoy por la mañana, está en sus inicios, apenas empieza a balbucear, es la navecilla que vé el naufrago allá en el confín del horizonte, agarrado todavía al madero metafísico, único asidero cierto que hoy posee.

(1) De las muchas definiciones de la felicidad dadas por filósofos, tratadistas, literatos, etc., brilla con pureza centelleante la del padre Séneca: la vida feliz es la que está conforme con su naturaleza. (De vita beata. «Sobre la felicidad.» Versión y comentario de J. Marias. Madrid, 1943) Al menos para nosotros, que esbozamos un concepto biológico de la felicidad, es una definición de concepto absoluto, sin caer en los particularismos que llamamos felicidades profesionales.

(2) A tal extremo se entendió esto en la antigüedad clásica y en muchos de sus comentaristas posteriores que se llegó a afirmar por ciertas escuelas filosóficas que la Filosofía es la ciencia de la felicidad, que la meta del saber es la felicidad, etc.

Un ejemplo más claro del planteamiento de la cuestión lo tendríamos haciendo un paragon con la Medicina. Siglos y siglos se han pasado los médicos derrochando papel y elocuencia para explicar la etiología de las enfermedades, antes del descubrimiento de los microbios. Con cuanta curiosidad histórica nos asomamos hoy a los viejos textos médicos, para exhumar las teorías etiogénicas de las infecciones. La concisión con que hoy se dice, por ejemplo: la tuberculosis está producida por el bacilo de Koch, que tiene tales caracteres y produce tales toxinas y posee determinadas reacciones antigénicas, etc. etc. En cambio, cuanta vana disgresión antes de llegar a esta verdad. Concluiríamos en que antes del descubrimiento de los microbios, o de las hormonas, de las vitaminas, etc., la Medicina pisaba un terreno metafísico. Hoy la domina un criterio biológico(1).

Días llegarán en que la Psicología, habiendo estudiado histológicamente la anatomía de los centros nerviosos, su fisiologismo, las reacciones neuro-humorales a que vienen sometidos, sus alteraciones patológicas en fin, podrá especificar la índole de sus manifestaciones expresivas, que hoy interpretamos dentro del carácter, la inteligencia, la conducta, etc. Los filósofos clásicos hallaban, por ejemplo, que una felicidad ortodoxa solo es posible en un hombre virtuoso, y que la virtud es prerrogativa del hombre fuerte y sereno, contrariamente al débil de carácter, al indolente, que se deja llevar por el placer, por influjos extraños, o por otras causas que lo desvían constantemente del recto camino. Pero la fortaleza de espíritu entra en los caracteres que los fisiólogos definen como sexuales secundarios, y ya estamos dentro de un terreno puramente biológico, que incluso de una manera experimental podemos alterar poniendo en juego los múltiples factores que hoy conocemos como componentes clásicos de aquella función, y aún de otros muchos que los tiempo venideros descubrirían (2).

Llegaríamos a la conclusión apuntada de que siendo la Biología el estudio del ser vivo, todo lo que sucede al hombre en cuanto ser vivo es biológico. no ya solo estudiado individualmente, sino corporativamente o en sociedad. Cuando los biólogos estudian las hormi-

(1) Con un criterio tradicionalista, este planteamiento de la cuestión, supongo, que por algunos, será calificado desdeñosamente de materialismo, de positivismo, etc. Recuerdo que la teoría acaba, cuando empieza el hecho, o la demostración experimental del fenómeno.

(2) La filosofía clásica está llena de discursos sobre la diferenciación entre la felicidad y el placer. El placer es un goce corporal, un disfrute orgiástico de los sentidos (comer, amar, viajar, conversar, etc.) que carece del elemento ético que proporciona el goce anímico, fundamento de la felicidad.

gas, los microbios o los elefantes, pongamos por caso, estudian el individuo en su anatomía, en su fisiología normal o en su alteración morbosa, pero siguen después estudiando sus relaciones de grupo, sus costumbres, sus colonias, sus enjambres, sus emigraciones, etc.(1)

La complejidad de la vida espiritual del hombre hace que cualquiera de estos instintos o acciones primarias se diversifique en múltiples factores, de cuyo hecho se vale la Psicología experimental; como es sabido, para estudiar en el animal el factor pristino que en el hombre habrá alcanzado una exhuberante decoración.

Planteamos, por tanto, un concepto biológico de la felicidad, igual a todos los hombres, acaso igual a todos los animales, que sólo variará en complejidad y ritmo, pero que en esencia es único. Creemos que, desde este punto de vista, la felicidad es un estado espiritual comparable a la salud física en lo corporal. Podríamos llamar a la felicidad la salud del alma.

Cuando la higiene o la medicina estudian el concepto de salud física o corporal, asoman múltiples definiciones o conceptos. Pero, el concepto en el cual todos coinciden es aquél que supone que un estado perfecto de salud no existe, y que el ser más sano que suponemos siempre está en lucha con los múltiples factores, externos o internos, que lo empujan o desvían de su fisiologismo, y contra cuyos factores, las reacciones biológicas se esfuerzan continuamente por devolverlo a la integridad. La salud física, por consiguiente, es el esfuerzo constante del organismo vivo por mantener su integridad fisiológica.

Paralelamente, la felicidad sería un continuo batallar contra todos los elementos que vienen a batir la integridad anímica. Si la Medicina sostiene que una salud perfecta no existe, deduciríamos que una felicidad perfecta tampoco existe, porque cuando se cree aprisio-

(1) Tanto los antiguos filósofos, que negaban la existencia del alma en los animales, a los cuales consideraban como los vegetales o las piedras, cuanto los principios religiosos que considerando el alma una concesión divina ponen precisamente en ella la diferencia con el animal, niegan todos, por consiguiente, la existencia de la felicidad en el animal. Sin embargo, y respetando todo principio dogmático, desde un punto de vista científico, la vieja afirmación de que los animales desconocen el temor, la tristeza, la alegría, etc., para deducir de ello que carecen de alma, es tan pueril, que no vale la pena de rebatirla. Cualquier modesto manual de Psicología experimental, o comparada, revela hoy muchos hechos aclaratorios del problema. Entre otros muchos la traducción española de W. T. Katz, **Animales y Hombres**, Madrid, 1943; la de Hans Wohlbold, **La Vida Social de los Animales**, Barcelona, 1943; entre otros muchos del mismo carácter. Como publicación periódica notable el **Zeitschrift für Tierpsychologie**.

nar un estado de felicidad, enseguida lo sustituímos por una imagen, un anhelo, un deseo de superioridad, que nos arrebatara la beatitud conseguida.

Los contemplativos orientales, de tan viva imaginación, fueron los que determinaron, hace muchos siglos, que la felicidad es la limitación, aún para muchos, la renunciación. Pero, la creencia de que la felicidad es limitación, rompe la pureza del concepto. Podrá ser una norma de contentamiento, pero no es la misma felicidad. El cojo que deambula gracias a su pata de palo, el traqueotomizado que respira por una cánula, o el tuberculoso que hace la contenida vida sanatorial, o los mil ejemplos análogos, han limitado su vida, pero no les podemos llamar sanos. Tampoco podemos llamar felices, en sentido abstracto, a los que limitan sus aspiraciones mentales (1).

Este fué el gran valor que para el mundo antiguo tuvo la moral estoica. Significó una norma de conducta, no al estilo cínico del encogimiento de hombros, ni del «a mí que me importa», sino un fortalecimiento de espíritu que permite soportar la desgracia, el dolor y todos los términos generales de infelicidad, con arreglo a la conocida fórmula **sustine et abstine**, soporta y renuncia.

Pero ¿es esto la felicidad? Cuando un dolor físico atenaza las entrañas y se soporta con gran entereza, sin exhalar una queja, ni, aún manifestar siquiera que se padece, ¿diremos, por esto que el individuo está sano?

Igual acontece ante todas las normas de conducta, semejables en esto a las drogas heroicas, que sumergen al individuo en paraísos artificiales de felicidad.

La felicidad o salud del alma, que constantemente oscila, según el viejo simil higiénico relativo a la salud corporal entre dos paralelas

(1) Es conocida la fábula india de «La camisa de la felicidad». Un príncipe del remoto Oriente es aconsejado por su corte de sabios que, para curar sus penas, debe buscar al hombre que tenga puesta «la camisa de la felicidad». Desesperados los emisarios reales en sus búsquedas por los confines del mundo, vuelven desalentados, porque toda persona a quien desearon comprar la camisa a juzgar por sus síntomas externos de felicidad, terminaba por declarar que su felicidad, no era completa. Un día, al fin, el propio príncipe, en una cacería, encuentra en humilde choza del bosque a un anciano solitario. El soberano le pide un sorbo de agua y apenas entabla conversación, el solitario afirma que es un hombre feliz. «Véndeme tu camisa por todo el oro que quieras», pide el príncipe. «Señor, contesta el anciano, yo no tengo camisa». La moraleja de la fábula consiste en desposeer a toda clase de bienes materiales, sea el poderío de un rey o la humilde camisa de un campesino, de influjo alguno sobre la posesión de la felicidad, pero encierra también claramente el problema de la limitación, de tan pura raigambre oriental.

o límites, traspasados los cuales sobreviene la enfermedad, o en este caso la desgracia o infelicidad, carece de una tónica constante, y su nivel apreciable depende de las exigencias individuales.

Habremos de recordar que la felicidad se apoya sobre un gran cimiento de subjetividad. Las felicidades profesionales que más arriba evocábamos lo demuestran paladinamente, y hacen para unos seres inconcebible la felicidad de otros. La felicidad de la mujer casada, de la madre, del sabio, del político, y de tantas otras edades y estados de la vida, tan variables a cada momento, reducen siempre cada estado de felicidad a un encasillamiento de felicidad profesional.

El anhelo de felicidad, que nos hace despreciar un estado de felicidad ya logrado, por otro superior (1), acaso arranca, como la misma salud corporal, de un oscuro sentimiento material, porque, como ella, no tiene tampoco un grado fijo, sino que es variable para cada ser, en amplísimo grado.

La salud de la infancia es más precaria que la de la niñez; esta más débil que en la pubertad; alcanza por fin su grado máximo en la edad madura. También la felicidad, siempre que se ha estudiado en abstracto, se ha considerado en su grado máximo, añadiéndole todos los ingredientes en dosis masiva, por ejemplo: hombre, sano, fuerte, rico, inteligente, sabio, de grandes ampulosidades espirituales, etc., etc. Y ello, no serviría, sino para trazar, en relación con la vida, la curva de la felicidad, como se traza el caudal de vida aproximada en una estadística de compañía de seguros. Pero, en definitiva, todos los seres humanos, sean cuales fueren sus condiciones, edad, salud, bienestar económico, incidencia amorosa, etc., etc., tienen su caudal de felicidad, como tienen su caudal de salud, que aprovechan más o menos según los recursos con que cada cual explota su propia vida.

Antes hemos hablado de un oscuro sentimiento material que anhela siempre un estado de perfección más avanzada, tanto en la salud corporal como en la felicidad. Se ha hablado del «instinto de la felicidad». El instinto de conservación, de defensa y mejora de la propia vida, encuentra aquí una vez más a su paralelo en lo espiritual. Como otros instintos, como otros oscuros sentimientos o avisos

(1) En su «*Teoría de la Felicidad*», inscrita en el tomo I de *El Espectador*, Ortega y Gasset dice: la felicidad consiste en encontrar algo que nos satisfaga completamente. Viene a ser como una continua ocupación, que nos hace «estar fuera de sí». Como buen filósofo, plantea el problema: «en este sublime asunto de la felicidad, decidme, ¿hay otro por ventura más importante?» El anhelo de felicidad para este gran maestro español es «un deseo integral y difuso, que emana de nosotros». *Obras de José Ortega y Gasset*, 176 segunda edición, 1936.

interiores que nacen del propio ser, y que aún no sabemos por qué caminos se hacen patentes a la conciencia, acaso arranque de la propia constitución de la materia viva, que es un continuo progreso, un constante devenir. La célula viva, la misma molécula viva, no puede detenerse en su evolución, porque esto es la muerte, sino que constantemente ha de estar verificando sus cambios, y siempre además en sentido progresivo, porque la regresión es la enfermedad o la decrepitud. Acaso nazca de este primario movimiento biológico, el anhelo de superación que en lo físico y en lo espiritual sienten los seres. Así como el hambre, y aún las más delicadas modalidades del apetito, responden a exigencias materiales del organismo, que reclaman sus apetencias químicas desde lo íntimo de los tejidos, acaso el anhelo de perfección, el anhelo de felicidad, nazca también del mismo metabolismo orgánico, y tenga su fundamento en los progresivos cambios moleculares. ¿Dirá la Biología un día, aquí también, lo que la Metafísica solo presupone y atisba?

Por último, como todos los seres vivos, el hombre tiene causas de felicidad colectiva, que se sobreponen a sus propios sentimientos y afecciones personales, e inundan su alma de un goce puro e inefable: explosiones de sentimientos patrióticos, noticias de grandes acontecimientos, que, como la misma felicidad personal, son efímeros. Esta felicidad colectiva, y su antagónico la desgracia colectiva—guerras, invasiones, duelos nacionales, etc.,—tiene su paralelo sanitario y biológico con los estados epidémicos, que alcanzan a gran número de seres, mordiendo en su integridad fisiológica, en nuestro caso, anímica.

Las epidemias de felicidad, como las sanitarias, tienen también con relación a los pueblos, una curva cronológica parecida a la que tiene la salud física con la edad del individuo, que más atrás comentaba. En pueblos infantiles (tribus salvajes, p. ej.) es de gran incertidumbre e indecisión la felicidad colectiva, y conforme avanza la edad de la humanidad se va haciendo más estable y reconocible.

La desigualdad de cultura de los pueblos que cubren el planeta mantiene a muchos en estado de infantilismo (pueblos atrasados, negros, parias, etc.) y, por consiguiente, sus posibles estados de felicidad, sus «epidemias de felicidad», son precarios y estrictos, pero en culturas avanzadas estos estados de felicidad pueden ser más constantes o duraderos, y la edad biológica de estos pueblos habría que medirla por el estado de su cultura, y aún por el tipo medio de su desarrollo mental.

Nos plantearíamos el problema de señalar la edad que tiene ahora la humanidad, el tipo medio de humanidad culta, lo que podríamos llamar la cultura europea por antonomasia, comparándola con la edad del hombre, para deducir de esta edad en que la humanidad se encuentre, las posibilidades o límites de felicidad colectiva.

Literariamente el problema se ha planteado muchas veces, y con la propensión al pesimismo de muchos literatos, especialmente de los que llegan a deducciones políticas sobre el porvenir de los pueblos, casi todos hablan de una humanidad decrepita y senil, que siempre viene cayendo en los errores y torpezas característicos de la ancianidad

Si esto fuera así, el porvenir de la humanidad sería sombrío, y los siglos o milenios que le quedaran de existencia tendrían ya la tara de senilidad, y harían poco presumibles los estados de felicidad colectiva en el porvenir.

Muy al contrario, suponemos que la Humanidad está ahora saliendo de la adolescencia. Precisamente el fenómeno que en estos años tenemos más palpitante delante de los ojos, la guerra, es la prueba más confirmatoria. La guerra es un producto de juventud, es el resultado de aquella edad heroica en que el hombre se lanza impetuosa y ardorosamente, víctima fisiológica de sus increciones sexuales, o más bien dicho, de su sexualidad indeterminada e indecisa, se lanza sobre sus semejantes, como los machos en la selva, en los primeros anuncios primaverales, por un bestial instinto de selección natural. (1)

La guerra es un signo claro de juventud en la Humanidad. El esplendor clásico de Grecia y Roma, los estallidos filosóficos del espíritu, el planteamiento de los grandes problemas científicos, todo lo que caracteriza la edad clásica, es una viva pintura de lo que hoy mismo son las juventudes universitarias, con sus violentos deportes, sus bromas semiespirituales semibárbaras, sus eclosiones intelectuales enérgicas y vibrantes como una llamarada. La Edad Clásica es la edad púber de la humanidad.

¿Y los dos mil años transcurridos, cuanto han envejecido a la humanidad? Bien poco. Apesar de la viveza con que la vida se quema en esa edad del hombre, apesar de las grandes crisis espirituales, religiosas, políticas, etc., que tan densamente llenan la vida de la humanidad en los dos últimos milenios, acaso la edad de la humanidad

(1) Los tratadistas de psicosexualismo estudian la influencia gonadal en las actividades humanas, trabajo, estudio, arte, etc. No podían escapar actividades tan vitales como la guerra y sus paralelos pacíficos la política y el deporte. Sobre la biología de la guerra escribimos un modesto ensayo.

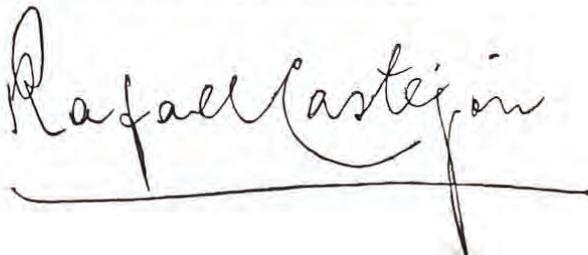
solo haya avanzado lo equivalente a cinco o seis años en la vida de un hombre. La crisis histórica que la humanidad viene sufriendo en nuestros días, acaso sea comparable a la crisis vital que el hombre sufre alrededor de los veintiseis años. La Humanidad está todavía muy lejos de los treinta años, aún carece de reflexión ni madurez. La felicidad burguesa que el hombre siente y busca entre los treinta y cuarenta años, la humanidad aún todavía no la alcanza, y acaso ni aún la presiente. El estado crítico del hombre que está al terminar la carrera, o que finaliza un aprendizaje, y va sintiendo que la obra propia está próxima a la madurez, y que deberá buscar una casa, y hacer un hogar, y tener una compañera y procrear hijos, es seguramente la edad que la humanidad hoy tiene.

Se advierte en el mundo vagamente que la edad de las tonterías, de las irreflexiones y de las jaranas debe pasar, y hay que «sentar la cabeza», aunque todavía la cabeza no esté sentada y se cometan aún muchos actos irreflexivos de juventud.

Si esto es así, los estados de felicidad colectiva de la humanidad han de ser forzosamente precarios en nuestros tiempos. Tengamos fe en que la humanidad «siente la cabeza» y tranquila y ordenadamente, como un buen burgués que todos los días va a la oficina y todos los meses cobra su paga, sin grandes alteraciones ni ruidos, salvo los inevitables en el deslizarse de la vida, del hijo que nace, el padre anciano que muere, o la tormenta que asola la comarca, u otros análogos, ve deslizarse confiadamente los días más serenos, gozosos y fructíferos de su existencia.

En la busca de la felicidad integral los factores externos, que en conjunto son los determinantes de la felicidad colectiva, están llamados a ser corregidos o superados en el porvenir de la humanidad. Siempre quedarán subsistentes y amenazadores los factores internos de felicidad, que el hombre procura resolver con sus estados de «felicidad profesional», que siempre tienen como un lejano ideal o suspirada meta, ese vago «anhelo de felicidad» que nos alienta y sostiene en el sendero de la vida, de raíz fisiológica psicosexual, y que constituyen el recóndito tesoro más querido y celosamente guardado que todos llevamos en lo íntimo de nuestra personalidad.

Córdoba,
Primavera de 1943

A handwritten signature in black ink that reads "Rafael Castejón". The signature is written in a cursive, flowing style with a long horizontal line underneath.

BOLETIN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba ~ ~ ~



ABRIL A JUNIO 1944
AÑO XV. — NÚM. 49

Tipografía Artística.-San Alvaro, 17.-Teléfono 1040.-Córdoba

BIOLOGIA DE LA GUERRA

La guerra es biológica.

El hombre hace la guerra por la misma razón y por los mismos fundamentos que come, ama, deambula, trabaja, odia o envejece.

El estudio del hombre, o si se quiere de la Humanidad en conjunto, exige, como el de cualquier otra especie animal, el conocimiento de su anatomía, de su fisiología sana, de sus alteraciones morbosas y de sus costumbres o relaciones sociales.

Más notable esto último en las especies que viven en colectividades, como las hormigas, abejas, piaras de mamíferos, bandadas de peces o de aves, etc., ha dado motivo a curiosas observaciones de naturalistas y sabios, que enriquecen a porfía la bibliografía de las ciencias naturales.

En cuanto al hombre, sus relaciones sociales han dado origen a escalas jerárquicas, castas, fórmulas religiosas, partidos y regímenes políticos, lucha de clases, etc., etc., y en el exquisito siglo XVIII europeo a la confección de los bellos tratados de «Urbanidad y Cortesía», compendio del almibaramiento de peluca y casaca característico de esa fecha.

Señalamos concretamente este dato, porque ilusionadamente, la educación moral que el hombre dá a sus descendientes desde las llamadas épocas históricas, es ya de tono pacifista, —la civilización es pacifista, el salvajismo «es belicista»—, y por relaciones sociales se entienden por antonomasia entre los hombres las de buenos y cortesanos modales

Pero tan social —desprovista la palabra de todo sentido político— o mejor diríamos, tan colectivo es en el hombre lo pacífico como lo guerrero. Didácticamente separaríamos las relaciones colectivas de la Humanidad entre otras posibles divisiones, en dos ramas: pacífica y bélica. Siendo tan natural la una como la otra.

Observad un hormiguero, un enjambre, una bandada de estorninos o de grullas. Están tranquilos en sus actividades personales, acopian sus granos o sus reservas alimenticias, aman y procrean, hacen sus nidos o construyen sus panales, sestean o pasean, durante la tran-

quila sucesión de los días. El buen naturalista va estudiando estas costumbres, de cronicidad casi matemática, y las va trasladando a su cuaderno. Un buen día, aquella colectividad animal aparece irritada. Sus individuos van y vienen nerviosamente, se transmiten avisos y órdenes, montan guardias en sus refugios y guaridas, zumban, gritan, chillan, y al fin, extremando su nervosismo, afilando sus defensas naturales y cargados de sus provisiones, salen de sus agujeros o parten de sus comarcas habituales, con la reina o el guía al frente, bien rodeado de una guardia personal, en busca de otros territorios, exterminando enemigos a su paso, o impelidos por la inexorable ley del nusus migratorio. El naturalista sigue observando y anotando.

Ni al sabio ni al profano se le ocurre pensar que obedecen a fundamentos distintos, ni a desiguales leyes biológicas, las dos clases de fenómenos, pacíficos y bélicos, que está observando. Ambos son característicos de la biología social de la especie estudiada, son previsibles y aún se suceden con cierta periodicidad sincrónica. Ambos pertenecen a la biología social de la especie.

Y si esto es normal en todas las especies animales, ¿por qué solo en el hombre vamos a considerar normal lo pacífico y anormal lo bélico?

Desde el punto de vista biológico es normal todo lo que acontece a la especie en su ciclo individual o corporativo. Tan normal es al *Apis melifica* el diario pecoreo, como la salida primaveral del enjambre o la matanza de los zánganos apenas han terminado su función fecundante. Todo ello es biológicamente corriente en esa especie. En todas podríamos formular los hechos correlativos.

Pues igualmente normales son en el hombre, biológicamente considerados, tanto los períodos de paz como los de guerra. Un naturalista que estudiase la especie humana, y describiese el cuerpo del hombre, sus funciones, sus actividades, sus relaciones sociales, etc., terminaría, como nosotros hacemos con la hormiga o la cigüeña, describiendo sus habitaciones, sus viajes y sus luchas. La lucha, la guerra, si con ojo de cíclope observáramos una humanidad hiliputense, sería un fenómeno biológico más, a considerar entre los demás de la especie.

No es lógico, por tanto, que busquemos las causas o pretextos de las guerras, por lo menos que busquemos las causas políticas. Debemos buscar las causas biológicas, como pretendemos en esta iniciación de ensayo. Las llamadas causas políticas, las que externamente invoca la Historia, serán en todo caso como las llamadas en

la etiología médica causas predisponentes, pero no causas directas, eficientes o específicamente determinantes de las guerras.

La Historia nos habla de guerras de conquista, de guerras religiosas, comerciales, etc. Una vez se inculpa como causante de la guerra a un tirano, un emperador o un César. Otras veces es un reformador religioso, un mesías, un profeta, un mahdí. En otras ocasiones se habla de masas causantes, las hordas asiáticas, el peligro amarillo, las emigraciones oceánicas del Pacífico, los bolcheviques. En nuestros tiempos criticistas se echa la culpa confusa de las guerras, según el criterio enemigo de cada cual, a los burgueses y bolsistas, a los judíos, a los constructores de armamentos o fabricantes de municiones, a las sectas que operan tenebrosamente, a los masones, a los mismos pacifistas.

Es inútil buscar, de una manera genérica, al causante de las guerras. El hombre hace la guerra por un imperativo biológico que le acomete circunstancialmente, del cual él mismo es actor y víctima al propio tiempo, y cuyas oscuras raíces fisiológicas acaso no se conozcan todavía con precisión. El hombre destruye y mata instintivamente, movido por una poderosa fuerza interior, de raíz biológica. La guerra es instintiva. La guerra es una función biológica de la colectividad humana.

En los pueblos que llamamos inferiores, tribus negras, oceánicas, etc., la guerra es una función tan biológica de la colectividad, que los hombres, como empresa colectiva, no hacen más que guerrear. La constitución de la sociedad humana, en estos pueblos inferiores, solo tiene la misión bélica. Sus reyes, hechiceros, cantos, músicas, etc., están todos instituidos con una finalidad marcial. El autor de estas líneas que convivió una temporada con los berberiscos del norte africano, pueblo civilizado, o por lo menos en contacto con la civilización desde hace muchos siglos, anotaba que, en los períodos de paz, en sus luchas con los españoles y franceses del protectorado marroquí, vagaban tediosamente como atacados de neurastenia, preguntando ansiosamente cuándo volvería el período de la guerra, único que concebían. Las referencias del medievalismo, del feudalismo europeo, son del mismo tipo. El buen caballero no trabajaba la tierra ni organizaba trabajo de orden alguno, salvo el bélico. El trabajo manual lo hacía el siervo, el esclavo, el prisionero, el trabajo intelectual lo hacía el monje. El caballero, el señor, como honrado privilegio especial hará la guerra.

El oscuro sentimiento de matar al prójimo que, en algún caso,

como hoy mismo en los iluminados de Filipinas, alcanza categoría de hecho biológico en lo personal, tiene sus rituales religiosos en las ofrendas a los terribles dioses paganos a quienes se sacrifican niños, doncellas, esclavos o personajes de estirpe regia, según los pueblos o los ritos, y, alcanza por fin, su momento cumbre en lo colectivo con la organización de las guerras que en nuestros días alcanzan la dramática intensidad actual.

Los historiadores profundos han buscado algunas veces este origen o causa biológica de las guerras, prescindiendo de las explicaciones causales que el vulgo invoca, y antes dejamos señaladas. Los pueblos que habitan lugares míseros, saldrían periódicamente de sus comarcas, cayendo como langostas sobre los pueblos ricos y ubérrimos, reblandecidos por la civilización y el hartazgo. En relación con la pretendida marcha de la civilización de oriente a occidente, se ha hablado de varias influencias astrales o magnéticas. Un abate francés cree haber encontrado un sorprendente sincronismo entre guerras notables y manchas solares.

Quienes opinan de esta manera, abandonan ya la teoría política, y dejando de inculpar al tirano bélico o al reformador avaraz, piensan, algo como nosotros, que el hombre es víctima del impulso marcial, al modo que lo es del impulso erótico o de cualquier otro instinto biológico.

Lo que acontece por lo pronto, dentro del organismo humano, es que el instinto bélico acaso no es constante en la biología, sino que aparece por crisis o saltos. Por ejemplo, el crecimiento somático del individuo, procede lenta y progresivamente, pero sin violentas crisis. Mas, dentro de esta evolución ontogénica, aparecen algunos fenómenos, que, siendo normales, se manifiestan con violencia, como la erupción dentaria, la pubertad, el parto. A nadie se le ocurrirá discutir la normalidad fisiológica de cualquiera de esos fenómenos vitales que en el individuo se presentan sin embargo de aparatosa manera.

Pues bien, algo análogo ocurre en lo colectivo. La lenta evolución diaria de la Humanidad se produce en la paz. Pero en este organismo humano se presentan de vez en cuando fenómenos críticos, violentos, las guerras y revoluciones que vienen a ser los fenómenos críticos de lo colectivo, seguramente necesarios, en cuanto biológicos, para la evolución filogénica de la especie humana.

También tiene este concepto viejos defensores en quienes hablan de las guerras como vehículo de la civilización, y señalan la difusión de muchas adquisiciones y conocimientos culturales a través de los

movimientos guerreros de los pueblos, y de ello se deduce la necesidad de las guerras para que la Humanidad progrese.

La necesidad biológica de la guerra no la vemos clara si no es poniéndola en parangón con la antropofagia. Son raras las especies animales en las cuales existe la homofagia, y desconozco si del devorar semejantes los naturalistas o biólogos han extraído alguna conclusión. Me parece, en cambio, que la antropofagia tiene en la evolución de la Humanidad una clarísima interpretación. Devora el hombre a sus semejantes en aquel período evolutivo de la especie en que termina el *Homo ferox* y aparece el *Homo sapiens*. O dicho de otro modo, para alcanzar inteligencia, para lograr el desarrollo necesario en los centros nerviosos, la especie necesitó enriquecer su fisiología nerviosa con un tratamiento opoterápico a base de los órganos de la misma especie, porque es bien sabido que, aun cuando el antropófago devora toda su víctima, generalmente, y de ello se derivaron curiosos ritos que estudia hoy el prehistoriador, busca determinados órganos como el cerebro y el testículo que son los básicos del desarrollo intelectual.

No se debe pasar por alto el hecho de que los monos antropoides son hervíboros, mejor frugívoros, esto es, que ni son carnívoros, ni mucho menos homófagos. Fué en las especies antropeideas de las cuales había de nacer el *Homo sapiens* donde se desarrolló la antropofagia, como imperativo biológico, por exigencia acumulativa de materiales fisiológicos nobles, sobre los cuales habría de lucir la llama divina de la inteligencia.

Hay algunas hembras domésticas, las cerdas y perras, que ciertas veces cometen el acto monstruoso y antinatural de comerse a sus hijos a poco de parirlos. Estas hembras no cometen el hecho casualmente, sino que este vicio se repite en cada ocasión, y los ganaderos saben que no hay otro remedio que desecharlas como reproductoras. Parece haberse averiguado que se comen a sus hijos las hembras agalaxicas, o sea las que no segregan leche, de donde se derivaría un complejo neuro-hormónico que actuaría sobre el apetito, y especialmente sobre el instinto, sobre este último de tan intensa manera, que llega a anular el poderoso instinto maternal.

Si confirmamos que el desarrollo intelectual del hombre exigió la antropofagia, nos preguntaríamos a qué instancia biológica concluye la guerra, o sea el exterminio de determinados individuos de la especie, o más genericamente, la lucha entre los machos.

Por demasiado conocido y solo a título de recordación, evocamos

el hecho de las peleas entre los machos, que viven en salvajismo o en piara. En Andalucía, donde la cría del toro bravo está tan atendida y observada, se sabe que hay dos ocasiones en que las piaras de machos, sean novillos o toros, se acometen en la pelea, que son la primavera en la época del celo y los días de gran tensión magnética, precursores de la tormenta. Pero, tanto en unos como en otros, la lucha no adquiere intensidad dramática en tanto que no se vierte sangre, y después de grandes bramidos, escaramuzas, esgrima de cuernos, etc., uno de los contendientes huye (táctica de despegue). Mas, cuando «huelen sangre», como dicen los ganaderos, por haber sido herido uno de los contendientes, la lucha se generaliza, redobla su intensidad y suele terminar con varias muertes. El autor de estas líneas cree haber notado fenómenos análogos en las luchas humanas de que ha sido testigo.

Aquel último concepto nos lo aclara el estudio de otras especies. La lucha entre machos responde a un principio de selección natural (darwinismo) para la supervivencia del más apto. Tendría la lucha un fondo sexual, que, como tantas otras manifestaciones de la misma raíz, se manifestaría oscura y torpe, pero avasalladoramente. El mismo hombre sería una víctima de su instinto, por cuanto el desarrollo hormonal de sus increciones gonadales, le impulsaría ciegamente a la lucha y la muerte.

Acaso la Ciencia descubra algún día totalmente el resorte del impulso bélico, biológicamente considerado, y los períodos críticos en que se presenta, en relación ya con la evolución ontogénica de cada ser o con la filogénica de la especie, y se pueda establecer el ritmo crítico de las guerras, aparte los demás factores climáticos, étnicos, geográficos, alimenticios, etc., que dan fisonomía especial a cada período guerrero.

Por lo pronto, y en relación con este hecho, sorprende inmediatamente que la edad guerrera por excelencia, la edad heroica por antonomasia, es la juventud, el despertar impreciso y arrollador de la sexualidad, dejando aparte la milicia profesional producto de un entrenamiento y una educación que se separa del ritmo biológico.

Bastará repasar en la memoria la figura de los grandes caudillos militares de la Historia, o mejor dicho de los grandes conquistadores, en los cuales destaca la edad juvenil o una sexualidad torpe —Alejandro, Napoleón—.

Toda la prehistoria (Humanidad infantil) que se puede representar como la época salvaje de las actuales razas civilizadas, al menos en

la edad de la Piedra, y que tiene sus análogos en los actuales pueblos salvajes, que viven una era que podemos llamar para ellos prehistórica, — pinturas rupestres, cultura lítica, belicismo, antropofagia, cultos astrales, etc. —, es una época fundamentalmente guerrera, y acaso en su decurso se inicie la diferenciación de pueblos más o menos bélicos, o bélicos y pacíficos.

Entre las más viejas culturas del mundo, la mediterránea ha propendido al pacifismo, acaso por adaptación al medio — clima dulce, alimentación fácil, poca necesidad de vivienda y vestido, etc. —, produciendo aquellas civilizaciones — micénica, cretense, tartesia, etc. —, que llegan a los albores de la Historia refinadas y decadentes, acosadas por todos sus costados, especialmente por el norte, por pueblos agresivos, bélicos, selváticos, — la pretendida invasión aria —, que vienen a refrescar los viejos troncos y a infundirles primitivismo marcial.

Nos perderíamos en la minucia histórica, por grandes que fueren sobre el ancho cauce nuestros saltos, si quisiéramos sorprender sobre ella la evolución biológica de la Humanidad, especialmente con vistas al instinto bélico.

Ya en otra ocasión (V. nuestro ensayo sobre *La busca de la felicidad*), hemos intentado fijar la edad de la Humanidad, comparativamente a la del ser humano. Intelectualmente al menos la evolución del ser humano muestra en compendio la evolución de la Humanidad. Con esto evocamos el clásico principio naturalista de que la Ontogenia es una reproducción abreviada de la Filogenia. O también, que se puede comparar la evolución del individuo, aplicando el anterior principio en grado menor, como una reproducción abreviada de la evolución de la especie.

En el mismo hombre, los embriólogos van estudiando desde la concepción del ser humano, las fases de mórula, de blástula, de celentéreo, de gusano, de pez, de mamífero, etc. Pero, ante nuestros ojos, en el niño, vemos reproducidos los períodos o etapas de la evolución cultural de la Humanidad. El niño que anda a gatas a poco de nacer (antropóide), se endereza a poco y emite gritos inarticulados (antropopithecus erectus), luego se apoya en un palo, tira piedras y hace casitas de barro (edades líticas), pinta las paredes (rupestrismo) y ama con pasión los animales (totemismo, domesticación). Sabido es que, por este camino, en el cual los pedagogos hacen notables observaciones, se reconocen, en niños inteligentes, momentos mentales o sentimentales, que evocan otras épocas, religiones, creencias o

ritos, por los cuales ha pasado la Humanidad ancestral, y que perviven en el fondo de herencia heredada, manifestándose transitoriamente. Por ejemplo, un niño de cinco o seis años, un buen día, sin influjo exterior alguno, os empieza a reíar con la videncia y seguridad característicos de la infancia, que ha vivido otras épocas anteriores. Os dirá, «cuando yo era capitán», «una vez que iba en un barco», etc., manifestando así un estado mental análogo al que tuvieron determinados pueblos (metempsicosis). Reconoceríamos por este procedimiento, el recuerdo ancestral de épocas tristes y melancólicas de la Humanidad, tan características de la segunda infancia, de culto a los muertos, etc.

En una palabra, la Historia, y su antecedente prehistórico, nos descubre que la Humanidad ha pasado por períodos de evolución mental análogos a los que observamos en la evolución genérica de cualquier individuo. Por ahí podríamos rastrear, comparando el tipo medio de vida de la Humanidad actual, la edad que esta alcanza, y por ende sus posibilidades de todo orden, mentales, técnicas, etc., y sus instintos biológicos primordiales.

Porque, y esto hay también que dejarlo bien sentado, así como en los niños se descubren los períodos históricos ya pasados, en muchos individuos, y aún en ciertos estados especiales de civilización, acaso se descubran los períodos históricos del porvenir. O sea que muchos individuos han superado el tipo medio de la especie, e incluso dan arquetipos o modelos que la especie tardará muchos siglos en volver a producir en apreciable cantidad.

En suma, ¿qué edad tiene la Humanidad? ¿Es joven o es vieja? ¿Tiene por delante un «brillante porvenir» como reza la frase periodística, o es ya vieja y caduca e «incapaz de sacramento». Interesa mucho fijar el concepto para nuestra biología de la guerra, porque si el tipo normal del milite, biológicamente considerado, es el joven, desechando los estados anormales o incauzados de la sexualidad, si adscribimos la guerra a la edad juvenil, tendremos que aún nos quedan milenios guerreros por delante si la Humanidad es joven, o.... No. Si la Humanidad fuera vieja las guerras se hubieran ya acabado hace largo tiempo.

La guerra, la lucha, es vida por antonomasia. Cuando la Humanidad entre en edad madura y se acerque a la vejez, hará mucho tiempo que los conflictos bélicos se habrán extinguido. La Humanidad vive todavía, cuando tiene por las guerras esta impetuosa pasión incontenible, una edad juvenil.

Porque no hay que hacerse ilusiones pacifistas. Cuando algunos hombres selectos —filósofos, pacifistas, eclesiásticos o religiosos— hablan largamente de pacifismo, y cuando la educación, la ética, la religión, están llenas de pacifismo, de amor al prójimo; cuando ingentes instituciones —la iglesia cristiana, por ejemplo— fundan sus cimientos en la caridad, en el quererse unos a otros, de pronto, como una universal tormenta, se encienden los cielos en horribles fragores guerreros y el rayo marcial incendia todos los pueblos y todos los países, favorecido hoy más que nunca por la velocidad de las comunicaciones. La guerra es un contacto eléctrico, a cuyo solo nombre se ponen en pie todos los hombres.

Cuando en raptos de un pacifismo erudito, algunos países han proclamado su renuncia a la guerra en sus leyes fundamentales, y como consecuencia de ello se ha procedido a un cierto desarme del ejército nacional, las multitudes, y precisamente las que se hacían llamar a sí propias más progresivas y avanzadas, instituían «milicias» particulares, y salían por los alrededores de sus pueblos en marchas y maniobras bélicas, víctimas de un instinto biológico que no hallaba otros cauces legales.

No caben discusiones ante los hechos. Estamos asistiendo a la guerra más extensa y cruel que ha conocido la Humanidad. El diagnóstico es tan preciso, como el toque del metal sobre la piedra: la Humanidad aún es joven, y como es joven ama la guerra, y la desea frenéticamente. Bueno que se eche la culpa ocasional de esta guerra, como de cualquier otra, a este dictador o al otro tirano, a los judíos o a los comerciantes, que en última instancia solo serán o sus propagandistas públicos o víctimas propiciatorias del belicismo, como lo son también casi siempre los «intelectuales», evocando la pugna entre la pluma y la espada de que ya hablaba Aristóteles. Pero el hecho fundamental es que la Humanidad hace la guerra, y dedica a ella, amorosamente, voluptuosamente, sus mejores hombres, —la juventud— sus mejores tesoros, sus mejores conquistas de saber y de técnica, sus más queridos amores, —la familia, el hogar, los hijos.

Pongamos a contraprueba el toque de la antropofagia. Hoy, esta Humanidad guerrera y exterminadora, se avergüenza de haber sido antropófaga. Esto es, la necesidad biológica de la antropofagia ya ha pasado, y entre tantos pueblos diversos y millones de seres que hoy combaten, no solo existe ni recuerdo de la antropofagia, sino que se rechazaría con asco violento de ser propuesta. Hoy, la necesidad biológica de la guerra, que no acertamos a definir, obedece a otros instintos.

Nos contentamos con suponer que es un instinto de raíz biológica el bélico, que algún día pasará, como pasó el antropofágico. Día llegará en que la Humanidad se avergonzará de haber hecho la guerra, como hoy se avergüenza de haber comido a sus semejantes. Y por eso, la fijación, siquiera aproximada de ese día, de esa época, nos preocupa, y tanteamos su señalamiento

Volvemos al supuesto de la lucha sexual, y a nuestra afirmación de que solo atendiendo a esta violenta pasión por la guerra, podemos suponer que la Humanidad es joven. Pero ¿a qué «tipo de Humanidad» debemos referirnos, y qué grado de juventud goza ese tipo propuesto?

Porque, en el concepto genérico de Humanidad entran desde las razas inferiores negras (bosquimanos, negritos, etc.) en las cuales está fosilizada la evolución de la especie, hasta los pueblos más avanzados de las razas blancas, (mediterráneos, anglosajones, norteamericanos), entre los cuales debemos buscar el actual «tipo medio» de la Humanidad actual.

Se nos antoja que este tipo medio no lo representan tanto los pueblos viejos (mediterráneos y anglosajones), cuanto los norteamericanos. Acaso los primeros, habiendo cumplido algunos de sus círculos menores de cultura (Polibio, Aben Ialdun, Oswald Spengler) o teniendo del todo terminado su ciclo histórico, se hayan pasado del tipo medio de la Humanidad. La fertilidad de su pasado, el arte, la erudición, la puesta en marcha de todas o casi todas sus posibilidades de diversas índoles, han convertido a estos viejos pueblos europeos, en pueblos cristalizados. Diríamos, usando de un similitud muy usado por los historiadores, que viven en «bizantinismo». Cristalizaron en determinado sistema en el cual perdurarán durante muchas centurias, acaso milenios.

El tipo medio de Humanidad lo dan hoy, indiscutiblemente, los norteamericanos. Su ingenua alegría vital, su prodigiosa expansión de crecimiento en todos los órdenes (demográfico, crematístico, técnico, etc.), haber cogido la batuta del planeta, producir un nuevo tipo de hombre político-social, y otras muchas razones presentes al más lerd, señalan al yanqui como el «producto actual» de la Humanidad, el hombre representativo de nuestra época o nuestro siglo.

Y el yanqui, ahí lo teneis, se nos figura a los europeos como un buen mozancón, bonachón y zanquilargo, que ama el aire puro, la gimnasia y el deporte, y que ha hecho un culto de dos cosas fundamentales: la libertad y la técnica. Hé ahí los dos síntomas juveniles

de este «producto actual» de la Humanidad. Es un producto de juventud.

Pero este «tipo medio» ya no ama la guerra. Su postura en las actuales guerras mundiales, se nos antoja parecida a la del mozacón que cuando pasa por la calle, acaso en busca de novia, acaso de vuelta del taller, encuentra una pelea de chicos en el arroyo, les dá cuatro moquetes, los separa, y sigue su camino silbando alegremente, sin mirar atrás. Los chicos del arroyo (ios pueblos europeos), viven y no sabemos cuanto tiempo vivirán, en perpetuas guerras. Cuando ellos cristalizaron, la guerra era consueta, como lo es para las tribus negras, y entró como ingrediente normal de su constitución.

Y cuando han pasado dos o tres milenios, y la Humanidad también avanza en su edad, el producto que ha «parido», el yanqui, sin ser del todo formal, ya va camino de la formalidad, va siendo un hombrecito, todavía juguetón, pero que siente o presiente la seriedad de los años, y, sobre todo, desdeña tirar peladillas en el arroyo, como hacen los chicos más pequeños del barrio. El mozacón sabe que en la vida hay faenas más serias, piensa en una era de paz, en hogar confortable, de porvenir luminoso y tranquilo, y procura hacerse notar en el taller o descollar en la Universidad, preparándose a empresas de envergadura vital.

¿A qué edad pasa esto en la vida? Seguramente alrededor de los veintitantos años. Esta es la edad que hoy tiene la Humanidad. Pensamos que la Humanidad se acerca al prototipo de los veintiseis años, tipo de edad que en el hombre han determinado muchos autores como crítica en la evolución psicológica del individuo, y como época crítica, no solo mudable, sino dolorosa, por lo menos pasional, llena de pathos.

La Humanidad cumplirá esa edad cuando termine este período de guerras mundiales, que acaso son el aiba de esa crisis evolutiva, pasada la cual entrará el período de maduración, que no debemos suponer desde un principio completamente sereno y ecuánime, sino sujeto también a numerosas incidencias, que todavía sería aventurado fijar ni aun en líneas generales.

Solo podría servir de antecedente, con un amplio margen de error, la observación de la vida de los individuos actuales, y calcular en qué proporción los hombres que tienen entre veinticinco y treinta años llevan una vida normal, moral, laboriosa y tranquila, y en qué otras proporciones son disolutos o camorristas o aventureros, para deducir así las posibilidades en que se hallará la Humanidad en el

próximo milenio, del año 2.000 al 3.000 por ejemplo, de desenvolver sus actividades colectivas.

Si, como nosotros creemos, cuando la Humanidad vaya pasando su edad juvenil, verá amortiguarse sus instintos de lucha, y esto en los pueblos «nuevos», porque los «viejos» ya están cristalizados en su formación psicológica, y no habrá quien los desvíe de sus costumbres clásicas y tradicionales, la esperanza en un porvenir pacífico, aunque remota, será cierta, y esto considerando siempre un pacifismo relativo, de los mejores, porque biológicamente, el pacifismo será un producto nunca compartido por los «viejos».

La contraprueba, tomando como ejemplo los pueblos más inferiores, aclarará este concepto. Las tribus antropófagas que todavía quedan por el planeta, aceptan muchas veces el misionero y otros muchos elementos de civilización, y en algunos casos se las puede creer ya convertidas, hasta que un buen día, aquel buen día que describíamos al principio de este ensayo como propicio en toda colectividad animal, sobreviene una «crisis de irritación», y empiezan por comerse al misionero y a todos los demás elementos de civilización, y vuelven a su situación «clásica».

El negro que acepta el traje europeo, en su tribu, usará la chistera y acaso el frac, sobre el taparrabos original, pero seguirá con los pies desnudos y los aretes en la nariz, o sea, que el traje europeo le será tan extraño como nos lo pintan en las caricaturas.

Algo análogo es hablar de pacifismo en países como los europeos, contruidos a fuerza de guerras, y en los cuales toda su herencia, toda su historia, sus más bellas tradiciones, sus evocaciones más gloriosas, todo, todo es bélico. Habrá de contarse por milenios el trascurso de los períodos históricos en que pueblos de esta catadura, trasfundidos en otras razas, desolidarizados con su pasado, refundidos totalmente como pueblos «nuevos» piensen de otra manera, como por ejemplo nosotros estamos hoy con relación a los pueblos magdalenenses o capsenses o a los que vivieron en el período de La Tene.

¿Es que si en Norteamérica hubiera seguido viviendo en cantidad apreciable el piel roja, con su psicología de cazador y rapacabelieras, hubiera surgido el tipo actual de yanqui que consideramos como el producto más «nuevo» de la Humanidad?

Fué preciso que las circunstancias históricas, hicieran tabla rasa de la especie humana en aquel país, y productos selectos (emigrados políticos, pioneros comerciales, etc.), de los pueblos más avanzados

de la época, prepararan un advenimiento humano dotado de otra psicología más avanzada en edad, para que la Humanidad se plasmará en un tipo que, a su vez, allá para dentro de dos o tres milenios estará cristalizado e irrenovable, obseso y terco en las ideas y sedimentos psicológicos que precedieron su formación.

Cuando adentramos en la historia de Grecia, por ejemplo, sufrimos una gran desilusión. De modo que aquel pueblo que en principio suponíamos lleno de filósofos, de artistas, de poetas, que suponíamos ingenuamente la cumbre de la civilización, era, en el fondo, una manada de republiquitas feroces que se exterminaban y se perseguían como las fieras en el bosque. Si, aquel bello luminar de la Humanidad, fué la eclosión juvenil, con sus ilusiones y sus pasiones, con su despertar a la ciencia y con la torpe resolución sanguinaria, el conjunto glorioso y a la vez triste, en que se amasa la iniciación de la pubertad.

Los atisbos de pacifismo que aparecen en ciertas personas o en contadas instituciones, como preluio de tiempos que vendrán, cuando la Humanidad avance en su edad, llegarán a ser entonces el módulo imperante, aunque no único, en la vida de los pueblos, y, cuando esto llegue, cuando las mejores conquistas, no ya solo territoriales, sino económicas, técnicas, o de cualquier otra índole, sean conseguidas pacíficamente, se preguntarán los hombres cándidamente: ¿por qué harían las guerras nuestros antepasados? Después de las más cruentas, todo venía a quedar igual, y, sobre todo, «aquello» se pudo haber conseguido pacíficamente, sin necesidad del exterminio o la lucha. Así también nos preguntamos hoy con no menor candidez: ¿para qué se comerían los hombres unos a otros?

La compra de lanas en Australia, la adquisición de carne en la Argentina, o cualquier otra pacífica operación comercial, era en los tiempos remotos el resultado de vastas expediciones guerreras, con innúmeros sacrificios humanos, que pasaban a la fábula con los caracteres míticos del vellocino de oro, los toros de Gerión o el estañó de las Casitérides.

¿Para qué matar, nos empezamos a preguntar hoy, por cosas que se pueden obtener en paz?

Pero, el instinto biológico de la lucha, arde todavía en las entrañas de la Humanidad actual, y en los pueblos «cristalizados», o sea en los mentalmente fosilizados, aparte elucubraciones de café, cuando llega la hora, todos se arrojan de cabeza al incendio devorador, salvando las naturales diferencias étnicas, geográficas, económicas, etc.

Y, pensando en el fin de este ciego exterminio, de este apagamiento de un instinto bestial y fiero, nos preguntamos, como otros muchos: ¿Cuándo acabarán las guerras en la Humanidad, si es que alguna vez acaban?.

Acabarán, pensamos, ni tan pronto como algunos ingenuos desearán, ni tan tarde ni lejos que dejen de constituir un bello ideal de moral humana, alcanzable en plazo previsible.

Acabarán cuando nuevos pueblos, en el devenir de los tiempos, representen un tipo de Humanidad más evolucionado, más civilizado, y ¡ay!, más viejo. Cuando la madurez de la vida, en la Humanidad, como ser colectivo, vaya tiñendo de gris el rojo de sus crepúsculos. Cuando en la evolución cerebral vayan siendo cada vez más firmes los conceptos de la ética y de la moral humanas. Cuando el «hijo del hombre» sea «hombre» del todo.

Seguramente, la Divinidad aún continúa perfeccionando su Obra.

A handwritten signature in cursive script that reads "Rafael Castejón". The signature is written in black ink and is underlined with a single horizontal stroke.

Córdoba, verano, 1943.

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes



DEPÓSITO LEGAL
CO-27-1959

ENERO - DICIEMBRE 1972
AÑO XLI - NÚMERO 92

Tipografía Artística. - San Alvaro. 1. - Teléfono 221040. - Córdoba

Discurso de ingreso en la Academia de Doctores de Madrid, del Ilmo. Sr. D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala, el 11 de abril de 1969.

Exemos. Señores Presidente y Académicos;

Dignísimas Autoridades;

Señoras y Señores:

Una predestinación, al parecer ciega, como tantos otros hechos y acciones de la Naturaleza o del Hombre, me trae entre vosotros, honrando y exaltando mi insignificancia con vuestro prestigio y nombradía, abri-llantando con el reflejo de vuestros saberes la humildad de los míos; pero casi todas esas predestinaciones que nos parecen ciegas, algún día, alguna ocasión, algún sabio descubrimiento, halla la ley de su existencia, más vaga o más concreta, pero inexorable.

Y la expresión cierta de la presunta ceguera que aquí me ha traído hoy, está en la ley de la gratitud que a todos nos rige, también en grado distinto, según multitud de factores, sensibles u ocultos, que informan todas las leyes.

La tesis misma de la disertación que habréis de tener la paciencia de escuchar, no es, en su fondo, más que otra búsqueda de leyes o verdades, en un mundo caótico y difícil que los conocimientos humanos bucean con tesón riguroso y tenso, en espera del concepto fundamental que los informe y defina.

Pero, entretanto, tened por seguro que aquella ley de mi gratitud a esta honorable y sabia corporación, y a todos sus ilustres componentes, está entre las más firmes leyes que al corazón y al intelecto se imponen con avasallador poderío.

NUEVOS FUNDAMENTOS DE ETNOGRAFIA COMPARADA

El concepto de raza, con sus múltiples y variadas definiciones, y los métodos seguidos para describirla y fijar sus caracteres, no menos múltiples y variados, viene llenando muchos capítulos de la Biología.

Pero en los numerosos trabajos que persiguen ese concepto biológico, anotamos dos defectos de conjunto. Uno de ellos es la casi completa separación entre los estudios raciales del hombre y el de los animales. El otro radica en la esencial diferencia de punto de partida tomado por etnólogos humanos y antropólogos para alcanzar su fin.

En cuanto al primero podríamos decir que el hombre se autodeifica, colocándose mucho más allá del mundo animal a que pertenece y del que ha surgido irrevocablemente. Es indudable que estando en toda la superior primacía del mundo animal, en definitiva es un mamífero, toda su máquina orgánica y por consiguiente las reacciones y funciones de ella, tanto normales o fisiológicas, como anormales o patológicas, son análogas a las de cualquier otro mamífero superior, y cualquier estudio de biología comparada lo alinea entre estos, y debe obedecer a iguales leyes.

El otro punto de visión defectuosa respecto al concepto "raza" decíamos que radica en la diversidad del punto de arranque, o del fundamento en que se apoye la cuestión. Y esto en la etnología humana, por la multiplicidad infinita de las acciones en que se mueve el hombre, dá lugar a otra igual multiplicidad casi infinita de caracteres fundamentales, para definir y caracterizar las razas. Recordemos cuando Broca sentó con precisión científica la diferenciación craneométrica, y el mundo científico entero se lanzó por esa senda, que venía a sustituir la primitiva y secular clasificación racial del hombre basada en el color de la piel, hasta que se dijo que no todo era cuestión de cráneo y cara.

Ciertamente habrá que sentar unas líneas generales de clasificación racial, que sean comunes al hombre y a los animales, y que no dejen de recoger signo o dato alguno que permita diferenciar los grupos étnicos que constituyen cada especie. Diríamos que hay que basarse en una Etnografía comparada integral.

Por orden decreciente de importancia hay que señalar en principio unos caracteres *somáticos*, anatómicos o morfológicos; en segundo lugar

caracteres *funcionales* o fisiológicos; en tercero, *patológicos* y aun teratológicos.

Los caracteres *estáticos*, corporales o somáticos que definen las razas se agrupan en tres grandes directrices: perfiles generales de la silueta corporal (aloidismo, de eidos, forma); proporciones del cuerpo (anamorfosis); y tamaño o peso (heterometría). Como gran apéndice a estos caracteres estáticos o anatómicos, se ordenan todos los referentes a la piel y sus dependencias (faneróptica).

Los primeros, muy apreciables a simple vista en el perfil lateral de los individuos, serán de línea convexa (convexilíneos o cirtóides), de línea recta (rectilíneos u ortóides), y de línea cóncava (concavilíneos o celóides). Responde esto al más primitivo concepto de diferenciaciones raciales, cuando se habla respectivamente en el hombre de nariz acaballada, nariz recta o griega y nariz chata o arremangada.

Con arreglo a igual consideración, los convexilíneos son organismos altos, estirados, enjutos, de conformación centrífuga, como si todo su cuerpo tendiera a elevarse, huir del suelo, escapar su masa corporal hacia fuera y arriba a partir de un hipotético punto central de su cuerpo, concepto más claro en los animales superiores que en el hombre, por la posición erecta de éste. Ello dá origen al fenómeno llamado de acuminación de las extremidades, de agudizamiento y estiramiento de miembros, contrariamente a los tipos étnicos cóncavos o celóides que son achaparrados, espesos, de extremidades planas y bajas.

Con arreglo a esta gruesa descripción general, la cita de tipos extremos, nos lleva enseguida a una premisa general: siendo las desviaciones que señalamos, correlaciones orgánicas dentro de la misma especie, el tipo medio será la norma específica. Ya desde los albores del arte clásico, el cánón de la belleza humana se señaló en el tipo rectilíneo, que representa el arte griego. Los correlativos en los animales son el caballo árabe, el bos alpinus en los bovinos, el perro lobo o perro de pastor en los cánidos, etc.

La segunda gran categoría de caracteres raciales, dentro siempre de la misma especie es la anamorfosis o proporciones del cuerpo. En la antropología tiene su más típica expresión en la teoría craneométrica. Hay cráneos alargados (dolicocefalos), medios (mesocéfalos) o cortos (braquicéfalos). Pero esta proporcionalidad no es exclusiva del cráneo, sino que se dá en todas las regiones corporales, la cara, el cuello, el tronco, las extremidades. Y aquí introducimos un concepto general aplicable a cada gran grupo de coordenadas étnicas que reseñamos, cual es el de la *armonía* de formas. Un individuo o grupo de ellos, en definitiva una raza, será armó-

nica, cuando todas las regiones de su cuerpo respondan al mismo signo, como resultado posible de su homocigosis. Cuando las regiones o meta-meros de su cuerpo sean de signo diferente, será un heterocigoto, y en sus factores genéticos existirá heterosis o diversificación.

Ello habrá sido el resultado de cruzamientos, naturales o artificiales entre razas de signos distintos.

Nos falta señalar la tercera de las coordenadas, la relativa al tamaño o peso de las razas como carácter distintivo de ellas. Las hay hipermétricas con relación al tipo medio de la especie, que también podemos llamar grandes o agigantadas, medianas o eumétricas, y pequeñas o elipométricas. Esta coordenada étnica es de las más variables por acción de medio o ambiente general y desde luego reducible a cifras. Pero tiene una valoración étnica indiscutible. Por ejemplo, por mucho que se alimente y coloque en buenas condiciones de vida a un negro pigmeo, e incluso a una generación familiar de ellos, no se logrará que aumente de tamaño, peso o estatura. Entre los criadores de las diversas especies animales se pretende, por ejemplo, como se hace en las regiones europeas, someter los caballos árabes a regímenes alimenticios extraordinarios para darles mayor tamaño y alzada, y no se consigue aumentarles un centímetro más de altura por mucho que se esfuerzen los experimentadores. Se logrará en todo caso una mayor precocidad, esto es, acelerar las fases cronológicas de su desarrollo, pero una vez alcanzada la norma racial es prácticamente imposible conseguir más.

Tras estos grandes caracteres raciales de siluetas o perfiles, proporciones y tamaños, cuyas variantes dentro de la especie sirven para categorizarlos, estudiaríamos el otro gran grupo de las variantes *funcionales* o *fisiológicas*, de las cuales podríamos decir que todas las grandes funciones (nutritiva, reproductora, sensorial, psíquica), forman con sus múltiples variaciones, datos o signos de valoración racial. Recuérdense los tipos metabólicos de Krestchmer en sus tres grandes variantes asténico, atlético y pícnico, en diversas gradaciones. De tal modo gozan de importancia estos caracteres que hay una gran escuela de Etnología que pretende reducir esta ciencia al estudio de las costumbres de los pueblos y desarrollo de su cultura que en definitiva es uno solo, entre otros muchos de su vida social. No pretenderíamos describir las hormigas por la manera como hacen su vivienda, ni las abejas por su organización social, pongamos por ejemplo. La más vieja Medicina, que llamamos hipocrática, ya clasificaba los temperamentos en sanguíneo, linfático, bilioso y atrabilioso, y de ellos hacía depender conductas, costumbres, enfermedades y otras

muchas características de la vida humana, cuyos fundamentos son esencialmente ciertos, pero no exclusivos, sino encajables dentro de una clasificación general. Es como si quisiéramos definir la golondrina solo por su nixos migratorio, o el elefante por su condición herbívora.

Hay, por fin, caracteres raciales que provienen del tipo morbozo, de las relaciones patológicas, de las posibilidades de contagio dictadas por el medio geográfico o ambiental, etc. cuya repetición o persistencia a través de muchas generaciones puede ser fijado como dato étnico. Incluso las mutilaciones o amputaciones repetidas pueden llegar a fijarse como carácter racial. Por ejemplo, las antiguas costumbres de las mujeres chinas a las que calzaban desde niñas unos zapatos de madera que impedían el normal desarrollo del pie, el cual quedaba reducido a un informe muñón, y ello daba lugar a que algunas nacieran con los pies deformes. La raza de perros ratoneros ó foxterrier, a los que se corta el rabo poco después de nacer, algunas veces llegan a nacer sin rabo, tras muchas generaciones desrabortadas, y generalmente en la proporción mendeliana de uno a tres, no habiendo logrado por mi parte en alguna pretendida experiencia determinar si la unión de dos recesivos (sin rabo) hubiera dado lugar a la fijación del carácter. La persecución del fenómeno nos llevaría a considerar si el gene correspondiente sufre una dislocación bioquímica que lo anula o perturba, como en el fenómeno opuesto de adquisición positiva de caracteres es lógico, a tenor de la teoría de las mutaciones de De Vries (1900) que vino a perturbar los conceptos darvinistas y lamarkianos de tiempos precedentes.

Pero lleguemos a reseñar, finalmente, los caracteres raciales que proporciona la piel y sus dependencias. Para el hombre, e igualmente para los animales, el dato de la coloración ha sido el básico para clasificar las razas. Pero todos los demás que proporciona no solo el tegumento externo, sino sus apéndices, glándulas y órganos derivados, son igualmente preciosos, como pelos y lanas, uñas y cuernos, repliegues cutáneos (papada de toros y carneros), acumulación de grasas (esteatopigia o delantal hotentote en las mujeres, cola adiposa en las ovejas de Astrakán, joroba grasienta del camello, etc.), mamas y demás aparato glanduliforme externo, etc., todos ellos son útiles para fundamentar caracteres definitivos de las razas y vienen a complementar todos los que llevamos rápidamente enumerados. Constituyen la llamada *faneróptica* (de faneros externo) que entra dentro de los rasgos anatómicos.

* * *

Y ahora permitidme, señores académicos, a modo de paréntesis, un poco de respiro en esta apresurada descripción que vengo haciendo en tono de fácil dómine, y dadme lugar a que os explique unas breves explicaciones de buenos amigos.

He venido a hablaros de las razas, desde el punto de vista comparado, en el hombre y los animales, y estimo que hubiera sido impertinente y tal vez enojoso, pretender o definir ante vuestra ilustración el concepto biológico de la raza, y sus diversísimas definiciones y nociones, que pueden encontrarse en cualquier modesto manual o enciclopedia.

He rechazado el concepto de una Etnología costumbrista, folklórica o demótica, referida al hombre, pero con sus analogías en los animales. Quien duda que la búsqueda del alimento, el concepto de familia, de autoridad, de relaciones sociales y amorosas, de estados intermitentes de paz y de guerra, de odios y de afectos, de territorios y de fronteras, y de tantos otros problemas existen también entre los animales, como caracteres específicos o étnicos según los casos y los psicólogos buscan la expresión de ello en la especie animales, porque allí están más virginales y puros, sin la complicación cerebral que la especie humana, por regla general, concede a sus instintos, costumbres y acciones.

Debo declarar a los no especialistas en Biología que esa primera relación esquemática, acaso enfadosa, que he dado de caracteres raciales, fue dada en Francia por Barón en 1880, principalmente para los animales, y extendida luego al hombre por Theodoris y otros. De lo que sí me vanaglorio, y de ello tengo variados estudios anteriores, que puedo citar bibliográficamente es de haber dado una explicación biológica y correlativa a los datos aceleradamente enumerados antes, los cuales me han de servir como los sillares de un edificio, para construir la teoría que os presento.

* * *

Y ahora continúo, cerrando el paréntesis, mi exposición primera.

Para que una teoría biológica sea válida es preciso que su fundamento esté dentro de los principios generales de dicha ciencia, y que los fenómenos a considerar sean correlativos en todos los seres y en todos los casos. En consecuencia, el inmenso panorama de caracteres orgánicos que venimos recordando, y que sirve para caracterizar cualquiera de los es-

tudios filogénicos que aprovecha la taxonomía para clasificar los seres vivos, tanto servirán para determinar los grupos supraespecíficos, como los subespecíficos, y seguirá en términos amplios las mismas leyes generales.

Pues bien, desde el punto de vista que pensamos desarrollar evocamos la primaria clasificación de los animales vertebrados e invertebrados. Con estos últimos, parece que los principios evolutivos, inherentes a los mismos principios vitales, se encontraban encerrados en un círculo irrompible. Recuérdense los millares de especies que hay dentro de muchas clases, como los insectos, por ejemplo, donde la naturaleza nos ofrece las variantes más pintorescas, diversas y multiformes, pero sin avanzar claramente en sentido evolutivo. Nos recuerdan los artistas que ensayan los moldes más diversos, pero no salen de un manierismo monótono y simple. En cambio, la serie de los vertebrados es de una sorprendente y gradacional evolución. Un eje, la notocorda, que ha de ser la columna vertebral de los seres superiores, se repite en seriación lineal, en núcleos germinativos, generalmente impares, y normalmente repetidos cinco veces. Algunas veces la germinación se equivoca, y por la ley que en biología se llama de variación de los órganos en serie, aumenta o disminuye el número y produce los fenómenos anormales de la polidactilia, de las catorce costillas en los toros miureños u otras castas longilíneas, las cinco vértebras lumbares en los caballos berberiscos y andaluces, en vez de las seis normales en la especie *caballar*, etc.

Digamos otra vez. A partir de un primer núcleo germinativo, este produce dos subnúcleos (ya tenemos tres) y estos otros dos laterales (ya tenemos cinco). Ellos darán en el porvenir ontogénico del ser, los metámeros fundamentales del cuerpo: cabeza, cuello, dorso, lumbos y sacro.

Como las plantas al crecer, producen un tallo que dá ramas principales, secundarias, terciarias, etc., a favor de núcleos meristémicos que llevan las células germinales, así también el tallo vertebral se ha formado a lo largo de cinco núcleos fundamentales, que a su vez se subdividen en otros tantos que serán las vértebras y sus apéndices.

Como se trata de una ley de repetición, también los metámeros principales se subdividirán en cinco o siete, y así, en la mayoría de los animales superiores, incluido el hombre, la cabeza se forma por la transformación de cinco vértebras craneales, el cuello por siete, el tronco por doce o catorce, con duplo del normal, la región lumbar por cinco o seis, el sacro por cinco.

Estamos en plena teoría vertebral. Cada núcleo óseo o espóndilo que forma el centro de la vértebra, emite unos apéndices laterales, que se bifurcan, dando una rama hacia arriba, que se arquea hasta soldarse con su homóloga, y otra hacia abajo, formando la primera el arco neural, destinado a cobijar el sistema nervioso central (cerebro y médula), y formando la segunda el arco hemal, porque lleva adosado o ampara el sistema circulatorio general, y con él, los órganos vegetativos.

He aquí, para nosotros, y en este momento, el hecho fundamental: los apéndices vertebrales, con los arcos que han venido a formar individualmente, componen a manera de dos cajas o estuches. La más fuerte y sólida, que es superior en los cuadrúpedos y supero-posterior en el hombre, por su posición erecta, contiene el encéfalo y la médula, los órganos directores de todo el organismo, los fundamentales en la vida de relación y sobre todo la espiritual o psíquica. Los arcos hemales, más débiles e informales, alojan los sistemas y órganos de la vida vegetativa o puramente animal. En la cabeza forman la cara, los del cuello se han dislocado para ir a formar las extremidades anteriores o superiores, los del tronco abrazan con las costillas de manera principal los órganos torácicos y parte de los abdominales, los lumbares se han dislocado, como los del cuello, para formar las extremidades inferiores, los del sacro forman la pelvis.

No nos importa más, por ahora. Insistimos en el hecho de que el eje esencial del cuerpo vertebrado, desde los peces y sus antecesores filogenéticos hasta el hombre, guarda en dos cajas óseas, de una parte, resguardada celosa y fuertemente, el sistema nervioso central, y de otra, con armadura ósea frágil y efímera, todos los demás sistemas.

El primero, el sistema nervioso, es el gobernante, el señor feudal, casi le llamaríamos el tirano del organismo. Todos los demás, los dos grandes sistemas nutritivo y generador, son a modo de servidores o esclavos. Y entre ambos se establece en Biología un equilibrio, un entendimiento, que representa la normalidad específica en la evolución de los seres. Esta norma específica es la que ofrecen los tipos rectilíneos de Baron, los atléticos de Krestchmer y sus análogos.

En cambio, un predominio biológico del sistema nervioso acarrea la necesidad de una caja mayor, y el arco neural entonces se hace más acusado, más desarrollado proporcionalmente, y nos ofrece los tipos de perfil convexilíneo o asténico, en tanto que el caso contrario (ley de la variación bilateral en términos biológicos), el mayor desarrollo del arco hemal, será exigido por los seres con predominio vegetativo, cuyas funciones nutritiva y generadora, con todos sus órganos y aparatos, necesi-

tan un mayor continente, y tendremos los tipos celóides, cóncavos o pícnicos.

Pero el fenómeno no es puramente fisiológico o temperamental. Es consecuencia del proceso evolutivo de los vertebrados y alcanza por ello una trascendencia inusitada en el campo de la Biología general.

Los seres vegetativos, cóncavos o celóides, gozan de un metabolismo nutritivo intenso, son apetitivos, de fuerte potencia digestiva, catabólicos, obesos o grasientos, panzudos, rechonchos, de extremidades espesas y cortas, y además muy generativos, se reproducen con excesividad, los períodos de gestación son cortos y las crías numerosas. En el mundo animal más cercano a nosotros, en los animales domésticos, tenemos ejemplo de este tipo en el cerdo.

La variación de signo contrario, la del convexo o cirtóide nos dará un tipo alto, largo, estirado, anabólico en su metabolismo, el asténico de Krestchmer, longevos generalmente, de largas gestaciones en las hembras, con crías escasas. Busquemos un ejemplo de animal doméstico en el asno, con sus equivalentes en otras especies, y por supuesto en el hombre.

Estos, los cirtóides o convexos, por tener un sistema nervioso predominante, son más inteligentes, más serios, más reflexivos. Su tipo opuesto, el celóide, es alegre, inconsecuente, irreflexivo. Y aclaremos que esta terminología, de tipo humano, la hacemos extensiva a cualquiera otra especie, o especies distintas cuya característica buscamos.

La vivacidad de los cóncavos, reflejo de su intensa vitalidad vegetativa, determina una vida breve, contrapesada biológicamente por su fácil reproducción. Ya hemos dicho que contrariamente, los convexos son longevos, pero de reproducción escasa y largas gestaciones.

Y repetimos la deducción, para señalar enseguida que ese diferente potencial de vida estriba en que los cóncavos son los grandes troncos originarios, en tanto que los contrarios o convexos representan lo que se podría llamar el fin dinástico de las especies.

Los grandes troncos de donde han de surgir nuevas especies biológicas han de almacenar, merced a esa intensa vitalidad, recursos vitales que produzcan larga e intensa evolución. Recordemos la propia evolución humana, surgida de los grandes troncos antropóides, morenos y vivaces, de perfiles cóncavos intensos, peludos y eróticos. De ellos se formarán los grandes troncos de razas negras. Sobrevendrán luego los tipos específicos rectos, todavía en indeterminada formación antropeida, y un día, con aquel ritmo de unos 150.000 años para cada especie, y son numerosas

las especies intermedias, aparecerán los de conformación convexa, blancos y rubios, altos, inteligentes.

Empezamos ya a cronometrar las especies de estos troncos antropológicos. Todavía el Neanderthal, que vivía en el paleolítico inferior, hará doscientos o trescientos mil años, viene a ser sustituido en el paleolítico superior, más-menos 50.000 años, por el cromañón o análogos, dentro de cuya esfera vivimos.

La serie de los équidos bien conocida paleontológicamente, ya en la serie euroasiática del *Hipparion* o en la americana del *Eohippus*, y cuyo filum genético se estima en unos sesenta millones de años, comienza en un animal pequeño, del tamaño de una liebre o un zorro chico, con cinco dedos, y sus tractos evolutivos van dando un animal cada vez mayor, cuyos dedos se van reduciendo, a cuatro como en los cerdos, a dos como en los bóvidos, a una en fin, por soldadura de los dos centrales, pero dejando siempre, incluso en el caballo actual, las reliquias de los cinco dedos que tuvieron sus lejanísimos ascendientes.

A mayor abundamiento, y sigo en el ejemplo del caballo por ser de tan general conocimiento, las razas más primitivas que han llegado a nuestros días, pero con su conformación actual, son pequeños (los ponies), de perfiles cóncavos (recordad casi todas las pinturas prehistóricas del caballo), de pelajes oscuros o negros, con abundantes producciones pilosas. Los hay de 65 a 75 centímetros de altura, de peso inferior al hombre, unos cincuenta kilos, y subsisten en países atrasados, de agricultura pobre y medio montañoso, y aunque por la pretendida acción del medio se les ha supuesto en nuestros países occidentales (Escocia, Galicia), como producto de ese medio: es lo cierto que hay otros muchos países (China, Mongolia), donde viven los ponies en vastas y fértiles llanuras.

Ha sido su continuada evolución hacia formas de mayor tamaño (tendencia ya anotada por muchos biólogos en todas las especies), las que han dado los tipos rectos (caballos del próximo Oriente, de las estepas rusas), y al fin, en el largo desarrollo filogénico que antes hemos evocado cronológicamente, los caballos grandes, acarnerados, de perfiles convexos, con pesos superiores a los mil kilos y cerca de dos metros de altura, como los shires ingleses. En la raza de caballos que se llaman de tipo germánico, como los antiguos caballos normandos, es donde la especie ha llegado a su final evolutivo, al fin dinástico de la especie, a la vía ya muerta y sin salida biológica.

Nosotros tenemos señalado, que en las especies biológicas superiores, incluido el hombre, están conservadas como en esquema, por rápida

mutación biológica esas etapas evolutivas, poco diferenciadas, y que por el lujurioso polimorfismo de la especie humana y de los animales domésticos (recuérdense las diversificaciones casi sin límites de la especie perro, por ejemplo) en sus muy diversas razas, es posible merced al número de los individuos que las componen, alcanzar las más diversas combinaciones genéticas dentro del molde específico.

Recapitulemos un tanto. Nuestra tesis de diferenciación de razas, dentro de una especie, basándose en el acopio de datos de toda índole que nos puedan servir para ello, nos ha llevado a la enumeración de los grandes apartados en que los mismos pueden ser clasificados; y en la discriminación de su importancia, hemos señalado como básico el de aquella conformación llamada aloídica, que se nos revela por los perfiles fundamentales del cuerpo, y que dependen nada menos que de una conformación procedente de la estructura vertebral, que es la básica del hombre y animales superiores.

Ello nos da un cuadro esquemático de razas, aplicable a todas las especies, que sus primitivos autores incluso señalaron con los signos matemáticos del más, el cero o normativo, y el menos, dentro de cuyo encaillado general caben, como es lógico, todas las variantes, que en Biología se llaman subrazas y variedades, mensurables en cantidades biométricas. Por ahí llegaríamos a la descripción de tales grupos subespecíficos, esto es, a una Etnología descriptiva en cada especie. No es ese nuestro propósito, que por lo demás es notablemente desmesurado para una intervención académica.

Quisiera volver a generalizar los puntos de vista que más atrás expuse, indagando el origen de ese influjo plástico, que se traduce en un predominio del gran sistema neural sobre todos los restantes, originando los tipos convexos, o en el contrario predominio del sistema hemal, englobando todos los aparatos de la vida vegetativa, produciendo en este caso los tipos cóncavos.

El influjo plástico de esa ruta vital dentro de la especie que se origina en tipos cóncavos, llega a la norma específica en los rectos u ortóides, y finaliza la especie en los convexos, depende orgánicamente de una serie de factores correlativos o que poseen acciones recíprocas, los cuales venían siendo intuídos y expresados científicamente a través de numerosas teorías, entre las cuales recordamos la de Spemann y su escuela con los factores genéticos hereditarios o genomen general; la teoría de las organisinas de Dalcq; los extractos tisulares o blastoporales de Holtfreter; la teoría glicogénica de Woerdemann; los esteroides de Wadding-

ton y Needhan; las proteínas sulfhidrúlicas y ácidos protéicos de Bra-
chet, y otras análogas. Todo ello se concretaría en la teoría de los gra-
dientes de Child, el cual señala categorías primarias, secundarias, etc.,
que inducirían escalones morfogenéticos en series de actividad metabó-
lica creciente o decreciente y que equivaldrían a nuestra comparación
con los meristemas vegetales, cuando a partir de un tallo o tronco van
produciendo ramas primarias, secundarias, etc.

Inútil decir que todas esas ya viejas teorías tienen hoy su confirmación
experimental en el sistema de los genes y en su bioquímica de los ácidos
ribonucleicos, los cuales, al recibir en su aparato macromolecular los
impactos químio-fisiológicos que tiene determinada la herencia de la evo-
lución, al tiempo que va arquitecturando el nuevo ser, le va imprimien-
do el estilo o sello típico de la etapa o tracto en que se encuentra la es-
pecie, engendrando, dentro de los rasgos específicos, las variantes que
podemos llamar de gradación fisiológica o normal, o bien dando grandes
saltos en ella (las mutaciones de De Vries), o incluso alcanzando las sali-
das de tono que caracterizan la Teratología.

Son muchos los biólogos que vienen formulando una ley, todavía
imprecisa, pero que viene a resumir lo más fundamental del carácter bió-
lógico, que es la irreversibilidad del fenómeno vivo, y más aun, la pro-
gresividad del mismo, que tiende siempre a seguir una ruta cuya finali-
dad hasta ahora no era previsible, la cual descansa indudablemente en la
bioquímica de los genes, y más concretamente en los cromosomas de las
neuronas, que por su eternidad orgánica y su función rectora total, tienen
un programa de gobierno que se fundamenta tanto en su estructura cito-
lógica, como en la total función del sistema.

Sobre estas bases puede mejor comprenderse el fenómeno de la ar-
monicidad del cual hablábamos al principio, y que he de esquematizar
para no cansaros. Las especies evolucionan ante nosotros, bien es cierto
que con un ritmo tan lento que ha venido escapando al conocimiento del
hombre, la especie más reciente, y por consiguiente la más inteligente en
el filum animal. Colocando ese ritmo en relantí, como en las películas,
hallamos que el argumento fundamental reside en esa sucesión de formas
que hemos llamado aloidismo, que se generan en tipos de perfil cóncavo,
siguen al recto y terminan en el convexo. En otro lenguaje diríamos que
las especies se forman en un substracto de gran poder vegetativo con
predominio del sistema hemal, alcanza su norma en el tipo atlético y ter-
mina su predestinación cultural bajo el predominio del sistema neural.

Y ello se consigue, para nuestro conocimiento, con titubeo biológico y con larguísima cronología. Apelo otra vez a un simil peliclesco para señalar nuestra incertidumbre ante un trozo de film de unos centímetros perteneciente a una película de largo metraje.

Pero basándonos en los hechos anteriores, en los que convergen casi todos los criterios biológicos, podemos sostener que la bio-morfología, de la que hemos señalado los rasgos básicos, monopoliza a su favor, todos los demás rasgos específicos y subespecíficos, y por ende raciales.

Así los celóides o hemaes, por ser bajos y rechonchos, son braquimorfos, los rectos o normativos son mesomorfos, los cirtóides o neurales son dolicomorfos. Y no importa que en la naturaleza veamos las más variadas combinaciones, especialmente en las especies francamente heterósicas.

Pero es que así como las proporciones o anamorfosis vienen influenciadas por la conformación aloídica general, también la restante coordinada fundamental, el tamaño, estatura o peso sufre igual influencia que ya hemos denunciado antes al señalar determinados ejemplos en el hombre y correlativas especies animales, teniendo la conformación cóncava tendencia constante al achicamiento, y la opuesta o convexa derivando hacia el aumento constante de tamaño. Os pondré un ejemplo, muy caro al ambiente taurino de los españoles. El toro bravo pertenece por antonomasia a un tronco de razas bovinas que ha sido apellidado *Bos mauritanicus* o toro del Atlas, porque como tantos otros seres parece haberse formado en el gran seno creador del Africa madre, y de allí, posiblemente antes de la rotura del Estrecho de Gibraltar, se extendió por toda la Andalucía baja, donde tiene su área geográfica. Dentro de los términos que venimos definiendo es un cóncavo o celóide armónico, chato, braquimorfo, de cuernos gachos o cubetos, y su pelaje es negro completo, incluso en gran parte de sus mucosas aparentes (boca, cavidades nasales, esclerótica, etc.). Todos estos detalles son típicos de la conformación general que venimos definiendo, y para que no falte nada, tiene una tendencia constante al achicamiento o empequeñecimiento de su tamaño general. Los criadores de toros bravos saben que cuanto más seleccionan su ganado en el tipo puro, más se les achica, constituyendo para ellos grave preocupación la de sostener un tamaño apreciable en su ganado, cosa que consiguen cruzando con otras razas de mayor hipermetría.

Hay por consiguiente una correlación general entre las tres coordinadas étnicas fundamentales (aloidismo o perfiles, anamorfosis o proporciones y tamaño o heterometría), sobre la cual no debemos insistir.

Y aún nos queda otro factor etnográfico que por su vistosidad es el más popular y durante siglos el fundamental en la discriminación de las razas, cual es el color. En conjunto, el hombre y especies animales superiores son clasificables en rubios o claros y morenos u oscuros. Estos últimos son los de conformación cóncava, aquellos los convexos. Y con el color, sirven como caracteres descriptivos, todos los referentes a la piel y sus anejos. Por ejemplo, los cóncavos tienen para cubrir su cuerpo una piel que llamaríamos grande, y les forma repliegues, arrugas, colgantes, papadas, etc.; en ellos esa piel tendrá abundante aparato glandular, notable en sistema sudoral y sebáceo, en mamas abundantes en número y tamaño, según las especies; y en abundante sistema piloso, generalmente rizado, carácter muy notable en los animales que se explotan por esa cualidad, como sucede con las ovejas de raza merina. Inútil decir que los signos opuestos (piel estirada, pocas producciones, pelos lacios, etc.), son característicos de la conformación **contraria**.

Pero no sigamos con más prolijas diferenciaciones, más propias de un manual de sistematización racial. Ahí quedan los hechos fundamentales, su explicación biológica, su fundamento creacional.

Y con ello una alta valoración del término "raza", que no es una vaga diferenciación de seres dentro de la especie, moldeados por el clima, la geografía o las costumbres sociales, como pudieron creer las primeras teorías etnológicas, sino que es una escala gradacional dentro del proceso evolutivo de las especies. La raza es como el molde o trepa que marca dentro de cada especie, o de los grandes troncos específicos, el período evolutivo en que se halla, dando lugar a toda una gama de combinaciones que se cruzan, se yuxtaponen, avanzan, retroceden, se confunden y entrelazan, pero en cuyo caótico desorden aparente hay una nítida línea evolutiva que tiene tanta valoración como la de aquel, nítido también, concepto biológico, de que la ontogenia, el desarrollo evolutivo de cada ser, desde que es engendrado hasta que nace, es una reproducción abreviada de la filogenia. Recordamos otra vez los términos cinematográficos para comparar vulgarmente ese concepto, con lo que es el trailer al film completo.

Y si todo ello es así, y en los tres mil años aproximados de cultura científica que la Humanidad posee, solo se ha podido entrever un breve momento de la evolución en que se mueve la Naturaleza, contrariamente a los conceptos estáticos que los primeros conocimientos adjudicaron al mundo y sus habitantes, nos llegamos a preguntar, con la infantil cu-

riosidad con la cual nos intriga todo lo referente al devenir del género humano: nuestra especie, la especie humana es joven o vieja, en cual grado de evolución se halla, midiéndola con los moldes o trepas de toda su varianza actual.

Para contestar a esa intrigante pregunta, habríamos de sentar unos principios fundamentales. El mundo inorgánico o mineral tiene la relación de individuo a conjunto, en su forma: una montaña de sal viene a tener la morfología de un cristal microscópico de ella. En el mundo vegetal, la relación está en la textura: un sembrado, o un bosque o una pradera, recuerdan la uniformidad de la histología vegetal. En el mundo animal, esa relación está en el ciclo vital, como hemos recordado con el concepto biológico de que la Ontogenia es una reproducción abreviada de la Filogenia. En suma: la Humanidad tendrá un ciclo vital semejante al que por término medio tiene cualquiera de sus individuos.

Y así como los primeros años de la vida se nos aparecen con las confusas sombras de lo inmemoriado, como sucede con la Prehistoria, equivalente a una primera infancia de la Humanidad; aparece luego la edad del interés por las cosas, los primeros conocimientos y estudios, el afán imitativo propios de la segunda infancia; adviene la edad juvenil, los anuncios amorosos, el despertar de la inteligencia, los pujos heroicos y gloriosos, que la Humanidad entera ha desenvuelto en las edades que llamamos clásicas, y que tiene su representatividad más exacta en el mundo helenístico; y después...

Detengámanos un tanto en esa comparación de la evolución de la Humanidad con la vida de uno cualquiera de sus individuos, y en tal supuesto, preguntémosnos en firme: ¿qué edad tiene la Humanidad, es joven o es vieja?

Y saltando por cima de muchos conceptos, entre los cuales tiene gran valoración el signo guerrero o bélico que aún ostenta la Humanidad, como recuerdo de su animalidad básica y de su animosidad juvenil y erotizante, lleguemos a nuestra conclusión terminante: la Humanidad está en un período vital equiparable al del hombre de veintiséis o veintisiete años, cuando termina realmente la juventud y empieza a ser verdaderamente hombre, cuando termina su aprendizaje o su carrera profesional, y monta su hogar y su vida madura, cuando alcanza ese período de la vida que en Medicina se considera como una de las edades críticas del hombre.

Saquemos de este concepto todas las conclusiones éticas y sociales que entraña: formalidad, trabajo creacional, hogar tranquilo, relaciones sociales corteses.

¿Una vida paradisiaca, en suma? No. En la misma proporción en que todos los días, constantemente, al lado de un fluir vital sereno y apacible, surjen conflictos, tragedias, luchas y odios, así la Humanidad seguirá conociendo avatares al parecer contrarios, como en la evolución de las especies hemos visto a lo largo de mi disertación que subsisten los tipos más primitivos entre los más evolucionados, como todavía hay tribus que viven en la edad de piedra, y otros grupos humanos viven ya la era espacial y atómica, en un flujo y reflujo babélico al ojo miope del hombre, pero que sigue una trayectoria de perfeccionamiento cada vez más superior que nos hace pensar en una mano Paternal que nos conduce a edades cada vez más progresivas y más inteligentes.

He dicho.

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes



DEPÓSITO LEGAL:
00 - 27-1959

ENERO - DICIEMBRE 1974
AÑO XLIII - NÚMERO 94

Tipografía Artística. - San Alvaro, 1. - Teléfono 221040. - Córdoba

VALERA ORIENTALISTA

Entre los numerosos aspectos de la obra literaria de Don Juan Valera, sus biógrafos y críticos señalan los de novelista, crítico, poeta, autor teatral, filósofo y otros muchos que se resumen en apellidarle polígrafo. Realmente se asomó a todos los balcones desde donde se puede blandir la pluma, y en todos ellos dejó altas muestras de su gran erudición, de su facilidad prosista y en una palabra de su gran ingenio.

Nosotros queremos señalar en breve nota su tendencia a tratar temas orientalistas, a los que llegaba a veces por caminos inesperados, pero en que recaía con una, al parecer, inevitable tendencia a lo mágico y maravilloso del mundo oriental, pero siempre revestido de una erudición asombrosa.

Dudamos si esta tendencia al orientalismo se debe a su cuna andaluza, o a la época romántica en que le tocó vivir, en la cual se “descubrió” por los literatos europeos el mundo oriental en sus múltiples facetas, que fueron desarrolladas en el arte y la literatura con inusitado fervor.

Su traducción del alemán de la obra del Barón Federico de Schaak, “Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia” le familiarizó aún más con el tema, del que en muchas de sus obras hizo argumento casi principal.

Por ejemplo en sus “Leyendas del Antiguo Oriente”, escribe “Lulá princesa del Zabulistan”, que utiliza como base de una amplia disertación sobre los escitas, con notas de autores geógrafos e historiadores, hasta recaer en el tema literario puro. En “Zarina” sigue un esquema análogo, describiendo la Ecbatana, la Persia entera, sacando a colación relatos de la Biblia y de autores orientales.

“Parsondes” es un mago o hechicero con el que recorre Susa y países orientales aledaños. “El pájaro verde” de raíz netamente oriental, a base de encantamientos, leyendas morales y ritos mágicos, alrededor de una Princesa Venturosa, que parece arrancado de un cuento de “Las Mil y una Noches”.

Parece que empieza un relato novelístico con personajes castizos de su tierra, como un Tío Periquito y una Tía Ramoncica, pero pronto el relato se desvía a Oriente y allí monta su mágica decoración, entre palacios de alabastro y cristal, perlas y diamantes sin cuento y demás ingredientes de la literatura oriental.

Así, en “El Bermejino prehistórico” parece que nos va a relatar la mítica historia del pueblo de sus mayores, la Villabermeja, con cuyo nombre bautiza a Doña Mencía, cita el Laderón de este pueblo con sus auténticas reliquias prehistóricas, entra y desbroza la naciente ciencia prehistó-

rica que en sus tiempos empieza a dar los primeros destellos, pero pronto, de la vieja Vesci o Favencia de los túrdulos, saca a la enamorada pareja de los dos fervorosos amantes y habiendo sido robada Echeloría por un astuto comerciante que la vende en Oriente, allá va tras ella el desgraciado Mutiledes para recorrer Tiro y Jerusalem, andar entre los súbditos de Salomón y David, y, en una palabra, enfrascarse en pleno ambiente oriental, dejando atrás el lejano Occidente.

Trama parecida encierra "La buena fama", en la que para ensalzar la honradez comercial, nos conduce con un astuto mercader por Damasco y toda la Siria, nos adentra en la India y más allá y termina por hacer nuevamente del Oriente su escenario novelístico.

En "Garuda o la cigüeña blanca" empieza paseándonos con una princesita alemana por un romántico parque vienés en las riberas del Danubio, con los deliciosos ensueños de una núbil jovencita. Pero pronto transforma el paisaje y los actores con el mensaje misterioso de una cigüeña blanca que entre historias de judíos expulsados de España y perseguidos en todos los países, asientan en Oriente y se enriquecen fastuosamente y viven entre reyes, príncipes y otros magnates, de quienes desciende la dulce princesita danubiada, derramando a lo largo del relato novelístico su mucha erudición sobre el pueblo judío, su cultura, sus grandes hombres, y todo ello relacionándolo con Cabra, su tierra nativa, a la que nunca olvida.

Pero donde el relato alcanza la más deliciosa mezcla entre lo histórico y lo soñado es en la descripción de "Los cordobeses en Creta", cuyo éxodo histórico, tras la represión del Emir cordobés Alhaquem I contra los sublevados mozárabes de los arrabales, le sirve para sacar a relucir los personajes y parajes históricos que guiados por Abu Hafaz el Goleith, natural del Fahs al Balut, nuestro actual Valle de los Pedroches, son expulsados de la Península, y aquí de Bagdad y Alejandría, de Bojara y Samarcanda, del lejano Imperio del Catay, y de todas las lejanías orientales que entre bromas y veras nos sirve Valera, para incidir una vez más en sus relatos orientalizantes.

Basten esas muestras, que son pasto corriente de la avidez literaria de Don Juan Valera, a quien, como buen andaluz, lleva a sus personajes a países asiáticos y africanos, entre bosques, selvas, grutas y cavernas, reyes y princesas, magos y adivinos, y toda la demás cohorte que puebla ese mundo casi infantil de gemas, trajes, héroes y sultanes ignorados.

R. C.

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes



DEPÓSITO LEGAL:
CO - 27 - 1959

ENERO - DICIEMBRE 1977
AÑO XLVI - NUMERO 97

Tipografía Artística. - San Alvaro, 1. - Teléfono 221040. - Córdoba

Boletín de la Real Academia de Córdoba
de
Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
Fundada en el año 1810

AÑO XLVI

ENERO - DICIEMBRE 1977

Núm. 97

GALERIA DE ACADEMICOS



EXCMO. SR. D. RAFAEL CASTEJON Y MARTINEZ DE ARIZALA.—nació en Córdoba el 23 de octubre de 1893 donde realizó sus estudios, terminando el Bachillerato y la carrera de Veterinario con premios extraordinarios. En el 1913 ingresó con el número uno de su promoción como Veterinario Militar y en el 1921 obtiene por oposición una Cátedra en la Escuela Superior de Veterinaria de Córdoba que desempeña hasta su jubilación,

Se Licencia en Medicina en la Facultad de Cádiz en el 1925 y en el 1926 Doctor en Medicina por la Universidad de Madrid, Doctor en Filosofía (H. C.) por el National College de la Universidad de Ontario (Canadá).

Fué nombrado Director de la Estación Pecuaria Regional en Córdoba en el 1932 y en el mismo año Director de la Yeguada Nacional de España. Director General de Sanidad en 1934.

Pertenece a las Reales Academias de la Historia, de Bellas Artes de San Fernando y de Doctores de Madrid. Desde el 1915 a la Real Academia de Córdoba y su Director desde el 1957. Fundador y Jefe del Departamento de Zootecnia del C. S. I. C. en 1954. Cofundador en el 1921 de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba y Director en el 1957, A la Jerezana de San Dionisio y otras andaluzas. A las francesas de Guyena y Gascuña, Al instituto de Estudios Psíquicos de Argel, de intelectuales franceses. Presidente de honor de los Colegios Veterinarios de Córdoba y Jaén entre otros. Miembro de la Asociación de escritores Médicos y otras Instituciones científicas.

Fué Presidente de la Asociación Cordobesa de Arqueología. Secretario del Patronato de la Comisión de Excavaciones de Medina Azahara y Delegado Provincial de Excavaciones.

Posee infinidad de condecoraciones entre ellas de Marruecos. Líbano, etc. Conferenciante y publicista.

BOLETIN de la Real

Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes.



ENERO - JUNIO 1984
AÑO LV - NUMERO 106

Boletín de la Real Academia de Córdoba,
de
Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes

Fundada en el año 1810
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

AÑO LV

ENERO-JUNIO 1984

Núm. 106



Busto en bronce del Excmo. Sr. Dr. D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala, obra del escultor Amadeo Ruiz Olmos. Real Academia de Córdoba.

ARQUEOLOGÍA, ARTE Y PATRIMONIO

BOLETÍN

DE LA

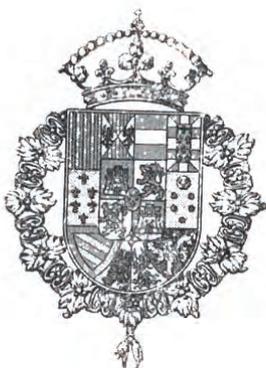
REAL ACADEMIA

DE

CIENCIAS, BELLAS

LETRAS Y NOBLES

ARTES DE CÓRDOBA



AÑO V. > NÚM. 16

ABRIL A SEPTIEMBRE

1926

IMPRENTA «LA COMERCIAL»,—CÓRDOBA



Monasterios de la Sierra de Córdoba

San Francisco del Monte

Durante la época de la dominación musulmana y no lejos del lugar donde fué fundado este convento, existió otro, el de San Zoilo Armilatense, del cual habla San Eulogio. Según las noticias que este nos ha transmitido se hallaba «al Septentrión de Córdoba, a unas treinta millas al interior de su sierra, en un collado espesísimo a cuya falda corría el río Armilata», que hoy conocemos con el nombre árabe de Guadalmeñato, en el sitio llamado Minguiante, en el que existían multitud de ruinas del edificio, columnas, etc., cuyas piedras y gran parte de sus materiales fueron conducidos y sirvieron para la fábrica del otro monasterio de San Francisco del Monte, que distaba de este otro excasamente una milla. (1)

Los monasterios antiguos solían utilizar como celdas las cuevas que en aquellos contornos hubiera, y esto aconteció con el Armilatense; pues cerca del emplazamiento que se le supone, todavía se conserva una hermosa cueva, que viene a confirmar la existencia del monasterio en aquel lugar, pues lleva el nombre de San Zoilo, no porque dicho santo la habitase, sino por haber formado parte de aquel monasterio.

San Eulogio dice también que el río Armilata era tan abundante en la pesca, sobre todo en un remanso que formaba cerca del Convento, que de ella, principalmente se alimentaba la Comunidad.

Este monasterio fué destruido; sus ruínas quedaron abandonadas; y siglo y medio después de la reconquista de Córdoba por los cristianos, un natural y vecino de ella, don Martín Fernández de Andújar, dueño de los terrenos donde estuvo emplazado, decidió y llevó a cabo la fundación de un nuevo Convento, que denominó de San Francisco y apellidaron del

(1) Fundaciones monásticas en la sierra de Córdoba, por don Manuel Gutiérrez de los Ríos y Pareja-Obregón, Marqués de las Escalonias.

Monte, por el lugar donde se hallaba, para el cual fueron aprovechados los materiales del Armilatense, distante unos dos kilómetros.

La fundación en tiempos del Obispo don Juan Fernández de Pantoja, fué confirmada por el pontífice Clemente VII, a petición de los reyes don Enrique y doña Catalina, con fecha seis de Mayo de mil trescientos noventa y cuatro; y empezó bajo tan buenos auspicios, que de él salieron a predicar el Evangelio de Jesucristo, por el reino musulmán de Granada, sus dos conventuales Fray Juan de Zetina y fray Pedro de Dueñas, que recibieron por ello la corona del martirio el diez y nueve de Mayo de mil trescientos noventa y siete y mas tarde subieron a los altares.

Fué uno de los monasterios más notables y célebres de aquella época y aun de las posteriores hasta su supresión. San Francisco Solano fué guardián de este Convento hacia el año de 1583.

El rey Felipe IV pasó en él las festividades de Carnestolendas, cuando estuvo en Córdoba en el de 1624.

No debió ser Convento rico ni de mucha comunidad. Por los restos que se conservan, la fundación primera fué pobre y mezquina. En los siglos XV y XVI se ampliaría el convento y desde luego se hicieron de mejor fábrica un precioso claustro, del que poco queda en pie, y el refectorio.

Sus bienes según consta del Catastro del Marqués de la Ensenada, eran las siguientes a mediados del siglo XVIII: una huerta, plantada de hortaliza, granados, naranjos, parras y nogales: la *media legua legal* de tierra, que componía mil cuatrocientas ventisiete fanegas, en los montes realengos «de que usa el referido Convento en virtud de Provisión de la R. Chanzillería de Granada», todo de monte bajo en la cual se hallaban varias ermitas para ejercicio de los religiosos; veintiuna memorias de vino, aceite y metálico; ochenta carneros, treinta y seis machos cabríos, tres mulas y dos jumentos.

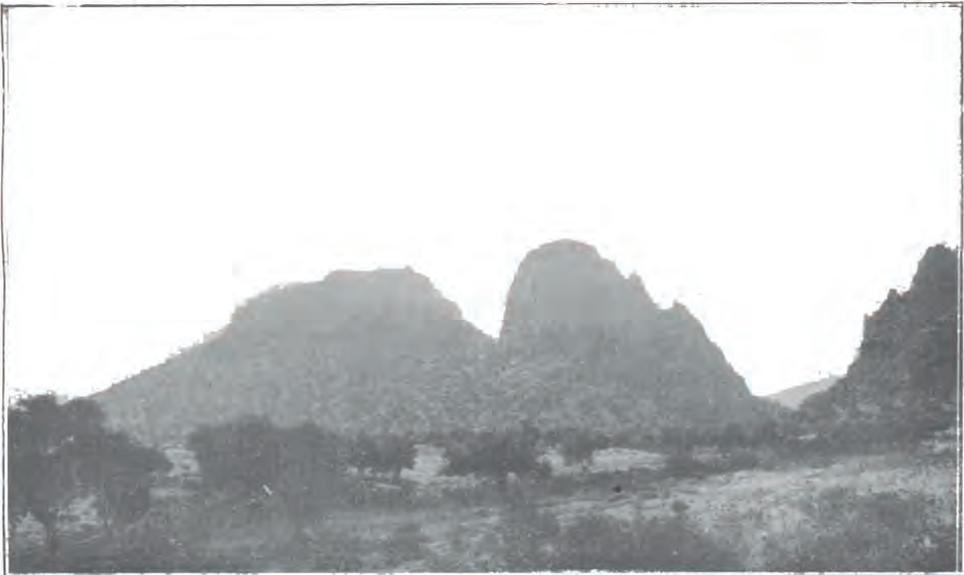
En virtud de órdenes superiores fué suprimido este Convento de San Francisco del Monte en 1835. El día cinco de Septiembre de dicho año, don Pablo Felipe Ortega, delegado del Administrador de Arbitrios de Amortización del partido de Bujalance, con asistencia de los señores don Joaquín de Blancas, regidor del Ayuntamiento de Adamuz, y de don Bartolomé del Pino, síndico del Convento, se procedió al inventario de los bienes pertenecientes a este Convento.

Según dicho inventario, los bienes raíces no habían aumentado: se limitaban a la *media legua legal*, ya no solo de monte sino también tierra calma, y la huerta reducida a seis celemines de los doce que antes tenía.

En la Sacristía, entre otras cosas, encontraron una custodia, dos copones y dos cálices de plata, y muy buena y numerosa colección de ornamentos de todas clases: capas pluviales, dalmáticas, casullas, albas, estolas, manipulos, etc.

En la iglesia hacen inventario de las lámparas, de los cuadros, de las imágenes, etc. Existían en ella los siguientes altares: Mayor, con las imágenes de Santo Domingo, San Francisco, San Miguel, San Juan Bautista, uno de Jesús y una urna con la cabeza de Santa Lindermia; de N. S. de Candelaria, con la de San Francisco Solano; de N. S. de las Angustias, con la imagen de la titular, un Exce-Homo y un niño de plomo; de San José, con dicho santo patriarca, y el de los Mártires, con las de los que fueron frailes del convento San Juan de Zetina y San Pedro de Dueñas. En la torre dos campanas. En el coro, la sillería, el facistol y un libro.

En la librería encontraron hasta trescientos treinta y cuatro volúmenes encuadernados en pergamino; tan solo tres fanegas de trigo en el granero y diez arrobas de aceite y ninguna de vino en la bodega. El mobiliario y utensilios de cocina, refectorio y celdas era también escaso y pobre; y de semovientes, una veintena solamente tenían ya entre borregos, cabras, mulos y jumentos. El convento y la comunidad estaba en plena decadencia. Era entonces su presidente Fr. José de Flores.



Vista tomada desde el Norte de los Peñones del Convento, a cuya falda meridional está asentado San Francisco del Monte.

Lo que subsiste actualmente del Convento, es una lastimosa ruina. Todo el edificio está en alberca, como vulgarmente se dice, pues sin duda para aprovechar las maderas, han aserrado las vigas y esto ha determinado la definitiva ruina del edificio.

Sin embargo, casi todas las paredes se conservan aun hasta el alero del tejado, pero en estas condiciones es lógico que no han de tardar mucho en derrumbarse estos enhiestos lienzos de muro, la mayor parte de ellos contruidos de tapial.

La iglesia ocupaba el ala norte de la edificación, orientada de poniente a levante, con la cabecera en esta última dirección. De ella no queda nada que pueda conjeturar su estilo. Un hueco de altar con unos grutescos de mala época, es todo lo que indica el lugar que ocupó. Era de una sola nave.

Al costado meridional de la iglesia estaba el claustro. Debía ser la más bella construcción de este convento rural. Labrado todo él en piedra are-



Angulo N. E. del claustro.

nisca roja, de la llamada en el país *pedra moleña de Montoro*, por utilizarse en la fabricación de piedra de molino, aun debió alcanzar las líneas graciosas del gótico andaluz, con parteluces ajimezados, influido ya por las construcciones renacentistas. Era de dos pisos, comprobándose en el ángulo de la fotografía adjunta, hasta el reborde de la imposta que debía correr bajo el alero.

En el claustro se ha cebado especialmente la furia destructora,

Al mediodía del claustro, estaba el refectorio, de sencilla y pobre traza, alegrado solo por los arquitos conopiales del púlpito y de la pequeña escalinata que a este subía. Es de notar que todas o casi todas las restantes ventanitas de este Convento, tienen su conopio, discreta y graciosamente dibujado.

Hacia levante de estas tres construcciones se abre un magnífico patio, con dos aljibes, aun intactos. A su alrededor, las celdas y habitaciones de los monjes, en dos pisos.

Hacia poniente, dos o tres naves también de habitaciones particulares, dando vistas a unos discretos huertecillos.

Al sur del convento una breve explanada se asoma al profundo y bravo barranco que limita por este lado la edificación.

Toda ella, modesta, encalada, debía tener en sus últimos tiempos el aspecto de una casa de campo, de grandes proporciones, a la cual la espadaña y los cipreses aledaños, le darían el aspecto monástico.

Hacia el NO. del Convento, a media ladera, una gran alberca, con señales de haber estado pintada de rojo, inmediata al nacimiento de un fuerte manantial que viene por conducción bien trabajada, es la razón de vida de la que fué santa casa en aquellos parajes.

En la misma dirección, como cumbre en cuya ladera está el Convento, se alzan tres cerros de cortaduras casi verticales, que se llaman Los Peñones del Convento, y en cuya cima existen ruinas de misereras ermititas.

Al del Centro, el mas abrupto, llamado Peñón de Jesús, se puede ascender merced a una escalera de material sobre unas arcadas que avanzan sobre el precipicio, hasta escalar otros tramos tallados en la roca viva. La ascensión es impresionante. Desde la cumbre se observan magníficos panoramas,

Esto es lo que queda de San Francisco del Monte, cuyo abandono merecía ser corregido por un propietario celoso, ya que entre lo abrupto de aquellas sierras los pastores y campesinos cada vez que a él llegan es para acelerar su ruina.

RAFAEL CASTEJÓN

Debo expresar mi agradecimiento por la ayuda prestada para componer estas notas, a mis buenos amigos don José de la Torre, que redactó casi enteramente la primera parte de este trabajo, y a don Antonio Carbonell, que amablemente me proporcionó las fotografías que lo ilustran.

Para conocer aun mejor, sobre todo desde el punto de vista tradicional y folk-lórico lo que se sabe de este fenecido Convento serrano, he creído conveniente insertar a continuación, en forma de apéndices, diversos escritos desperdigados.

En cuanto al Monasterio Armilatense de San Zoilo, no he querido recoger notas para el mismo, porque ello será objeto de otro trabajo. Baste recordar, para orientar respecto a su situación, que lo mas atinado respecto al mismo fué señalado en un interesante artículo del P. Fita (1) acerca de una lápida mozárabe hallada en el sitio de los Conventillos, finca del Retamalejo, inmediata a estos lugares, y que nosotros no hemos explorado aún.



Vista general de San Francisco del Monte, tomada desde la escalera del Peñón de Jesús.

(1). Boletín de la Real Academia de la Historia, diciembre, 1914, página 557.

APENDICE I

San Francisco del Monte

*CATASTRO DEL MARQUES DE LA ENSENADA.—
Registro de haciendas de eclesiásticos de la villa de Adamuz.—
Año 1752.—Folios 161 v. a 167.*

•El convento de San Francisco del Monte, orden de recoletos, extramuros de esta villa, distante de ella legua y media, disfruta extraclausa: Una pieza de tierra de regadío por azequia, distante de dicho convento un tiro de bala, con una casa de teja que tiene un cuarto bajo para habitación del religioso hortelano, con quatro baras de frente y ocho de fondo. Consta de doze celemines de cuerda maior de buena calidad en su espezie, poblados en toda su extensión de hortaliza, y entre éstas se hallan plantados diez y seis granados pequeños, cinco plantones de nogal, ocho posturas de parras, seis de naranjo agrio y uno de membrillo, que todos podrán fructificar de aquí a ocho años regulados vnos con otros. Confronta por todas partes con tierras de que usa el expresado convento para los ejercicios de sus religiosos, y su figura es la del margen.

Media legua legal de tierra, que compone vn mill quatrocientas veinte y siete fanegas de cuerda maior en los montes realengos, de que usa el referido convento en virtud de Provisión de la Real Chanzillería de Granada, y solo sirven para desaogo de los religiosos y quietud en los ejercicios y asimismo para pasto de los carneros que sirven para el avasto de él, por estar toda poblada de monte bajo; y a distancia de vn tiro de bala del convento se hallan varias hermitas para ejercicio de los religiosos. Confronta a Levante con la fuente que está al extremo del sitio que llaman Navalegua, a Poniente con la Cruz del Cerro del Retamalejo, y al Norte con el sitio del Puerto de los Morenos y al Sur con el pozuelo del Valle, todos montes reales.

Una memoria perpétua de diez arrovas de vino que valen cincuenta reales vellón y están cargadas sobre vn lagar y viña en el pago de Navaredonda, término de esta villa, que posee la fábrica de su parroquial.

Otra memoria perpetua de quinze rreales vellón, valor de vna arrova de azeite, que está impuesta sobre vn molino de fabricarle que posee don Juan Primo, vezino de la villa de Cañete las Torres.

Otra de quinze rreales vellón; valor de vna arrova de azeite, que paga Maria Velasco, viuda de Manuel del Castillo, y está impuesta sobre los vienes del vínculo que posee.

Otra de vna arrova de azeite, que paga don Antonio Primo, vezino de esta villa, impuesta sobre los vienes del vínculo que posee, regulado su valor quinze rreales vellón.

Otra de vna arrova de aceite, que paga annualmente don Jazinto Camacho, vezino de la villa de Montoro, cargada sobre los vienes del vínculo que fundó don Antonio de Moya, y posee, regulado su valor en quinze rreales vellón.

Otra de vna arrova de azeite, cargada sobre los vienes del vínculo que fundó don Antonio de Moya y posee don Francisco Diego Obrero, vezino de la villa de Montoro regulado su valor en quinze rreales.

Otra de tres arrovas de azeite, cargadas sobre los vienes del vínculo que fundó don Miguel del Castillo y posee don Juan Manrique, vezino de la ciudad de Córdoba, regulado su valor en quarenta y cinco rreales vellón.

Otra de tres arrovas de azeite, cargada sobre los vienes del vínculo que fundó el expresado don Miguel del Castillo y posee don Francisco del Castillo y Escalera, vezino de la ciudad de Córdoba, regulado su valor en quarenta y cinco rreales vellón.

Otra de quatro arrovas de azeite, que paga annualmente Ana de la O, vezina de la villa de Villafranca impuesta sobre los vienes de la obra pía que llaman de Agonizantes, fundada en dicha villa por Ana y Juana María de Gavilán, regulado su valor en sesenta rreales vellón.

Otra de vna arrova de azeite, cargada sobre los vienes del vínculo que posee don Juan de Béjar, presvitero y vezino de la villa del Carpio, regulado su valor en quinze rreales vellón.

Otra memoria perpetua de ciento y ochenta y seis rreales y catorze maravedís de vellón, los mismos que paga annualmente la Comunidad de Capellanes de la que fundó en la villa del Carpio y dotó el Ilmo. señor don Garzía de Haro, obispo que fué en la ciudad de Málaga.

Otra de media arrova de azeite, cargada sobre vn olivar, que en el término de la villa de Morente posee Alonso Villagrada, vezino de ella, regulado su valor en siete rreales y medio de vellón.

Otra de tres quartos de arrova de azeite, cargada sobre vn olivar que en el pago de San Ildephonso, término de la ciudad de Bujalanze, que posee Manuel de los Reyes, vezino de ella, regulado su valor en diez rreales y tres cuartillos de vellón.

Otra memoria de vn cuarto de arrova de azeite, cargado sobre vn olivar en el pago referido, término de dicha ciudad, que posee don Juan de Ribera, vezino de ella, regulado su valor en tres rreales y tres cuartillos de vellón.

Otra de vn cuarto de arrova, que annualmente paga doña Cathalina Theresa, viuda de don Marcos Romera, vezina de la ciudad de Bujalanze, cargado sobre los vienes de vn vínculo que posee, regulado su valor en tres rreales y tres cuartillos de vellón.

Otra de quatro arrovas de azeite, que annualmente paga don Blas Coca, vezino de dicha ciudad, como poseedor del vínculo que fundó don Fernando Diaz Cantarero, regulado su valor en sesenta rreales vellón.

Otra de vna arrova de azeite, que annualmente paga don Juan Mellado, vezino de dicha ciudad, cargada sobre vn molino de azeite situado en el barrio que nombran de Santiago, regulado su valor en quinze rreales vellón.

Otra de dos arrovas de azeite, cargadas sobre vn molino para fabricarle en el ruedo de dicha ciudad, que posee don Antonio de Castro y Moral, vezino de ella, regulado su valor en treinta rreales vellón.

Otra de dos arrovas de azeite, cargada sobre vn molino de fabricar esta espezie, en el ruedo de la propia ciudad de Bujalanze, que posee doña Mariana de Porcuna, vezina de ella, regulado su valor en treinta rreales.

Otra memoria de vna arrova de azeite cargada sobre vn olivar en el sitio de la cañada de los Zapateros, que posee doña Cathalina Navarro, vezina de la antedicha ciudad de Bujalanze.

Otra memoria de cinquenta rreales vellón, valor de veinte builas que annualmente paga la obra pía que en la parroquial de la ciudad de Bujalanze fundó con el nombre de las varas del Palio Francisco Jiménez Linares, vezino que fué de ella.

En el término de esta villa tiene dicho convento ochenta cabezas de carneros, treinta y seis de machos de cabrío para su abasto, tres de mular y dos de jumentos y jumentas.

(Inventario de las fincas que pertenecian a los conventos de frailes y monjas de Córdoba y su provincia. Fol. 256. SAN FRANCISCO DEL MONTE DE ADAMUZ.—Las tierras, coto y hospederías en el término de Adamuz.)

APENDICE II

Caso acaecido en San Francisco del Monte con una mula

Capítulo XXIX de las «Casos Raros de Córdoba»

Distá cuatro leguas de este ciudad por la parte de la Sierra, un convento de recolección del Orden de San Francisco que dicen del Monte, fundado por Martín Ferrández de Andújar, caballero principal de Córdoba, el año de 1.394, en medio de una sierra que fuera nunca el acabar de ponderar la aspereza del sitio.

En este pobre convento, taller de santos, se ofreció por el año de 1.513, que estando un día la comunidad sin tener cosa que comer, ni menos donde arbitrar, el prelado, dadas que fueron las once, hora consuetu para comer, tocó al refectorio:

El refitolero, que oyó la campana, se fué al padre guardián diciéndole.—«¿A que toca vuestra paternidad a comer cuando sabe que la comunidad no tiene de qué?».

El padre guardián le respondió:—«No tenga pena de lo hecho que Dios proveerá».

Con esta confianza entró la comunidad a celebrar aquel acto en la forma que lo hacen cada día.

Punto aquí. Y vamos a que, en el mismo día a la hora de las once, salió de Córdoba el panadero que daba el pan al convento de San Gerónimo, distante de esta ciudad un legua, con una mula en la que portaba pan para que aquella noche comiesen los religiosos y para que comiesen otro día, siendo este el modo que guardaba la comunidad.

En la misma puerta de Gallegos el panadero dejó ir la mula delante, y él se quedó en parla con un amigo, la cual fenecida, echó a andar, cierto de que la mula seguiría el camino por la costumbre diaria que tenía.

Llegó el hombre a la Albaida, viendo que por toda su planicie no descubría su bestia, entró en sospecha y volvióse atrás, ha hacer diligencia de ella.

Preguntaba a todos y nadie le daba luz, siendo tanto lo que se molió con su busca que, cansado y sin esperanza, se fué al convento, en el que dió cuenta al prior de lo sucedido, asegurándole que según las diligencias que había hecho de la mu'a, tenía por cierto habérsela tragado la tierra.

El prior bajó a la ciudad, avisó a la justicia, esta mandó pregonar la mula, ofreciendo premio al que supiese de ella cuya diligencia no produjo efecto alguno.

Volvamos al convento del Monte, donde admiramos lo estupendo del



El púlpito del refectorio.

(Apunte de una fotografía)

prodigio, y fué que, cuando en aquella santa casa estaba diciendo la comunidad el salmo «De profundis» por los bienhechores, que es el que da principio al acto del refectorio, se oyeron disformes y apresurados golpes que daban en la portería.

A ellos acudió el portero y apenas abrió el postigo entró una mula con unos cofines, la que paró en la puerta del refectorio.

El portero salió a ver quien era el que traía la mula, y no vió a nadie. Pasó mas afuera, y no encontró el arriero.

Sabedor el Guardián de como estaba allí aquella mula cargada de pan, mandó se descargase y distribuyese en el refectorio.

Preguntó al portero quien había venido con aquella mula y donde estaba para verlo, y saber quien enviaba la limosna, a lo que respondió no haber visto a nadie, aunque salió hasta el valle.

El guardián con sus religiosos, hechos cargo del prodigio que la divina Magestad había obrado con ellos, fueron a la iglesia, donde dieron gracias. Después mandó que la mula la custodiasen y cuidasen, hasta tanto que se descubriese su dueño, y para mas pronto inquirirlo, lo encargó a los religiosos que salen a postular por los lugares, no adelantándose nada con la diligencia.

Pasados que fueron algunos días, vino el padre Guardián a Córdoba, a donde por cosa nueva le fué contado el chasco de haber robado al convento de San Gerónimo el pan para la comunidad, y la mula en que lo llevaban, y por mas diligencias que habían practicado, ne encontraban el paradero de nada.

El santo prelado, hecho cargo de la conversación, preguntó a los circunstantes si se decían las señas de la mula.

Diéronselas, y actuado de ser la que estaba en su convento, se avistó con el prior de San Gerónimo y refiriéndole lo acaecido con el pan y con la mula, quedó absorto, y para ratificarse en el prodigio, llamó al panadero, reconviniéndole de la hora que salió de Córdoba y el día que se perdió la mula.

Se afirmó de que, a las once de él, iba saliendo por la Puerta de Gallegos, siendo la misma hora del propio día en que entró la mula por la portería del convento del Monte.

Divulgose por la ciudad el pasaje, quedando absorta del portento. Trajeron la mula al convento de San Gerónimo, y este tributó al del Monte por cierta porción de trigo, cuya acción fué muy aplaudida.

APENDICE III

(Los siguientes artículos fueron publicados por mí en el «Diario de Córdoba», con el seudónimo de «Felán el Felani», en los días 11, 12 y 13 de Agosto de 1926 respectivamente.)

San Francisco del Monte

En estas horas calurosas y abrasantes de agosto, unos cuantos amigos, hemos entrado por las fragosidades de la Sierra, morena y brava, en busca del abandonado Convento de San Francisco del Monte.

Para topografiar bien este lugar, hoy diríamos que se encuentra a mitad de camino entre el Pantano y Adamuz. La llegada a él se verifica, bien por el camino del Pantano del Guadalmellato, dejando aquí los vehículos, y andando por fragosos senderos unos ocho kilómetros hacia levante, o bien viniendo de Adamuz una distancia igual hacia poniente.

Los automóviles pueden llegar hasta muy cerca de las ruinas, a cosa de un kilómetro, por caminos particulares que pasando el Puente de la presa del Carpio vienen a rodear Villafranca y se adentran en la Sierra hasta llegar a la Nava grande, a espaldas del convento.

Nosotros, al fin, por Alcolea y el Pantano, y por alturas que descubren los bellos y ascéticos horizontes del interior de la Sierra, hemos llegado a él. Era ya viejo nuestro deseo de visitar el Convento de San Francisco del Monte.

Su historia esta ligada al muzarabismo cordobés por la de su antecesor San Zoilo Armilatense. Y de San Francisco salieron venerables monjes que alcanzaron la palma del martirio, como San Pedro de Dueñas y fray Juan de Zetina lo fueron por los moros de Granada. San Francisco Solano vivió en este convento. Y, a pesar de su pobreza, alcanzó también la morada de estos hijos de Dios, el honor de que el católico Felipe IV pasara en ella las carnestolendas del año 1624.

Hemos alcanzado el Convento en plenas horas de siesta, cuando solo algunas ligeras bocanadas de poniente estremecían la copa de los cipreses solitarios que aún rodean y se esparcen por aquellos lugares.

La construcción principal, el verdadero Convento es una lastimosa ruina, en la que se vé la impia y brutal mano del hombre sacando materiales o buscando tesoros.

Ya solo quedan algunos lienzos de pared, la planta de las edificaciones principales, algunos rincones del delicioso claustro, el púlpito del refectorio, señales de algún altar. Todo destrozado, injuriado.

¿Que impías manos han hollado la veneración y pureza de este lugar que desde el siglo catorce en que fué fundado, duró hasta la exclaustación del año 1838, o sea durante unos cinco siglos?. Todo allí es abandono silencio, y profanación.

Al pié del Convento se abre un profundo y abrupto barranco, que recuerda el del Monasterio de los Angeles en Hornachuelos. En su fondo se ofrece el regalo húmedo y verdeante de una huertecita, con un corro de cipreses centenarios.

A la espalda, tres ingentes y enhiestos cerros, de cortaduras verticales, los peñones del Convento, tienen en su coronación, verdadero nido de aguilas, unas ermititas unicelulares, parvas, dismanteladas.

¡Que abandono, que renunciación, que retiro! San Francisco del Monte sería hoy, debería serlo un lugar de visita, apesar de su apartamiento de los caminos corrientes.

Allí se aprende y se venera. Hasta la humilde fontana de los huertecitos aledaños, que ya sale medio perdida entre un yerbazal de mastranzos olorosos, rimando eternamente su quedo murmullo, es otra renunciación a la esperanza del lugar, ilusionada en éxtasis hacia la pureza grandiosa y solemne del azul infinito.



El Armilatense

Nuestra caminata por los vericuetos de la Sierra no era buscando las ruinas de San Francisco del Monte, sino mas bien la de San Zoilo Armilatense, el desaparecido monasterio muzárabe, existente en fragosos parajes de la Sierra durante el tiempo de la dominación musulmana.

Sabido es que, en los mas esplendorosos tiempos del Califato Cordobés, nuestra Sierra estaba poblada de monasterios con religiosos de ambos sexos, que, al par que ricos, eran focos de intensa fé, De ellos venían a Córdoba para ofrecerse espontáneamente al martirio, inflamados en ardorosa fé, casi todos los santos que integran el martirologio cordobés de esa época.

Uno de los mas célebres y apartados, era el de San Zoilo, apellidado Armilatense, del rio Armilatus, que desde dichos tiempos musulmanes se llamó Guadalmellato.

El monasterio Armilatense, cercano al rio, tenía en este uno de sus medios de vida, pues según cuenta San Eulogio, los monjes salían a pescar a un claro remanso que allí formaba la corriente y capturaban abundante pesca.

No se sabe exactamente cuando quedó abandonado el monasterio Armilatense, y lo más lógico es suponer que vivió con diversas vicisitudes, has-



Peñón de Jesús. con la escalera que permite ascender a su cumbre, en la que existen las ruinas de una ermitilla.

ta las persecuciones religiosas de los almohades, época en que desaparece casi en absoluto el cristianismo en Andalucía.

Cuando en el siglo XIV un piadoso habitante de Córdoba dona terrenos para fundar un monasterio por aquellos parajes y se funda San Francisco del Monte, no se hace sobre las ruinas del Armilatense, sino mas de una milla retirado de aquel lugar, casi unos tres kilómetros próximamente. Del Armilatense solo se aprovecharon entonces algunas piedras y columnas que se transportaron al nuevo convento.

En nuestra búsqueda del Armilatense no hemos hallado vestigios concluyentes del mismo. Pero al pie, de una grandiosa peña, en la que se abre una cueva, y ocupando un alegre vallezuelo que desemboca a poco trecho en el Guadalmellato datos todos que coinciden con los relatos de la época, hay una huerta llamada de antiguo de los Minguiantes que bien pudiera ocupar el lugar que ocupó San Zoilo Armilatense.

Allí no hay piedras, ni columnas, ni dato arqueológico alguno. Es una modesta huertecita, con la humilde casa del hortelano rodeada de higueras y granados.

Pero tiene un manantial en la ladera del Monte, con señales indudables de estar labrado de vieja fecha, y cuyo alumbramiento en la peña viva está tallado en arco de herradura, por el que puede entrar un hombre, con señales de viejo arcaísmo.

No hay mas. Pero aquel arquito de herradura, por el que solo sale la linfa cristalina desde hace muchos siglos formando unas tobas caprichosas, es toda la señal de perennidad que nos ha hecho suponer que allí estuvo emplazado el monasterio Armilatense, del que salieron monjes, santos y mártires. Allí estuvo aprisionada muchos años, en breves pero apasionantes retazos la historia de Córdoba, de su suelo y de sus hechos.

Los Peñones del Convento

¿Nos perdonará el lector que aun hablemos de San Francisco del Monte? Bien merece su soledad, su abandono, su ruina, que le dediquemos otro día.

Nos mueve a ello un secreto afán de reparación. De otros monasterios y ruinas como lo fué hasta hace pocos años el de San Jerónimo, todos los literatos cordobeses hablaban y escribían. De su ambiente, de su claustro, de sus encantos sin par, las plumas cordobesas hacían loas a porfía. Pero de este pobre monasterio de San Francisco del Monte, mas pobre, mas abandonado, mas encerrado en la lejanía abrupta de los montes marianos, no habla casi ningún escritor contemporáneo. Para encontrar alguna lejana referencia del recoleto convento franciscano, hay que acudir a las viejas historias eclesiásticas, que dan parva cuenta de su fundación, de su vida, de su muerte.

Merece, sin embargo, la piadosa ruina, que nos entretengamos en ella breves momentos todavía y especialmente en sus alrededores.

San Francisco del Monte está rodeado de esos humildes huertecitos conventuales que encierran rústicos tapiales y que solo tienen la serena elevación de un ciprés.

Sobre algún collado y sombreada también por un ciprés centenario, se erguía una arrogante cruz de piedra roja arenisca, de la que apenas si se recojen algunos restos esparcidos por el suelo. La barbarie ha triunfado allí bien a su sabor. Desde aquel collado y por las barrancadas que se abren en los montes, se divisa la campiña cordobesa en la lejanía amarillenta.

También hay en aquellos alrededores un albercón grande, espacioso, untado de betún rojo en su interior como los estanques árabes. Los campesinos le llaman «la baña de los frailes»; el buen caudal de agua que lo abastecía, casi perdido hoy, tenía una derivación hacia el convento.

Pero lo mas interesante y hermoso de aquellos lugares, mas aun que el mismo convento, son tres arrogantes picachos, tajantes como agujas de piedra, a cuya falda el convento está asentado. Son los peñones del convento.

Le dan al paisaje una braveza y una arrogancia temerosas. El del centro, el mas encumbrado, es el peñón de Jesús. Los otros tendrían también nombres sacros que los campesinos no conocen.

Y sobre la cima de ellos, se levantan sendas ermitillas destechadas y también ruinosas, oteantes de los cuatro puntos cardinales en una gran extensión, que se prolonga por gran parte de la provincia.

La ascensión a los picachos es de un turismo atrayente y peligroso. En la misma piedra viva, todo el peñón es una tajante aguja, la mano paciente de los frailes fué tallando peldaño a peldaño la larga escalera que alcanza el pináculo del monte. Y allí donde la piedra está cortada a pico y fué en absoluto imposible tallar la escalera en la roca, se hizo una obra de material de ladrillo, sobre atrevidos arcos semicirculares que desafían el precipicio sobre los que hay que cruzar en ascensión difícil y emocionante.

Cada año que pasa la ascensión a los peñones será mas difícil. Los rústicos barandales de la escalera están siendo destruidos, las ermitas de las cumbres cada vez mas arrasadas.

Desde la cumbre tan penosa y arriesgadamente ganada, en la que los vientos baten con furia azotadora, se descubren bellos panoramas y sentidos paisajes. Al pie de los peñones, casi a vista de pájaro, el arruinado convento, con sus naves destechadas, los ventanitas ciegas, la rústica espadaña que servía de campanario, los huertos circundantes llenos de maleza, los austeros y solitarios cipreses.

A lo lejos, montes y barrancadas y lejanías abruptas, que desde un violeta intenso van degradando hacia un neblinoso azul, que se pierde en la caligine ardorosa de agosto.

Adiós, San Francisco del Monte. Fuimos a buscarte con el ilusionado ardor de unos místicos peregrinos, y te abandonamos, perdido en las fragosidades serranas, dejando en el ascético perfume de tus solitarias ruínas, con una gozosa endecha a tus recuerdos, un desolado rezo a tu triste presente.

APENDICE IV

En el tomo señalado con el número 257 del Catálogo de la Comisión de Monumentos de Córdoba, perteneciente a la colección de don José Vázquez Venegas, interesantísima por la compilación de trabajos y documentos referentes a la historia de Córdoba, se halla la siguiente nota, que trascribimos íntegra. Respecto a su autor, don Francisco Baquera de Torquemada, no encontramos dato alguno en el *Catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba*, por don Rafael Ramírez de Arellano. Madrid. 1922. Nosotros la trascribimos por cuanto pudieran tener algunos datos cierto valor para la ubicación de determinados monasterios, cuyo rastro ha desaparecido del todo.

Acompaña al citado extracto de la obra del Beneficiado Baquera de Torquemada un curioso dibujo a pluma, que hemos hecho reproducir fotográficamente y que insertamos adjunto, en el que se han colocado los diversos Monasterios de que se tiene noticia de su existencia, según la orientación y situación de los mismos a tenor de como se entendía en el siglo XVIII,



Descripción geográfica de los lugares de los antiguos Monasterios de la orden o regla de San Basilio el Magno, esparcidos por la Sierra de Córdoba; o de San Agustín, San Isidoro y Fructuoso.

Notizia de los Monasterios de la Sierra de Cordova
y de los Santos Mártires que vivieron en ellos,
y Memorias suias que se han podido descubrir

Notas de la Obra que dexó trabaxada Dn. Francisco Baquera de Torquemada, Benefiziado de la Parroquial de San Pedro de esta ciudad de Córdoba, en que trata de los Mouasterios que hubo en la Sierra de ella, y probando que fueron de la Orden de San Basilio.

Monasterio de la Peña Melaria

NOTA

El Monasterio de la Peña Melaria, dedicado al Salvador del Mundo, Jesucristo Señor Nuestro, fué fundado de los Nobilísimos Padres de la esclarecida Virgen y Mártir Santa Pomposa, por los años, según parece, de 825. Fué Monasterio duplex, sobrescrito que manifiesta ser del Orden de San Basilio.

Presidió en él el Abad Félix, amigo de San Eulogio, exerciendo el sacerdocio, para el ministerio de su Iglesia, el Monge San Fandila, siendo sus combentuales e hijos, San Pedro Mártir compañero de San Amador, y la dicha Santa Pomposa.

Fué asimismo enriquecido con los cuerpos de los Santos Jorge, Diácono (que era consiguiente, siendo Monge Basilio, se apoderasen de é los Monges de su Instituto), San Aurelio y el sobredicho San Pedro, con más la cabeza de Santa Sabigoto, que fueron sepultados en él; de las cuales, esta y los dos primeros, con permiso del Obispo de Córdoba, Saulo, y de el Abad Sansón, que era de este Monasterio, fueron llevados por los Monjes Usuardo y Olibardo a París, y colocados en el Monasterio de San Germán, que era del Orden de San Basilio, lo que aconteció el año de 858, quedándose en su rezinto el referido San Pedro, el que, si no fué trasladado cuando la destrucción del Monasterio, es consiguiente quedó y permanece donde lo sepultaron.

El lugar de este Monasterio no admite duda que es al pie de la Peña Melaria, que está por cima de la Albayda, contigua a la Huerta de les Ventanas, que es propia de los Padres Calzados de la SSma. Trinidad, y una legua distante de la Ciudad, señales todas que parece explican la mente de San Eulogio, que siguieron Morales y el Padre Roa, sin que se pueda equivocar este sitio con otro, pues aunque cerca de lo dicho hay otro Peñasco donde labran las Abejas su melifizio, como en esta lo hazen de presente y hemos visto con bastante atención, siendo las Abejas que la habitan mas pequeñas y diligentes que las domésticas, la distancia y el apellidarse su Peña, Abejera, desdicen mucho para no conjeturar si no es este.

Además de lo dicho, para prueba de ello, se han hallado por este lugar, principalmente cavando una viña, que está por cima de la Peña, huesos humanos, con otros rastros de Edifizio antiguo; y la Atargea que vomita el agua para el riego de dicha Huerta, es de tan notable hechura que tiene en lo interior algunas quadras de considerab'e grandeza, denotando en su fábrica ser obra arábica, y haberse hecho para

Hacienda de mayor magnitud que a la que ahora sirve, sin duda para el abasto de la Comunidad de dicho Monasterio; asimismo, en su collado, sobre a misma Peña, se conocen los fundamentos de una Atalaya, que podemos juzgar que los Moros, habiendo demolido el Monasterio, y desterrado de allí sus moradores, como dice Morales, por quitarles las ricas posesiones en que estaban fundados, que se ve claro en este la edificaron para hazer sus zentinelas, no volviesen los Monjes con la devoción o natural cariño, a introducirse en aquel sitio.

Hemos oydo a uno que, apacentando sus yeguas en aquel sitio, habiendo una de las mas robustas y sana, echándose a rebolcar como suelen, al primer buelco se quedó muerta. No ignoraba el tal la noticia de aquel lugar, y así, atendiendo a la sanidad que antes gozaba el animal le dió harto en que entender el caso; que bien pudo comprender, por aquel indizio, de no ser aquel sitio para conculcado.

Monasterio de los Santos Justo y Pastor

NOTA

El Monasterio de los Santos Justo y Pastor, estaba situado en lo interior de la Sierra de Córdoba, entre las crestas de unos Montes y encrespadas breñas de aquel parage que por lo áspero llamaban Fraga, cerca del lugar Leyuense.

Fué hijo de este Monasterio el Mártir San Leovigildo, cuyo sitio es el mismo que apuntó Morales, aunque sin distinguir si sería el de este Monasterio, o el de San Martín de Rojana, pero habiendo ya fundamento muy formal que expone la situación de San Martín, resta que el sitio que notó Morales indiferente, sea el de San Justo y Pastor.

El lugar donde el Chronista opina, es una viña, al pago de la Alfayata, media legua de Villaviciosa, y algo mas de seis leguas de Córdoba, donde parecían en su tiempo, rastros de grueso edificio; en la qual se halló un sepulcro quadrado, hecho de ladrillo, y en la pared que miraba al Oriente, una piedra fixada de jaspe blanco, como una tercia de largo y poco menos de ancho, a modo de lámina, en la qual estaba grabada la inscripción siguiente: (1)

OBIIT FAMVLVS
DEI CISCLVS
SUB DIE III
KALENDAS APRLS
ERA. T. V.

(1). Existen al margen sendas notas escritas de puño y letra de los mencionados, que dicen respectivamente: «Esta piedra se ha podido hallar y fué traída al Gabinete del Sr. Dn Joseph Vazquez Venegas en el Día Jueves 30 de Abril de 1772». Y luego expone dudas respecto a si la Era es T X, o T V. La otra dice: «Esta piedra se perdió después y habiéndose hallado la llevó al Colegio de la Asunción D. Luis M. Ramirez de las Casas Deza». Al final del trabajo, dice Vázquez Venegas: «Nota. Habiendo podido recolectar y colocar en mi Gabinete la Piedra del siervo de Dios Ciscló, la copiaré y pondré aquí los caracteres que conserva».

Ob' T FAMVLVS
DEI CISCLVS
SVB DIE III
KALEN APRILIS
ERA: T X

Por lo que es cosa llana y en que no puede haber duda, de donde se halló este sepulcro había Iglesia, y al menos en su Cementerio; pues a este siervo de Dios Aziselo, no es creible lo enterrasen en otra parte, mayormente quando a los Mártires, aun dudando muchos si verdaderamente lo eran, estando sus cuerpos guardados, los robaban los christianos para darles decente sepulchro, como lo refiere San Eulogio; no parece según la expresión del epitafio, era de menos virtud este, y por tanto le hizo y dió tan honrado sepulchro.

Por todo lo cual, atendidas las circunstancias de este sitio, sus ruínas, haber habido Iglesia en él, y la cercanía sino a Villaviciosa por moderna, y de Valdesenico, lugar bien antiguo destruido, que sin duda fué el de Leyulense, y la distancia de Córdoba, pues viene a ser de lo mas interior de su Montaña claramente se percibe haber sido el sitio de este Monasterio; y aunque parece hay alguna diferencia entre la distancia en que lo coloca San Eulogio y Morales, con todo esto es de ninguna atención pues como no fueron Geómetras, dixeron en este particular la distancia que comúnmente se decía había desde esta Ciudad a este Monasterio, o ahora a este sitio des poblado.

Esta Lápidas es una de las mas notables que se han hallado, por usar en ella, como observó Morales, en su era, de la T, por Millar, con lo que se comprueban otras antiguallas. Quando se halló, se traxó a la Iglesia de San Pedro, donde se guardaba, pero hoy día, por mas que la hemos buscado, no se ha podido encontrar, y solo tenemos indicio de estar sirviendo de ara en alguno de los Altares o Sagrarios pequeños de dicha Iglesia; aunque para nuestro asunto es mas notable, la circunstancia de este Monasterio en el año 967 (1), que es el que la dicha Piedra cita; no obstante las persecuciones y calamidades que padecían los christianos a la sazón en esta Andaluz'a.

Además de lo dicho en razón de ser este lugar el del Monasterio que decimos, induce grabe presagio, que persuade de la santidad dél y su cercanía, la elección que de ella hizo para su morada por su SS, la Virgen de Nuestra Señora por medio de su Imagen de Villaviciosa, tomando por instrumento de tan acertada elección, a su fiel devoto y conductor Fernando, de exercicio Vaquero, quien con no menor fortuna que logró el buen Ladrón escalar el Paraiso, así este, lleno de fervor y compadecido con aquel aviso del desprecio que padecía esta Santa Imagen, la robó, y con tan feliz hurto aportó a la cercanía del sitio que llevamos dicho, al qual lo conduxo sin duda la misma Señora, respecto lo aficionada que se mostró a este Parage con los repetidos milagros que obró, reintucándose a él en las ocasiones de haber querido volverla a colocar en su antiguo lugar y Hermita de Villaviciosa en Portugal, sin otros que se pueden ver en el Tratado que de esta Imagen Ssma. estampó el Lizenciado Valenzuela, quien, aunque dice que el tal Vaquero Fernando era castellano, no podemos dexar de persuadirnos que este santo hombre fué natural de Córdoba, pues de no ser así y haberse acomodado en su Plaza para exercer su oficio pastoril en el contorno donde colocó a esta Sra. parece fué franco su destino, no siendo todo dirigido del Cielo. Asimismo pudiéramos presumir por el titulo de este Monasterio, que era del Orden de San Fructuoso, acaso por llamarse así el Prinzipal que el Santo fundó.

(1). Refiriéndose a la era 1005, o de 972 refiriéndose a la de 1010, que parece ser la lectura exacta según nota anterior.

Monasterio Tabanense

NOTA

El Sagrado y siempre Venerable Monasterio Tabanense, teatro de virtud tan excelente, que compitió en celsitud con el otro Tabanense que edificó en la Tebaida el Santo Abad Pacomio, fué reedificado por el año de (1), por los Ilustres Caballeros Heremías e Isabel su consorte, los cuales concluida la obra, habiendo rezibido el Instituto Monástico de San Basilio, se retiraron a él con algunos Deudos y Monjes de no menor espíritu que ellos. Depositó el Sto. Heremías las Abadías de este Sto. Monasterio, por ser duplex, en los dos hermanos Martín su cuñado y Elisabet su esposa, confiéndole a aquel el gobierno de los Monjes, y a esta el de las Monjas.

Fueron hijos de esta Sta. casa los Gloriosos Mártires San Isac y San Fandila, a quien inbudió su mismo fundador San Heremías; asimismo a las Santas Vírgenes y Mártires Digna y Columba. Fué ennoblecido y santificado este Monasterio con la presencia de la Virgen y Mártir Santa Agata, y con la del Sto. Diácono Jorje, Monje Basilio, pues en él le sobrevino milagrosamente la suerte de Mártir; y con la frecuencia de San Aurelio y Sta. Sabigoto, pues en él dexaron depositadas sus dos queridas hijas Maria y Felicia, raro exemplo de agudeza, quando se resolvieron a padecer martirio. Tenía, pues, este dichoso Monasterio su asiento junto a un lugarito llamado Tabanos (por el qual se apellidó Tabanense), en un Parage de la Sierra bien áspero, al lado Aquilonar de Córdoba, distante de ella dos leguas a corta diferencia.

De el sitio de este Monasterio, que no fuera tan glorioso a ser menos divino en lo investigable, no se han hallado señas más fixas para rastrearlo, que las palabras antedichas de San Eulogio, las que seguidas en todo venimos a hallar que el sitio de este Monasterio, poco más o menos, fué en todo el ámbito de la Dehesa de la Alcaydia, pues todo aquel Parage es el lado aquilonar de Córdoba, orizonte que el Sto. previene, y distante de ella quasi lo mismo.

Esta observación de las palabras del Sto. Doctor se comprueba con más evidencia, atendiendo así a la opinión que siguen muchos que fué Villa la Alcaydia, a las ruinas que se ven en ella, allá contra Valseguido, las que, registradas con todo cuidado, muestran haber sido cantidad de posesiones pequeñas muy juntas, que incorporadas venían a componer una población de las que llamamos cortijadas parte que parece tuvo el citado lugar de Tabanos, pues a ser más populoso, es cierto que hubiera más gruesos vestigios.

Aunque Morales dice que este Monasterio estuvo al Septentrión, no parece contradice lo que llevamos dicho, porque nuestro Santo Doctor, quando usa de esta palabra no comprehende solamente el lado que rectamente cae al Norte, si no es los dos dextro y sinistro, conviene a saber, cierzo y aquilón. La razón es porque quando el Sto. habla del Monasterio de Peñamelaria, dice estar al Septentrión, y no por esto está rectamente al norte, siendo el cierzó lado de este clima.

Este es nuestro sentir en orden al lugar de este Monasterio; pero si alguno juzgare que el lugar de Tabanos fué el Villar, lugar bien antiguo, al presente destruido, no camina muy fuera de razón, respecto de hallarse al septentrión, y dos leguas de Córdoba.

Asimismo, en la Dehesa de las Nabas llanas, al pago de los Valjondos, se ven otras ruinas de un lugar, que aunque dista de Córdoba tres leguas, está cuasi rectamente

(1). En claro. La rápida vida de este Monasterio tuvo su apogeo por los años 848 a 853.

al Aquilón, sobre que cada uno podrá hacer el juicio que le pareciera mas ajustado al texto de San Eulogio, pero esto, inspeccionando estos lugares con la atención y cuidado que, no sin trabajo lo hemos hecho, no una vez sola sino repetidas, informándose al mismo tiempo de los antiguos que frecuentan estos parajes.

Este Monasterio fué destruido por los moros en julio de 853, por cuya razón, los Monjes dél se retiraron a otros Monasterios, y las Monjes se vinieron a la Ciudad, a vivir en una casita que tenían contigua a la parroquia de San Cipriano, que fué sin duda la que ahora San Andrés, donde vivieron y se conservaron hasta aun después del año de 931, como se dirá mas lato quando se trate de esta Iglesia.

Monasterio de San Félix

NOTA

La Villa de Froniano, patria del bienaventurado San Sabiniano, y su Monasterio dedicado a San Félix, escuela del mártir San Ubalabonso, y donde presidió el Abad Salvador, de buena memoria, estaba en la Sierra de Córdoba, apartado de ella tres leguas al Occidente, según San Eulogio afirma.

El sitio de este Lugar y Monasterio, aunque ha estado tan sepultado en sus ruínas como en el olvido, y del todo borrado en el conocimiento, parece que Dios ha querido hallemos algunos indicios por donde individualizar su situación, que si bien no son infalibles, al menos no desmerecen de la fe humana algún piadoso reconocimiento.

Caminando de Córdoba hacia el dicho horizonte, a distancia de tres leguas, se encuentra en una anchurosa Dehesa que llaman Villalobillos. La etimología de este cognomento, aunque lo ignoro, la de Villa evidencio por no pocos rastros que se encuentran en ella, de haber servido de población. (Nótese esto porque aunque no se hallara sitio dentro de la Villa de Froniano, no se puede negar estuvo por este parage poco más o menos).

Tiene, pues, esta Dehesa, a un lado, una heredad que apellidan La Porrada, cerca de la cual, y aun en sus mismas tierras, hay un sitio que se dilata hasta sierras realengas sobre unas laderas que derraman al Río Guadiato, el qual llaman Los Argamascos, sobre quien se dexan ver dudosa y confusamente esparcidas las ruínas de una población.

Sospechamos que el apellidarse assí este Parage es por hallarse en alguna parte de él, rastros de obra fraguada con argamasa. Assimismo, descendiendo al rio, no frente, si algo más arriba de este sitio, y al pie de un cerro que diremos, se hallan vestigios de una Azeña para el abasto público de este lugar, de lo que nos afirmó un antiguo morador de este Paraje, sabía donde, aunque soterradas con la arena, se conservan las piedras molares de ella.

Aunque consideradas las ruínas de este sitio y los requisitos que San Eulogio previene de distancia y horizonte que concurren rectamente en él, franquean sobrado fundamento para persuadir haber sido este Lugar area del mismo que juzgamos, con todo esto lo hace más evidente la noticia que tenemos de haber avido un Monasterio por este Paraje. Para lo qual se ha de advertir desde luego, que, aunque San Eulogio dice del Monasterio de San Félix «quod in eo loco fundatum est», no se ha de entender por esto, que estaba el Monasterio incluso en la Villa, sino en el territorio confinante della, y esto se comprueba con que ninguno de los otros Monasterios estaba situado dentro de Población, sino apartado, aunque poco, de ella.

Dexando a un lado el sitio dicho, y pasado el rio de Guadiato, a pocos pasos se llega adonde se junta con este, por ser más pequeño, el rio Guadiatillo, e inmediatamente

te se encuentra un Cerro de crecida grandeza y bastante altura, que llaman del Trigo, el qual forma con el plan de sus desaliñadas cuestas, quasi una figura y boceles, teniendo su longitud, tirada al norte, y al sur respectivamente, y la falta de su latitud de levante a occidente, estando por este lado vestido de una enmarañada y densa breña de diversos vegetales que, texiendo entre sí la apacible confusión de sus floridos ramajes, le adornan, formando la más hermosa gala que se puede admirar en tan hermoso texido, aunque por el lado de levante se halla adusto y con muy poco verdor, bien que regado por todo alrededor de los dos rios sobredichos. Compónese este monte de tres cumbres, de las quales, sobre la más elevada, donde hace una moderada planizie, es tradición constante, además de verse menudos rastros de un Edifizio y un Aljibe (que no pudimos descubrir), que hubo un Monasterio de Monjes, lo que acreditan con los sucesos de la Fuente santa que está al pie de este mismo cerro.

*
* *

La siguiente inscripción gótica está grabada en una piedra que en el año de 1729 fué hallada en el Lagar del Aljibejo, al pago del Monedero, en Sierra de Córdoba, y distante tres leguas y media de esta ciudad, cuya piedra la descubrieron cavando las viñas de dicho lagar, a un tiro de escopeta de la casa de dicha Hazienda; y en el mismo sitio se encontraron otras muchas piedras, calaveras y huesos. Y a poco tiempo la hizo traer a su casa Don Pedro Leonardo de Villa y Zaballos, donde existe, unidos sus pedazos, que parece uno, acaso de que se lastimó, o para sacarla, o para traer la a Córdoba; y en el reverso de dicha Piedra estaba también grabada una Inscripción romana, que se pondrá después:

Dice en más claro latín: CRARITECTA ANTESTIS MARTINI QUOQ MEMBRA HIC BUSTORUM SACRA MORE PONTIF. ET AULA QVI CHRISTO FAMULANUS PETIT VITAM ADULECENS MONASTICAM POLLENSQUE REGULARITER EGIT ASTIGITANAM EPISCOPI REXIT IN ARCE ECLESIAM AD EROAS LATUS EST ILLICO NEMPE SCVLTA IN MARMORE ERA NOBIES CENTESIMA SEXAGESIMA NONA MAIAR III IDUS LECTOR COMMENDA SACRA ET DM PIE ORANDO.

Construcción: Aquí están enterrados según costumbre de los Obispos los sagrados huesos del esclarecido Prelado Martín, el cual por seguir a Cristo abrazó en su mocedad la vida monástica, y siendo rico la vivió regular y pobremente. Levantó en el sitio del Alcázar la Iglesia Episcopal de Ecija. Y luego al punto fué llevado al Cielo entre los Santos. Grabose esta inscripción en este mármol a tres de los idus de Mayo (que es a 13 de dicho mes), era 969 (que es año de Cristo de 931). Lector, ruega a Dios y a los Santos.

NOTA. Esta construcción está conforme a la tradición que corre en Ecija de que la Iglesia Parroquial de San Gil fué parte de ella, o en sitio en el que estaba en lo antiguo la Catedral o Iglesia Mayor de sus Obispos: está dentro de el Alcázar, que es amurallado, y arrimada cerca del castillo que hay en medio y dentro de él la Gran Plaza y sitio que hoy sirve de picadero. Y es de advertir que la casa de el Lagar donde se halló esta piedra, aseguran ser muy antigua y que tiene un quarto baxo con la pared de siete quartas de grueso en su circunvalación, y que conserva una Alcubilla de Agua muy delgada, con la entrada al modo de Arco de Piedra, y que por adentro es de estado y medio. Por ello, y estar también allí el Lagar de la Rojana, se presume fuese aquel sitio donde estuvo el Monasterio de San Martín de Rojana.

En el reverso de dicha Piedra está la Inscripción que se pone aquí:

POSTUMIUS A. F.
...AP ACILIANVS
...RAEF. COHORT. II HISP MILIAR.
VIT PR. IMP. ET LEG. XII FVLM
...ROC. PROVINC. ACHAIAE
PROCVRATOR

Construcción:

Postumius Aulis Filius
Papia (o Sapidia) Acilianus
Praefectus cohortis secundi hispaniensis militis
Divi Tibi Praetor Imperis (vel Imperatoris) XII fulmis matricis
Proconsularis Provinciae Achaiae
Procurator.

BIBLIOGRAFÍA

- MARTÍN DE ROA, *Flos Sanctorum*, Sevilla, 1615, f. 93.
ENRIQUE FLÓREZ. *España Sagrada*, tomo X, cap. VII, núm. 36.
B. SÁNCHEZ DE FERIA. *Palestra Sagrada*. tomo IV, pág. 570.
M. GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS. *Fundaciones monásticas en la Sierra de Córdoba*, publicado en el Diario de Córdoba, 1909, pág. 20.
F. J. SIMONET. *Historia de los mozárabes de España*, Madrid, 1897-1903, pág. 335.



BOLETÍN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba — — —



AÑO VII - NÚM. 23
JULIO A SEPTIEMBRE
- - 1928 - -

Tipografía Artística.-San Alvaro, 17.-Córdoba

Arqueología Cordobesa

La casa del Gran Capitán

Todos los escritores cordobeses que se han ocupado en tiempos pasados, tanto de las casas nobiliarias de Córdoba, cuanto de la topografía de muchos lugares de la ciudad, han discutido bastante acerca del emplazamiento de la casa solariega de los Fernández de Córdoba.

Dicen nuestros historiadores locales que en el repartimiento de Córdoba se le concedió casa en el barrio de San Nicolás de de la Villa, contra la muralla, a Fernán Núñez de Temes o Fernando Muñoz de Temez según otros, tronco de los Fernández de Córdoba.

Opina don Teodomiro Ramírez de Arellano (1) que la casa de los Marqueses de Comáres, sita en el solar que luego fué Convento de San Martín, estaba frente a la iglesia de San Nicolás, y que se dice que su interior era magnífico y toda ella rodeada de vistosas almenas. Al otro lado de la plaza de la Moneda, y dando nombre a las respectivas callejas, estarían el huerto del Vidrio, antigua casa solariega de uno de los mayorazgos de los Duques de Frías, con portada del siglo xv muy buena, y el huerto del Aguila, mayorazgo de los Duques de Medinaceli. Recuerda que Doña Leonor de Córdoba, hija del leal Don Martín, dice en sus memorias inéditas que entre ambas casas se abrió un arco para comunicarlas. Y termina suponiendo que en cualquiera de dichas tres casas pudo haber nacido el Gran Capitán, si bien lo más probable es que se criase en las de más allá de San Hipólito.

La cuestión la resume, tal vez con mucho acierto, nuestro

(1) *Paseos por Córdoba*, por don Teodomiro Ramírez de Arellano, tomo II, página 376. Córdoba, 1873.

gran erudito local del siglo pasado, Ramírez de las Casas Deza (1), emplazando frente a la iglesia de San Nicolás, en lo que fué después Convento de San Martín, la casa de los Fernández de Córdoba señores de Chillón, Lucena y Espejo, después Marqueses de Comares; y en lo que se conoció, durante el siglo pasado, como solares vacíos y figuran en los primeros planos de Córdoba (2) con los nombres de Huerto del Vidrio y Huerto del Aguila, las casas de los Fernández de Córdoba señores de Montemayor y después Condes de Alcaudete, y las casas de los Fernández de Córdoba señores de la casa de Aguilar, respectivamente.

Del historiador cordobés Morales, cuya Historia de Córdoba guarda inédita el Archivo Municipal de Córdoba, dice Orti Belmonte (3) refiriéndose a la vida del Gran Capitán estudiada por aquél: «Coloca su casa solariega en Trascastillo, barrio de San

(1) *El solar de la gran casa de Córdoba y la patria del Gran Capitán*, por D. Luis M. Ramírez y de las Casas-Deza. «Semana Pintoresca Español», Madrid, 1853, página 318.

A la bibliografía clásica acerca del Gran Capitán, recogida, entre otros por Sánchez Alonso, en *Fuentes de la Historia española e hispano-americana*, 1927, pueden añadirse los siguientes, que damos por completar el tema:

—*Montilla y el Gran Capitán*, por Enrique de Coscollar. Montilla, 1924.

—*Romancero del Gran Capitán*, por J. Molero Rojas. 1915.

—*El Gran Capitán*, novela histórica, por D. Torcuato Tarrago y Mateos. Madrid, 1862. Gaspar y Roig, editores.

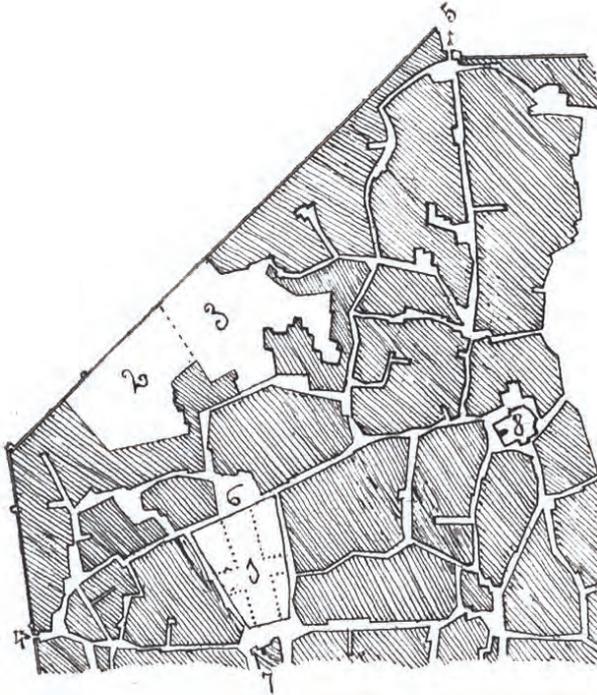
—*Los Grandes de Córdoba (El Gran Capitán)*, y *El Gran Capitán de los Españoles*, folletos de divulgación en la erección del monumento en Córdoba, por José M.^a Rey Díaz, Cronista de la Ciudad. Córdoba, 1923.

—Con la misma ocasión, v. BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, en el cual se insertan informaciones y artículos acerca de *El monumento al Gran Capitán por Inurría. Documentos cordobeses referentes al Gran Capitán*, Reseña de la fiesta literaria, y *Algo de lo que el genio del Gran Capitán aportó al arte de la guerra*, por J. Martín Prat.

(2) Plano de Córdoba de 1851. En el plano de Córdoba de 1884 se llama Huerto del Vidrio el trozo de callejón que hoy es aproximadamente la calle de Conde de Robledo, y que era el del Huerto de Aguila.

(3) *La vida del Gran Capitán*. Según una Historia de Córdoba, inédita, del siglo XVII, del Padre Jesuita Alonso García de Morales, por D. Miguel-Angel Orti Belmonte. «Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino», 1915, núm. 3, pág. 189

Nicolás de la Villa, datos que he podido confirmar con los títulos de propiedad de los actuales poseedores del Palacio del Marqués de Gelo, edificado en el mismo lugar, y con el testamento de



Angulo N. O. de la ciudad de Córdoba, tomado del plano de la ciudad de 1851, todavía con su recinto amurallado intacto.

1, Paseo de San Martín.—2, Huerto del Vidrio.—3, Huerto del Águila.—4, Puerta de Gallegos.—5, Puerta Osario.—6, Plaza de la Moneda.—7, San Nicolás.—8, San Miguel.

D. Alonso de Aguilar, que al dejar a su hijo *la casa de su mayorazgo*, dice que está situada en San Nicolás de la Villa».

He aquí los párrafos principales del dicho historiador Morales, tomados del Capítulo XXI de su Historia, en que relata «De la niñez y crianza del gran Capitán D. Gonzalo Fernández de Córdoba y Aguilar», en los que hace referencia a la cuestión de que venimos tratando: «Vivían estos señores (los padres del Gran Capitán) en aquellos tiempos en las principales casas que poseen en Córdoba, cerca de San Hipólito, en el barrio que llaman Trascastillo, y en ellas nació D. Gonzalo....» «Tuvo cuan-

do pequeño alguna desunión con su hermano (D. Alonso de Aguilar); salióse de su casa, y aunque presto volvieron a su amistad, no volvió a ella, y así oí referir a viejos de casi cien años; vivió en las Casas de Calatrava...»

Estas casas de Calatrava eran las que pertenecieron a la Orden y luego Encomienda, situadas en un extenso solar que ocupaba casi toda la actual plaza de Cánovas, y gran parte del frente oriental de la calle de Jesús y María, hasta la casa del Marqués de Valdeflores. Esta gran casa fué partida en 1564 por la calle que se ha llamado en muchos años del Paraíso y recientemente del Duque de Hornachuelos, quedando a un lado todo el edificio que hasta hace poco ha ocupado el Hotel Suizo, en el que se conservaba un patio con primorosos capiteles cali-



Portada principal de la casa de la Encomienda de Calatrava, situada en las Tendillas, y derribada a principios de este siglo. Al fondo se vé la entrada de la calle Jesús y María.

fales imitados, reproducción de uno de ellos con inscripción traducida por Amador de los Ríos (1), y que fué vendido, cuyo edificio ha venido abajo completamente con las reformas verti-

(1) *Inscripciones árabes de Córdoba*, por Rodrigo Amador de los Ríos. Madrid, 1879, pág. 341.

ginosas que ha sufrido esta plaza, hasta la última en que se ha colocado en el centro la estatua del Gran Capitán por Inurria. El hado caprichoso ha querido que la estatua ecuestre del gran D. Gonzalo siga la misma ruta que él siguió en vida, desde el lugar que la emplazó Inurria, alledaño a la muralla de su pretendida casa natal, al solar de la casa que habitó altivamente cuando mozo.

De esta casa ha subsistido además, hasta no ha mucho, la bella portada que reproducimos con dovelas endentadas, de las que en Córdoba sólo se conocen otros dos ejemplares, uno en el Hospital de Agudos, en la calle del Rey Almanzor, y otro en la casa solariega de los Manriques en la calle de este nombre, y cuyo dovelaje acaso tenga un lejano ascendiente en la arquitectura oriental. Esta portada, desaparecida en los primeros derribos del inmueble, la considera Ramírez de Arellano como la principal de la casa de la Encomienda (1).

En definitiva, tanto por la opinión de los más conocidos escritores cordobeses, cuanto porque tradicionalmente así se dice, parece que la casa donde pudo haber nacido el Gran Capitán en Córdoba es el solar que se llamó Huerto del Aguila, en el que hoy se levantan la casa del Marqués del Mérito y el Palacio de Gelo, con los restos de casa que fué del Conde del Roldo, posteriormente gran cochera de vehículos de alquiler durante bastantes años, y ahora recientemente trasformada en extenso garaje, bajo el mismo nombre comercial de El Sport.

De los restos que de ella han llegado a nuestros días merece que nos ocupemos, siquiera porque todavía es llamada por la gente «la casa del Gran Capitán».

* * *

Esta zona es de las que han sufrido más evolución en las reformas urbanas que en Córdoba se vienen operando en este siglo.

Cuando Ramírez de las Casas-Deza escribía su artículo del «Semanao Pintoresco» a mediados del pasado siglo, dice refiriéndose a este barrio: En un barrio de la ciudad de Córdoba, solitario, de calles estrechas y algunas terrizas, poblado de hu-

(1). *Guía artística de Córdoba*, por Rafael Ramirez de Arellano, 1896, pág. 84.

mildes casas, se hallan algunos huertos que fueron en otro tiempo magníficas habitaciones de poderosos...

El barrio de casas humildes y calles terrazas ha evolucionado de tal modo, que hoy ha vuelto a ser el más rico y aristocrático de Córdoba y la más hermosa arteria urbana de la Córdoba actual, la calle del Gran Capitán, atraviesa estos lugares. Con motivo de las últimas reformas, sobre todo del alcantarillado, se ha removido el subsuelo de la zona que hablamos, a bastante profundidad, generalmente en toda su profundidad arqueológica, sin que se hayan obtenido, en el trayecto del Gran Capitán, vestigios importantes de mansiones musulmanas ni posteriores.

En esta zona, los hallazgos principales del subsuelo han sido de época romana. El arquitecto municipal en el año que se ha hecho la alcantarilla central del paseo del Gran Capitán, don Rafael la Hoz, levantó un apunte a escala, de los estratos descubiertos en la obra de alcantarillado, que parece haberse perdido, y que en esencia demostraba lo siguiente: a gran profundidad (hablamos en términos arqueológicos) que oscilaba entre cinco y siete metros de la superficie, se hallaban restos romanos vulgares, como tejas planas, trozos de ánfora, candiles, etc. Encima, sobre todo en la zona que corresponde a los huertos del Vidrio y del Aguila señalados, dos a tres metros de tierra negra, laborable (de huerto probablemente) estéril de objetos. Más arriba, zona de teja de tipo árabe, sin restos de construcciones, que debieron ser muy pobres. Cerca ya de la superficie estratos confusos de tierra laborable y teja y cascote vulgar.

Merecen especial mención en esta zona los hallazgos que constantemente se han hecho en el espacio que ocupaba la llamada Plaza de la Moneda, entre San Hipólito y la actual Audiencia. Cuando se construyó este edificio, hará unos quince años, o algo más, de los cimientos del mismo se extrajeron abundantes restos romanos, trozos de mármoles de pavimento, de cornisamentos, de fustes, de frisos labrados y pilastras. Verídicos testigos presenciales aseguran que se halló el busto, a tamaño natural, de un personaje romano, acaso emperador, que fué admirado por muchas personas, entre ellas el célebre escultor Mateo Inurría que lo encontró de notable factura y prodigiosa técnica. Era Alcalde a la sazón don Rafael Conde Giménez. Del destino que se le diera a este busto no sabemos nada.

Con motivo de las obras de hace dos años, al abrir las zanjas del alcantarillado, al llegar al ámbito de la Plaza de la Mo-

neda, volvieron a encontrarse abundantes restos romanos, denunciando que acaso ese recinto lo ocupó algún edificio público de importancia. Merece señalarse una especie de plataforma o enlosado de gruesas lápidas, y trozos de fustes de mármol. Un hermoso capitel romano, de mediano tamaño, lo conserva el contratista de dicha obra, señor Gutiérrez.

En el Instituto de Segunda Enseñanza se guardan diversos trozos de frisos, pilastras y cornisas, hallados en la Plaza de la Moneda, o sea en el trozo del Gran Capitán que hay a la altura de San Hipólito correspondiente a aquélla, a los que antes nos hemos referido, hallados en los trabajos de cimentación de la Audiencia. Por su carácter han pretendido algunos arqueólogos locales que acaso pertenecieran al Teatro, cuya verdadera ubicación no es conocida.

No hay que olvidar que bastante cerca de este lugar, al otro lado de San Hipólito, se han hallado abundantes restos romanos, que permiten ubicar en este ángulo de la ciudad el gran establecimiento de las Termas o Baños romanos (1). También han sido vistos los cimientos de los torreones cuadrados que flanqueaban exteriormente la muralla de la ciudad, desde la esquina de la Victoria hasta la del Paseo del Gran Capitán. En este mismo, hubo de ser atravesada la muralla por la cloaca, sacando sillares del característico módulo romano. Aquí parece que hubo un torreón avanzado o torre albarrana, de tiempos mudéjares, emplazada por el mismo sitio que ocupó primeramente la estatua de D. Gonzalo.

Por fin, también se han hallado en esta zona, a la entrada de la calle Conde del Robledo (antiguo Huerto del Aguila), un ara, con inscripción, que parece se guarda en el Museo Municipal. Otra se halló tras el ábside de San Nicolás, también en la obra de la cloaca.

Amador de los Ríos (2) da cuenta de un capitel hallado al construir la casa del Marqués del Boil en la calle del Gran Capitán, con inscripción de Abderrahmán.

En el emplazamiento de la casa del Marqués de Comares, casi frente a la calle Morería, una fuentecita mudéjar, de mosai-

(1) *¿Las Termas de la Córdoba romana?*, por Francisco Azorin. BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, abril-junio 1923.

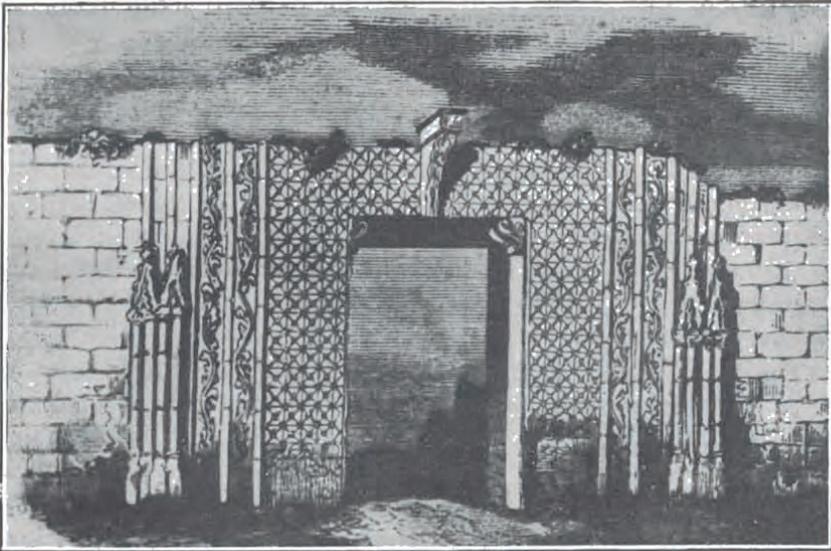
(2) *Inscripciones...*, pág. 343.

co, que puede ser del xiv o del xv, que se conserva en el Museo Municipal, es el principal testigo de la época que hemos de describir.

* * *

De la casa del Gran Capitán, llamada siempre en Córdoba la casa del Aguila, por ser este el emblema de la casa de sus padres, colocado sobre todas las portadas, y sosteniendo dicho animal entre sus garras el escudo nobiliario de la familia, pocos restos han llegado a nosotros.

De estos pocos restos se pueden señalar, la portada descrita por Ramírez de las Casas Deza en su artículo del «Semanario Pintoresco» antes señalado, y el patio de que a seguida hablaremos.



Portada de la casa llamada del Aguila, demolida en 1852.

De esta portada del Aguila, que daba nombre a la casa y a la calle, y que debió ser conocidísima en Córdoba, inserta este autor de que hablamos un dibujo a pluma en su mentado trabajo, del que adjuntamos reproducción fotográfica, y que da idea del lamentable estado en que ya se encontraba a mediados del pasado siglo.



Mitad meridional del patio de la casa del Aguila.



Frente del patio que mira al norte.

Es una portada de fines del xv, o más bien principios del xvi, en que ya va desapareciendo el gótico, de cuyo último periodo es una clara muestra esta portada, por las pilastras rematadas en conopios que la flanquean, y los baquetones entre los cuales corren las cardinas. La opinión que apuntamos de que acaso sea esta portada ya de principios del xvi, la fundamentamos en la decoración, al parecer de almohadillado que cubre todo el frontis de la portada. Fué demolida esta fachada en 1852.



Detalle de la parte central del intradós.

El otro resto arquitectónico de cierta importancia que ha llegado a nuestros días, convertidas sus galerías laterales en cuadras y actualmente en garages, es un sencillo patio rectangular, que debía ser uno de los principales de la casa, apesar de su escasez de elementos artísticos.

Orientado aproximadamente de norte a sur en su eje mayor, damos dos fotografías del mismo, con las que se obtiene casi todo el conjunto, en las que pueden observarse los modestos herrajes de los balcones, muy frecuentes en otras casas solariegas de Córdoba, donde es raro hallar balconajes artísticos de importancia; y el sistema de arcadas que lo constituyen, fecha-

Intradós del arco mudéjar existente en la casa del Gran Capitán.



bles también, por el alfiz que las encuadra y el arco de medio punto, en el siglo XVI, aunque estos términos, en construcción tan elemental, sean poco fijos para su cronología.

El frente orientado hacia el norte tiene el arco central, de los tres que lo constituyen, más alto que todos los restantes. A su fondo se abre otro arco de yesería mudéjar que ahora mencionaremos, y que da paso a otro patio o jardín.

Este arco de yesería estaba oculto con tabiques, pero en la

reforma reciente fué descubierto, y aunque en mal estado, fueron desmontadas sus piezas y remitidas para su conservación al Museo Arqueológico Provincial, donde se encuentra actualmente.

Es de regulares y bellas proporciones, y sus características son las del arte mudéjar del siglo XIV, por sus lacerías, palme-



Albanega o enjuta del arco mudéjar descrito.

tas y factura general. Tiene en el centro un floroncillo en forma de concha, y sus bordes están recorridos por una moldura festoneada.

La decoración de lacería de este arco, deja unas cartelas con inscripción, en las que se lee la ya bien conocida frase

الله الملك لله il málik liláh, (el imperio—eterno—para Dios), que viene repitiéndose desde los tiempos califales, siendo muy abundante en toda la cerámica de Medina Azahara (1), y se perpetúa a través de la cerámica y la arquitectura mudéjar, en tanto subsiste la tradición de este arte morisco en España.

Como esta inscripción está hecha con molde o sello, el artista la ha podido colocar unas veces completa, como lo está en los trozos de inscripción lateral, junto a las borduras externas del intradós; pero otras veces incompleta y cortada arbitrariamente, como sucede en las cartelas del entrelazado que dejamos citadas. Parece que es siempre la misma, y nuestros ligeros conocimientos de la lengua árabe los confirmó en esta lectura el docto arabista de Rabat Mr. Levi Provençal en reciente visita al Museo Arqueológico.

Al costado de poniente del patio, que carece de arquerías, se abre una vasta estancia o cuadra; con robusto artesonado de gruesas vigas, con zapata, y casetones sencillos, sin decoración alguna.

Lo más interesante de este patio, como de otros muchos de Córdoba, es la serie de capiteles, mejor diríamos de columna completa, aunque el interés se concentre en el capitel, que sustentan sus arcadas.

Sabido es que en la mayoría de los patios cordobeses, siguiendo la vieja tradición que tiene su más claro ejemplo en la misma Mezquita Catedral, se aprovechan materiales de acarreo de otras culturas ya pasadas, y se vuelven a colocar en viejos fustes los viejos capiteles que se encuentran enterrados, bien en el subsuelo de la misma capital, o ya en las abundantes ruínas de sus alrededores, como las de Medina Azahara y Medina Zahira y las de otros muchos alcázares que existieron cercanos a Córdoba en sus épocas de esplendor.

También muchos de ellos seguramente, habrán sido siempre columnas de patio, pero su carácter de material de acarreo lo denota generalmente la diversidad de estilos y tamaños, como sucede en el patio de que tratamos.

Esta abundancia de capiteles especialmente califales, y alguno que otro de más viejas civilizaciones, que se encuentran en los

(1) *Excavaciones en Medina Az-Zahara (Córdoba)*. Memoria de los trabajos realizados por la Comisión Delegado-directora de los mismos. 1926, pág. 26 del texto.

patios cordobeses convirtiendo muchos de ellos en pequeños museos de arte, ha sido notado por cuantos han descrito antigüedades o se han referido simplemente al carácter típico de la población.

La abundancia de capiteles califales es sobre todo tan notable, que muchos se han preguntado cual puede haber sido la fuente de tan abundante procedencia, porque aunque bien pudo suceder que las casas de los cordobeses más notables de la época musulmana tuvieran en sus patios o estancias estas notables piezas artísticas, teniendo muchas de ellas inscritas en el ábaco, generalmente, el nombre de algún califa, Abderrahmán III o su hijo Alhaquen II casi siempre, denota esto que procedían de construcción califal.

Ya hemos apuntado que la sin par Medina Azahara ha debido ser inagotable cantera de estos restos arquitectónicos. Algún día pensamos hacer un memorial de la destrucción de Medina Azahara, mencionando los lugares donde hoy se hallan muchos de sus restos. Será oportuno adelantar que la destrucción más sistemática de la sin par ciudad de los califas cordobeses la llevaron a cabo los almohades (1), que trasladaron al Africa bastantes capiteles, pilas y otros restos artísticos, y acaso fueron también ellos los que llevaron a Sevilla el sin número de columnas con todos sus elementos que sirvieron para construir el Alcázar y la Giralda.

También debe recordarse la gran extracción de piedra de cantería que en Medina Azahara debió hacerse en el siglo XIII, para construir con ella las iglesias de la Reconquista que San Fernando levantó de nueva planta, en alguna de las cuales, como San Pablo, existen bellos capiteles califales en los ábsides laterales y en la portada del callejón norte.

Bien sabido es que luego, en todos los siglos posteriores hasta nuestros días, cada vez que se ha excavado en Medina Aza-

(1) *Sanctuaires et forteresses almohades*, por Hneri Basset y Henri Terrasse. Hésperis, Rabat.

En este trabajo se menciona una interesante serie de capiteles del Califato de Córdoba existentes en lugares preferidos de las mezquitas almohades.

Lo mismo podríamos decir del trozo de pila del Museo de Argel, procedente de Rabat, del que da cuenta Mr. Luis Mercier en su bella traducción del libro árabe de Ali ben Abderrahmán ben Hodeil el Andalusi, bajo el título *La parure des cavaliers et l'insigne des preux*, Paris, 1924, pág. 406.

hara para beneficiar piedra, se habrán hallado bellos capiteles que han venido a exornar los típicos patios cordobeses.

Lo mismo cabe decir de Medina Zahira y otros alcázares, según dejamos apuntado.

A la verdad, dice Amador de los Ríos (1) que si no hubieran guardado los escritores musulmanes memoria alguna de la grandeza que ostentó un tiempo la antigua corte de Al-Andalus; si para acreditarla todavía con mayor eficacia no existiese la celebrada Aljama de los Califas, bastaría ciertamente la inestimable riqueza de miembros arquitectónicos atesorada en la moderna Córdoba, para atestiguar, con irrefutable elocuencia, que en aquella ciudad, hoy silenciosa y decaída, alzóse un día la capital del Imperio Omeya, que vieron con asombro así musulmanes como cristianos (2).

Pues bien, de estas procedencias anotadas son seguramente los capiteles que existen en este patio. Solo faltan tres de ellos, que hará unos quince años próximamente fueron desmontados, por su inestimable valor arqueológico y artístico, y sustituidos por informes trozos de piedra, habiéndose remitido tan notables piezas, de que más adelante nos ocupamos, al Museo Arqueológico de Madrid, donde se hallan, de lo cual se dió cuenta en sesión de la Comisión provincial de Monumentos de Córdoba, de 2 de octubre de 1923 (3).

Tanto los fustes de las columnas, cuanto los cimáceos que sobremontan los capiteles, son musulmanes, identificables por sus líneas generales y proporciones, por el collarino típico del fuste califal y caracteres generales inconfundibles.

La serie de capiteles de este patio la enumeraremos próximamente por orden cronológico de estilos.

1. Capitel romano, con todos los caracteres del arte clásico. Sabido es que en Córdoba se hallan numerosos capiteles roma-

(1) *Inscripciones árabes de Córdoba*, por Rodrigo Amador de los Ríos. 1879, págs. 339 y 353.

(2) Para satisfacción de quienes se ocupan de estos asuntos, me apresuro a notificarles que el competente arquitecto y arqueólogo don Félix Hernández tiene en preparación un interesante trabajo que viene a formar una colección o corpus de capiteles califales de Córdoba, para el que tiene ya reunidos numerosos elementos. A su amabilidad debo las fotos de los capiteles que se hallan en el Museo de Madrid.

(3) Actas de dicha Comisión.

nos, unos en hallazgos de época, y otros utilizados, acaso también sin interrupción desde su tiempo. El empleo por los musulmanes de estos capiteles, de cuyo tipo deriva el capitel califal,



Capitel romano

es notorio, especialmente en las primeras construcciones y ampliaciones de la Mezquita-Aljama. Fuste y cimáceo son musulmanes.

2. Capitel de grandes hojas de acanto, clasificable entre los visigodos o latino-bizantinos. No dejamos de reconocer la ambigüedad de este término, derivada de no haberse hecho un estudio concienzudo de esta época en Andalucía y concretamente en Córdoba, donde las influencias locales han hecho variar seguramente el tipo, dentro del módulo general. La serie de estos capiteles que se hallan en la primera parte de la Aljama construida por Abderrahmán I, permite sin embargo hacer la clasificación del tipo general. El fuste que sustenta este capitel es de granito gris, y el cimáceo musulmán. Notemos que en la parte primera de la Mezquita a que aludimos se hallan algunos fustes de granito gris sustentando capiteles de este tipo.



Capitel visigodo o latino-bizantino

3. Capitel califal, de orden compuesto, en el que todavía se advierten reminiscencias del arte clásico. Es el tipo más abun-

3. Capitel califal de tiempos de Abderrahmán III.



dante en la primera mitad del siglo X, en tiempos de Abderrahmán III. Fuste y cimáceo musulmanes.



4. Capitel califal de tiempos de Alhaquem II.

está sin terminar. Columna y cimáceo musulmanes. Recordemos que en Córdoba mismo se encuentran algunos capiteles con la-

4. Capitel califal de estilo alhakemí. Es el tipo más evolucionado dentro del arte califal, que siguiendo el tipo corintio o compuesto (corintio en este caso) entrelaza sus nervaduras tan profusamente que semejan las celdillas de un panal, de donde el nombre vulgar de capiteles «de avispero» que se les da en Córdoba. Son ya del Califato avanzado, de tiempos de Alháquem II o de su hijo Hixen II. Fuste y cimáceo típicamente musulmanes.

5. Capitel califal, de orden corintio. Ofrece una grosera labor a trépano, que parece

bor a trépano sin terminar, como el del pórtico de la capilla del Hospital del Cardenal Salazar.



5. Capitel califal.

por Alháquen II. También parecen adivinarse algunas influencias almohades, y como tales a falta de mejor estudio, venían siendo clasificados hasta ahora en Córdoba, ya que es bien sabido que el arte almohade ha venido siendo hasta estos años el cajón de sastre al que se adjudicaba todo lo que tenía sabor árabe sin clasificación precisa, pero que ya tiene sus características bien determinadas, merced sobre todo a los trabajos de los arqueólogos franceses (1) en los monumentos almohades de Ma-

6. Capitel mudéjar, sobre fuste y cimáceo musulmanes. Este tipo de capitel, al que nos atrevemos a clasificar entre los mudéjares, es frecuente en Córdoba. Da la sensación de un capitel de la época cordobesa musulmana que ha perdido su gracia y líneas fundamentales. El observador recuerda inmediatamente los robustos capiteles con sóbrias hojas de acanto, ya corintios, ya compuestos, de la ampliación de la Mezquita



6. Capitel mudéjar del siglo XIV.

(1) V. especialmente *Sanctuaires et forteresses almohades*, por Henri Basset y Henri Terrasse. Hesperis. Rabat.

rruecos, en los que se encuentra con mucha pureza, y sin las mixtificaciones que podría presentar en algunos lugares españoles, como sucede en Sevilla, muy modificado por todas las modificaciones posteriores.

Este capitel que reseñamos, ya sin gracia, de líneas desvaídas, sobre todo en su cuerpo, es claramente una imitación del robusto capitel califal de la Mezquita. Para fecharlo en el siglo xiv nos basamos en que se halla con las mismas características en sitios tan determinados como la capilla de Villaviciosa de la Mezquita Catedral, en los que se advierte de manera bien precisa su diferencia con el califal y su contemporaneidad con la construcción de Enrique II de Trastámara. Reconocemos que los capiteles de este periodo son los que se pueden llamar de estilo granadino o merinita, pero las imitaciones de los capiteles califales son bien notorias en esta época, como sucede en esta misma capilla, en la que se ven imitaciones ya del tipo califal de avispero, ya del de hoja sencilla, como es el que mencionamos.

Todavía podríamos apuntar la sospecha, radicalmente diferente de la clasificación anterior, de que este capitel fuera de los primeros tiempos de Abderramán III, o sea de la misma serie que los existentes en las galerías del Patio de los Naranjos de la Mezquita correspondientes a las primeras construcciones, que seguramente son del tiempo de este Califa. Estos capiteles son también de construcción menos robusta que los que se han de labrar después bajo Alháquem II, y sobre todo, tienen un detalle que los acercan mucho al que ahora enumeramos, que es la existencia de un largo tallo floral, erecto y sencillo, que nace de la primera fila baja de hojas de acanto, y viene a abrirse en sencilla flor o fruto sobre las hojas de la segunda fila o superior. En el capitel de esta casa es una roseta cuatrifolia.

Por este detalle, repetimos, sería un capitel de la primera mitad del siglo x. Por sus líneas generales y forma del equino es un capitel mudéjar del xiv, imitación de los califales. Esperemos opiniones más autorizadas.

Pero, los capiteles más interesantes de este patio, únicos dos de ellos, en la serie de los capiteles califales de Córdoba, fueron los tres que se enviaron al Museo Arqueológico de Madrid en 1913, privando de su posesión a la tierra que los vio nacer, y los ha conservado durante tantos siglos.

Uno de ellos, con inscripción, es del tipo árabe-bizantino que

tan bien caracteriza la formación del arte califal. Por la elegancia de sus labores y profundidad de su talla, damos fotografía de tres de sus frentes.



7. Capitel califal de tipo árabe-bizantino. Vista de tres de sus costados.

Los otros dos son a cual más notables. Clasificados ambos como del tiempo de Almanzor, constituyen dos eslabones interesantísimos de la cadena que une históricamente el arte hispanomusulmán de Córdoba con los orígenes de la escultura románica de los siglos x y xi, y aun de otras manifestaciones de ese arte que tanto debe al Califato, como han demostrado los trabajos de Kingsley Porter, Gómez Moreno, Male, Lambert y otros (1).

Uno de estos capiteles es todavía del clásico tipo califal llamado «de avispero», en el que el entrelazado de los tallos florales

(1) En otra ocasión (*Contestación al discurso de recepción de D. Victoriano Chicote en la Real Academia de Córdoba*, BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, julio a septiembre de 1927, pág. 367) hemos hecho alusión a los arqueólogos que ya forman escuela en este sentido. Recordemos además:

A. Kingsley Porter: *Romanesque sculpture of the pilgrimage roads*. Boston. Diez volúmenes.

E. Male: *L'art religieux du XI^e siècle en France*. Paris.

M. Gómez Moreno: *Iglesias mozárabes*.

se ha estilizado tanto, que su entrecruzamiento recuerda las celdillas de un panal; pero en el que aparece ya figura animal.



8. Capitel califal de tipo almanzoreño. Fines del siglo X.

Dos aves, del marcadísimo sabor oriental que ofrece toda la figura animal del Califato, se miran por el pico, ofreciendo su talla los típicos detalles de técnica escultórica que caracterizan el arte cordobés.

El otro es de un tipo completamente aparte de la serie califal clásica. Ha perdido la doble fila de hojas de acanto que el capitel cordobés venía conservando como tributo a su filiación clasicista; las volutas se han

transformado en cabezas de león, que aun conservan toda la influencia caldeo-asiria que a través del arte musulmán ofrece la escultura del rey de los animales, basta llegar incluso a los leones de la Alhambra; y el cuerpo del capitel es un tronco de cilindro, en el que con una típica técnica del relieve, se ha tallado una profusa decoración vegetal, entre cuyas ramas, hojas, flores y frutos, hay pájaros o aves, que le dan el conjunto un inusitado movimiento.

Sería ocioso dejar de consignar el estrecho parentesco de esta peculiarísima técnica y sentido decorativo, con el que presenta la rica serie de marfiles cordobeses, ya tan estudiada por eminentes arqueólogos (1), y que evidencia la unidad del arte califal en este periodo.



9. Capitel almanzoreño, con abundante representación floral y animal.

(1) *Los marfiles cordobeses y sus derivaciones*, por M. Gómez Moreno, en «Archivo español de Arte y Arqueología», Madrid, septiembre-diciembre, 1927.

Marfiles y azabaches españoles, por el Dr. José Ferrandis, Edit. Labor, Barcelona, 1928.

Marfiles de San Millán de la Cogolla y Escultura de Santo Domingo de

También merecen aquí ser consignados los hallazgos verificados en Alamiria, la posesión campestre de Almanzor cercana a Córdoba, análogos al capitel aquí mencionado.

Nos referimos al trozo de ornamentación en mármol, con inscripción y dos cabezas de león enfrentadas, hallado por Velázquez en excavaciones oficiales (1); y a la magnífica pila, rota por desgracia, pero suficientemente completa hallada también en Alamiria por el actual propietario de esta finca señor Conde de Artaza, y cuya decoración de hojas de acanto, y cabezas de león y cabra alternadas, hacen de ella uno de los más bellos ejemplares del arte cordobés (2).

Traemos a colación estos hallazgos, tanto por su parentesco artístico con el capitel que reseñamos, cuanto para emitir la sospecha de la posible procedencia también análoga de unas y otras piezas, pues no hay que olvidar que esta finca de Almanzor (Munia-Alamiria (3) o almunia de los Amiries), se ha llamado después, hasta nuestros días, el Aguilarejo, por pertenecer al mayorazgo de la casa de los Aguilares, del tronco de donde nació el Gran Capitán, y en cuya finca pudieron ser hallados, y traídos a Córdoba para ser colocados en el patio de su casa solariega.

El carácter de este artículo, simplemente enumerador, sin erudiciones técnicas, reservadas a los arqueólogos, nos evita mayores digresiones vedadas, por otra parte a nuestra ignorancia.

No sabemos en que fecha dejó esta casa de ser la solariega

Silos. Conferencia pronunciada por D. Serapio Huici en la Residencia de Estudiantes. Madrid. Calpe. 1925.

(1) *Medina Azzahara y Almiriya*, por D. Ricardo Velázquez Bosco. Madrid. 1912.

De los dos trozos con decoración animal hallados en Alamiria de que da cuenta en esta obra el Sr. Velázquez (págs. 31 y 32, y lám. XXXV) desconocemos donde se puedan encontrar.

(2) *Las ruinas de Alamiria*, con descripción y grabado de la pila, informe oficial redactado por D. Samuel de los Santos, en *Anales de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Córdoba*. 1926. Córdoba.

(3) La etimología de Alamiria dada por Velázquez (op. cit.), es equivocada. Ya muchos años antes había tratado este punto de etimología árabe M. Dozy en sus *Recherches...* La verdadera acepción es la de Muniat Al-Amiria, almunia o huerta de los Amiries o Amiridas (el apellido de la familia de Almanzor).

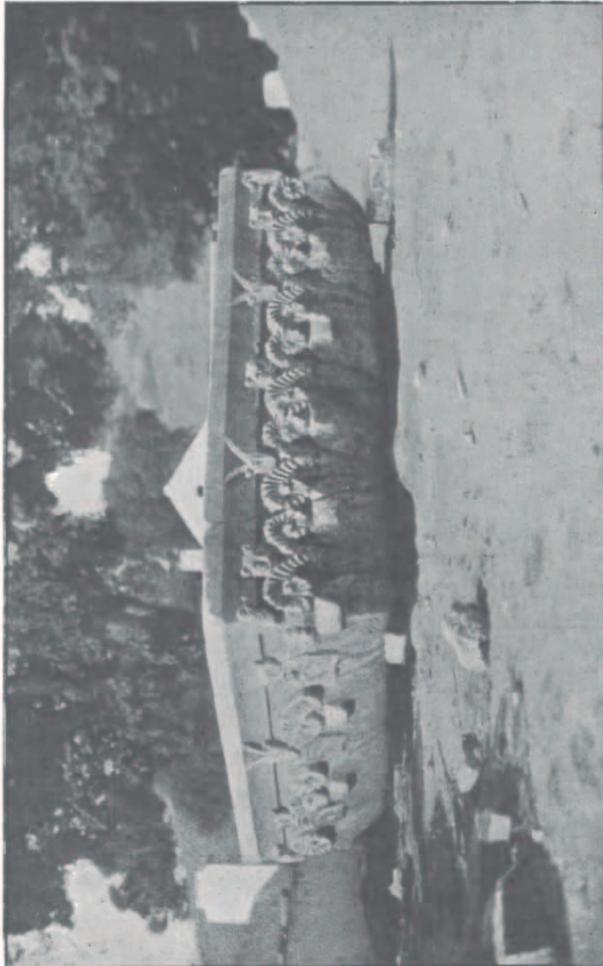
de los Aguilares, pues aun cuando es cierto que ha estado en posesión de personajes de dicha casa y descendencia casi hasta nuestros días, sus patios y estancias hace ya mucho tiempo que dejaron de ser albergue de aquella ilustre rama, alguno de cuyos miembros dió tanto honor y fama a la ciudad de Córdoba.

Solo encuentro un dato que, por referirse a los Fernández de Córdoba menciono aquí, sin que sepa si tiene relación exacta con el tronco de ellos que vivió esta casa. Dice así: «el Señor Don Gómez Fernández de Córdoba, Cavallero de el Abito de San Tiago, hijo de los Señores Don Antonio Fernández de Córdoba, y Doña María de Figueroa quartos señores de Belmonte, fué quinto Señor de esta Villa; el qual sirvió en la Conquista del Peñón y otras partes, siempre a su costa; por cuyos servicios le tuvo la Magestad del Rey Nuestro Señor Don Felipe Segundo hecha merced de Capitán de la Guardia Española, en la ciudad de Badajoz, lo qual no tuvo efecto, por morir en su casa muchos criados del contagio de Catarrillo, y mandarle salir della, y tapiarla» (1).

RAFAEL CASTEJÓN.



(1) *Tratado apologético de la vida y virtudes de el Venerable Varón el Padre Cosme Muñoz*, por Don Luis de Mercado y Solis. Segunda impresión. Con licencia en Córdoba: por Andrés Carrillo, año de 1654. Y por su original en la Imprenta de Esteban de Cabrera, impresor mayor de la dicha ciudad, año de 1719. Dedicatoria.



Pila de Almirante

BOLETÍN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba ~ ~ ~



AÑO IX. - NÚM. 26
ENERO A MARZO
— — 1930 — —

Tipografía Artística. - San Alvaro, 17. - Teléfono 1040. - Córdoba

COMUNICACIONES

Santa Eufemia. La Villa y el Castillo

Al extremo norte del Valle de los Pedroches, y defendiendo el boquete que comunica este con su gemelo el Valle de Alcudia, Santa Eufemia guarda curiosidades notables para el arqueólogo.

Santa Eufemia debió tener gran importancia militar en los tiempos califales de Córdoba. Como Gáfec (Belalcázar) y Pedroche, fué villa amurallada, y aún conserva restos de su recinto, construído de la fuerte argamasa que aún emplearon los constructores omeyas, y alguna puerta del mismo, muy transformada.

Alfonso VII la conquista en 1155, junto con las demás villas de los Pedroches, y la manda poblar de cristianos y edificar iglesia. En 1158 la recuperan los musulmanes, junto con las demás del Valle. El Emperador debió tener la conquista en gran estima, cuanto que se titula Rey de Santa Eufemia. El mismo debió bautizarla con este nombre. Su nombre árabe y todavía más primitivo, se desconoce.

En 1243 es concedida por San Fernando a la ciudad de Córdoba.

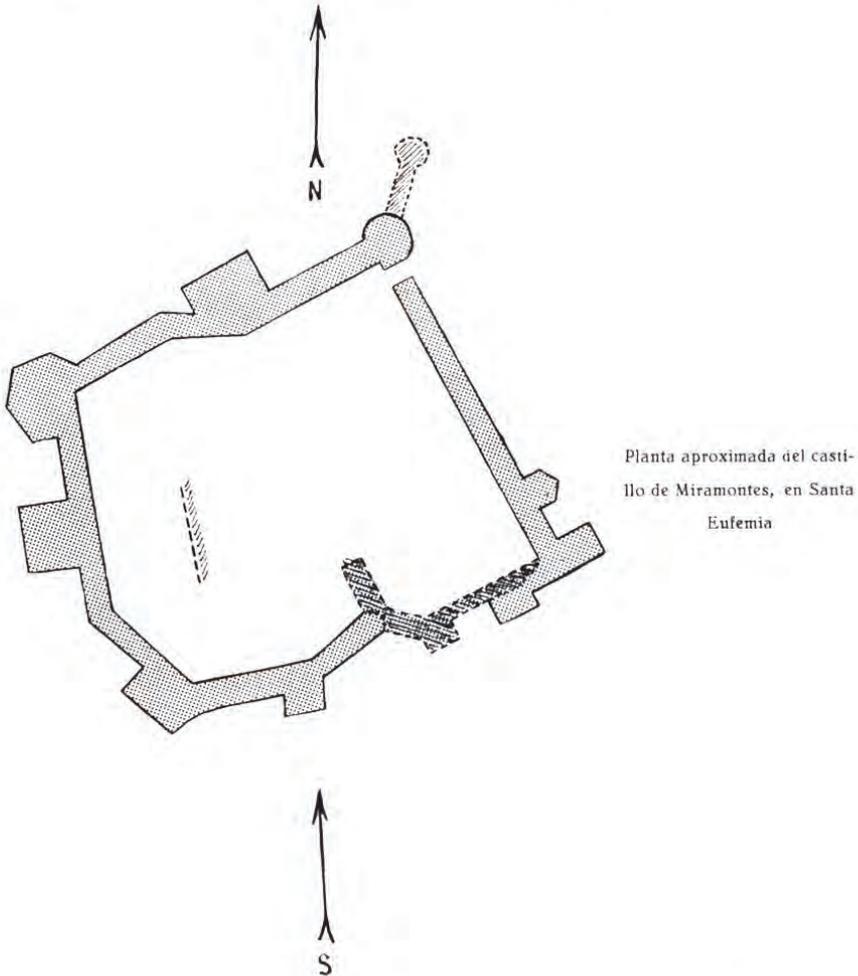
Finalizando el XIII, un descendiente de los conquistadores de Córdoba, Hernán Díaz de Carrillo, con el pendón de la ciudad, limpia el camino de Castilla a Andalucía, del que era llave Santa Eufemia, de los bandidos llamados «golfines» que hacían imposible el tránsito.

Córdoba, agradecida, le hace donación a Hernán Díaz del castillo de Santa Eufemia que así se denominaba la villa, y Sancho IV confirma la donación en 1293. A su muerte crea el mayorazgo de Santa Eufemia por testamento fechado en 1345.

De esta época suponemos que sea el castillo que domina la villa de Santa Eufemia, sobre un empinado cerro, y al que hoy se llama de Miramontes, por el dilatado horizonte que descubre,

por el sur hasta la sierra de Córdoba, y por el norte hasta los montes de Toledo.

Este castillo de Miramontes, de irregular planta, ha sido tenido como árabe por los escritores que de él se ocupan. Está construido con lienzos de mampuesto irregular de la piedra del



lugar, dejando en medio tapial. Apenas quedan en pie algunos trozos de muro y alguna torre, de ellas la que acaso fuera del Homenaje, con la entrada a nivel del adarve, y al parecer con arco de herradura apuntado. Todo ello nos induce a suponer que el castillo de Miramontes fuera construido a fines del XIII, para otear



Torre del recinto del Castillo de Miramontes, acaso la del Homenaje

Portada y campanario de la iglesia parroquial de Santa Eufemia



desde lejos los caminos infestados de bandidos, y seguramente levantado por Hernán Díaz, señor de la villa.

Se conserva en el pueblo la tradición de que parte de los artesonados del castillo se emplearon en la iglesia, y, efectivamente, a los pies de ella hay dos espléndidos tableros, de vivos dorados, que destacan del resto de la techumbre, y que segura-



Bellísima puertecita de lacería mudéjar, conservando su policromía original, que existe en la iglesia de Santa Eufemia

mente son de residencia señorial; como también una lindísima puertecita que da entrada al coro.

Esta iglesia parroquial de Santa Eufemia es de las más curiosas de la provincia. Ya Ramírez de las Casas Deza, en su *Corografía*, obra de la que tomamos todos nuestros datos, dice que está construida de la misma argamasa que las murallas del recinto. Si esto es así habría que suponer que sus muros son de antigua mezquita califal.

La portada y campanario son de ladrillo rojo (enjalbegada aquella) y de robusta construcción, que evoca el estilo castrense. Dan la impresión de que es obra de la primera mitad del siglo XIV, como todo el conjunto principal de la iglesia. La techumbre de madera es también muy interesante.

El retablo principal es todo él de yesería gótico-mudéjar, de

gran interés arqueológico, cubierto por otro de madera más moderno.

Todo ello—castillo, villa e iglesia, que conserva además ricas joyas parroquiales—, merece un detallado estudio arqueológico, para el mejor conocimiento del arte regional.

RAFAEL CASTEJÓN.



Boletín de la
**Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba** ❧ ❧ ❧ ❧



Abril a Septiembre 1933
Año X • Número 38

Tipografía Artística. • San Ilvaro, 17. • Teléfono 1040. • Córdoba

Conferencia de don Rafael Castejón

MIÉRCOLES, DÍA 3

Con la presidencia del Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia y del Sr. Presidente de la Diputación provincial, continuó este día la celebración de la «Semana Cordobesa».

La conferencia estuvo este día a cargo de don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, el cual nos dió una magistral conferencia con proyecciones sobre «La escultura en Córdoba».

De sobra nos es conocida la competencia y maestría del señor Castejón en cuestiones de arte cordobés.

No tiene nada de extraño, pues, que su conferencia despertara enorme interés, que el conferenciante supo mantener durante todo el curso de la misma.

En vez de tratar de una época determinada, el señor Castejón se remonta a los orígenes de la escultura en Córdoba, relacionándolos con el arte universal, proyectando en la pantalla interesantes fotografías.

Pasa después a tratar del arte ibérico, romano y califal, mostrándose en este último, consumado maestro; y a continuación se ocupa del arte escultórico, desde la Reconquista hasta nuestros días. La escultura religiosa ocupa en esta época un lugar preferente. Expone en la pantalla una serie de interesantes esculturas góticas, que publica la «Revista Mariana», y trata después de los siglos XVI, XVII y XVIII hasta nuestros días; terminando con la gran figura de Mateo Inurria, en quien culmina el arte escultórico cordobés.

La conferencia, pletórica de erudición y de sugerencias evocadoras, despertó en el auditorio fervorosos aplausos, con que premió la erudita conferencia del señor Castejón.

BOLETIN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba ~ ~ ~



ENERO A JUNIO 1949
AÑO XX -- NÚM. 61

Tipografía Artística.-San Alvaro, 17.-Teléfono 1040.-Córdoba

Excavaciones en Monasterios mozárabes de la sierra de Córdoba

Durante los años 1928, 1929 y 1930, la Junta Superior de Exeavaciones concedió dos mil pesetas cada uno de ellos para verificar exploraciones en los antiguos conventos mozárabes que tanto florecieron en la Sierra de Córdoba durante los siglos de mayor esplendor del Califato, produciendo, de una parte, el movimiento de exaltado nacionalismo religioso que dirige San Eulogio, con la serie de mártires cordobeses de la época, y de otra el plantel de monjes de los que muchos emigran a los reinos cristianos del norte peninsular, llevando con ellos el arte y la cultura del imperio andaluz.

Fuimos comisionados para estas exploraciones el arquitecto don Félix Hernández, que las dirigió y tomó los datos oportunos, y el que suscribe por su condición de académico.

Aunque ya conocíamos ambos los diversos lugares de nuestra sierra en los que se vienen ubicando restos de dichos monasterios, no encontramos argumento para excavar en algunos de ellos, por las razones siguientes.

El *monasterio de San Cristóbal* (al otro lado del río, «in ortu mirabili», o almunia Achab), casi frontero a Córdoba, ha debido ser arrastrado en los siglos posteriores, porque en aquella orilla izquierda es donde el Guadalquivir combate constantemente, y además están sus restos al borde de una de las barrancadas o vaguadas que proceden de la campiña, las cuales en épocas invernales arrastran aguas en abundancia y producen muchos derrubios, favorecidos estos además por la consistencia blanda de aquellas tierras arcillosas. Solo subsiste un ángulo interno de habitación, con pavimento de mortero teñido de rojo y altura de muros de un metro escaso, con los clásicos sillares califales trabados a soga y tizón. Como la barrancada en cuyo borde oriental aparece este único vestigio, fué salvada por un puente hermoso, al parecer de tres arcos, paralelo al río, cuyos restos están hoy casi en el centro del cauce, y que debió ser construido en tiempo de los Reyes Católicos aproximadamente, acaso en su construcción se utilizaran los elementos de aque-

ilas ruinas. Este puente es el conocido por los vecinos del Campo de la Verdad y alrededores con el nombre de «la puente quebrá».

El *monasterio de Peñamelaria*, «ad radicem pinna», sigue teniendo la dudosa interpretación de si estuvo edificado al pie de la peña o encima de ella, puesto que ambas ubicaciones se pueden tomar como raíz. Al pie no hay el menor vestigio de restos, cascotes, ni tejas. En cambio, encima de la peña subsisten las ruinas como de un lagarón, que no exploramos por parecer moderno, si bien, cuando luego hemos conocido el monasterio Leyulense, que tenía un aspecto parecido, creemos que debe ser objeto de reconocimiento excavatorio. Nosotros no lo hicimos.

El *monasterio de Cuteclara*, en terrenos de la Casilla del Aire, al pago de la Albaída, no muestra, entre los abundantísimos vestigios de habitación, explotaciones de minas de cobre y canteras, calzadas romanas de nueve pies de anchura, y otros de aquellos parajes, no muestra, digo, resto alguno. Llegamos a la conclusión provisional de que debió estar en el lugar que ocupa la casa huerta de aquella finca, con abundantísimo manantial y hermosa alberca, por lo cual ha experimentado tantas transformaciones en las sucesivas épocas, que de él no ha llegado nada a nuestros días.

Algo parecido podríamos decir de la Huerta Celina, en la sierra de Córdoba, al pie de la cuesta de la Traición, cuyo antiquísimo alumbramiento de aguas y restos de viejísimos muros a su alrededor parecen identificar este lugar como el del *monasterium Jelinas o Album*, «in monte Córduba», pero sin que estos vestigios permitieran en principio una excavación prometedora.

Respecto al *Armitatense*, después de haber recorrido aquellos apartados lugares, que la construcción del Pantano del Guadalme llato (el río Armitatus, que dió nombre a San Zoilo Armitatense) ha hecho más asequibles, acaso pudiera llegarse a la misma conclusión, a saber, que un hermoso manantial situado en la finca El Retamalejo, en lugar llamado Los Conventillos, fuera el motivo antropogeográfico que ocasionó la erección del convento en aquel paraje. Este nombre de los Conventillos acaso se debiera al recuerdo de ermitas o conventículos separados (como viven actualmente los mismos monjes de las Ermitas de Córdoba), porque nosotros identificamos en aquel lugar, con separación de cien a doscientos metros unos de otros, leves despojos de humildes casitas, totalmente arrasadas, pero de las que quedaban cascotes, trozos de ladrillos y tejas, cerámica basta y algún trozo de cerámica pintada en verde y negro sobre fon-

do blanco de indudable filiación califal. Acaso la actual huerta del Minguante fuera la iglesia, y su vaguada el lugar donde los monjes salían a pescar su parvo sustento. La inundación de gran parte de estos terrenos por las aguas represadas del Panñano ha modificado mucho la configuración del paisaje de estos lugares, y acaso enterrado la mansión o alcazaba (frontera al monasterio de San Zoilo) llamada Mancil Haní, donde los ejércitos califales rendían su primera jornada, y de tanto interés histórico por haber sido en ella donde murió Al-mudáfar, el primer hijo de Almanzor, y asesinado el segundo, el torpe Sanchuelo, cuyos sucesos fueron los iniciales del derrumbamiento del Califato. No encontramos en ninguno de aquellos lugares, especialmente en Los Conventillos, que están por cima de la huerta Minguante, motivo alguno de excavación.

Igual resultado negativo nos dió la inspección del *lugar de Rojana*, ubicable en el lugar del Algaravejo, a tres leguas de Córdoba, en el pago del Monedero, si bien es tal la cantidad de cascote que hay en este terreno, especialmente de tejas y tinajas, que da la impresión de que se anda sobre las ruinas de un abundante poblado. Se localiza fácilmente este sitio, porque se halla al norte de Córdoba, sobre el río Guadiato, al extremo norteño del espléndido Puente del Negro, todo él de sillería califal y arcos de herradura, y bastante cercano a la actual carretera de Villaviciosa. Sobre estos terrenos existe hoy un olivar.

El *lugar llamado Alfayata*, donde se halló en tiempos de Ambrosio de Morales la lápida de Cisclo, año 967, que guarda el Museo



La famosa campana mozárabe del Abad Sansón, una de las más antiguas de la cristiandad, hallada en la sierra de Córdoba, que tiene la siguiente inscripción en latín: «Sansón Abad ofrece este don al templo de San Sebastián mártir de Cristo. Era DCCCCXIII (año 875). Diámetro 20 cms., altura 19.

Arqueológico de Córdoba, está media legua mas allá úe Villaviciosa, a la izquierda del camino viejo de este pueblo a Espiel, que por este paraje está limitado por cercas de piedra, así como muchas de las heredades, casi todas viñas, que hay en este campo. Por cierto que es tan abundante en este lugar la cantidad de cascote, especialmente de tinajas, señal de la secular producción vinatera de estos campos, que hay por allí algunas casitas totalmente construidas con trozos de dichas tinajas, lo que no deja de ser un original aparejo, en vez de ladrillos. No encontramos tampoco sitio especial que invitara a la excavación, aunque en una de aquellas viñas había unas higueras silvestres sobre muy escasos vestigios de construcción, que no nos decidieron a intentar la excavación por su levedad.

Análogo argumento existe en un cerro que se divisa desde Córdoba, a la izquierda de las Ermitas, en el alcor de la Sierra, junto al camino que partiendo del lagar de Victoria se adentra hacia la Aguardentera y el Bejarano. Todo este cerro está lleno de cascote de filiación mozárabe o califal, como los anteriores, pero sin un lugar especial que permita ser excavado. Debe ser anotado como lugar de población mozárabe que debió tener iglesia. Sospechamos si esta fuera la *montaña de San Pablo* «in vifi Corduba» de la que habla el calendario de Recemundo el 18 de junio.

Desechados todos los emplazamientos señalados, hubo dos que nos llamaron especialmente la atención y a los que dedicamos los principales trabajos, que fueron el Tabanense y el Leyulense.

Respecto al *Tabanense*, cuyo interés arqueológico hubiera sido de gran interés determinarlo, por estar exactamente fechado desde su creación a su destrucción, no se logró este resultado, aunque se investigó en dos lugares, la dehesa de Los Villares y la dehesa de La Alcaidía.

La primera, como indica su nombre, abunda en restos de poblados, seguramente mozárabes en su mayoría. La casa de la finca tiene delante de ella misma sepulturas cuyos restos óseos aparecen en el desgaste natural del terreno, máxime teniendo en cuenta que está edificada en la cima de un cerro. A su espalda, corre en dirección NE un viejo camino, abundantísimo todo él en restos de viejas y pobres construcciones, muchas de ellas con evidentes señales de lagaretas, pero tan destrozado y somero que no daba lugar a excavación. Por su distancia y orientación, con relación a la capital, es el sitio que más conviene con las referencias del Tabanense, como reconocen cuantos autores se han ocupado de la cuestión.

En cuanto a la Alcaidía no se señala monasterio especial empla-

zado en ella, a no ser el mismo Tabanense por algunos autores, en razón a la gran cantidad de restos constructivos que existen inmediatos a la misma casa de la finca. Esta casa, que se divisa desde Córdoba, hacia nordeste, en el mismo alcor de la Sierra, ocupa un emplazamiento muy estratégico, sobre el antiguo camiuo que parte de Rabanales (campamento de los ejércitos califales) y ascendiendo por la cañada de la Víbora pasa por dicha casa y conduce al campamen-



Tipo de cerámicas halladas en «La Alcaidía», posible lugar de monasterio mozárabe. Fondo blanco y dibujos azules, tipo Paterna, fechables en siglo XIV. Diámetro del plato central, 190 mm.

to califal del Armilatus que antes mencionábamos. Es por consiguiente uno de los viejos caminos califales hacia el norte, por donde los ejércitos llegaban rápidamente a la meseta castellana.

En este lugar se hicieron excavaciones, de las que se dió cuenta sucinta en los «Anales de la Comisión de Monumentos» del año 1927-28, aunque no llegó a redactarse siquiera la Memoria oficial de dichos trabajos allí prometida.

He aquí como se dá cuenta en dichos «Anales» de tales trabajos: «Puede concretarse, como resultado general de estas excavaciones que, apesar de la abundancia de restos cerámicos hallados, depositados en el Museo Arqueológico de Córdoba al final de la campaña, y en los que abunda la cerámica del tipo melado con dibujo floral en

negro propia de la época califal, también se encuentra otra de tipo considerado hasta ahora como valenciano de los siglos XIII y aún del XIV, con dibujo azul sobre fondo blanco.

No se ha podido identificar la existencia de un monasterio en este lugar, y menos que fuera el Tabanense, como se ha pretendido por eruditos cordobeses de otros siglos y buscaban los comisionados. Al nordeste de la casa habitación de esta finca de la Alcaidía, y en una espléndida meseta que existe inmediata a ella, se puso al descubierto la planta de uno o varios extensos edificios, construidos con piedra irregular del lugar, y en los que abundan las lagaretas de pisado de



Platos de cerámica corriente color melado y dibujos negros, que desde los tiempos califales parecen representar la tradición indígena, hallados en «La Alcaidía», acaso del siglo XIV o XV

uva para elaborar vino, próximamente de un metro cuadrado y algo más, con pendiente y caño terminado en foso o tinaja y embadurnados con la pintura roja de los musulmanes. Se halló además de la cerámica antes dicha, una piedra labrada con decoración califal. Cierto es que para aclarar definitivamente la existencia en aquellos parajes del Tabanense u otro monasterio mozárabe, hubiera sido preciso practicar extensas excavaciones en todos los lugares en que hay ruinas manifiestas y remotas, que se dilatan por aquellos cerros en muchos parajes.

También en la dehesa de los Villares, antes relacionada, se recogió sobre el terreno cerámica melada con dibujo negro, una quicialera musulmana y sillares labrados.

Los trabajos de los años 1929 y 1930 se dedicaron totalmente a excavar el *Monasterio Leyulense*, dedicado a los Santos Justo y Pastor y situado «in monte Cordube», en un lugar llamado Fraga;

del que da cuenta el Calendario de Recemundo en la fiesta de sus dichos patronos el 6 de Agosto.

De hallazgos y excavaciones anteriores en este monasterio, dieron amplia cuenta el propietario don Juan Ruiz Blanco (1), que las llevó a cabo desde los años 1908 a 1913, y posteriormente el P. Fita (2) que hizo el estudio arqueológico de las lápidas allí encontradas.

Están enclavadas las ruinas en el cerro del Germo, término municipal de Alcaracejos, colindante con el de Espiel, en lugar que precisa el propietario en su comunicación a la Academia de la Historia el año 1913, y que ubica en el plano del Instituto Geográfico el Padre Fita. Por la carretera general de Córdoba a Almadén, a unos 35 kilómetros de la capital, se desvía a la derecha un carril por el que se llega con cierta dificultad a las ruinas, a unos tres kilómetros y medio de la carretera.

Sobre el dicho cerro del Germo y con la misma orientación, se hallan las ruinas del monasterio y de la basílica, con separación entre ambos edificios de unos diez metros, que han llegado a nuestros días con una altura de muros aproximadamente de un metro, evidente señal de que no han sido castigadas desde los días de su ruina y abandono.

La planta de la basílica, única que ha sido explorada, es rectangular, con dos ábsides, uno en cada extremo, de planta semicircular, y una columna, al parecer, en el centro radial de cada uno. La pila bautismal, en el suelo, con dos escalones, tiene una profundidad de unos sesenta centímetros, con planta de cruz bizantina.

Entre los escombros removidos y sus alrededores, fué hallada cierta cantidad de cerámica y vidrio, de los que hay algunas piezas completas, entre las cuales merecen especial mención una pátera de barro rojo, forma exagonal y cruz latina incisa en el fondo, y una pátera de vidrio verdoso, circular, con dibujo grabado a la rueda de ondas y otros, piezas verdaderamente interesantes, depositado todo el lote en el Museo Arqueológico de Córdoba.

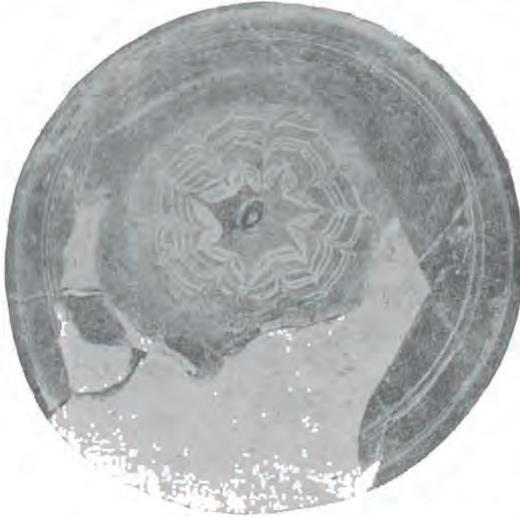
También se logró el propietario que depositara en el Museo de Córdoba las lápidas por él halladas con anterioridad, de Ugnericus, Asper, y fragmentos de Eustadia, Columba, dedicatoria y dístico bautismal que ya reseñó el P. Fita en su mencionado artículo.

(1) *La basílica visigoda de Alcaracejos (Córdoba)*. Bol. Acad. Hist., 1914, t. 65, p. 473.

(2) *Alcaracejos, Adamuz y Córdoba; nuevas inscripciones*. Bol. Academia Hist., 1914, t. 65, p. 563.

Además de las sepulturas del interior de la iglesia, abiertas por el propietario antes de 1913, se reconocieron en nuestras excavaciones cerca de una veintena de otras sepulturas en el exterior, casi adosadas al muro norte, pero sin lápida sepulcral.

Otros detalles, como mensuraciones, planos, etc., fueron recogidos por mi compañero de comisión y director de las excavaciones don Félix Hernández, para ser publicados.



Plato de vidrio hallado en las excavaciones del Monasterio Leyulense, de color verdoso y dibujo blanco grabado a la rueda.
Diámetro 185 mm. altura 50

El emplazamiento de esta basílica y monasterio adjunto, goza de un bello panorama, en el valle del Guadalbarbo, de cuya orilla dista kilómetro y medio, y por cuyo valle discurre la importantísima vía militar romana de Córdoba a Sisapo (Almaden), por Santa Eufemia, que comunica Andalucía y el valle de los Pedroches con el valle de Alcuña y la Mancha. Así, pues, estas ruinas quedan hoy apartadas de vías importantes de comunicación, pero en sus tiempos

dominaba una de las más importantes que relacionan Andalucía con Castilla.

Aquellos lugares, su monasterio, la población contemporánea (Léyulo) situada a un kilómetro en el sitio llamado Peñón del Lazarrillo, donde convergen otras vías romanas de gran valor y otros extremos, conceden singular importancia al Monasterio Leyulense, el cual sigue conservando el interés de nuevas exploraciones en el porvenir.

A continuación damos como apéndice la relación de objetos depositados en el Museo Arqueológico de Córdoba y obtenidos en estas campañas.

Rafael Castejón

NOTAS - APENDICES

I

Relación de los objetos entregados al Museo Arqueológico Provincial de Córdoba, por los Delegados de la Junta Superior de Excavaciones, Don Félix Hernández Jiménez y Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, procedentes de las Excavaciones hechas en los lugares de ruinas supuestas de los Monasterios mozárabes de Córdoba.

CERAMICA DE «LA ALCAIDIA»:

- Núm. 5635.—Plato completo de barro rojo vidriado en baño de galena (barniz de olleros) color melado claro con dibujos negros manganeso, cruz y ramitas. Algo roto el borde, Arte mudéjar, s. XII al XIV. Alto, 0,04, Diám. 0,1.
- Núm. 5636.—Escudilla barro rojo vidriado en melado interior y verde al exterior. Forma zona esférica, con pie de reborde anular. Alt. 0,04, diámetro 0,125.
- Núm. 5637.—Media escudilla barro rojo, vidriado melado oscuro interior y verde al exterior. Forma zona cilíndrica, sin pie. S. XII-XIV. Alto 0,052 diám. 0,115.
- Núm. 5638.—Medio plato barro rojo vidriado melado oscuro interior y exterior, con dibujos en negro manganeso, de círculos concéntricos y línea ondulada, S. XII-XIV. Alto 0,936, diám. 0,196,
- Núm. 5639.—Media escudilla barro rojo, vidriado en melado oscuro con manchas en negro manganeso. Alto 0,04 diám. 0,188.
- Núm. 5640.—Plato hondo de barro blanco amarillento en forma de los platos califales: engobe blanco y dibujos de hojas en zona paralela al borde y círculo central con hojas azules: vidriado transparente. Alto 0,04. Diámetro 195.
- Núm. 5641.—Plato hondo de barro blanco amarillento vidriado sobre engobe blanco, pintado en azul con zonas de líneas mixtas y hojas en el centro, 185 diám.
- Núm. 5642.—Media escudilla barro blanco amarillento engobe blanco cruz floreada central. Alto 0,05, Paterna.
- Núm. 5643.—Cuarto de escudilla de barro blanco amarillento engobe blanco barniz transparente, dibujos geométricos en cruz estilización vegetal, Paterna, color azul sobre fondo blanco. Alto 0,05 diám.
- Núm. 5644.—Media escudilla barro blanco vidriado en blanco y con asas planas y horizontales. Alto 0,043, diám. 0,130. S. XII-XIV. Paterna.
- Núm. 5645.—Medio cuenco o tazón de barro blanco vidriado sobre engobe blanco sin dibujos. S. XII-XIV. Alto 0,051, diám. 0,120.
- Núm. 5646.—Asiento de un plato de loza vidriada en blanco con dibujos azules de hojas en cruz. Paterna. S. XIV. Alto 0,04. Diám. 0,130.

- Núm. 5647.—Medio platillo de loza vidriada en barro blanco con dibujos azules de hojas. S. XIV. Paterna. Diám. 0,120.
- Núm. 5648.—Medio cuenco de loza vidriada en blanco sin dibujos, alto 0,060.
- Núm. 5649.—Medio plato de loza de barro blanco vidriada en melado, S. XIV al. 0,045.
- Núm. 5650.—Gran cazuela cónica barro rojo vidriado en melado claro interior y oscuro al exterior. Forma cónica con pie de rodete anular. Alto 0,5, diám. 27.
- Núm. 5651.—Cazuela como la anterior. Alto 0,15, diám. 0,27. S. XIV. Córdoba.
- Núm. 5652.—Asiento de un tazón barro blanco vidriado amarillento vidriado en blanco y decoración geométrica azul de tipo califal. Paterna. Alto 0,07, diám. 0,11.
- Núm. 5653.—Asiento tazón barro blanco vidriado blanco, dibujos de azul de tres círculos, tangente en el centro. Paterna. Alto 0,058 X 0,058.
- Núm. 5654.—Medio asiento de un cuenco barro blanco vidriado en blanco y dibujos en azul y rojo floral estilizado. 0,08 X 0,060. Paterna.
- Núm. 5655.—Asiento de una escudilla roja vidriada en melado, con una cruz central gamada en negro. Paterna. S. XIV, Alto 0,05. Diám. 0,095 X 0,079.
- Núm. 5656.—Media cazuela de barro vidriado en melado, borde verde y sin vidriar al exterior, alto 0,085 por radio 0,105.
- Núm. 5657.—Un cuarto de plato de loza vidriado en melado pintado en negro con espirales cruzadas, fondo de tetón, s. XIV, radio 0,150.
- Núm. 5658.—Media escudilla de barro blanco vidriado en blanco, con asa, alto, 04.
- Núm. 5659.—Fragm. de un plato de barro rojo vidriado melado galena y dibujos en negro manganeso, zonas de eses y líneas. S. X-XII. 0,11 X 0,07.
- Núm. 5660.—Frag. plato de barro rojo vidriado melado, dibujos con *alfías* en negro manganeao. S. XII-XIV. 0,060 X 0,030.
- Núm. 5661 al 5680.—Lote de fragmenos de platos y otras vasijas diversas de loza morisca vidriada en melado y dibujos crucíferos negros en el centro quizá de Paterna. Hay además una caja con fragmentos procedentes de estas excavaciones que no proporcionan datos nuevos sobre talleres ni fechas. entre ellos hay dos fragmentos de cerámica dorada de Manises. S. XIV.

CERAMICA DE «LOS VILARES». Entregada y restaurada en Noviembre de 1932 por el señor Hernández Jiménez.

- Núm. 6450.—Escudilla o tazón de barro rojo vidriado en melado al interior y verdoso oscuro al exterior. Mudejar S. XIV, alto 0,06, diám. 0,123. Restaurado.
- Núm. 6451.—Escudilla barro rojo vidriada en melado y verde, S. XIV, restaurada, 0,05 alto.
- Núm. 6452.—Escudilla barro roja vidriado en melado al interior y verde al exterior, restaurada en escayola. S. XIV, alto 0,045, diám. 0,125.
- Núm. 6453.—Plato hondo de barro blanco amarillento, vidriado en barniz transparente sobre engobe blanco pintado azul y flores rojas tulipán, S. XIV. Paterna, alto 0,045, diám. 0,165. Restaurada con escayola.

DE LA BASILICA DE ALCARACEJOS. — DEL CORTIJO DEL GERMO, Adamuz. (Donativo de D. Juan Ruiz Blanco, en Marzo de 1931).

Núm. 5994.—Ladrillo rectangular barro rojo corriente. Lon. 0,31 x 0,17 x 0,04.

Núm. 5995.—Tres ladrillos (frag.) de forma crucífera barro rojo ordinario.

Núm. 5996.—Lápida sepulcral de piedra caliza de Luque. blanca, forma cuadrada, de 0,35 x 0,42, con inscripción visigótica de UGNERICUS.

DEL MISMO CORTIJO DEL GERMO, Depósito n.º 25, n.º 1 al 13.

Dep. 25-1.—Lápida visigoda de piedra caliza, de Luque, dedicada a ASPER. 0,50 x 0,4.

Dep. 25-2.—Fragm. lápida sepulcral con inscripc. ISTAE / NONAS.

Dep. 25-3.—Fragm. lápida sepulcral con inscrip. TET / INE / RNIS / ANOS / XIR / DE / BRES / ERA / CURRENTE.

Dep. 25-4.—Dos fragm. lápida sepulcral con la inscrip. de COLUMBA.

Dep. 25-5.—Patera de barro rojo forma octogonal con una cruz latina incisa en el fondo. En frag. pero completa y restaurada, 0,17 x 0,19.

Dep. 25-6.—Patera de vidrio verdoso incompleta, forma circular, con dibujo grabado a la rueda de ondas y otros florales. Diám. 0,185.

Dep. 25-7.—Tres fragm. de platos de vidrio verdoso del borde, sin dibujos.

Dep. 25-8.—Botoncillo de oro con tres cuentas de vidrio pasadas por hilo de oro. Diám. 0,010.

Dep. 25-9.—Cuenta de barro vidriado coloreada de esmalte azul y amarillo. D. 0,016.

Dep. 25-10.—Moneda de cobre de 1 céntimo, de Felipe IV.

Dep. 25-11.—Botella de barro rojo de forma globular, un asa y sin decoración; gollete estrecho y un asa sin decoración. Alto 0'145. Diám. 0,11.

Dep. 25-12.—Jarrita de barro rojo, sin asa y con la boca trilobulada, quizá fue juguete. Alto 0,06. Diám. 0,05.

Dep. 25-13.—Cuenco de cobre en forma de zona esférica, con bordes planos anchos, perforados, 0,093 x 0,45.

II

En estos años, y con motivo de la parcelación y urbanización de la Huerta de San Rafael, propiedad y domicilio del extorero «Machaquito», en el simple desmonté o enrase de las calles de la proyectada barriada, se descubre casi por toda su extensión abundante lecho de tejoletos y cascotes que hacen presumir fuera en tiempos mozárabes, y por ende califales, un apretado barrio cerrado. De ello hemos dado cuenta en la prensa diaria, porque hasta ahora no ha salido pieza arqueológica digna de interés, salvo trozos de candiles, de pucheros, de tejas, losa de pavimento color vinoso, trozos de sillares rectangulares, etc.

Como ya está ampliamente esclarecido, este era el lugar que ocupó en aquellos tiempos el monasterio de Santa Eulalia de Mérida (1). Por cierto que en las referencias dadas por F. Naval (2), dá este autor unas referencias de emplazamiento y atribución de este monasterio, totalmente equivocadas, porque señala «el sur de la población de Córdoba» y «la advocación de Santa Eulalia de

(1) V. nuestra «Córdoba Califal», pág. 333.

(2) *Lápidas mozárabes de Córdoba*, Bol. Acad. Hist., 1914, pág. 465.

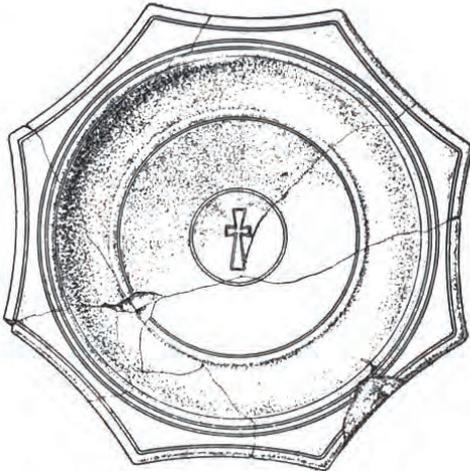
Barcelona», al describir las lápidas de Justa y Rufina. En la misma equivocación persiste el P. Fita (1) al reseñar la lápida de la abadesa Ikilio. Todas ellas se hallaron al año 1897, con motivo de obras de reconstrucción en la casa de esta finca, situada al norte de Córdoba, a la derecha de la carretera del Brillante, que comunica las barriadas de la Sierra.

En cuanto al otro monasterio de Santa Eulalia de Barcelona, también al norte inmediato a la capital, se venía aceptando la ubicación literaria dada por Sánchez de Feria (2) que lo sitúa en el actual Convento de la Merced. Sospechamos hoy, sin mejor argumentación, que también pudo estar en el lugar que hoy ocupan los depósitos de la Campsa, lugar indudable de monasterio y basilica, donde han sido hechos sucesivos hallazgos arqueológicos y lápidas mozárabes, de los que han dado cuenta Romero Barros (3), Navascués (4), y de los Santos (5). En estos días del mes de Marzo de 1949 hemos visitado con este último señor una serie de sepulturas halladas en la construcción de la Colonia de la Paz, de mi propiedad, reconocidas por Samuel de los Santos, formadas con sillares de piedra caliza, enlucidos de cal en su interior, y tapadas con lascas de pizarra basta de la Sierra, sin pulimentar. Están a dos metros y medio próximamente de la superficie, y separadas unas de otras por distancias desde medio a dos metros.

En alguna de ellas era tal el amontonamiento óseo, que se podía tomar como utilizada a manera de osario, pero las demás eran individuales.

Parece que bajo la cabeza tenían, a manera de almohada, un sillarejo de canto, con una gran escotadura semicircular donde encajaba el cráneo.

Están orientadas y por los restos cerámicos del terreno tanto pueden ser visigóticas como mozárabes. Con motivo de la apertura próxima de nuevas cimentaciones, esparamos ampliar los hallazgos. Es casi innecesario aclarar que esta Colonia de la Paz, los depósitos de la Campsa y la línea férrea de Córdoba a Sevilla, están todos inmediatos, y por consecuencia todos estos hallazgos se refieren al mismo emplazamiento, edificio o monasterio, aproximadamente.



Plato de barro rojo, hallado en el monasterio Leyulense
Núm. dep. 25.5 del Museo de Córdoba

(1) Alcaracejos, Adamuz y Córdoba. *Nuevas inscripciones*. Boletín Acad. Hist. 1914, t. 65, p. 557.

(2) V. nuestra «Córdoba Califal», p. 333.

(3) Rafael Romero Barros. *Lápida del siglo X, recién hallada en Córdoba*. Bol. Acad. Hist., 1892, tomo XX, p. 205.

(4) Joaquín M. de Navascués. *Interesantísimo hallazgo de una bóveda romana en la línea de Sevilla*. Bol. Acad. Cienc. de Córdoba, año 1922, t. I, p. 87.

(5) Samuel de los Santos. *Nueva lápida mozárabe*. Boletín Acad. Cienc. de Córdoba, año 1947, n.º 58, p. 257.

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes ~ ~



JULIO A DICIEMBRE 1955
ANO XXVI - - NÚM. 73

Tipografía Artística.-San Alvaro, 1.-Teléfono 1040.-Córdoba

Vieja estampa del Alcázar

El año 1836 los carlistas entraron en Córdoba al mando del general Gómez, el duro jaenero que en una correría a través de toda la Península, atacando y burlando los ejércitos liberales, regresó intacto a las provincias del norte, asilo seguro de Don Carlos V de España.

La ciudad estaba indefensa y las autoridades civiles estando ciertas de que solo cerrando las puertas de la muralla poco habrían de



Cliché tomado del artículo «Carlistas famosos de Jaén. El General D. Miguel Gómez-Damaa, Comandante General de los Ejércitos andaluces», por José Sanz y Díaz, en «Paisaje», Crónica de la Provincia de Jaén, febrero 1947.

conseguir, hicieron un reducto a base del Palacio Episcopal, el Seminario y especialmente «la casa de la Inquisición», como todavía llaman los historiadores contemporáneos al edificio que hoy ostenta el rótulo de «Alcázar Nuevo de los Reyes Cristianos».

Aquí se retiraron, como verdadera fortaleza, las autoridades con las escasas fuerzas de que se disponían, las familias liberales más conocidas con sus ropas y joyas, con mas caudales públicos, viveres y municionamientos. Se creía poder resistir hasta la llegada de tropas reales.

Hechos dueños los carlistas de la ciudad y tomadas sus primeras

disposiciones, tras escasas bajas, entre ellas la del Brigadier Villalobos, que les fué muy sensible, y ligeros tiroteos, pusieron sitio al «fuerte», como sus partes y crónicas de guerra llamaron al Alcázar.

Hubo escasa lucha, se inició un parlamento en el que intervinieron personas conocidas de la capital y se produjo la rendición o entrega, sobre cuyos términos aún discute la Historia.

Pasemos por alto el doloroso capítulo del reparto del botín, y todavía más el del penoso calvario que sufrieron los dos mil y pico de «prisioneros» cogidos en la entrega del Alcázar.

Este ligero recuerdo, que en recientes sesiones de la Academia cordobesa ha sido motivo de más hondas reflexiones, a base de los relatos históricos de Ramírez de las Casas Deza y de Borja Pavón, así como de las historias generales y biografías de los personajes que intervinieron en aquellos sucesos, lo traemos a cuento de una vieja estampa que aquí reproducimos.

Bajo el título de «Entrada de los carlistas en Córdoba», reproduce el lienzo norte del Alcázar, en cuya puerta principal aparece la hueste carlista con los uniformes y atuendo de la época.

El dibujo, en cuanto a la puerta que hay al pié de la Torre de los Leones, esa puerta que para nuestros días ha tenido el valor de un descubrimiento arqueológico, al desembarazarla de los escombros que la cegaban, es de una fidelidad absoluta en cuanto a su línea gótica la moldura acordonada que la destaca y el dovelaje pintado que todavía hoy conserva.

Pero algo más allá aparece una torre redonda o bastión redondeado, adosado a la muralla, que ya no existe. Y siguiendo la línea de muralla, perdiéndose en el extremo del dibujo, aparece otra torre ochavada, también como bastión adosado, que no sabemos interpretar como tal, puesto que sus almenas aparecen en igual línea que las de aquella, o como lejano esbozo de la Torre del Homenaje.

El curioso dibujo, hecho seguramente por un miembro de la expedición carlista, nos revela detalles que compaginan tanto con las leyes de la arquitectura militar, sobre todo la del torreón saliente a la derecha de la puerta, como con unos vestigios que conserva ese lienzo norte de la muralla del Alcázar, en forma de escasos salientes, que podrían recordar el adosamiento de unas partes constructivas hoy desaparecidas.

Es curiosa, en fin, la tal estampa, y acaso sirva para orientar indagaciones comprobatorias, cuya confirmación daría más realce y belleza al hermoso monumento que levantó el Rey Don Alfonso el Onceno, tan amante de Córdoba que aquí dispuso quedar enterrado, y cuyos muros encierran desde entonces hasta nuestros días tantas páginas de historia cordobesa.

R. C.

BOLETIN de la Real
Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes



DEPÓSITO LEGAL
CO-27-1959

ENERO - DICIEMBRE 1973
AÑO XLII - NÚMERO 93

Tipografía Artística. - San Alvaro, 1. - Teléfono 221040. - Córdoba

ADDENDA AL ANTERIOR ARTICULO

Mi gran amigo y excelente persona que es Don Juan Ocaña Torrejón me permitirá que, aún sin previo permiso, me tome la libertad de apostillar su excelente artículo sobre Santa Eufemia con unas pobres sugerencias sobre las que vengo cabalgando hace muchos años.

Por el año 1926, en una de aquellas memorables excursiones que organizaba el ilustre Ingeniero de Minas Don Antonio Carbonell y Trillo Figueroa, visitamos el castillo de Santa Eufemia varios amigos entre los que estaban dos hermanos La Torre del Cerro, don Antonio y don José, y tal vez algún otro que no recuerde.

Fruto literario de aquella excursión, que a todos nos produjo fuerte impacto, fué una breve comunicación que publiqué en el número 26 de este Boletín, correspondiente al primer trimestre de 1930. El plano allí publicado, ya se apuntaba que era aproximado, como fruto de unos apuntes tomados ligeramente de los que salió, a mano alzada, el croquis, que ahora en este trabajo de Ocaña Torrejón, aparece más detallado y fiel.

Dos problemas preocupan mi mente alrededor de Santa Eufemia, que son su arqueología y su etimología.

Respecto al primero, y dentro de las fechas históricas en que nos movemos, yo sostuve y sigo opinando igual, por su planta general y por los detalles de su construcción, que se trata de una obra mudéjar o morisca, de fines del XIII, muy acompañada con otras tantas de nuestra región, en cuyos tiempos las sucesivas tomas y pérdidas de tantas villas y ciudades e incluso la utilización de prisioneros en las necesarias reparaciones, daban uniformidad al estilo bien llamado mudéjar o morisco, porque tanto era obra de moros como de cristianos. Este sin embargo tiene una facies general más cristiana que árabe, y no dudamos en adjudicarlo al Hernán Díaz de Carrillo designado por el Cabildo de Córdoba para guarda la comarca de bandidos y constituido al fin en señor y fundador de mayorazgo.

Del castillo se conserva, aunque muy derruido por los Reyes Católicos, que han sido los grandes demolidores de castillos en toda la Nación para abatir a los arriscados señores feudales, todo el recinto, la torre del Homenaje, y ocupando casi todo su centro un hermoso algibe con bóveda de ladrillo rota y un gran aglomerado de vivienda que habría de ser descombrado para determinar cuál fuera la residencia del señor, sirvientes, dependencias, etc.

Casi en el centro de este aglomerado ruinoso aparecen los cimientos de una construcción de tapial, que contrasta con el resto de albañilería de ladrillo y piedra del lugar. Nos atrevemos a suponer que ésta fuera una primitiva construcción árabe, a modo de atalaya o torre de vigía, aislada,

a cuyo alrededor se hubiera construído ampliamente el castillo en el siglo XIII.

Relacionamos esta supuesta atalaya con otro supuesto emplazamiento de la villa, distinto al actual, que suponemos contemporáneo del castillo y obra del mismo Hernán Díaz. Efectivamente, al Este de la actual Santa Eufemia y separado unos centenares de metros del recinto murado de ésta, del cual quedan bastantes restos, aparece sobre una colina más baja y totalmente cubierto de tierra, la silueta de otro recinto murado, al parecer cuadrado o rectangular, con torres cuadradas, con todo el aspecto de un amurallamiento árabe de lo mejores tiempos. Todo esto son suposiciones de visu, que sólo unas excavaciones podríán confirmar.

En cuanto a su etimología es indudable que el nombre con que ha llegado a nuestros días, tan puramente cristiano y muy repetido por las mesnadas gallegas en los avances de la Reconquista, lo debió imponer Alfonso VII cuando hizo la primera y efímera conquista en la mitad del siglo XII. Y ello plantea el problema que nos atenaza sobre cuál sería el nombre árabe de Santa Eufemia.

En itinerarios, batallas y conquistas, hemos buscado con interés ese nombre, sobre el cual no hemos hallado rastro verídico. En el artículo de Ocaña Torrejón que comentamos, recoge éste entre amojonamientos y linderos, un **Sadfura**, que no sabemos dónde ubicar, y que señalamos como una posibilidad a perseguir hasta su identificación en éste u en otro emplazamiento.

Desde luego, la posible villa musulmana cuyo emplazamiento creemos entrever al Este, aunque distinta de la sucesora Santa Eufemia, con su atalaya en la cima del cerro para avisar ataques y peligros gozan de gran importancia estratégica por comunicar el Valle de los Pedroches con el Valle de Alcuía de manera fácil y casi llana, por estar en el camino de Almadén, de gran trascendencia en todos los tiempos y por su vigilancia estratégica en dilatada comarca, de lo que fue muestra aquella defensa contra los "golfines", a quienes por aquí les llamaban "partidas de bandoleros" y que no eran sino mesnadas de aquellos turbulentos señores que vivían del botín y rapiña sobre sus congéneres, ya que los "Golfines" constituyen una de las ramas más consideradas de la nobleza extremeña, como lo hubieron de ser también los señores de Santa Eufemia que también asolaban y saqueaban los pueblos limítrofes, motivando numerosas quejas a los Reyes de Castilla, resistencias de pueblos mancomunados, y al fin, merecedores de ser reducidos y desmanteladas sus fortalezas, como hubieron de hacer nuestros Reyes Católicos en numerosos lugares de la Península.

Rafael Castejón

BOLETIN de la Real

Academia de Córdoba,
de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes



DEPOSITO LEGAL.
CO - 27 - 1959
I. S. S. N. - 0034 - 060 X.

VOLUMEN I
ENERO - DICIEMBRE 1979
AÑO XLIX - NUMERO 100

Tipografía Artística. - San Alvaro, 1 - Teléfono 221040 - Córdoba

Moneda Ibérica de Cárbula en la Sierra de Córdoba

Por Rafael CASTEJON Y MARTINEZ DE ARIZALA

En el lagar llamado de El Soldado, sito en la Sierra de Córdoba, a unos doce kilómetros de la capital, existe en la cima de una colina, a poniente del caserío de la finca, una ruina de grandes bloques de piedra, que a mi juicio es de un castro ibérico.

El nombre que los campesinos dan a esta ruina es «el Castillejo», nombre que en Andalucía se aplica precisamente a los castros ibéricos, y este lugar debió tener en siglos pasados cierta importancia porque dió nombre al «pago» y en las viejas escrituras de estas fincas, generalmente pequeñas en otros tiempos, para determinar su emplazamiento se dice que están en el «Pago de El Castillejo».

La finca de El Soldado fué de mi abuelo con una extensión de algo más de cuarenta fanegas, pero un propietario intermedio fué comprando en la primera mitad de este siglo varias colindantes de análogo tipo, cuyos nombres eran Melgarejo, El Carrascoso, La Torrecilla y otras hazas pequeñas, reuniendo todas bajo el nombre de San Victoriano, con más de cuatrocientas fanegas, equivalentes a unas doscientas cincuenta hectáreas.

Interesa señalar este hecho, muy importante en la economía agraria de esta zona de la Sierra de Córdoba, por cuanto algunos nombres de esas fincas pequeñas pueden irse perdiendo, a pesar de su persistencia en las mentes campesinas, y desorientar a quienes busquen su emplazamiento.

Volvamos a mis supuestas ruinas de un castro ibérico el en Castillejo de El Sondado. Por ellas pasan viejas calzadas romanas y árabes de las que en algunos trozos se conserva el empedrado. Subian por el antiguo camino de Las Ermitas (monte Sancti pauli de los mozárabes) y de la Albaida (Los Campis Albis mozárabes) lugares de intensa tradición indígena, a cuyo pié se ubica el Palacio de Rodrigo, último rey goda de España, cuyo palacio construyó su padre el Duque Teodomiro, y donde acaso nació el desgraciado rey que había de morir en la batalla de Guadalete.

Estos recuerdos, algo inconexos, me sirven para relacionarlos con una densa población indígena que ocupó esos lugares, fundó palacios y monasterios y dejó por doquier restos de sus culturas.

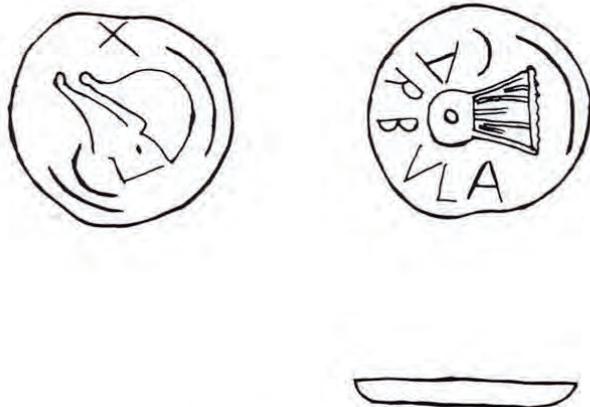
Precisamente en esa finca de propiedad familiar son varios los cerros o colinas que conservan restos de otros castros ibéricos, todos ellos sin explorar científicamente, muy alterados en todos los tiempos y hasta nuestros días, ya que sus fuertes sillares arranques de muros han sido utilizados en todo tiempo para hacer cabrerizas, chozas de pastores y rancheros y otros menesteres de las actividades campesinas.

En este «Castillejo» de la finca El Soldado, en fin, fué hallada hace pocos años por el pastor de ovejas una moneda con la clara inscripción de Cárbulas, la cual, antes de donarla al Museo arqueológico provincial, la mostré al erudito abogado y académico Don Luis Mapelli, presidente de la Sociedad Numismática de Córdoba, quien amablemente me trasmitió las siguientes líneas, bien merecedoras de publicidad.

—o0o—

La interpretación de las monedas iberas es muy difícil por tres razones, primero por que su confección suele ser tosca y los detalles difíciles de ver; segundo, por que los ejemplares son escasos y tercero por que su estado de conservación casi siempre es deficiente.

Así resulta que una misma clase de moneda ha de interpretarse sobre varios ejemplares para sacar el todo, y como a veces no se hallan, ha de intentarse resolver sobre un número insuficiente con lo que no es bastante para asegurar que sea lo que se ve.



CROQUIS DE LA MONEDA DE CARBULA HALLADA EN LA SIERRA DE CORDOBA

Yo en esta rama no soy especialista y siempre me ha quedado la sospecha de que sean realmente las cosas como leo o se me dicen.

Un caso típico de ello es el de las monedas Iberas de Cárbula.

Admitámos que se trata de Almodóvar por cuanto los historiadores de la época lo sitúan junto al Guadalquivir y en las inmediaciones de Córdoba.

Es seguro también que Cárbula emitió un sólo valor: el As.

Pero a partir de aquí todo es enigmático.

Lo primero la fecha. Se sitúa entre los años 120 a 44 antes de Cristo y esto es demasiada imprecisión.

Pero lo más confuso es determinar su grabación y hallarle explicación.

En el anverso hay una cabeza. Puede entenderse cabeza de Jano, cabeza de mujer o cabeza de hombre; delante tiene una serpiente, detrás tiene unas veces y otras no, un aspa. Si es la cabeza de hombre o de mujer puede tener un gorrillo, si es de Jano puede que sea laureada.

De ser de Jano la cabeza, y dado que del mismo Dios se repite su reproducción en monedas de la misma época en otras dos cecas relativamente vecinas de Obulco (Porcuna) y Salpensis (Facialcazar, Sevilla) las tres en época, yo interpretaría que se aludía a la luminosidad de estos pueblos y a su alusión al Sol.

Ya no sé que significa la serpiente. Animales se reproducen muchos y de peces especialmente el delfín. Este sin duda no lo es y más parece una culebrilla que podría ser alusiva a que las hay en la zona, como en efecto las sigue habiendo. El aspa tras la cabeza que hay en unos ejemplares y en otros no, lo estimo signo de valor.

El reverso parece claro el nombre de Cárbula en signos al exterior ocupando la mitad inferior. En el centro un aspa.

Esto es lo que me llena de confusión por que: 1.º.—No sé que significado tenga el aspa; 2.º.—A excepción de una moneda emitida en Carteia muy luego, no hay con grabación del arpa más monedas que un As de Salpensa y un cuadrante de obulos o sea en las monedas de las mismas ciudades en que se grabó a Febo y 3.º.—Por que la explicación de la lira o arpa como signo monedístico no aparecen en ningún sitio ni en el antiguo y muy curioso libro que poseo y se llama «Diccionario de los Jeroglificos de las monedas antiguas».

Sabemos que una moneda se batía en ocasiones en ciudades distintas de la de su toponimia y pudiendo haber ocurrido ello en este caso, tendríamos que en tres monedas de la Iberia de la misma época y sólo en ellas (con las excepciones dichas) se coloca en el anverso a Febo y en el reverso una lira. ¿En cual de las ciudades fueron las tres hechas y por quien y que quiso decirnos?

El ejemplar de D. Rafael Castejón, tiene un anverso menos que mediodre y un reverso magnifico embellecido por una delicada patina verdosa.

A la vista de lo dicho, yo lo reseñaría así.

As de Cábula (Almodóvar del Río).

Año 60, antes de Cristo.

Anverso figura de hombre con gorrillo, atras un aspa y delante una pequeña serpiente.

Reverso «Cábula» al exterior en la mitad inferior y enmedio lira.

El valor de esta moneda en la fecha de hoy, puede ser de 1.500 ptas.

Las calles principales de la Almedina, de trazado romano, subsisten en nuestros días. La que va de Norte a Sur, desde la Puerta de Osario (Bab-el-yehud o bab-arrumia), hasta la pretendida Plaza de las Legiones, o mejor hasta el Foro, continuaba por la actual calle de Jesús y María hasta la Puerta del Puente, bajando por la Cuesta de Pedregosa.

De Oeste a Este, la Puerta de Gallegos (Puerta de Cuteclara o de Talabira), por las calles Concepción, Gondomar y Alfonso XIII o Zapatería, se comunicaba con la Puerta del Hierro (bab-el-Hadid), o del Salvador. Lo mismo podemos decir de otras puertas, ésto es, que la distribución general de la ciudad y de sus manzanas, vendría a ser la misma que hoy aproximadamente, y salvo rectificaciones particulares de urbanización, que en todos los tiempos han existido.

Fuente: CASTEJÓN Y MARTÍNEZ DE ARIZALA, Rafael, "Córdoba califal", B.R.A.C. nº 25. Córdoba, 1929, pp. 278-279.

